Oscar Wilde

OBRAS SELECTAS

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/oscarwilde0000osca

Oscar Wilde

El retrato de Dorian Gray

De Profundis

El fantasma de Canterville y otros cuentos

La importancia de llamarse Ernesto

El abanico de Lady Windermere

OBRA SELECTAS

— OSCAR WILDE —

EL RETRATO DE DORIAN GRAY
DE PROFUNDIS
EL FANTASMA DE CANTERVILLE Y OTROS CUENTOS
LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO
EL ABANICO DE LADY WINDERMERE

Traducción "*El retrato de Dorian Gray*": María Jesus Sevillano Ureta
Traducción "*La importancia de llamarse Ernesto*" y "*El abanico de Lady Windermere*": Ana Isabel Perea
Prólogo: Carmelo Sánchez Castro

© Copyright EDIMAT LIBROS, S.A.

ISBN: 84-8403-638-3
Depósito Legal: M-12023-2000

Edición y Producción: *José Mª Fernández*
Diseño de cubierta: *Juan Manuel Domínguez*
Impreso por BROSMAC, Móstoles (Madrid)
Encuadernado por ATANES-LAINEZ, Móstoles (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización por escrito del propietario del copyright.

EDIMAT Libros
Ediciones y Distribuciones Mateos

EDMOBSEWILD

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

INTRODUCCIÓN

Oscar Wilde vio por primera vez la luz en Dublín, el 16 de octubre de 1854, en el seno de una familia burguesa, y cursó sus estudios iniciales en el prestigioso Colegio de la Trinidad de su ciudad natal. Una beca considerable le permite trasladarse a Oxford para proseguir su formación. Cuenta con veinte años de edad y una sensibilidad fuera de serie que le induce a rodearse de objetos bellos, entre los que profundiza en las cuestiones teóricas del esteticismo.

Cuatro años más tarde abandona Oxford, y poco después marcha a Norteamérica como conferenciante distinguido, experto en temas sobre el renacimiento inglés del arte. Un libro de poemas y una obra de de teatro muy de principiante —*Vera* o *Los Nihilistas*— han aparecido ya en letra impresa. Es el momento en que Wilde empieza ya a encarnar en su vida y en su producción literaria el ideal del dandismo.

En Inglaterra, el *dandy* (literalmente, «elegante», «refinado») asume en cierto modo el papel que en Francia desempeña el bohemio, con una notable diferencia, en cuanto a movilidad social se refiere, que ha sido apuntada por Arnold Hauser; el *dandy* inglés es el intelectual burgués que asciende desde su clase a otra superior, mientras que el bohemio francés es el artista que ha descendido a un nivel proletario. Con todo, la elegancia exagerada y la extravagancia del *dandy* significarán el «equivalente funcional» de la depravación y la disipación del bohemio. Uno y otro constituyen la encarnación de la protesta contra la rutina y la trivialidad de la vida burguesa, contra su economicismo antiestético, contra su conformismo ante unas leyes sociales establecidas que regulan unas vidas grises y mediocres.

Es de señalar, no obstante, que Wilde, al igual que otros autores ingleses como Whistler y Beardsley, tomó la filosofía del dandismo de fuentes francesas. Hay que recordar aquí que, para Baudelaire, el *dandy* implica la unificación de todas las virtudes del *gentleman* que son posibles aun en una sociedad configurada por el rasero igualitario de la mediocridad burguesa. En este sentido, el *dandy* supone la acusación

viviente contra el igualitarismo burgués: es el tipo capaz de afrontar cualquier situación sin que nada le coja por sorpresa, el que siempre dispone de recursos para no caer en la vulgarización y conservar la sonrisa fría del estoico. En suma, el dandismo, según Baudelaire, es la última revelación del heroísmo en una época de decadencia, una puesta de sol, el último rayo radiante del orgullo humano.

Otro gran escritor francés, Jean-Paul Sartre, hace ver que la elegancia en el vestir, el melindre en las maneras y el rigor mental son sólo la disciplina externa que los miembros de esta alta orden se imponen a sí mismos en el mundo vulgar del presente, y que lo que interesa, realmente, es la íntima superioridad e independencia, la carencia práctica de objetivos y el desinterés por la vida y la acción. Cuando Oscar Wilde coloca la obra de arte que pretende hacer de su vida, el arte que configura sus conversaciones, sus relaciones sociales y sus costumbres, por encima de sus obras literarias, está pensando en el *dandy* de Baudelaire, en el ideal de una existencia absolutamente inútil, sin objeto ni motivo.

Con todo, esta decadencia inglesa que Wilde encarnó, esta mezcla extraña de diletantismo y de esteticismo, supone un tomarse el arte con una seriedad inédita en toda la historia, si exceptuamos tal vez a algunos autores clásicos griegos y romanos. Y es que, con toda certeza, nunca, como en Wilde, el artista se había tomado tanta molestia en escribir hábilmente versos cincelados, más frases perfectamente articuladas, una prosa intachable. «Nunca la "belleza" —escribe Hauser—, el elemento decorativo, lo elegante, lo exquisito, lo precioso, desempeñaron un papel tan grande en el arte; nunca se practicó éste con tanto preciosismo y tanto virtuosismo.» Buscar la belleza hasta en lo trivial o aportarla a lo mismo es la misión superior que Wilde se impone, misión en la que la apariencia externa regalada y amable no puede impedirnos ver la dosis de autoexigencia ascética que implica.

Esta nueva corriente de la literatura inglesa en la que hay que encuadrar inevitablemente a Wilde, aparece marcada de un intenso intelectualismo. Nuestro autor no sólo suscribe la opinión de Mattew Arnold de que es el crítico el que determina el clima intelectual de un siglo, y no sólo admite la afirmación de Baudelaire de que todo artista genuino debe ser también crítico, sino que incluso coloca al crítico por encima del artista y tiende a mirar el mundo a través de los ojos del crítico. La vida-obra de Wilde es, pues, crítica social y como tal habría de provocar, al fin, la reacción de sus contemporáneos, deslumbrados en un primer momento por la brillantez y la perfección de una obra y las extravagancias aparentemente inofensivas de unas costumbres.

Como ha destacado Bernhard Fehr, la tendencia liberal en el arte y la literatura ingleses de los años ochenta representa un liberalismo apolítico, incluso aunque hay una estrecha conexión entre la búsqueda de

la autorrealización por parte de la generación joven a la que pertenece Wilde y las antiguas formas supraindividuales de un lado, y la nueva situación política y social de otro. Realmente la generación de Oscar Wilde es opuesta a la burguesía, pero ello desde una postura antidemocrática y no socialista. Su sensualismo y su hedonismo, su designio de disfrutar la vida y embriagarse con ella, de hacer de ésta una obra de arte, de convertir cada hora de la misma en una experiencia inolvidable e insustituible, asume con frecuencia un carácter antisocial y antimoral. Se trata de una manifestación descarada y retadora de un odio absoluto al filisteo, a la burguesía torpe y desmañada que detesta el arte sobre la base de un utilitarismo ramplón. Los *dandys* ingleses han de emprender en su país una acción equivalente a la ya realizada en Francia en parte por los románticos y en parte por los naturalistas. Ahora bien, en abierto contraste con la literatura francesa, lo que caracteriza a los artistas ingleses de la generación de Wilde es la propensión a la paradoja, a un modo de expresión sorprendente, excéntrico y deliberadamente chocante, a una sutileza intelectual, cuya coqueta complacencia en sí misma y cuya carencia total de preocupación por la verdad parecen hoy de tan mal gusto. «Es evidente —escribe también Hauser— que esta predilección por la paradoja no es otra cosa que el espíritu de contradicción y tiene su origen verdadero en el deseo de *épater le bourgeois*.» Cuando, en el momento de la vida de Wilde en que nos encontramos, éste desembarca en Nueva York y los aduaneros le hacen la típica pregunta de si tiene algo que declarar, responde retador: «Nada a excepción de mi talento.» He aquí una muestra anecdótica del talante existencial de nuestro autor.

Todos los historiadores de la época coinciden en admitir que los dos pilares del esteticismo inglés de finales del siglo XIX son Ruskin y Pater. El impacto de este último en Wilde es evidente, su evangelio no fue otro que el breve texto que Pater escribió sobre el Renacimiento. En él se hacía vigente la concepción heraclítea de la realidad y de la vida como un fluir constante, como un devenir que sólo se puede captar en virtud del instantáneo relampagueo de una sensación, que se desintegrará para avivar una pasión cada vez más intensa y exquisita. La vida es sólo un momento limitado de estos momentos de éxtasis supremo: tiene un final, y, por ello, hay que vivirla y apurarla al máximo, en un estado constante de intensa exaltación. Este esteticismo que Wilde bebió en Pater, en Keats y en Swinburne representa su grandeza y su miseria. Este estilo de vida marcará sus años brillantes y frenéticos de Norteamérica, Londres y París.

En 1884, Wilde se ve enfrentado a serios problemas económicos, y ello le obliga a contraer un matrimonio sin amor, basado en las puras conveniencias. Tres años después, la personalidad resplandeciente de

nuestro autor brillará con luz propia. Es el momento de su vestimenta extravagante, de la aparición de su novela *El retrato de Dorian Gray*, de su polémica en los periódicos con motivo de esta obra, de sus inimitables gestos y expresiones en los salones de Londres, y del inicio de sus amistades equívocas con jóvenes artistas. Su vida es un vaivén continuo, casi compulsivo, en el que siempre se espera de él la frase ocurrente, la actitud brillante, el despliegue rápido y espectacular de un ingenio desbordante, el triunfo literario apoteósico y espectacular. Trata a Mallarmé, a Lorrain, a Moréas, y hasta deja encantado al alcoholizado Verlaine, en un viaje relámpago que realiza a París.

De 1892 —fecha en que estrena con gran éxito artístico y sustanciosos beneficios económicos *El abanico de Lady Windermere*— a 1895, Wilde saborea el vino dulcísimo de la gloria, la fama y la estimación pública. Empero, es en estos años cuando se gesta la terrible tragedia que marcará definitivamente su vida y su obra y cuyo documento escrito esta representado por su *De profundis*.

II

En el otoño de 1891, Wilde conoce a un joven estudiante de Oxford, que cuenta sólo con veintiún años de edad: lord Alfred Douglas. El brillante afamado autor se siente encandilado por los encantos supuestos del caprichoso Bosie, iniciando con él una amistad que le llevaría a la ruina moral y económica. Una vida apasionada, movida exclusivamente por el impulso del placer momentáneo, le niega el sosiego para continuar su creación artística. Es el momento del despilfarro económico por seguir los gustos cambiantes del joven amigo, del descenso al prostíbulo masculino de Alfred Taylor, de los viajes constantes sin objeto, del deambular por las calles de Argel, donde le encuentra André Gide, en busca de un placer penetrado de tragedia. Wilde sublima y eleva a la categoría de vivencia artística lo que no es más que una relación homosexual dominada por el egoísmo y el ansia de autodestrucción en aras de un juego arriesgadísimo.

De este modo, la peripecia de su vida aparece como un reto manifiesto lanzado contra la sociedad victoriana de su época en una constante ostentación de transgredir las normas más sagradas de su rígida moral sexual. Nuestro autor es un escritor burgués que triunfa mientras sus extravagancias le resultan soportables a la clase dominante pero tan pronto como empieza a molestarla ésta le elimina de una forma despiadada y radical.

Omitimos los detalles de este penoso período de la vida de Wilde, porque el lector los encontrará ampliamente expuestos en la sentida prosa del *De profundis*. Baste decir que el padre del joven Bosie insultó

en público a Wilde, acusándole de «alardear de sodomita», y que, pese a la querella que le puso el escritor, el indignado noble salió absuelto. Inicióse, por el contrario, un proceso judicial contra Wilde en el que se le condenó a dos años de trabajos forzados «por cometer actos sumamente indecentes con otras personas del sexo masculino». Toda la sociedad inglesa se alzó contra quien se había burlado de sus principios éticos; se retiraron de los escenarios sus obras teatrales y se dejaron de imprimir sus libros. En mayo de 1895 ingresaba Wilde en la cárcel de Reading a cumplir una condena vejatoria y humillante que hubo de agotar en toda su integridad.

De profundis es la única obra que Wilde escribió en la cárcel, si bien plasmó recuerdos de esta dolorosa experiencia en el artículo periodístico titulado *El caso del vigilante Martin* y en *La batalla de la prisión de Reading*. El autor le dio la forma de una carta dirigida a su joven amigo Bosie, cuya turbulenta relación le había acarreado tan humillantes consecuencias. Wilde fue escribiendo esta larga carta en hojas de papel que le fueron suministrando de una en una, quedando bajo la custodia del alcaide de la prisión.

El día que acabó de cumplir su condena recibió el manuscrito íntegro y Wilde se lo entregó a su amigo, y desde entonces albacea literario, Robert Ross, rogándole que hiciera copiar el texto en limpio. Tal vez Wilde trataba de dar en su día una explicación pública de este doloroso período de su vida y de manifestar literariamente sus sentimientos más íntimos y sinceros. Ross remitió la carta a su destinatario, reservándose una copia y el original manuscrito, que depositó sellado en el Museo Británico de Londres, para evitar que las iras del joven Bosie impidieran que la posteridad recibiera esta excelente pieza literaria de Wilde.

Su autor no le puso título al escrito, pero en 1935, es decir, cinco años después de la muerte de Wilde, Ross se decidió a publicar en Inglaterra la segunda parte de esta carta (la más literaria, la que no se refiere a hechos personales) con el título pensado por él de *De profundis*. El texto íntegro apareció en una edición alemana, de cuyo idioma lo tradujo al castellano Margarita Nelken al final de los años veinte. Esta es la versión que ahora presentamos al público de habla castellana.

Difícilmente podrá encontrar el lector que guste de buscar en los sentimientos humanos una manifestación más apasionada e íntima del resultado de una reflexión sobre el sentido de nuestra existencia en el dolor asociado al arte, que en esta obra de Wilde. Escrita en una prosa impecable, *De profundis* es un grito de dolor contra la irracionalidad del mundo, hondamente sentida desde la desesperanza y la humillación que termina desembocando en una paz resignada. Esta es la conclusión a la que llega Wilde en sus dolorosos años de cárcel y que trata de transmitir a su amigo Bosie: el valor y la belleza del dolor. Singular proceso

éste, que va desde la vivencia lúcida y sin objeto de la vida a la necesidad de darle un sentido al sufrimiento.

III

Tras su liberación en 1897, Wilde abandona definitivamente Inglaterra. Se ha convertido en otro hombre: ahora es un ser asustadizo, receloso, hondamente marcado por las privaciones de la prisión. Se establece en un pueblecito costero francés buscando la soledad. Con el nombre falso de Sebastián Malmoth, deambula por Nápoles. Vuelve a encontrarse con su amigo Bosie, ante la indignación de sus amigos y de su esposa, que le retira la pensión que le pasaba y que le impide ver a sus dos hijos. Poco después marcha a París sumido en una extraordinaria miseria. Su talento parece haberse apagado para siempre. Los primeros síntomas de una enfermedad que ha hecho mella en él son fomentados por un uso desmedido del alcohol. Había dicho: «Fui durante bastante tiempo el más feliz de los hombres, y por eso debo ser ahora el más desgraciado.» Quienes en sus épocas gloriosas se disputaban su relación, le rechazan ahora. Wilde es ya sólo una sombra de sí mismo. Su salud se sigue resintiendo a causa de una meningitis mal tratada.

En el otoño de 1900 es sometido a una operación quirúrgica. Nada puede hacerse ya. En noviembre de ese año, Wilde agoniza sumido en la morfina y en el alcohol. Habita en un modesto cuarto de un hotel de París. Allí recibirá resignado la muerte. Triste final para uno de los escritores más brillantes de habla inglesa, gloria de las letras universales.

IV

Cuando Wilde se dedicó a escribir dramas teatrales, como *Salomé*, que estrenó la gran actriz Sarah Bernhardt, *El abanico de lady Windermere*, *Un marido ideal* y *La importancia de llamarse Ernesto*, se vió apoyado por el público. Sus críticos le reprocharon que había llevado a los escenarios la "frivolidades de París"; sin embargo muchos no pensaron lo mismo, porque el siglo XIX estaba acabando y deseaban con pasión todo aquello que sonara a nuevo. En realidad, Wilde había creado el teatro moderno, el mismo que ha seguido triunfando hasta nuestros días, con algunas variaciones para adaptarlo a la época.

El retrato de Dorian Gray es una novela representativa de la decadencia humana, del triunfo conseguido sin importar los medios y las formas, de la pasión por gozar olvidándose de los demás. Sin embargo, todos los seres humanos poseemos un alma y una conciencia. ¿Qué ocurriría si ésta pudiera mostrarse por medio de una pintura o trans-

formando la fisonòmía a medida que la carcoma del alma anida en el cuerpo?

Dorian Gray puede ser considerado un ser privilegiado, lo que desea puede alcanzarlo y, sobre todo, reúne la belleza física que atrae a las mujeres y obliga a los hombres a retroceder, como si admitieran que tienen delante al seductor de sus propias esposas, cuya fascinación se sienten incapaces de combatir.

El mito del "hombre guapo corrompido" ha sido un recurso bastante utilizado en la literatura mundial; sin embargo, Oscar Wilde sabe darle el toque de lo original, al mismo tiempo que refleja al *gentleman* de su época, a los grandes seductores que necesitan a la mujer para alimentar su narcisismo. Porque se diría que en los ojos femeninos, lo mismo que en los de los hombres que los envidian, quieren ver el espejo donde puedan reflejarse con todo su poderío. Vano objetivo en el que caen demasiados personajillos de quellos tiempos, lo mismo que en nuestra época, tan proclive a llevar a las páginas de las «revistas de colorines» a criaturas que sólo son fachada.

No obstante, en la novela de Oscar Wilde hay algo más, gracias a los demás personajes que rodean a Dorian Gray, la mayoría cumpliendo el papel de sus víctimas. Mientras tanto, el argumento va caminando hasta un desenlace sorprendente, que merece la pena conocer leyéndolo, a pesar de que se recuerde alguna de las muchas películas que se han rodado sobre tan apasionante novela.

Wilde, además de ilustre comediógrafo, fue un excelente narrador. Prueba de ello son estos seis cuentos seleccionados que pasan por ser los más famosos de su autor. Pocas veces se ha conseguido una prosa más impecable, una mezcla tan exquisita de humor, ironía, sentimentalismo, sentido dramático y emoción contenida.

El fantasma de Canterville es quizá el más conocido de estos cortos relatos. El autor describe el contraste entre el carácter práctico, realista y seguro de sí mismo del norteamericano y la impresionabilidad, el temperamento asustadizo y la imaginatividad ingleses. Un rico americano compra un antiguo castillo en Inglaterra y allí se instala con su esposa y sus cuatro hijos. La ilustre mansión está habitada por el tradicional y consabido fantasma, el cual ha sembrado el terror entre los moradores desde hace cientos de años. Sin embargo, todos los recursos terroríficos del fantasma se estrellan contra el sentido utilitario de la nueva señora de la casa y contra las diabluras de sus dos hijos menores, un par de traviesos gemelos que gastan multitud de bromas al pobre espectro. El relato está sembrado de pinceladas de humor inolvidables. Al final, la intervención de la hija de la familia proporciona al atribulado fantasma un eterno descanso.

En *El cumpleaños de una infanta* evoca Wilde el ambiente de la corte real española en una época imprecisa que podría corresponder a los últimos Austrias. El cuento resalta, en este caso, el contraste entre el carácter caprichoso e insensible de la infantita y la personalidad de un grotesco pero bondadoso y tierno enano que acude a animar con sus bailes la fiesta de cumpleaños de la ilustre damita. El monstruoso enano vive el eterno drama del individuo con un gran corazón encerrado en un cuerpo ridículo que inspira risa. El cuento finaliza con la muerte del desdichado personaje ante la actitud impasible de la inconsciente infanta.

Un carácter más legendario y mágico reviste *El pescador y su alma*. Su tema gira en torno a un joven pescador enamorado de una seductora sirenita, por la que está dispuesto a deshacerse de su alma, condición indispensable para consumar su unión. El pescador recurre a un sacerdote, a unos mercaderes y a una bruja para que le ayuden a conseguir su objetivo. Separada del cuerpo del pescador y sin su corazón —pues éste se ha negado a entregárselo para poder amar con él a la sirenita—, el alma emprende largos viajes a lejanas tierras durante tres años consecutivos. A su regreso, cuenta sus aventuras a su antiguo propietario. Al final, el pescador se siente esclavo de su alma, un alma que, al no tener corazón, se muestra despiadada y cruel. La muerte del enamorado, víctima de su amor por la sirenita, pone punto final a la narración.

El príncipe feliz es uno de los relatos más breves, pero quizá también el más entrañable. En este caso resalta Wilde igualmente la contraposición entre el mundo materialista, engreído e inimaginativo de los concejales y profesores de una ciudad y la actitud generosa y sensible de la estatua de un príncipe y de una golondrina. El príncipe insta a la golondrina para que vaya desprendiendo poco a poco los ricos atavíos que adornan su estatua y lleve su oro y pedrería a los necesitados de la ciudad. Entregada a semejante labor, la golondrina retrasa su emigración a Egipto donde había de pasar el invierno y termina muriendo de frío. A su vez, la estatua del príncipe feliz, desprovista de sus preciados ornamentos, se convierte en un objeto antiestético, por lo que los miembros del concejo ordenan su fundición. El incombustible corazón de plomo del príncipe, junto con el cadáver de la golondrina, son llevados por un ángel al Paraíso como «las dos cosas más valiosas de la ciudad».

El ruiseñor y la rosa presenta también puntos de contacto temático con los relatos anteriores. Un estudiante está enamorado de una caprichosa joven, quien le pone como condición para bailar con él el regalo de un ramo de rosas rojas. Pero en el jardín del estudiante no hay una sola rosa de este color. La pena del enamorado encuentra eco en un generoso ruiseñor, que, tratando de alegrar al muchacho, accede a can-

tar con el pecho apoyado en las espinas de un rosal, para que la sangre de su corazón tiña de rojo el blanco de sus flores. Muere el pajarillo, y cuando el estudiante lleva a su amada la hermosa rosa roja pagada a tan alto precio, la coqueta desdeña el regalo y desprecia al animoso galán.

El cuento que cierra este libro es *El amigo leal*. El autor narra aquí la explotación que un interesado molinero hace de un joven que le tiene por un excelente amigo, hasta llevarle a la muerte. Escrito en clave de fábula, con animales parlantes, Wilde se evade a la hora de extraer la moraleja. Pero leídos todos los cuentos, a excepción del primero, los cinco restantes dejan en el lector el sabor amargo de un sacrificio infructuoso. Mueren los generosos, los nobles y los enamorados, ante la mirada fría de una sociedad insensible, pragmática, caprichosa y engreída. Wilde deja entrever ese tono de amargura, de desengaño incurable, que alcanzará su máxima expresión en el testimonio epistolar de su *De profundis*.

CARMELO SÁNCHEZ CASTRO

EL RETRATO DE DORIAN GRAY

CAPÍTULO I

El estudio estaba lleno de la fuerte fragancia de rosas, y cuando la suave brisa del verano se agitaba entre los árboles del jardín, entonces cruzaba la puerta la intensa fragancia de las lilas o el perfume más delicado de los espinos de flores rosas.

Desde el rincón del diván de alforjas persas sobre las que estaba tendido, fumando infinidad de cigarrillos, como era su costumbre, lord Henry Wotton casi podía coger el destello de las flores color miel y dulces como la miel de un codeso cuyas ramas trémulas parecían incapaces de soportar el peso de una belleza tan magnífica como la que tenían. Y de cuando en cuando las sombras extrañas de pájaros en vuelo revoloteaban por las largas cortinas de seda que se extendían frente a la enorme ventana, produciendo una especie de efecto japonés momentáneo y haciéndole pensar en esos pintores de caras pálidas de Tokio, quienes, por medio de un arte que es inmóvil por necesidad, buscan transmitir el sentido de velocidad y movimiento. El murmullo cansino de las abejas, buscando su camino por la hierba alta o dando vueltas en círculo con insistencia monótona alrededor de las bayas brillantes y polvorientas de la madreselva solitaria, parecía hacer más opresiva la calma. El lejano estruendo de Londres era como la nota bordón de un órgano distante.

En el centro de la habitación, sujeto a un caballete vertical, había un retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza, y frente a él, a poca distancia, estaba sentado el artista, Basil Hallward, cuya repentina desaparición hacía algunos años había causado en su época una gran excitación pública y había dado lugar a conjeturas extrañas.

Según miraba el pintor a la forma de tanta gracia y atractivo que había reflejado tan hábilmente con su arte, una sonrisa de placer cruzó su rostro y parecía a punto de quedarse allí. Pero se estremeció de repente y, cerrando los ojos, puso los dedos sobre los párpados, como si tratara de aprisionar en su cerebro algún sueño curioso del cual temía despertarse.

«Es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho nunca —dijo lord Henry lánguidamente—. Desde luego tienes que enviarlo el año que

viene a Grosvenor. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Siempre que he ido allí, o había tanta gente que era incapaz de ver los cuadros, lo cual era espantoso, o había tantos cuadros que era incapaz de ver a la gente, que era peor. El Grosvenor es sin duda el único lugar.»

«No creo que lo envíe a ninguna parte —contestó, echando la cabeza para atrás de aquella forma extraña que solía hacer que sus amigos se rieran de él en Oxford—. No. No lo enviaré a ninguna parte.»

Lord Henry levantó las cejas y le miró con asombro a través de los círculos delgados y azules de humo que formaban espirales caprichosas desde su grueso cigarro contaminado de opio. «¿No lo enviarás a ninguna parte? Mi querido amigo, ¿por qué? ¿Tienes alguna razón? ¡Qué tipos tan extraños sois los pintores! Haces algo en el mundo para ganar reputación. Tan pronto como lo has conseguido, parece que quieren perderlo. Es una tontería por tu parte, porque sólo hay una cosa peor en este mundo que el que hablen de uno, y es que no hablen. Un retrato como éste te situaría muy por encima de todos los hombres jóvenes de Inglaterra y haría que los hombres mayores tuvieran bastantes celos, si los hombres mayores son capaces todavía de alguna emoción.»

«Se que te reirás de mí —replicó—, pero de verdad no puedo exhibirlo. He puesto demasiado de mí mismo en él.»

Lord Henry se estiró en el diván y se rió.

«Sí, sabía que lo haría, pero sin embargo es cierto.»

«¡Demasiado de ti mismo en él! Palabra, Basil, no sabía que fueras tan vanidoso, y sinceramente no puedo ver ningún parecido entre ti, con tu cara arrugada y severa y tu pelo negro como el carbón, y este joven Adonis, que parece que está hecho de marfil y de pétalos de rosa. Porque, mi querido Basil, él es un narciso, y tú... bueno, por supuesto tienes una expresión inteligente y todo eso. Pero la belleza, la belleza real, termina donde empieza una expresión inteligente. La intelectualidad es en sí misma una forma de exageración y destruye la armonía de cada rostro. En el momento en que uno se sienta a pensar, se convierte en todo nariz, o todo frente, o algo horroroso. Mira a los hombres que han tenido éxito en cualquiera de las profesiones que se aprenden. ¡Qué perfectamente horribles son!, excepto, por supuesto, en la Iglesia. Pero en la Iglesia no piensan. Un obispo continúa diciendo a la edad de ochenta años lo que le habían dicho a él cuando era un muchacho de dieciocho, y como consecuencia natural él siempre parece absolutamente encantador. Tu misterioso joven amigo, cuyo nombre nunca me has dicho, pero cuyo cuadro realmente me fascina, nunca piensa. Estoy completamente seguro de ello. Él es un poco memo, criatura hermosa, que siempre estará aquí en invierno cuando no tengamos flores a las que mirar y siempre estará aquí en verano cuando queramos algo con lo

que refrescar nuestra inteligencia. No te halagues a ti mismo, Basil. No eres como él ni en lo más mínimo.»

«No me entiendes, Henry —contestó el artista—. Por supuesto que no soy como él. Lo sé perfectamente. De hecho sentiría parecerme a él. ¿Te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. Hay fatalidad en toda distinción física o intelectual, la clase de fatalidad que parece seguir los pasos vacilantes de los reyes a través de la historia. Es mejor no ser diferente de uno de tus amigos. La fealdad y la estupidez tienen lo mejor en este mundo. Pueden sentarse tranquilos y bostezar en el juego. Si no conocen la victoria, al menos prescinden del conocimiento de la derrota. Viven como viviríamos todos nosotros, sin ser molestados, indiferentes y sin preocupaciones. Ni traen la ruina sobre los demás, ni la reciben de manos extrañas. Tu categoría y tu fortuna, Henry; mi cerebro, tal como es; mi arte con cualquier valor que tenga; el buen aspecto de Dorian Gray; sufriremos todos por lo que nos han dado los dioses, sufriremos terriblemente.»

«¿Dorian Gray? ¿Es ése su nombre?», preguntó lord Henry, cruzando el estudio hacia Basil Hallward.

«Sí, ése es su nombre. No tenía intención de decírtelo.»

«¿Por qué no?»

«¡Oh!, no puedo explicártelo. Cuando me gusta muchísimo una persona, nunca le digo a nadie cómo se llama. Es como ceder una parte de ellos. He llegado a amar el secreto. Parece que es lo único que puede hacer que la vida moderna sea misteriosa y maravillosa para nosotros. Lo más común es encantador simplemente por esconderlo. Cuando me voy de la ciudad ahora, nunca le digo a nadie a dónde voy. Si lo hiciera, perdería todo mi placer. Quizá es una costumbre estúpida, pero de algún modo parece que da romanticismo en gran cantidad a la vida de uno. Supongo que pensarás que estoy totalmente loco por esto.»

«En absoluto —contestó lord Henry—, en absoluto, mi querido Basil. Parece que olvidas que estoy casado y que el único encanto del matrimonio es que hace que tengas una vida de decepción absolutamente necesaria para ambas partes. Nunca sé dónde está mi esposa y mi esposa nunca sabe lo que yo estoy haciendo. Cuando nos encontramos, que nos encontramos de vez en vez; cuando cenamos fuera juntos o bajamos a casa del duque, nos contamos las historias más absurdas con las caras más serias. Mi esposa es muy buena en la materia, sin duda mucho mejor que yo. Nunca se confunde con las fechas como hago yo siempre. Pero cuando me descubre, no pelea. A veces desearía que lo hiciera, pero sólo se ríe de mí.»

«Odio el modo en el que hablas sobre tu vida matrimonial, Harry —dijo Basil Hallward mientras se dirigía hacia la puerta que da al jardín—. Creo que eres realmente un marido muy bueno, pero estás com-

pletamente avergonzado de tus propias virtudes. Eres un amigo extraordinario. Nunca dices nada moral, pero nunca haces nada malo. Tu cinismo es sencillamente una postura.»

«Ser natural es sencillamente una postura, y es la postura más irritante», gritó lord Henry riéndose. Y los dos jóvenes salieron juntos al jardín y se instalaron cómodamente en un gran asiento de bambú que estaba colocado a la sombra de un alto arbusto de laurel. La luz del sol resbalaba por las hojas brillantes. En la hierba, temblaban las margaritas blancas.

Después de una pausa, lord Henry sacó su reloj. «Me temo que tengo que irme, Basil —murmuró—, y antes de irme insisto en que me contestes a una pregunta que te hice hace algún tiempo.»

«¿Cuál es?», dijo el pintor, mientras mantenía los ojos fijos en el suelo.

«La sabes muy bien.»

«No, no la sé, Harry.»

«Bien, te diré lo que es. Quiero que me expliques por qué no exhibirás el cuadro de Dorian Gray. Quiero la verdadera razón.»

«Te dije la verdadera razón.»

«No, no lo hiciste. Me dijiste que era porque había demasiado de ti mismo en él. Bueno, eso es una chiquillada.»

«Harry —dijo Basil Hallward, mirándole directamente a la cara—, cada retrato que se pinta con sentimiento es un retrato del artista, no del que posa. El que posa es simplemente el accidente, la ocasión. No es él el que se revela al pintor, es el pintor el que se revela a sí mismo en lienzos coloreados. La razón por la que no exhibiré este cuadro es porque temo que he mostrado en él el secreto de mi propia alma.»

Lord Henry se rió. «¿Y qué es eso?», preguntó.

«Te lo contaré», dijo Hallward, pero una expresión de perplejidad le cubrió el rostro.

«Estoy esperando, Basil», continuó su compañero mirándole indirectamente.

«¡Oh! realmente hay muy poco que contar, Harry —contestó el pintor—, y me temo que apenas puedas entenderlo. Quizá casi ni lo creas.»

Lord Henry sonrió y, agachándose, arrancó del césped una margarita de pétalos color rosa y la examinó. «Estoy completamente seguro de que lo entenderé —replicó, mirando intensamente al pequeño disco dorado adornado de blanco—, y cómo, por creer cosas, puedo creerlo todo, con tal que sean bastante increíbles.»

El viento agitó algunas ramas de los árboles y las pesadas lilas, con sus estrellas agrupadas, se movían de acá para allá en el aire lánguido. Una cigarra comenzó a chirriar en la pared, y como un hilo azul una

libélula larga y delgada pasó con sus alas de gasa marrón. Lord Henry sentía como si pudiera oír el palpitar del corazón de Basil Hallward y se preguntaba qué vendría después.

«La historia es esta sencillamente —dijo el pintor después de algún tiempo—: Hace dos meses fui a una reunión multitudinaria en casa de lady Brandon. Sabes que nosotros, pobres artistas, tenemos que dejarnos ver en sociedad de cuando en cuando, sólo para recordar al público que no somos unos inhumanos. Con un frac y una corbata blanca, como dijiste una vez, cualquiera, incluso un corredor de bolsa, puede ganar reputación de ser civilizado. Bueno, después de haber estado en el salón unos diez minutos hablando con viudas enormes vestidas con exageración y con académicos tediosos, de repente fui consciente de que alguien me estaba mirando. Me di media vuelta y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando se encontraron nuestras miradas, sentí que palidecía. Me vino una curiosa sensación de horror. Supe que tenía cara a cara a alguien cuya mera personalidad me había fascinado tanto que, si me permitía hacerlo, absorbería todo mi carácter, toda mi alma e incluso todo mi arte. Yo no quería una influencia externa en mi vida. Tú sabes, Henry, lo independiente que soy por naturaleza. He sido siempre mi propio maestro, al menos lo había sido siempre, hasta que conocí a Dorian Gray. Luego..., pero no sé cómo explicártelo. Algo parecía decirme que yo estaba al borde de una terrible crisis en mi vida. Tuve un sentimiento extraño de que el Destino tenía guardado para mí alegrías excelentes y grandes penas. Aumentó el miedo y volví a abandonar el salón. No era la conciencia la que me dictaba hacer eso, era una especie de cobardía. No vi otra forma de escapar.»

«Conciencia y cobardía son lo mismo realmente, Basil. La conciencia es el nombre comercial de la empresa. Eso es todo.»

«No creo eso, Harry, y creo que tú tampoco. Sin embargo, cualquiera que fuera mi motivo, y quizá haya sido el orgullo, porque suelo ser muy orgulloso, desde luego avancé hacia la puerta. Allí, tropecé con lady Brandon. "¿No irá a escaparse tan pronto, señor Hallward?", vociferó. ¿Conoces su curiosa voz chillona?»

«Sí. Es un pavo real en todo menos en la belleza», dijo lord Henry, rompiendo la margarita en trocitos con sus dedos largos y nerviosos.

«No pude deshacerme de ella. Me presentó a personas de la realeza y gente con estrellas y jarreteras, y a damas ancianas con diademas gigantescas y narices de loro. Hablaba de mí como de su mejor amigo. Sólo me la había encontrado una vez antes, pero se le metió en la cabeza ponerme en primer plano. Creo que algún cuadro mío tenía una gran éxito en ese momento, al menos se hablaba de él en los periódicos de penique, que son el modelo de inmoralidad del siglo xix. De repente me hallé frente a frente con el joven cuya personalidad me había intrigado

de forma tan extraña. Estábamos bastante cerca. casi tocándonos. Nuestras miradas se encontraron de nuevo. Era imprudente por mi parte, pero le pedí a lady Brandon que me le presentara. Quizá no fuera tan imprudente después de todo. Era sencillamente inevitable. Nos hubiéramos hablado el uno al otro sin ninguna presentación. Estoy seguro de ello. Dorian me dijo esto después. Él también sintió que estábamos destinados a conocernos.»

«¿Y cómo describió lady Brandon a este joven maravilloso? —preguntó su compañero—. Sé que ella tiene la manía de hacer un *précis* rápido de todos sus invitados. Recuerdo cuando me presentó a un caballero anciano agresivo y de cara roja cubierto todo él de condecoraciones y bandas, y me susurró al oído, con un murmullo trágico que podía oír perfectamente cualquiera de la habitación, los detalles más asombrosos. Yo huí, sencillamente. Me gusta descubrir a la gente por mí mismo. Pero lady Brandon trata a sus invitados exactamente igual que un subastador trata a sus bienes. O los explica completamente, o le dice a uno todo sobre ellos excepto lo que quieres saber.»

«¡Pobre lady Brandon! Eres demasiado duro con ella, Harry», dijo Hallward indiferente.

«Mi querido amigo, ella intentó fundar un salón y sólo tuvo éxito al abrir un restaurante. ¿Cómo puedo admirarla? Pero dime, ¿qué dijo ella sobre Dorian Gray?»

«Oh, algo como: "Es un muchacho encantador, su pobre madre y yo somos inseparables. Casi he olvidado lo que hace, me temo que no hace nada...; oh, sí, toca el piano..., ¿o es el violín, querido señor Gray?" Ninguno de nosotros pudo evitar reírse y nos hicimos amigos en seguida.»

«La risa no es un mal comienzo para una amistad y está muy alejada de ser el final de una», dijo el joven lord, arrancando otra margarita.

Hallward movió la cabeza. «No comprendes lo que es la amistad, Harry —murmuró—, o lo que es la enemistad respecto a eso. A ti te gusta cualquiera; es decir, eres indiferente a cualquiera.»

«¡Qué terriblemente injusto eres! —exclamó lord Henry, inclinando su sombrero hacia atrás y mirando a las pequeñas nubes que, como madejas enmarañadas de seda blanca brillante, iban a la deriva por el espacio turquesa del cielo del verano—. Sí, terriblemente injusto contigo. Hago una gran diferencia entre la gente. Elijo a mis amigos por su buena apariencia, mis conocidos por su buen carácter y mis enemigos por su buen intelecto. Un hombre no puede ser demasiado cuidadoso al elegir sus enemigos. No tengo ninguno que sea un loco. Todos son hombres de algún poder intelectual, y como consecuencia todos me aprecian. ¿Es muy vanidoso por mi parte? Creo que es bastante vanidoso.»

«Pensaría que sí, Harry. Pero según tu apreciación yo tengo que ser sólo un conocido.»

«Mi querido y viejo Basil, tú eres mucho más que un conocido.»

«Y mucho menos que un amigo. Una clase de hermano, supongo.»

«¡Oh hermanos! No quiero a los hermanos. Mi hermano mayor no me quiere y mis hermanos más jóvenes parece que nunca harán nada más.»

«¡Harry!», exclamó Hallward, frunciendo el ceño.

«Mi querido amigo, no hablo completamente en serio, pero no puedo evitar detestar a mis parientes. Supongo que viene del hecho de que ninguno de nosotros puede soportar a otras personas que tengan los mismos defectos que nosotros mismos. Simpatizo bastante con la pasión de la democracia inglesa contra lo que ellos llaman los vicios de las clases superiores. Las masas sienten que la embriaguez, la estupidez y la inmoralidad deberían ser su propia propiedad especial y que si cualquiera de nosotros se pone en ridículo es como si cazara en sus reservas. Cuando el pobre Southwark estaba en el Tribunal de Divorcios la indignación de las masas fue completamente magnífica. Y, sin embargo, supongo que el diez por ciento del proletariado no vive de forma correcta.»

«No estoy de acuerdo con ninguna palabra de las que estás diciendo y, lo que es más, Harry, estoy seguro de que tú tampoco.»

Lord Henry acarició la punta de su barba castaña y golpeó la puntera de su bota de charol con su bastón de ébano adornado con borlas. «¡Qué inglés eres, Basil! Es la segunda vez que has hecho esa observación. Si uno presenta una idea a un inglés auténtico, siempre para hacer algo precipitado, nunca piensa en considerar si la idea es buena o mala. Lo único que considera de importancia es si uno cree en ella. Ahora, el valor de una idea no tiene nada que hacer con la sinceridad del hombre que la expresa. De hecho, las probabilidades son que, cuanto menos sincero es el hombre, más puramente inteligente será la idea, pues en ese caso no se teñirá con otras que quiera, desee o prevenga. Sin embargo, no me propongo discutir de política, sociología o metafísica y me gustan las personas más que los principios y me gustan las personas que no tienen principios más que cualquier otra cosa en el mundo. Cuéntame más de Dorian Gray. ¿Cada cuánto tiempo le ves?»

«Todos los días. No podría ser feliz si no le viera todos los días. Es absolutamente necesario para mí.»

«¡Qué extraordinario! Pensaba que no te preocupabas de otra cosa nada más que de tu arte.»

«Él es todo mi arte ahora —dijo el pintor gravemente—. Algunas veces pienso, Harry, que hay sólo dos eras de cierta importancia en la historia del mundo. La primera es la aparición de un nuevo medio para

el arte y la segunda es la aparición de una nueva personalidad también para el arte. Lo que la invención de la pintura al óleo fue para los venecianos, lo que el rostro de Antinoüs fue para la escultura antigua griega, será algún día para mí el rostro de Dorian Gray. No es sólo que yo le pinte, le dibuje o le haga un esbozo, por supuesto he hecho todo eso, sino que él es mucho más para mí que un modelo o una persona que posa. No te contaré que estoy descontento con lo que he hecho de él o que su belleza es tal que el arte no puede expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y sé que la obra que he hecho, desde que conocí a Dorian Gray, es un buen trabajo, es el mejor trabajo de mi vida. Pero de forma curiosa, ¿me pregunto si me comprenderás?, su personalidad me ha supuesto una forma de arte totalmente nueva, un estilo totalmente nuevo. Veo las cosas de forma diferente, pienso en ellas de forma diferente. Ahora puedo recrearme la vida de un modo que antes estaba oculto para mí. "Una forma de pensamiento en días de pensamiento." ¿Quién dijo esto? Lo he olvidado, pero es lo que Dorian Gray ha sido para mí. La presencia meramente visible de este chico, porque me parece poco más que un chico, aunque anda sobre los veinte años, su presencia meramente visible. Me pregunto si puedes darte cuenta de todo lo que esto significa. Inconscientemente él determina para mí las líneas de una escuela nueva, una escuela que tiene toda la pasión del espíritu romántico, toda la perfección del espíritu griego. La armonía del alma y el cuerpo ¡Cuánto es esto! Nosotros en nuestra locura hemos separado las dos y hemos inventado un realismo que es vulgar, una idealidad que es nula. ¡Harry, si supieras solamente lo que Dorian Gray es para mí! ¿Recuerdas ese paisaje mío por el que Agnew me ofreció un precio tan elevado, pero del que no quería separarme? Es una de las mejores cosas que he hecho. ¿Y por qué? Porque mientras estoy pintando, Dorian Gray se sienta a mi lado. Alguna influencia sutil pasa de él a mí y por primera vez en mi vida vi en el bosque sencillo la maravilla que siempre he buscado y siempre perdía.»

«¡Basil, es extraordinario! Tengo que ver a Dorian Gray.»

Hallward se levantó del asiento y paseó de acá para allá en el jardín. Después de un rato regresó. «Harry —dijo—, Dorian Gray es para mí sencillamente un motivo de arte. Quizá tú no veas nada en él. Yo lo veo todo. Nunca está más presente en mi trabajo que cuando no hay una imagen de él. Es una idea, como he dicho, de una forma nueva. Le encuentro en las curvas de ciertas líneas, en la belleza y sutileza de ciertos colores. Eso es todo.»

«Entonces, ¿por qué no exhibirás su retrato?», preguntó lord Henry.

«Porque, sin intentarlo, he puesto en él alguna expresión de toda esta curiosa idolatría artística, de la cual, por supuesto, nunca le he

hablado a él. Él no sabe nada de esto. Nunca sabrá nada de esto. Pero el mundo puede adivinarlo, y no descubriré mi alma a sus ojos superficiales y entremetidos. No pondré mi corazón bajo su microscopio. Hay demasiado de mí mismo, Harry.., ¡demasiado de mí mismo!»

«Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Ellos saben lo útil que es la pasión para publicarse. Hoy en día un corazón destrozado tira muchas ediciones.»

«Les odio por eso —exclamó Hallward—. Un artista crearía cosas hermosas, pero no pondría nada de su propia vida en ellas. Vivimos en una época en la que los hombres tratan al arte como si significara ser una forma de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Algún día le mostraré al mundo lo que es, y por esa razón el mundo nunca verá mi retrato de Dorian Gray.»

«Creo que estás equivocado, Basil, pero no discutiré contigo. Sólo el que pierde la inteligencia discute siempre. Dime: ¿Te quiere mucho Dorian?»

El pintor recapacitó durante unos momentos. «Le gusto —contestó después de una pausa—. Sé que le gusto. Por supuesto yo le alabo terriblemente. Siento un extraño placer al decirle cosas que sé que sentiré habérselas dicho. Normalmente él es encantador conmigo y nos sentamos en el estudio y hablamos de mil cosas. Sin embargo, siempre es terriblemente irreflexivo y parece obtener un auténtico placer en hacerme sufrir. Entonces siento, Harry, que he dado toda mi alma a alguien que la trata como si fuera una flor que se pone en su chaqueta, un poco de decoración para encantar su vanidad, un adorno para un día de verano.»

«Los días de verano, Basil, son apropiados para vagabundear —murmuró lord Henry—. Quizá te canses antes que él. Es triste pensar así, pero no hay duda de que el talento dura más que la belleza. Esto se justifica por el hecho de que todos nosotros sufrimos tanto por reeducarnos. En la lucha salvaje por la existencia queremos tener algo que perdure y de esta forma llenamos nuestras mentes de desperdicios, basuras y hechos con la esperanza tonta de mantener nuestro lugar. El hombre bien informado y con minuciosidad: ése es el modelo moderno. Y la mente del hombre bien informado y con minuciosidad es espantosa. Es como una tienda de curiosidades monstruosa y polvorienta donde todo tiene un precio más elevado que el de su propio valor. Sin embargo, pienso que te cansarás primero. Algún día mirarás a tu amigo y te parecerá que está un poco fuera de tu dibujo, o no te gustará el tono de su color, o algo semejante. Amargamente le criticarás en tu propio corazón, pensarás seriamente que se ha comportado muy mal contigo. La próxima vez que llame, serás totalmente frío e indiferente. Será una gran pena porque te alterará. Lo que me has contado es

casi un romance, se podría llamar un romance de arte, y lo peor de tener un romance de esta clase es que deja a uno tan poco romántico...»

«Harry, no hables así. La personalidad de Dorian Gray me dominará durante toda mi vida. Tú no puedes sentir lo que yo siento. Tú cambias con mucha frecuencia.»

«Ah, mi querido Basil, por eso es exactamente por lo que puedo sentirlo. Los que son fieles sólo conocen el lado trivial del amor. Son los infieles los que conocen las tragedias del amor.» Y lord Henry encendió una cerilla sobre una delicada caja de plata y comenzó a fumar un cigarro con la conciencia tranquila y aire satisfecho como si hubiera resumido el mundo en una frase. Hubo un susurro de gorriones que gorjeaban en las hojas esmaltadas de verde de la hiedra y las sombras de las nubes azules se perseguían por la hierba como si fueran golondrinas. ¡Qué a gusto se estaba en el jardín! ¡Y qué encantadoras eran las emociones de la gente! Mucho más encantadoras que sus ideas, le parecía a él. El alma propia y las pasiones de los amigos, aquellas eran las cosas fascinantes de la vida. Se imaginaba, divirtiéndose en silencio, la comida tediosa que se había perdido por estar tanto tiempo con Basil Hallward. Si hubiera ido a casa de su tía seguro que se hubiera encontrado con lord Goodbody allí y toda la conversación hubiera sido sobre la alimentación de los pobres y la necesidad de casas de huéspedes. Cada clase hubiera predicado sobre la importancia de estas virtudes para cuyo ejercicio no había necesidad en sus propias vidas. El rico hubiera hablado sobre el valor de la economía y el ocioso, lleno de elocuencia, sobre la dignidad del trabajo. ¡Era encantador haber escapado de todo eso! Mientras estaba pensando en su tía, una idea pareció agitarle. Se volvió a Hallward y dijo: «Mi querido amigo, acabo de recordar.»

«¿Recordar qué, Harry?»

«Dónde he oído el nombre de Dorian Gray.»

«¿Dónde fue?», preguntó Hallward con el ceño fruncido.

«No te enfades, Basil. Fue en casa de mi tía lady Agatha. Me dijo que había descubierto a un joven maravilloso que iba a ayudarle en East End y que se llamaba Dorian Gray. Te aseguro que ella nunca me dijo que él tenía tan buena apariencia. Las mujeres no hacen apreciaciones sobre las buenas apareciencias, al menos las buenas mujeres no. Dijo que él era muy sincero y tenía un carácter hermoso. En ese momento le imaginé con lentes y pelo lacio, terriblemente pecoso y andando pesadamente sobre unos pies enormes. Ojalá hubiera sabido que era tu amigo.»

«Me alegro de que no lo supieras, Harry.»

«¿Por qué?»

«No quiero que le conozcas.»

«¿Que no quieres que le conozca?»

«No.»

«El señor Dorian Gray está en el estudio, señor», dijo el mayordomo entrando al jardín.

«Ahora tienes que presentármelo», gritó lord Henry riéndose.

El pintor se volvió hacia el sirviente que estaba en pie guiñando los ojos a la luz del sol. «Pídele al señor Gray que espere, Parker, entraré dentro de un momento.» El hombre se inclinó y se fue por el sendero.

Luego miró a lord Henry. «Dorian Gray es mi mejor amigo —dijo—. Él tiene un carácter sencillo y hermoso. Tu tía tenía bastante razón en lo que dijo. No lo estropees. No trates de influenciarle. Tu influencia sería mala. El mundo es amplio y hay mucha gente maravillosa en él. No alejes de mí a la persona que da a mi arte todo el encanto que posee: mi vida de artista depende de él. Recuerda, Harry, confío en ti.» Él habló muy despacio y las palabras parecían arrancadas de él casi en contra de su voluntad.

«¡Qué tonterías dices!», dijo lord Henry sonriendo, y tomando del brazo a Hallward casi le guió al interior de la casa.

CAPÍTULO II

Al entrar vieron a Dorian Gray. Estaba sentado ante el piano, de espaldas a ellos, pasando las páginas de un volumen de *Escenas del Bosque*, de Schumann. «Tienes que prestarme éstas, Basil —dijo—. Quiero aprenderlas. Son sencillamente encantadoras.»

«Depende de cómo poses hoy, Dorian.»

«¡Oh! Estoy cansado de posar, no quiero un retrato de tamaño natural —contestó el muchacho, girando sobre el taburete del piano de forma deliberada y petulante. Cuando divisó a lord Henry, un rubor ligero coloreó sus mejillas por un momento y se levantó—. Ruego me perdones, Basil, no sabía que hubiera alguien contigo.»

«Este es lord Henry Wotton, Dorian, un viejo amigo mío de Oxford. Acabo de contarle el modelo tan excelente que eres y ahora acabas de estropearlo todo.»

«No ha estropeado el placer de conocerle, señor Gray —dijo lord Henry, dando un paso hacia a él y tendiéndole la mano—. Mi tía me ha hablado a menudo sobre usted. Es usted uno de sus favoritos y me temo que una de sus víctimas también.»

«Ahora estoy en los libros negros de lady Agatha —contestó Dorian, con una mirada divertida de arrepentimiento—. Prometí ir a un club de Whitechapel con ella el martes pasado y lo olvidé completamente. Teníamos que haber tocado un dúo juntos, tres dúos creo. No sé lo que me dirá. Estoy demasiado asustado para llamarla.»

«¡Oh! Haré las paces por usted con mi tía. Ella es bastante devota a usted y no creo que realmente le importe que no haya estado allí. La audiencia pensó probablemente que era un dúo. Cuando tía Agatha se sienta al piano ella sola hace ruido suficiente por dos personas.»

«Eso es horrible para ella y no muy agradable para mí», contestó Dorian riéndose.

Lord Henry le miró. Sí, en verdad era maravillosamente atractivo, con los labios escarlata de curvas delicadas, sus sinceros ojos azules, el pelo crespo dorado. Había algo en su cara que le hacía a uno confiar en él en seguida. Todo el candor de la juventud estaba allí, así como toda la pureza apasionada de la juventud. Uno sentía que él se había manteni-

do inmaculado frente al mundo. No es de extrañar que Basil Hallward le adorara.

«Es usted demasiado encantador para entrar en la filantropía, señor Gray, demasiado encantador.» Y lord Henry se echó en el diván y abrió su pitillera.

El pintor había estado ocupado mezclando sus colores y preparando sus pinceles. Parecía preocupado y cuando oyó el último comentario de lord Henry le echó una mirada, titubeante por un momento, y luego dijo: «Harry, quiero terminar este cuadro hoy. ¿Pensarías que es muy rudo por mi parte si te pido que te vayas?»

Lord Henry sonrió y miró a Dorian Gray. «¿Tengo que irme, señor Gray?», preguntó.

«¡Oh no, por favor, lord Henry! Veo que Basil está en uno de sus malos humores y no puedo soportarle cuando está de mal humor. Por otro lado quiero que me diga por qué no debería entrar en la filantropía.»

«No sé lo que le podré decir sobre eso, señor Gray. Es un tema tan tedioso que uno tendría que hablar seriamente sobre él. Pero desde luego no lo evadiré, ahora que me ha pedido que me detenga. Basil, realmente no te importa, ¿verdad? Me has dicho con frecuencia que te gusta que tus modelos tengan a alguien con quien charlar.»

Hallward se mordió el labio. «Si Dorian lo desea, por supuesto que te puedes quedar. Los caprichos de Dorian son leyes para todo el mundo menos para él mismo.»

Lord Henry cogió su sombrero y sus guantes. «Eres muy insistente, Basil, pero temo que tengo que irme. He prometido encontrarme con un hombre en el Orleáns. Adiós, señor Gray. Venga a verme alguna tarde a la calle Curzon. Casi siempre estoy en casa a las cinco. Escríbame cuando vaya a venir. Sentiría no estar.»

«Basil —exclamó Dorian Gray—, si lord Henry Wotton se va yo me iré también. Nunca abres la boca mientras pintas y es terriblemente pesado estar en pie sobre una plataforma y tratar de parecer agradable. Pídele que se quede. Insisto en ello.»

«Quédate, Harry, para dar gusto a Dorian y para dármelo a mí —dijo Hallward, mirando fijamente a su cuadro—. Es completamente cierto, nunca hablo mientras trabajo y nunca escucho al otro, y tiene que ser terriblemente tedioso para mis desafortunados modelos. Te ruego que te quedes.»

«¿Pero qué pasa con mi hombre del Orleáns?»

El pintor se rió. «No creo que haya ninguna dificultad. Siéntate otra vez, Harry. Y ahora, Dorian, sube a la plataforma y no te muevas demasiado ni prestes atención a lo que te diga lord Henry. Ejerce muy mala influencia sobre todos sus amigos, excepto en mí.»

Dorian Gray subió a la tarima y con el aire de un joven mártir griego hizo una pequeña mueca de descontento a lord Henry, a quien había tomado afecto ya. Era tan diferente a Basil... Hacían un contraste encantador. Y tenía una voz tan hermosa... Después de unos minutos le dijo: «¿Tiene realmente una influencia tan mala, lord Henry? ¿Tan mala como dice Basil?»

No hay una buena influencia Gray. Toda influencia es inmoral, inmoral desde el punto de vista científico.»

«¿ Por qué?»

«Porque influir en una persona es darle tu propia alma. No piensa sus pensamientos naturales o se quema con sus pasiones naturales. Sus virtudes no son reales para él. Sus pecados, si existen los pecados, los toma prestados. Se convierte en un eco de la música de alguien más, en un actor de una parte que no se ha escrito para él. El propósito de la vida es su propio desarrollo. Darse cuenta perfectamente de la propia naturaleza, para eso es para lo que estamos aquí cada uno de nosotros. Hoy en día las personas se temen a sí mismas. Han olvidado el deber más elevado de todos, el deber de que uno se debe a sí mismo. Por supuesto éstas son caritativas. Alimentan al hambriento. visten al mendigo. Pero sus propias almas se mueren de hambre y están desnudas. El valor ha desaparecido de nuestra raza. Quizá nunca lo tuvimos en realidad. El terror de la sociedad, que es la base de la moral; el terror de Dios, que es el secreto de la religión. Estas son las dos cosas que nos gobiernan. Y sin embargo...»

«Vuelve un poquito más la cabeza hacia la derecha, Dorian, como un buen chico», dijo el pintor, concentrado en su trabajo y consciente solamente de que una mirada había venido a la cara del muchacho que no había visto nunca antes.

«Y sin embargo —continuó lord Henry, con su voz baja y musical y con esa onda graciosa de su mano que tan característica era siempre en él, que tenía incluso ya en sus días de Eton—, creo que si un hombre fuera a vivir su vida llena y completamente, daría forma a cualquier sentimiento, expresión a cualquier pensamiento, realidad a cualquier sueño. Creo que el mundo ganaría tal impulso de júbilo nuevo que olvidaríamos todas las enfermedades y medievalismos y volveríamos al ideal helénico, puede que a algo más bello y rico que el ideal helénico. Pero el hombre más valiente entre nosotros tiene miedo de sí mismo. La mutilación del salvaje encuentra su supervivencia trágica en la propia abnegación que echa a perder nuestras vidas. Somos castigados por nuestras negativas. Cada impulso con el que nos esforzamos en estrangular germina en la mente y nos envenena. Los pecados del cuerpo son los primeros, y se satisface con su pecado, porque la acción es un modo de purificación. Entonces nada queda excepto el recuerdo de un placer

o la voluptuosidad de una pena. El único camino para deshacerse de la tentación es ceder a ella. Resístela y tu alma enfermará de anhelo por las cosas que se le han prohibido, de deseo por lo que sus leyes monstruosas han hecho monstruoso e ilegal. Se dice que los grandes acontecimientos del mundo tienen lugar en el cerebro. Es en el cerebro, y sólo en el cerebro, donde los grandes pecados del mundo tienen lugar también. Usted, señor Gray, usted mismo, con su juventud rosa y su infancia rosa, usted ha tenido pasiones que le han hecho asustarse, pensamientos que le han llenado de terror, sueños despierto y sueños mientras duerme cuyo mero recuerdo podía teñir sus mejillas de vergüenza...»

«¡Basta! —dijo con voz quebrada Dorian Gray—. ¡Basta! Me deja perplejo. No sé lo que dice. Hay alguna respuesta para usted, pero no la encuentro. No hable. Déjeme pensar o, mejor, permítame intentar no pensar.»

Durante casi diez minutos estuvo allí en pie, sin moverse. con los labios entreabiertos y los ojos con un brillo extraño. Era apenas consciente de que una influencia totalmente nueva estaba operando dentro de él. Aunque le parecía que había salido realmente de él mismo. Las pocas palabras que le había dicho el amigo de Basil, palabras habladas por casualidad, sin duda. y con paradojas intencionadas en ellas, habían tocado alguna cuerda secreta que nunca había sido tocada antes, pero que él sintió que vibraba ahora, latiendo con extrañas pulsaciones.

La música le había conmovido así. La música le había inquietado muchas veces. Pero la música no era articulada. No era un mundo nuevo, sino más bien otro caos que crea en nosotros. ¡Palabras! ¡Meras palabras! ¡Qué terribles eran! ¡Qué claras, fuertes y crueles! Uno no puede escapar de ellas. Y, sin embargo, ¡qué sutileza mágica había en ellas! Parecía que eran capaces de dar forma plástica a cosas sin forma y tener música en ellas tan dulce como la de la viola o la del laúd. ¡Meras palabras! ¿Hay algo tan real como las palabras?

Sí. Había habido cosas en su infancia que él no había entendido. Las entendía ahora. La vida de repente se convirtió en un color de fuego para él. Parecía como si hubiera estado caminando sobre el fuego. ¿Por qué no lo había conocido?

Con su sonrisa sutil, lord Henry le observaba. Sabía el momento psicológico preciso para no decir nada. Se sentía profundamente interesado. Estaba asombrado de la impresión repentina que sus palabras le habían producido y, recordando un libro que había leído cuando tenía dieciséis años, un libro que le había revelado a él mucho de lo que no había conocido antes, se preguntaba si Dorian Gray estaría pasando sobre una experiencia similar. Él sólo había tirado una flecha al aire. ¿Había dado en el blanco? ¡Qué fascinante era el muchacho!

Hallward pintaba con ese pulso maravilloso y vigoroso que tenía el verdadero refinamiento y la delicadeza perfecta que en el arte, en todo caso, viene únicamente de la fortaleza. No era consciente del silencio.

«Basil, estoy cansado de estar en pie —exclamó Dorian Gray de repente—. Tengo que salir y sentarme en el jardín. El aire es sofocante aquí.»

«Mi querido amigo, lo siento mucho. Cuando pinto no pienso en nada más. Pero nunca has estado mejor. Estabas perfectamente quieto. He cogido el efecto que quería, los labios entreabiertos y la mirada brillante de los ojos. No sé qué te habrá estado contando Harry, pero de verdad ha hecho que tuvieras la expresión más maravillosa. Supongo que ha estado haciéndote cumplidos. No tienes que creer ni una palabra de lo que te dice.»

«No ha estado haciendo cumplidos. Quizá sea esa la razón por la que no creo nada de lo que me ha dicho.»

«Sabe que lo cree todo —dijo lord Henry, mirándolo con sus ojos soñadores y lánguidos—. Saldré al jardín con usted. Hace un calor horrible en el estudio. Basil, danos algo helado para beber, algo con fresas.»

«Bien, Harry. Ya toco la campanilla y cuando Parker venga le diré lo que quieres. Tengo que preparar este fondo, así que me reuniré con vosotros más tarde. No retengas a Dorian mucho tiempo. Nunca he estado en mejor forma para pintar que hoy. Va a ser mi obra maestra. Es mi obra maestra así como está.»

Lord Henry salió al jardín y encontró a Dorian Gray con la cabeza hundida en las frescas lilas, bebiendo febrilmente su perfume como si fueran vino. Se acercó a él y puso la mano sobre su hombro. «Hace muy bien en hacer esto —murmuró—. Nada puede curar al alma sino los sentidos, así como nada puede curar a los sentidos excepto el alma.»

El muchacho se sobresaltó y se retiró. Tenía la cabeza descubierta y las hojas habían revuelto sus rizos rebeldes y habían enredado todas las hebras doradas. Había una mirada de temor en sus ojos, como la que tiene la gente cuando se despierta de repente. Las ventanas de la nariz finamente cinceladas temblaron y algún nervio oculto avivó sus labios escarlata y los dejó temblando.

«Sí —continuó lord Harry—, ese es uno de los grandes secretos de la vida, curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma. Usted es una creación maravillosa. Sabe más de lo que cree saber, así como sabe menos de lo que quisiera saber.»

Dorian Gray frunció el ceño y volvió la cabeza. No podía evitar que le gustara aquel hombre joven, alto y con gracia, que estaba frente a él. Su rostro romántico color aceituna y su expresión le interesaban. Había algo en su voz baja y lánguida que era absolutamente fascinante.

Sus manos frías, blancas como flores, incluso tenían un encanto curioso. Se movían como música cuando hablaba y parecía que tenían un lenguaje propio. Pero tenía miedo de él y se avergonzaba de tenerle miedo. ¿Por qué había dejado que un extraño le revelara a sí mismo? Conocía a Basil Hallward desde hacía meses, pero la amistad entre ellos nunca le había alterado. De repente se había cruzado alguien en su vida que parecía que le había revelado el misterio de la vida. Y, sin embargo, ¿qué había que temer? Él no era ni un colegial ni una chica. Era absurdo estar asustado.

«Vayamos a sentarnos a la sombra —dijo lord Henry—. Parker traerá afuera las bebidas y si permanece más tiempo en esta luz deslumbrante se ajará y Basil nunca le pintará de nuevo. Realmente no tiene que permitir que le queme el sol. No sería oportuno.»

«¿Qué puede pasar?», dijo Dorian Gray riéndose mientras se sentaba en un asiento al final del jardín.

«Le ocurriría de todo, señor Gray.»

«¿Por qué?»

«Porque es usted la juventud más maravillosa y la juventud es lo único que tiene valor.»

«Yo no lo siento así, lord Henry.»

«No, no lo siente ahora. Algún día cuando sea viejo, arrugado y feo, cuando el pensamiento haya quemado su frente con sus líneas y la pasión haya grabado sus labios con su fuego espantoso, lo sentirá, lo sentirá terriblemente. Ahora, donde quiera que vaya, encanta al mundo. ¿Será así siempre...? Tiene un rostro maravillosamente hermoso, señor Gray. No frunza el ceño. Lo tiene. Y la belleza es una forma del carácter, de hecho es más elevada que el carácter, así que no necesita explicación. Es una de las realidades del mundo, como la luz del Sol o la primavera o el reflejo en aguas oscuras de esa concha de plata que llamamos Luna. No se puede cuestionar. Tiene su derecho divino de soberanía. Convierte en príncipes a los que la poseen ¿Sonríe? ¡Ah! Cuando lo haya perdido no sonreirá... La gente dice algunas veces que la belleza es sólo superficial. Debe ser así. Al menos la belleza no es tan superficial como el pensamiento. Para mí la belleza es la maravilla de las maravillas. Sólo la gente superficial no juzga por las apariencias. El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo invisible... Sí, señor Gray, los dioses han sido buenos con usted. Pero lo que los dioses dan lo quitan rápidamente. Sólo tiene unos pocos años para vivir realmente, perfectamente y plenamente. Cuando se vaya su juventud, su belleza se irá con ella, y entonces descubrirá de repente que no ha dejado triunfos para usted, o se tendrá que contentar con aquellos triunfos viles que el recuerdo del pasado le hará más amargo que las derrotas. Cada mes según mengüe le llevará a usted a algo espantoso. El tiempo está celoso

de usted y lucha contra sus lirios y rosas. Se convertirá en cetrino y con las mejillas hundidas y los ojos apagados. Sufrirá horriblemente.... ¡Ah! Dése cuenta de su juventud mientras la tiene. No malgaste sus días dorados, escuchando al latoso, tratando de detener el fracaso sin esperanza, o abandonando su vida a la ignorancia, a lo común y a lo vulgar. Estos son los objetivos enfermizos, los ideales falsos de nuestra era. ¡Viva! ¡Viva la vida maravillosa que hay en usted! No deje que nada se pierda. Vaya buscando siempre sensaciones nuevas. No tenga miedo de nada... Un nuevo hedonismo, eso es lo que quiere nuestro siglo. Debería ser su símbolo visible. Con su personalidad no hay nada que no pueda hacer. El mundo le pertenece durante un tiempo... Desde el momento en que le conocí vi que era inconsciente de lo que realmente es o lo que realmente debería ser. Había tanto en usted que me encantó, que sentí que tenía que decirle algo sobre usted mismo. Pensé lo trágico que sería si se malgastara. Porque su juventud durará tan poco tiempo, tan poco tiempo... Las flores comunes del monte se marchitan, pero vuelven a florecer. El laurel estará tan amarillo el próximo mes de junio como lo está ahora. Dentro de un mes habrá estrellas brillantes sobre las clemátides y año tras año la noche verde de sus hojas mantendrá sus estrellas brillantes. Pero nosotros nunca recuperaremos nuestra juventud. Las pulsaciones de alegría que palpitan a los veinte años se hacen más lentas. Nuestros labios se debilitan, nuestros sentidos se pudren. Degeneramos en marionetas repelentes, perseguidas por el recuerdo de las pasiones a las que teníamos tanto miedo y las exquisitas tentaciones
en las que no teníamos el valor de caer. ¡Juventud! ¡Juventud! ¡No hay absolutamente nada en el mundo salvo la juventud!»

Dorian Gray escuchaba con los ojos abiertos y asombrado. El ramillete de lilas se le cayó de la mano a la grava. Una abeja moteada llegó y zumbó alrededor por un momento. Luego comenzó a perturbar todo lo que había sobre la esfera oval estrellada de los diminutos ramos. La miraba con aquel interés extraño en las cosas triviales que tratamos de desarrollar cuando las cosas de mayor importancia nos hacen tener miedo, o cuando estamos inquietos a causa de alguna emoción nueva para la que no podemos encontrar una expresión, o cuando algún pensamiento que nos aterroriza coloca de repente un cerco en nuestro cerebro y nos dice que cedamos. Después de un rato se marchó volando la abeja. Él la vio entrar silenciosamente en un cáliz moteado de una enredadera tiria. La flor parecía que temblaba y luego oscilaba de allá para acá suavemente.

De repente el pintor apareció en la puerta del estudio y les hizo señas entrecortadas para que vinieran. Se volvieron el uno al otro y sonrieron.

«Estoy esperando —dijo—. Entrad. La luz es bastante buena y podéis traer vuestras bebidas.»

Ellos se levantaron y caminaron hacia allá juntos. Las mariposas verdes y blancas pasaban revoloteando y en el peral de la esquina del jardín comenzó a cantar un tordo.

«¿Se alegra de haberme conocido, señor Gray?», dijo lord Henry mirándole.

«Sí, me alegro ahora. Me pregunto si siempre me alegraré.»

«¡Siempre! Esa es una palabra horrible. Me hace estremecer cuando la oigo. A las mujeres les encanta utilizarla. Estropean todos los romances tratando de hacer que dure para siempre. Es una palabra sin sentido, también. La única diferencia entre un capricho y una pasión para toda la vida es que el capricho dura un poco más.»

Según entraban en el estudio, Dorian Gray puso la mano sobre el brazo de lord Henry. «En ese caso, deje que nuestra amistad sea un capricho», murmuró ruborizándose de su propia osadía, luego subió a la plataforma y volvió a tomar su pose.

Lord Henry se dejó caer en un gran sillón de mimbre y le observó. El movimiento y el choque del pincel sobre el lienzo era el único sonido que rompía el silencio, excepto cuando, de vez en vez, Hallward daba un paso atrás para mirar su obra a distancia. En los rayos oblicuos que entraban por la puerta abierta el polvo danzaba y era dorado. El perfume intenso de las rosas parecía instalarse sobre todo.

Después de un cuarto de hora Hallward dejó de pintar, mirando durante largo rato a Dorian Gray y luego durante otro largo rato al cuadro, mordiendo la punta de uno de sus enormes pinceles y frunciendo el ceño.

«Está completamente terminado», exclamó al fin e, inclinándose, escribió su nombre con largas letras color bermellón en la esquina izquierda del lienzo.

Lord Henry se acercó y examinó el cuadro. Era sin duda una maravillosa obra de arte y un retrato maravilloso también.

«Mi querido amigo, mis más calurosas felicitaciones —dijo—. Es el retrato más hermoso de los tiempos modernos. Señor Gray, venga y mírese a usted mismo.»

El muchacho se acercó como si se despertara de algún sueño. «¿Está realmente terminado?», murmuró mientras bajaba de la plataforma.

«Completamente terminado —dijo el pintor—. Y tú has posado espléndidamente hoy. Estoy enormemente complacido de ti.»

«Se debe a mí por completo —interrumpió lord Henry—. ¿No es así, señor Gray?»

Dorian no contestó, sino que pasó indiferente y se colocó enfrente de su retrato y se volvió hacia él. Cuando lo vio se retiró y sus mejillas se ruborizaron de placer por un momento. Una mirada de júbilo vino a sus ojos como si se hubiera reconocido a sí mismo por primera vez. Permaneció allí sin moverse y asombrado, consciente vagamente de que Hallward le estaba hablando, pero no cogía el significado de sus palabras. El sentido de su propia belleza le llegó a él como una revelación. Nunca lo había sentido antes. Los cumplidos de Basil Hallward le habían parecido simplemente las exageraciones encantadoras de la amistad. Los había oído, riéndose; los había olvidado. Ellos no habían influido en su carácter. Luego había llegado lord Henry Wotton con su extraño panegírico sobre la juventud, la terrible advertencia de su brevedad. Aquello le había agitado en el momento, y ahora, según estaba mirando la imagen de su propia belleza, toda la realidad de la descripción le atravesó como un rayo. Sí, llegaría el día en que su rostro estaría arrugado y marchito, sus ojos apagados y sin color, la gracia de su figura quebrada y deformada. El color escarlata se iría de sus labios y desaparecería el oro de su pelo. La vida que iba a hacer su alma desfiguraría su cuerpo. Llegaría a ser espantoso, repelente y tosco.

Según pensaba en ello, una punzada aguda de dolor le atravesó como si fuera un cuchillo e hizo que temblara cada fibra delicada de su naturaleza. Sus ojos se volvieron amatistas y llegó a ellos un velo de lágrimas. Sentía como si le hubieran colocado una mano de hielo en el corazón.

«¿No te gusta?», dijo Hallward al final, herido un poco por el silencio del muchacho y sin entender qué significaba.

«Por supuesto que le gusta —dijo lord Henry—. ¿A quién no le gustaría? Es una de las grandes obras del arte moderno. Te daré todo lo que quieras por él. Tengo que poseerlo.»

«No es de mi propiedad, Harry.»

«¿De quién es?»

«De Dorian, por supuesto», dijo el pintor.

«Es un amigo muy afortunado.»

«¡Qué triste es! —murmuró Dorian Gray, con los ojos fijos todavía en su retrato—. ¡Qué triste es! Me haré viejo y horrible y espantoso. Pero este cuadro se mantendrá siempre joven. Nunca será más viejo que en este día en particular de junio... ¡Si fuera justo al revés! ¡Si fuera yo quien se mantuviera siempre joven y el cuadro el que se hiciera viejo! Por eso, ¡por eso daría yo cualquier cosa! ¡Sí, no habría nada en el mundo entero que no diera! ¡Daría mi alma por ello!»

«Difícilmente te gustaría un acuerdo semejante, Basil —dijo lord Henry riéndose—. No te gustaría poner unas líneas duras en tu obra.»

«Me opondría rotundamente, Harry», dijo Hallward.

Dorian Gray se volvió y le miró. «Creo que lo harías, Basil. Te gusta tu arte más que tus amigos. No soy para ti más que una figura de bronce. Ni siquiera eso, me atrevería a decir.»

El pintor le miró fijamente asombrado. Era tan impropio de Dorian hablar así... ¿Qué había ocurrido? Parecía muy enfadado. Su cara estaba sonrojada y sus mejillas ardiendo.

«Sí —continuó—. Soy menos para ti que tu Hermes de marfil o tu Fauno de plata. Te gustará siempre. ¿Cuánto tiempo te gustaré yo? Hasta que tenga mi primera arruga, supongo. Ahora sé que cuando uno pierde parte de su buena apariencia, cualquiera que sea, uno lo pierde todo. Tu cuadro me ha enseñado eso. Lord Henry Wotton tiene razón sin duda. La juventud es lo único que tiene valor. Cuando descubra que me estoy haciendo viejo, me mataré.»

Hallward se puso pálido y cogió su mano.

«¡Dorian! ¡Dorian! —exclamó—. No hables así. Nunca he tenido un amigo como tú y nunca tendré otro. No estás celoso por cosas materiales, ¿verdad? ¡Tú que eres más hermoso que cualquiera de ellas!»

«Estoy celoso de cualquier cosa cuya belleza no muera. Estoy celoso del retrato que has pintado de mí. ¿Por qué guardaría lo que yo he de perder? Cada momento que pasa toma algo de mí y le da algo a él. ¡Oh, si fuera justo al revés! ¡Si el cuadro pudiera cambiar y yo pudiera ser siempre lo que soy ahora! ¿Por qué lo pintaste? Se burlará de mí algún día, ¡se burlará de mí terriblemente!» Lágrimas cálidas fluyeron de sus ojos. Quitó su mano y, arrojándose en el diván, enterró la cara entre los almohadones, como si estuviera rezando.

«Esto es obra tuya, Harry», dijo el pintor amargamente.

Lord Henry se encogió de hombros. «Es el Dorian Gray real. eso es todo.»

«No lo es.»

«Si no lo es, ¿qué tengo yo que ver?»

«Deberías haberte ido cuando te lo pedí», refunfuñó.

«Me quedé cuando me lo pediste», fue la contestación de Henry.

«Harry, no puedo discutir con mis dos mejores amigos a la vez, pero entre los dos habéis hecho que odie la obra más hermosa que he hecho nunca y la destruiré. ¿Qué es sino lienzo y color? No permitiré que se cruce en nuestras tres vidas y las eche a perder.»

Dorian Gray levantó su cabeza dorada de la almohada y, con la cara pálida y los ojos llenos de lágrimas, le miró mientras caminaba hacia la tabla de pintar que estaba colocada debajo de la ventana de amplias cortinas. ¿Qué iba a hacer allí? Sus dedos estaban perdidos entre los tubos de estaño y los pinceles secos, buscando algo. Sí, buscaba la paleta larga, con su hoja delgada de acero flexible. La había encontrado por fin. Iba a rasgar el lienzo.

Con un sollozo ahogado el muchacho saltó del lecho y, precipitándose sobre Hallward, le quitó el cuchillo de la mano y lo tiró al otro lado del estudio. «¡No, Basil, no! —gritó—. ¡Sería un crimen!»

«Me alegro de que aprecies mi trabajo al fin, Dorian —dijo el pintor fríamente, después de haberse recuperado de su sorpresa—. Nunca pensé que lo harías.»

«¿Apreciarlo? Estoy enamorado de él, Basil. Es parte de mí mismo. Lo siento así.»

«Bien, tan pronto como esté seco, tiene que ser barnizado, enmarcado y enviado a casa. Luego tú puedes hacer lo que más te guste contigo mismo —y cruzó la habitación e hizo sonar la campanilla para tomar el té—. ¿Tomarás té, Dorian? ¿Y tú, Harry? ¿O te opones a placeres tan sencillos?»

«Adoro los placeres sencillos —dijo lord Henry—. Son el último refugio de lo complejo. Pero no me gustan las escenas excepto en el escenario. ¡Qué amigos tan absurdos sois los dos! Me pregunto quién ha definido al hombre como animal racional. Es la definición más prematura que han dado nunca. El hombre es muchas cosas, pero no es racional. Me alegro de que no lo sea después de todo, aunque desearía que vosotros, amigos, no riñerais por culpa del cuadro. Sería mucho mejor que me permitieras tenerlo, Basil. Este chico ingenuo en realidad no lo quiere, y yo sí.»

«Si dejas que alguien que no sea yo lo tenga, Basil, ¡nunca te perdonaré! —exclamó Dorian Gray—. Y no permito que la gente me llame chico ingenuo.»

«Tú sabes que el cuadro es tuyo, Dorian. Te lo di antes de que existiera.»

«Y sabe que usted ha sido un poco ingenuo, señor Gray, y en realidad no se opone a que le recuerden que usted es extremadamente joven.»

«Me hubiera opuesto rotundamente esta mañana, lord Henry.»

«¡Ah, esta mañana! Usted ha vivido desde entonces.»

En esos momentos llamaron a la puerta y el mayordomo entró con una bandeja de té cargada y la colocó sobre una mesita japonesa. Hubo un traqueteo de tazas y platos y el siseo de una tetera georgiana en forma de flauta. Un criado trajo dos farolillos chinos en forma de óvalo. Dorian Gray se acercó y sirvió el té. Los dos hombres se acercaron lentamente hacia la mesa y examinaron lo que había debajo de las tapas.

«Vayamos al teatro esta noche —dijo lord Henry—, seguro que ponen algo interesante, o a alguna otra parte. He prometido cenar en casa de los White, pero, cómo es un viejo amigo, puedo enviarle una nota para decirle que estoy enfermo o que me ha impedido ir un com-

promiso posterior. Creo que sería una excusa bastante agradable, tendría toda la sorpresa de la sinceridad.»

«Es tan aburrido ponerse ropa de vestir —refunfuñó Hallward—. Y cuando la tienes puesta es tan inaguantable.»

«Sí —contestó lord Henry como si estuviera soñando —el traje del siglo XIX es odioso. Es tan sombrío, tan deprimente... El pecado es el único elemento de color real que queda en la vida moderna.»

«No tienes que decir cosas como ésas delante de Dorian, Harry.»

«¿Delante de qué Dorian? El que está sirviéndonos el té o el que está en el cuadro?»

«Los dos.»

«Me gustaría ir al teatro con usted, lord Henry», dijo el muchacho.

«Entonces irá, y tú irás también, Basil, ¿verdad?»

«En realidad no puedo. No tan pronto. Tengo mucho trabajo que hacer.»

«Bien, entonces, usted y yo iremos solos, señor Gray.»

«Me gustaría muchísimo.»

El pintor se mordió el labio y se acercó, taza en mano, hacia el cuadro. «Me quedaré con el Dorian auténtico», dijo tristemente.

«¿Es ése el Dorian auténtico? —exclamó el original del retrato acercándose hacia él—. ¿Soy realmente como ése?»

«Sí. Eres exactamente como ése.»

«¡Qué maravilla, Basil!»

«Al menos lo eres en apariencia. Pero él nunca cambiará —suspiró Hallward—. Eso es algo.»

«¡Qué jaleo forma la gente por la infidelidad! —exclamó Henry—. Porque, incluso en el amor, es una cuestión de fisiología. No tiene nada que hacer con nuestra propia voluntad. Los hombres jóvenes quieren ser fieles y no lo son. Los hombres viejos quieren ser infieles y no pueden: eso es todo lo que puede decir uno.»

«No vayas al teatro esta noche, Dorian —dijo Hallward—. Quédate y cena conmigo.»

«No puedo, Basil.»

«¿Por qué?»

«Porque he prometido a lord Henry Wotton ir con él.»

«No le gustarás más a él por mantener sus promesas. Él siempre rompe las suyas. Te ruego que no vayas.»

Dorian Gray se rió y movió la cabeza.

«Te lo suplico.»

El muchacho vaciló y miró a lord Henry, que estaba mirándoles desde la mesa de té con una sonrisa divertida.

«Tengo que ir, Basil», contestó.

«Muy bien —dijo Hallward, y se dio la vuelta dejando la taza sobre la bandeja—. Es bastante tarde y, como tienes que vestirte, sería mejor no perder tiempo. Adiós Harry. Adiós Dorian. Ven a verme pronto. Ven mañana.»

«Desde luego.»

«¿No lo olvidarás?»

«No, por supuesto que no», dijo Dorian.

«Y... ¡Harry!»

«¿Sí, Basil?»

«Recuerda lo que te pedí cuando estábamos en el jardín esta mañana.»

«Lo he olvidado.»

«Confío en ti.»

«Ojalá pudiera confiar en mí mismo —dijo lord Henry riéndose—. Vamos, señor Gray, mi coche está afuera y puedo dejarle en su casa. Adiós, Basil. Ha sido una tarde muy interesante.»

Según se cerró la puerta tras ellos, el pintor se tumbó en el sofá y una mueca de dolor apareció en su rostro.

CAPÍTULO III

A las doce y media del día siguiente lord Henry Wotton iba de paseo desde la calle Curzon a la de Albany con el propósito de visitar a su tío, lord Fermor, un viejo soltero cordial aunque algo severo, a quien el mundo superficial le llamaba egoísta porque no sacaba provecho de él, pero quien era considerado generoso por la sociedad porque alimentaba a la gente que le entretenía. Su padre había sido nuestro embajador en Madrid cuando Isabel era joven, y Prim un desconocido, pero se había retirado del Servicio Diplomático en un momento de enfado caprichoso al no serle ofrecida la embajada de París, un puesto al que él consideraba que tenía derecho por razón de su nacimiento, de su indolencia, el buen inglés de sus despachos y su excesiva pasión por el placer. El hijo, que había sido secretario del padre, había dimitido junto con su padre, una locura según se pensó en el momento, y en los meses que siguieron se había dedicado al estudio serio del gran arte aristocrático de no hacer absolutamente nada. Tenía dos casas enormes en la ciudad, pero prefería vivir en un apartamento, ya que era menos problemático, y tomaba la mayor parte de sus comidas en el club. Prestó algo de atención a la administración de sus minas de carbón en el condado de Midland, excusándose a sí mismo por esta contaminación de industria del suelo, diciendo que la única ventaja de tener carbón era que le permitía a un caballero quemar leña decentemente en su propio hogar. En política era conservador, excepto cuando los conservadores entraban en funciones. Durante este período les insultaba abiertamente por ser un puñado de radicales. Era un héroe para su ayuda de cámara, que le tiranizaba, y el terror para la mayoría de sus parientes, a quienes tiranizaba él a su vez. Sólo Inglaterra pudo haberle creado y siempre decía que el país sería para los perros. Sus principios estaban anticuados, pero habría mucho que decir sobre sus prejuicios.

Cuando lord Henry entró en el aposento, encontró a su tío sentado con una basta chaqueta de caza, fumándose un puro y refunfuñando sobre el *The Times*. «Bueno, Harry —dijo el anciano caballero—, ¿qué te trae por aquí tan temprano? Pensaba que vosotros los dandis no os levantabais nunca antes de las dos y no erais visibles hasta las cinco.»

«Puro afecto familiar, te lo aseguro, tío George. Quiero conseguir algo de ti.»

«Dinero, supongo —dijo lord Fermor, torciendo la cara—. Bien, siéntate y cuéntamelo todo. Hoy en día los jóvenes se imaginan que el dinero lo es todo.»

«Sí —murmuró lord Henry, arreglando el ojal de su chaqueta—, y cuando crecen lo saben. Pero no quiero dinero. Sólo la gente que paga sus facturas lo quiere, tío George, yo nunca pago las mías. El crédito es el capital de un hijo más joven y se vive maravillosamente con él. Por otro lado, siempre trato con los comerciantes de Dartmoor y, como consecuencia, ellos nunca me molestan. Lo que quiero es información, no información útil, por supuesto. Información inútil.»

«Bueno, te puedo decir todo lo que hay en las publicaciones oficiales inglesas, Harry, aunque estos amigos hoy en día escriben un montón de tonterías. Cuando yo estaba en la diplomacia las cosas eran mucho mejores. Pero oigo que les dejan entrar ahora por examen. ¿Qué puedes esperar? Los exámenes, señor, son puros engaños de principio a fin. Si un hombre es un caballero, lo sabe, y si no es un caballero, cualquier cosa que sepa será mala para él.»

«El señor Dorian Gray no pertenece a las publicaciones oficiales, tío George», dijo lord Henry lánguidamente.

«¿Señor Dorian Gray? ¿Quién es?», preguntó lord Fermor, juntando sus tupidas cejas blancas.

«Eso es lo que he venido a saber, tío George. O más bien, yo sé quién es. Es el último nieto de lord Kelso. Su madre era una Devereux, lady Margaret Devereux. Quiero que me hables sobre su madre. ¿Cómo era? ¿Con quién se casó? Tú has conocido a casi todo el mundo de tu época, así que debes haberla conocido. Estoy muy interesado en el señor Gray en este momento. Acabo de conocerle.»

«¡Nieto de Kelso! —repitió el anciano caballero—. Nieto de Kelso...! Por supuesto... conocí mucho a su madre. Creo que estuve en su bautizo. Era una chica extraordinariamente bella, Margaret Devereux, e hizo que se desesperaran todos los hombres cuando huyó con un joven sin dinero, un don nadie, señor, un subalterno de un regimiento de infantería, o algo así. Cierto. Recuerdo todo como si hubiera ocurrido ayer. El pobre muchacho fue asesinado en un duelo en Spa, pocos meses después de la boda. Hay una historia fea sobre ello. Dicen que Kelso mandó a un aventurero bribón, algún belga bruto, que insultara a su yerno en público; le pagó, señor, para hacerlo, le pagó y el joven ensartó al hombre como si hubiera sido un pichón. Al asunto se le echó tierra encima, pero, pardiez, después Kelso comió solo en el club durante algún tiempo. Trajo de vuelta a su hija con él, me dijeron, y ella nunca le volvió a hablar. ¡Oh, sí! Fue un mal negocio. La chica

murió también, murió en el mismo año. Así que dejó un hijo, ¿verdad? Había olvidado eso. ¿Qué clase de chico es? Si se parece a su madre tiene que ser un muchacho con buena apariencia.»

«Tiene muy buena apariencia», asintió lord Henry.

«Espero que caiga en buenas manos —continuó el anciano—. Él tendrá un montón de dinero esperándole si Kelso hizo lo que debería hacer al respecto. Su madre tenía dinero también. Toda la propiedad de Selby llegó a ella por parte de su abuelo Su abuelo odiaba a Kelso, le consideraba un perro. Lo era también. Fue a Madrid una vez cuando yo estaba allí. Pardiez, me avergonzaba de él. La reina solía preguntarme sobre el noble inglés, que siempre estaba discutiendo con los cocheros sobre el precio de los viajes. Hicieron una historia completa sobre ello. Yo no me atreví a mostrar mi cara en la corte durante un mes. Espero que haya tratado a su nieto mejor de lo que trató a los cocheros.»

«No lo sé —contestó lord Henry—. Me imagino que el chico estará bien más tarde. No es mayor de edad todavía. Tiene a Selby, lo sé. Él me lo dijo. Y... ¿su madre era muy hermosa?»

«Margaret Deveroux era una de las criaturas más adorables que he visto nunca, Harry. Nunca pude entender qué demonios la indujo a comportarse como lo hizo. Se hubiera podido casar con quien hubiera elegido. Carlington estaba loco por ella. Sin embargo, era romántica. Todas las mujeres de esa familia lo eran. Los hombres eran unos individuos mediocres, pero, ¡pardiez!, las mujeres eran maravillosas. Carlington se puso de rodillas ante ella. Me lo dijo así él mismo. Ella se reía de él, y no había chica en aquella época en Londres que no fuera tras él. Y, por cierto, Harry, hablando de matrimonios estúpidos, ¿qué es ese disparate que me cuenta tu padre sobre que Dartmoor quiere casarse con una americana? ¿No hay suficientes chicas inglesas buenas para él?»

«Es más elegante ahora casarse con americanas, tío George.»

«Apostaré por las mujeres inglesas contra el mundo, Harry», dijo lord Fermor golpeando la mesa con el puño.

«Las apuestas se hacen por las americanas.»

«Ellas no aguantarán, te lo digo yo», dijo entre dientes su tío.

«Las carreras largas las agotan, pero son excelentes en las carreras de obstáculos. Cogen las cosas al vuelo. No creo que Dartmoor tenga una oportunidad.»

«¿Quién es su familia? —dijo refunfuñando el anciano caballero—. ¿Tiene a alguien?»

Lord Henry movió la cabeza. «Las chicas americanas son tan listas a la hora de ocultar a sus padres como las mujeres inglesas lo son con su pasado», dijo él mientras se levantaba para irse.

«¿He de suponer que son empaquetadores de carne de cerdo?»

«Espero que sí, tío George, por el bien de Dartmoor. Me han dicho que empaquetar carne de cerdo es la profesión más lucrativa en Norteamérica, después de la política.»

«¿Es bonita?»

«Ella se comporta como si fuera hermosa. La mayoría de las mujeres americanas lo hacen. Es el secreto de su encanto.»

«¿Por qué no se pueden quedar en su propio país las mujeres americanas? Siempre han estado diciéndonos que es el paraíso para las mujeres.»

«Lo es. Esa es la razón por la que están tan ansiosas e impacientes por salir de allí, como Eva —dijo lord Henry—. Adiós, tío George. Llegaré tarde a comer si me quedo más tiempo. Gracias por haberme dado la información que quería. Siempre me gusta saber todo sobre mis nuevos amigos y no saber nada de los viejos.»

«¿Dónde vas a comer, Harry?»

«En casa de tía Agatha. Me lo ha pedido a mí y al señor Gray. Él es su último protegido.»

«¡Bah!, dile a tu tía Agatha, Harry, que no me moleste más con sus peticiones de caridad. Estoy cansado de ellas. Por qué pensarán las buenas mujeres que no tengo otra cosa que hacer que firmar cheques para sus caprichos tontos.»

«Muy bien, tío George, se lo diré, pero no tendrá ningún efecto. Las personas filantrópicas pierden todo sentido de humanidad. Es su característica más notable.»

El anciano caballero gruñó dando su aprobación y tocó la campanilla para llamar al sirviente. Lord Henry pasó por los soportales bajos en dirección a la calle Burlington y se dirigió a la plaza Berkeley.

Así que esa era la historia del parentesco de Dorian Gray. Así de cruda como se la habían contado, todavía se agitaba en él la idea de un romance extraño, casi moderno. Una mujer hermosa arriesgándolo todo por una pasión loca. Unas pocas semanas de felicidad desenfrenada cortadas en seco por un crimen monstruoso y traicionero. Meses de agonía en silencio y luego un niño nace en el dolor. La madre arrebatada por la muerte, el niño por la soledad y la tiranía de un hombre viejo y sin amor. Sí, era un entorno interesante. Dio origen al muchacho, le hizo más perfecto de lo que era. Detrás de todo lo exquisito que existía, había algo trágico. Los mundos tuvieron que estar con dolores de parto para que la flor más insignificante pudiera brotar... Y qué encantador había estado en la cena la noche anterior cuando, con los ojos de asombro y los labios entreabiertos de placer y asustados, se había sentado enfrente de él en el club, las sombras rojizas de las velas hacían más intenso el color rosado del asombro despierto en su rostro. Hablar con él era como tocar un delicado violín. Contestaba a cada nota y se emo-

cionaba con el arco... Había algo terriblemente cautivador en el ejercicio de la influencia. Ninguna otra actividad era como ésta. Proyectar el alma de uno en una forma más agraciada y dejarla que permaneciera durante un momento. Oír las ideas inteligentes propias repetidas por alguien con toda la música añadida de la pasión y la juventud. Transmitir la sensibilidad propia a otro como si fuera un fluido delicado o un perfume extraño. Había un auténtico deleite en eso, quizá el deleite que más nos satisface en una época tan limitada y tan vulgar como la nuestra, en una época groseramente carnal en sus placeres y groseramente común en sus propósitos... Era un tipo maravilloso este muchacho también, a quien, por una curiosa casualidad había conocido en el estudio de Basil; o, en todo caso, podía ser modelado en un tipo maravilloso. La gracia estaba en él, y la pureza blanca de la infancia, y una belleza tal como la que reservaron para nosotros los antiguos mármoles griegos. No había nada que uno no pudiera hacer con él. Podrían haber hecho de él un titán o un enano. ¡Qué pena que tanta belleza estuviera destinada a marchitarse...! ¿Y Basil? Desde un punto de vista psicológico, ¡qué interesante era! Su nueva tendencia en el arte, su modo reciente de ver la vida, inspirada de forma tan extraña por la mera presencia de alguien que era inconsciente de ello por completo. El espíritu silencioso que habitaba en el bosque oscuro y caminaba sin ser visto a campo abierto, de repente se muestra a sí mismo, como Dríada, y no tiene miedo porque en el alma que le buscaba había despertado esa visión maravillosa que sólo a las cosas maravillosas se revela. Las meras formas y modelos de las cosas en las que se convirtieron, como lo hicieron, refinadas, y adquiriendo una clase de valor simbólico, como si fueran por ellas mismas de alguna otra forma más perfecta, cuya sombra hicieron real, ¡qué extraño era todo! Recordaba algo similar en la historia. ¿No era Platón, ese artista del pensamiento, quien lo analizó primero? ¿No fue Buonarotti quien lo había esculpido en los mármoles coloreados de un soneto? Pero en nuestro país era extraño... Sí, trataría de ser para Dorian Gray lo que, sin saber, era el muchacho para el pintor que había dado forma al maravilloso retrato. Intentaría dominarle; de hecho, ya casi lo había hecho. Haría que ese maravilloso espíritu fuera suyo. Había algo fascinante en este hijo del Amor y la Muerte.

De repente se paró y miró hacia arriba a las casas. Se dio cuenta de que se había pasado la casa de su tía y, sonriendo, se dio la vuelta. Cuando entró en el vestíbulo, algo sombrío, el mayordomo le dijo que ya habían entrado a comer. Dio a uno de los criados su sombrero y su bastón, y pasó al comedor.

«Tarde como siempre, Harry», dijo su tía, moviendo la cabeza.

Inventó una excusa fácil y, ocupando el sitio vacío que había al lado de ella, miró alrededor para ver quién había. Dorian se inclinó tímida-

mente desde el extremo de la mesa y un rubor de placer subió a sus mejillas. Enfrente de él estaba la duquesa de Harley, una dama de una amabilidad y un temple admirables, gustaba mucho a todo el que la conocía, y de esas proporciones arquitectónicas amplias que los historiadores contemporáneos describen como corpulencia en las mujeres que no son duquesas. Cerca de ella, a la derecha, se sentaba sir Thomas Burdon, un miembro radical del Parlamento, que seguía a su líder en la vida pública, pero en la vida privada seguía los mejores guisos, cenaba con los conservadores y pensaba con los liberales, de acuerdo con una norma sabia y bien conocida. El lugar de la izquierda estaba ocupado por el señor Erskine de Treadley, un anciano caballero de considerable encanto y cultura que, sin embargo, había caído en los malos hábitos del silencio. Según le explicó una vez a lady Agatha, había dicho todo lo que tenía que decir antes de cumplir los treinta años. La más próxima a él era la señora Vandeleur, una de las amigas más antiguas de su tía, una perfecta santa entre las mujeres, pero tan poco elegante que recordaba un libro de himnos mal encuadernado. Por suerte para él, al otro lado tenía a lord Faudel, un mediocre inteligente de mediana edad, tan pelado como una declaración ministerial en la Cámara de los Comunes, con quien estaba conversando ella de esa forma tan sincera que, como le dijo en una ocasión a él, es un error imperdonable en el que cae toda la gente realmente buena y del que ninguna de ellas puede escapar.

«Estamos hablando del pobre Dartmoor, lord Henry —dijo la duquesa, inclinándose en la mesa agradablemente hacia él—. ¿Crees de verdad que se casará con esa joven fascinante?»

«Creo que ella ha decidido proponérselo, duquesa.»

«¡Qué horror! —exclamó lady Agatha—. Alguien interferiría sin duda.»

«Me han dicho, de buena fuente, que su padre tiene un almacén de mercancías generales americanas», dijo sir Thomas Burdon con aspecto altanero.

«Mi tío me ha indicado que es empaquetador de carne de cerdo, sir Thomas.»

«¡Mercancías generales! ¿Qué son mercancías generales?», preguntó la duquesa, levantando sus grandes manos con sorpresa y acentuando el verbo.

«Novelas norteamericanas», contestó lord Henry, sirviéndose un poco de codorniz.

La duquesa parecía perpleja.

«No le hagas caso, querida —susurró lady Agatha—. Nunca piensa nada de lo que dice.»

«Cuando se descubrió América —dijo el miembro radical, y comenzó a dar algunos hechos aburridos. Al igual que la gente trata de

agotar un tema, él agotaba a sus oyentes. La duquesa suspiró y ejerció su privilegio de interrumpir. «¡Ojalá nunca se hubiera descubierto! —exclamó—. Realmente nuestras jóvenes no tienen ninguna oportunidad hoy en día. Es muy injusto.»

«Quizá, después de todo, América nunca se haya descubierto —dijo el señor Erskine—. Yo diría que simplemente se ha detectado.»

«¡Oh!, pero yo he visto ejemplos de sus habitantes —contestó la duquesa vagamente—. Tengo que confesar que la mayoría de ellas son muy guapas. Y visten bien también. Consiguen todos sus vestidos en Paris. Ojalá yo pudiera permitirme el lujo de hacer lo mismo.»

«Dicen que cuando mueren los americanos buenos van a París», dijo sir Thomas riéndose entre dientes, quien tenía un gran armario de ropas desechadas de Humour.

«¡Seguro! Y, ¿adónde van los americanos malos cuando mueren?», preguntó la duquesa.

«Van a América», murmuró lord Henry.

Sir Thomas frunció el ceño. «Me temo que su sobrino está predispuesto contra ese gran país —dijo a lady Agatha—. He viajado por todo él, en coches proporcionados por los gobernantes, quienes, en ese aspecto, son extremadamente corteses. Le aseguro que es una educación digna de visitar.»

«¿Pero realmente tenemos que ir a Chicago para ser educados? —preguntó el señor Erskine lastimeramente—. No me siento capaz para hacer ese viaje.»

Sir Thomas agitó su mano. «El señor Erskine de Treadley tiene al mundo en sus estanterías. A nosotros los hombres prácticos nos gusta ver cosas, no leer sobre ellas. Los americanos son muy interesantes. Son absolutamente razonables. Creo que es su característica más notable. Sí, señor Erskine, es gente absolutamente razonable. Le aseguro que no hay disparates sobre los americanos.»

«¡Qué horror! —exclamó lord Henry—. Yo puedo soportar la fuerza bruta, pero la razón bruta es completamente insoportable. Hay algo injusto en su uso. Golpea a la inteligencia.»

«No le entiendo», dijo sir Thomas enrojeciendo.

«Yo sí, lord Henry», murmuró el señor Erskine con una sonrisa.

«Las paradojas están muy bien en su sentido...», respondió el barón.

«¿Era eso una paradoja? —preguntó el señor Erskine—. Creo que no. Quizá sí. Bueno, el sentido de las paradojas es el sentido de la verdad. Para examinar la realidad tenemos que verla sobre la cuerda floja. Cuando la verdad se convierte en acróbata podemos juzgarla.»

«¡Queridos míos! —dijo lady Agatha—. ¡Cómo discutís los hombres! Estoy segura de que nunca podré comprender lo que estáis

hablando. Harry, estoy muy enfadada contigo. ¿Por qué tratas de persuadir a nuestro querido señor Dorian Gray para que deje el East End? Te aseguro que le sería de incalculable valor. A ellos les encantaría cómo toca.»

«Quiero que toque para mí», dijo lord Henry, sonriendo y, mirando a la mesa, captó una mirada radiante como respuesta.

«Pero son tan infelices en Whitechapel», continuó lady Agatha.

«Puedo compartir todo menos el sufrimiento —dijo lord Henry, encogiéndose de hombros—. No puedo compartir eso. Es demasiado feo, demasiado horrible, demasiado angustioso. Hay algo terriblemente mórbido en el moderno compartir del dolor. Uno compartiría el color, la belleza, la alegría de vivir. Cuanto menos se hable sobre las penas de la vida, mejor.»

«Sin embargo, es muy importante el problema de East End», señaló sir Thomas, con un leve movimiento de la cabeza.

«En efecto —contestó el joven lord—. Es el problema de la esclavitud y tratamos de solucionarlo divirtiendo a los esclavos.»

El político le miró fijamente. «¿Qué cambio propone entonces?», preguntó.

Lord Henry se rió. «Yo no deseo cambiar nada en Inglaterra a excepción del tiempo atmosférico —contestó—. Estoy bastante contento con la contemplación filosófica. Pero, como el siglo xix se ha ido a la bancarrota por un gasto excesivo de comprensión, sugeriría que recurriéramos a la ciencia para ponernos erguidos. La ventaja de las emociones es que nos llevan por el mal camino y la ventaja de la ciencia es que no es emocional.»

«Pero tenemos responsabilidades tan serias...», se atrevió a decir la señora Vandeleur tímidamente.

«Enormemente serias», repitió lady Agatha.

Lord Henry miró por encima al señor Erskine. «La humanidad se toma a sí misma muy en serio. Es el pecado original del mundo. Si el hombre de las cavernas hubiera sabido reírse, la historia hubiera sido diferente.»

«Es usted realmente muy alentador —gorjeó la duquesa—. Siempre me he sentido bastante culpable cuando venía a ver a su querida tía, porque no me interesa nada el East End. En el futuro seré capaz de mirarla a la cara sin sonrojarme.»

«Sonrojarse favorece mucho, duquesa», señaló lord Henry.

«Sólo cuando eres joven —contestó—. Cuando una mujer anciana como yo se sonroja, es muy mala señal. ¡Ah, lord Henry, ojalá pudiera decirme cómo ser joven de nuevo!»

Pensó por un momento. «¿Puede recordar algún gran error que cometiera en sus tiempos jóvenes, duquesa?», le preguntó mirándola al otro lado de la mesa.

«Muchos, me temo», dijo ella.

«Entonces cométalos de nuevo —dijo seriamente—. Para volver a la juventud, uno sólo tiene que repetir las locuras.»

«¡Una teoría maravillosa! —exclamó ella—. Tengo que ponerla en práctica.»

«¡Una teoría peligrosa!», salió de los labios apretados de sir Thomas. Lady Agatha movió la cabeza, pero no pudo evitar divertirse. El señor Erskine escuchaba.

«Sí —continuó—, ese es uno de los grandes secretos de la vida. Hoy en día la mayoría de la gente muere de un cierto sentido común progresivo y cuando es demasiado tarde descubre que las únicas cosas que nunca lamenta son sus errores.»

Una risa recorrió la mesa.

Él jugaba con la idea y crecía en intencionalidad, la lanzaba al aire y la transformaba. La dejaba escapar y la capturaba de nuevo, la irisaba con imaginación y la hendía con paradojas. El elogio de la locura, según continuó él, se elevaba a filosofía, y la filosofía misma llega a ser joven, y, cogiendo la alocada música del placer, uno debe imaginar que lleva puesto su traje manchado de vino y coronado de hiedra, bailando como una bacante sobre las colinas de la vida y burlándose del lento Sileno por su sobriedad. Los actos huían de ella como criaturas asustadas del bosque. Sus pies blancos pisaban el enorme lagar en el cual se sienta el sabio Omar hasta que el zumo de uva agitado se eleva alrededor de sus miembros desnudos en oleadas de burbujas púrpuras, o paso a paso a espuma roja sobre la cuba negra, goteando por los lados inclinados. Fue una improvisación extraordinaria. Sintió que los ojos de Dorian Gray estaban fijos en él, y la conciencia de que entre su audiencia había uno cuya sensibilidad quería fascinar, parecía darle aguda intensidad y color a su imaginación. Él era brillante, fantástico, irresponsable. Hechizaba a sus oyentes, haciéndoles salir de sí mismos, y seguían su flauta risueña. Dorian Gray nunca dejaba de mirarle sino que actuaba como alguien bajo encantamiento, sonrisas en los labios persiguiéndose el uno al otro, y la admiración haciéndose más seria en sus ojos sombríos.

Al fin, la realidad, con librea de la época, entró en la habitación en forma de sirviente para decirle a la duquesa que su carruaje esperaba. Ella se apretó las manos con desesperación fingida. «¡Qué fastidio! —exclamó—. Tengo que irme. Tengo que ir a buscar a mi marido al club para llevarle a alguna reunión absurda en las salas de Willis, donde él va a estar en la presidencia. Si llego tarde, seguro que se pone furioso y no podría soportar una escena con este tocado. Es demasiado frágil.

Una palabra áspera la echaría a perder. No, tengo que irme, querida Agatha. Adiós, lord Henry, es usted realmente encantador y enormemente desmoralizador. Seguro que no sé qué decir sobre sus opiniones. Tiene que venir a cenar con nosotros una noche. ¿El martes? ¿Está libre el martes?»

«Por usted dejaría a todo el mundo, duquesa», dijo lord Henry inclinándose.

«¡Ah! Es muy amable y muy injusto —dijo ella—, así que procure venir», y salió de la habitación seguida por lady Agatha y las otras damas.

Cuando lord Henry se sentó de nuevo, el señor Erskine cambió de sitio y, cogiendo una silla próxima a él, colocó la mano sobre su brazo.

«Habla sin parar de libros —dijo—. ¿Por qué no escribe uno?»

«Me gusta demasiado leer libros para preocuparme de escribirlos, señor Erskine. Me gustaría escribir una novela, es cierto. Una novela que fuera tan hermosa como una alfombra persa, y tan irreal. Pero no hay público literario en Inglaterra para nada que no sean periódicos, cartillas y enciclopedias. De toda la gente del mundo los ingleses son los que menos sentido tienen de belleza literaria.»

«Me temo que tiene razón —contestó el señor Erskine—. Yo mismo tenía ambiciones literarias, pero las abandoné hace mucho tiempo. Y ahora, mi querido joven amigo, si me permite llamarle así, puedo preguntarle si realmente ha querido decir todo lo que nos ha dicho en la comida.»

«He olvidado completamente lo que he dicho —sonrió lord Henry—. ¿Era todo muy malo?»

«Muy malo, sí. De hecho le considero extremadamente peligroso, y si algo le ocurre a nuestra buena duquesa le acusaremos todos a usted por ser el principal responsable. Pero me gustaría hablar con usted de la vida. La generación en la que nací era tediosa. Algún día, cuando esté cansado de Londres, baje a Treadley y expóngame su filosofía del placer ante algún borgoña admirable que tengo la suerte de poseer.»

«Estaré encantado. Una visita a Treadley sería un gran privilegio. Tiene un anfitrión perfecto y una biblioteca perfecta.»

«Usted la completará —contestó el anciano caballero, con una inclinación cortés—. Y ahora tengo que decir adiós a su excelente tía. Me debo al Ateneo. Es la hora de dormir allí.»

«¿Todos ustedes, señor Erskine?»

«Cuarenta de nosotros en cuarenta sofás. Estamos practicando para la Academia Inglesa de las Letras.»

Lord Henry se rió y se levantó. «Me voy al parque», dijo.

Según pasaba por la puerta Dorian Gray le tocó en el brazo. «Deje que vaya con usted», murmuró.

«Pero pensaba que le había prometido a Basil Hallward ir a verle», contestó lord Henry.

«Iría con usted antes. Sí, siento que tengo que ir con usted. Déjeme. ¿Y promete hablarme todo el tiempo? Nadie habla tan maravillosamente como usted lo hace.»

«¡Ah! Ya he hablado bastante por hoy —dijo lord Henry sonriendo—. Todo lo que deseo es mirar a la vida. Puede venir a mirarla conmigo, Si quiere.»

CAPÍTULO IV

Una tarde, un mes después, Dorian Gray estaba recostándose en un sillón lujoso de la pequeña biblioteca de la casa de lord Henry en Mayfair. A su manera era una habitación encantadora, con sus altos paneles revestidos de madera de roble color aceituna, sus frisos color crema, el techo de yeso realzado y su alfombra de fieltro debajo salpicada con alfombrillas alargadas de seda persa. Sobre una diminuta mesa de madera satinada había una estatua de Clodion y al lado estaba colocada una copia de *Les Cent Nouvelles*, encuardernada para Margaret de Valois por Clovis Eve y reducida a polvo con las joyas doradas que la reina había seleccionado para su lema. Algunos jarrones chinos azules alargados y tulipanes estaban alineados sobre la repisa de la chimenea, y a través de los pequeños cristales con tiras de plomo de la ventana entraba la luz color albaricoque de un día de verano en Londres.

Lord Henry todavía no había llegado. Llegaba siempre tarde por principio; su principio era que la puntualidad es el ladrón del tiempo. Así que el muchacho parecía bastante malhumorado según pasaba apáticamente las páginas de una edición de *Manon Lescaut* ilustrada con mucha elaboración, que había encontrado en una de las estanterías. El tictac monótono y formal del reloj estilo Luis XIV le molestaba. Una o dos veces pensó en marcharse.

Al fin oyó unos pasos afuera y la puerta se abrió. «Qué tarde llega, Harry!», murmuró.

«Temo que no soy Harry, señor Gray», contestó una voz aguda.

Él miró rápidamente alrededor y se levantó: «Ruego me perdone. Pensaba que...»

«Pensaba que era mi marido. Soy únicamente su esposa. Tiene que permitir que me presente. Yo le conozco bastante bien por fotografías. Creo que mi marido tiene diecisiete de ellas».

«No son diecisiete, lady Henry».

«Bueno, dieciocho entonces. Y le vi con él la otra noche en la ópera.» Ella se reía de forma nerviosa mientras hablaba y le miraba con sus ojos vagos de «no me olvides». Era una mujer curiosa, sus vestidos siempre parecían como si hubieran sido diseñados en una riña y colo-

cados en una tempestad. Siempre estaba enamorada de alguien, y, como su pasión nunca era correspondida, ella había guardado todas sus ilusiones. Trataba de ser pintoresca, pero sólo tenía éxito en ser desaliñada. Se llamaba Victoria y tenía la manía de ir a la iglesia.

«Eso fue en *Lohengrin*, lady Henry, ¿no?»

«Sí, fue en el querido *Lohengrin*. Me gusta la música de Wagner más que la de nadie. Es tan alta que uno puede hablar todo el tiempo sin que el resto de la gente oiga lo que dices. Es una gran ventaja, ¿no lo cree así, señor Gray?»

La misma risa nerviosa entrecortada salió de sus labios delgados y sus dedos comenzaron a jugar con un abrecartas de concha de tortuga.

Dorian sonrió y movió la cabeza: «Me temo que no, lady Henry. Nunca hablo durante la música, al menos durante la buena música. Si uno oye música mala, es su deber ahogarla con la conversación.»

«¡Ah, ese es un pensamiento de Harry, ¿no es así señor Gray? Siempre oigo por sus amigos los pensamientos de Harry. Es la única forma que tengo de saber de ellos. Pero no tiene que pensar usted que no me gusta la buena música. La adoro, pero la temo. Me hace demasiado romántica. Sencillamente he adorado a los pianistas, a dos a la vez algunas veces; Harry me lo dice. No sé nada de ellos. Quizá es que son extranjeros. Todos ellos, ¿no? Incluso los que han nacido en Inglaterra se convierten en extranjeros después de un tiempo, ¿verdad? Es muy inteligente por su parte y un gran cumplido al arte. Lo hace bastante cosmopolita, ¿verdad? Usted no ha estado en ninguna de mis fiestas, ¿verdad señor Gray? Tiene que venir. No me puedo permitir el lujo de orquídeas, pero no reparo en gastos con los extranjeros. Hacen que los salones de uno parezcan muy pintorescos. Pero, ¡aquí está Harry! Harry, he venido a buscarte para preguntarte algo, olvidé lo que era y me he encontrado al señor Gray aquí. Hemos tenido una charla muy agradable sobre música. Tenemos las mismas ideas. No, creo que nuestras ideas son muy diferentes. Pero él ha sido muy agradable. Me alegro tanto de haberle visto...»

«Estoy encantado, cariño, realmente encantado —dijo lord Henry, subiendo sus cejas oscuras en forma de media luna y mirándoles a los dos con una sonrisa divertida—. Siento mucho llegar tarde, Dorian. Fui a buscar un trozo de brocado antiguo a la calle Wardour y tuve que regatear durante horas. Hoy en día la gente sabe el precio de todo y el valor de nada.»

«Me temo que tengo que marcharme —exclamó lady Henry, rompiendo un silencio embarazoso con su risa tonta repentina—. Le he prometido a la duquesa pasear en coche con ella. Adiós, señor Gray. Adiós, Harry. ¿Cenarás fuera supongo? Yo también. A lo mejor te veo en casa de lady Thornbury.»

«A lo mejor, cariño», dijo lord Henry, cerrando la puerta tras ella quien, con el aspecto de un pájaro del paraíso que hubiera estado toda la noche afuera bajo la lluvia, revoloteó saliendo del salón y dejó un olor ligero a pastel de almendras. Luego él encendió un cigarro y se recostó en el sofá.

«Nunca te cases con una mujer que tenga el pelo color paja, Dorian», dijo después de unas cuantas bocanadas.

«¿Por qué, Harry?»

«Porque son muy sentimentales.»

«Pero a mí me gusta la gente sentimental.»

«Nunca te cases de todas formas, Dorian. Los hombres se casan porque están cansados; las mujeres porque son curiosas; los dos se desengañan.»

«Creo que es poco probable que no me case, Harry. Estoy muy enamorado. Ese es uno de tus aforismos. Lo estoy poniendo en práctica, ya que hago todo lo que tú me dices.»

«¿De quién estás enamorado?», preguntó lord Henry después de una pausa.

«De una actriz», dijo Dorian Gray sonrojándose.

Lord Henry se encogió de hombros. «Este es un estreno más bien vulgar.»

«No dirías eso si la vieras, Harry.»

«¿Quién es?»

«Se llama Sibyl Vane.»

«Nunca oí hablar de ella.»

«Nadie ha oído. Sin embargo algún día lo oirá la gente. Ella es un genio.»

«Mi querido muchacho, ninguna mujer es un genio. Las mujeres son sexo decorativo. Nunca tienen nada que decir, pero lo dicen con encanto. Las mujeres representan el triunfo de la materia sobre la mente, igual que los hombres representan el triunfo de la mente sobre la moral.»

«Harry, ¿cómo puedes saberlo?»

«Mi querido Dorian, es completamente cierto. Estoy analizando a las mujeres ahora, así que tengo que saberlo. El sujeto no es tan abstruso como yo pensaba. Al final he descubierto que hay sólo dos clases de mujeres: las sencillas y las coloreadas. Las sencillas son muy útiles. Si quieres ganar reputación por respetabilidad, sólo tienes que llevarlas a cenar. Las otras mujeres son encantadoras. Sin embargo, cometen un error. Se pintan para tratar de parecer más jóvenes. Nuestras abuelas se pintan para tratar de hablar de forma brillante. *Rouge* y *esprit* suelen ir juntos. Eso es todo por ahora. Tan pronto como una mujer pueda parecer diez años más joven que su propia hija, estará totalmente satisfecha.

Para la conversación hay sólo cinco mujeres en Londres que valen para hablar, y a dos de ellas no se las puede admitir en la sociedad decente. No obstante, cuéntame sobre tu genio. ¿Cuánto hace que la conoces?»

«¡Ah, Harry, tus ideas me aterrorizan!»

«No debe importarte. ¿Cuánto hace que la conoces?»

«Hace unas tres semanas.»

«¿Y dónde la encontraste?»

«Te lo contaré, Harry, pero no tienes que ser incomprensivo conmigo. Después de todo, nunca hubiera sucedido si no te hubiera conocido. Me llenaste de un deseo desenfrenado de conocer todo sobre la vida. Durante varios días, después de conocerte, algo parecía palpitar en mis venas. Según vagaba por el parque o paseaba por Picadilly, solía mirar a todo el que pasaba, y me preguntaba, con una curiosidad loca, qué clase de vida llevaban. Algunas de ellas me fascinaron. Otras me llenaban de terror. Había un veneno exquisito en el aire. Tenía pasión por las sensaciones... Bueno, una tarde sobre las siete, decidí salir en busca de alguna aventura. Sentía que este Londres nuestro gris y monstruoso, con sus innumerables personas, sus pecadores sórdidos y sus pecados espléndidos, como una vez lo expresaste tú, tenía que tener algo reservado para mí. Me imaginaba mil cosas. El simple peligro me daba una sensación de deleite. Recordaba lo que me habías dicho aquella maravillosa tarde cuando cenamos juntos por primera vez, sobre que buscar la belleza era el secreto auténtico de la vida. No sabía lo que me esperaba, pero salí y vagué hacia el Este; pronto me perdí en un laberinto de calles sucias y plazas oscuras y sin césped. Sobre las ocho y media pasé por un teatro pequeño y ridículo, con grandes luces de gas llamativas y carteles que llamaban la atención. Un judío repugnante, con el chaleco más asombroso que he visto en vida, estaba colocado a la entrada, fumándose un puro repugnante. Tenía rizos grasientos y un enorme diamante resplandecía en el centro de su camisa sucia. "¿Tiene palco, milord?", dijo cuando me vio, y se quitó el sombrero con un aire de suntuoso servilismo. Había algo en él, Harry, que me resultaba divertido. Era como un monstruo. Te reirás de mí, lo sé, pero entré y pagué una guinea por un palco de proscenio. Hasta ahora no he podido comprender por qué lo hice, y sin embargo, si no lo hubiera hecho, mi querido Harry, si no lo hubiera hecho, me hubiera perdido el romance más grande de mi vida. Veo que te estás riendo. ¡Es odioso por tu parte!»

«No me estoy riendo, Dorian. Por lo menos no me estoy riendo de ti. Pero no deberías decir que es el romance más grande de tu vida. Deberías decir el primer romance de tu vida. Siempre te enamorarás y siempre estarás enamorado del amor. Una gran pasión es el privilegio de la gente que no tiene nada que hacer. Esta es la única costumbre de

las clases ociosas de nuestro país. No temas. Hay cosas exquisitas reservadas para ti. Esto es sólo el comienzo.»

«¿Crees que mi carácter es tan superficial?», dijo Dorian Gray con enfado.

«No. Creo que tu carácter es muy profundo.»

«¿Qué quieres decir?»

«Mi querido muchacho, la gente que ama solamente una vez en su vida es realmente gente superficial. Lo que ellos llaman lealtad, y su fidelidad, yo lo llamo o letargo de la costumbre o ausencia de imaginación. La fidelidad es para la vida emocional lo que la firmeza es para la vida del intelecto..., simplemente una confesión de incumplimiento. ¡Fidelidad! Tengo que analizarla algún día. La pasión por la propiedad está en ella. Hay muchas cosas que tiraríamos si no tuviéramos miedo de que otros quizá las recogieran. Pero no quiero interrumpirte. Continúa con tu historia.»

«Bueno, me encontré sentado en un palco privado pequeño y horrible, con un telón vulgar que saltaba a la vista. Me asomé detrás de la cortina e inspeccioné al público. Era un caso llamativo: todos Cupidos y cornucopias, como un pastel de boda de poca categoría. El gallinero y la platea estaban casi llenos, pero las dos filas de butacas sucias estaban casi vacías y sólo había una persona, por lo que supongo que ellos lo llamarían el piso principal. Había mujeres vendiendo naranjadas y gaseosas de jengibre y había un consumo terrible de nueces.»

«Tiene que haber sido igual que los días prósperos del drama británico.»

«Exactamente igual, me imaginaba, y era deprimente. Empecé a preguntarme qué demonios hice, cuando vi el cartel. ¿De qué crees que trataba la obra, Harry?»

«Pienso que *The idiot Boy* (El chico tonto) o *Dumb but Innocent* (Mudo pero inocente). A nuestros padres les solía gustar esta clase de obras, creo. Cuanto más vivo, Dorian, más profundamente siento que lo que era bastante bueno para nuestros padres no es bastante bueno para nosotros. En arte, como en política, los abuelos nunca tienen razón.»

«Esta obra era bastante buena para nosotros, Harry. Era *Romeo y Julieta*. Tengo que admitir que estaba bastante molesto con la idea de ver a Shakespeare en aquel agujero miserable. Sin embargo, sentía interés en cierto modo. De todas formas, decidí esperar al primer acto. Era una orquesta espantosa, dirigida por un joven hebreo sentado a un piano desafinado, que casi me echa, pero al final se levantó el telón y comenzó la obra. Romeo era un caballero mayor y robusto, con cejas de corcho y una voz ronca trágica y una figura que parecía un barril de

cerveza. Mercucio era casi peor. Estaba representado por un farsante que había introducido chistes por su cuenta y términos más simpáticos para el patio de butacas. Eran tan grotescos como el escenario y parecía como si hubieran salido de un puesto de un mercado. ¡Pero Julieta! Harry, imagínate una Julieta de apenas diecisiete años, con un rostro pequeño como una flor y una pequeña cabeza griega con rizos trenzados de pelo castaño oscuro, ojos que eran manantiales de pasión color violeta y labios como pétalos de rosa. Ella era lo más encantador que he visto nunca en mi vida. Me dijiste una vez que el patetismo te dejó inmóvil, pero que la belleza, la simple belleza, podía llenar tus ojos de lágrimas. Te digo, Harry, que apenas podía ver a la chica por el velo de lágrimas que me vino. Y su voz, nunca he oído una voz igual. Era muy baja al principio, con notas profundas y melodiosas que parecía que caían una a una en los oídos. Luego se hizo un poco más alta y sonaba como una flauta o un oboe lejano. En la escena del jardín tenía todo el éxtasis trémulo que uno oye justo antes del amanecer cuando cantan los ruiseñores. Más tarde hubo momentos en los que tenía la pasión salvaje de los violines. Sabes hasta qué punto una voz puede estremecer a uno. Tu voz y la voz de Sibyl Vane son dos cosas que nunca olvidaré. Cuando cierro los ojos, las oigo, y cada una de ellas me dice algo diferente. No sé cuál seguir. ¿Por qué no había de amarla? Harry, la amo. Ella es todo para mí en la vida. Noche tras noche voy a ver la obra. Una tarde es Rosalinda, y a la tarde siguiente es Imogen. He visto su muerte en la tenebrosidad de una tumba italiana, absorbiendo el veneno de los labios de su amante. La he visto vagando por el bosque de Arden, disfrazada de un guapo muchacho con calzas y jubón y gorra elegante. Ella se ha vuelto loca y ha entrado a presencia de un rey culpable, y le ha dado el perdón y hierbas amargas para que las probara. Ella ha sido inocente y las manos negras de los celos han estrujado su cuello como a una caña. La he visto en todas las edades y con todas las indumentarias. Las mujeres ordinarias nunca despiertan la imaginación de uno. Están limitadas a su país. Ningún atractivo las transfigura. Conoces sus mentes tan fácilmente como conoces sus tocados. Puedes encontrarlas siempre. No hay misterio en ninguna de ellas. Ellas van en coche por el parque por las mañanas y charlan en las reuniones del té por las tardes. Tienen la sonrisa estereotipada y sus costumbres de moda. Son completamente evidentes. ¡Pero una actriz! ¿Qué diferente es una actriz! ¡Harry! ¿Por qué no me dices que lo único que vale la pena amar es a una actriz?»

«Porque he amado a muchas de ellas, Dorian.»

«¡Oh, sí, gente insoportable con pelo teñido y caras pintadas!»

«No pongas por los suelos al pelo teñido y a las caras pintadas. Hay un encanto extraordinario en ellas algunas veces», dijo lord Henry.

«Desearía ahora no haberte contado nada de Sibyl Vane.»

«No podías evitar el decírmelo, Dorian. Durante toda tu vida me contarás todo lo que haces.»

«Sí, Harry, creo que es cierto. No puedo evitar contarte cosas. Tienes una influencia curiosa sobre mí. Si alguna vez cometiera un crimen, vendría a confesártelo a ti. Tú me comprenderías.»

«La gente como tú, los rayos intencionados del sol de la vida, no cometen crímenes, Dorian. Pero te agradezco mucho el cumplido de todas formas. Y ahora cuéntame (alcánzame las cerillas como un buen chico, gracias): ¿Cuáles son tus relaciones actuales con Sibyl Vane?»

Dorian Gray se puso en pie de un salto, con las mejillas ruborizadas y los ojos centelleantes. «¡Harry, Sibyl Vane es sagrada!»

«Sólo las cosas sagradas tienen su valor en tocarlas, Dorian —dijo lord Henry con un extraño toque de patetismo en su voz—. Pero, ¿por qué te enojas? Supongo que ella te pertenecerá algún día. Cuando uno está enamorado, siempre empieza por engañarse a sí mismo y siempre termina engañando a los demás. Eso es lo que la gente llama romance. De todas formas la conoces, supongo.»

«Por supuesto que la conozco. La primera noche que fui al teatro, el repelente judío viejo vino al palco después de terminar la representación y me ofreció llevarme detrás del escenario y presentármela. Me puse furioso con él y le dije que Julieta llevaba muerta cientos de años y que su cuerpo yacía en una tumba de mármol en Verona. Creo que tuvo la impresión, por su mirada profunda y divertida, de que yo había tomado demasiado champán o algo así.»

«No me sorprende.»

«Luego me preguntó que si yo escribía para algún periódico. Le dije que ni siquiera los leía. Pareció muy decepcionado por ello y me confió que todos los críticos dramáticos estaban conspirando contra él y que quería sobornarlos a todos.»

«No me sorprendió que tuviera razón en ello. Pero, por otro lado, juzgando por la apariencia de ellos, la mayoría no pueden ser muy caros.»

«Bueno, creería pensar que estarían por encima de sus recursos —rió Dorian—. Sin embargo, en ese momento las luces del teatro se apagaron y tuve que marcharme. Quería que le consiguiera los cigarros que recomendaba tan vehemente. Me negué. A la noche siguiente, por supuesto, llegué al lugar otra vez. Cuando me vio me hizo una inclinación y me aseguró que era un patrocinador munificente para el arte. Era un bruto muy ofensivo, aunque tenía una extraordinaria pasión por Shakespeare. Me dijo una vez, con aire orgulloso, que sus cinco bancarrotas se debían totalmente a "El Bardo", como insistía en llamarle. Parecía que creía que era una distinción.»

«Era una distinción, mi querido Dorian, una gran distinción. La mayor parte de la gente llega a la bancarrota por haber invertido demasiado en la prosa de la vida. Haberse arruinado a uno mismo por la poesía es un honor. Pero, ¿cuándo hablaste por primera vez con Sibyl Vane?»

«La tercera noche. Estaba representando a Rosalinda. No pude evitar el ir. Le había tirado flores y me había mirado. Por lo menos me imaginé que así era. El viejo judío era insistente. Parecía decidido a llevarme ante ella, así que consentí. Era curioso que no quisiera conocerla, ¿verdad?»

«No. Yo creo que no.»

«Mi querido Harry, ¿por qué?»

«Te lo diré en otra ocasión. Ahora quiero saber sobre la chica.»

«¿Sibyl? ¡Oh!, ella es tan tímida y tan amable. Hay algo de niña en ella. Abrió sus grandes ojos con un asombro exquisito cuando le dije lo que pensaba de su representación, y parecía inconsciente de su poder. Creo que los dos estábamos bastante nerviosos. El viejo judío se quedó sonriendo abiertamente en la puerta del sucio camerino, haciendo discursos elaborados sobre nosotros dos, mientras nosotros nos mirábamos el uno al otro como niños. Insistía en llamarme "milord", así que tuve que asegurarle a Sibyl que no había nada de esa clase. Ella me dijo sencillamente: "Parece más un príncipe. Tengo que llamarle Príncipe Encantador."»

«Caramba, Dorian, la señorita Sibyl sabe cómo hacer un cumplido.»

«No lo entiendes, Harry. Ella me juzgó simplemente como un personaje de una obra. Ella no sabe nada de la vida. Vive con su madre, una mujer cansada y marchita que la primera noche representó a lady Capuleto con una especie de ropa magenta, y da la impresión de haber visto días mejores.»

«Conozco esa impresión. Me deprime», murmuró lord Henry, examinando sus anillos.

«El judío quería contarme su historia, pero le dije que no me interesaba.»

«Tienes mucha razón. Siempre hay algo infinitamente mezquino en las tragedias de otros.»

«Sibyl es lo único que me preocupa. ¿Qué me importa de dónde venga? Desde su pequeña cabeza a sus pequeños pies, ella es absoluta y completamente divina. Cada noche de mi vida voy a verla actuar y cada noche es más maravillosa.»

«Esa es la razón, supongo, por la que nunca cenas conmigo ahora. Pensaba que tendrías algún curioso romance a mano. Lo tienes, pero no es exactamente lo que me esperaba.»

«Mi querido Harry, nosotros o comemos o merendamos juntos todos los días, y he ido a la ópera contigo varias veces», dijo Dorian, abriendo sus ojos azules con asombro.

«Tú siempre llegas muy tarde.»

«Bueno, no puedo dejar de ir a ver actuar a Sibyl —dijo—, aunque sólo sea un acto. Estoy hambriento de su presencia y cuando pienso en el alma maravillosa que está oculta en ese pequeño cuerpo de marfil, me lleno de admiración.»

«Puedes cenar conmigo enta noche, Dorian, ¿verdad?»

Movió la cabeza. «Esta noche es Imogen —contestó—, y mañana por la noche será Julieta.»

«¿Cuándo es Sibyl Vane?»

«Nunca.»

«Te felicito.»

«¡Qué desagradable eres! Ella es todas las grandes heroínas del mundo en una sola. Ella es más que un individuo. Te ríes, pero te digo que tiene talento. La quiero y haré que me quiera. Tú, que conoces todos los secretos de la vida, ¡dime cómo encantar a Sibyl Vane para que me quiera! Quiero que Romeo sienta celos. Quiero que los amantes muertos del mundo oigan nuestras risas y se entristezcan. Quiero que un aliento de nuestra pasión convierta su polvo en conciencia, que sus cenizas despierten el dolor. Dios mío, Harry, ¡cómo la adoro!» Paseaba de un lado a otro por la habitación según hablaba. Manchas febriles rojas ardían en sus mejillas. Estaba muy excitado.

Lord Henry le miró con una sensación sutil de placer. ¡Qué diferente era ahora del muchacho tímido y asustado que había conocido en el estudio de Basil Hallward! Su carácter se había desarrollado como una flor, habían nacido ramos de llama escarlata. Había arrastrado a su alma fuera de su escondite secreto y el deseo había salido a su encuentro en el camino.

«¿Y qué te propones hacer?», dijo lord Henry al final.

«Quiero que tú y Basil vayáis conmigo alguna noche a verla actuar. No tengo el más mínimo temor al resultado. Estoy seguro de que conoceréis su talento. Después tenemos que sacarla de las manos del judío. Ella ha estado sujeta a él durante tres años, al menos durante dos años y ocho meses, en este momento. Tendré que pagarle algo, por supuesto. Cuando todo esté establecido, cogeré un teatro del West End y la pondré en escena de verdad. Hará que el mundo se vuelva loco como me ha vuelto a mí.»

«Eso sería imposible, mi querido muchacho.»

«Sí, lo hará. Ella no sólo tiene arte en ella, un instinto artístico consumado, sino que lo tiene también personalmente, y me has dicho con

frecuencia que son las personalidades, y no los principios, las que mueven las eras.»

«Bueno, ¿qué noche saldremos?»

«Déjame ver. Hoy es martes. Fijémoslo para mañana. Ella representa a Julieta mañana.»

«De acuerdo. En el Bristol a las ocho y llevaré a Basil.»

«A las ocho no, Harry, por favor. A las seis y media. Tenemos que estar allí antes de que levanten el telón. La tienes que ver en el primer acto, donde se encuentra con Romeo.»

«¡A las seis y media! ¡Vaya horas! Será como tomar el té con la comida o leer una novela inglesa. Tiene que ser a las siete. Ningún caballero cena antes de las siete. ¿Verás a Basil o le escribo?»

«¡Mi querido Basil! No le he visto desde hace una semana. Es bastante desagradecido por mi parte, ya que me ha enviado mi retrato con el marco más maravilloso, con un diseño especial de él mismo, y, aunque estoy un poco celoso del cuadro porque es un mes más joven que yo, tengo que admitir que me deleito con él. Quizá sería mejor que le escribieras. No quiero verle a solas. Dice cosas que me molestan. Me da buenos consejos.»

Lord Henry sonrió. «A la gente le encanta desechar lo que más necesita. Es lo que yo llamo la profundidad de la generosidad.»

«¡Oh!, Basil es el mejor de los amigos, pero ahora me parece que es un poco prosaico. Desde que te he conocido, Harry, he descubierto eso.»

«Basil, querido muchacho, pone todo lo que es encantador en su obra. La consecuencia es que él no deja nada para la vida a excepción de sus prejuicios, sus principios y su sentido común. Los artistas que he conocido maravillosos como personas son malos artistas. Los buenos artistas existen solamente en lo que hacen y, como consecuencia, son perfectamente desinteresados en lo que son. Un gran poeta, gran poeta de verdad, es la criatura menos poética de todas. Pero los poetas inferiores son absolutamente fascinantes. Cuanto peores son sus ritmos, más pintorescos parecen. El mero hecho de haber publicado un libro de sonetos de segunda clase hace a un hombre completamente irresistible. Vive la poesía que no sabe escribir. Los otros escriben la poesía que no se atreven a realizar.»

«Me pregunto si realmente es así, Harry —dijo Dorian Gray mientras ponía un poco de perfume en su pañuelo de una botella con tapón dorado que había sobre la mesa—. Tiene que serlo, si tú lo dices. Y ahora me voy. Imogen me está esperando. No te olvides de lo de mañana. Adiós.»

Según salía de la habitación, cayeron los pesados párpados de lord Henry y comenzó a pensar. En realidad pocas personas le habían inte-

resado tanto como Dorian Gray y, sin embargo, la loca adoración del muchacho por alguien más no le causaba la más mínima herida de enfado o de celos. Le complacía. Haría más interesante su estudio. Él había estado siempre cautivado por los métodos de ciencia natural, pero la materia ordinaria de esa ciencia le había parecido trivial y sin importancia. Y así había comenzado por viviseccionarse a sí mismo y había terminado de viviseccionar a otros. La vida humana aparecía ante él como lo único digno de investigar. Comparado con ella no había nada más de tanto valor. Era cierto que, según uno mirara a la vida a través de su curioso crisol de dolor y placer, uno no podía llevar puesta una máscara de cristal en la cara, ni impedir que los humos sulfurosos inquietaran al cerebro y enturbiaran la imaginación con fantasías monstruosas y sueños deformados. Había venenos tan sutiles que si uno conociera sus propiedades tendría que hartarse de ellas. Había enfermedades tan extrañas que uno tendría que pasarlas si buscara comprender su naturaleza. Y, sin embargo, ¡qué gran recompensa recibiría! ¡Qué maravilloso llegaría a ser el mundo entero! Fijarse en la curiosa y difícil lógica de la pasión y la vida del intelecto emocional y coloreado, observar dónde se encontrarían y dónde se separarían, en qué punto estarían al unísono y en qué punto serían discordantes. ¡Había encanto en ello! ¿Qué importa lo que costara? Nunca se podría pagar un precio tan elevado por una sensación.

Él era consciente, y el pensamiento le trajo una mirada de placer a sus ojos ágata marrones, de que fue por medio de ciertas palabras suyas, palabras musicales dichas con expresión musical, por las que el alma de Dorian Gray se había dirigido a esta chica inocente y la adoraba. En gran parte el muchacho era su propia creación. Le había hecho prematuro. Eso era algo. La gente normal espera hasta que la vida le revela sus secretos, pero a una minoría, a los elegidos, los misterios de la vida les son revelados antes de que se aparte el velo. Algunas veces esto era el efecto del arte, y principalmente del arte de la literatura, que se ocupaba inmediatamente de las pasiones y del intelecto. Pero de cuando en cuando una personalidad compleja ocupaba el lugar del arte y asumía su función; de hecho era, a su manera, una auténtica obra de arte. La vida tiene sus obras maestras primorosas, exactamente igual que las tiene la poesía, o la escultura, o la pintura.

Sí, el muchacho era prematuro. Estaba recogiendo la cosecha mientras era primavera todavía. Las pulsaciones y la pasión de la juventud estaban en él, pero estaba adquiriendo su propia conciencia. Era delicioso mirarle. Con su cara hermosa y su alma hermosa, él era algo por lo que maravillarse. No importaba cómo terminaría todo o cómo estaba destinado a terminar. Era como una de esas figuras graciosas de un desfile o de un juego, cuyos juguetes parecen estar alejados de uno,

pero cuyas tristezas agitan el sentido de la belleza y cuyas heridas son como rosas rojas.

Alma y cuerpo, cuerpo y alma. ¡Qué misteriosas eran! Había animalismo en el alma y el cuerpo tenía momentos de espiritualidad. Los sentidos podían refinarse y el intelecto podía degradarse. ¿Quién podía decir dónde cesaba el impulso carnal o dónde comenzaba el impulso físico? ¡Qué superficiales eran las definiciones arbitrarias de los psicólogos ordinarios! Y aún más: ¡qué difícil era decidir entre las reivindicaciones de varias escuelas! ¿Era el alma una sombra situada en la casa del pecado? ¿O estaba el cuerpo realmente en el alma, como pensaba Giordano Bruno? La separación del espíritu y de la materia era un misterio, y la unión del espíritu y de la materia era un misterio también.

Empezó a preguntarse si alguna vez podríamos hacer de la psicología una ciencia tan absoluta que cada brote pequeño de vida se revelaría a nosotros. Si era así, siempre nos comprenderíamos mal a nosotros mismos y rara vez entenderíamos a los demás. La experiencia no tendría un valor ético. Sólo sería el nombre que han dado los hombres a sus errores. Como norma, los moralistas se habían referido a ella como un modo de aviso, habían declarado que poseía una cierta eficacia ética en la formación del carácter, la habían elogiado como algo que nos enseña lo que tenemos que seguir y nos muestra lo que tenemos que evitar. Pero no había una fuerza motriz en la experiencia. Era una causa activa tan pequeña como la propia conciencia. Todo lo que realmente demostraba era que nuestro futuro sería el mismo que nuestro pasado, y que el pecado que hemos cometido una vez, y con aversión, lo cometeríamos muchas veces, y con júbilo.

Estaba claro para él que el método experimental era el único método por el cual uno podía llegar a algún análisis científico de las pasiones, y ciertamente Dorian Gray era un objeto hecho a su medida y parecía prometer resultados ricos y fructíferos. Su repentino amor loco por Sibyl Vane era un fenómeno psicológico de un interés no sin importancia. No había duda de que la curiosidad tenía mucho que ver con él, la curiosidad y el deseo de nuevas experiencias. Sin embargo, no era una pasión sencilla sino bastante compleja. Lo que había en ella de instinto infantil puramente sensual se había ido transformando por las obras de la imaginación, cambiado a algo que parecía que el muchacho mismo estaba alejado del sentido y era por esa razón la más peligrosa de todas. Eran las pasiones sobre cuyo origen nos engañábamos a nosotros mismos las que con más fuerza nos tiranizaban. Nuestros motivos más débiles eran aquellos de cuya naturaleza éramos conscientes. Con frecuencia ocurría que cuando pensábamos que estábamos experimentando sobre otros, realmente estábamos experimentando sobre nosotros mismos.

Mientras lord Henry estaba sentado soñando con estas cosas, llamaron a la puerta y entró su ayuda de cámara, quien le recordó que era hora de que se vistiera para cenar. Se levantó y miró a la calle. El ocaso había llenado de oro escarlata las ventanas altas de las casas de enfrente. Los cristales brillaban como láminas de metal caliente. El cielo era como una rosa marchita. Pensó en la vida apasionada de su joven amigo y se preguntaba cómo iba a terminar todo.

Cuando llegó a casa, sobre las doce y media, vio un telegrama sobre la mesa de la entrada. Lo abrió y descubrió que era de Dorian Gray. Era para decirle que se había prometido en matrimonio con Sibyl Vane.

CAPÍTULO V

«¡Madre, madre, soy tan feliz!», susurró la chica, enterrando su cara en el regazo de la mujer marchita y con aspecto cansado, quien, de espaldas a la luz intrusa y aguda, estaba sentada en el único sillón que contenía su sórdido cuarto de estar.

«¡Soy tan feliz! —repitió—. ¡Tú tienes que ser feliz también!»

La señora Vane hizo un gesto de dolor y puso sus finas manos, blanqueadas con bismuto, sobre la cabeza de su hija. «¡Feliz! —repitió—. Sólo soy feliz, Sibyl, cuando te veo actuar. No tienes que pensar en otra cosa que no sea actuar. El señor Isaac ha sido muy bueno con nosotras y le debemos dinero.»

La chica miró hacia arriba y puso mala cara. «¿Dinero, madre? —dijo—. ¿Qué significa el dinero? El amor es más que el dinero.»

«El señor Isaac nos ha adelantado cincuenta libras para pagar nuestras deudas y conseguir un traje adecuado a James. No tienes que olvidar eso, Sibyl. Cincuenta libras es una suma muy grande. El señor Isaac ha sido muy considerado.»

«Él no es un caballero, madre, y odio la forma en que me habla», dijo la chica, levantándose de los pies de su madre y yendo hacia la ventana.

«No sé cómo nos las arreglaríamos sin él», contestó la anciana madre quejumbrosamente.

Sibyl Vane echó para atrás la cabeza y se rió. «No le queremos más, madre. El Príncipe Encantador dirigirá nuestras vidas ahora.» Luego hizo una pausa. Una rosa se agitó en su sangre y sombreó sus mejillas. Una respiración rápida separó los pétalos de sus labios. Temblaron. Algún viento oriental de pasión pasó sobre ella y movió los pliegues delicados de su vestido. «Le amo», dijo sencillamente.

«¡Chica loca! ¡Chica loca!», fue la frase que soltó como un loro para contestar. El movimiento de sus dedos doblados y con joyas falsas dieron un aire grotesco a las palabras.

La chica se rió de nuevo. La alegría de un pájaro enjaulado estaba en su voz. Sus ojos atraparon la melodía y la repitieron radiante, luego los

cerró por un momento, como si ocultara su secreto. Cuando los abrió, la neblina de un sueño había pasado por ellos.

La sabiduría de labios finos le hablaba desde la desgastada silla, insinuando prudencia, citada de ese libro de cobardía cuyo autor imita el nombre de sentido común. Ella no escuchaba. Ella era libre en su prisión de pasión. Su príncipe, el Príncipe Encantador, estaba en ella. Había acudido a la memoria para reconstruirle. Había enviado a su alma a buscarle, y le había traído. Su beso quemaba de nuevo sobre su boca. Sus párpados estaban templados con su aliento.

Luego la sabiduría alteró su forma y habló de espionaje y descubrimiento. Este joven debía de ser rico. Si así era, debería pensar en el matrimonio. Contra el caparazón de su oído rompieron las olas de la astucia mundana. Las flechas de la astucia disparadas por ella. Vio moverse los labios finos y sonrió.

De repente sintió la necesidad de hablar. El silencio verbal la inquietó. «Madre, madre —exclamó—, ¿por qué me quiere tanto? Yo sé por qué le quiero. Le quiero porque él es como debería ser el amor. Pero ¿qué ve él en mí? Yo no tengo valor para él. Y además, por qué no decirlo, aunque me siento muy por debajo de él, no me siento humilde. Me siento orgullosa, terriblemente orgullosa. Madre, ¿amabas a mi padre como amo yo al Príncipe Encantador?»

La anciana mujer palideció bajo los ordinarios polvos que pintarrajeaban sus mejillas, y sus labios secos se contrajeron con un espasmo de dolor. Sibyl se precipitó hacia ella, le rodeó el cuello con sus brazos y la besó. «Perdóname, madre. Sé que te duele hablar sobre padre. Pero sólo te duele porque tú le amabas mucho. No estés tan triste. Yo soy tan feliz hoy como tú lo eras hace veinte años. ¡Ah, déjame ser feliz para siempre!»

«Mi niña, eres demasiado joven para pensar en enamorarte. Por otro lado, ¿qué sabes de este joven? Ni siquiera sabes su nombre. Todo el asunto es muy molesto, y realmente, cuando James se dispone a partir para Australia y yo me encuentro más preocupada por eso, creo que deberías mostrar más consideración. Sin embargo, como te dije antes, si él es rico...»

«¡Ah, madre, madre, déjame ser feliz!»

La señora Vane la miró y, con uno de esos gestos falsos teatrales que tan a menudo se convierten en un segundo carácter en un actor de escenario, la estrujó entre sus brazos. En este momento se abrió la puerta y un muchacho joven, de pelo castaño áspero, entró en la habitación. Tenía una figura rechoncha y las manos y los pies muy grandes, y era algo torpe en sus movimientos. Él no estaba tan bien criado como su hermana. Apenas se podría haber imaginado la relación tan próxima que existía entre ellos. La señora Vane fijó los ojos en él e intensificó la

sonrisa. Mentalmente elevó a su hijo a la dignidad de un público. Se sentía segura de que el cuadro era interesante.

«Creo que deberías guardar alguno de tus besos para mí, Sibyl», dijo el muchacho con un lamento amable.

«¡Ah!, pero a ti no te gusta que te besen, Jim —dijo ella—. Eres un repugnante oso viejo.» Y atravesó la habitación corriendo y le abrazó.

James Vane miró con dulzura al rostro de su hermana. «Quiero que salgas a pasear conmigo, Sibyl. No creo que vuelva a ver este odioso Londres de nuevo. Estoy seguro de que no quiero.»

«Hijo mío, no digas esas cosas tan espantosas», murmuró la señora Vane con un suspiro, levantando un vestido de teatro de oropel y empezando a remendarlo. Se sintió un poco decepcionada por no haber sido incluida en el grupo. Hubiera incrementado el pintoresquismo teatral de la situación.

«¿Por qué no? Tengo esa intención.»

«Me haces daño, hijo mío. Confío en que regreses de Australia con una posición de abundancia. Creo que no hay sociedad de ninguna clase en las colonias, nada que se llame sociedad, así que cuando hayas hecho fortuna, tienes que regresar y afirmarte en Londres.»

«¡Sociedad! —dijo entre dientes el muchacho—. No quiero saber nada de eso. Me gustaría hacer algo de dinero para sacaros a ti y a Sibyl del escenario. Lo odio.»

«¡Oh, Jim! —dijo Sibyl riéndose—. ¡Qué poco amable por tu parte! Pero, ¿de verdad vas a venir a dar un paseo conmigo? ¡Será maravilloso! Temía que fueras a decir adiós a alguno de tus amigos, a Tom Hardy, quien te dio esa odiosa pipa, o a Ned Langton, que se reía de ti porque fumabas en ella. Es muy amable por tu parte dejarme tener tu última tarde. ¿Adónde iremos? Vayamos al parque.»

«Estoy demasiado andrajoso —contestó, frunciendo el ceño—. Sólo la gente elegante va al parque.»

«Tonterías, Jim», susurró, tirando de la manga de su chaqueta.

Él dudó por un momento. «Muy bien —dijo él al final —pero no te pongas un vestido demasiado largo.» Ella salió danzando por la puerta. Se la podía oír cantar según subía las escaleras corriendo. Sus pequeños pies andaban con paso ligero sobre sus cabezas.

Él fue de acá para allá en la habitación dos o tres veces. Luego se volvió hacia la figura estática de la silla. «Madre, ¿están preparadas mis cosas?», preguntó.

«Completamente preparadas, James —contestó ella, manteniendo los ojos en su labor. Durante los últimos meses ella se había sentido enferma de gusto cuando estaba a solas con este hijo suyo rudo y sombrío. Su carácter secreto y superficial le inquietaba cuando se encontraban sus miradas. Ella solía preguntarse si él sospechaba algo. El silen-

cio, por el que él no hizo ninguna otra observación, se volvió inaguantable para ella. Ella empezó a quejarse. Las mujeres se defienden atacando, exactamente igual que ellas atacan por rendición repentina y extraña. «Espero que estés contento, James, con tu vida de marinero —dijo—. Has de recordar que es por tu propia elección. Podías haber entrado en una oficina de abogados. Los abogados son una clase muy respetable y en este país cenan a menudo con las mejores familias.»

«Odio las oficinas, odio a los empleados —replicó—. Pero tienes mucha razón. He elegido mi propia vida. Todo lo que te digo es que cuides de Sibyl. No dejes que sufra algún daño. Madre, tienes que cuidarla.»

«James, de verdad que hablas de forma extraña. Por supuesto que cuidaré de Sibyl.»

«He oído que un caballero viene todas las noches al teatro y va al camerino para hablarle. ¿Es verdad? ¿Qué hay de eso?»

«Estás hablando de cosas que no entiendes, James. En la profesión estamos acostumbrados a recibir un gran trato de atención muy gratificante. Yo misma solía recibir muchos ramos a la vez. Eso era cuando se comprendía verdaderamente al actor. En cuanto a Sibyl, no sé en este momento si su cariño es serio o no. Pero de lo que no hay duda es de que el joven en cuestión es un perfecto caballero. Él es siempre muy educado conmigo. Por otro lado, tiene aspecto de ser rico y las flores que envía son preciosas.»

«Aunque no sabes su nombre», dijo el muchacho severamente.

«No —contestó su madre, con una expresión apacible en su cara—. Todavía no ha revelado su verdadero nombre. Creo que es muy romántico por su parte. Probablemente sea un miembro de la aristocracia.»

James Vane se mordió el labio. «Cuida de Sibyl, madre —dijo—, cuídala.»

«Hijo mío, me angustias muchísimo. Sibyl está siempre bajo mi cuidado especial. Por supuesto, si este caballero es rico, no hay razón por la que ella no contrajera un compromiso con él. Confío en que sea de la aristocracia. He de decir que tiene toda la apariencia de serlo. Sería un matrimonio muy brillante para Sibyl. Harían una pareja encantadora. Su buena apariencia es realmente muy destacable. Todo el mundo se da cuenta.»

El muchacho murmuró algo para sí mismo y tamborileó el cristal de la ventana con sus toscos dedos. Se había dado la vuelta para decir algo cuando la puerta se abrió y Sibyl entró corriendo.

«¡Qué serios estáis los dos! —exclamó—. ¿Qué pasa?»

«Nada —contestó él—. Supongo que uno tiene que estar serio algunas veces. Adiós, madre. Cenaré a las cinco. Todo está empaquetado excepto mis camisas, así que no tienes que preocuparte.»

«Adiós, hijo mío», contestó con una inclinación de majestuosidad tensa.

Ella estaba muy enojada por el tono que él había adoptado con ella, y había algo en su mirada que le había hecho sentir miedo.

«Bésame, madre», dijo la chica. Sus labios de flor tocaron la consumida mejilla y templaron su frialdad.

«¡Mi niña, mi niña!», exclamó la señora Vane, mirando al techo en busca de una galería imaginaria.

«Ven, Sibyl». dijo su hermano con impaciencia. Odiaba las simulaciones de su madre.

Salieron a la luz del sol, que parpadeaba a merced del viento, y bajaron paseando por la triste calle Euston. Los que pasaban miraban asombrados al taciturno y pesado joven, quien, con ropas bastas e inapropiadas, iba acompañado de una chica con tanta gracia y apariencia refinada. Era como un vulgar jardinero paseando con una rosa.

Jim fruncía el ceño cuando, de vez en vez, captaba la mirada inquisitiva de algún extraño. Tenía aversión a ser observado fijamente, lo que llega a los genios tarde en la vida y nunca abandona el tópico. Sin embargo, Sibyl era completamente inconsciente del efecto que ella estaba produciendo. Su amor temblaba a carcajadas en sus labios. Estaba pensando en el Príncipe Encantador y, aunque pensaba en él nada más, no hablaba de él, sino que charlaba sobre el barco en que navegaría Jim, sobre el oro que estaba segura de que encontraría, sobre la maravillosa heredera cuya vida tenía que salvar él de los bandidos malvados de camisa roja. Porque él no se quedaría de marinero, o de sobrecargo, o lo que fuera. ¡Oh, no! La vida de un marinero era espantosa. ¡La imaginación encerrada en un barco horrible, con las olas roncas con giba tratando de entrar y un viento negro derribando los mástiles y rasgando las velas en largos jirones llamativos! Tenía que dejar la embarcación en Melbourne, decir adiós al capitán educadamente y marcharse por fin a los campos de oro. Antes de una semana encontraría una gran pepita de oro, la pepita más grande que nunca se haya descubierto, y la llevaría a la costa en un vagón protegido por seis policías montados. Los bandidos irían a atacarles tres veces y serían vencidos con una inmensa matanza. O, no. No iría a los campos de oro exactamente. Son lugares horribles donde los hombres se embriagan y se disparan unos a otros en los bares y usan un mal lenguaje. Sería un encantador granjero de ovejas, y una tarde, de camino a casa, él vería cómo un ladrón sobre un caballo negro se llevaba a la hermosa heredera, y él le perseguía y la rescataba. Por supuesto ella se enamoraría de él y él de ella, y se casarían y vendrían a casa y vivirían en una enorme mansión en Londres. Sí, había cosas maravillosas reservadas para él. Pero él tenía que ser muy bueno, no perder su carácter o gastar su dinero alocadamente. Ella era sólo un

año más mayor que él, pero conocía mucho más de la vida. Él tenía que estar seguro también de escribirla a ella en cada correo, o decir sus oraciones cada noche antes de irse a dormir. Dios era muy bueno y cuidaría de él. Ella rezaría por él también, y en pocos años regresaría completamente rico y feliz.

El muchacho la escuchaba con mal humor y no contestaba. Estaba desanimado por dejar el hogar.

Sin embargo, no era sólo esto lo que le ponía melancólico y taciturno. Aunque no tenía experiencia, tenía ya un fuerte sentido del peligro de la situación de Sibyl. Este joven dandi que le estaba haciendo la corte podría no significar que fuera bueno para ella. Él era un caballero y le odiaba por ello, le odiaba por razón de algún instinto racial curioso que no podía explicar y que por esa razón era todo lo dominante que podía ser dentro de él. Era consciente también de la superficialidad y vanidad del carácter de su madre, y en ello veía un peligro infinito para Sibyl y para su felicidad. Los niños empiezan por querer a sus padres, según van creciendo les juzgan; algunas veces les perdonan.

¡Su madre! Tenía que preguntarle algo que tenía en su mente, algo sobre lo que había estado dando vueltas durante meses de silencio. Una frase que, por casualidad, había oído en el teatro, una burla en susurros que había alcanzado sus oídos una noche según esperaba en la puerta del escenario, había dado rienda suelta a pensamientos horribles. Lo recordaba como si hubiera sido el azote de un látigo en su cara. Sus cejas se fruncieron en una arruga en forma de cuña, y con una punzada de dolor se mordió el labio inferior.

«No estás escuchando ni una sola palabra de lo que te estoy diciendo, Jim —dijo Sibyl—, y estoy haciendo los planes más deliciosos para tu futuro. Di algo.»

«¿Qué quieres que diga?»

«Pues que serás un buen chico y no nos olvidarás», contestó ella sonriéndole.

Él se encogió de hombros. «Es más fácil que tú te olvides de mi, que yo de ti, Sibyl.»

Ella se sonrojó. «¿Qué quieres decir, Jim?», preguntó.

«He oído que tienes un nuevo amigo. ¿Quién es? ¿Por qué no me has hablado de él? Él no te hará bien.»

«¡Alto, Jim! —exclamó ella—. No tienes que decir nada en contra de él. Le amo.»

«¿Por qué, si ni siquiera sabes cómo se llama? —contestó el muchacho—. ¿Quién es él? Tengo derecho a saberlo.»

«Se llama Príncipe Encantador. No te gusta el nombre. ¡Oh chico tonto! Nunca lo olvidarías. Si le vieras simplemente pensarías que él es la persona más maravillosa del mundo. Algún día le conocerás, cuando

regreses de Australia. Te gustará muchísimo. A todo el mundo le gusta y... le amo. Ojalá pudieras venir al teatro esta noche. Él irá allí, y yo voy a interpretar a Julieta. ¡Oh, cómo la representaré! ¡Tenerle a él sentado allí! ¡Actuar para su deleite! Me temo que yo pueda asustar a la compañía, asustarles o cautivarles. Estar enamorado es sobrepasarse a uno mismo. El pobre y espantoso señor Isaac gritará "genio" a sus holgazanes en el bar. Me ha pronunciado como un dogma, esta noche me anunciará como una revelación. Lo siento así. Y es todo él, y sólo él, Príncipe Encantador, mi amante maravilloso, mi dios de los dones. Pero soy pobre a su lado. ¿Pobre? ¿Qué importa? Cuando la pobreza se desliza por la puerta, el amor entra volando por la ventana. Nuestros proverbios quieren escribirse de nuevo. Están hechos en invierno y ahora es verano. Primavera para mí, creo, un baile de ramos de flores en el cielo azul.»

«Él es un caballero», dijo el muchacho bruscamente.

«¡Un príncipe! —dijo ella con música—. ¿Qué más quieres?»

«Él quiere esclavizarte.»

«Me estremezco ante el pensamiento de ser libre.»

«Quiero que tengas cuidado con él.»

«Verle es adorarle, conocerle es confiar en él.»

«Sibyl, estás locas por él.»

Ella se rió y le cogió del brazo. «Tú, mi querido viejo Jim, tú hablas como si tuvieras cien años. Algún día te enamorarás. Entonces sabrás lo que es. No parezcas tan enfadado. Seguro que estarías contento al pensar que, aunque te marchas, me dejas más feliz de lo que nunca he sido antes. La vida ha sido dura con nosotros dos, muy dura y difícil. Pero ahora será diferente. Tú te vas a un mundo nuevo y yo he encontrado a alguien. Aquí hay dos sillas, sentémonos y veamos pasar a la gente elegante.»

Tomaron asiento entre una multitud de mirones. Las tulipas de la carretera llameaban como anillos palpitantes de fuego. Un polvo blanco que parecía una nube trémula de lirios estaba suspendido en el aire palpitante. Los parasoles de colores brillantes danzaban y se inclinaban como mariposas monstruosas.

Ella hizo que le hablara de él mismo, de sus esperanzas, de sus proyectos. Él hablaba con lentitud y esfuerzo. Se pasaban las palabras el uno al otro como se pasan las fichas los jugadores en un juego. Sibyl se sentía oprimida. No podía comunicar su alegría. Una sonrisa tenue que curvaba aquella boca triste era toda la respuesta que podía conseguir. Después de un rato se hizo el silencio. De repente ella vislumbró un pelo dorado y labios que se reían, y en un carruaje abierto pasó Dorian Gray con dos damas. Ella se levantó de un salto. «¡Allí está!», gritó.

«¿Quién?», dijo Jim Vane.

«El Príncipe Encantador», contestó, vigilando el carruaje.

Él dio un salto y la cogió bruscamente por el brazo. «Muéstramelo. ¿Quién es? Señálalo. ¡Tengo que verle!», exclamó, pero en ese momento el coche de cuatro caballos del duque de Berwick se puso entre ellos y, cuando dejó libre el espacio, el carruaje había salido del parque.

«Se ha ido —murmuró Sibyl tristemente—. ¡Ojalá le hubieras visto!»

«Ojalá, sí, porque te aseguro, como hay Dios en el cielo, que si alguna vez te hace daño, le mataré.»

Ella le miró con horror. Él repitió sus palabras. Cortaban el aire como una daga. La gente que les rodeaba comenzó a quedarse boquiabierta. Un dama que estaba cerca de ella se rió con disimulo.

«Vámonos, Jim. Vámonos», susurró ella. La siguió obstinadamente cuando ella pasaba entre la multitud. Él se sentía contento por lo que había dicho.

Cuando llegaron a la estatua de Aquiles ella se dio la vuelta. Había una compasión en sus ojos que se convirtió en risa en sus labios. Ella movió la cabeza frente a él. «¡Estás loco, Jim, completamente loco! Un chico mal educado, eso es todo. ¿Cómo puedes decir esas cosas tan horribles? No sabes de lo que estás hablando. Sencillamente estás celoso y poco amable. ¡Ah, ojalá te enamoraras! El amor hace buena a la gente, y lo que dijiste fue muy perverso.»

«Tengo dieciséis años —contestó él—, y sé lo que soy. Madre no te va a ayudar. Ella no entiende el modo de cuidarte. Desearía ahora no irme a Australia. Tengo muchas ganas de mandar todo a paseo. Lo haría si no estuviera firmado mi contrato.»

«¡Oh Jim, no estés tan serio! Tú eres como uno de esos héroes de los melodramas estúpidos que madre acostumbra a interpretar tan encantada. No voy a discutir contigo. Lo he visto, y verlo es la felicidad perfecta. No discutiremos. Sé que tú no harías daño a alguien que yo amara, ¿verdad?»

«No mientras le ames, supongo», fue la triste contestación.

«Le amaré siempre» —exclamó ella.

«¿Y él?»

«¡Para siempre también!»

«Será mejor para él.»

Ella se horrorizó. Luego se rió y puso la mano sobre su brazo. Era un niño simplemente.

En Marble Arch llamaron al autobús, les dejaba cerca de su miserable casa en Euston Road. Eran las cinco pasadas y Sibyl tenía que acostarse durante un par de horas antes de actuar. Jim insistió en que debería hacerlo. Dijo que se despediría de ella antes, cuando su madre no

estuviera presente. Con seguridad haría una escena y él odiaba las escenas de esa clase.

Se despidieron en la habitación de Sibyl. Había celos en el corazón del muchacho y un odio intenso y asesino al extraño que, según le parecía a él, se había interpuesto entre ellos. Sin embargo, cuando los brazos de ella rodearon su cuello y sus dedos se perdían en su pelo, él se suavizó y la besó con auténtico afecto. Había lágrimas en sus ojos cuando bajaba las escaleras.

Su madre le estaba esperando abajo. Según entraba él, ella se quejó de su falta de puntualidad. Él no contestó sino que se sentó a comer su pobre comida. Las moscas zumbaban alrededor de la mesa y andaban sobre el mantel manchado. A través del ruido de los autobuses y del estrépito de los cabriolés, él podía oír la voz que como un murmullo le devoraba cada minuto.

Después de un rato, retiró el plato y puso la cabeza entre sus manos. Sentía que tenía derecho a saberlo. Se lo deberían haber dicho antes si era como él sospechaba. Llevada por el miedo, su madre le observaba. Las palabras caían de su boca de forma mecánica. Un andrajoso pañuelo de encaje crispaba en sus dedos. Cuando el reloj dio las seis, él se levantó y fue hacia la puerta. Luego se dio la vuelta y la miró. Sus ojos se encontraron. En los de ella vio una súplica frenética de piedad. Esto le enfureció.

«Madre, tengo que preguntarte algo —dijo. Sus ojos vagaban por la habitación. Ella no contestó—. Dime la verdad. Tengo derecho a saberlo. ¿Estabas casada con mi padre?»

Ella exhaló un gran suspiro. Era un suspiro de alivio. El momento terrible, el momento que noche y día, durante semanas y meses, había temido, había llegado al final, y sin embargo no sentía temor. De hecho, en cierta medida era una decepción para ella. La pregunta directa y sencilla pedía una respuesta directa. La situación no la hubiera conducido de forma gradual. Era crudo. Le recordaba un mal ensayo.

«No», contestó, admirándose de la dura simplicidad de la vida.

«¡Entonces mi padre era un sinvergüenza!», gritó el muchacho, apretando los puños.

Ella sacudió la cabeza. «Sabía que él no era libre. Nos amábamos muchísimo. Si hubiera vivido hubiera atendido a nuestras necesidades. No hables en contra de él, hijo mío. Era tu padre y un caballero. De hecho estaba muy bien relacionado.»

Un juramento salió de sus labios. «No te preocupes por mí —exclamó—, pero no dejes que Sibyl... Es un caballero, ¿no?, el que está enamorado de ella, o dice que lo es. Muy bien relacionado también, supongo.»

Por un momento un horrible sentido de humillación le llegó a la mujer. Su cabeza cayó. Se secó los ojos con las manos temblorosas. «Sibyl tiene una madre —murmuró—. Yo no tuve ninguna.»

El muchacho se sintió herido. Fue hacia ella y, agachándose, la besó. «Siento si te he hecho daño preguntándote por mi padre —dijo—, pero no pude evitarlo. Tengo que irme ahora. Adiós. No olvides que ahora tendrás un hijo solo para cuidar y créeme que, si este hombre daña a mi hermana, descubriré quién es, le localizaré y le mataré como a un perro. Te lo juro.»

La locura exagerada de la amenaza, el gesto de enfado que la acompañó, las palabras melodramáticas furiosas, hizo que le pareciera la vida más intensa. Le era familiar la atmósfera. Ella respiró con más libertad y por primera vez en muchos meses admiraba realmente a su hijo. Le hubiera gustado continuar la escena en la misma escala emocional, pero él la cortó pronto. Había que bajar las maletas y buscar bufandas. La pensión trabajaba activamente dentro y fuera. Había regateo con el cochero. El momento se perdió en detalles vulgares. Con un sentimiento de decepción renovado, ella agitó el andrajoso pañuelo de encaje desde la ventana según se marchaba en coche su hijo. Era consciente de que se había perdido una gran oportunidad. Se consoló a sí misma diciéndole a Sibyl lo solitaria que sentía iba a ser su vida, ahora que ella tenía sólo un hijo que cuidar. Ella recordó la frase. Le había complacido. De la amenaza no dijo nada. Fue expresada de una forma viva y dramática. Pensaba que todos ellos se reirían de ello algún día.

CAPÍTULO VI

«Supongo que has oído la noticia, Basil», dijo lord Henry esa tarde mientras le mostraba a Hallward una pequeña habitación privada en el Bristol donde había cena para tres.

«No, Harry —contestó el artista según le daba su sombrero y su abrigo al camarero inclinado—. ¿Qué es? Nada de políticos, espero. No me interesan. Apenas hay una sola persona en la Cámara de los Comunes que sirva para ser pintada. Sin embargo, a muchos de ellos les estaría bien un encalado.»

«Dorian Gray se ha comprometido en matrimonio», dijo lord Henry, mirándole mientras le hablaba.

Hallward se sobresaltó y luego frunció el ceño. «Dorian Gray comprometido en matrimonio —exclamó—. ¡Imposible!»

«Es totalmente cierto.»

«¿Con quién?»

«Con una pequeña artista.»

«No puedo creerlo. Dorian es muy sensato.»

«Dorian es muy prudente como para no hacer locuras ni ahora ni luego, mi querido Basil.»

«El matrimonio apenas es algo que uno pueda hacer ahora o luego, Harry.»

«Excepto en América —dijo lord Henry reincorporándose lánguidamente—. Pero no dije que estuviera casado. Dije que está comprometido en matrimonio. Hay una gran diferencia. Tengo un recuerdo claro de estar casado, pero no recuerdo del todo haber estado comprometido. Me inclino a pensar que nunca he estado comprometido.»

«Pero piensa en el nacimiento de Dorian y en su posición y en su riqueza. Sería absurdo por su parte casarse con alguien mucho más bajo que él.»

«Si quieres hacer que se case con esta chica, díselo, Basil. Seguro que lo hará entonces. Siempre que un hombre hace algo completamente estúpido, siempre es por los motivos más nobles.»

«Espero que la chica sea buena, Harry. No quiero ver a Dorian atado a alguna criatura vil que pudiera degradar su carácter y arruinar su intelecto.»

«¡Oh, ella es mejor que buena, ella es bonita! —murmuró lord Henry, bebiendo a sorbos un vaso de vermut y naranja—. Dorian dice que es bonita, y no se suele equivocar en cosas de esa clase. Tu retrato de él ha acelerado su apreciación por la apariencia personal de otras personas. Ha tenido ese efecto excelente, entre otros. Vamos a verla esta noche, si ese chico no olvida su cita.»

«¿Hablas en serio?»

«Muy en serio, Basil. Sería deplorable si pensara que nunca hubiera sido tan serio como lo soy ahora, en este momento.»

«¿Pero lo apruebas, Harry? —preguntó el pintor, paseando de un lado para otro en la habitación y mordiéndose el labio—. No puedes aprobarlo, posiblemente. Es algún enamoramiento estúpido.»

«Yo nunca apruebo ni desapruebo, ni nada así. Es tomar la vida con una actitud absurda. No hemos sido enviados al mundo para airear nuestros prejuicios morales. Nunca presto atención a lo que dice la gente corriente y nunca interfiero en lo que hace la gente encantadora. Si una personalidad me fascina, cualquier forma de expresión que elija esa personalidad es absolutamente deliciosa para mí. Dorian Gray se enamora de una chica bonita que interpreta a Julieta y le propone casarse con ella. ¿Por qué no? Si se casara con Mesalina sería interesante a pesar de todo. Sabes que no soy un defensor del matrimonio. El inconveniente auténtico del matrimonio es que hace a uno desinteresado. Y la gente desinteresada no tiene color. Ellos carecen de individualidad. Sin embargo, hay ciertos caracteres que el matrimonio hace más complejos. Conservan su egoísmo y le añaden otros muchos egos. Están obligados a tener más de una vida. Llegan a estar mucho mejor organizados, y estar mucho más organizados es, imagino, el objeto de la existencia del hombre. Por otro lado, cada experiencia tiene valor, y cualquier cosa que se diga contra el matrimonio es verdaderamente una experiencia. Espero que Dorian Gray haga a esta chica su esposa. La adore apasionadamente durante seis meses y luego, de repente, se encuentre fascinado por alguien más. Sería un estudio maravilloso.»

«Tú no piensas un sola palabra de todo eso, Harry. Sabes que no. Si la vida de Dorian Gray se estropeara, nadie lo sentiría más que tú. Eres mucho mejor de lo que aparentas ser.»

Lord Henry se rió. «La razón por la que a todos nos gusta pensar tan bien de los demás es que todos nos tememos a nosotros mismos. La base del optimismo es un pánico total. Creemos que somos generosos porque atribuimos a nuestro vecino la posesión de esas virtudes que van a ser probablemente beneficiosas para nosotros. Ensalzamos al

banquero que puede girar en descubierto nuestra cuenta, y hallar cualidades buenas en el salteador de caminos con la esperanza de que pueda perdonar nuestros bolsillos. Pienso todo lo que he dicho. Siento el desprecio más grande por el optimismo. En relación a una vida estropeada, ninguna vida se estropea a excepción de aquella cuyo crecimiento se detiene. Si quieres echar a perder un carácter, sólo tienes que reformarlo. En relación al matrimonio, por supuesto que sería estúpido, pero hay otros vínculos, y más interesantes, entre los hombres y las mujeres. Les animaré con toda seguridad. Tienen el atractivo de ser elegantes. Pero aquí está Dorian. Él te contará más de lo que yo puedo.»

«Querido Harry, querido Basil, ¡tenéis que felicitarme los dos! —dijo el muchacho, quitándose su sombrero de tarde con alas de raso, dando la mano a sus amigos por turno—. Nunca he sido tan feliz. Por supuesto que es repentino: todas las cosas realmente encantadoras lo son. Y todavía me parece que es algo que siempre he estado buscando en mi vida.» Se sonrojó con excitación de placer y parecía extraordinariamente atractivo.

«Espero que siempre seas muy feliz, Dorian —dijo Hallward— pero no te perdono por no haberme hecho saber tu compromiso. Permitiste que Harry lo supiera».

«Y yo no te perdonaré por haber llegado tarde a cenar —interrumpió lord Henry, poniendo su mano sobre el hombro del muchacho y sonriéndole mientras hablaba—. Vamos, sentémonos y probemos cómo es el nuevo *chef* de aquí, y luego nos contarás cómo sucedió todo.»

«No hay mucho que contar —dijo Dorian, según tomaban asiento en la pequeña mesa redonda—. Lo que ocurrió fue sencillamente esto. Después de que te dejé ayer por la tarde, Harry, me vestí, cené algo en ese pequeño restaurante italiano de la calle Rupert que me enseñaste y bajé a las ocho en punto al teatro. Sibyl estaba interpretando a Rosalinda. Por supuesto el escenario era horrible y el Orlando absurdo. ¡Pero Sibyl! ¡Deberíais haberla visto! Cuando se puso las ropas de chico estaba realmente maravillosa. Llevaba puesto un jubón de terciopelo color musgo con mangas canela, calzas finas marrones con ligas, una elegante gorra verde con una pluma de halcón cogida con una joya y un manto con capucha forrada de rojo mate. Nunca me pareció ella tan deliciosa. Tenía toda la gracia de esa figurilla tanagra que tienes en tu estudio, Basil. Su pelo arracimado alrededor de su cara como hojas oscuras alrededor de un rosa pálida. En relación a su actuación..., bueno, la veréis esta noche. Sencillamente nació artista. Me senté en el sórdido palco absolutamente cautivado. Olvidé que estaba en Londres y en el siglo XIX. Estaba lejos con mi amor en un bosque que ningún hombre había visto antes. Después de terminar la representación fui al

camerino y hablé con ella. Al sentarnos juntos, de repente vino a sus ojos una mirada que nunca había visto antes. Mis labios se movieron hacia los suyos. Nos besamos. No puedo describiros lo que sentí en ese momento. Me parecía que toda mi vida se había reducido a un punto perfecto de alegría color de rosa. Ella tembló y se agitó como un narciso blanco. Luego se arrodilló y besó mis manos. Creo que no debería contaros todo esto, pero no puedo evitarlo. Por supuesto nuestro compromiso es un secreto absoluto. Ella ni siquiera se lo ha dicho a su madre. Yo no sé lo que dirán mis tutores. Lord Radley seguro que se pondrá furioso. No me importa. Seré mayor de edad en menos de un año y luego puedo hacer lo que me guste. He hecho bien, Basil, en sacar a mi amor de la poesía y encontrar a mi esposa en las obras de Shakespeare, ¿verdad? Los labios a los que Shakespeare enseñó a hablar han susurrado sus secretos en mi oído. He tenido los brazos de Rosalinda alrededor de mí y he besado a Julieta en la boca.»

«Sí, Dorian, supongo que has hecho bien», dijo Hallward lentamente.

«¿La has visto hoy?», preguntó lord Henry.

Dorian Gray sacudió la cabeza. «La he dejado en el jardín de Arden y la encontraré en un huerto de Verona.»

Lord Henry sorbió su champaña de forma meditabunda. «¿En qué momento en particular mencionaste la palabra matrimonio, Dorian, y qué contestación te dio? Quizá olvidaste todo acerca de ello.»

«Mi querido Harry, yo no lo traté como una transacción de negocios y no hice una proposición formal. Le dije que la amaba y ella dijo que no era digna de ser mi esposa. ¡No era digna! ¿Por qué? El mundo entero no es nada en comparación con ella.»

«Las mujeres son maravillosamente prácticas —murmuró lord Henry—, mucho más prácticas de lo que somos nosotros. En situaciones de esa clase a menudo olvidamos decir algo sobre el matrimonio, y ellas siempre nos lo recuerdan.»

Hallward puso la mano sobre su brazo. «No, Harry. Tú has enfadado a Dorian. No es como los otros hombres. Nunca llevaría la desgracia a nadie. Su carácter es demasiado delicado para eso.»

Lord Henry miró al otro lado de la mesa. «Dorian nunca se enfada conmigo —contestó—. Hice la pregunta por la razón mejor posible, por la única razón, de hecho, que excusa a uno de hacer alguna pregunta..., simplemente curiosidad. Tengo la teoría de que son siempre las mujeres las que se nos ofrecen a nosotros, y no nosotros los que nos ofrecemos a las mujeres. Excepto, por supuesto, en la vida de la clase media. Pero las clases medias no son modernas.»

Dorian Gray se rió y echó la cabeza para atrás. «Éres completamente incorregible, Harry, pero no importa. Es imposible enfadarse

contigo. Cuando veas a Sibyl sentirás que el hombre que pudiera hacerle daño sería una bestia, un bestia sin corazón. No puedo entender cómo alguien puede desear deshonrar lo que ama. Amo a Sibyl Vane. Quiero colocarla en un pedestal de oro y ver que el mundo adora a la mujer que es mía. ¿Qué es el matrimonio? Un voto irrevocable. Te burlas de ello por eso. ¡Ah! No te burles. Es un voto irrevocable lo que quiero hacer. Su confianza me hace fiel, su fe me hace bueno. Cuando estoy con ella, lamento todo lo que me has enseñado. Soy diferente a lo que tú has conocido de mí. He cambiado, y el simple toque de las manos de Sibyl Vane me hace olvidarme de ti y de todas tus teorías equivocadas, fascinantes, venenosas y encantadoras.»

«¿Y ésas son...?», preguntó lord Henry mientras se servía un poco de ensalada.

«Pues tus teorías sobre la vida, tus teorías sobre el amor, tus teorías sobre el placer. En realidad todas tus teorías, Harry.»

«El placer es lo único que tiene algún valor para hacer una teoría sobre él —contestó Harry con su voz lenta y melodiosa—. Pero me temo que no puedo proclamar mi teoría como mía propia. Pertenece a la naturaleza, no a mí. El placer es el examen de la naturaleza, su signo de aprobación. Cuando somos felices somos buenos, pero cuando somos buenos no siempre somos felices.»

«¡Ah! ¿Pero, qué quieres decir con bueno?», exclamó Basil Hallward.

«Sí —repitió Dorian, echándose para atrás en la silla y mirando a lord Henry por entre espesos ramos de lirios púrpuras que estaban colocados en el centro de la mesa—, ¿qué quieres decir con bueno, Harry?»

«Ser bueno es estar en armonía con uno mismo —replicó tocando el fino borde de su vaso con sus dedos pálidos y delgados—. La discordia está obligada a estar en armonía con otros. La propia vida de uno: eso es lo importante. En cuanto a las vidas de los vecinos, si uno desea ser un mojigato o un puritano, uno puede hacer alarde de sus ideas morales sobre ellos, pero no le conciernen. Por otro lado, el individualismo tiene, sin duda, el objetivo más elevado. La moralidad moderna consiste en aceptar el modelo de la época. Considero que para cualquier hombre culto aceptar el modelo de su época es la forma más grande de inmoralidad.»

«Pero seguro que si uno vive simplemente para sí mismo, Harry, paga un precio terrible por hacer eso», sugirió el pintor.

«Sí, estamos cobrando de más por todo hoy en día. Me imagino que la tragedia real de los pobres es que no se pueden permitir el lujo de nada excepto de la abnegación. Los pecados hermosos, como las cosas hermosas, son privilegio de los ricos.»

«Se puede pagar de otra forma que no sea con dinero.»

«¿De qué forma, Basil?»

«Me imagino que con remordimiento, con sufrimiento, con... bueno, con la conciencia de la degradación.»

Lord Henry se encogió de hombros. «Mi querido amigo, el arte medieval es encantador, pero las emociones medievales están anticuadas. Uno puede utilizarlas en la ficción, por supuesto. Pero entonces lo único que puede utilizarse en la ficción es lo que se ha dejado de utilizar en la realidad. Créeme. Ningún hombre civilizado se arrepiente nunca de un placer y ningún hombre incivilizado sabe nunca lo que es el placer.»

«Yo sé lo que es el placer —dijo Dorian Gray—. Es adorar a alguien.»

«Eso es mejor sin duda que ser adorado —contestó mientras acariciaba algunas frutas—. Ser adorado es un fastidio. Las mujeres nos tratan igual que la humanidad trata a sus dioses. Ellas nos adoran y nos están molestando siempre para que hagamos algo por ellas.»

«Debería decir que, cualquier cosa que piden, ellas nos la han dado antes a nosotros —murmuró el muchacho con gravedad—. Ellas crean el amor en nuestra naturaleza. Tienen derecho a pedir que se les devuelva.»

«Es totalmente cierto, Dorian», asintió Hallward.

«Nada es totalmente cierto», dijo lord Henry.

«Esto es —interrumpió Dorian—. Tienes que admitir, Harry, que las mujeres dan a los hombres todo el oro de sus vidas.»

«Posiblemente —suspiró—, pero invariablemente ellas quieren que se les devuelva a cambio de algo muy pequeño. Ese es el problema. Las mujeres, como algún francés agudo dijo una vez, nos inspiran con el deseo de hacer obras maestras y siempre nos impiden que nos las llevemos afuera.»

«¡Harry, eres horrible! No sé por qué me gustas tanto.»

«Siempre te gustaré, Dorian —replicó—. ¿Tomaréis café, amigos...? Camarero, traiga café, champán y algunos cigarrillos. No, cigarrillos no. Tengo algunos. Basil, no te puedo permitir que fumes puros. Tienes que fumar un cigarrillo. Un cigarrillo es la forma perfecta de un placer perfecto. Es exquisito y le deja a uno insatisfecho. ¿Qué más puede querer uno? Sí, Dorian, siempre estarás encantado conmigo. Represento todos los pecados que tú nunca habrás tenido el valor de cometer.»

«¡Qué tonterías dices, Harry!», exclamó el muchacho encendiendo el pitillo con un dragón de plata que echaba fuego y que el camarero había colocado en la mesa.

«Bajemos al teatro. Cuando Sibyl salga al escenario tendrás un nuevo ideal de vida. Ella representará algo para ti que nunca has conocido.»

«Lo he conocido todo —dijo lord Henry, con una mirada cansada en sus ojos—, pero siempre estoy preparado para una emoción nueva. Sin embargo, me temo que para mí, en todo caso, no será tal cosa. Tranquilo, tu maravillosa chica quizá me emocione. Me gustan las actuaciones. Son mucho más reales que la vida. Vayamos. Dorian, vendrás conmigo. Lo siento mucho, Basil, pero sólo hay sitio para dos en la berlina. Has de seguirnos en un cabriolé.»

Se levantaron y se pusieron sus abrigos, sorbiendo su café en pie. El pintor estaba callado y preocupado. Había tristeza en él. No podía soportar este matrimonio, aunque todavía le parecía mejor que otras muchas cosas que pudieran suceder. Después de unos minutos, bajaron todos. Condujo él mismo, como se había dispuesto, y vio frente a él las luces intermitentes de la pequeña berlina. Le vino un extraño sentimiento de pérdida. Sentía que Dorian Gray nunca sería otra vez para él todo lo que había sido en el pasado... Sus ojos se oscurecieron y las calles concurridas y resplandecientes se empañaron ante sus ojos. Cuando el cabriolé se acercaba al teatro, le parecía que se había hecho muchos años más mayor.

CAPÍTULO VII

Por una u otra razón, el teatro estaba concurrido aquella noche, y el gordo director judío que los recibió en la puerta estaba radiante de oreja a oreja con una sonrisa zalamera y trémula. Les escoltó hasta su palco con una clase de humildad pomposa, moviendo sus manos gordas enjoyadas y hablando a voces. Dorian Gray le aborreció más que nunca. Se sentía como si hubiera ido a ver a Miranda y se hubiera encontrado a Caliban. A lord Henry, por otro lado, le gustó bastante. Al final declaró que así era e insistió en estrecharle la mano y le aseguró que estaba orgulloso de conocer a un hombre que había descubierto a un genio auténtico y que había ido a la bancarrota por un poeta. Hallward se divertía por dentro mirando las caras del patio de butacas. El calor era terriblemente opresivo y la enorme lámpara lucía como una dalia monstruosa con pétalos de fuego amarillo. Los jóvenes del gallinero se habían quitado los abrigos y chalecos y los habían colgado a un lado. Se hablaban unos a otros en el teatro y compartían sus naranjas con las chicas chillonas que se sentaban al lado de ellos. Algunas mujeres se estaban riendo en el patio de butacas. Sus voces eran terriblemente chillonas y discordantes. El sonido de los taponazos llegaba desde el bar.

«¡Qué lugar para encontrar la divinidad dentro!», dijo lord Harry.

«¡Sí! —contestó Dorian Gray—. Aquí fue donde la encontré, y ella es la más divina de todos los seres vivos. Cuando actúe olvidarás todo. Esta gente, corriente y ruda, con caras toscas y gestos brutales, se convierten en algo diferente cuando ella está sobre el escenario. Están sentados en silencio y la observan. Ellos lloran o ríen a voluntad de ella. Ella les hace tan sensibles como un violín. Les espiritualiza, y sientes que son de la misma carne y sangre que uno mismo.»

«¡La misma carne y la misma sangre que uno mismo! ¡Oh, espero que no!», exclamó lord Henry, que estaba explorando a los ocupantes del gallinero con sus gemelos de ópera.

«No le hagas caso, Dorian —dijo el pintor—. Entiendo lo que quieres decir y yo creo en esa chica. Cualquiera que te ame tiene que ser maravillosa, y cualquier chica que tenga el efecto que tú describes tiene

que ser hermosa y noble. Espiritualizar la época de uno: eso es hacer algo de valor. Si esta chica puede dar alma a los que han vivido sin una, si puede crear el sentido de la belleza en la gente cuyas vidas han sido sórdidas y feas, si puede quitarles sus egoísmos y prestarles lágrimas para penas que no son suyas, ella merece toda la adoración, merece la adoración de todo el mundo. Este matrimonio está muy bien. No pensaba así al principio, pero lo admito ahora. Los dioses hicieron a Sibyl Vane para ti. Sin ella hubieras estado incompleto.»

«Gracias, Basil —contestó Dorian Gray, apretándole la mano—. Sabía que me entenderías. Harry es tan cínico..., me horroriza. Pero aquí está la orquesta. Es realmente espantosa, pero sólo dura unos cinco minutos. Luego se levantará el telón y verás a la chica a quien voy a dar toda mi vida, a quien he dado todo lo bueno que hay en mí.»

Un cuarto de hora después, entre un extraordinario alboroto de aplausos, Sibyl Vane salió al escenario. Sí, verdaderamente era hermoso mirarla... Una de las criaturas más encantadoras que nunca había visto, pensó lord Henry. Había algo de cervatillo en sus graciosos ojos tímidos y asustados. Un rubor débil, como la sombra de una rosa en un espejo de plata, subió a sus mejillas cuando miró a la concurrida y entusiasta sala. Dio unos pasos para atrás y sus labios parecían temblar. Basil Hallward dio un brinco y comenzó a aplaudir. Sin moverse, como en un sueño, estaba sentado Dorian Gray observándola. Lord Henry miró a través de los gemelos murmurando: «¡Encantadora, encantadora!»

La escena era la entrada de la casa de los Capuleto y Romeo con su ropa de peregrino había entrado con Mercucio y sus otros amigos. La banda, pues era eso, entonó unos cuantos compases musicales y empezó el baile. Entre la multitud de actores desgarbados y de aspecto andrajoso, Sibyl Vane se movía como una criatura procedente de un mundo más hermoso. Su cuerpo oscilaba mientras bailaba como un planta oscila en el agua. Las curvas de su cuello eran las curvas de un lirio blanco. Sus manos parecían estar hechas de frío marfil.

Sin embargo, ella se mostraba decaída curiosamente. No demostró signo de alegría cuando sus ojos se fijaron en Romeo. Las pocas palabras que tenía que decir:

> Buen peregrino, haces mucho agravio a tu mano,
> que muestra en esto una devoción cortés,
> pues hasta los santos tienen manos que tocan las manos de los
> [peregrinos,
> y palma con palma es el santo beso de los palmeros...

con el breve diálogo que sigue, fueron pronunciadas de una forma completamente artificial. La voz era exquisita, pero en lo que se refiere al

tono era absolutamente falso. No había color. Le quitó toda la vida al verso. Hizo irreal la pasión.

Dorian Gray palideció según la miraba. Estaba desconcertado e inquieto. Ninguno de sus amigos se atrevió a decirle nada. Ella les parecía absolutamente incompetente. Les decepcionó muchísimo.

Sin embargo, sentían que el verdadero examen de cualquier Julieta está en la escena del balcón del segundo acto. Esperaron a eso. Si fallaba allí, no había nada en ella.

Parecía encantadora cuando salió a la luz de la luna. Eso no se podía negar. Pero la puesta en escena de su actuación era insoportable y fue empeorando a continuación. Sus gestos se hicieron absurdamente artificiales. Ella daba un énfasis exagerado a todo lo que decía. El hermoso pasaje:

> Sabes que tengo sobre el rostro la máscara de la noche,
> si no un rubor virginal pintaría mis mejillas
> por lo que me has oído hablar esta noche...

fue declamado con la penosa precisión de una escolar a la que le ha enseñado a recitar algún profesor de declamación de segunda clase. Cuando se inclinó en el balcón y llegaron estas líneas maravillosas:

> Aunque tengo en ti mi alegría,
> no me da alegría este compromiso esta noche;
> es demasiado precipitado, demasiado loco, demasiado repentino
> como un relámpago, que deja de serlo antes de que se
> pueda decir «un relámpago». ¡Amor, buenas noches!
> Este capullo de amor, por el aliento madurador del verano
> quizá resulte una bella flor la próxima vez que nos encontremos...

ella pronunció las palabras como si no transmitieran ningún significado. No eran nervios. De hecho, más que nerviosa, ella era absolutamente dueña de sí misma. Era sencillamente mal arte. Era un completo fracaso.

Incluso la audiencia vulgar e inculta del patio de butacas y del gallinero perdieron el interés en la obra. Se inquietaron y comenzaron a hablar en alto y a silbar. El director judío, que estaba en la parte de atrás del piso principal, pateaba y juraba con rabia. La única persona que no se movía era la chica.

Cuando se acabó el segundo acto vino una tormenta de silbidos y lord Henry se levantó de la silla y se puso su abrigo. «Ella es bastante bonita, Dorian —dijo—, pero no sabe actuar. Vámonos.»

«Voy a ver la obra entera —contestó el muchacho con una voz severa y amarga—. Siento profundamente que hayáis perdido esta tarde. Os pido disculpas a los dos.»

«Mi querido Dorian, creo que la señorita Vane está enferma —interrumpió Hallward—. Vendremos alguna otra noche.»

«Ojalá estuviera enferma —repitió—. Pero me parece que es sencillamente insensible y fría. Ella ha cambiado por completo. Anoche era una gran artista. Esta tarde es simplemente una actriz corriente y mediocre.»

«No hables así de nadie a quien ames, Dorian. El amor es algo más maravilloso que el arte.»

«Los dos son meras formas de imitación —señaló lord Henry—. Pero vámonos. Dorian, no tienes que quedarte aquí más tiempo. No es bueno para la moral de uno ver malas actuaciones. Por otro lado, supongo que no querrás que tu esposa actúe. Así pues, ¿qué importa que interprete a Julieta como una muñeca de madera? Es encantadora y si ella sabe tan poco de la vida como de actuar, será una experiencia deliciosa. Hay sólo dos clases de gente que son realmente fascinantes: la gente que lo sabe absolutamente todo y la gente que no sabe absolutamente nada. ¡Por Dios, mi querido chico, no seas tan trágico! El secreto para mantenerse joven es no tener nunca una emoción que sea impropia. Ven al club con Basil y conmigo. Fumaremos cigarrillos y beberemos por la belleza de Sibyl Vane. Ella es bonita. ¿Qué más puedes querer?»

«Vete, Harry —exclamó el muchacho—. Quiero estar solo. Basil, tienes que irte. ¡Ah! ¿No podéis ver que mi corazón se ha roto?» Lágrimas calientes vinieron a sus ojos. Sus labios temblaron y, acercándose hacia la parte de atrás del palco, se apoyó contra la pared, ocultando la cara entre sus manos.

«Vámonos, Basil», dijo lord Henry con una extraña amabilidad en su voz. Y los dos jóvenes salieron juntos.

Unos momentos después las luces se encendieron y se levantó el telón para el tercer acto. Dorian Gray regresó a su asiento. Parecía pálido, orgulloso e indiferente. La obra se alargaba y parecía interminable. La mitad de la audiencia se fue, pisando pesadamente y riéndose. Todo fue un fiasco. El último acto se representó prácticamente para butacas vacías. El telón se bajó con risas disimuladas y alguna protesta.

Tan pronto como terminó, Dorian Gray se fue por detrás del escenario y entró en el camerino. La chica estaba allí sola, con una mirada de triunfo en su rostro. Sus ojos estaban iluminados con un fuego exquisito. Estaba radiante. Sus labios entreabiertos estaban sonriendo a algún secreto.

Cuando entró él, ella le miró y una expresión de alegría infinita vino a ella. «¡Qué mal he actuado esta noche, Dorian!», exclamó.

«¡Horrible! —contestó él, mirándola asombrado...—. Ha sido espantoso. ¿Estás enferma? No tienes ni idea de lo que ha sido. No tienes ni idea de lo que he sufrido.»

La chica sonrió. «Dorian —contestó ella tardando en pronunciar su nombre con voz musical y prolongada, como si fuera más dulce que la miel en los pétalos rojos de su boca—. Dorian, deberías comprender. Pero comprenderás ahora ¿verdad?»

«¿Comprender qué?», preguntó enfadado.

«Por qué he sido tan mala esta noche. Por qué seré mala siempre. Por qué no actuaré nunca más.»

Él se encogió de hombros. «Estás enferma, supongo. Cuando estés enferma no deberías actuar. Quedaste en ridículo. Mis amigos se aburrieron. Yo me aburrí.»

Ella parecía no escucharle. Estaba transformada de alegría. Un éxtasis de felicidad la dominaba.

«Dorian, Dorian —dijo—, antes de conocerte, actuar era la única realidad de mi vida. Vivía sólo para el teatro. Pensaba que todo era verdad. Era Rosalinda una noche y Porcia la siguiente. La alegría de Beatriz era mi alegría y las penas de Cordelia eran las mías también. Creía en todo. La gente corriente que actúa conmigo me parecían como dioses. Las escenas pintadas eran mi mundo. No conocía otra cosa que no fueran sombras y pensaba que eran reales. Tú viniste, ¡oh, mi hermoso amor!, y liberaste a mi alma de la prisión. Me enseñaste lo que es la auténtica realidad. Esta noche, por primera vez en mi vida, vi a través de la falsedad, de la imitación, de la estupidez del espectáculo vacío en el que había actuado siempre. Esta noche, por primera vez, fui consciente de que Romeo era espantoso y viejo y pintado, que la luz de la Luna en la orquesta era falsa, que el escenario era vulgar y que las palabras que tenía que decir eran irreales, no eran mis palabras, no eran lo que yo quería decir. Me has traído algo más elevado, algo de lo que todo el arte no es más que un reflejo. Me has hecho comprender que existe realmente el amor. ¡Mi amor, mi amor! ¡Príncipe Encantador! ¡Príncipe de vida! He crecido enferma entre sombras. Eres para mí más de lo que nunca será el arte. ¿Qué tengo que hacer con las marionetas de una obra? Cuando entré esta noche, no podía comprender el modo en el que me había venido todo. Pensaba que iba a ser maravilloso. Descubrí que no podía hacer nada. De repente caí en la cuenta de lo que significaba todo. El conocimiento fue exquisito para mí. Les oí silbar y sonreí. ¿Qué pueden saber ellos de un amor como el nuestro? Llévame lejos, Dorian... Llévame contigo donde podamos estar completamente solos. Odio el escenario. Debo imitar una pasión

que no siento, pero no puedo imitar la que me consume como un fuego. ¡Oh!, Dorian, ¿entiendes ahora lo que significa? Incluso si pudiera hacerlo, sería una profanación para mí representar estar enamorada. Me has hecho ver eso.»

Él se dejó caer sobre el sofá y volvió la cara. «Has matado mi amor», dijo él entre dientes.

Ella le miró asombrada y se rió. Él no contestó. Ella se acercó a él y con sus pequeños dedos le acarició el pelo. Se arrodilló y apretó sus manos contra sus labios. Él las quitó y un escalofrío le atravesó.

Luego dio un salto y fue hacia la puerta. «¡Sí! —gritó él—, has matado mi amor! Solías excitar mi imaginación. Ahora no excitas ni siquiera mi curiosidad. Sencillamente no me produces ningún efecto. Te amaba porque eras maravillosa, porque tenías talento e inteligencia, porque hacías realidad los sueños de los grandes poetas y dabas forma y sustancia a las sombras del arte. Lo has tirado todo. Eres superficial y estúpida. ¡Dios mío! ¡Qué locura ha sido amarte! ¡Qué loco he sido! Ahora no eres nada para mí. No te veré nunca más. Nunca pensaré en ti. Nunca pronunciaré tu nombre. No sabes lo que fuiste para mí una vez. Por qué una vez... ¡Oh, no puedo soportar pensar en ello! ¡Ojalá nunca me hubiera fijado en ti! Has estropeado el romance de mi vida. ¡Qué poco sabes del amor, si dices que él echa a perder tu arte! Sin tu arte no eres nada. Te hubiera hecho famosa, espléndida, magnífica. El mundo te hubiera adorado y hubieras llevado mi nombre. ¿Qué eres ahora? Una actriz de tercera clase con una cara bonita.»

La chica se puso blanca y tembló. Se apretó las manos y su voz parecía que se quebraba en su garganta. «No hablas en serio, Dorian —murmuró ella—. Estás actuando.»

Ella se levantó, y, con una expresión patética de dolor en su rostro, cruzó la habitación en dirección a él. Puso la mano en su brazo y le miró a los ojos. Él retrocedió. «¡No me toques!», gritó.

Un lamento bajo salió de ella, se arrojó a sus pies y se quedó allí como una flor pisoteada. «¡Dorian, Dorian, no me dejes! —suspiró—. Siento tanto no haber actuado bien. Estaba pensando en ti todo el tiempo. Pero lo intentaré, sí, lo intentaré. Vino tan repentino mi amor por ti. Creo que nunca lo hubiera sabido si no me hubieras besado, si no nos hubiéramos besado. Bésame otra vez, amor mío. No te vayas de mí. No podría soportarlo. ¡Oh!, no te vayas de mí. Mi hermano... No, no importa. Él no quiso decirlo. Él estaba bromeando... Pero tú, ¿no puedes perdonarme por lo de esta noche? Trabajaré duro e intentaré mejorar. No seas cruel conmigo porque te ame más que a nada en el mundo. Después de todo sólo ha sido una vez la que no te he complacido. Pero tienes mucha razón, Dorian. Debería haberme mostrado yo misma más que a una artista. Fue una locura por mi parte, y sin embargo no pude

evitarlo. Oh, no me dejes, no me dejes.» Un arranque de sollozos apasionados la asfixiaba. Estaba agachada en el suelo como un herido, y Dorian Gray, con sus hermosos ojos, la miró y sus labios cincelados se curvaron con desdén. Siempre hay algo ridículo en las emociones de la persona que has dejado de amar. Sibyl Vane le parecía absurdamente melodramática. Sus lágrimas y sollozos le molestaban.

«Me voy —dijo al final, con su voz calmada y clara—. No quiero ser descortés, pero no puedo verte de nuevo. Me has decepcionado.»

Ella lloró en silencio y no contestó, pero se acercó. Estiró sus pequeñas manos a ciegas y parecía que le buscaban a él. Él giró sobre sus talones y abandonó la habitación. En pocos minutos estaba fuera del teatro.

Apenas sabía por dónde había andado. Recordó haber vagado por calles poco alumbradas, haber pasado por lúgubres arcadas de sombras negras y casas de aspecto funesto. Mujeres de voces roncas y carcajadas ásperas le habían llamado por detrás. Los borrachos se tambaleaban y maldecían y charlaban entre ellos como monos monstruosos. Había visto niños grotescos apiñados sobre felpudos y había oído gritos y juramentos que procedían de patios oscuros.

Cuando despuntaba el alba descubrió que estaba cerca de Covent Garden. La oscuridad aumentaba y disminuía la claridad tenue, el cielo se abría en una perla perfecta. Enormes carros llenos de lilas se balanceaban haciendo ruido al bajar por la calle vacía y reluciente. El aire estaba cargado del perfume de las flores y su belleza parecía traerle un calmante para su dolor. Siguió hasta el mercado y observó a los hombres descargando los carros. Un carretero con bata blanca le ofreció algunas cerezas. El se lo agradeció, preguntándose por qué rechazó aceptar algún dinero por ellas y empezó a comérselas distraídamente. Habían sido arrancadas a medianoche y la frialdad de la Luna había entrado en ellas. Una larga fila de chicos que transportaban cajones de tulipanes desnudos y de rosas amarillas y rojas desfilaron frente a él, entre los enormes montones color verde jade de los vegetales. Bajo el pórtico, con sus pilares grises blanqueados por el sol, merodeaba un grupo de sucias chicas con la cabeza descubierta, esperando a que se acabara la subasta. Otros concurrían alrededor de las puertas de batiente del café de la plaza. Los caballos de las carros se resbalaban y pateaban sobre las piedras bastas, agitando sus campanillas y arreos. Algunos conductores estaban tumbados sobre un montón de sacos durmiendo. Las palomas con cuello de lirio y patas color rosa corrían para coger semillas.

Después de un rato llamó a un coche y se fue a casa. Se detuvo por un momento sobre el felpudo, mirando alrededor de la silenciosa plaza con sus ventanas vacías y cerradas y sus persianas fijas. El cielo era

ahora puro ópalo y los tejados de las casas relucían como plata. Desde alguna chimenea de enfrente subía una espiral fina de humo. Se rizaba una cinta violeta a través del aire teñido de nácar.

En el enorme brillante farol veneciano, arrancado de alguna embarcación, que colgaba del techo de la gran entrada forrada de roble, las luces estaban encendidas todavía con las trés llamas vacilantes. Parecían finos pétalos de llama azules, cubiertos de escarcha con fuego blanco. Los apagó y, habiendo arrojado su sombrero y su capa sobre la mesa, atravesó la biblioteca hacia la puerta de su dormitorio, una habitación grande octogonal en el piso de abajo que, en su sentimiento de lujo recién nacido, acababa de decorar él mismo, y había colgado algunos tapices curiosos renacentistas que había descubierto almacenados en un ático abandonado de Selby Royal. Según estaba girando el pomo de la puerta, sus ojos se fijaron en el retrato que Basil Hallward le había pintado. Él retrocedió sorprendido. Luego continuó hacia su habitación, mirando algo desconcertado. Después de que se hubo desabrochado los botones de su abrigo, pareció alterarse. Finalmente regresó, se acercó al cuadro y lo examinó. A la luz tenue detenida que luchaba a través de las persianas de seda color crema, le parecía que el rostro había cambiado un poco. La expresión parecía diferente. Se diría que había un toque de crueldad en la boca. Era muy extraño, sin duda.

Se volvió y, andando hacia la ventana, levantó la persiana. El amanecer luminoso inundó la habitación y barrió las sombras fantásticas de los rincones oscuros, donde permanecían estremeciéndose. Pero la expresión extraña que había advertido en el rostro del retrato parecía persistir allí, incluso era más intensa. La temblorosa luz del sol ardiente le mostró las líneas de crueldad alrededor de la boca de una forma tan clara como si hubiera estado mirándose en un espejo después de haber hecho algo espantoso.

Puso mala cara y, cogiendo de la mesa unas lentes ovaladas enmarcadas con cupidos de marfil, uno de los muchos regalos de lord Henry, observó rápidamente el fondo barnizado. Ninguna línea como aquélla desvirtuaba sus labios rojos. ¿Qué significaba aquello?

Se frotó los ojos, se acercó al cuadro y lo examinó otra vez. No había signos de ningún cambio cuando miró a la pintura ahora y, sin embargo, no había duda de que toda la expresión había cambiado. No eran imaginaciones suyas. Era horriblemente evidente.

Se dejó caer en una silla y empezó a pensar. De repente le pasó por la cabeza lo que había dicho en el estudio de Basil Hallward el día que se terminó el cuadro. Sí, lo recordaba perfectamente. Había expresado el deseo descabellado de que él se mantuviera joven y de que el retrato se hiciera viejo, que su propia belleza no se manchara y la cara del lienzo soportara la carga de sus pasiones y sus pecados, que la imagen pin-

tada se endureciera con las líneas del sufrimiento y del pensamiento y que él mantuviera el brillo delicado y el encanto de su infancia consciente. ¿Seguro que se había cumplido su deseo? Esas cosas eran imposibles. Parecía monstruoso incluso pensar en ellas. Y, sin embargo, ahí estaba el cuadro delante de él, con el toque de crueldad en la boca.

¡Crueldad! ¿Había sido cruel? Era culpa de la chica, no de él. El había soñado que ella era una gran artista, le había dado su amor porque había pensado en su grandeza. Luego le había decepcionado. Ella había sido superficial e indigna. Y, sin embargo, un sentimiento de arrepentimiento infinito le vino cuando pensaba en ella postrada a sus pies sollozando como una niña. Recordaba con qué insensibilidad la había mirado. ¿Por qué le habían hecho así? ¿Por qué le habían dado a él un alma así? Pero él había sufrido también. Durante las terribles horas que había durado la obra, había vivido siglos de dolor, eternidades de tortura. Su vida era de mucho valor para ella. Si ella le había herido por un momento, él la había lastimado durante mucho tiempo. Por otro lado, las mujeres están mejor dotadas para soportar las penas que los hombres. Viven de sus emociones. Ellas sólo piensan en sus emociones. Cuando tienen amantes, es simplemente para tener a alguien y poder hacer escenas. Lord Henry le había dicho eso y lord Henry conocía lo que eran las mujeres. ¿Por qué se preocupaba por Sibyl Vane? Ella no era nada para él ahora.

¿Pero el cuadro? ¿Qué iba a decir sobre eso? El cuadro mantenía el secreto de su vida y contaba su historia. Él le había enseñado a amar su propia belleza. ¿Le enseñaría a odiar su propia alma? ¿Le miraría de nuevo?

No. Era una mera ilusión forjada en sus sentidos trastornados. La noche horrible que había pasado había dejado fantasmas tras ella. De repente había caído sobre su cerebro esa motita diminuta escarlata que hace enloquecer a los hombres. El cuadro no había cambiado. Era un locura pensar eso.

Sin embargo, el cuadro le estaba mirando, con su hermosa cara reflejada y su sonrisa cruel. Su pelo brillante centelleaba a la luz temprana del Sol. Los ojos azules se encontraron con los suyos. Una sensación de piedad infinita, no por él mismo, sino por su imagen pintada, le vino a él. Había cambiado ya y cambiaría más. Su pelo dorado se convertiría en gris. Sus rosas rojas y blancas morirían. Por cada pecado que cometiera, una mancha salpicaría y destruiría la belleza del cuadro. Pero él no pecaría. El cuadro, cambiara o no cambiara, sería para él el emblema visible de su conciencia. Resistiría a la tentación. No vería a lord Henry nunca más; en todo caso, no escucharía esas teorías sutiles y venenosas que por primera vez en el jardín de Basil Hallward habían agitado en él la pasión por cosas imposibles. Regresaría a Sibyl Vane,

harían las paces, se casaría con ella, intentaría amarla de nuevo. Sí, era su deber hacerlo así. Ella tiene que haber sufrido más que yo. ¡Pobre chica! El había sido egoísta y cruel con ella. La fascinación que ella había ejercido sobre él volvería. Serían felices juntos. Su vida con ella sería hermosa y pura.

Se levantó de la silla y colocó un gran biombo justo enfrente del retrato, estremeciéndose según le miraba. «¡Qué horrible!», murmuró, y se encaminó hacia la ventana y la abrió. Cuando dio unos pasos afuera hacia la hierba, respiró profundamente. El aire fresco de la mañana parecía haberse llevado todas sus pasiones sombrías. Pensó solamente en Sibyl. Un eco ligero de su amor regresó a él y repitió su nombre una y otra vez. Los pájaros cantaban en el jardín empapados por el rocío y parecían estar hablando a las flores sobre ella.

CAPÍTULO VIII

Era muy pasado el mediodía cuando se despertó. Su ayuda de cámara había entrado varias veces de puntillas en la habitación para ver si se movía, y se había preguntado qué habría hecho su joven señor para dormir hasta tan tarde. Finalmente sonó la campanilla y Víctor entró suavemente con una taza de té y un montón de cartas sobre una antigua bandeja de Sèvres china, y descorrió las cortinas de satén color aceituna con forro azul brillante que colgaban frente a las tres altas ventanas.

«El señor ha dormido bien esta mañana», dijo sonriendo.

«¿Qué hora es, Víctor? —preguntó Dorian Gray adormecido.

«La una y cuarto, señor.»

¡Qué tarde era! Se sentó y, después de tomar el té, cogió las cartas. Una de ellas era de lord Henry y la habían traído en mano por la mañana. Él se inquietó por un momento y luego la colocó aparte. Las otras las abrió apáticamente. Contenían la típica colección de tarjetas, invitaciones para cenar, entradas para visitas privadas, programas de conciertos de caridad y otras similares que colmaban a los hombres jóvenes de moda cada mañana durante la temporada. Había una factura bastante elevada por un juego de tocador engastado en plata estilo Luis XV, que no había tenido el valor todavía de enviar a sus tutores, quienes eran unas personas anticuadas en extremo y no se daban cuenta de que vivimos en una época en la que las cosas innecesarias son nuestras únicas necesidades, y había varias comunicaciones muy corteses de los prestamistas de la calle Jermyn ofreciéndose a adelantar alguna cantidad de dinero al momento y al porcentaje de interés más razonable.

Después de unos diez minutos se levantó y, vistiéndose con un elaborada bata de cachemir bordada en seda, pasó al baño solado de ónice. El agua fría le refrescó después de haber dormido tanto. Parecía haber olvidado todo lo que había sucedido. La sensación vaga de haber tomado parte en alguna tragedia extraña le vino a él una o dos veces, pero era como la irrealidad de un sueño.

Tan pronto como se vistió, fue a la biblioteca y se sentó para tomar un desayuno francés ligero que le habían puesto en una pequeña mesa redonda cerca de la ventana abierta. Era un día espléndido. El aire cáli-

do parecía cargado de especias. Una abeja entró volando y zumbó alrededor del dragón azul que, lleno de rosas color amarillo azufre, estaba delante de él. Se sentía completamente feliz.

De repente se fijó en el biombo que había colocado delante del retrato y se sobresaltó.

«¿Demasiado frío, señor? —preguntó su ayuda de cámara, poniendo una tortilla en la mesa—. ¿Cierro la ventana?»

Dorian sacudió la cabeza. «No tengo frío», murmuró.

¿Era todo cierto? ¿Había cambiado realmente el retrato? O simplemente había sido su propia imaginación la que le había hecho ver una mirada del mal donde había habido una mirada de alegría. ¿Seguro que un lienzo no podía cambiar? El asunto era absurdo. Serviría como cuento para contarle a Basil algún día. Le haría sonreír.

Y, sin embargo, ¡qué vivo estaba su recuerdo de todo ello! Primero a media luz y luego a la luz del amanecer luminoso, él había visto el toque de crueldad alrededor de los labios desvirtuados. Casi temía que su ayuda de cámara abandonara la habitación. Sabía que cuando estuviera solo tendría que examinar el retrato. Tenía miedo de la certeza. Cuando le trajo el café y los cigarrillos y el hombre se dio la vuelta para irse, sintió un deseo incontrolable de decirle que se quedara.

Nada más cerrarse la puerta tras él le volvió a llamar. El hombre estuvo en pie esperando sus órdenes. Dorian le miró un momento. «No estoy en casa para nadie, Víctor», dijo con un suspiro. El hombre hizo una inclinación y se retiró.

Luego se levantó de la mesa, encendió un cigarrillo y se tiró sobre un sofá con cojines lujosos que estaba colocado de cara al biombo. El biombo era antiguo, de cuero dorado español, estampado y trabajado en un estilo Luis XIV bastante florido. Lo examinó con curiosidad, preguntándose si alguna vez antes había ocultado el secreto de la vida de un hombre.

¿Lo movería a un lado, después de todo? ¿Por qué no dejar que se quedara allí? ¿Qué utilidad tenía el saberlo? Si era cierto, era terrible. Si no era cierto, ¿por qué preocuparse de ello? Pero, ¿y si, por el destino o casualidad más perniciosa, ojos que no fueran los suyos espiaran detrás y vieran el horrible cambio? ¿Qué haría él si Basil Hallward viniera a pedirle ver su propio cuadro? Estaba seguro de que Basil haría eso. No, tenía que examinarlo de una vez. Cualquier cosa sería mejor antes que quedarse con la horrible duda.

Se levantó y cerró con llave las dos puertas. Al menos estaría solo cuando mirara la máscara de su sombra. Luego retiró el biombo a un lado y se vio a sí mismo cara a cara. Era completamente cierto. El retrato había cambiado.

Como recordó con frecuencia después, y siempre con un asombro que no era pequeño, se descubrió a sí mismo observando el retrato con un sentimiento de interés casi científico. Que aquel cambio hubiera tenido lugar era increíble para él. Y sin embargo era un hecho. ¿Había alguna afinidad misteriosa entre los átomos químicos que daban forma y color al lienzo y el alma que había en él? ¿Podía ser que lo que el alma pensaba, ellos se daban cuenta? ¿Que lo que se soñaba, ellos lo hacían realidad? ¿O había allí alguna otra razón más terrible? Él se estremeció y sintió temor, y, regresando al sofá, se tumbó allí, observando el cuadro con miedo deprimente.

Sin embargo, sintió que había hecho algo por él. Le había hecho consciente de lo injusto, de lo cruel que había sido con Sibyl Vane. No era demasiado tarde para reparar aquello. Ella podía ser todavía su esposa. Su amor irreal y egoísta cedería a alguna influencia más elevada, se transformaría en alguna pasión más noble, y el retrato que Basil Hallward había pintado de él sería una guía para él en la vida, sería para él lo que la santidad es para unos y la conciencia para otros, y el temor de Dios para todos nosotros. Había opio para el remordimiento, drogas que podían calmar el sentido moral para dormir. Pero aquí estaba el símbolo visible de la degradación del pecado. Aquí estaba el signo siempre presente que los hombres perdidos traen a sus almas.

Dieron las tres, y las cuatro, y a la media hora sonaron los dos repiques, pero Dorian Gray no se movió. Estaba tratando de recoger los hilos escarlata de la vida y tejerlos en un dibujo. Encontrar su camino a través del laberinto sanguinario de la pasión por el que había estado vagando. No sabía qué hacer ni qué pensar. Finalmente, fue hacia la mesa y escribió una carta apasionada a la joven que había amado, rogándole su perdón y acusándose a sí mismo de locura. Cubrió página tras página de palabras frenéticas de dolor y palabras más frenéticas de pena. Es un lujo reprocharse a uno mismo. Cuando nos culpamos a nosotros mismos sentimos que nadie más tiene el derecho a culparnos. Es la confesión y no el sacerdote el que da la absolución. Cuando Dorian hubo terminado la carta, sintió que había sido perdonado.

De repente llamaron a la puerta y oyó afuera la voz de lord Henry. «Mi querido muchacho, tengo que verte. Déjame entrar de una vez. No puedo soportar que te encierres de esta forma.»

Al principio no contestó, sino que se mantuvo completamente inmóvil. Los golpes continuaban todavía y se hacían más fuertes. Sí, sería mejor dejar entrar a lord Henry y explicarle la nueva vida que iba a llevar, discutir con él si había necesidad de discutir, separarse si la separación era inevitable. Dio un salto, corrió el biombo deprisa tapando el cuadro y abrió la puerta.

«Siento tanto todo, Dorian —dijo lord Henry según entraba—. Pero no tienes que pensar demasiado en ello.»

«¿Te refieres a Sibyl Vane?», preguntó el muchacho.

«Sí, por supuesto —contestó lord Henry, desplomándose en una silla y tirando lentamente de sus guantes amarillos—. Es espantoso, desde cierto punto de vista, pero no fue por tu culpa. Dime, ¿fuiste al camerino a verla después de que terminó la obra?»

«Sí.»

«Estaba seguro de que lo harías. ¿Tuviste una escena con ella?»

«Fui bruto, Harry, un perfecto bruto. Pero ahora todo va bien. No me arrepiento de nada de lo que ha ocurrido. Me ha enseñado a conocerme mejor a mí mismo.»

«¡Ah, Dorian, me alegro tanto de que hayas tomado ese camino! Tenía miedo de descubrir que te hundieras en el remordimiento y te arrancaras ese bonito pelo rizado tuyo.»

«Ya ha pasado todo —dijo Dorian, sacudiendo la cabeza y sonriendo—. Soy totalmente feliz ahora. Para empezar sé lo que es la conciencia. No es lo que me dijiste que era. Es lo más divino de nosotros. No la desprecies nunca más, Harry, al menos delante de mí. Quiero ser bueno. No puedo soportar la idea de que mi alma sea repelente.»

«¡Una base artística muy encantadora para la ética, Dorian! Te felicito. Pero, ¿cómo empezarás?»

«Casándome con Sibyl Vane.»

«¡Casándome con Sibyl Vane! —gritó lord Henry levantándose y mirándole con un asombro—. Pero, mi querido Dorian...»

«Sí, Harry, sé lo que vas a decirme. Algo espantoso sobre el matrimonio. No lo digas. No me vuelvas a decir nada de esa clase otra vez. Hace dos días pedí a Sibyl que se casara conmigo. No voy a romper mi palabra. Será mi esposa.»

«¡Tu esposa! ¡Dorian...! ¿No tienes mi carta? Te escribí esta mañana y te envié una nota.»

«¿Tu carta? ¡Oh, sí, recuerdo! No la he leído todavía, Harry. Temía que hubiera algo en ella que no me gustara. Tú cortas la vida en trozos con tus epigramas.»

«¿No sabes nada, entonces?»

«¿Qué quieres decir?»

Lord Henry cruzó la habitación y, sentándose al lado de Dorian Gray, le cogió las manos entre las suyas y las sostuvo apretadamente. «Dorian —dijo—, mi carta, no te asustes, era para decirte que Sibyl Vane ha muerto.»

Un grito de dolor salió de los labios del muchacho y se echó a sus pies, quitando sus manos del alcance de lord Henry. «¡Muerta! ¡Sibyl

muerta! ¡No es cierto! ¡Es una horrible mentira! ¿Cómo te atreves a decir eso?»

«Es totalmente cierto, Dorian —dijo lord Henry con gravedad—. Está en todos los periódicos de la mañana. Te escribí para pedirte que no vieras a nadie hasta que yo llegara. Habrá una investigación, por supuesto, y tú no debes mezclarte en ello. Cosas como éstas hacen a un hombre estar de moda en París. Pero en Londres la gente es tan predispuesta. Aquí nunca se debe hacer el debut con el escándalo. Uno reservaría el dar interés a su edad madura. Supongo que ellos no saben tu nombre en el teatro. Si no lo saben, todo irá bien. ¿Te vio alguien merodeando su habitación? Ese es un punto importante.»

Dorian no contestó durante un momento. Estaba aturdido por el horror. Finalmente tartamudeó con voz ahogada. «Harry, ¿dijiste una investigación? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Fue Sibyl...? ¡Oh, Harry, no puedo soportarlo! Pero rápido, cuéntame todo de una vez.»

«No dudo de que no fue un accidente, Dorian, aunque se tendrá que decir así al público. Parece ser que, según abandonaba el teatro con su madre, sobre las doce y media o así, ella dijo que había olvidado algo en el piso de arriba. Ella la esperó un rato, pero no bajaba. Al final la encontraron tendida muerta en el suelo de su camerino. Ella había ingerido algo por equivocación, alguna cosa espantosa que ellos utilizan en el teatro. No sé lo que era, pero tenía dentro ácido prúsico o albayalde. Me imagino que sería ácido prúsico, ya que parece que murió instantáneamente.»

«¡Harry, Harry, es terrible!», gritó el muchacho.

«Sí, es muy trágico, por supuesto, pero tú no te tienes que mezclar en ello. Veo por *The Standard* que tenía diecisiete años. Hubiera pensado que era más joven. Parecía una niña y parecía saber tan poco sobre actuar... Dorian, no tienes que permitir que esto te ponga nervioso. Tienes que venir a cenar conmigo y después pasaremos por la Ópera. Es la noche de Patti y todo el mundo estará allí. Puedes venir al palco de mi hermana. Vendrán con ella algunas mujeres elegantes.»

«Así que he asesinado a Sibyl Vane —dijo Dorian Gray, casi para sí mismo—. La he asesinado sin duda como si le hubiera cortado su pequeño cuello con un cuchillo. Sin embargo, las rosas no son menos encantadoras por todo eso. Los pájaros cantan exactamente igual de felices en mi jardín. Y esta noche voy a cenar contigo, y luego iremos a la Ópera y supongo que después tomaremos una cena ligera en algún sitio. ¡Qué extraordinariamente dramática es la vida! Si hubiera leído todo esto en un libro, Harry, creo que hubiera llorado sobre él. Por alguna razón, ahora que ha ocurrido en realidad, a mí me parece demasiado maravilloso para las lágrimas. Aquí está la primera carta de amor apasionada que he escrito en mi vida. Qué extraño que la primera carta

de amor apasionado hubiera sido dirigida a una chica muerta. Me pregunto si ellos pueden sentir a esa persona blanca y callada que nosotros llamamos difunto. ¡Sibyl! ¿Puede ella sentir, saber o escuchar? ¡Oh, Harry, cómo la amé una vez! Ahora me parece que fue hace siglos. Era todo para mí. Luego llegó esa noche espantosa, fue en realidad la pasada noche, cuando ella actuó tan mal y mi corazón casi se rompe. Me lo explicó todo. Fue terriblemente patético. Pero no me conmovió ni un poco. Creía que ella era superficial. De repente algo ocurrió que me hizo sentir miedo. No puedo decirte lo que fue, pero fue terrible. Dije que volvería a ella. Siento que me he equivocado. Y ahora está muerta. ¡Dios mío, Dios mío! Harry, ¿qué haré? No sabes el peligro que corro y no hay nada que me mantenga seguro. Ella habrá hecho eso por mí. No tenía derecho a matarse. Fue culpa suya.»

«Mi querido Dorian —contestó lord Henry, sacando un cigarrillo de su pitillera y mostrando un caja de cerillas dorada—, de la única forma que una mujer puede reformar siempre a un hombre es aburriéndole de tal forma que él pierda todo interés posible en la vida. Si te hubieras casado con esta chica hubieras sido desgraciado. Por supuesto que tú la hubieras tratado con amabilidad. Se puede ser amable siempre con la gente que no te preocupa. Pero hubiera descubierto pronto que tú eras absolutamente indiferente a ella. Y cuando una mujer descubre eso en su marido, o se hace desaliñada de forma espantosa, o lleva sombreros muy elegantes que algún marido de otra mujer le ha pagado. No digo nada del error social, que hubiera sido despreciable y que, por supuesto, no hubiera permitido, pero te aseguro que en cualquier caso todo hubiera sido un fracaso absoluto.»

«Supongo que sí —dijo el muchacho entre dientes, paseándose por la habitación y horriblemente pálido—. Pero pensaba que era mi deber. No es culpa mía que esta terrible tragedia me haya evitado hacer lo que era justo. Recuerdo que me dijiste una vez que hay una fatalidad en los buenos propósitos..., que siempre se hacen demasiado tarde. Los míos lo han sido, sin duda.»

«Los buenos propósitos son intentos inútiles de interferir las leyes científicas. Su origen es pura vanidad. Su resultado es absolutamente nulo. Nos dan, de cuando en cuando, algunas de esas emociones sensuales estériles que tienen una cierta atracción por lo débil. Eso es todo lo que se puede decir de ellas. Son simples cheques que los hombres giran contra un banco donde no tienen cuenta.»

«Harry —dijo Dorian Gray, yendo a sentarse a su lado—, ¿por qué no puedo sentir esta tragedia tanto como yo quisiera? No creo que no tenga corazón, ¿verdad?»

«Has hecho demasiadas cosas descabelladas durante los últimos quince días para tener derecho a darte ese nombre tú mismo, Dorian», contestó lord Henry con su sonrisa dulce y melancólica.

El muchacho frunció el ceño. «No me gusta esa explicación —respondió—, pero me alegro de que no pienses que no tengo corazón. No soy de esa clase. Sé que no lo soy. Y sin embargo tengo que admitir que lo que ha sucedido no me afecta como debería. Me parece que es simplemente el final maravilloso de una obra maravillosa. Tiene toda la terrible belleza de una tragedia griega, una tragedia en la que yo he tomado una gran parte, pero que no me ha herido.»

«Es una cuestión interesante —dijo lord Henry, que encontraba un placer delicioso en aprovecharse del egoísmo inconsciente del muchacho—, una cuestión extremadamente interesante. Me imagino que la verdadera explicación es ésta: A menudo sucede que las tragedias reales de la vida ocurren de una forma tan poco artística que nos hieren con su cruda violencia, su incoherencia absoluta, su absurda falta de significado, su total ausencia de estilo. Nos afectan exactamente igual que la vulgaridad. Nos da la impresión de fuerza bruta auténtica y nos rebelamos contra eso. Sin embargo, algunas veces, una tragedia que posee elementos artísticos de belleza cruza por nuestras vidas. Si estos elementos de belleza son reales, todo el hecho atrae sencillamente a nuestro sentido de efecto dramático. De repente descubrimos que no seremos actores durante más tiempo, sino espectadores de la obra. O al menos seremos las dos cosas. Nos miramos a nosotros mismos y el mero asombro del espectáculo nos cautiva. En este caso, ¿qué ha ocurrido realmente? Alguien se ha matado por amor a ti. Ojalá no tenga una experiencia como ésa. Me hubiera hecho amar el amor para el resto de mi vida. Las personas que me han adorado, que no han sido demasiadas, pero ha habido algunas, han insistido siempre en seguir viviendo, muchas después de haber cesado yo de preocuparme por ellas, o ellas de preocuparse por mí. Ellas se han hecho fuertes y tediosas, y cuando las he encontrado de nuevo venían a buscar recuerdos en seguida. Esa tremenda memoria de las mujeres, ¡qué espantosa es! ¡Y qué estancamiento intelectual tan absoluto revela! Uno puede absorber el color de la vida, pero nunca puede recordar sus detalles. Los detalles son vulgares siempre.»

«Tengo que sembrar adormideras en mi jardín», susurró Dorian.

«No es necesario —contestó su acompañante—. La vida tiene siempre adormideras en sus manos. Por supuesto, ahora y siempre, hay cosas que tardan. Una vez sólo llevé puestas violetas durante toda una estación, como forma de mañana artística para un romance que no moriría. Sin embargo, al final murió. Olvidé lo que le mató. Creo que fue su propósito de sacrificar el mundo entero por mí. Ese es siempre

un momento espantoso. Le llena a uno de temor a la eternidad. Bueno... ¿Lo creerías...? Hace una semana en casa de lady Hampshire me encontraba sentado en la cena al lado de la dama en cuestión, y ella insistía en volver de nuevo, desenterrar el pasado y rastrear el futuro. Yo había enterrado mi romance en una cama de asfódelo. Ella lo sacó de nuevo y me aseguró que había echado a perder su vida. Debo afirmar que ella cenó abundantemente, así que yo no sentí ninguna inquietud. Pero, ¡qué falta de gusto demostró! El único encanto del pasado es que es el pasado. Pero las mujeres nunca saben cuándo cae el telón. Ellas siempre quieren un sexto acto, y tan pronto como el interés por la obra está totalmente acabado ellas proponen que continúe. Si se les permitiera hacerlo a su modo, cada comedia tendría un final trágico, y cada tragedia culminaría en una farsa. Son encantadoramente artificiales, pero no tienen sentido del arte. Eres más afortunado que yo. Te aseguro, Dorian, que ninguna de las mujeres que he conocido ha hecho por mí lo que Sibyl Vane hizo por ti. Las mujeres corrientes siempre se consuelan a sí mismas. Algunas de ellas lo hacen llevando colores sentimentales. Nunca confíes en una mujer que lleve malva, cualquier que sea su edad, o una mujer de unos treinta y cinco años a la que le encanten las cintas rosas. Siempre significa que tienen una historia. Otras encuentran un gran consuelo en el descubrimiento repentino de las buenas cualidades de sus maridos. Ellas hacen alarde de su felicidad conyugal en la cara de uno, como si fuera el pecado más fascinante. La religión consuela a algunas. Sus misterios tienen todo el encanto de un flirteo, me dijo una vez una mujer, y apenas puedo entenderlo. Por otro lado, nada le hace a uno tan vano como que le digan que es un pecador. La conciencia nos hace egoístas a todos. Sí, en realidad no hay fin para los consuelos que las mujeres encuentran en la vida moderna. De hecho, yo no he mencionado el más importante de todos.»

«¿Cuál es, Harry?», dijo el muchacho distraídamente.

«Oh, el consuelo obvio. Coger al admirador de otra cuando pierde al propio. En la buena sociedad que siempre blanquea a una mujer. Pero en realidad, Dorian, ¡qué diferente tenía que haber sido Sibyl Vane de todas las mujeres que se encuentra uno! Hay algo muy hermoso para mí sobre su muerte. Me alegro de vivir en un siglo donde ocurren tales maravillas. Le hacen creer a uno en la realidad de las cosas con las que todos jugamos, tales como la aventura amorosa, la pasión y el amor.»

«Fui terriblemente cruel con ella. Olvidas eso.»

«Me temo que las mujeres aprecian la crueldad, la verdadera crueldad, más que cualquier otra cosa. Tienen instintos maravillosamente primitivos. Nosotros las hemos emancipado, pero continúan siendo esclavas buscando a sus señores, siempre lo mismo. Que su amor sea dominado. Seguro que eres espléndido. En realidad nunca te he visto

totalmente enfadado, pero me puedo imaginar qué encantador parecerías. Y, después de todo, me dijiste algo anteayer que me pareció en ese momento que era simple fantasía, pero lo que veo ahora es que era absolutamente cierto y tiene la llave de todo.»

«¿Qué era, Harry?»

«Me dijiste que Sibyl Vane representaba para ti a todas las heroínas de un romance: que era Desdémona una noche y Ofelia a la siguiente, que si moría como Julieta, volvía a la vida como Imogen.»

«Ahora no volverá a la vida», dijo entre dientes el muchacho, ocultando la cara entre sus manos.

«No, nunca volverá a la vida. Ella ha interpretado su último papel. Pero tienes que pensar sencillamente que la muerte solitaria en el sucio camerino fue un fragmento extraño y sensacionalista de alguna tragedia jacobea o una escena maravillosa de Webster, Ford o Cyril Tourneur. En realidad la chica no vivía, y por tanto en realidad ella nunca ha muerto. Para ti al menos ella fue siempre un sueño, un fantasma que revoloteaba a través de las obras de Shakespeare y las dejaba más hermosas por su presencia, un caramillo por el cual la música de Shakespeare sonaba de forma más rica y más llena de alegría. En el momento en que tocó la vida real, ella la echó a perder y la vida la echó a perder a ella, y de esa forma se fue. Llora por Ofelia, si quieres. Pon cenizas sobre tu cabeza porque Cordelia fue estrangulada. Grita contra el cielo porque murió la hija de Brabantio. Pero no malgastes tus lágrimas por Sibyl Vane. Ella era menos real de lo que son ellas.»

Hubo silencio. La tarde oscurecía en la habitación. Sin ruido y con pies de plata, las sombras se deslizaban desde el jardín. Los colores teñían las cosas cansadamente.

Después de un rato Dorian Gray levantó la mirada. «Tú te has explicado por mí, Harry —murmuró con un suspiro de alivio—. Siento en mí todo lo que has dicho, pero de alguna forma lo temo y no puedo expresarlo para mí mismo. ¡Qué bien me conoces! Pero no hablaremos otra vez de lo que ha sucedido. Ha sido una experiencia maravillosa. Eso es todo. Me pregunto si la vida me tiene todavía reservado algo más maravilloso.»

«La vida tiene todo reservado para ti, Dorian. No hay nada que tú no seas capaz de hacer con esa extraordinaria buena apariencia.»

«Pero, supón, Harry, que me hago ojeroso, viejo, arrugado. ¿Entonces qué?»

«Ah, entonces —dijo lord Henry, levantándose para irse—, entonces, mi querido Dorian, tendrías que luchar por tus victorias. Por decirlo así, te las traen. No, tienes que mantener tu buena apariencia. Vivimos en una época en la que se lee demasiado para ser sabio y en la

que se piensa demasiado para ser hermoso. No podemos prescindir de ti. Y ahora vístete mejor, vayamos al club. Se nos hace tarde.»

«Creo que me reuniré contigo en la Ópera, Harry. Me siento muy cansado para comer algo. ¿Cuál es el número de palco de tu hermana?»

«El veintisiete, creo. Está en el piso principal. Verás su nombre en la puerta. Pero siento que no vengas a cenar.»

«No me siento capaz —dijo Dorian indiferentemente—. Pero te estoy terriblemente agradecido por todo lo que me has dicho. Eres sin duda mi mejor amigo. Nadie me ha comprendido nunca como tú.»

«Estamos solamente al principio de nuestra amistad, Dorian —contestó lord Henry, estrechándole la mano—. Adiós. Te veré antes de las nueve y media, espero. Recuerda, Patti va a cantar.»

Nada más cerrar la puerta tras él, Dorian Gray tocó la campanilla y en pocos minutos Víctor apareció con las lámparas y bajó las persianas. Esperaba impacientemente a que se fuera. Parecía que el hombre se tomaba un tiempo interminable en hacer todo.

Tan pronto como se fue, se acercó hacia al biombo y lo retiró. No, no había más cambios en el cuadro. Había recibido las noticias sobre la muerte de Sibyl Vane antes de que él mismo tuviera conocimiento de ello. Era consciente de los hechos de la vida tal como ocurren. La crueldad depravada que desfiguraba las finas líneas de la boca sin duda había aparecido en el mismo momento en que la chica se había bebido el veneno, cualquiera que fuera. ¿O era indiferente a los resultados? ¿Tenía conocimiento simplemente de lo que pasaba dentro del alma? Él se preguntaba y esperaba que algún día vería cómo el cambio tenía lugar delante de sus propios ojos. Se estremeció según lo esperaba.

¡Pobre Sibyl! ¡Qué novela había sido todo! A menudo había imitado a la muerte en el escenario. Luego, la propia muerte la tocó y se la llevó con ella. ¿Cómo había representado ella esa última escena espantosa? ¿Le había maldecido según moría? No, ella había muerto de amor por él y el amor sería para él un sacramento ahora. Ella había expiado por todo a través del sacrificio que había hecho de su vida. Él no pensaría nunca más sobre lo que ella le había hecho sufrir en aquella horrible noche en el teatro. Cuando pensara en ella, sería como un figura trágica maravillosa enviada al escenario del mundo para mostrar la suprema realidad del amor. ¿Una figura trágica maravillosa? Lágrimas llegaron a sus ojos al recordar su mirada infantil, sus modales atractivos y fantásticos y su gracia tímida y trémula. Se las quitó sin reflexionar y miró de nuevo al cuadro.

Sentía que había llegado la hora realmente de hacer su elección. ¿O había hecho ya su elección? Sí, la vida había decidido por él, la vida y su propia curiosidad infinita por la vida. La juventud eterna, la

pasión infinita, los placeres sutiles y secretos, alegría desenfrenada y pecados más desenfrenados, él iba a tener todas estas cosas. El retrato iba a soportar el peso de su vergüenza eso era todo.

Un sentimiento de dolor se adueñó de él al pensar en la profanación que estaba reservada para el rostro hermoso del lienzo. Una vez, en una parodia infantil de narcisismo, él había besado, o había fingido besar, esos labios pintados que ahora le sonreían de forma tan cruel. Una mañana tras otra se había sentado frente al retrato maravillándose de su belleza, casi enamorado de él, como le parecía algunas veces. ¿Iba a cambiar ahora por cada humor que produjera? ¿Se convertiría en algo monstruoso y odioso para tener que ocultarlo en una habitación cerrada con llave, encerrado a la luz del sol que tan a menudo había convertido en oro brillante la ondulación de su maravilloso su pelo? ¡Qué pena, qué pena!

Por un momento pensó en rezar para que cesara la horrible afinidad que existía entre él y el cuadro. Había cambiado en contestación a un ruego; quizá en contestación a un ruego se mantuviera inalterable. Y, sin embargo, ¿quién, que conociera algo sobre la vida, abandonaría la oportunidad de mantenerse siempre joven, o con qué consecuencias proféticas debería llenarse? Por otro lado, ¿estaba en realidad bajo control? ¿Había sido el ruego el que había producido la sustitución? ¿No habría alguna razón científica curiosa para todo ello? Si el pensamiento pudiera ejercer su influencia sobre el organismo vivo, ¿no debería el pensamiento ejercer influencia sobre las cosas muertas e inorgánicas? Sin pensamiento ni deseo consciente, ¿no deberían vibrar al unísono las cosas externas a nosotros y nuestros humores y pasiones, el átomo que llama al átomo en amor secreto o afinidad extraña? Pero la razón no era importante. Nunca volvería a tentar a ningún poder terrible por medio de un ruego. Si el cuadro iba a cambiar, cambiaría. Eso era todo. ¿Por qué investigar tanto sobre él?

Porque era un auténtico placer mirarlo. Sería capaz de seguir a su mente hasta sus lugares secretos. Este retrato sería para el el más mágico de todos los espejos. Igual que le había revelado su propio cuerpo, le revelaría su propia alma. Y cuando le llegara el invierno, él estaría todavía en el lugar donde la primavera tiembla a las puertas del verano. Cuando la sangre fuera desapareciendo de su rostro, y dejara detrás una máscara de tiza pálida y ojos hundidos, él mantendrá el encanto de la adolescencia. Ninguna flor de su belleza se marchitaría nunca. No se debilitaría nunca el pulso de su vida. Como los dioses de los griegos, sería fuerte, veloz y alegre. ¿Qué le importaría lo que le sucediera a la imagen de color del lienzo? Él estaría seguro. Eso era todo.

Volvió a correr el biombo a su lugar enfrente del cuadro y sonreía mientras lo hacía; pasó a su habitación, donde su ayuda de cámara le estaba esperando ya. Una hora más tarde estaba en la Ópera y lord Henry estaba inclinado hacia su silla.

CAPÍTULO IX

Cuando estaba sentado para desayunar a la mañana siguiente, Basil Hallward se presentó en la habitación.

«Me alegro tanto de haberte encontrado, Dorian —dijo con gravedad—. Te llamé anoche y me dijeron que estabas en la Ópera. Por supuesto supe que era imposible. Pero ojalá hubieras dejado dicho adónde habías ido en realidad. Pasé una tarde espantosa, medio asustado de que una tragedia siguiera a otra. Creo que deberías haberme telegrafiado cuando lo oíste. Lo leí casi por casualidad en una edición tardía de *The Globe*, que cogí en el club. Vine aquí en seguida y me sentí fatal al no encontrarte. No puedo decirte lo destrozado que está mi corazón por todo esto. Sé lo que tienes que sufrir. Pero, ¿dónde estabas? ¿Bajaste a ver a la madre de la chica? Por un momento pensé en seguirte allí. Daban la dirección en el periódico. En algún lugar de Euston Road, ¿no? Pero temía inmiscuirme en una pena que no podía aliviar. ¡Pobre mujer! ¡En qué estado tenía que estar! ¡Y su hija única, además! ¿Qué dijo de todo ello?»

«Mi querido Basil, ¿cómo puedo saberlo? —murmuró Dorian Gray, sorbiendo un poco de vino amarillo pálido de un vaso veneciano con delicadas burbujas doradas, y dando aspecto de estar muy aburrido—. Estaba en la Ópera. Tendrías que haber venido allí. Me encontré por primera vez con lady Gwendolen, la hermana de Harry. Estuvimos en su palco. Es realmente encantadora y Patti cantó divinamente. No hables de temas odiosos. Si uno no habla de una cosa, nunca ha sucedido. Es sencillamente la expresión, como dice Harry, la que da realidad a las cosas. Debo decir que no era la única hija de la mujer. Hay un hijo, un muchacho encantador, creo. Pero él no se dedica al escenario. Es marinero o algo así. Y ahora, háblame de ti y de lo que estás pintando.»

«¿Fuiste a la Ópera? —dijo Hallward, hablando muy despacio y con un toque tenso de dolor en su voz—. ¿Tú fuiste a la Ópera mientras Sybil Vane yacía muerta en alguna sórdida pensión? ¿Puedes hablarme de que otras mujeres son encantadoras y de que Patti cantó divinamente, antes incluso de que la chica a la que amabas tuviera la

calma de una tumba para dormir en ella? ¡Por qué, hombre, hay horrores reservados para su pequeño cuerpo blanco!»

«Alto, Basil! ¡No te escucharé! —gritó Dorian poniéndose en pie de un salto—. No tienes que decirme nada. Lo que está hecho hecho está. Lo que es pasado es pasado.»

«¿Llamas pasado a ayer?»

«¿Qué tiene que hacer respecto a eso el verdadero transcurso del tiempo? Sólo la gente superficial que necesita años para deshacerse de una emoción. Un hombre que es maestro de sí mismo puede terminar una pena con tanta facilidad como puede inventar un placer. No quiero estar a merced de mis emociones. Quiero utilizarlas, reírme de ellas y dominarlas.»

«¡Dorian, esto es horrible! Algo te ha cambiado completamente. Pareces el mismo chico maravilloso que, día tras día, solía venir a mi estudio a posar para su cuadro. Pero entonces tú eras sencillo, natural y cariñoso. Eras la criatura más entera del mundo. Ahora no sé lo que ha sido de ti. Hablas como si no tuvieras corazón ni piedad. Es todo influencia de Harry. Me doy cuenta.»

El muchacho se ruborizó y, yendo hacia la ventana, miró por un momento hacia afuera, al jardín verde, oscilante y bañado por el sol. «Debo un gran trato a Harry, Basil —dijo al fin—, más de lo que te debo a ti. Tú sólo me enseñaste a ser vano.»

«Bueno, soy castigado por eso, Dorian... o lo seré algún día.»

«No sé lo que quieres decir, Basil —exclamó dándose la vuelta—. No sé lo que quieres. ¿Qué quieres?»

«Quiero al Dorian Gray que solía pintar», dijo el artista tristemente.

«Basil —dijo el muchacho, acercándose a él y poniendo la mano en su hombro—, has venido demasiado tarde. Ayer cuando oí que Sibyl Vane se había suicidado...»

«¡Suicidado! ¡Santo cielo! ¿No hay duda sobre ello?», gritó Hallward, mirando hacia él con expresión de horror.

«¡Mi querido Basil! Seguro que no piensas que fue un vulgar accidente. Por supuesto que se suicidó.»

El hombre más mayor ocultó el rostro entre sus manos. «¡Qué espanto!», murmuró y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«No —dijo Dorian Gray—, no hay nada espantoso en ello. Es una de las grandes tragedias de la época. Como norma la gente que actúa lleva la vida más común. Son buenos maridos, o esposas fieles, o algo tedioso. Sabes lo que quiero decir, la virtud de la clase media y toda esa serie de cosas. ¡Qué diferente era Sibyl! Vivió la tragedia más hermosa. Siempre será una heroína. La última noche que actuó, la noche que la viste, actuó tan mal porque ella había conocido la realidad del amor.

Cuando conoció su irrealidad, murió, como habría muerto Julieta. Pasó otra vez a la esfera del arte. Hay algo de mártir en ella. Su muerte tiene toda la inutilidad patética del martirio, toda su belleza desperdiciada. Pero, como estaba diciendo, no tienes que pensar que no he sufrido. Si hubieras venido ayer en un momento en particular, sobre las cinco y media, quizá, o las seis menos cuarto, me hubieras encontrado llorando. Incluso Harry, que estuvo aquí y que, de hecho, me trajo las noticias, no tenía ni idea de lo que estaba pasando yo. Sufrí inmensamente. Luego se pasó. No puedo repetir una emoción. Nadie puede, excepto los sentimentales. Y tú eres muy injusto, Basil. Vienes aquí a consolarme. Es encantador por tu parte. Me encuentras consolado y te pones furioso. ¡Qué persona tan comprensiva! Me recuerdas una historia que me contó Harry sobre cierto filántropo que tardó veinte años de su vida en intentar conseguir corregir un motivo de queja, o cambiar alguna ley injusta, olvidé lo que era exactamente. Al final tuvo éxito y nada pudo superar su decepción. Él no tenía absolutamente nada que hacer, casi muere de tedio y se convirtió en un misántropo confirmado. Y por otro lado, mi querido y viejo Basil, si realmente quieres consolarme, enséñame a olvidar lo que ha ocurrido o a verlo desde un punto de vista propiamente artístico. ¿No fue Gautier quien lo utilizó para escribir sobre la consolación de las artes? Recuerdo haber cogido un libro pequeño con cubiertas de vitela en tu estudio un día y haber tropezado con esa maravillosa frase. Bueno, no soy como ese joven que dices que era cuando estábamos juntos en Marlow, el joven que solía decir que el satén amarillo podía consolar a uno de todas las desgracias de la vida. Amo las cosas hermosas que uno puede tocar y manejar. Los brocados antiguos, los bronces verdes, las obras lacadas, marfiles tallados, contornos exquisitos, lujosos, pomposos, hay mucho que conseguir de todo esto. Pero la sensibilidad artística que crean, o que de todos modos revelan, es todavía más para mí. Convertirse en el espectador de tu propia vida, como dice Harry, es escapar al sufrimiento de la vida. Sé que te sorprendes porque te hablo así. No te has dado cuenta de cómo he desarrollado. Era un colegial cuando me conociste. Ahora soy un hombre. Tengo pasiones nuevas, pensamientos nuevos, ideas nuevas. Soy diferente, pero no te tengo que gustar menos. He cambiado, pero tienes que ser siempre mi amigo. Por supuesto que Harry me encanta. Pero sé que tú eres mejor que él. Tú no eres tan fuerte, tú temes demasiado a la vida, pero eres mejor. ¡Y qué felices solíamos ser juntos! No me abandones, Basil, y no discutas conmigo. Soy lo que soy. No hay nada más que decir.»

El pintor se sintió conmovido de forma extraña. El muchacho le era muy querido y su personalidad había sido el gran momento crucial de su arte. No podía soportar la idea de reprocharle nada más. Después

de todo su indiferencia era probablemente un simple capricho que se pasaría. Había tanto en él que era bueno, tanto en él que era noble...

«Bueno, Dorian —dijo finalmente con una sonrisa triste—. Después de hoy no te hablaré más sobre este horrible asunto. Sólo confío en que tu nombre no sea mencionado en relación con ello. La investigación tiene lugar esta tarde. ¿Te han llamado?»

Dorian sacudió la cabeza y una mirada de fastidio pasó por su rostro al oír mencionar la palabra «investigación». Hay algo tan crudo y vulgar sobre estas cosas... «Ellos no sabían su nombre», contestó.

«Pero seguro que ella sí.»

«Mi nombre de pila, y estoy casi seguro de que nunca se lo mencionó a nadie. Me dijo una vez que todos tenían una gran curiosidad en saber quién era yo, y que ella siempre les decía que mi nombre era Príncipe Encantador. Fue bonito por su parte. Tienes que hacerme un dibujo de Sibyl, Basil. Me gustaría tener algo más de ella aparte del recuerdo de los pocos besos y algunas palabras patéticas y entrecortadas.»

«Intentaré hacer algo, Dorian, si eso te agrada. Pero tienes que venir a posar para mí otra vez. No puedo hacerlo sin ti.»

«Nunca posaré otra vez, Basil. ¡Es imposible!», exclamó, retrocediendo.

El pintor le miró fijamente. «Mi querido muchacho, ¡qué tontería! —exclamó—. ¿Quieres decir que no te gusta lo que hice de ti? ¿Dónde está? ¿Por qué has puesto un biombo enfrente de él? Déjame verlo. Es la mejor obra que he hecho nunca. Quita el biombo, Dorian. Es sencillamente desagradecido por parte de tu sirviente ocultar mi obra de esa manera. Noté que la habitación parecía diferente cuando entré.»

«Mi sirviente no tiene nada que ver, Basil. ¿Te imaginas que no le permito arreglar mi habitación? Coloca las flores por mí algunas veces, eso es todo. No, lo hice yo mismo. La luz era demasiado fuerte para el retrato.»

«¡Demasiado fuerte! Seguro que no, mi querido amigo. Es un sitio admirable para él. Déjame verlo.» Y Hallward se dirigió hacia el rincón de la habitación.

Un grito de terror salió de los labios de Dorian Gray y se precipitó entre el pintor y el biombo. «Basil —dijo con aspecto muy pálido—, no debes mirarlo. No quiero que lo hagas.»

«¡Que no mire mi propia obra! No hablas en serio. ¿Por qué no debo verlo?», exclamó Hallward riéndose.

«Si intentas mirarlo, Basil, palabra de honor que nunca volveré a hablarte de nuevo mientras viva. Hablo totalmente en serio. No te doy ninguna explicación y tú no me pedirás ninguna. Pero, recuerda, si tocas este biombo, todo ha terminado entre nosotros.»

Hallward estaba atónito. Miró a Dorian Gray con un asombro absoluto. No le había visto así antes. El muchacho estaba pálido de rabia. Sus manos estaban apretadas y las pupilas de sus ojos eran como discos de fuego azul. Estaba temblando.

«¡Dorian!»

«¡No hables!»

«Pero, ¿qué pasa? Por supuesto que no lo miraré si tú no quieres —dijo con bastante frialdad, girando sobre sus talones y yendo hacia la ventana—. Pero realmente me parece bastante absurdo no ver mi propia obra, especialmente porque voy a exhibirla en París en otoño. Probablemente tendré que darle otra capa de barniz antes de eso, así que tengo que verlo algún día. ¿Y por qué no hoy?»

«¡Exhibirlo! ¿Quieres exhibirlo?», exclamó Dorian Gray, sacudido por una extraña sensación de terror. ¿Iba a ver el mundo su secreto? ¿Se iba a quedar boquiabierta la gente ante la desgracia de su vida? Eso era imposible. Algo tenía que hacer y no sabía el qué.

«Sí, supongo que no te opondrás a eso. Georges Petit va a reunir mis mejores cuadros para una exposición especial en la Rue de Seze, que abrirá la primera semana de octubre. El retrato sólo estará lejos un mes. Creo que podrás prescindir de él fácilmente durante ese tiempo. De hecho, seguro que estarás fuera de la ciudad. Y si lo guardas siempre detrás de un biombo, no te importará.»

Dorian Gray se pasó la mano por la frente. Había gotas de sudor allí. Sentía que estaba al borde de un peligro horrible. «Me dijiste hace un mes que nunca lo exhibirías —dijo—. ¿Por qué has cambiado de opinión? La gente como tú que adopta firmeza en su ser tiene exactamente los mismos caprichos que los demás. La única diferencia es que tus carprichos carecen de bastante sentido. No puedes haber olvidado que me aseguraste solemnemente que nada en el mundo te induciría a enviarlo a ninguna exposición. Dijiste a Harry exactamente lo mismo.» De repente paró y un destello de luz vino a sus ojos. Recordó que lord Henry le había dicho una vez, medio en serio medio en broma: «Si quieres tener un cuarto de hora extraño, consigue que Basil te diga por qué no exhibirá el cuadro. Él me dijo por qué no lo haría y fue una revelación para mí.» Sí, quizá Basil tenía su secreto también. Le preguntaría y lo intentaría.

«Basil —dijo, acercándose bastante y mirándole directamente a la cara—, los dos tenemos un secreto. Déjame saber el tuyo y te contaré el mío. ¿Cuál era la razón para negarte a exhibir el cuadro?»

El pintor se estremeció a pesar de sí mismo. «Dorian, si te lo dijera, te gustaría menos de lo que te gusto y sin duda te reirías de mí. No podría soportar que hicieras ninguna de las dos cosas. Si quieres que nunca mire tu cuadro otra vez, estoy de acuerdo. Siempre te tengo a ti

para mirarte. Si quieres que la mejor obra que he hecho nunca esté oculta al mundo, estoy satisfecho. Tu amistad es más querida para mí que cualquier fama o reputación.»

«No, Basil, tienes que contármelo —insistió Dorian Gray—. Creo que tengo derecho a saberlo.» Su sentimiento de terror había pasado y la curiosidad había ocupado su lugar. Estaba decidido a descubrir el misterio de Basil Hallward.

«Sentémonos, Dorian —dijo el pintor con aspecto preocupado—. Sentémonos. Y sólo contéstame a una pregunta. ¿Has notado algo curioso en el cuadro...? Algo que no te llamara la atención al principio probablemente, pero que se te ha revelado de repente?»

«¡Basil!», gritó el muchacho, apretando los brazos de la silla con manos temblorosas y mirándole con ojos extraviados y asustados.

«Veo que sí. No hables. Espera hasta que te diga lo que tengo que decirte. Dorian, desde el momento en que te conocí, tu personalidad tuvo la influencia más extraordinaria sobre mí. Estaba dominado por ti en alma, cerebro y facultades. Te convertiste para mí en la encarnación visible de ese ideal invisible cuya memoria perseguimos los artistas como un sueño exquisito. Te adoraba. Me hice celoso de cualquiera que te hablara. Quería tenerte todo para mí. Sólo era feliz cuando estaba contigo. Cuando te alejabas de mí tú estabas todavía presente en mi arte... Por supuesto nunca permití que supieras nada de esto. Hubiera sido imposible. No lo hubieras comprendido. Apenas lo comprendo yo mismo. Sólo sabía que había visto la perfección cara a cara y que el mundo se había hecho maravilloso a mis ojos, demasiado maravilloso, quizá, porque en estas adoraciones desenfrenadas hay peligro, el peligro de perderlas, que no es menor que el peligro de mantenerlas... Pasaron semanas y semanas, yo crecía más y más absorto en ti. Luego vino un nuevo desarrollo. Yo te había pintado como a Paris con armadura primorosa, y como a Adonis con manto de cazador y jabalina pulida. Coronado con abundantes ramos de loto tú te habías sentado sobre la proa de la barcaza de Adriano, contemplando el Nilo verde y turbio. Tú te habías inclinado sobre el estanque tranquilo de algún bosque griego y habías mirado en el silencio del agua plateada la maravilla de tu propio rostro. Y hubiera sido todo lo que sería el arte, inconsciente, ideal y remoto. Un día, un día fatídico pensaba algunas veces, decidí pintar un retrato tuyo maravilloso como lo eres ahora, no con las ropas de épocas muertas, sino con nuestra propia ropa y en nuestra propia época. No puedo decir si fue el realismo del método o el mero asombro de tu propia personalidad; así se presentó a mí, directamente, sin bruma ni velo. Pero sé que como yo lo trabajé, cada parte y cada capa de color me parece que revela mi secreto. Creció mi miedo de que otros conocieran mi idolatría. Siento, Dorian, que he contado demasia-

do, que he puesto demasiado de mí mismo en él. Luego fue cuando decidí no permitir nunca que se exhibiera el cuadro. Tú estabas un poco enfadado, pero luego no te diste cuenta de todo lo que significaba para mí. Harry, a quien le hablé de esto, se rió de mí. Pero no me importó. Cuando terminé el cuadro y me senté yo solo con él, sentí que tenía razón... Bueno, después de unos días abandonó mi estudio y, tan pronto como me deshice de la fascinación inadmisible de su presencia, me pareció que yo había sido un loco imaginando que había visto algo en él, más de lo que tiene tu buena apariencia y que yo supe pintar. Incluso ahora no puedo evitar sentir que es un error pensar que la pasión que uno siente en la creación está siempre demostrada en realidad en la obra que creas. El arte es siempre más abstracto de lo que imaginamos. La forma y el color no hablan de la forma y el color: eso es todo. A menudo me parece que el arte oculta al artista mucho más de lo que siempre le revela. Así que cuando me llegó esta oferta de París, decidí hacer de tu retrato la obra principal de mi exposición. Nunca se me hubiera ocurrido que te negaras. Veo ahora que es verdad. El cuadro no se mostrará. No tienes que enfadarte conmigo, Dorian, por lo que te he dicho. Como dije a Harry una vez, tú estás hecho para ser adorado.»

Dorian Gray respiró hondo. El color volvió a sus mejillas y una sonrisa jugueteó en sus labios. El peligro había terminado. Estaba seguro de momento. Sin embargo, no podía evitar el sentimiento de una infinita lástima por el pintor que acababa de hacerle esta confesión tan extraña y se preguntaba si él estaría alguna vez tan dominado por la personalidad de un amigo. Lord Henry tenía atractivo para ser muy peligroso. Pero eso era todo. Era demasiado listo y demasiado cómico para estar realmente encantado. ¿Habría alguien alguna vez que le llenara de esta idolatraría extraña? ¿Sería una de las cosas que le tenía reservada la vida?

«Me parece extraordinario, Dorian —dijo Hallward—, que hubieras visto esto en el retrato. ¿Lo has visto realmente?»

«Vi algo en él —contestó—, algo que me pareció muy curioso.»

«Bueno, ahora no te importará que lo mire.»

Dorian sacudió la cabeza. «No debes pedirme eso, Basil. Es posible que no pudiera dejarte estar en pie delante de ese cuadro.»

«Lo harás algún día, seguro.»

«Nunca.»

«Bueno, quizá tengas razón. Y ahora adiós, Dorian. Tú has sido la única persona de mi vida que realmente ha influido en mi arte. Cualquier cosa que haya hecho buena te lo debo a ti. ¡Ah! No sabes lo que me costó contarte todo lo que te he contado.»

«Mi querido Basil —dijo Dorian—, ¿qué me has contado? Simplemente que sentiste que me admirabas demasiado. Eso no es ni siquiera un cumplido.»

«No tenía la intención de que fuera un cumplido. Era una confesión. Ahora que la he hecho, parece que algo se ha ido de mí. Quizá uno nunca debiera poner en palabras su adoración por alguien.»

«Es una confesión muy decepcionante.»

«¿Por qué? ¿Qué esperabas, Dorian? No viste nada más en el cuadro, ¿verdad? ¿No hay nada más que ver?»

«No, no hay nada más que ver. ¿Por qué lo preguntas? Pero no tienes que hablar de adoración. Es descabellado. Tú y yo somos amigos, Basil, y tenemos que mantenernos así siempre.»

«Tú tienes a Harry», dijo el pintor con tristeza.

«¡Oh, Harry! —exclamó el muchacho con un murmullo de risa—. Harry pasa sus días diciendo lo que es increíble y sus tardes haciendo lo que es improbable. Justo el tipo de vida que me gustaría llevar. Pero todavía creo que no acudiría a Harry si tuviera problemas. Antes iría a ti, Basil.»

«¿Posarás para mí otra vez?»

«¡Imposible!»

«Echarás a perder mi vida de artista con tu negativa, Dorian. Ningún hombre va tras dos ideales. A pocos se le cruza uno.»

«No puedo explicártelo, Basil, pero nunca podré posar para ti otra vez. Hay algo funesto en el retrato. Tiene vida propia. Iré a tomar el té contigo. Será igual de agradable.»

«Agradable para ti, me temo —dijo entre dientes Hallward con pesar—. Y ahora adiós. Siento que no me permitas ver el cuadro una vez más. Pero no se puede evitar. Entiendo muy bien lo que sientes por él.»

Cuando abandonó la habitación, Dorian Gray se sonrió a sí mismo. ¡Pobre Basil! ¡Qué poco sabía de la auténtica razón! Y qué extraño era que, en vez de haber sido forzado a revelar su propio secreto, ¡él había tenido éxito, casi por casualidad, en arrancar un secreto de su amigo! ¡Cuánto le explicaba a él esa extraña confesión! La absurda capacidad para los celos del pintor, su devoción ardiente, sus panegíricos extravagantes, sus reservas curiosas; él las comprendía todas ahora y se compadeció. Le parecía que era algo trágico en una amistad tan llena de romanticismo.

Suspiró y tocó la campanilla. El retrato tenía que estar oculto a toda costa. No podía correr el riesgo de que se descubriera de nuevo. Había sido una locura por su parte permitir que permaneciera, ni siquiera durante una hora, en una habitación a la que cualquiera de sus amigos tenía acceso.

CAPÍTULO X

Cuando entró su sirviente le miró fijamente y se preguntó si él habría pensado en asomarse detrás del biombo. El hombre estaba completamente impasible y esperaba sus órdenes. Dorian encendió un cigarrillo, se acercó al espejo y lo observó. Podía ver el reflejo de la cara de Víctor perfectamente. Era como una máscara apacible de servilismo. No había nada que temer allí. Sin embargo, pensó que estaría mejor bajo su protección.

Hablando muy despacio, le comentó que dijera al ama de llaves que quería verla y que luego fuera al que hacía los marcos y le pidiera que enviara a dos de sus hombres en seguida. Le pareció que, según abandonaba la habitación, sus ojos se desviaban en la dirección del biombo. ¿O era simplemente su propia imaginación?

Después de unos minutos, la señora Leaf, con su vestido de seda negra y con manoplas anticuadas ensartadas en sus manos arrugadas, se apresuró a entrar en la biblioteca. Él le pidió la llave de la sala de clase.

«¿La vieja sala de clase, señor Dorian? —exclamó—. Porque está llena de polvo. Tengo que arreglarla y ponerla en orden antes de que entre. No está en condiciones para que la vea, señor. No lo está, seguro.»

«No quiero ponerla en orden, Leaf. Sólo quiero la llave.»

«Bien, señor, se llenará de telarañas si entra. No se ha abierto desde hace casi cinco años, desde que murió su señoría.»

Él hizo una mueca de dolor ante la mención de su abuelo. Tenía recuerdos odiosos de él. «No importa —contestó—. Sólo quiero ver el lugar, eso es todo. Déme la llave.»

«Pues aquí está la llave, señor —dijo la anciana, volcando el contenido de su manojo con manos inseguras y temblorosas—. Aquí está la llave. La sacaré del manojo en un momento. Pero ¿no pensará quedarse allí, señor, con lo cómodo que está aquí?»

«No, no —protestó malhumorado—. Gracias Leaf. Eso haré.»

Ella se quedó un momento charlando sobre algunos detalles domésticos. Él suspiró y le dijo que actuara como pensaba que era mejor. Ella abandonó la habitación con una gran sonrisa.

Una vez que se cerró la puerta Dorian puso la llave en su bolsillo y miró alrededor de la habitación. Sus ojos se fijaron en una gran colcha de raso púrpura con abundantes bordados en oro, una pieza espléndida de estilo veneciano tardía del siglo xvii que su abuelo había encontrado en un convento cerca de Bolonia. Sí, serviría para envolver el objeto espantoso. Quizá habría servido a menudo de paño mortuorio para los difuntos. Ahora iba a esconder algo que tenía corrupción en sí mismo, peor que la propia corrupción de la muerte, algo que alimentaría horrores y sin embargo nunca moriría. Lo que los gusanos eran para el cuerpo, serían sus pecados para la imagen pintada en el lienzo. Estropearían su belleza y se comerían su gracia. Lo profanarían y lo harían vergonzoso. Y sin embargo el objeto todavía vivirían. Siempre estaría vivo.

Él se estremeció y por un momento se arrepintió de no haberle contado a Basil la verdadera razón por la que deseaba esconder el cuadro. Basil le hubiera ayudado a resistir la influencia de lord Harry y las influencias todavía más peligrosas que surgirían de su propio temperamento. El amor que le perforaba, porque realmente era amor, no tenía nada en él que no fuera noble e intelectual. No era mera admiración física de la belleza que nace de los sentidos y que muere cuando los sentidos se cansan. Era un amor como el que habían conocido Miguel Ángel y Montaigne, y Winckelmann, y el mismo Shakespeare. Sí, Basil podía haberle salvado. Pero ahora era demasiado tarde. El pasado siempre podía aniquilarse. El arrepentimiento, el rechazo o el olvido podían hacer eso. Pero el futuro era inevitable. Había pasiones en él que encontrarían terribles salidas, sueños que ensombrecerían su auténtica perversidad.

Cogió del sofá la gran textura de púrpura y oro que lo cubría y, sosteniéndolo en sus manos, pasó delante del biombo. ¿Era el rostro del lienzo más vil que antes? Le parecía que no había cambiado y, sin embargo, se intensificó su aversión hacia él. Cabello dorado, ojos azules y labios de rosa roja, todo estaba allí. Era solamente la expresión la que había cambiado. Era horrible su crueldad. Comparado con lo que vio en él de censura o reproche, ¡qué superficiales habían sido los reproches de Basil sobre Sibyl Vane! ¡Qué superficiales y de tan poca importancia! Su propia alma le estaba mirando desde el lienzo y le llamaba a juicio. Una mirada de dolor le atravesó y echó el rico paño mortuorio sobre el cuadro. Según hacía esto llamaron a la puerta. Salió al tiempo que entraba su sirviente.

«Los operarios están aquí, señor.»

Pensó que debía deshacerse del hombre en seguida. No tenía que permitir que supiera adónde iban a llevar el cuadro. Había algo malicioso en él y tenía ojos atentos y traicioneros. Sentándose en el escritorio, escribió deprisa una nota a lord Henry para pedirle que le enviara

algo para leer y recordándole que iban a encontrarse a las ocho y cuarto esa tarde.

«Espera contestación —dijo mientras se la daba—, y muéstrame a los hombres.»

A los dos o tres minutos llamaron otra vez; el mismo señor Hubbard, el famoso fabricante de marcos de la calle South Audley, entró con un empleado joven con apariencia un poco ruda. El señor Hubbard era un hombre pequeño colorado con patillas rojizas, cuya admiración por el arte se había moderado considerablemente por la mayoría de los artistas pobres empedernidos que trataban con él. Normalmente nunca abandonaba la tienda. Esperaba que la gente fuera a él. Pero siempre hacía una excepción con Dorian Gray. Había algo en Dorian Gray que encantaba a todo el mundo. Era un placer incluso verle.

«¿Qué puedo hacer por usted, señor Gray? —dijo frotándose sus manos gruesas y pecosas—. Pensé en hacerme el honor de venir en persona. Acabo de conseguir una belleza de marco, señor. Cogido en una subasta. Florentino antiguo. Viene de Fonthill, creo. Apropiado de forma admirable para un tema religioso, señor Gray.»

«Siento mucho que se haya tomado la molestia de venir, señor Hubbard. Sin duda pasaré y veré el marco, aunque no me dedico mucho actualmente al arte religioso, pero hoy sólo quiero que trasladen un cuadro a la parte de arriba de la casa. Es bastante pesado, así que pensé en pedirle prestados a dos de sus hombres.»

«No hay problema, señor Gray. Estoy encantado de serle de algún servicio. ¿Cuál es la obra de arte?»

«Ésta —respondió Dorian moviendo el biombo—. Puede moverlo tal como está, cubierto y todo. No quiero que se estropee escaleras arriba.»

«No habrá dificultad, señor —dijo el afable fabricante de marcos, comenzando a descolgar el cuadro, con la ayuda de su empleado, de las largas cadenas de cobre amarillo de las que estaba suspendido—. Y ahora, ¿adónde lo trasladaremos, señor Gray?»

«Le mostraré el camino, señor Hubbard, si tiene la amabilidad de seguirme. O quizá mejor vaya delante. Es justo en la parte más alta de la casa. Subiremos por la escalera principal, ya que es más ancha.»

Mantuvo la puerta abierta y salieron ellos a la entrada y comenzaron a ascender. La elaboración del marco había hecho al cuadro extremadamente pesado, y de cuando en cuando, a pesar de las protestas obsequiosas del señor Hubbard, que tenía la auténtica aversión fogosa del hombre de negocios de ver al caballero haciendo algo útil, Dorian les echó una mano para ayudarles.

«Buena carga para transportar, señor», jadeó el hombre pequeño cuando alcanzó el suelo de la parte de arriba. Y se limpió la frente brillante.

«Me temo que es bastante pesado», murmuró Dorian, según abría con la llave la puerta que daba a la habitación que iba a guardar por él el curioso secreto de su vida y ocultar su alma a los ojos de los hombres.

Él no había entrado en el lugar desde hacía más de cuatro años, de hecho desde que la había utilizado primero como cuarto de juegos cuando era un nino y luego como estudio cuando se hizo algo más mayor. Era una habitación grande y bien proporcionada, construida especialmente por el último lord Kelso para el uso de su pequeño nieto a quien, por su extraño parecido con su madre, y también por otras razones, él siempre había odiado y deseado mantener a distancia. Le pareció a Dorian que había cambiado muy poco. Había una enorme *cassone* italiana, con sus paneles pintados fantásticamente y sus molduras doradas deslustradas en las que se había escondido tantas veces cuando era un nino. Allí estaba la estantería de satén llena de sus libros escolares sobados. En la pared de detrás estaba colgado el mismo tapiz flamenco deshilachado, donde un rey y una reina descoloridos jugaban al ajedrez en un jardín, mientras un grupo de halconeros pasaban a caballo y llevaban pájaros tapados sobre sus muñecas enguantadas. ¡Qué bien recordaba todo aquello! Cada momento de su infancia solitaria volvía a él según miraba alrededor. Se acordaba de la pureza inmaculada de su vida infantil y le parecía horrible que fuera aquí donde iba a ocultar el retrato funesto. En aquellas horas muertas, ¡qué poco había pensado en todo lo que había en reserva para él!

Pero no había otro lugar en la casa como éste tan seguro de los ojos fisgones. Él tenía la llave y nadie más podía entrar allí. Bajo el paño mortuorio púrpura, el rostro pintado sobre el lienzo podía hacerse bestial, embrutecido y sucio. ¿Qué importaba? Nadie podría verlo. Él tampoco lo vería. ¿Por qué iba a mirar la corrupción repugnante de su alma? Él mantenía su juventud, eso era suficiente. Y, por otro lado, ¿no podría mejorar su carácter, después de todo? No había razón para que el futuro estuviera tan lleno de vergüenza. Algún amor cruzaría por su vida y le purificaría y le escudaría de esos pecados que parecían estar ya provocándole en espíritu y en carne, esos curiosos pecados indescriptibles cuyo verdadero misterio les presta su sutileza y su encanto. Quizá, algún día, el aspecto cruel de la boca sensual escarlata desaparecería y él mostraría al mundo la obra maestra de Basil Hallward.

No, eso era imposible. Hora tras hora, semana tras semana, la criatura del lienzo se haría más vieja. Escaparía a la fealdad espantosa del pecado, pero la fealdad espantosa de la edad estaba reservada para él. Las mejillas se hundirían y se harían flácidas. Patas de gallo amarillen-

tas ribetearían los ojos apagados y los haría horribles. El pelo perdería su brillo, la boca se entreabriría o se inclinaría, sería descabellada o enorme, como las bocas que tienen los ancianos. Allí estaría el cuello arrugado, las manos frías y con venas azules, el cuerpo desfigurado, que él recordaba en su abuelo, el cual había sido tan severo con él en su infancia. El cuadro tenía que ocultarse. No había otro remedio.

«Métalo, señor Hubbard, por favor —dijo dándose la vuelta con cansancio—. Siento retenerle tanto tiempo. Estoy pensando en algo más.»

«Siempre me alegro de tener un descanso, señor Gray —contestó el fabricante de marcos que todavía estaba jadeando al respirar—. ¿Dónde lo pondremos?»

«¡Oh!, en cualquier parte. Aquí estará bien. No quiero tenerlo colgado. Sólo apóyelo sobre la pared. Gracias.»

«¿Me permite que mire la obra de arte, señor?»

Dorian se sobresaltó. «No es interesante para usted, señor Hubbard —dijo manteniendo la mirada sobre el hombre. Se sentía preparado para saltar sobre él y tirarle al suelo si él se atrevía a levantar el magnífico paño que ocultaba el secreto de su vida—. No le molestaré más ahora. Le agradezco mucho su amabilidad al venir.»

«No hay de qué, no hay de qué, señor Gray. Siempre dispuesto a hacer algo por usted, señor.» Y el señor Hubbard bajó las escaleras haciendo ruido, seguido de su empleado, quien se volvió a observar a Dorian con una expresión de asombro tímida en su rostro rudo y falto de gracia. Nunca había visto a alguien tan maravilloso.

Cuando el sonido de sus pasos había desaparecido a lo lejos, Dorian cerró con llave la puerta y puso la llave en su bolsillo. Ahora se sentía seguro. Nunca vería nadie el horrible objeto. Ningún ojo excepto el suyo vería nunca su vergüenza.

Al llegar a la biblioteca se encontró que eran ya más de las cinco y habían traído el té. Sobre una mesita de madera oscura perfumada con incrustaciones de nácar, regalo de lady Radley, la esposa de su tutor, una hermosa profesional inválida que había pasado el invierno anterior en El Cairo, había una nota de lord Henry y al lado de ella un libro encuadernado en papel amarillo, la cubierta ligeramente rasgada y los bordes sucios. Habían colocado una copia de la tercera edición de *The St. James's Gazette* sobre la bandeja del té. Era evidente que Víctor había regresado. Se preguntaba si se habría encontrado a los hombres en la entrada según dejaban la casa y si les habría insinuado a ellos para que dijeran qué habían estado haciendo. Seguramente echaría de menos el cuadro, sin duda ya lo había echado de menos, mientras estuvo colocando los utensilios de té. No había colocado el biombo y un espacio en blanco era visible sobre la pared. Quizá alguna noche le encontraría

deslizándose escaleras arriba para intentar forzar la puerta de la habitación. Era algo horrible tener un espía en tu propia casa. Había oído a hombres ricos que algún sirviente les había hecho chantaje durante toda la vida, por haber leído una carta o haber escuchado una conversación, o haber recogido una tarjeta con una dirección, o haber encontrado debajo de la almohada una flor seca, o un trozo de encaje arrugado.

Él suspiró y, habiéndose derramado un poco de té encima, abrió la nota de lord Henry. Era simplemente para decirle que le había enviado el periódico de la tarde y un libro que le interesaría y que estaría en el club a las ocho y cuarto. Abrió *The St. James's* lánguidamente y le echó una mirada. Una marca de lápiz rojo en la página cinco le llamó la atención. Prestó atención al siguiente párrafo:

«INVESTIGACION SOBRE UNA ACTRIZ.—El señor Danby, coronel del Distrito, llevó a cabo una investigación esta mañana en Bell Tavern, Hoxton Road, sobre el cuerpo de Sibyl Vane, una joven actriz recientemente contratada por el Teatro Real, Holbord. Se dictó un veredicto de muerte por accidente. Expresó su condolencia a la madre de la difunta, que estuvo muy afectada mientras hacía su propia declaración, así como el doctor Birrel, que había hecho el examen *post mortem* a la difunta.»

Él frunció el ceño y, rasgando el periódico en dos, atravesó la habitación y tiró los trozos. ¡Qué feo era todo! ¡Y qué horrible y auténtica fealdad creaban las cosas! Se sintió un poco enfadado con lord Henry por haberle enviado el reportaje. Y había sido realmente estúpido por su parte haberlo marcado con lápiz rojo. Víctor podía haberlo leído. El hombre sabía inglés más que suficiente para eso.

Quizá lo hubiera leído y hubiera empezado a sospechar algo. Y, aun así, ¿qué importaba? ¿Qué tenía que ver Dorian Gray con la muerte de Sibyl Vane? No había nada que temer. Dorian Gray no la había matado.

Su mirada recayó sobre el libro amarillo que le había enviado lord Henry. Se preguntaba qué sería. Fue hacia el velador octogonal color perla que siempre le había parecido a él la obra de alguna abeja egipcia extraña que trabajaba en plata y, cogiendo el volumen, se dejó caer en el sofá y comenzó a pasar las páginas. Después de unos minutos estaba absorto. Era el libro más extraño que había leído nunca. Le parecía que, con una vestimenta exquisita y al delicado son de las flautas, los pecados del mundo pasaban como un espectáculo mudo ante él. Las cosas que había soñado vagamente de repente se le hicieron reales. Las cosas que nunca había soñado se estaban revelando gradualmente.

Era una novela sin argumento y, con un personaje solamente, era, de hecho, simplemente un estudio psicológico de cierto joven parisiense que pasaba su vida intentando realizar en el siglo xix todas las pasiones y formas de pensamiento que pertenecían a cualquier siglo excepto al suyo, y resumir así en sí mismo las distintas formas a través de las cuales el espíritu del mundo ha pasado siempre, amando por su mera artificialidad aquellas renuncias que los hombres han llamado de forma insensata virtud, así como esas rebeliones naturales que los hombres sabios todavía llaman pecado. El estilo en el que estaba escrito era ese curioso estilo adornado, vivo y oscuro al mismo tiempo, lleno de *argot* y de arcaísmos, de expresiones técnicas y de paráfrasis elaboradas que caracterizan la obra de alguno de los artistas más admirables de la escuela francesa de los *simbolistas*. Había en él metáforas tan monstruosas como las orquídeas y tan sutiles de color. La vida de los sentidos se describía en términos de filosofía mística. Algunas veces apenas se sabía si estaba leyendo el éxtasis espiritual de algún santo medieval o las confesiones morbosas de un pecador moderno. Era un libro venenoso. Un fuerte olor a incienso parecía pegarse a las páginas y afectaban al cerebro. La mera cadencia de las oraciones, la monotonía sutil de su música, como si estuviera llena de estribillos complejos y movimientos repetidos de forma elaborada, producían en la mente del muchacho, según pasaba capítulo tras capítulo, una forma de ensueño, una enfermedad de sueño, que no le hizo consciente de que caía el día y se deslizaban las sombras.

Sin nubes y perforado por una estrella solitaria, un cielo verde cobre brilló a través de las ventanas. Él continuó leyendo con su luz débil hasta que no pudo leer más. Luego, después de que le había recordado su ayuda de cámara varias veces que se hacía tarde, se levantó y, entrando en la habitación de al lado, dejó el libro en la mesita florentina que siempre estaba al lado de su cama y comenzó a vestirse para cenar.

Eran casi las nueve cuando llegó al club, donde encontró a lord Henry sentado solo, en la habitación de las mañanas, con aspecto muy aburrido.

«Lo siento mucho, Harry —dijo—, pero en realidad ha sido culpa tuya totalmente. Ese libro que me has enviado me ha fascinado tanto que olvidé cómo pasaba el tiempo.»

«Sí, pensé que te gustaría», contestó su anfitrión levantándose de la silla.

«No he dicho que me gustara, Harry. Dije que me fascinaba. Hay una gran diferencia.»

«¡Ah! ¿Has descubierto eso?», murmuró lord Henry. Y pasaron al comedor.

CAPÍTULO XI

Durante años, Dorian Gray no pudo liberarse de la influencia de este libro. O quizá sería más preciso decir que nunca buscó liberarse a sí mismo de él. Le proporcionaron desde París nada menos que nueve copias de papel grande de la primera edición y las había encuadernado en diferentes colores; de esta forma armonizarían con estados de ánimo varios e imaginaciones cambiantes de un carácter sobre el que parecía, a veces, que casi había perdido totalmente el control. El héroe, el maravilloso joven parisiense, en el que los temperamentos romántico y científico estaban tan extrañamente ligados, se convirtieron para él en una especie de modelo prefigurado de él mismo. Y, de hecho, todo el libro le parecía a él que contenía la historia de su propia vida, escrita antes de que la hubiera vivido.

En cierto punto él era más afortunado que el héroe fantástico de la novela. Él nunca conoció (de hecho, nunca tuvo razón para conocer) el pavor grotesco a los espejos y a las superficies metálicas pulidas, e incluso al agua, a la que se había acercado el joven parisiense tan temprano en su vida, y fue ocasionada por la repentina decadencia de su belleza que, por lo visto, había sido tan destacable una vez. Con una alegría casi cruel (y quizá casi alegría completa, como en realidad la crueldad ocupa su lugar en cada placer) él solía leer la última parte del libro, con un análisis realmente trágico, y algo enfático, sobre la pena y la desesperación de alguien que perdió lo que en otros, y en el mundo, había valorado tanto.

Porque la maravillosa belleza que había fascinado tanto a Basil Hallward, y a muchos otros después de él, parecía que nunca le abandonaría. Incluso aquellos que habían oído las cosas peores en contra de él, y de cuando en cuando corrieron por Londres extraños rumores sobre su forma de vida, que se convirtieron en la charla de los clubes, no podían creer nada de su deshonor cuando le veían. Tenía siempre la mirada del que se mantiene inmaculado al mundo. Los hombres que hablaban groseramente se callaban cuando Dorian Gray entraba en el salón. Había algo en la pureza de su rostro que les reprendía. Su mera presencia parecía recordarles la inocencia que ellos habían mancillado.

Se preguntaban cómo alguien que era tan encantador y con tanta gracia podía haber escapado a la suciedad de una época que era al mismo tiempo sórdida y sensual.

A menudo, al volver a casa de una de esas ausencias misteriosas y prolongadas que daban lugar a conjeturas extrañas entre sus amigos, o pensaban que lo eran, él se deslizaba escaleras arriba hacia la habitación cerrada con llave, abría la puerta con la llave que nunca abandonaba y, en pie, con un espejo delante del retrato que le pintó Basil Hallward, miraba ahora al rostro malvado y envejecido del lienzo, y luego al rostro joven y hermoso que se reía desde el cristal pulido. La agudeza del contraste aceleraba su sensación de placer. Él estaba cada vez más enamorado de su propia belleza y cada vez más interesado en la corrupción de su propia alma. Examinaba minuciosamente, y algunas veces con deleite monstruoso y terrible, las líneas espantosas que surcaban la frente arrugada o avanzaban lentamente alrededor de la boca gruesa y sensual, preguntándose algunas veces cuáles eran más horribles, si las señales del pecado o las señales de la edad. Ponía sus manos blancas al lado de las manos bastas e hinchadas del cuadro y sonreía. Se burlaba del cuerpo deforme y de los labios caídos.

De hecho, había momentos por la noche, cuando estaba tumbado despierto en su habitación delicadamente perfumada, o en la habitación sórdida de la pequeña taberna de mala fama cerca de Docks, que acostumbraba a frecuentar con nombre falso y disfrazado, que pensaba en la desgracia que había llegado a su alma, con una pena que era tanto más patética cuanto que era puramente egoísta. Pero momentos como éstos eran raros. Esa curiosidad por la vida que lord Henry le avivó por primera vez cuando estaban sentados juntos en el jardín de su amigo parecía incrementarse con satisfacción. Cuanto más conocía, más deseaba conocer. Tenía locos apetitos que crecían más voraces según los alimentaba.

Sin embargo, no era realmente desconsiderado, al menos en sus relaciones con la sociedad. Una o dos veces al mes durante el invierno, y todos los miércoles por la tarde mientras duraba la estación, abría al mundo su hermosa casa y tenía a los músicos más célebres del momento para encantar a sus invitados con las maravillas de su arte. Sus pequeños banquetes, en cuyos preparativos siempre le ayudaba lord Henry, eran famosos tanto por la cuidadosa selección y colocación de los invitados, como por el exquisito gusto que mostraba en la decoración de la mesa, con sus sutiles combinaciones sinfónicas de flores exóticas, manteles bordados y platos antiguos de oro y plata. De hecho, había muchos, especialmente entre los más jóvenes, que veían o imaginaban ver en Dorian Gray la verdadera realización de un modelo que ellos habían soñado con frecuencia en sus días de Eton y Oxford, un mode-

lo que era para combinar algo de la cultura auténtica de un erudito con toda la gracia, distinción y modales perfectos de un ciudadano del mundo. A ellos les parecía que era uno de los compañeros a los que describe Dante y que buscaba «hacerse perfecto por la adoración a la belleza». Como Gautier, era uno de aquellos para quienes «existía el mundo visible».

Y, sin duda, para él la vida misma era lo primero, lo más grande de las artes y por ello el resto de las artes parecía ser sólo una preparación de ella. La moda, por la cual lo que es realmente fantástico se convierte en universal por un momento, y el dandismo, que, a su manera, es un intento de afirmar la modernidad absoluta de la belleza, tenía, por supuesto, su fascinación para él. Su forma de vestir, y su estilo particular que afectaba de cuando en cuando, tenía una influencia notable en los jóvenes elegantes de los bailes de Mayfair y de las ventanas del club Pall Mall, que le copiaban todo lo que hacía e intentaban reproducir el encanto fortuito de su gracia, aunque para él eran sólo afectaciones poco serias.

Porque, aunque estaba demasiado preparado para aceptar la posición de su mayoría de edad, que le ofrecieron casi de inmediato, y encontrase, de hecho, un placer sutil al pensar que realmente se convertiría para el Londres de su época en lo que había sido el autor del *Satiricón* en la Roma imperial de Nerón, sin embargo en lo más hondo de su corazón deseaba ser algo más que un mero *árbitro de la elegancia* para que le consultaran cómo llevar puesta una joya o el nudo de una corbata, o el manejo de un bastón. Buscaba crear algún esquema de vida nuevo que tuviera su filosofía razonada y sus principios ordenados, y descubrir en la espiritualidad de los sentidos su realización más elevada.

La adoración a los sentidos ha sido criticada a menudo, y con mucha justicia. Hombres que sienten un instinto de terror natural sobre las pasiones y sensaciones que parecen más fuertes que ellos mismos, y que ellos son conscientes de que los comparten con las formas organizadas de existencia menos elevadas. Pero a Dorian Gray le parecía que la verdadera naturaleza de los sentidos nunca se ha comprendido, y que ellos habían permanecido salvajes y animales simplemente porque el mundo había pretendido matarlos de hambre en la sumisión o matarlos de dolor, en vez de ayudar a hacerles elementos de una espiritualidad nueva, de la cual un fino instinto por la belleza sería la característica dominante. Según miraba al hombre moviéndose a través de la historia, se vio atrapado por un sentimiento de pérdida. ¡Cuántos fueron vencidos! ¡Y con qué propósito tan pequeño! Había habido rechazos locos y deliberados, formas monstruosas de torturarse a sí mismo y de negarse a sí mismo, cuyo origen era el temor y cuyo resultado era una degradación desde la cual, en su ignorancia, habían tratado de esca-

par; la naturaleza, con su ironía maravillosa, fuerza al anacoreta a alimentarse con los animales salvajes del desierto y da a los eremitas las bestias de campo como compañeros.

Sí, iba a ser, como había profetizado lord Henry, un nuevo hedonismo que iba a recrear la vida y salvarla de esa severidad, el puritanismo falto de gracia que está resurgiendo de forma curiosa en nuestros días. Sin duda iba a ser un servicio del intelecto; sin embargo, no iba a aceptar nunca una teoría o sistema que incluyera el sacrificio como forma de experiencia apasionada. Su fin iba a ser la experiencia misma, y no los frutos de la experiencia, dulces o amargos como solían ser. Del asceticismo que extingue los sentidos, y del libertinaje vulgar que los embota, no se iba a saber nada. Sin embargo, se iba a enseñar al hombre a concentrarse sobre los momentos de la vida que por sí sola dura un momento.

Pocos de nosotros no se han despertado antes del alba algunas veces, o después de una de esas noches sin sueños que casi nos hacen enamorarnos de la muerte, o una de esas noches de terror y alegría deformada, cuando por las habitaciones del cerebro se arrastran fantasmas más horribles que la realidad misma e impulsados por esa vida intensa que se esconde en todo lo grotesco y que presta al arte gótico su sufrida vitalidad, ya que uno pudiera imaginarse que este arte es especialmente el arte de aquellos cuyas mentes han sido turbadas por la enfermedad del ensueño. Progresivamente los dedos blancos se deslizaban por las cortinas y parecían temblar. Sombras mudas se arrastraban a los rincones de la habitación con formas negras fantásticas y se ponían en cuclillas allí. Afuera se oían los pájaros que cantaban entre las hojas o el sonido de los hombres que iban a sus trabajos, o el susurro y el sollozo del viento que bajaba de las colinas y vagaba por la silenciosa casa, como si temiera despertar a los que dormían, y que luego tendrían que llamar al sueño en su cueva púrpura. Se levantaba un velo tras otro de gasa fina y oscura, y poco a poco se restauraban las formas y colores de las cosas y vemos el amanecer rehaciendo al mundo con su antiguo modelo. Los espejos lívidos obtienen de nuevo su vida de imitación. Las velas sin llama están colocadas donde las habíamos dejado, y al lado de ellas apoyado el libro medio interrumpido que hemos estado estudiando o la flor con alambre que habíamos llevado al baile, o la carta que hemos temido leer o que hemos leído tantas veces. Nada parece que haya cambiado. Fuera de las sombras irreales de la noche regresa la vida real que habíamos conocido. Tenemos que volver a tomarla desde donde la habíamos dejado y se apodera de nosotros un sentimiento horrible de necesidad de que continúe la energía en el mismo círculo de costumbres estereotipadas y aburridas, o quizá un anhelo salvaje de que nuestros párpados se abran alguna mañana en

un mundo que hubiera sido remodelado de nuevo en la oscuridad para placer nuestro, un mundo en el que las cosas tuvieran formas y colores nuevos, y cambiado y con otros secretos, un mundo en el que el pasado tendrían un lugar muy pequeño o ninguno, o sobreviviera de todos modos en una forma inconsciente de obligación o arrepentimiento, ya que hasta la rememoración de la alegría tiene su amargura y los recuerdos del placer tienen sus penas.

Era la creación de mundos como éstos lo que Dorian Gray parecía tener como verdadero objetivo, o entre los objetivos verdaderos de su vida, y en su búsqueda de sensaciones que serían al mismo tiempo nuevas y deliciosas, y que poseyeran ese elemento de extrañeza que tan esencial es en la novela, a menudo adoptaría ciertos modos de pensamiento que sabía que serían totalmente extraños a su carácter, abandonándose a sus influencias sutiles, y luego, habiendo cogido su color y satisfecho su curiosidad intelectual, como así sería, las abandonaría con esa indiferencia curiosa que no es incompatible con un ardor auténtico de sensibilidad, y que de hecho, de acuerdo con ciertos psicólogos modernos, es a menudo una de sus condiciones.

Una vez se rumoreó de él que iba a abrazar la comunión católica romana y desde luego el ritual romano por el que siempre había sentido una gran atracción. El sacrificio diario, en realidad más horrible que todos los sacrificios del mundo antiguo, le conmovió tanto por su rechazo magnífico al testimonio de los sentidos como por la primitiva sencillez de sus elementos y el patetismo eterno de la tragedia humana que trataba de simbolizar. Le encantaba arrodillarse en las frías losas de mármol y observar al sacerdote, con su rígida dalmática adornada con flores, que despacio con sus blancas manos movía a un lado el velo del tabernáculo o alzaba la custodia enjoyada y con forma de farol que contiene la pálida hostia que, a veces, uno creería pensar que es realmente el *panis caelestis*, el pan de los ángeles, o, ataviado con las vestiduras de la Pasión de Cristo, partiendo la hostia en el cáliz y dando golpes de pecho por sus pecados. Los incensarios humeantes, a los que unos niños solemnes, vestidos de rojo y con encajes, balanceaban en el aire como grandes flores doradas, tenían una sutil fascinación para él. Según salía, solía mirar con asombro a los confesionarios negros y sentarse largo rato a la sombra oscura de alguno de ellos y escuchar a los hombres y mujeres susurrar a través del resistente enrejado la verdadera historia de sus vidas.

Pero nunca cayó en el error de detener su desarrollo intelectual por la aceptación formal de alguna creencia o sistema, o de equivocarse, para una casa en la que vivir, una morada que es confortable sólo para permanecer una noche, o durante unas pocas horas de una noche en la que no hay estrellas y la Luna está fatigada. El misticismo, con su mara-

villoso poder para hacernos comunes las cosas que son extrañas para nosotros, y la antinomia sutil que siempre parece acompañarle, le conmovió durante una época, y durante una época se inclinó por las doctrinas materialistas del movimiento *Darwinismus* de Alemania, y descubrió un curioso placer en calcar los pensamientos y pasiones de los hombres en alguna celda nacarada del cerebro. O algún nervio blanco del cuerpo, deleitándose en la concepción de la dependencia absoluta del espíritu sobre ciertas condiciones físicas, morbosas o sanas, normales o enfermas. Sin embargo, como habían dicho antes de él, ninguna teoría de la vida le parecía tan importante en comparación con la vida misma. Tenía una profunda conciencia de lo estéril que era toda una especulación intelectual cuando se la separa del acto y del experimento. Sabía que los sentidos, no menos que el alma, tienen que revelar sus misterios espirituales.

Luego se dedicó a estudiar perfumes, y los secretos de su elaboración, destilando aceites de perfume fuerte y quemando gomas olorosas del Oriente. Vio que no había un estado de ánimo que no tuviera su complemento en la vida sensorial, y le permitió descubrir sus relaciones auténticas, preguntándose qué hacía místico al incienso y qué había en el ámbar gris para que agitara las pasiones, y en las violetas para que despertara el recuerdo de romances muertos, y en el almizcle que embotaba el cerebro y en el *champak* que da color a la imaginación; a menudo buscaba elaborar una verdadera psicología de perfumes y estimar las influencias varias de las raíces de olor dulce y de las flores perfumadas cargadas de polen, de bálsamos aromáticos y de maderas oscuras y fragantes, del nardo que hace enfermar, de la *hovenia* que hace enloquecer a los hombres y de los aloes de los que se dice que son capaces de expulsar del alma la melancolía.

En otra época se dedicó devotamente y por entero a la música, y en una gran habitación con celosías, con techo color bermellón y dorado y las paredes lacadas en verde oliva, solía dar conciertos singulares, en los cuales locas gitanas arrancaban una música salvaje de pequeñas cítaras, o tunecinos serios con chales amarillos hacían punteos en las cuerdas tirantes de laúdes monstruosos, mientras que negros burlones golpeaban monótonamente tambores de cobre y, agachados sobre esteras escarlatas, indios delgados con turbantes soplaban largas pipas de caña o cobre amarillo, y encantaban, o simulaban encantar, grandes serpientes encapuchadas y horribles víboras cornudas. Los intervalos discordantes y las disonancias agudas de la música bárbara le excitaban a veces cuando la gracia de Schubert, la hermosa tristeza de Chopin y las armonías potentes del mismo Beethoven caían distraídamente sobre sus oídos. Él reunía de todas las partes del mundo los instrumentos más extraños que podía encontrar, o en las tumbas de naciones muertas o

entre las pocas tribus salvajes que habían sobrevivido al contacto con las civilizaciones occidentales, y le encantaba tocarlos y probarlos. Tenía el misterioso *juruparis* de los indios de Río Negro, que a las mujeres no les estaba permitido mirar y que incluso los jóvenes no debían ver hasta que hubieran sido sometidos al ayuno y al tormento, y las jarras de barro peruanas que tienen el sonido agudo de los cantos de los pájaros, y flautas de huesos humanos como las que oyó Alfonso de Ovalle en Chile, y los sonoros jaspes verdes que se encuentran cerca de Cuzco y producen una nota de singular dulzura. Tenía calabazas pintadas llenas de guijarros que sonaban cuando se las agitaba: el largo clarín de los mejicanos, en el que no sopla el intérprete, sino que inhala el aire; el *ture* basto de las tribus amazónicas, al que hacen sonar los centinelas que están sentados todo el día sobre árboles altos, y se dice que se les puede oír a una distancia de tres leguas; el *teponaztli*, que tiene dos lengüetas de madera que vibran y que se golpean con dos palitos untados de goma elástica que se obtiene del jugo lechoso de plantas; las *yotl* o campanas de los aztecas, que están colgadas en racimos como las uvas, y un enorme tambor cilíndrico, cubierto de piel de grandes serpientes, como la que vio Bernal Díaz cuando entró con Cortés en un templo mejicano, y de cuyo sonido triste nos ha dejado una descripción tan viva. El carácter fantástico de estos instrumentos le fascinaba, y sentía un placer curioso al pensar que el arte, como la naturaleza, tiene sus monstruos, cosas en forma de bestia y con voces espantosas. Sin embargo, después de un tiempo, se cansó de ellas, y se sentaba en su palco de la Ópera, solo o con lord Henry, a escuchar absorto de placer *Tannhauser* y a ver en el preludio de esta gran obra de arte una presentación de la tragedia de su propia alma.

En una ocasión se dedicó al estudio de las joyas, y apareció en un baile disfrazado de Anne de Joyeuse, almirante de Francia, con un traje cubierto con quinientas sesenta perlas. Esta afición le cautivó durante años; de hecho, se podía decir que nunca la abandonó. Con frecuencia pasaba un día entero colocando y descolocando en sus cajas las piedras varias que había coleccionado, tales como el crisoberilo que se vuelve rojo a la luz de la lámpara, la cimofana con sus vetas plateadas, el peridoto color pistacho, topacios rosas y amarillos, rubíes de un fuerte escarlata con trémulas estrellas de cuatro rayos, las piedras de cinamomo de un rojo encendido, espinelas naranjas y violetas, y amatistas con capas alternas de rubí y zafiro. Le encantaba el rojo dorado de la piedra solar y la blancura de perla de la piedra lunar, y el arco iris partido del ópalo lechoso. Consiguió de Amsterdam tres esmeraldas de un tamaño extraordinario ricas en color y tenía una turquesa *de la vieille roche* que era la envidia de todos los expertos.

También descubrió historias maravillosas sobre joyas. En la *Clericalis Disciplina* de Alfonso se mencionaba una serpiente con ojos de jacinto auténtico y en una historia romántica de Alejandro, el conquistador de Emacia, se decía que había encontrado en el valle del Jordán serpientes «con collares de esmeraldas auténticas que crecían sobre sus dorsos». Había una gema en el cerebro del dragón, nos cuenta Filostrato, y «por la exhibición de las letras doradas y la indumentaria escarlata» el monstruo podía ser arrojado a un sueño mágico y morir. Según el gran alquimista Pierre de Boniface, el diamante hacía invisible al hombre, y la ágata de la India le hacía elocuente. La cornalina apaciguaba la cólera, el jacinto provocaba sueño y la amatista disipaba los vapores del vino. El granate expulsaba a los demonios y el hidrópico privaba de su color a la Luna. La selenita crecía y menguaba con la Luna, y al *meloceus*, que descubría ladrones, sólo le podía afectar la sangre de crías. Leonardus Camillus había visto una piedra blanca tomada del cerebro de un sapo que acababa de morir, que era un cierto antídoto contra el veneno. El bezoar que se encontró en el corazón de un venado árabe era un hechizo que podía curar la peste. Según Demócrito, en los nidos de pájaros de Arabia las piedras protegían a sus moradores del peligro del fuego.

El rey de Ceilán cabalgó por su ciudad con un gran rubí en la mano en la ceremonia de su coronación. Las verjas del palacio de John the Priest estaban «hechas de sardónices, con el cuerno de la serpiente cornuda incrustado, de esa forma ningún hombre podía meter veneno». Sobre el gablete había «dos manzanas doradas en las que estaban incrustados dos carbúnculos», de esa forma las manzanas brillaban de día y los carbúnculos de noche. En la extraña novela de Lodge *A Margarite of America* se afirma que en la habitación de la reina se podía ver «a todas las damas castas del mundo, engastadas en plata, mirándose en espejos hermosos de crisólitos, carbúnculos, zafiros y esmeraldas verdes». Marco Polo había visto que los habitantes de Zipangu colocaban perlas rosadas en las bocas de los difuntos. Un monstruo marino se había enamorado de la perla que el pescador llevó al rey Perozes, y mató al ladrón y lloró su pérdida durante siete lunas. Procopio nos cuenta la historia de que cuando los hunos atrajeron al rey al borde del gran precipicio, él saltó y nunca más se le encontró, aunque el emperador Anastasio ofreció cinco quintales de piezas de oro por él. El rey de Malabar había mostrado a cierto veneciano un rosario de trescientas cuatro perlas, una por cada dios al que él adoraba.

Cuando el duque de Valentinois, hijo de Alejandro VI, visitó a Luis XII de Francia, su caballo estaba cargado de hojas de oro, según Brantome, y su manto tenía dos filas de rubíes que arrojaban una gran luz. Carlos de Inglaterra había cabalgado con unos estribos engastados

con cuatrocientos veintiún diamantes. Ricardo II tenía un abrigo, valorado en treinta mil marcos, que estaba cubierto de rubíes balajes. Hall describe a Enrique VIII en su camino hacia la Torre antes de su coronación: llevaba «un jubón recamado en oro, un frente bordado con diamantes y otras piedras preciosas y un gran tahalí alrededor de su cuello de grandes balajes». Los favoritos de Jaime I llevaban pendientes de esmeraldas adornados con filigranas de oro. Eduardo II dio a Piers Gaveston un conjunto de armaduras de oro rojizo salpicadas de jacintos, un collar de rosas doradas adornado con turquesas y un yelmo *parsem* con perlas. Enrique II llevaba guantes con joyas que le llegaban hasta el codo, y tenía un guante de halcón cosido con doce rubíes y cincuenta y dos perlas finas grandes. El sombrero ducal de Carlos el Temerario, el último duque de Borgoña de su estirpe, iba adornado con perlas en forma de pera y lleno de zafiros.

¡Qué vida tan exquisita había existido una vez! ¡Qué espléndida en su pompa y adornos! Incluso leer sobre el lujo de los desaparecidos era maravilloso.

Luego prestó atención a los bordados y los tapices que sustituían a los frescos de las habitaciones frías de las naciones del norte de Europa. Según estaba investigando sobre el tema (y siempre tenía una facultad extraordinaria para conseguir estar absorto totalmente en la época en la que emprendía cualquier cosa) él estaba casi entristecido por el reflejo de la ruina que el tiempo llevaba sobre las cosas hermosas y maravillosas. De todos modos él había escapado a eso. Un verano seguía a otro, y los junquillos amarillos florecían y morían muchas veces, y las noches de terror repetían la historia de su vergüenza, pero él no cambiaba. Ningún invierno estropeó su rostro o tiñó su lozanía. ¡Qué diferente era con las cosas materiales! ¿Adónde habían ido? ¿Dónde estaba la gran vestidura color azafrán por la que habían luchado dioses contra gigantes, que había sido elaborada por chicas morenas para dar gusto a Atenea? ¿Dónde el enorme *velarium* que Nerón había extendido en el coliseo de Roma, esa vela titánica de púrpura sobre la que estaba representado un cielo estrellado y a Apolo llevando un carro tirado por corceles blancos con riendas doradas? Miraba detenidamente las curiosas servilletas traídas por el sacerdote del Sol, sobre las que se exponían todas las delicadezas y viandas que se podían desear para una fiesta; el sudario mortuorio del rey Chilperico, con sus trescientas abejas doradas; las vestiduras fantásticas que avivaban la indignación del obispo de Pontus y en las que estaban representados «leones, panteras, osos, perros, bosques, rocas, cazadores..., en fin, todo lo que un pintor puede copiar de la naturaleza», y el abrigo que llevó puesto de Carlos de Orleáns, sobre cuyas mangas estaban bordados los versos de una canción que empieza *Madame, je suis tout joyeux*, el acompañamiento

musical de las palabras estaba cosido con hilo de oro y cada nota, de forma cuadrada en aquellos días, estaba formada con cuatro perlas. Leyó que la habitación preparada en el palacio de Reims para uso de la reina Juana de Borgoña estaba decorada «con mil trescientos veintiún loros bordados y blasonados con los escudos de armas de los reyes, y quinientas sesenta y una mariposas, cuyas alas estaban adornadas de igual forma con los escudos de armas de la reina, todo trabajado en oro». Catalina de Médicis tenía un lecho de muerte hecho para ella de terciopelo negro salpicado de medias lunas y soles. Sus cortinas eran de damasco, con coronas de follaje y guirnaldas, representadas sobre un suelo de oro y plata, y ribeteadas con bordados de perlas, y en una habitación estaba colgado el emblema de la reina, en trozos cortados de terciopelo negro sobre una tela de plata. Luis XIV tenía en su habitación una cariátide bordada en oro de quince pies de alto. La lujosa cama de Sobieski, rey de Polonia, estaba hecha de brocado de oro de Esmirna con los versos del Corán bordados con turquesas. Sus soportes eran de plata dorada, bellamente engastados y con profusión de medallones esmaltados y de pedrería. Habían sido cogidos del campamento turco frente a Viena y el estandarte de Mahoma había permanecido bajo el dorado trémulo de su dosel.

Y así, durante un año, él buscó acumular los ejemplares más exquisitos de labores textiles y bordadas que pudo encontrar, consiguiendo las delicadas muselinas de Delhi, finamente trabajadas con palmas de oro y cosidas sobre alas de escarabajos iridiscentes; las gasas de Dacca, que por su transparencia se las conoce en Oriente como «aire tejido», «agua que corre» y «rocío de la tarde»; extrañas telas estampadas de Java; tapices amarillos elaborados en China; libros encuadernados en satenes rojizos o sedas azules brillantes, y estampadas con *fleurs de lys*, pájaros e imágenes; velos de *lacis* trabajados en punto húngaro; brocados sicilianos y terciopelos tersos espanoles; labores georgianas con sus creaciones doradas y *Foukousas* japonesas con oros verdosos y pájaros de maravilloso plumaje.

También tenía una pasión especial por las vestiduras eclesiásticas, así como por todo lo que se relacionara con el servicio de la Iglesia. En los amplios cofres de cedro que se alineaban en la galería occidental de su casa, él había almacenado muchos ejemplares raros y hermosos de lo que es realmente la vestimenta de la Esposa de Cristo, que tiene que llevar puesto púrpura y joyas e hilos finos para que ella pueda ocultar el cuerpo macerado y pálido debido al sufrimiento que busca y herido por el dolor voluntario. Poseía una capa espléndida de seda carmesí y damasco dorado, estampada con una serie repetida de granadas de oro colocadas sobre unas flores de seis pétalos, cuyos bordes eran unas piñas incrustadas de perlas pequeñas. Las franjas estaban divididas en

grupos que representaban escenas de la vida de la Virgen, y la coronación de la Virgen estaba estampada en sedas de colores sobre la capucha. Era una obra italiana del siglo xv. Otra capa era de terciopelo verde, bordada con grupos de hojas de acanto en forma de corazón, desde las que salían flores blancas de tallo largo, los detalles estaban resaltados con hilo de plata y cristales de colores. El capillo llevaba una cabeza de serafín realzada con hilo de oro. Los bordes estaban tejidos en tela adamascada de seda roja y dorada y estaban salpicados de medallones de muchos santos y mártires, entre los que se hallaba San Sebastián. También tenía casullas de seda color ámbar, y de seda azul, y brocados dorados y de seda amarilla adamascada y de tela de oro, estampada con representaciones de la Pasión y Crucifixión de Cristo, y bordadas con leones y pavos reales y otros emblemas; dalmáticas de satén blanco y seda adamascada rosa, adornada con tulipanes y delfines y *fleurs de lys*; frontales de altares de terciopelo carmesí y tela azul, y muchos corporales, velos de cálices y sudarios. Había algo en los oficios místicos donde se utilizaban estas cosas, que excitaba su imaginación.

Porque estos tesoros y todo lo que coleccionaba en su encantadora casa iban a ser para él medios para olvidar, formas por las que podía escapar, durante un tiempo, del temor que a veces le parecía que era casi demasiado grande para soportarlo. Sobre las paredes de la solitaria habitación cerrada con llave donde había pasado tanto tiempo en su infancia, había colgado con sus propias manos el terrible retrato cuyos rasgos cambiantes le mostraban la verdadera degradación de su vida, y a modo de cortina había cubierto el frente del cuadro con un paño de púrpura y oro. Durante semanas no fue allí, olvidó el espantoso objeto pintado y volvió la luz a su corazón, su maravillosa alegría, su absorción apasionada en la mera existencia. Luego, de repente, alguna noche él se deslizaba fuera de la casa, bajaba a lugares horribles cerca de Blue Gate Fields y permanecía allí, día tras día, hasta que le echaban. A su vuelta se sentaba delante del cuadro, aborreciendo al cuadro y a él mismo, pero lleno, en otras ocasiones, de ese orgullo individualista que es la medio fascinación del pecado y sonriendo con un placer secreto a la sombra deformada que tenía que soportar la carga que hubiera sido la suya propia.

Después de unos años él no pudo resistir estar durante mucho tiempo fuera de Londres y dejó la villa que había compartido con lord Henry en Trouville, así como la casita de paredes blancas de Argel donde más de una vez habían pasado el invierno. Odiaba separarse del cuadro que formaba parte de su vida y temía también que durante su ausencia alguien pudiera acceder a la habitación, a pesar de las barras forjadas que hizo poner en la puerta.

Era consciente totalmente de que esto no les diría nada. Era cierto que el retrato preservaba todavía un notable parecido a él mismo, bajo toda la repugnancia y fealdad de la cara, pero, ¿qué podían sacar de ello? Él se reiría de cualquiera que tratara de mofarse de él. Él no lo había pintado. ¿Qué podía importarle la vileza y tanta vergüenza como aparecía? Incluso si él lo contara, ¿le creerían?

Sin embargo, tenía miedo. Algunas veces cuando estaba en su gran casa de Nottinghamshire, entreteniendo a los hombres jóvenes elegantes de su propia clase, que eran sus principales compañeros, y asombrando al condado por el lujo desenfrenado y el magnífico esplendor de su forma de vida, de repente abandonaba a sus invitados y regresaba deprisa a la ciudad para comprobar que la puerta no había sido forzada y que el cuadro estaba allí todavía. ¿Qué pasaría si lo robaran? Sólo el pensarlo le dejaba frío de terror. Seguramente el mundo conocería su secreto entonces. Quizá el mundo ya lo sospechaba.

Porque, mientras él fascinaba a muchos, había no pocos que desconfiaban de él. Estuvo muy cerca de ser excluido del club West End, por cuyo nacimiento y posición social tenía todo el derecho a ser miembro, y se decía que en una ocasión cuando un amigo le llevó a la sala de fumadores de Churchill, el duque de Berwick y otros caballeros se levantaron de una manera ostensible y se marcharon. Se hicieron normales las historias extrañas sobre él después de haber cumplido los veinticinco años. Se rumoreaba que le habían visto pelearse con marineros extranjeros en una taberna barata de la apartada Whitechapel que se reunía con ladrones y falsificadores de moneda, y que conocía los misterios de su comercio. Sus extraordinarias ausencias se hacían notables, y cuando reaparecía en sociedad los hombres susurraban entre sí en las esquinas o pasaban a su lado con desprecio, o le miraban con ojos fríos y penetrantes, como si hubieran determinado descubrir su secreto.

Él no prestaba atención, por supuesto, a tales insolencias y desaires intencionados, y en la opinión de la mayoría de la gente su manera franca y afable, su sonrisa infantil encantadora y su infinita gracia de la que la maravillosa juventud parecía que nunca le iba a abandonar, eran en sí mismas una respuesta suficiente a las calumnias, porque así las llamaban, que circulaban sobre él. Sin embargo, hay que señalar que algunos de aquellos que habían intimado más con él parecían rehuirle después de un tiempo. A las mujeres que tanto le habían adorado, y que por él habían hecho frente a toda censura social y la habían desafiado, se las vio palidecer de vergüenza o de horror cuando Dorian Gray entraba a la sala.

Sin embargo, a los ojos de muchos, estos escándalos sólo incrementaban su encanto extraño y peligroso. Su gran fortuna era un elemento

cierto de su seguridad. La sociedad, la sociedad civilizada al menos, nunca está muy preparada para creer algo en detrimento de quienes son ricos y fascinantes a la vez. Se siente instintivamente que los modales tienen más importancia que la moral, y, en su opinión, la respetabilidad más elevada tiene mucho menos valor que la posesión de un buen *chef*. Y, después de todo, es un consuelo muy pobre que le digan a uno que el hombre que le ha dado mal de cenar, o un vino malo, es irreprochable en su vida privada. Incluso las virtudes cardinales no pueden compensar unas *entrées* medio frías, como señaló lord Henry una vez en una discusión sobre el tema, y posiblemente hay buena cantidad de cosas que decir al respecto. Porque los cánones de la buena sociedad son, o deberían ser, los mismos que los cánones del arte. La forma es absolutamente esencial. Tendría tanto la dignidad como la irrealidad de una ceremonia, y combinaría el carácter poco sincero de una obra romántica con el ingenio y la belleza que hacen que esas obras sean tan deliciosas para nosotros. ¿Es la falta de sinceridad algo tan terrible? Creo que no. Es simplemente un método por el cual podemos multiplicar nuestras personalidades.

Tal era, por lo menos, la opinión de Dorian Gray. Solía asombrarse de la psicología superficial de aquellos que conciben al ego en el hombre como algo simple, permanente, de confianza y de una única esencia. Para él, el hombre era un ser con vidas innumerables y sensaciones innumerables, una criatura compleja, con muchas formas, que soportaba en él extraños legados de pensamientos y pasiones, y cuya carne estaba contaminada de enfermedades mortales monstruosas. Le encantaba pasearse por la desnuda y fría galena de cuadros de su casa de campo y mirar los distintos retratos de aquellos cuya sangre fluía en sus venas. Allí estaba Philip Herbert, descrito por Francis Osborne en sus *Memoires on the Reigns of Queen Elizabeth and King James (Memorias de los reinados de la reina Isabel y del rey Jacobo)* como uno que fue «mimado por la Corte por su bello rostro, el cual no le acompañó mucho tiempo». ¿Era la vida del joven Herbert la que llevaba él algunas veces? ¿Había algún germen venenoso extraño que se deslizaba de un cuerpo a otro hasta que alcanzaba el suyo propio? ¿Era algún sentido oscuro de aquella gracia marchita la que le hizo proferir de repente, y casi sin motivo, en el estudio de Basil Hallward aquel ruego descabellado que había cambiado así su vida? Aquí, en el jubón rojo bordado en oro, con un manto de joyas y gorguera y los puños ribeteados en oro, sir Anthony Sherard mantenía a sus pies su armadura plateada y negra. ¿Cuál había sido el legado de este hombre? ¿Le había legado el amante de Giovanna de Nápoles alguna herencia de pecado y vergüenza? ¿Eran sus actos simples sueños que los difuntos no se habían atrevido a realizar? Aquí, desde el lienzo descolorido, sonreía

lady Elizabeth Devereux, con su sombrero de gasa, su peto de perlas y sus mangas rosas acuchilladas. Había una flor en su mano derecha, y en la izquierda tenía cogido un collar esmaltado de rosas blancas. En una mesa de al lado había una mandolina y una manzana. Había grandes escarapelas verdes sobre sus zapatitos de punta. Conocía su vida y las historias extrañas que se contaron sobre sus amantes. ¿Había algo de su carácter en él? Esos ojos ovalados de párpados pesados parecía que le miraban con curiosidad. ¿Qué hay de George Willoughby, con su cabello empolvado y sus fantásticos lunares? ¡Qué malo parecía! Su rostro era saturnino y moreno, y los labios sensuales parecían estar arqueados con desdén. Delicados volantes de encajes caían sobre las manos amarillas y huesudas que estaban tan sobrecargadas de anillos. Había sido un petimetre del siglo xviii y amigo en su juventud de lord Ferrars. ¿Qué hay del segundo lord Beckenham, el compañero del príncipe regente en sus días más alocados y uno de los testigos de su matrimonio secreto con la señora Fitzherbert? ¡Qué orgulloso y atractivo era, con sus rizos castaños y su postura insolente! ¿Qué pasiones había heredado? El mundo le había tenido como un infame. Él había dirigido las orgías en Carlton House. La estrella del Garter brillaba sobre su pecho. Al lado de él estaba colgado el retrato de su esposa, una mujer vestida de negro, pálida y con labios delgados. También su sangre estaba derramada en él. ¡Qué curioso parecía todo! Y su madre con la cara de lady Hamilton y sus labios húmedos como de vino (sabía lo que heredó de ella). Había heredado de ella su belleza, y su pasión por la belleza de los demás. Se reía de él con su vestido suelto de bacante. Había hojas de parra en su pelo. Se derramaba la púrpura de la copa que sostenía. Los claveles de la pintura se habían marchitado, pero los ojos eran maravillosos todavía con su profundidad y color brillante. Parecía que le seguían dondequiera que él fuese.

Sin embargo, se tienen antecesores en literatura, así como en la propia estirpe de uno, que quizá estén más próximos en tipo y carácter; muchos de ellos, con seguridad, ejercen una influencia más consciente. Había veces en las que le parecía a Dorian Gray que toda la historia era un mero recuerdo de su propia vida, no como él la había vivido en hechos y circunstancias, sino como si su imaginación la hubiese creado para él, como si hubiera estado en su cerebro y en sus pasiones. Sentía que él les había conocido a todos, aquellas extrañas figuras terribles que habían pasado por el escenario del mundo y habían hecho tan maravilloso al pecado y tan lleno de sutileza al mal. Le parecía que de alguna forma misteriosa sus vidas habían sido la suya propia.

El héroe de la maravillosa novela que le había influido tanto en su vida, había conocido por él mismo esta imaginación curiosa. En el capítulo siete cuenta cómo, coronado de laurel y por temor a que le hiriera

un rayo, se había sentado como Tiberio en un jardín de Capri a leer libros vergonzosos de Elefantina, mientras que enanos y pavos reales se pavoneaban a su alrededor y el flautista se burlaba del balanceo del incensario, y, como Calígula, había estado de juerga en los establos con los jinetes de camisas verdes y cenó en un pesebre de marfil con un caballo con la frente llena de joyas, y, como Domiciano, había vagado por un corredor de espejos de mármol alineados, buscando alrededor con ojos extraviados el reflejo del puñal que iba a dar fin a sus días, enfermo de ese aburrimiento, ese terrible *taedium vitae* que llega a los que la vida no les niega nada; había mirado con atención, a través de la clara esmeralda, a las carnicerías del circo, y luego, en una litera de perlas y púrpura tirada por mulas con herraduras de plata, fue transportado por la calle de las Granadas a la Casa de Oro y oyó a los hombres que gritaban a Nerón césar según pasaba, y, como Heliogábalo, había pintado de colores su cara y manejado la rueca entre las mujeres, y trajo la Luna desde Cartago y la dio en matrimonio místico al Sol.

Una y otra vez Dorian solía leer este capítulo fantástico y los dos capítulos que seguían a continuación, en los cuales, como en algunos tapices curiosos o en esmaltes hábilmente labrados, estaban pintadas las formas feas y hermosas de aquellos a los que el Vicio, la Sangre y el Aburrimiento les había hecho monstruos o locos: Filippo, duque de Milán, que asesinó a su esposa y pintó sus labios con un veneno escarlata para que el amante de ella absorbiese la muerte del cuerpo sin vida que él había amado; Pietro Barbi, el veneciano, conocido como Pablo II, que buscó en su vanidad asumir el título de *Formosus*, y cuya tiara, valorada en doscientos mil florines, fue comprada al precio de un terrible pecado; Gian Maria Visconti, que utilizaba podencos para cazar a hombres vivos y a cuyo cuerpo asesinado lo cubrió de rosas una ramera que le había amado; Borgia, sobre su caballo blanco, con Fratricide cabalgando a su lado, y su manto manchado con la sangre de Perotto; Pietro Riario, el joven cardenal y arzobispo de Florencia, hijo y favorito de Sixto IV, cuya belleza igualó a su libertinaje y quien recibió a Leonor de Aragón en un pabellón de seda blanca y carmesí, lleno de ninfas y centauros, y pintando a un niño de oro que le servía en la fiesta como Ganimedes o Hylas; Ezzelin, cuya melancolía sólo podía curarse con el espectáculo de la muerte y quien tenía pasión por el rojo sangre, como otros hombres la tienen por el rojo del vino (según contaron era el hijo del demonio y el que había engañado a su padre jugando a los dados cuando se estaba apostando con él su propia alma); Giambattista Cibo, quien en una burla tomó el nombre de Inocente, y en cuyas aletargadas venas le infundió un doctor judío la sangre de tres muchachos; Segismundo Malatesta, el amante de Isotta, y el señor de Rimini, cuya efigie fue quemada en Roma por ser enemigo de Dios y

del hombre, que estranguló a Polisena con una servilleta y dio veneno a Ginevra d'Este en una copa de esmeraldas y, en honor a una pasión vergonzosa, construyó una iglesia pagana para el culto cristiano; Carlos VI, quien había adorado a la esposa de su hermano tan ardientemente que un leproso le avisó de la locura que le estaba entrando, y quien, cuando su cerebro enfermó y se hizo extraño, sólo podía aliviarse con unos naipes sarracenos pintados con las imágenes del Amor, de la Muerte y de la Locura, y, con su elegante jubón y su sombrero con joyas y sus rizos como acantos; Grifonetto Baglioni, que asesinó a Astorre y a su prometida, y Simonetto con su paje, cuyo atractivo era tal que, cuando yacía a punto de morir en la plaza amarilla de Perugia, aquellos que le habían odiado no tuvieron más remedio que llorar, y Atlanta, que le había maldecido, le bendijo.

Había una fascinación horrible en todos ellos. Los veía de noche y turbaban su imaginación por el día. El Renacimiento conocía maneras extrañas de envenenamiento, envenenamiento por un yelmo y una antorcha encendida, por un guante bordado y un abanico con joyas, por una bola perfumada y por una cadena de ámbar. Dorian Gray había sido envenenado por un libro. Había momentos en los que miraba al mal simplemente como un medio a través del cual podía realizar su concepción de belleza.

CAPÍTULO XII

Era el 9 de noviembre, la víspera de su trigesimoctavo cumpleaños, como a menudo recordó más tarde.

Caminaba hacia casa sobre las once, venía de casa de lord Henry, donde había estado cenando, e iba arropado con gruesas pieles, ya que la noche era fría y había niebla. En la esquina de la plaza Grosvenor con la calle South Audley un hombre le pasó en la niebla, caminando muy deprisa y con el cuello de su amplio abrigo gris vuelto. Llevaba una bolsa en la mano. Dorian le reconoció. Era Basil Hallward. Un extrario sentimiento de temor, que no podía explicarse, se apoderó de él. No hizo ademán de reconocerle y continuó rápidamente, en dirección a su propia casa.

Pero Hallward le había visto. Dorian le oyó primero pararse en el pavimento y luego ir deprisa detrás de él. En breves instantes su mano estaba sobre su hombro.

«¡Dorian! ¡Qué suerte tan extraordinaria! Te he estado esperando en tu biblioteca desde las nueve. Al final me dio pena tu criado cansado y le dije que se fuera a la cama cuando me iba. Me voy a París en el tren de medianoche y quería verte en privado antes de irme. Pensé que eras tú, o al menos tu abrigo de piel, cuando pasaste. Pero no estaba completamente seguro. ¿No me reconociste?»

«¿Con esta niebla, mi querido Basil? No puedo reconocer ni siquiera la plaza Grosvenor. Creo que mi casa está en algún lugar por aquí, pero no estoy completamente seguro. Siento que te vayas, ya que no te he visto desde hace siglos. Pero supongo que regresarás pronto, ¿no?»

«No. Voy a estar fuera de Inglaterra seis meses. Trato de conseguir un estudio en París y encerrarme hasta que haya terminado un gran cuadro que tengo en la cabeza. Sin embargo, no era de mí de quien quería hablar. Aquí estarnos en tu puerta. Déjame entrar un momento. Tengo algo que decirte.»

«Estaré encantado. Pero, ¿no perderás el tren?», dijo Dorian Gray lánguidamente, según subía los escalones y abría la puerta con la llave.

La luz de la lámpara luchaba contra la niebla y Hallward miró su reloj. «Tengo tiempo de sobra —contestó—. El tren no sale hasta las doce y cuarto, y sólo son las once. De hecho, iba de camino hacia el club a buscarte cuando te encontré. Ya ves, no me retrasará el equipaje, ya que lo he enviado con los objetos pesados. Todo lo que tengo conmigo está en esta bolsa y puedo llegar fácilmente a Victoria en veinte minutos.»

Dorian le miró y sonrió. «¡Qué vestimenta para viajar un pintor elegante! ¡Un maletín y un abrigo amplio! Entra o la niebla penetrará en la casa. Y recuerda que no hablarás de nada serio. Nada es serio hoy en día. Al menos nada debería serlo.»

Hallward sacudió la cabeza según entraba y siguió a Dorian a la biblioteca. Había un fuego brillante de leña ardiendo en el gran hogar descubierto. Las lámparas estaban encendidas y sobre una mesita de marquetería estaban colocados una licorera holandesa, algunos sifones de agua con soda y unos vasos largos tallados.

«Como ves tu criado me hizo sentirme como en casa, Dorian. Me dio todo lo que quería, incluidos tus mejores cigarrillos de boquilla dorada. Es una criatura muy hospitalaria. Me gusta mucho más que ese francés que tenías. A propósito, ¿qué ha sido del francés?»

Dorian se encogió de hombros. «Creo que se casó con la criada de lady Radley y se ha establecido en París de modista inglés. He oído que la *Anglomanie* está muy de moda allí ahora. Parece estúpido por parte del frances, ¿verdad? Pero, ¿sabes?, no era un mal criado después de todo. Nunca me gustó, pero no tengo nada de qué quejarme. A menudo uno se imagina cosas que son completamente absurdas. Realmente me tenía mucha devoción y parecía muy apenado cuando se marchó. ¿Tomas otro brandy con soda o te gustaría tomar vino del Rin con seltz? Yo siempre tomo vino del Rin con seltz. Seguro que hay algo en la habitación de al lado.»

«Gracias, no tomaré nada más —dijo el pintor mientras se quitaba el sombrero y el abrigo, y los tiraba sobre la bolsa que había colocado en la esquina—. Y ahora, mi querido amigo, quiero hablarte seriamente. No frunzas el ceño así. Harás que sea mucho más difícil para mí.»

«¿De qué se trata? —dijo Dorian con su habitual irritabilidad, echándose sobre el sofá—. Espero que no sea sobre mí. Estoy cansado de mí mismo esta noche. Me gustaría ser otro.»

«Es sobre ti —contestó Hallward con su voz grave y profunda—, y tengo que decírtelo. Sólo te retendré media hora.»

Dorian suspiró y encendió un cigarrillo. «¡Media hora!», murmuró.

«No es pedirte demasiado, Dorian, y voy a hablar sólo por tu bien. Creo justo que sepas que se están diciendo las cosas más espantosas sobre ti en Londres.»

«No deseo saber nada sobre ellas. Me encantan los escándalos sobre otras personas, pero los escándalos sobre mí mismo no me interesan. No tienen el encanto de la novedad.»

«Tienen que interesarte, Dorian. Todo caballero está interesado en su buen nombre. No querrás que la gente hable de ti como de alguien vil y degradado. Por supuesto que tienes tu posición y tu fortuna, y toda esa clase de cosas. Pero la posición y la fortuna no es todo. En realidad yo no creo nada de esos rumores. Al menos, no puedo creerlos cuando te veo. El pecado es algo que se escribe en la cara de un hombre. No se puede ocultar. La gente habla algunas veces de vicios secretos. No hay tales cosas. Si un hombre despreciable tiene un vicio, lo muestra en las líneas de su boca, en la caída de sus párpados, incluso en el moldeado de sus manos. Alguien, no menciono el nombre, pero lo conoces, vino a verme el año pasado para que le hiciera su retrato. No le había visto nunca antes, y nunca había oído hablar de él hasta entonces, aunque he oído muchas cosas después. Me ofreció un precio despilfarrador. Me negué. Había algo en la forma de sus dedos que detestaba. Ahora sé que tenía mucha razón en lo que me imaginaba de él. Su vida es horrible. Pero tú, Dorian, con tu rostro puro, brillante e inocente, y tu maravillosa juventud intachable, no puedo creer nada en contra de ti. Y sin embargo te veo raras veces y nunca vienes al estudio ahora, y cuando estoy lejos de ti y oigo todas esas cosas espantosas sobre ti que la gente susurra yo no sé qué decir. ¿Por qué, Dorian, un hombre como el duque de Berwick abandona la habitación de un club cuando entras tú? ¿Por qué hay tantos caballeros en Londres que ni van a tu casa ni te invitan a las suyas? Solías ser amigo de lord Staveley. Me lo encontré cenando la semana pasada. Tu nombre salió en la conversación en relación a las miniaturas que habías prestado a la exposición de Dudley. Staveley hizo un gesto con los labios y dijo que tienes un gusto muy artístico, pero que eres un hombre al que ninguna joven de mente pura se le debiera permitir conocer y junto al que ninguna mujer casta debería sentarse en la misma sala. Le recordé que yo era amigo tuyo y le pregunté qué quería decir. Él me contó. Me contó delante de todo el mundo. ¡Fue horrible! ¿Por qué es tu amistad tan fatídica para los hombres jóvenes? Ese chico desgraciado de la Guardia que se suicidó. Tú eras su gran amigo. Ese sir Henry Ashton que tuvo que abandonar Inglaterra con su nombre manchado. Tú y él erais insaparables. ¿Qué hay de Adrian Singleton y su espantoso fin? ¿Y qué hay del hijo único de lord Kent y de su carrera? Me encontré a su padre ayer en la calle de St. James. Estaba destrozado por la vergüenza y la pena. ¿Qué hay del joven duque de Perth? ¿Qué clase de vida lleva ahora? ¿Qué caballero se relacionaría con él?»

«Basta, Basil. Estás hablando de cosas de las que no sabes nada —dijo Dorian Gray mordiéndose el labio y con un tono de infinito desprecio—. Me preguntas por qué Berwick abandona la habitación cuando entro yo. Es porque sé todo sobre su vida, no porque él sepa algo de la mía. Con la sangre que lleva en sus venas, ¿cómo se podría limpiar su historia? Me preguntas sobre Henry Ashton y el joven Perth. ¿Le enseñé a uno sus vicios y al otro su libertinaje? Si el estúpido hijo de Kent tomó a su esposa de las calles, ¿qué tengo yo que ver? Si Adrian Singleton escribe el nombre de su amigo en una factura, ¿soy yo su guardián? Sé cómo murmura la gente en Inglaterra. Las clases medias airean su prejucios morales sobre la mesa del comedor y cuchichean sobre lo que ellos llaman prodigalidad de sus superiores para tratar de aparentar que pertenecen a la sociedad elegante y que intiman con la gente a la que calumnian. En este país es suficiente que un hombre tenga distinción y cerebro para dar que hablar a todas las lenguas del vulgo. ¿Y qué clase de vida llevan esas personas, cuya posición de seres morales la establecen ellos mismos? Mi querido amigo, olvidas que estamos en la tierra natal de los hipócritas.»

«Dorian —exclamó Hallward—, esa no es la cuestión. Inglaterra es bastante mala, lo sé, y toda la sociedad inglesa es injusta. Esa es la razón por la que quiero que seas bueno. Tú no has sido bueno. Uno tiene el derecho de juzgar a un hombre por el efecto que tiene sobre sus amigos. Los tuyos parecen perder todo sentido del honor, de la bondad y de la pureza. Les has llenado de una locura por el placer. Ellos han caído en las profundidades. Tú los llevaste allí. Sí, tú los llevaste allí, y todavía puedes sonreír, como estás sonriendo ahora. Y hay algo peor detrás. Sé que Harry y tú sois inseparables. Seguro que es por esta razón, ya que no hay otra, por la que no hubieras debido hacer del nombre de su hermana una comidilla.»

«Ten cuidado, Basil. Vas demasiado lejos.»

«Tengo que hablar y tienes que escucharme. Escucharás. Cuando conociste a lady Gwendolen, ninguna sombra de escándalo le había tocado nunca. ¿Hay alguna mujer decente en Londres ahora que quiera ir con ella en coche por el parque? ¿Por qué ni siquiera permiten que sus hijos vivan con ella? Luego hay otras historias, historias en las que te han visto salir deslizándote de casas horribles al amanecer y entrar furtivamente y disfrazado en las guaridas más sucias de Londres. ¿Tienen razón? ¿Pueden tener razón? La primera vez que les oí me reí. Ahora les oigo y ellos me hacen estremecer. ¿Qué hay de tu casa de campo y de la vida que llevas allí? Dorian, no sabes lo que se dice de ti. No te diré que no quiero sermonearte. Recuerdo que Harry dijo una vez que el hombre que se volvía un coadjutor aficionado empezaba siempre por decir eso y luego procedía a faltar a su palabra. Quiero ser-

moncarte. Quiero que lleves una vida que haga que el mundo te respete. Quiero que tengas un nombre limpio y una historia bella. Quiero que te deshagas de la horrible gente con la que te relacionas. No encojas los hombros de esa manera. No seas tan indiferente. Tienes una maravillosa influencia. Deja que sea para bien, no para mal. Dicen que corrompes a todo el que intima contigo, y que es suficiente para ti entrar en una casa para que le siga después la vergüenza. No sé si es así o no. ¿Cómo lo sabría? Pero se dice de ti. Me han contado cosas que me parece imposible dudar. Lord Gloucester era uno de mis mejores amigos en Oxford. Me enseñó una carta que le había escrito su esposa cuando se estaba muriendo sola en su villa de Mentone. Tu nombre estaba implicado en la confesión más horrible que he leído nunca. Le dije que era absurdo, que te conocía a fondo y que eras incapaz de hacer algo de ese tipo. ¿Conocerte? Me pregunto si te conozco. Antes de poder contestar a eso, tendría que ver tu alma.»

«¡Ver mi alma!», murmuró Dorian Gray, levantándose del sofá y volviéndose casi blanco por el miedo.

«Sí —contestó Hallward gravemente y con un tono de pena profunda en su voz—, ver tu alma. Pero sólo Dios puede hacerlo.»

Una risa amarga de burla salió de los labios del hombre más joven. «¡La verás tú mismo, esta noche! —exclamó, cogiendo una lámpara de la mesa—. Ven. Es obra de tus manos. ¿Por qué no habrías de verla? Puedes contar al mundo todo lo que quieras después, si quieres. Nadie te creería. Si ellos te creyeran, les gustaré más por ello. Conozco esta época mejor que tú, aunque hables sobre ello de forma tan tediosa. Ven, te digo. Has charlado bastante sobre la corrupción. Ahora la mirarás cara a cara.»

Había un orgullo descabellado en cada palabra que pronunciaba. Pisaba el suelo de una manera insolente y pueril. Sintió una alegría terrible ante la idea de que alguien más fuera a compartir su secreto y que fuera el hombre que había pintado el retrato origen de toda su vergüenza; se le quedaría grabado para el resto de su vida el recuerdo horroroso de lo que había hecho.

«Sí —continuó, acercándose a él y mirando fijamente a sus ojos severos—. Te mostraré mi alma. Verás lo que imaginas que sólo Dios puede ver.»

Hallward retrocedió. «¡Eso es una blasfemia, Dorian! —exclamó—. No debes decir cosas así. Son horribles y no significan nada.»

«¿Crees eso?», rió de nuevo.

«Sí. En cuanto a lo que te he dicho esta noche, te lo he dicho por tu bien. Sabes que he sido siempre un fiel amigo tuyo.»

«No me toques. Termina lo que tienes que decir.»

Una ráfaga de dolor pasó por la cara del pintor. Se detuvo un momento y un sentimiento de piedad enorme se apoderó de él. Después de todo, ¿qué derecho tenía él a fisgonear en la vida de Dorian Gray? Si él había hecho una décima parte de lo que se rumoreaba de él, ¡cuánto tenía que haber sufrido! Luego se levantó, caminó hacia el fuego y permaneció allí, mirando los troncos encendidos con sus cenizas como escarcha y al núcleo palpitante de las llamas.

«Estoy esperando, Basil», dijo el joven con una voz dura y clara.

Se dio la vuelta. «Lo que te tenía que decir era esto —exclamó—. Tienes que darme alguna respuesta a esos cargos horribles que se han hecho contra ti. Si me dices que son completamente falsos de principio a fin, te creeré. ¡Niégalos, Dorian, niégalos! ¿No eres capaz de ver lo que va a ser de mí? ¡Dios mío! No me digas que eres malo, corrupto y deshonrado.»

Dorian Gray sonrió. Sus labios se curvaron con desprecio. «Ven arriba, Basil —dijo con calma—. Guardo un diario de mi vida día a día, que nunca abandona la habitación donde lo he escrito. Te lo mostraré si vienes conmigo.»

«Iré contigo, Dorian, si así lo deseas. Veo que he perdido el tren. No importa. Puedo ir mañana. Pero no me pidas que lea nada esta noche. Todo lo que quiero es una respuesta sencilla a mi pregunta.»

«Te la daré arriba. No podría dártela aquí. No tendrás que leer mucho.»

CAPÍTULO XIII

Salieron de la habitación y comenzaron a subir; Basil Hallward iba detrás. Caminaban suavemente como lo hacen los hombres instintivamente por la noche. La lámpara proyectaba sombras fantásticas sobre la pared y la escalera. El viento que soplaba hizo que sonaran algunas ventanas.

Cuando llegaron al descansillo de arriba, Dorian dejó la lámpara en el suelo y sacando la llave la metió en la cerradura. «¿Insistes en saberlo, Basil?», preguntó en voz baja.

«Sí.»

«Encantado —contestó sonriendo. Luego añadió asperamente—: Eres el único hombre del mundo que tiene derecho a saber todo sobre mí. Has tenido que ver en mi vida más de lo que piensas —y, levantando la lámpara, abrió la puerta y entraron. Sintieron una corriente de aire frío, y la luz se convirtió por un momento en una llama naranja oscura. Él se estremeció—. Cierra la puerta detrás de ti», susurró según colocaba la lámpara sobre la mesa.

Hallward miró a su alrededor con expresión de perplejidad. La habitación daba la sensación de no haberse habitado durante años. Un tapiz flamenco descolorido, un cuadro cubierto con una cortina, una vieja *cassone* italiana y una estantería para libros casi vacía, eso es todo lo que parecía contener, además de una silla y de una mesa. Cuando Dorian Gray encendió una vela medio consumida que había sobre la repisa de la chimenea, vio que todo el lugar estaba cubierto de polvo y que la alfombra tenía agujeros. Un ratón corrió y se arrastró detrás del zócalo. Había un olor húmedo por el moho.

«¿Crees que sólo Dios ve el alma, Basil? Corre la cortina y verás la mía.»

La voz que hablaba era fría y cruel. «Estás loco Dorian, o representando un papel», murmuró Hallward con el ceño fruncido.

«¿No quieres? Entonces lo haré yo», dijo el joven y arrancó la cortina de la barra y cayó al suelo.

Una exclamación de horror salió de los labios del pintor cuando vio a la débil luz el rostro espantoso del lienzo, sonriendo burlonamente.

Había algo en su expresión que le llenó de repugnancia y de aversión. ¡Dios Santo! ¡Era la propia cara de Dorian Gray la que estaba viendo! El horror, cualquiera que fuera, no había estropeado todavía por completo esa belleza maravillosa. Había todavía oro en su pelo ralo y escarlata en la boca sensual. Los ojos hinchados conservaban algo de su encantador azul, las nobles curvas no habían desaparecido todavía por completo de su nariz cincelada y de su cuello modelado. Sí, era el mismo Dorian, pero, ¿quién lo había hecho? Creía reconocer sus propias pinceladas y el cuadro era diseño suyo. La idea era monstruosa, sin embargo sintió miedo. Cogió la vela y se acercó al cuadro. En la esquina izquierda estaba su propio nombre, con letras largas trazadas de color bermellón brillante.

Era alguna parodia odiosa, alguna sátira infame e innoble. Él nunca había hecho eso. Sin embargo, era su propio cuadro. Lo sabía y sentía como si su sangre hubiera cambiado en un momento de fuego a hielo pesado. ¡Su propio cuadro! ¿Qué significaba? ¿Por qué había cambiado? Se volvió y miró a Dorian Gray con ojos enfermizos. Su boca se crispó y su lengua reseca parecía incapaz de articular palabra. Se pasó la mano por la frente. Estaba húmedo de sudor pegajoso.

El joven estaba apoyado en la repisa de la chimenea, observándole con esa extraña expresión que uno ve en las caras de aquellos que están absortos en una obra cuando actúa algún gran artista. No había ni una pena, ni una alegría auténticas. Era simplemente la pasión del espectador, quizá con un parpadeo triunfal en sus ojos. Se había sacado la flor de su abrigo y la estaba oliendo, o simulaba hacerlo.

«¿Qué significa esto?», exclamó Hallward al fin. Su propia voz sonaba aguda y extraña en sus oídos.

«Hace años, cuando era un muchacho —dijo Dorian Gray estrujando la flor en su mano—, me conociste, me adulaste y me enseñaste a ser vanidoso por mi buena apariencia. Un día me presentaste a un amigo tuyo, que me explicó las maravillas de la juventud, y tú terminaste el retrato que me reveló las maravillas de la belleza. En un mal momento, del que, incluso ahora, no sé si me arrepiento o no, pedí un deseo, quizá tú podrías llamarlo un ruego...»

«¡Lo recuerdo! ¡Lo recuerdo muy bien! ¡No! ¡Es imposible! La habitación está húmeda. El moho ha penetrado en el lienzo. Las pinturas que utilizaba tenían algún mineral venenoso malísimo. Te digo que esto es imposible.»

«¡Ah! ¿Es imposible?», murmuró el joven yendo hacia la ventana y apoyando su frente contra el cristal frío y empañado por la niebla.

«Me dijiste que lo habías destruido.»

«No era cierto. Él me ha destruido a mí.»

«No creo que sea mi cuadro.»

«¿No puedes ver tu ideal en él?», dijo Dorian amargamente.

«Mi ideal como tú lo llamas...»

«Como tú lo llamabas.»

«No había nada malo en él, ninguna vergüenza. Fuiste para mí un ideal como nunca encontraré de nuevo. Esta es la cara de un sátiro.»

«Es la cara de mi alma.»

«¡Cristo! ¡Qué cosa he adorado! Tiene los ojos de un demonio.»

«Cada uno de nosotros tiene dentro al cielo y al infierno, Basil», exclamó Dorian con un gesto de desesperación.

Hallward volvió de nuevo al retrato y lo observó. «¡Dios mío! ¡Si es cierto —exclamó—, y si esto es lo que has hecho con tu vida, tienes que ser peor incluso de lo que se imaginan que eres los que han hablado en contra tuya!» Levantó la luz otra vez hacia el lienzo y lo examinó. La superficie parecía estar inalterable tal como él la había dejado. Aparentemente era de dentro de donde surgía la impureza y el horror. Por medio de alguna extraña vida interna resucitada, la lepra del pecado estaba comiéndose al objeto lentamente. La putrefacción de un cadáver en una tumba húmeda no era tan espantosa.

Su mano tembló y la vela cayó de su arandela al suelo y se quedó allí chisporroteando. Puso su pie encima y la apagó. Luego se dejó caer en la silla desvencijada que estaba al lado de la mesa y hundió la cara entre sus manos.

«¡Dios Santo, Dorian, qué lección! ¡Qué fea lección! —no hubo contestación, pero podía oír al joven sollozando en la ventana—. «Reza, Dorian, reza —murmuró—. ¿Qué es lo que le enseñan a decir a uno cuando eres niño?: "No nos dejes caer en la tentación. Perdona nuestros pecados. Purifica nuestras iniquidades." Digámoslo juntos. La oración de tu orgullo tuvo contestación. La oración de tu arrepentimiento tendrá respuesta también. Te adoraba muchísimo. He sido castigado por ello. Te adorabas mucho a ti mismo. Los dos somos castigados.»

Dorian Gray se dio la vuelta lentamente y le miró con los ojos llenos de lágrimas. «Es demasiado tarde, Basil», dijo balbuceando.

«Nunca es demasiado tarde, Dorian. Arrodillémonos e intentémoslo si no podemos recordar una oración. ¿No hay un versículo en alguna parte que dice: "Aunque tus pecados sean escarlatas, todavía los puedes hacer blancos como la nieve"?»

«Esas palabras no significan nada para mí ahora.»

«¡Silencio!, no digas eso. Has hecho bastante mal en tu vida. ¡Dios mío! ¿No ves cómo nos mira de reojo esa maldita cosa?»

Dorian Gray miró al cuadro y de repente se apoderó de él un sentimiento de odio hacia Basil Hallward, como si se lo hubiera propuesto la imagen del lienzo, susurrándole al oído aquellos labios burlones.

La ira enloquecida de un animal cazado se agitaba dentro de él y aborrecía al hombre que estaba sentado a la mesa, más de lo que había aborrecido a alguien en toda su vida. Miró alrededor furiosamente. Algo brillaba encima del cofre pintado que tenía frente a él. Sus ojos se fijaron en ello. Sabía lo que era. Era un cuchillo que había llevado allí algunos días antes para cortar un trozo de cuerda y lo había olvidado. Se fue lentamente hacia él, pasando al lado de Hallward. Tan pronto como estuvo detrás de él, lo cogió y se dio la vuelta. Hallward se movió de la silla como si fuera a levantarse. Se precipitó hacia él y le clavó el cuchillo en la vena que hay al lado de la oreja, aplastando la cabeza sobre la mesa y apuñalándole una y otra vez.

Hubo un gemido apagado y el sonido horrible de alguien que se ahoga en sangre. Tres veces se agitaron con convulsiones los brazos extendidos, moviendo en el aire las manos grotescas de dedos rígidos. Le apuñaló dos veces más y el pintor no se movió ya. Algo comenzó a chorrear al suelo. Esperó un momento, presionando todavía más la cabeza. Luego tiró el cuchillo sobre la mesa y escuchó.

No pudo oír nada a excepción del goteo, el goteo sobre la alfombra raída. Abrió la puerta y salió al descansillo. La casa estaba en una calma absoluta. No había nadie por allí. Durante unos segundos se quedó inclinado sobre la barandilla y mirando con atención al agujero hirviente y negro de la oscuridad. Luego sacó la llave, volvió a la habitación y se encerró allí.

Estaba sentado todavía en la silla, apoyado sobre la mesa con la cabeza inclinada, encorvado y con los brazos colgando. Si no hubiera sido por el desgarro rojo y mellado de su cuello y por el charco negro coagulado que se extendía lentamente sobre la mesa, hubiera podido decirse que aquel hombre estaba sencillamente dormido.

¡Qué rápido se había hecho todo! Sintió una calma extraña y caminó hacia la ventana, la abrió y salió al balcón. El viento se había llevado lejos la niebla y el cielo era como una cola monstruosa de pavo real, estrellada con innumerables ojos dorados. Miró hacia abajo y vio a un policía que hacía su ronda y alumbraba con su lintema a las puertas de las silenciosas casas. La mancha carmesí de un coche que rondaba iluminó la esquina y luego se desvaneció. Una mujer con un chal que ondulaba se deslizaba lentamente junto a las verjas y se tambaleaba al andar. De cuando en cuando se paraba y miraba atrás. De pronto empezó a cantar con una voz ronca. El policía se acercó a ella y le dijo algo. Ella se fue tropezando y riéndose. Un viento glacial barrió la plaza. Las lámparas de gas vacilaron y se hicieron azules, y los árboles sin hojas agitaban sus ramas oscuras de un lado a otro. Él se estremeció y regresó cerrando la ventana tras de sí.

Cuando llegó a la puerta, metió la llave y la abrió. Ni siquiera echó una mirada al hombre asesinado. Sintió que el secreto de todo aquello no iba a darse cuenta de la situación. El amigo que había pintado el retrato funesto al que debía toda su desgracia se había ido de su vida. Eso era suficiente.

Luego recordó la lámpara. Era un extraña obra morisca, hecha de plata maciza, incrustada con arabescos de acero bruñido y llena de gruesas turquesas. Quizá su criado la echaría de menos y haría preguntas. Dudó un momento, luego se dio la vuelta y la cogió de la mesa. No pudo evitar ver al cadáver. ¡Qué tranquilo estaba! ¡Qué horriblemente blancas le parecían sus grandes y largas manos! Era como una espantosa figura de cera.

Después de cerrar la puerta con llave, se deslizó en silencio escaleras abajo. La tarima crujía y parecía que gritaba de dolor. Paró varias veces y esperó. No, todo estaba en calma. Era simplemente el sonido de sus propios pasos.

Cuando llegó a la biblioteca, vio la bolsa y el abrigo en un rincón. Tenía que esconderlos en alguna parte. Abrió un armario secreto que había en el zócalo y los puso dentro. Más adelante podría quemarlos fácilmente. Después sacó el reloj. Eran las dos menos veinte.

Se sentó y empezó a pensar. Cada año, cada mes, cada... En Inglaterra se ahorca a los hombres por hacer lo que había hecho él. Hubo en el aire una locura criminal. Alguna estrella roja se había acercado demasiado a la tierra... Y, sin embargo, ¿qué pruebas habría contra él? Basil Hallward había abandonado su casa a las once. Nadie le había visto entrar otra vez. La mayor parte de los criados estaban en Selby Royal. Su mayordomo se había ido a la cama... ¡París! Sí. Basil se había ido a París y en el tren de medianoche, como él pretendía. Con sus costumbres extrañas y reservadas, pasarían meses antes de que se levantaran sospechas. ¡Meses! Se podía destruir todo mucho antes.

Le cruzó un pensamiento repentino. Se puso su abrigo de piel y su sombrero y salió a la entrada. Allí se detuvo a escuchar el andar lento y pesado del policía por la acera, y a ver la luz de la diana de su linterna reflejada en la ventana. Esperó y contuvo la respiración.

Después de unos momentos descorrió el cerrojo y se deslizó afuera, cerrando la puerta tras él suavemente. Luego comenzó a tocar la campanilla. En unos cinco minutos, apareció su mayordomo a medio vestir y parecía muy soñoliento.

«Siento haber tenido que despertarle, Francis —dijo al entrar—, pero he olvidado mis llaves. ¿Qué hora es?»

«Las dos y diez, señor», contestó el hombre, mirando al reloj y pestañeando.

«¿Las dos y diez? ¡Qué tarde es! Tienes que despertarme mañana a las nueve. Tengo trabajo que hacer.»

«Bien, señor.»

«¿Vino alguien esta tarde?»

«El señor Hallward. Se quedó aquí hasta las once y luego se fue a coger el tren.»

«¡Oh!, siento no haberle visto. ¿Dejó algún mensaje?»

«No, señor; sólo que le escribiría desde París, si no le encontraba a usted en el club.»

«Está bien, Francis. No olvide llamarme a las nueve mañana.»

«No, señor.»

El hombre se fue por el pasillo arrastrando los pies con sus zapatillas.

Dorian Gray tiró su sombrero y su abrigo sobre la mesa y pasó a la biblioteca. Durante un cuarto de hora paseó por la habitación, arriba y abajo, mordiéndose el labio y pensando. Luego cogió el Libro Azul de una de sus estanterías y comenzó a pasar las hojas. «Alan Campbell, calle Hertford, 152, Mayfair». Sí, ese era el hombre que quería.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, su criado entró con una taza de chocolate sobre una bandeja y abrió las contraventanas. Dorian estaba durmiendo apaciblemente, apoyado sobre su lado derecho, con una mano debajo de la mejilla. Parecía un muchacho que se había cansado con el juego o con el estudio.

El mayordomo tuvo que tocarle dos veces en el hombro antes de que se despertara y, cuando abrió los ojos, una débil sonrisa cruzó sus labios, como si hubiera estado perdido en algún sueño delicioso. Sin embargo, no había soñado nada. La noche no había sido turbada por ninguna imagen de placer o de dolor. Pero el joven sonreía sin razón alguna. Era uno de sus principales encantos.

Se dio la vuelta y, apoyándose sobre el codo, comenzó a sorber el chocolate. El suave sol de noviembre inundaba la habitación. El cielo brillaba y había un calor vivificante en el aire. Era casi como una mañana de mayo.

Poco a poco se deslizaron en su cerebro los acontecimientos de la noche anterior, con pisadas silenciosas y ensangrentadas, y las reconstruyó allí con una precisión terrible. Puso mala cara al recuerdo de todo lo que había sufrido, y por un momento se apoderó de él el mismo sentimiento de odio hacia Basil Hallward, que le había hecho asesinarle cuando estaba sentado en la silla; se quedó frío y colérico. El cadáver también estaba allí todavía sentado, y ahora a la luz del sol. ¡Qué horrible era! Cosas tan horrorosas son para la oscuridad, no para el día.

Sentía que si seguía pensando en lo que había ocurrido enfermaría o se volvería loco. Había pecados que eran más fascinantes en el recuerdo que por el acto en sí. Extraños triunfos que gratificaban más al orgullo que a las pasiones, y daban al intelecto un sentido vivo de alegría, mayor que cualquier alegría que conllevara, o podía conllevar alguna vez, a los sentidos. Pero éste no era uno de ellos. Era algo para expulsar fuera de la mente, drogarlo con adormideras o ahogarlo para que no le ahogara a él.

Cuando sonó la media, se pasó la mano por la frente y luego se levantó deprisa y se vistió con más esmero que de costumbre, prestan-

do especial atención a la elección de su corbata y del alfiler, y cambiándose los anillos una y otra vez. También perdió mucho tiempo en el desayuno, probando varios platos, hablando con su mayordomo sobre las nuevas libreas que estaba pensando que se hicieran para los criados de Selby, mientras miraba su correspondencia. Sonrió ante algunas de las cartas. Tres de ellas le aburrieron. Una la leyó varias veces y luego la rompió con ligero gesto de enfado en su cara. «¡Qué horrible es la memoria de una mujer!», como dijo una vez lord Henry.

Después de beberse la taza de café solo, se limpió los labios lentamente con una servilleta, indicando a su criado que esperara, y yendo a la mesa se sentó y escribió dos cartas. Una se la metió en el bolsillo y la otra se la dio al mayordomo.

«Lleve ésta a la calle Hertford, 152, Francis, y si el señor Campbell está fuera de la ciudad, que le den su dirección.»

Tan pronto como se quedó solo, encendió un cigarrillo y comenzó a hacer un esbozo sobre un trozo de papel: primero dibujó flores y motivos arquitectónicos, y luego rostros humanos. De repente advirtió que todos los rostros que dibujaba se parecían mucho a Basil Hallward. Frunció el ceño y, levantándose, fue hacia la estantería y sacó un volumen al azar. Había decidido que no pensaría en lo que había ocurrido hasta que fuera absolutamente necesario.

Cuando se hubo tumbado en el sofá, miró la portada del libro *Emaux et Camées*, de Gautier, edición en papel japonés de Charpentier, con aguafuertes de Jacquemart. La encuadernación era de piel verde limón, con un diseño de enrejado dorado y granadas sombreadas. Se lo había regalado Adrian Singleton. Según pasaba las páginas, sus ojos se fijaron en un poema sobre la mano de Lacenaire, la mano fría y amarilla *du supplice encore mal lavée*, con su vello rojo y sus *doigts de faune*. Se contempló sus dedos blancos y delgados, y se estremeció ligeramente a pesar suyo, continuando hasta que llegó a esas maravillosas estrofas sobre Venecia:

«Sur une gamme chromatique,
Le sein de perles ruisselant,
La Vénus de l'Adriatique
Sort de l'eau son corps rose et blanc.

Les dômes, sur l'azur des ondes
Suivant la phrase au pur contour,
S'enflent comme des gorges rondes
Que soulève un soupir d'amour.

L'esquif aborde et me dêpose,
Jetant son amarre au pilier,

Devant une façade rose,
Sur le marbre d'un escalier.»

¡Qué exquisitos eran! Al leerlos parecía como si uno flotara por los verdes canales de la ciudad rosa y perla, sentado en una góndola negra de proa plateada y cortinas largas. Estas sencillas líneas le parecían a él las líneas rectas de azul turquesa que se suceden según se adentra uno en Lido. Los repentinos destellos de colores le recordaban el destello de las aves de cuello de ópalo e iris que revoloteaban alrededor del alto Campanile, combado como un panal de miel, o que andan con paso majestuoso, con esa gracia impresionante, bajo los arcos sombríos y cubiertos de polvo. Inclinándose hacia atrás con los ojos medio abiertos, continuó diciéndose a sí mismo una y otra vez:

«Devant une façade rose,
Sur le marbre d'un escalier.»

Toda Venecia estaba en estas dos líneas. Recordaba el otoño que había pasado allí y un amor maravilloso que le incitó a locuras insensatas y deliciosas. Había romances en todas partes. Pero Venecia, al igual que Oxford, había mantenido el entorno para el romance, y, para el verdadero romántico, el entorno lo era todo, o casi todo. Basil había estado con él parte del tiempo y se había apasionado con Tintoretto. ¡Pobre Basil! ¡Qué forma más horrible de morir!

Suspiró, cogió el volumen otra vez y trató de olvidar. Leyó ante las golondrinas que entran y salen volando del pequeño café de Smyrna donde se sientan los *hadjis* y pasan las cuentas de sus rosarios de ámbar, y los comerciantes con turbantes fuman pipas largas adornadas con borlas y hablan gravemente entre ellos. Leyó ante el obelisco de la plaza de la Concordia que llora lágrimas de granito en su exilio solitario sin sol y anhela volver al cálido Nilo cubierto de lotos, donde hay esfinges e ibis rosas y rojos y buitres blancos con garras de oro, y cocodrilos con pequeños ojos berilos que se arrastran por el fango húmedo. Comenzó a pensar en esos versos que, extrayendo música del mármol manchado de besos, nos hablan de esa curiosa estatua que Gautier compara con una voz de contralto, el *monstre charmant* acostado en la sala pórfida del Louvre. Pero después de un rato se le caía el libro de las manos. Se puso nervioso y se apoderó de él un horrible ataque de terror. ¿Qué pasaría si Alan Campbell estuviera fuera de la ciudad? Pasarían días antes de que pudiera regresar. Quizá se negara a venir. ¿Qué podría hacer entonces? Cada momento era de una importancia vital. Habían sido grandes amigos una vez, cinco años antes; de hecho eran casi inse-

parables. Luego la intimidad terminó de repente. Ahora, cuando se encuentran en sociedad, sólo Dorian Gray sonríe: Alan Campbell nunca lo hace.

Era un joven muy inteligente, aunque no sintiera un verdadero aprecio por las artes visibles, y cualquier sentimiento que poseyera de belleza de la poesía lo había obtenido totalmente de Dorian. Su pasión intelectual dominante era por la ciencia. En Cambridge había pasado gran parte de su tiempo trabajando en el laboratorio, o sacando buenas notas en los exámenes de Ciencias Naturales de su promoción. De hecho, era adicto todavía al estudio de la química y tenía laboratorio propio en el que solía encerrarse todo el día, para gran enojo de su madre, que había deseado de corazón un puesto para él en el Parlamento y tenía una idea vaga de que un químico era una persona que hacía recetas. Sin embargo, era un músico excelente también, y tocaba tanto el violín como el piano mejor que muchos aficionados. En realidad, fue la música la que les había unido primero a Dorian y a él, la música y esa atracción indefinible que Dorian parecía ser capaz de ejercer donde quisiera, y que realmente ejercía a menudo, sin ser consciente de ello. Se habían conocido en la casa de lady Berkshire la noche en que actuó allí Rubinstein y, después de aquello, solían ser vistos juntos en la Ópera y en cualquier lugar donde hubiera buena música. Su intimidad duró dieciocho meses. Campbell siempre estaba o en Selby Royal o en la plaza Grosvenor. Para él, como para muchos otros, Dorian Gray era el modelo de todo lo que es maravilloso y fascinante en la vida. Nadie supo nunca si tuvo lugar alguna discusión entre ellos o no. Pero de repente la gente notó que apenas se hablaban cuando se encontraban y que parecía que Campbell siempre se marchaba temprano de alguna fiesta en la que Dorian Gray estaba presente. Él había cambiado también, algunas veces estaba melancólico de forma extraña, parecía que casi no le gustaba oír música; ya nunca tocaba, y cuando se lo pedían, daba la excusa de que estaba demasiado absorto en la ciencia y no tenía tiempo para practicar. Y era completamente cierto. Cada día parecía más interesado en la biología y su nombre apareció una o dos veces en revistas científicas relacionadas con ciertos experimentos extraños.

Éste era el hombre al que Dorian Gray estaba esperando. Cada segundo miraba al reloj. Según pasaban los minutos, él cada vez se agitaba más. Al final se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro por la habitación. Parecía un hermoso objeto enjaulado. Daba zancadas sigilosas. Sus manos estaban muy fijas.

La ansiedad se hizo insoportable. Le parecía que el tiempo discurría con pies de plomo, mientras que vientos monstruosos le empujaban hacia el mismo borde de una hendidura oscura de un precipicio. Sabía

lo que le estaba esperando allí. De hecho lo vio y, estremeciéndose, apretó con manos sudorosas sus párpados ardientes como si hubieran robado el mismo sentido de la vista y hundido los globos oculares en sus cavidades. Era inútil. El cerebro tenía su propio alimento del que nutrirse, y la imaginación, que se hacía grotesca por el terror, se retorcía y deformaba por el dolor como si fuera un ser vivo, bailando como un pelele sucio sobre una plataforma y gesticulando con máscaras que cambiaban. Luego, de repente, el tiempo se paró para él. Sí, aquella obsesión ciega y de respiración lenta no avanzó más, el tiempo moría y desenterraba un futuro espantoso desde su tumba, y se lo enseñó a él, y pensamientos horribles corrieron ágilmente delante de él. Lo miró fijamente. Tanto horror le dejó petrificado.

Por fin se abrió la puerta y entró su criado. Volvió hacia él sus ojos vidriados.

«El señor Campbell, señor», dijo el hombre.

Un suspiro de alivio salió de sus labios resecos y el color volvió a sus mejillas.

«Pídale que entre en seguida, Francis.» Sintió que era él mismo otra vez. Su estado de cobardía había pasado.

El mayordomo se inclinó y se retiró. Momentos después entró Alan Campbell, con aspecto severo y bastante pálido; su cabello negro como el carbón y sus ojos oscuros intensificaban su palidez.

«¡Alan! Eres muy amable. Te agradezco que hayas venido.»

«Había hecho el propósito de no volver a entrar en tu casa, Gray. Pero decías que era un asunto de vida o muerte.» Su voz era dura y fría. Hablaba con deliberada lentitud. Había desprecio en la mirada, firme y penetrante, fija sobre Dorian. Mantuvo las manos en los bolsillos de su abrigo de astracán y parecía no haber advertido el gesto con que él le había saludado.

«Sí, es un asunto de vida o muerte, Alan, y para más de una persona. Siéntate.»

Campbell cogió una silla y Dorian se sentó frente a él. Los ojos de los dos hombres se encontraron. En los ojos de Dorian había una conmiseración infinita. Sabía que lo que iba a hacer era espantoso.

Después de un momento de silencio tenso, él se inclinó y habló con calma, pero observando sobre su cara el efecto de cada una de las palabras que pronunciaba: «Alan, en una habitación cerrada con llave en la parte de arriba de esta casa hay un cadáver sentado ante una mesa. Ahora hace diez horas que ha muerto. No te muevas y no mires así. Quién es el hombre, por qué ha muerto, cómo ha muerto, son asuntos que no te conciernen. Lo que tienes que hacer es...»

«¡Alto, Gray! No quiero saber nada más. Si lo que has contado es verdad o no lo es, no me concierne. Me niego rotundamente a mez-

clarme en tu vida. Guarda para ti tus horribles secretos. No me interesan ya.»

«Alan, te van a interesar. Éste te interesará. Lo siento terriblemente por ti, Alan, pero no puedo evitarlo. Eres el único hombre que puede salvarme. Me veo forzado a meterte en el asunto. No tengo opción. Alan, eres un científico. Sabes química y cosas de esa clase. Has hecho experimentos. Lo que tienes que hacer es destruir lo que hay en el piso de arriba, destruirlo para que no quede ni un vestigio. Nadie vio entrar a esta persona en mi casa. En realidad se supone que en este momento está en París. No se le echará de menos durante meses. Cuando se le eche de menos, no se hallará ni una sola huella de él aquí. Tú, Alan, tú tienes que convertirle a él y a todo lo que le pertenece en un puñado de cenizas que pueda esparcir en el aire.»

«Estás loco, Dorian.»

«¡Ah! Esperaba que me llamaras Dorian.»

«Estás loco, te digo; loco al imaginar que yo movería un dedo por ayudarte, loco por hacer esta monstruosa confesión. No tengo nada que ver en este asunto, cualquiera que sea. ¿Crees que voy a poner en peligro mi reputación por ti? ¿Qué me importa a mí lo que signifique para ti esa obra del demonio?

«Fue un suicidio, Alan.»

«Me alegro. Pero, ¿quién le impulsó a ello? Tú, me imagino.»

«¿Te niegas a hacer esto por mí?»

«Por supuesto que me niego. No tengo absolutamente nada que ver en esto. No me importa la vergüenza que caiga sobre ti. Te lo mereces todo. No me apenaré por verte deshonrado, deshonrado públicamente. ¿Cómo te atreves a pedirme a mí, entre todos los hombres que hay en el mundo, que me mezcle en este horror? Creía que sabías más sobre el carácter de la gente. Tu amigo lord Henry Wotton puede que no te haya enseñado mucho sobre psicología, entre todo lo que te ha enseñado. Nada me inducirá a mover un paso por ayudarte. Has venido al hombre equivocado. Ve a alguno de tus amigos. No vengas a mí.»

«Alan, fue un asesinato. Yo le maté. No sabes lo que me ha hecho sufrir. Cualquiera que haya sido mi vida, él ha participado más que el pobre Harry en hacerla lo que fue o en perderla. Quizá no lo intentó, pero el resultado fue el mismo.»

«¡Un asesinato! ¡Dios Santo, Dorian! ¿A eso has llegado? No te denunciaré. No es asunto mío. Por otro lado, sin mi intervención, te detendrán seguro. Nadie comete un crimen sin hacer algo estúpido. Pero no tengo nada que ver con ello.»

«Tienes que ver algo con ello. Espera, espera un momento. Escúchame. Sólo escucha, Alan. Todo lo que te pido es que realices cierto experimento científico. Vas a hospitales y a depósitos de cadáve-

res, y los horrores que haces allí no te afectan. Si en alguna de esas salas de disección horrendas o en ese laboratorio fétido te encuentras a este hombre tumbado sobre una mesa de cinc, con ranuras rojas por donde sale la sangre y fluye, tú simplemente lo miras como si se tratara de un asunto admirable. No se te erizaría el pelo. No creerías que estuvieras haciendo algo injusto. Por el contrario, pensarías que probablemente estabas beneficiando a la raza humana o incrementando la cantidad de conocimientos del mundo, satisfaciendo la curiosidad intelectual, o algo parecido. Lo que quiero que hagas es sencillamente lo que has hecho tan a menudo antes. De hecho, destruir un cuerpo tiene que ser mucho menos horrible de lo que tú estás acostumbrado a hacer. Y, recuerda, es la única prueba que hay contra mí. Si se descubre, estoy perdido, y seguro que se descubrirá a menos que me ayudes.»

«No tengo el deseo de ayudarte. Olvidas eso. Me siento sencillamente indiferente a todo el tema. No tiene nada que ver conmigo.»

«Alan, te lo suplico. Piensa en mi posición. Justo antes de que llegaras casi me desmayo de miedo. Puede que conozcas el terror por ti mismo algún día. ¡No! No pienses en ello. Mira el tema desde un punto de vista puramente científico. Tú no preguntas de dónde proceden los cadáveres sobre los que experimentas. No lo preguntes ahora. Ya te he contado demasiado. Pero te ruego que lo hagas. Fuimos amigos una vez, Alan.»

«No hables de esos días, Dorian. Han muerto.»

«A veces los muertos se quedan. El hombre del piso de arriba no se irá. Está sentado a la mesa con la cabeza inclinada y los brazos extendidos. ¡Alan! ¡Alan! Si no vienes en mi ayuda, estoy acabado. ¡Porque me colgarán, Alan! ¿No entiendes? Me colgarán por lo que he hecho.»

«Es inútil prolongar esta escena. Me niego en redondo a hacer nada en este asunto. Es una locura por tu parte habérmelo pedido.»

«¿Te niegas?»

«Sí.»

«Te lo suplico, Alan.»

«Es inútil.»

La misma mirada de conmiseración vino a los ojos de Dorian. Luego alargó la mano, cogió un trozo de papel y escribió algo en él. Lo leyó dos veces y lo dobló cuidadosamente, empujándolo sobre la mesa. Después de hacer esto, se levantó y fue hacia la ventana.

Campbell le miró sorprendido, y luego cogió el papel y lo desdobló. Según lo leía su rostro se ponía pálido como un cadáver y se echó para atrás en la silla. Se apoderó de él una horrible sensación de malestar. Sintió como si latiese su corazón hasta la muerte en alguna cavidad vacía.

Después de dos o tres minutos de un terrible silencio, Dorian se dio la vuelta, se colocó detras de él y le puso la mano sobre el hombro.

«Lo siento tanto por ti, Alan —murmuró—, pero no me dejas otra alternativa. Ya tengo escrita una carta. Aquí está. Mira la dirección. Si no me ayudas, tendré que enviarla. Sabes cuál será el resultado. Pero vas a ayudarme. Es imposible que te niegues ahora. Intenté evitarlo. Quedarás en paz conmigo si admites esto. Fuiste severo, cruel, ofensivo. Me trataste como ningún hombre se ha atrevido a tratarme, ningún hombre vivo por lo menos. Lo he aguantado. Ahora me toca a mí imponer condiciones.»

Campbell ocultó su rostro entre las manos y sintió un escalofrío.

«Sí, me toca a mí imponer condiciones, Alan. Sabes cuáles son. Es bastante sencillo. Ven, no te agites más. Se tiene que hacer. Afróntalo y hazlo.»

Un gemido salió de los labios de Campbell y se estremeció. El tictac del reloj de la chimenea le parecía que dividía el tiempo en átomos separados de agonía, cada uno de los cuales era demasiado terrible para ser soportado. Sentía como si un anillo de hierro le oprimiera la frente lentamente, como si la deshonra que le amenazaba le hubiera llegado ya. La mano sobre su hombro pesaba como si fuera de plomo. Era inadmisible. Parecía que le estrujaba.

«Vamos, Alan, tienes que decidirte en seguida.»

«No puedo hacerlo», dijo de forma mecánica, como si las palabras pudieran cambiar las cosas.

«Tienes que hacerlo. No tienes elección. ¡No tardes!»

Él dudó un momento. «¿Hay fuego en la habitación de arriba?»

«Sí, hay un fuego de gas con amianto.»

«Tendré que ir a casa y coger algunas cosas del laboratorio.»

«No, Alan, no puedes abandonar la casa. Anota en un papel lo que quieres y mi criado cogerá un coche y te lo traerá.»

Campbell garabateó unas líneas, dirigidas en un sobre a su criado. Dorian cogió la nota y la leyó cuidadosamente. Luego tocó la campanilla y se la dio a su mayordomo, con órdenes de regresar lo antes posible y traer las cosas con él.

Cuando se cerró la puerta de la entrada, Campbell se puso nervioso y, levantándose de la silla, fue hacia la chimenea. Estaba temblando y con escalofríos. Durante casi veinte minutos no habló ninguno de los hombres. Una mosca zumbó ruidosamente por la habitación, y el tictac del reloj era como el golpe de un martillo.

Cuando dio la una, Campbell se volvió y, mirando a Dorian Gray, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Había algo tan puro y refinado en aquel rostro triste que parecía enfurecerle. «¡Eres infame, totalmente infame!», murmuró.

«Calla, Alan. Has salvado mi vida», dijo Dorian.

«¿Tu vida? ¡Santo cielo! ¡Qué vida es ésta! Has ido de corrupción en corrupción y ahora has llegado al crimen. Haciendo lo que voy a hacer, lo que tú me obligas a hacer, no estoy pensado en tu vida.»

«Ah, Alan —murmuró Dorian con un suspiro—, ojalá tuvieras una milésima parte de la piedad que tengo yo por ti.» Se volvió según hablaba y se quedó mirando hacia el jardín. Campbell no contestó.

Después de unos diez minutos llamaron a la puerta y entró el criado; llevaba un maletín grande de caoba con productos químicos, un rollo largo de alambre de acero y platino y dos abrazaderas de hierro con una forma bastante extraña.

«¿Dejo las cosas aquí, señor?», preguntó a Campbell.

«Sí —dijo Dorian—. Y me temo, Francis, que tengo otro recado para usted. ¿Cómo se llama el hombre de Richmond que abastece de orquídeas a Selby?»

«Harden, señor.»

«Sí, Harden. Tiene que ir a Richmond en seguida y ver a Harden en persona, y decirle que envíe el doble de las orquídeas que le encargué y que las menos posibles sean de color blanco. En realidad no quiero ninguna blanca. Es un día maravilloso, Francis, y Richmond es un sitio muy bonito; de otro modo no le hubiera molestado con esto.»

«No es ninguna molestia. ¿A qué hora vuelvo?»

Dorian miró a Campbell. «¿Cuánto tiempo durará el experimiento, Alan?», dijo tranquilamente y con voz indiferente. La presencia de una tercera persona en la habitación parecía darle un valor extraordinario.

Campbell frunció el ceño y se mordió el labio. «Unas cinco horas», contestó.

«Entonces será suficiente con que vuelva usted a las siete y media, Francis. O espere: deje mi ropa fuera para vestirme. Puede tomar la tarde libre. No voy a cenar en casa, así que no le necesito.»

«Gracias, señor», dijo el criado abandonando la habitación.

«Ahora, Alan, no hay momento que perder. ¡Cómo pesa este maletín! Te lo llevaré. Tú trae las otras cosas.» Habló con rapidez y de forma autoritaria. Campbell se sintió dominado por él y dejaron la habitación los dos juntos.

Cuando llegaron al descansillo de arriba, Dorian sacó la llave y la metió en la cerradura. Luego se detuvo y apareció en sus ojos una mirada de inquietud. Se estremeció: «Creo que no puedo entrar, Alan», murmuró.

«No importa. No te necesito», dijo Campbell fríamente.

Dorian abrió la puerta a medias. Al hacerlo, vio el rostro del retrato mirándole de reojo a la luz del sol. Frente a él, en el suelo, estaba caída la cortina rasgada. Recordaba que, por primera vez en su vida, la

noche anterior había olvidado esconder el lienzo fatídico y estuvo a punto de precipitarse hacia él, cuando retrocedió estremecido.

¿Qué eran aquellas gotas rojas repugnantes que brillaban, húmedas y relucientes, en una de las manos, como si el lienzo habiera rezumado sangre? ¡Qué horrible era! Le parecía más horrible en aquel momento que el bulto silencioso que estaba apoyado sobre la mesa, el bulto cuya sombra grotesca y deforme sobre la alfombra raída le mostraba que no se había movido, sino que estaba allí tal como lo había dejado.

Respiró profundamente, abrió la puerta un poco más y con los ojos medio cerrados y con la cabeza apartada entró rápidamente, decidido a no mirar ni una sola vez al cadáver. Luego se inclinó, cogió la colgadura de oro y púrpura y la echó sobre el cuadro.

Se paró allí, temiendo darse la vuelta, y sus ojos se fijaron en la complejidad del diseño que tenía delante. Oyó a Campbell que traía el pesado maletín, los hierros y las demás cosas que él había solicitado para su espantoso trabajo. Empezó a preguntarse si Basil Hallward y él se habrían conocido alguna vez, y, si así era, qué pensaban el uno del otro.

«Déjame ahora», dijo una voz severa detrás de él.

Se volvió y salió deprisa, consciente solamente de que el cadáver había sido echado para atrás en la silla y de que Campbell estaba observando la cara amarilla reluciente. Según bajaba las escaleras, la llave giró en la cerradura.

Eran más de las siete cuando Campbell regresó a la biblioteca. Estaba pálido, pero absolutamente tranquilo. «He hecho lo que me pediste —murmuró—. Y ahora, adiós. Que no nos veamos nunca más.»

«Me has salvado de la perdición, Alan. No puedo olvidarlo», dijo Dorian simplemente.

Tan pronto como Campbell se hubo ido, fue al piso de arriba. Había un horrible olor a ácido nítrico en la habitación. Pero el bulto que había estado sentado a la mesa había desaparecido.

CAPÍTULO XV

Aquella tarde, a las ocho y media, vestido de forma exquisita y con un ramito de violetas de Parma en el ojal, Dorian Gray era anunciado por un criado inclinado en el salón de lady Narborough. Su frente latía a causa de los nervios enloquecidos y se sentía violentamente excitado, pero sus modales al inclinarse sobre la mano de la anfitriona eran tan naturales y llenos de gracia como siempre. Quizá uno nunca parezca tan natural como cuando tiene que representar un papel. En realidad nadie que mirara a Dorian Gray aquella noche podría haber creído que él había pasado por una tragedia tan horrible como cualquier tragedia de nuestra época. Aquellos dedos finos nunca podrían haber empuñado un cuchillo para pecar, ni aquellos labios sonrientes haber clamado a Dios y a la bondad. Ni siquiera él podía evitar asombrarse de la calma de su conducta, y por un momento sintió con estusiasmo el terrible placer de la doble vida.

Era una pequeña fiesta, organizada precipitadamente por lady Narborough, que era una mujer inteligente, a la que lord Henry solía describir como los restos de una auténtica y notable fealdad. Había demostrado ser la esposa excelente de uno de nuestros embajadores más aburridos, y después de enterrar a su marido debidamente en un mausoleo de mármol, que ella misma había diseñado, y de casar a sus hijas con hombres ricos y bastante mayores, se dedicaba ahora a los placeres de la ficción francesa, cocina francesa y espíritu francés cuando podía conseguirlo.

Dorian era uno de sus favoritos especiales, y siempre le decía que estaba muy contenta de no haberle conocido al principio de su vida. «Sé, querido mío, que me hubiera enamorado locamente de usted —solía decir ella—, y hubiera tirado mi sombrero al molino por usted. Afortunadamente, no se pensaba en usted en aquella época. Nuestros sombreros son tan impropios y los molinos están tan ocupados en tratar de levantar viento, que yo ni siquiera he tenido un flirteo con nadie. Sin embargo, todo era culpa de Narborough. Era tan corto de vista..., y no produce ningún placer darse cuenta de que un marido nunca ve nada.»

Esa tarde sus invitados estaban bastante aburridos. La causa era, como le explicó ella a Dorian, detrás de un abanico raído, que una de sus hijas casadas había llegado de improviso para quedarse con ella y, para empeorar las cosas, se había traído con ella a su marido. «Creo que es muy descortés por su parte, querido —suspiró—. Por supuesto yo voy a quedarme con ellos todos los veranos cuando vuelvan de Hamburgo, pero luego una mujer vieja como yo tiene que tomar aire fresco algunas veces, y, por otro lado, los despierto. No sabe la vida que llevan allí. Es vida de campo pura y genuina. Se levantan temprano porque tienen mucho que hacer y se van a la cama pronto porque tienen muy poco en lo que pensar. No ha habido un escándalo en el comarca desde tiempos de la reina Isabel y, como consecuencia, todos se quedan dormidos después de cenar. No se sentará a su lado. Se sentará al mío y me divertirá.»

Dorian murmuró un cumplido con gracia y miró por la habitación. Sí, realmente era una fiesta aburrida. A dos de ellos no los había visto nunca, y otros eran Ernest Harrowden, una de las mediocridades de mediana edad, tan comunes en los clubes de Londres, que no tienen enemigos, pero que sus amigos les detestan profundamente; lady Ruxton, una mujer con un vestido recargado y de unos cuarenta y siete años, con nariz aguileña, que siempre estaba intentando comprometer, pero era tan peculiarmente llana que para gran desengaño suyo nadie creería nunca nada en contra de ella; la señora Erlynne, ambiciosa, con un ceceo delicioso y cabello rojo veneciano; lady Alice Chapman, la hija de la anfitriona, una chica desaliñada y apagada, con una de esas caras británicas características, que ves una vez y no recuerdas nunca, y su marido, con mejillas enrojecidas, una criatura de patillas blancas, que, como muchos de su clase, tenía la impresión de que la jovialidad desmesurada podía compensar por completo la ausencia de ideas.

Dorian casi sentía haber ido, hasta que lady Narborough, mirando al gran reloj de bronce dorado que se extendía en curvas llamativas sobre la repisa de la chimenea tapizada de malva, exclamó: «¡Qué antipático es Henry Wotton por llegar tan tarde! Le envié recado esta mañana y prometió que no me disilusionaría.»

Le consolaba un poco que Harry hubiera ido allí, y cuando se abrió la puerta y oyó su voz lenta y melodiosa dando encanto a alguna disculpa poco sincera, dejó de sentirse aburrido.

Pero no pudo comer nada en la cena. Se llevaron un plato tras otro sin que los probara. Lady Narborough no dejaba de reñirle por lo que ella llamaba «un insulto al pobre Adolphe, que había inventado un menú especial para usted», y de cuando en cuando lord Henry le miraba, asombrado de su silencio y de su comportamiento abstraído.

A menudo, el criado llenaba su vaso de champán. Bebía ansiosamente y parecía que se incrementaba su sed.

«Dorian —dijo al fin lord Henry, cuando estaban sirviendo el *chaudfroid*—, ¿qué te pasa esta noche? Estás de mal humor.»

«Creo que está enamorado —exclamó lady Narborough—, y teme decírmelo por miedo a que me ponga celosa. Hace muy bien. Me pondría celosa.»

«Querida lady Narborough —murmuró Dorian sonriendo—. No me he enamorado desde hace una semana entera; de hecho, no desde que madame de Ferrol abandonó la ciudad.»

«¡Cómo os podéis enamorar los hombres de esa mujer! —exclamó la anfitriona—. Realmente no puedo entenderlo.»

«Es simplemente porque ella le recuerda a usted cuando usted era una niña pequeña, lady Narborough —dijo lord Henry—. Ella es un lazo de unión entre nosotros y sus vestidos cortos.»

«Ella no recuerda mis vestidos cortos de ninguna manera, lord Henry. Pero yo la recuerdo muy bien en Viena hace treinta años, y lo *décolletée* que era ella entonces.»

«Todavía es *décolletée* —contestó él, cogiendo una aceituna con sus dedos largos—, y cuando se pone viste muy elegante, parace una *édition de luxe* de una novela francesa mala. Es realmente maravillosa y llena de sorpresas. Su capacidad para el afecto familiar es extraordinario. Cuando murió su tercer marido, su cabello se volvió casi de oro por la pena.»

«¡Cómo eres, Harry!», exclamó Dorian.

«Es la explicación más romántica —dijo riéndose la anfitriona—. ¡Pero su tercer marido, lord Henry! No querrá decir que Ferrol es el cuarto.»

«Ciertamente, lady Narborough.»

«No creo una palabra.»

«Bueno, pregunte al señor Gray. Él es uno de sus amigos más íntimos.»

«¿Es cierto, señor Gray?»

«Ella así me lo aseguró, lady Narborough —dijo Dorian—. Le pregunté si, como Margarita de Navarra, ella había embalsamado sus corazones y los había colgado del cinturón. Me dijo que no, porque ninguno de ellos había tenido corazón.»

«¡Cuatro maridos! Palabra que eso es *trop de zêle.*»

«*Trop d'audace*, le comenté yo», dijo Dorian.

«¡Oh! Ella es lo bastante audaz como para decir eso, querido. ¿Y cómo es Ferrol? No le conozco.»

Los maridos de las mujeres muy hermosas pertenecen a las clases criminales», dijo lord Henry, sorbiendo su vino.

Lady Narboroguh le dio con su abanico. «Lord Henry, no me sorprende en absoluto que el mundo diga que es usted extremadamente perverso.»

«¿Pero qué mundo dice eso? —preguntó lord Henry, levantando las cejas—. Sólo puede ser el próximo mundo. Este mundo y yo tenemos relaciones excelentes.»

«Todo el mundo que conozco dice que es usted muy perverso», exclamó la mujer, moviendo la cabeza.

Lord Henry se puso serio unos momentos. «Es completamente monstruosa —dijo al fin—, la forma en que la gente, hoy en día, va diciendo cosas contra uno a sus espaldas que son absoluta y completamente ciertas.»

«¿No es incorregible?», exclamó Dorian, inclinándose hacia delante en su silla.

«Creo que sí —dijo la anfitriona riéndose—. Pero realmente si todos ustedes adoran a madame de Ferrol de esta forma tan ridícula, me casaré de nuevo para estar de moda.»

«No se casará usted nunca, lady Narborough —interrumpió lord Henry—. Era usted demasiado feliz. Cuando una mujer se casa de nuevo es porque odiaba a su primer marido. Cuando un hombre se casa de nuevo, es porque adoraba a su primera esposa. Las mujeres prueban su suerte, los hombres arriesgan la suya.»

«Narborough no era perfecto», dijo la anciana.

«Si lo hubiera sido, no le habría amado, mi querida dama —fue la respuesta—. Las mujeres nos aman por nuestros defectos. Si tenemos los suficientes, nos perdonan todo, incluso nuestra inteligencia. Me temo que no me pedirá que venga a cenar otra vez después de decir esto, lady Narborough, pero es completamente cierto.»

«Por supuesto que es cierto, lord Henry. Si nosotras las mujeres no les amáramos por sus defectos, ¿dónde estarían todos? Ninguno de ustedes se casaría nunca. Serían un grupo de solterones desgraciados. Sin embargo, eso no les cambiaría mucho. Hoy en día todos los hombres casados viven como solteros y a todos los solteros les gustan los hombres casados.»

«*Fin de siècle*», murmuró lord Henry.

«*Fin du globe*», contestó la anfitriona.

«Ojalá fuera *fin du globe* —dijo Dorian suspirando—. La vida es una gran desilusión.»

«¡Ah, querido mío —exclamó lady Narborough, poniéndose sus guantes—. No me diga que ha agotado su vida; cuándo un hombre sabe que la vida se ha agotado. Lord Henry es muy perverso, y algunas veces yo añoro lo que he sido, pero usted está hecho para ser bueno, usted

parece tan bueno... Tengo que encontrarle una esposa estupenda. Lord Henry, ¿no cree que el señor Gray debería casarse?»

«Siempre se lo estoy diciendo, lady Narborough», dijo lord Henry inclinándose.

«Bueno, tenemos que buscar un partido apropiado para él. Iré con mucha atención por Debrett esta noche y escribiré una lista de todas las damas jóvenes atractivas.»

«¿Con sus edades, lady Narborough?», preguntó Dorian.

«Por supuesto que con sus edades, ligeramente corregidas. Pero nada debe hacerse deprisa. Quiero que sea lo que el *The Morning Post* llama una alianza apropiada, y quiero que los dos sean felices.»

«¡Qué tonterías dice la gente sobre los matrimonios felices! —exclamó lord Henry—. Un hombre puede ser feliz con una mujer mientras no la ame.»

«¡Ah, qué cínico es usted! —exclamó la mujer, empujando hacia atrás la silla y saludando con la cabeza a lady Ruxton—. Tiene que venir a cenar conmigo pronto otra vez. Es usted realmente un tónico admirable, mucho mejor que el que me receta sir Andrew. Tiene que decirme a qué gente le gustaría conocer. Quiero que sea una reunión deliciosa.»

Me gustan los hombres que tienen futuro y las mujeres que tienen pasado —contestó—. ¿O piensa que eso la haría una reunión de enaguas?»

«Me temo que sí —dijo ella riéndose, mientras se levantaba—. Mil perdones, mi querida lady Ruxton —añadió—. No vi que no había terminado su cigarrillo.»

«No importa, lady Narboroguh. Fumo demasiado. Tendré que contenerme en el futuro.»

«No, se lo ruego, lady Ruxton —dijo lord Henry—. La moderación es fatal. Lo suficiente es tan malo como una comida. Más que suficiente es tan bueno como una fiesta.»

Lady Ruxton le miró extrañada. «Tiene que venir a explicarme eso alguna tarde, lord Henry. Suena a teoría fascinante», murmuró ella según salía de la sala.

«Ahora, recuerden que no deben entretenerse demasiado tiempo en sus políticas y escándalos —exclamó lady Narborough desde la puerta—. Si lo hacen, con toda seguridad discutiremos en el piso de arriba.»

Los hombres se rieron y el señor Chapman se levantó solemnemente desde el fondo de la mesa y vino al otro lado. Dorian Gray se cambió de asiento y fue a sentarse con lord Henry. El señor Chapman comenzó a hablar en voz alta sobre la situación de la Cámara de los Comunes. Se reía a carcajadas de sus adversarios. La palabra *doctrinaire*, palabra llena de terror para la mente británica, se repetía de cuando en cuando entre sus explosiones. Un prefijo aliterado le servía de ador-

no a su oratoria. Izaba la bandera de la Unión sobre los pináculos del pensamiento. La estupidez hereditaria de la raza, el sentido común y lógico inglés al que él se refería jovialmente, mostraba ser el baluarte adecuado para la sociedad.

Una sonrisa se curvó en los labios de lord Henry y se volvió hacia Dorian, mirándole.

«¿Estás mejor, amigo mío? —preguntó—. Parecías bastante de mal humor en la cena.»

«¡Estoy muy bien, Harry. Estoy cansado. Eso es todo.»

«Estuviste encantador anoche. La duquesa te quiere mucho. Me dice que va a ir a Selby.»

«Me ha prometido venir el veinte.»

«¿Va a ir Monmouth allí también?»

«Oh, sí, Harry.»

«Me aburre terriblemente, casi tanto como yo le aburro a ella. Es muy inteligente, demasiada inteligencia para ser mujer. Ella carece de ese encanto indefinible de la debilidad. Es ese pie de arcilla que hace preciosa a la imagen de oro. Sus pies son muy bonitos, pero no son de arcilla. Pies blancos de porcelana, si prefieres. Han cruzado el fuego, y lo que el fuego no destruye, lo endurece. Ella ha tenido experiencias.»

«¿Cuánto tiempo lleva casada?», preguntó Dorian.

«Dice que una eternidad. Según el libro nobiliario, creo que diez años, pero diez años con Monmouth tienen que haber sido una eternidad, el tiempo tirado. ¿Quién más va?»

«Los Willoughby, lord Rugby y su esposa, nuestro anfitrión Geoffrey Clouston, los de costumbre. He invitado a lord Grotrian.»

«Me gusta —dijo lord Henry—. A la mayoría de la gente no, pero yo le encuentro encantador. Él compensa el ir tan vestido algunas veces, con ser absolutamente bien educado. Es un tipo muy moderno.»

«No sé si podrá venir, Harry. Quizá se vaya a Montecarlo con su padre.»

«¡Ah! ¡Qué pesado es el público con la gente! Intenta hacerle venir. A propósito, Dorian, te escapaste muy temprano anoche. Te fuiste antes de las once. ¿Qué hiciste después? ¿Fuiste a casa directamente?»

Dorian le miró rápidamente y frunció el ceño. «No, Harry —dijo al fin—. No llegué a casa hasta las tres.»

«¿Fuiste al club?»

«Sí —contestó. Luego se mordió el labio y dijo—: Bueno, no. No fui al club. Estuve paseando. Había olvidado lo que hice... ¡Qué preguntón eres, Harry! Siempre quieres saber lo que ha estado haciendo uno. Yo siempre quiero olvidar lo que he estado haciendo. Llegué a las dos y media, si quieres saber la hora exacta. Me había dejado el llavero

en casa y mi criado tuvo que abrirme. Si quieres alguna corroboración sobre el tema, pregúntale a él.»

Lord Henry se encogió de hombros. «Mi querido amigo. ¡como si eso me importara! Vayamos al salón. No quiero jerez; gracias, señor Chapman. Algo te ha ocurrido, Dorian. Dime qué es. No eres tú mismo esta noche.»

«No te preocupes, Harry. Estoy irritable y de mal humor. Iré a verte mañana o pasado. Presenta mis excusas por mí a lady Narborough. No subiré arriba. Me iré a casa. Tengo que irme a casa.»

«Muy bien, Dorian. Espero verte mañana a la hora del té. Vendrá la duquesa.»

«Trataré de estar allí, Harry», dijo mientras abandonaba la sala. Según se dirigía en coche a su casa era consciente de que aquel sentimiento de terror que pensaba que había sofocado, había vuelto de nuevo. La pregunta casual de lord Henry le había hecho perder los nervios por un momento y quería recuperarlos. Había cosas peligrosas que había que destruir. Puso mala cara. Odiaba la idea de tocarlas tan siquiera.

Sin embargo, había que hacerlo. Se dio cuenta de ello, así que, después de cerrar con llave la puerta de la biblioteca, abrió el armario secreto donde había metido el abrigo y la bolsa de Basil Hallward. Ardía un gran fuego. Apiló otro leño sobre él. Era horrible el olor a ropas chamuscadas y pieles quemadas. Tardó tres cuartos de hora en consumirse todo. Cuando terminó se sintió mareado y desmayado, y, después de encender algunas pastillas argelinas en un brasero agujereado de cobre, se lavó las manos y la frente con vinagre frío perfumado de almizcle.

Se sobresaltó de repente. Sus ojos brillaron de forma extraña y se mordía el labio inferior de forma nerviosa. Entre dos ventanas había un armario grande florentino de ébano, con incrustaciones de marfil y lapislázuli. Lo miró como si fuera algo que podía fascinar y hacer temer, como si guardara algo que deseara con ansia y sin embargo casi le repugnara. Su respiración se aceleró. Un deseo ardiente y loco se apoderó de él. Encendió un cigarrillo y luego lo tiró. Sus párpados cayeron hasta las largas franjas de sus pestañas, casi tocando sus mejillas. Pero seguía mirando al armario. Al final se levantó del sofá donde estaba tumbado y se dirigió hacia él, y después de abrirlo tocó un muelle oculto. Salió lentamente un cajón triangular. Sus dedos se movían instintivamente hacia él, se hundieron allí y se acercaron a algo. Era una cajita china lacada en negro y espolvoreada con oro, muy elaborada, y las cuerdas de seda colgaban con cristales redondos y borlas de metal trenzadas. La abrió. Dentro había una pasta verde, con el brillo de la cera; el olor era extrañamente fuerte y duradero.

Dudó por un momento, con una sonrisa inmóvil y extraña en su rostro. Luego tiritó, aunque el ambiente de la habitación era terriblemente caluroso; se incorporó y miró al reloj. Eran las doce menos veinte. Puso la cajita de nuevo en su sitio, cerró las puertas del armario y se fue a su habitación.

Cuando las campanadas de bronce de la medianoche sonaron en la oscuridad, Dorian Gray, vestido como de costumbre y con una bufanda que cubría su cuello, salió silenciosamente de la casa. En la calle Bond encontró un cabriolé con un buen caballo. Lo llamó y, en voz baja, le dio una dirección al conductor.

El hombre movió la cabeza. «Está demasiado lejos para mí», murmuró.

«Tenga este soberano para usted —dijo Dorian—. Tendrá otro si conduce deprisa.»

«Muy bien, señor —contestó el hombre—, estará allí en una hora», y después de entrar el pasajero, dio la vuelta al caballo y condujo rápidamente hacia el río.

CAPÍTULO XVI

Comenzó a caer una lluvia fría, y las lámparas empañadas de la calle aparecían pálidas en la niebla húmeda. Las tabernas estaban a punto de cerrar, hombres y mujeres sombríos se reunían en varios grupos alrededor de las puertas. Desde alguno de los bares salía un sonido de risas horribles. En otros, los borrachos alborotaban y chillaban.

Echado hacia atrás en el coche, con el sombrero inclinado sobre la frente, Dorian Gray miraba con ojos indiferentes la sombra sórdida de la gran ciudad, y de cuando en cuando se repetía a sí mismo las palabras que le había dicho lord Henry la primera vez que se encontraron: «Curar el alma por medio de los sentidos y los sentidos por medio del alma.» Sí, ese era el secreto. A menudo lo había intentado y lo intentaría de nuevo ahora. Había fumaderos de opio, donde uno podía comprar el olvido, antros de horror donde la locura de los pecados nuevos podía destruir el recuerdo de los antiguos.

La Luna colgaba muy baja en el cielo como un cráneo amarillo. De cuando en cuando una enorme nube sin forma extendía un largo brazo y la ocultaba. Las lámparas de gas iban disminuyendo y las calles eran estrechas y deprimentes. Una vez el hombre perdió su camino y tuvo que retroceder media milla. Un vaho salía del caballo cuando chapoteaba en los charcos. Las ventanas laterales del cabriolé estaban empañadas por una niebla gris.

«¡Curar el alma por medio de los sentidos y los sentidos por medio del alma!» ¡Cómo sonaban aquellas palabras en sus oídos! Con toda seguridad su alma estaba enferma de muerte. ¿Era cierto que los sentidos podían curarla? Se había derramado sangre inocente. ¿Con qué podía expiar aquello? ¡Ah, para eso no había expiación, pero aunque el perdón fuera imposible, era todavía posible el olvido, y se había decidido a olvidar, a acabar con aquello, a aplastarlo como se aplasta a una víbora que le ha mordido a uno. En realidad, ¿qué derecho tenía Basil a hablarle como lo había hecho? ¿Quién le hizo juez de otros? Había dicho cosas espantosas, horribles, inaguantables.

El coche seguía y seguía andando con dificultad, le parecía que cada paso iba más despacio. Levantó la trampilla y le dijo al hombre que

condujera más deprisa. Empezó a roerle el ansia monstruosa por el opio. Su garganta ardía y se frotaba sus delicadas manos de forma nerviosa. Golpeó al caballo furiosamente con su bastón. El conductor se rió y le dio con el látigo. Él se rió en contestación y el hombre se calló.

El camino parecía interminable y las calles eran como la extendida telaraña negra de alguna araña. La monotonía se hizo insoportable y, al ver espesar la niebla, sintió miedo.

Luego pasaron por campos solitarios. Aquí la niebla era más ligera y pudo ver los extraños hornos en forma de botella, con sus lenguas de fuego naranjas en forma de abanico. Un perro ladró cuando pasaron, y allá lejos en la oscuridad chilló una gaviota errante. El caballo tropezó con un bache, luego se desvió a un lado y empezó a galopar.

Al cabo de un rato abandonaron el camino de barro y de nuevo pasaron haciendo ruido por calles pavimentadas toscamente. La mayoría de las ventanas estaban a oscuras, pero de cuando en cuando se perfilaban sombras fantásticas detrás de las persianas iluminadas. Las observó con curiosidad. Se movían como marionetas monstruosas y hacían gestos como los seres vivos. Las odiaba. En su corazón había una rabia sombría. Cuando volvieron una esquina una mujer les gritó algo desde una puerta abierta, y dos hombres corrieron cien yardas detrás del coche. El conductor les golpeaba con su látigo.

Se dice que la pasión le hace pensar a uno en un círculo. Realmente, con una horrible repetición, los labios mordidos de Dorian Gray daban forma una y otra vez a esas palabras sutiles que tienen que ver con el alma y el sentido, hasta que las halló en su expresión plena, como había sido, en sus modales, y justificadas con su aprobación intelectual, las pasiones que, sin esa justificación, hubieran dominado todavía su temperamento. De célula a célula de su cerebro se deslizaba un solo pensamiento y el deseo frenético de vivir. El más terrible de todos los apetitos humanos aceleraba con fuerza cada nervio y cada fibra trémulos. La fealdad que una vez había sido odiosa para él, porque hacía reales las cosas, se hizo grata ahora por esa misma razón. La fealdad era la única realidad. Las pendencias bastas, las tabernas repugnantes, la cruda violencia de una vida desordenada, la gran vileza del ladrón y del proscrito, eran más vivas, en su intensa realidad de impresión, que todas las formas con gracia del arte, las sombras ensoñadoras de la poesía. Es lo que necesitaba para olvidar. En tres días sería libre.

De repente el hombre subió a tirones a lo alto de una callejuela oscura. Sobre los tejados bajos y las chimeneas en fila de las casas se levantaban los negros mástiles de los barcos. Guirnaldas de niebla blanca se aferraban como velas fantasmales a las vergas.

«¿Algún sitio por aquí, señor?», preguntó con voz ronca por la trampilla.

Dorian se sobresaltó y miró a su alrededor. «Aquí es», contestó. Cuando salió apresuradamente y le dio al conductor el soberano extra que le había prometido, caminó rápidamente en dirección al muelle. Acá y allá brillaba un farol en la popa de algún enorme mercante. La luz daba en los charcos y se astillaba. Un resplandor rojizo salía de un vapor que estaba proveyéndose de carbón. El pavimento fangoso parecía un impermeable húmedo.

Se acercó hacia la izquierda, mirando atrás de cuando en cuando para ver si alguien le estaba siguiendo. En siete u ocho minutos llegó a una casita pobre, que estaba encajada entre dos fábricas lúgubres. En una de las ventanas de arriba había luz. Se paró y dio un golpe.

Después de un rato oyó pasos en el pasillo y desenganchar la cadena. La puerta se abrió despacio y él entró sin decir una palabra a la figura deforme y agachada que retrocedió en la sombra cuando pasó él. Al final de la entrada colgaba una cortina verde hecha jirones que se movía y sacudía por el viento borrascoso que le había seguido a él desde la calle. La apartó y entró en una habitación larga y baja que parecía como si hubiera sido alguna vez un salón de baile de tercera clase. Llamas de gas resplandecientes y agudas, oscurecidas y deformadas por los espejos moteados por las moscas, que había frente a ellas, estaban colocadas en fila alrededor de las paredes. Los reflectores grasientos de latón que estaban colocados detrás formaban discos temblorosos de luz. El suelo estaba cubierto de serrín color ocre, con pisadas de barro acá y allá, y manchado con anillos oscuros de licor derramado. Algunos malayos estaban agachados junto a un hornillo de carbón y jugaban con fichas, mostrando sus dientes blancos cuando charlaban. En una esquina, con la cabeza hundida en los brazos, un marinero tumbado sobre una mesa, y en la barra del bar pintada llamativamente, y que ocupaba un lado completo, había dos mujeres macilentas burlándose de un anciano que estaba restregándose las mangas de su abrigo con una expresión de repugnancia. «Cree que tiene hormigas rojas encima», dijo riéndose una de ellas, cuando pasó Dorian. El hombre la miró aterrorizado y comenzó a gimotear.

Al final del salón había una escalera pequeña que daba a una habitación oscura. Cuando Dorian subía deprisa los tres escalones poco seguros, el fuerte olor a opio salió a su encuentro. Respiró profundamente y su nariz tembló de placer. Cuando entró, un hombre joven de pelo lacio amarillo, inclinado sobre una lámpara y encendiendo una larga pipa delgada, levantó la vista hacia él y le saludó de una forma indecisa.

«¿Usted aquí, Adrian?», murmuró Dorian.

«¿Dónde más podría estar? —contestó indiferente—. Ninguno de los amigos me hablará ahora.»

«Pensaba que había abandonado Inglaterra.»

«Darlington no va a hacer nada. Al final ha pagado mi hermano la factura. George no me habla tampoco... No me preocupa —añadió con un suspiro—. Mientras tenga uno este material, uno no necesita amigos. Creo que he tenido demasiados amigos.»

Dorian puso mala cara y miró alrededor a los bultos grotescos que yacían sobre los colchones andrajosos en posturas tan fantásticas. Los miembros encorvados, las bocas entreabiertas, los ojos fijos y apagados, le fascinaban. Sabía en qué cielos extraños estaban sufriendo y en qué infiernos repugnantes les estaban enseñando el secreto de alguna alegría nueva. Ellos estaban mucho mejor que él. Él era prisionero del pensamiento. El recuerdo, como un horrible dolor, se estaba comiendo su alma. De cuando en cuando le parecía ver los ojos de Basil Hallward mirándole a él. Sin embargo, sentía que no podía quedarse. La presencia de Adrian Singleton le importunaba. Quería estar donde nadie supiera quién era. Quería escapar de sí mismo.

«Voy a continuar al otro lugar», dijo después de una pausa.

«¿Al embarcadero?»

«Sí.»

«Seguro que está allí esa gata loca. No la dejarán entrar en este sitio ahora.»

Dorian se encogió de hombros. «Estoy harto de las mujeres que le aman a uno. Las mujeres que le odian a uno son mucho más interesantes. Además, el material es mejor.»

«Es el mismo.»

«Yo lo prefiero. Venga a tomar algo. Tengo que tomar algo.»

«No quiero nada», murmuró el joven.

«No se preocupe.»

Adrian Singleton se levantó perezosamente y siguió a Dorian al bar. Un mulato con un turbante raído y un gabán pobre gesticuló un saludo horrible según colocaba una botella de brandy y dos vasos delante de ellos. Las mujeres se pusieron al lado y empezaron a charlar. Dorian les dio la espalda y dijo algo en voz baja a Adrian Singleton.

Una sonrisa sinuosa, como una arruga malaya, se retorció en la cara de una de las mujeres. «Estamos muy imponentes esta noche», dijo con desprecio.

«Por Dios, no me hables —exclamó Dorian, golpeando con el pie el suelo—. ¿Qué quieres ? ¿Dinero? Aquí está. No me hables otra vez.»

Dos chispas rojas brillaron por un momento en los ojos hinchados de la mujer, después se apagaron y los dejaron mates y vidriosos. Echó la cabeza para atrás y recogió las monedas del mostrador con dedos codiciosos. Su compañera la miró con envidia.

«Es inútil —suspiró Adrian Singleton—. No me preocupa volver. ¿Qué importa? Soy muy feliz aquí.»

«Me escribirá si quiere algo, ¿verdad?», dijo Dorian después de una pausa.

«Quizá.»

«Buenas noches, entonces.»

«Buenas noches», contestó el joven, subiendo los escalones y limpiándose la boca reseca con un pañuelo.

Dorian caminó hacia la puerta con una expresión de pena en su rostro. Cuando corrió la cortina, una risa horrible salió de los labios pintados de la mujer que había cogido su dinero. «Allí va el del pacto con el demonio», dijo hipando y con voz ronca.

«Maldita seas —contestó—, ¡no me llames eso!»

Ella castañeteó sus dedos. «Príncipe Encantador es lo que te gusta que te llamen, ¿verdad?», aulló detrás de él.

Un marinero, soñoliento, dio un salto cuando habló ella y miró furiosamente a su alrededor. El ruido de los gritos de la puerta de entrada llegaron a sus oídos. Se precipitó hacia afuera como si persiguiera a alguien.

Dorian Gray andaba deprisa a lo largo del muelle en medio de la llovizna. Su encuentro con Adrian Singleton le había conmovido de forma extraña y se preguntaba si la desgracia de la vida de ese joven sería culpa suya en realidad, como le había dicho Basil Hallward de forma tan infame e insultante. Se mordió el labio y durante unos segundos sus ojos se entristecieron. Sin embargo, después de todo, ¿qué le importaba? Los días son demasiado breves para llevar a la espalda la carga de los errores de otros. Cada hombre vive su propia vida y paga su propio precio por vivirla. La única pena era que uno tenía que pagar muy a menudo por un solo error. De hecho, uno tiene que pagar una y otra vez. El destino nunca cierra las cuentas en su trato con el hombre.

Hay momentos, psicológicos decimos, en los que la pasión por el pecado, o por lo que el mundo llama pecado, domina de tal forma el carácter que cada fibra del cuerpo, como cada célula del cerebro, parece tener instintos de impulsos temerosos. En esos momentos, los hombres y las mujeres pierden la libertad de su voluntad. Se mueven hacia su terrible final como se mueven los autómatas. Toman la elección por ellos, y la conciencia, o la matan o, si vive, es sólo para dar fascinación a la rebelión y encanto a la desobediencia. Porque todos los pecados, como no se cansan de recordarnos los teólogos, son los pecados de la desobediencia. Cuando ese elevado espíritu, esa estrella de la mañana del mal, cae del cielo, cae como un rebelde. Endurecido, concentrado en el mal, con la mente manchada y el alma hambrienta de rebelión, Dorian Gray aceleró el paso, pero cuando se lanzó por los arcos oscu-

ros que le habían servido de atajo tan a menudo para ir a los lugares de mala fama donde él iba, de repente sintió que le agarraba el cuello por detrás una mano brutal y, antes de que tuviera tiempo de defenderse, le empujó contra la pared.

Luchó como un loco por su vida y con un terrible esfuerzo tiró de los dedos que le apretaban. Al instante oyó el chasquido de un revólver y vio el brillo de un cañón que le apuntaba directamente a la cabeza y la forma oscura de un hombre bajo y grueso delante de él.

«¿Qué quiere?», jadeó.

«Cállese —dijo el hombre—. Si se mueve, disparo.»

«Está loco. ¿Qué le he hecho?»

«Destrozó la vida de Sibyl Vane —contestó—, y Sibyl Vane era mi hermana. Se suicidó. Lo sé. Su muerte es culpa suya. Juré que le mataría por ello. Le he buscado durante años. No tenía pistas ni huellas. Las dos personas que podían haberle descrito estaban muertas. No sabía nada de usted salvo el nombre familiar con el que ella solía llamarle. Por casualidad lo oí esta noche. Haga las paces con Dios, porque esta noche va a morir.»

Dorian Gray palideció de miedo. «Nunca la conocí —tartamudeó—. Nunca oí hablar de ella. Está loco.»

«Será mejor que confiese su pecado, porque, como me llamo James Vane, va a morir.» Hubo un momento horrible. Dorian no sabía qué decir o qué hacer. «¡Arrodíllese! —gruñó el hombre—. Le doy un minuto para que haga las paces, no más. Embarco esta noche hacia la India y tengo que hacer mi tarea primero. Un minuto. Eso es todo.»

Los brazos de Dorian se bajaron. Paralizado por el terror, no sabía qué hacer. De repente una esperanza frenética cruzó por su cerebro. «¡Alto! —gritó—. ¿Cuánto tiempo hace que murió su hermana? Rápido, ¡dígamelo!»

«Dieciocho años —dijo el hombre—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué tienen que ver los años?»

«Dieciocho años —rió Dorian Gray, con un toque de triunfo en su voz—. ¡Dieciocho años! Póngame debajo del farol y mire mi cara!»

James Vane dudó un momento, sin entender lo que significaba aquello. Luego cogió a Dorian Gray y le arrastró fuera de la arcada.

Aun siendo la luz azotada por el viento, difuminada y trémula, sin embargo sirvió para mostrarle el horrible error en que había caído, según parecía, porque la cara del hombre que había buscado para matarle estaba en la flor de la adolescencia, con la pureza inmaculada de la juventud. Parecía un muchacho de poco más de veinte años, no más; de hecho, un poco más mayor que su hermana cuando él había partido hacía tantos años. Era obvio que éste no era el hombre que había destrozado su vida.

Él le soltó y retrocedió tambaleándose. «¡Dios mío, Dios mío! —exclamó—. ¡Le habría asesinado!»

Dorian Gray dio un gran suspiro. «Ha estado a punto de cometer un crimen terrible, buen hombre —dijo mirándole con severidad—. Esto le servirá de aviso para no tomarse la venganza por su cuenta.»

«Perdóneme, señor —murmuró James Vane—. Me han engañado. Una palabra que oí por casualidad en ese condenado antro me colocó en una pista falsa.»

«Es mejor que se vaya a casa y tire la pistola, o puede tener problemas!», dijo Dorian, girando sobre sus talones y alejándose lentamente por la calle.

James Vane se quedó en la acera horrorizado. Estaba temblando de pies a cabeza. Después de un rato un sombra negra que había estado deslizándose por el muro que goteaba, se movió hacia la luz y se acercó a él con pasos cautelosos. Sintió una mano sobre su hombro y miró alrededor sobresaltado. Era una de las mujeres que había estado bebiendo en el bar.

«¿Por qué no le mataste? —le susurró, acercando su cara macilenta a la de él—. Sabía que le habías seguido cuando saliste tan deprisa del Daly. ¡Loco! Deberías haberle matado. Tiene un montón de dinero y es tan malo como la maldad.»

«No es el hombre que estoy buscando —contestó—, y no quiero el dinero de ningún hombre. Quiero la vida de un hombre. La vida del hombre que quiero debe tener ahora unos cuarenta años. La de éste es poco más que la de un muchacho. Gracias a Dios que no he manchado mis manos con su sangre.»

La mujer se rió amargamente. «¡Poco más que un muchacho! —dijo con desprecio—. Hombre, hace cerca de dieciocho años el Príncipe Encantador me hizo lo que soy ahora.»

«¡Mientes!», exclamó James Vane.

Ella levantó las manos hacia el cielo. «Por Dios que te estoy diciendo la verdad», exclamó ella.

«¿Por Dios?»

«Que me quede muda si no es así. Es el peor de los que vienen aquí. Dicen que se ha vendido al demonio por una cara hermosa. Hace cerca de dieciocho años que le conocí. No ha cambiado mucho desde entonces. Es cierto», añadió con una mirada enfermiza.

«¿Juras eso?»

«Lo juro —repitieron sus labios mates—. Pero no me lleves ante él —gimió—. Le tengo miedo. Dame algo de dinero para mi hospedaje de esta noche.»

Se separó de ella jurando y se acercó hacia la esquina de la calle, pero Dorian Gray había desaparecido. Cuando miró atrás, la mujer había desaparecido también.

CAPÍTULO XVII

Una semana más tarde, Dorian Gray estaba sentado en el invernadero de Selby Royal, hablando con la hermosa duquesa de Monmouth, que estaba entre sus invitados junto con su marido, un hombre de sesenta años de aspecto agotado. Era la hora del té, y una luz suave procedente de la enorme lámpara cubierta de encaje que estaba colocada sobre la mesa, presidida por la duquesa, hacía brillar la delicada porcelana china repujada de plata. Sus manos blancas se movían delicadamente entre las tazas y sus labios rojos sonreían a algo que Dorian le había susurrado al oído. Lord Henry estaba recostado en una silla de mimbre tapizada de seda y les miraba. Sobre un diván color pistacho estaba sentada lady Narborough simulando que escuchaba la descripción del duque del último escarabajo brasileño que había añadido a su colección. Tres hombres jóvenes con elegantes trajes de esmoquin estaban acercando pastas de té a las mujeres. Los invitados eran doce, y se esperaba que llegaran más al día siguiente.

«¿De qué están hablando ustedes dos? —dijo lord Henry, incorporándose a la mesa y dejando su taza—. Espero que Dorian le esté hablando sobre mi plan de dar un nuevo nombre a todo, Gladys. Es una idea maravillosa.»

«Pero no quiero que me den un nuevo nombre, Harry —respondió la duquesa, mirándole con ojos maravillosos—. Estoy muy satisfecha de mi nombre y estoy segura de que el señor Gray estará satisfecho con el suyo.»

«Mi querida Gladys, no cambiaría ninguno de vuestros nombres por nada del mundo. Los dos son perfectos. Estoy pensando principalmente en las flores. Ayer corté una orquídea para mi ojal. Era una maravillosa flor jaspeada, tan impresionante como los siete pecados capitales. En un momento de irreflexión le pregunté a uno de los jardineros cómo se llamaba. Me dijo que era un hermoso ejemplar de *Robinsoniana*, o algo espantosamente parecido. Es una triste realidad, pero hemos perdido la facultad de dar nombres encantadores a las cosas. Los nombres lo son todo. Nunca discuto sobre actos. Mi única discusión es sobre las palabras. Esa es la razón por la que odio el realis-

mo vulgar de la literatura. El hombre que puede llamar pala a una pala, debería ser obligado a utilizar una. Es para lo único que está capacitado.»

«Entonces, ¿cómo deberíamos llamarte?», preguntó ella.

«Su nombre es Príncipe Paradójico», dijo Dorian.

«Le reconozco al instante», exclamó la duquesa.

«No quiero oírlo —se rió lord Henry, hundiéndose en una silla—. ¡No hay forma de escapar de la etiqueta! Reniego del título.»

«La realeza no debería abdicar», dejó caer de sus hermosos labios como un aviso.

«¿Quieres que defienda mi trono, entonces?»

«Sí.»

«Te daré las verdades de mañana.»

«Prefiero los errores de hoy», contestó ella.

«Me desarmas, Gladys», exclamó, imitando su terquedad.

«De tu escudo, Harry, no de tu lanza.»

«Nunca arremeto contra la belleza», dijo moviendo la mano.

«Ese es tu error, Harry. Valoras demasiado la belleza.»

«¿Cómo puede decir eso? Admito que pienso que es mejor ser hermoso que ser bueno. Pero por otro lado nadie hay más dispuesto que yo a reconocer que es mejor ser bueno que ser feo.»

«Entonces, ¿la fealdad es uno de los siete pecados capitales? —exclamó la duquesa—. ¿Qué ha sido de tu símil respecto a las orquídeas?»

«La fealdad es una de las siete virtudes capitales, Gladys. Tú, como buena conservadora, no tienes que subestimarlas. La cerveza, la Biblia y las siete virtudes capitales han hecho a nuestra Inglaterra como es.»

«¿No te gusta tu país, entonces?», preguntó ella.

«Vivo en él.»

«Es que censuras al mejor.»

«¿Debería tomar el veredicto de Europa sobre ella?», preguntó.

«¿Qué dicen de nosotros?»

«Que Tartufo ha emigrado a Inglaterra para abrir una tienda.»

«¿Es eso tuyo, Harry?

«Te lo doy.»

«No podría utilizarlo. Es demasiado verdadero.»

«No tengas miedo. Nuestros compatriotas no reconocen la descripción.»

«Son prácticos.»

«Son más astutos que prácticos. Cuando hacen su libro mayor, hacen balance de la estupidez por la riqueza y del vicio por la hipocresía.»

«Sin embargo, hemos hecho grandes cosas.»

«Las grandes cosas nos fueron impuestas, Gladys.»

«Nosotros hemos llevado su carga.»
«Sólo hasta la Bolsa.»
Ella movió la cabeza. «Creo en la raza», exclamó.
«Representa la supervivencia del emprendedor.»
«Se ha desarrollado.»
«La decadencia me fascina más.»
«¿Qué hay del arte?», preguntó ella.
«Es una enfermedad.»
«¿Amor?»
«Una ilusión.»
«¿Religión?»
«El sustituto elegante de la creencia.»
«Eres un escéptico.»
«¡Nunca! El escepticismo es el comienzo de la fe.»
«¿Qué eres tú?»
«Definirlo es limitarlo.»
«Dame una pista.»
«Se han roto los hilos. Te perderías en el laberinto.»
«Me desconciertas. Hablemos de otra cosa.»
«Nuestro anfitrión es un tópico delicioso. Hace años le rebautizaron con el nombre de Príncipe Encantador.»
«¡Ah!, no me recuerdes eso», exclamó Dorian Gray.
«Nuestro anfitrión está muy antipático esta tarde —contestó la duquesa sonrojándose—. Creo que él piensa que me casé con Monmouth por puros principios científicos, por ser el mejor ejemplar que pude encontrar de una mariposa moderna.»
«Bueno, espero que no le clave alfileres, duquesa», se rió Dorian.
«¡Oh! mi doncella ya lo ha hecho, señor Gray, cuando se enfada conmigo.»
«¿Y por qué se enfada con usted, duquesa?»
«Por las cosas más triviales, se lo aseguro, señor Gray. Generalmente porque entro a las nueve menos diez y le digo que tengo que estar vestida a las ocho y media.»
«¡Qué incomprensión por parte de ella! Debería regañarla.» «No me atrevo, señor Gray. Porque se inventa sombreros para mí. ¿Recuerda el que llevaba en la fiesta que dio en el jardín lady Hilstone? Usted no, pero es encantador por su parte pretender que lo recuerda. Bueno, ella lo hizo de nada. Todos los buenos sombreros están hechos de nada.»
«Como todas las buenas reputaciones, Gladys —interrumpió lord Henry—. Cada efecto que produce uno le dan un enemigo. Para ser popular uno tiene que ser mediocre.»

«No con las mujeres —dijo la duquesa, moviendo la cabeza—. Y las mujeres gobiernan el mundo. Le aseguro que no puedo soportar la mediocridad. Nosotras, las mujeres, como ha dicho alguien, amamos con nuestros oídos, exactamente igual que ustedes, los hombres, aman con los ojos, si es que llegan a amar.»

«Me parece que nunca hacemos otra cosa», murmuró Dorian.

«¡Ah!, entonces nunca ama realmente, señor Gray», contestó la duquesa con un gesto de tristeza.

«¡Mi querida Gladys! —exclamó lord Henry—: ¿Cómo puede decir eso? Las historias de amor viven de la repetición, y la repetición convierte a un apetito en arte. Por otro lado, cada vez que uno ama es la única vez que uno ha amado en su vida. Que sea un objeto diferente no cambia la sinceridad de la pasión. Simplemente la intensifica. Podemos tener en la vida una gran experiencia como la mejor, y el secreto de la vida es reproducir esa experiencia con tanta frecuencia como sea posible.»

«¿Incluso cuando ha resultado herido por ella, Harry?», preguntó la duquesa después de una pausa.

«Especialmente cuando ha resultado herido por ella», contestó lord Henry.

La duquesa se volvió a mirar a Dorian Gray con una expresión extraña en sus ojos. «¿Qué dice a eso, señor Gray?», preguntó ella.

Dorian dudó un momento. Luego echó la cabeza para atrás y se rió. «Yo siempre estoy de acuerdo con Harry, duquesa.»

«¿Incluso cuando se equivoca?»

«Harry nunca se equivoca, duquesa.»

«¿Y su filosofía le hace a usted feliz?»

«Nunca he buscado la felicidad. ¿Quién quiere la felicidad? Yo la he buscado para el placer.»

«¿Y la encontró, señor Gray?»

«A menudo. Demasiado a menudo.»

La duquesa suspiró. «Estoy buscando la paz —dijo ella—, y si no voy a vestirme, no la tendré esta tarde.»

«Deje que le coja algunas orquídeas, duquesa», exclamó Dorian, dando un salto y caminando por el invernadero.

«Flirteas vergonzosamente con él —dijo lord Henry a su prima—. Es mejor que tengas cuidado. Es demasiado fascinante.»

«Si no lo fuera, no habría batalla.»

«Entonces, ¿los griegos se encuentran con los griegos?»

«Estoy de parte de los troyanos. Ellos lucharon por una mujer.»

«Y fueron vencidos.»

«Hay cosas peores que la captura», contestó.

«Galopas a rienda suelta.»

«Ir al paso da vida», fue la respuesta.

«Lo escribiré en mi diario esta noche.»

«¿El qué?»

«Que a un niño quemado le encanta el fuego.»

«Yo ni siquiera estoy chamuscada. Mis alas están intactas.»

«Las usas para todo, excepto para volar.»

«El valor ha pasado de los hombres a la mujeres. Es una experiencia nueva para nosotras.»

«Tienes un rival.»

«¿Quién?

Él se rió. «Lady Norborough —le susurró—. Ella le adora.»

«Me llena de temor. La atracción por la antiguedad es fatal para las que somos románticas.»

«¡Románticas! Tenéis todos los métodos de la ciencia.»

«Los hombres nos habéis educado.»

«Pero no lo hemos explicado.»

«Descríbenos como sexo», fue el desafío de ella.

«Esfinges sin secretos.»

Ella le miró sonriendo. «¡Cuánto está tardando el señor Gray! —dijo ella—. Vayamos a ayudarle. No le he dicho todavía el color de mi vestido.»

«¡Ah! Tienes que adaptar tu vestido a sus flores, Gladys.»

«Sería una rendición prematura.»

«Las artes románticas empiezan por su clímax.»

«Me guardaré una oportunidad para la retirada.»

«¿A la manera de los partos?»

«Ellos encontraron la seguridad en el desierto. Yo no podría hacer eso.»

«A las mujeres no les está permitida siempre la elección», contestó él, pero apenas había terminado la frase cuando oyeron desde el fondo del invernadero un chillido ahogado, seguido del ruido sordo de algo pesado que caía. Todo el mundo se sobresaltó. La duquesa se quedó inmóvil y aterrorizada. Y con temor en sus ojos lord Henry se precipitó a través de las hojas de las palmeras y encontró a Dorian Gray que yacía boca abajo, en el suelo enlosado, desmayado como si estuviera muerto.

Le transportaron al salón azul y le tumbaron sobre el sofá. Al poco rato volvió en sí y miró alrededor con expresión aturdida.

«¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¡Oh, ya recuerdo! ¿Estoy seguro aquí?» Comenzó a temblar.

«Mi querido Dorian —contestó lord Henry—. Sólo te has desmayado. Eso fue todo. Tienes que estar muy cansado. Será mejor que no bajes a cenar. Yo ocuparé tu lugar.»

«No, bajaré —dijo él haciendo un esfuerzo por levantarse—. Preferiría bajar. No debo estar solo.»

Fue a su habitación y se vistió. En la mesa mostró una alegría desenfrenada e imprudente, pero de cuando en cuando le venía un escalofrío de terror al recordar que había visto a James Vane observándole con la cara pegada a la ventana del invernadero, como si fuera un pañuelo blanco.

CAPÍTULO XVIII

Al día siguiente no salió de casa y, de hecho, pasó la mayor parte del tiempo en su propia habitación, mareado, con un terror frenético a morir y, sin embargo, indiferente a la vida misma. La conciencia de ser perseguido, atrapado y vigilado, había empezado a dominarle. Si el tapiz se movía simplemente por el viento, él se sobresaltaba. Las hojas secas llevadas por el viento contra los cristales emplomados le parecían sus propias resoluciones perdidas y sus ardientes pesares. Cuando cerraba los ojos, veía de nuevo la cara del marinero mirando con atención a través del cristal empañado por la niebla, y el horror parecía poner su mano en el corazón una vez más.

Sin embargo, quizá había sido sólo su imaginación la que había clamado venganza en la noche y había dado formas espantosas al castigo. La vida en ese momento era un caos, pero había algo terriblemente lógico en la imaginación. Era la imaginación la que situaba al remordimiento sobre la pista del pecado. Era la imaginación la que hacía que cada crimen sustentara a su prole deforme. En el mundo normal de los hechos ni se castiga a los malvados ni se recompensa a los buenos. El éxito es para el fuerte, el fracaso se pega al débil. Eso es todo. Por otro lado, si algún extraño hubiera estado merodeando alrededor de la casa, le hubieran visto los criados o los guardas. Si hubieran encontrado huellas de pisadas en los lechos de flores, los jardineros le hubieran informado. Sí, había sido su imaginación sencillamente. El hermano de Sibyl Vane no había vuelto para matarle. Él había navegado lejos en su barco para hundirse en algún mar helado. De todos modos estaba a salvo de él, porque el hombre no sabía quién era, no podía saber quién era. La máscara de la juventud le había salvado.

Y, sin embargo, si hubiera sido una mera ilusión, ¡qué terrible era pensar que la conciencia pudiera levantar esos fantasmas tan temerosos, y darles forma visible, y hacerles moverse delante de uno! ¡Qué clase de vida sería la suya si, día y noche, las sombras del crimen iban a observarle desde los rincones silenciosos, hacerle burla desde lugares secretos, susurrarle al oído según estuviera sentado en una fiesta, despertarle con dedos helados mientras duerme! Según se deslizaba este

pensamiento por su cerebro, palideció de terror y le pareció que de repente el aire era más frío. ¡Oh! ¡En qué hora de locura desenfrenada había matado a su amigo! ¡Qué horroroso era el mero recuerdo de la escena! Lo vio todo de nuevo. Cada horrible detalle volvió a él con un horror añadido. Fuera de la negra caverna del tiempo, terrible y envuelta en escarlata, surgió la imagen de su pecado. Cuando lord Henry entró a las seis en punto, le encontró llorando como si le hubieran roto el corazón.

Hasta el tercer día no se atrevió a salir. Había algo en el aire limpio y perfumado de pino en esa mañana de invierno que parecía traerle de nuevo su alegría y su ardor por la vida. Pero no fueron simplemente las condiciones físicas del ambiente las que causaron el cambio. Su propio carácter se había rebelado contra el exceso de angustia que había intentado mutilar y dañar la perfección de su calma. Siempre es así con los temperamentos sutiles y delicadamente templados. Sus fuertes pasiones tienen que ser dañadas o doblegadas. Siempre matan al hombre o mueren ellas mismas. Las penas superficiales y los amores superficiales continúan viviendo. Los amores y las penas grandes son destruidos por su propia plenitud. Por otro lado, él se había convencido a sí mismo de que había sido víctima de una imaginación infundida de terror, y miraba atrás ahora a sus miedos con algo de piedad y no poco de desprecio.

Después del desayuno paseó con la duquesa por el jardín durante una hora y luego atravesaron el parque en coche para unirse a una cacería. El hielo crujiente yacía como sal sobre la hierba. El cielo era una taza invertida de metal azul. Una capa fina de hielo bordeaba la superficie del lago donde crecían juncos.

En una esquina del bosque de pinos vio a sir Geoffrey Clouston, el hermano de la duquesa, quitando dos cartuchos gastados de su escopeta. Él saltó del carro y después de decir al lacayo que se llevara la yegua a casa, se dirigió hacia su invitado a través de los helechos secos y la dura maleza.

«¿Has tenido una buena caza, Geoffrey?», preguntó.

«No muy buena, Dorian. Creo que la mayor parte de los pájaros se han ido al campo abierto. Me atrevo a decir que será mejor después de comer, cuando vayamos a terreno nuevo.»

Dorian paseó a su lado. El aire fino y aromático, las luces marrones y rojas que brillaban en el bosque, los gritos roncos de los batidores que sonaban de cuando en cuando y las réplicas agudas de las escopetas que les seguían le fascinaron y se llenó de una sensación de libertad deliciosa. Estaba dominado por la despreocupación de la felicidad, por la gran indiferencia de la alegría.

De repente desde una mata de hierba espesa, a unas veinte yardas enfrente de ellos, con las puntas de las orejas erguidas y negras, y sus

largas patas traseras extendidas, salió una liebre. Huyó hacia un matorral de alisos. Sir Geoffrey se puso la escopeta en el hombro, pero había algo en el movimiento grácil del animal que encantó a Dorian Gray extrañamente y gritó: «No dispare, Geoffrey. Déjela vivir.»

«¡Qué tontería, Dorian!», rió su compañero, y según huía la liebre por el matorral disparó. Se oyeron dos gritos, el grito de la liebre herida, que fue espantoso, y el grito de un hombre que agonizaba, que fue peor.

«¡Santo cielo! He dado a un batidor! —exclamó sir Geoffrey—. ¡Qué asno ese hombre para ponerse delante de las escopetas! ¡Dejen de disparar allí! —gritó él, todo lo alto que pudo—. Hay un hombre herido.»

El guarda jefe vino corriendo con un palo en la mano.

«¿Dónde, señor? ¿Dónde está?», gritó. En ese mismo momento cesaron los disparos en esa dirección.

«Aquí —contestó sir Geoffrey enfadado y corriendo hacia el matorral—. ¿Por qué demonios no mantiene a sus hombres atrás? Ha echado a perder mi caza por hoy.»

Dorian les miró según se internaban en los alisos, apartando las ramas flexibles y oscilantes. En pocos minutos salieron arrastrando un cuerpo hacia la luz del sol. Se volvió aterrorizado. Parecía que la desgracia le seguía a donde quisiera que fuera. Oyó a sir Geoffrey preguntar si el hombre estaba muerto y la respuesta afirmativa del guarda. Le pareció que, de repente, el bosque estaba lleno de caras vivas. Había ruido de innumerables pasos y el zumbido de voces apagadas. Un gran faisán de pecho cobrizo vino batiendo las alas a través de las ramas que estaban sobre sus cabezas.

Después de unos minutos, que, en su estado aturdido, fueron para él horas interminables de dolor, sintió una mano sobre su hombro. Él se sobresaltó y miró alrededor.

«Dorian —dijo lord Henry—. Sería mejor decirles que la cacería se suspende por hoy. No estaría bien continuar.»

«Ojalá se suspendiera para siempre, Harry —contestó amargamente—. Todo el asunto es espantoso y cruel. ¿Está el hombre...?»

No pudo terminar la frase.

«Me temo que sí —contestó lord Henry—. El disparo le dio de lleno en el pecho. Ha tenido que morir casi al instante. Ven, vámonos a casa.»

Caminaron en dirección al sendero uno al lado del otro sin hablar durante casi cincuenta yardas. Luego Dorian miró a lord Henry y dijo suspirando: «Es un mal presagio, Harry, un presagio muy malo.»

«¿Cuál? —preguntó lord Henry—. ¡Oh!, este accidente, supongo. Mi querido amigo, no se pudo evitar. Fue culpa del hombre. ¿Por qué

se puso enfrente de las escopetas? Por otro lado, no tiene nada que ver con nosotros. Es bastante embarazoso para Geoffrey, por supuesto. No debe acribillarse a los batidores. Hace pensar a la gente que uno es un tirador salvaje, y Geoffrey no lo es. Él dispara muy bien. Pero es inútil hablar del tema.»

Dorian movió la cabeza. «Es un mal presagio, Harry. Siento como si algo horrible fuera a ocurrirle a alguno de nosotros. A mí, quizá», añadió pasando la mano por sus ojos, con gesto de dolor.

El hombre más mayor se rió. «Lo más horrible del mundo es el aburrimiento, Dorian. Ese es el único pecado para el que no hay perdón. Pero probablemente nosotros no lo vamos a sufrir, a menos que estos amigos continúen charlando sobre ese tema en la cena. Tengo que decirles que este tema es tabú. En cuanto a los presagios, no existen tales presagios. El destino no nos envía heraldos. Es demasiado sabio o demasiado cruel para hacerlo. Por otro lado, ¿qué demonios te ocurre, Dorian? Tienes todo lo que un hombre puede desear en el mundo. No hay nadie que no estuviera encantado de cambiarse por ti.»

«No hay nadie a quien no le cambiaría el sitio, Harry. No te rías así. Te voy a contar la verdad. El campesino desdichado que acaba de morir está en mejores condiciones que yo. No tengo miedo a la muerte. Es la llegada de la muerte la que me aterroriza. Sus alas monstruosas parecen girar en el aire alrededor de mí. ¡Dios Santo! ¿No ves a un hombre moverse allí, detrás de los árboles, mirándome, esperándome?»

Lord Henry miró en la dirección que le indicó la mano enguantada y temblorosa. «Sí —dijo sonriendo—. Veo al jardinero que te está esperando. Supongo que quiere preguntarte qué flores deseas poner en la mesa esta noche. ¡Qué absurdamente nervioso estás, mi querido amigo! Tienes que venir a ver a mi médico, cuando regresemos a la ciudad.»

Dorian dio un suspiro de alivio cuando vio acercarse al jardinero. El hombre se tocó el sombrero, echando un vistazo dudoso a lord Henry y luego sacó una carta que entregó a su señor. «Su gracia me ha dicho que espere contestación», murmuró.

Dorian puso la carta en su bolsillo. «Dile a su gracia que voy», dijo fríamente. El hombre se dio la vuelta y fue rápidamente en dirección a la casa.

«¡Cómo les encanta a las mujeres hacer cosas peligrosas! —rió lord Henry—. Es una de las cualidades que más admiro de ellas. Una mujer flirteará con todo el mundo mientras el resto de la gente la mire.»

«¡Qué encantador eres al decir cosas peligrosas, Harry! En el caso presente estás muy despistado. Me gusta mucho la duquesa, pero no la quiero.»

«Y la duquesa te quiere muchísimo, pero le gustas menos, así que estáis compenetrados de forma excelente.»

«Estás hablando de escándalo, Harry, y no hay ninguna base para el escándalo.»

«La base de todos los escándalos es una verdad inmoral», dijo lord Henry encendiendo un cigarrillo.

«Harry, tú sacrificarías a todo el mundo por un epigrama.»

«El mundo camina hacia el altar de común acuerdo», fue la respuesta.

«Ojalá pudiera amar —exclamó Dorian Gray con una nota de patetismo profundo en su voz—. Pero me parece que he perdido la pasión y olvidado el deseo. Estoy demasiado concentrado en mí mismo. Mi propia personalidad se ha convertido en una carga para mí. Quiero escapar, irme lejos, olvidar. Ha sido estúpido por mi parte haber venido aquí después de todo. Creo que enviaré una nota a Harvey para que prepare el yate. Sobre un yate uno está seguro.»

«¿Seguro de qué, Dorian? Tienes algún problema. ¿Por qué no me dices lo que es? Sabes que te ayudaría.»

«No puedo contártelo, Harry —dijo tristemente—. Y me atrevo a decir que son sólo imaginaciones mías. Este desafortunado accidente me ha trastornado. Tengo el horrible presentimiento de que algo de esta clase me va a ocurrir a mí.»

«¡Qué tontería!»

«Espero que así sea, pero no puedo evitar el sentirlo. ¡Ah! Aquí está la duquesa, se parece a Artemisa con traje de sastre. Ya ve que hemos vuelto, duquesa.»

«Me he enterado de todo, señor Gray —contestó—. El pobre Geoffrey está terriblemente trastornado. Y parece ser que usted le pidió que no disparara a la liebre. ¡Qué curioso!»

«Sí, fue muy curioso. No sé lo que me hizo decirlo. Algún capricho, supongo. Parecía la más encantadora de las pequeñas criaturas vivientes. Pero siento que le contaran lo del hombre. Es un tema espantoso.»

«Es un tema fastidioso —interrumpió lord Henry—. No tiene ningún valor psicológico. Ahora, si Geoffrey lo hubiera hecho a propósito, ¡qué interesante sería! Me gustaría conocer a alguien que hubiera cometido un verdadero crimen.»

«¡Qué odioso eres, Harry! —exclamó la duquesa—. ¿Verdad, señor Gray? Harry, el señor Gray está enfermo otra vez. Va a desmayarse.»

Dorian se incorporó con esfuerzo y sonrió. «No es nada, duquesa —murmuró—. Mis nervios estan totalmente deshechos. Eso es todo. Me temo que he paseado demasiado esta mañana. No escuché lo que dijo Harry. ¿Fue muy malo? Tiene que contármelo alguna vez. Creo que tengo que ir a tumbarme. Me perdonarán, ¿verdad?»

Ellos habían llegado al tramo de escaleras que va desde el invernadero a la terraza. Según se cerró la puerta de cristal tras Dorian, lord Henry se volvió a mirar a la duquesa con ojos soñolientos. «¿Estás muy enamorada de él?», preguntó.

Ella no contestó de inmediato, sino que se quedó observando el paisaje. «Ojalá lo supiera», dijo al fin.

Él movió la cabeza. «El conocimiento sería fatal. Es la incertidumbre la que le hechiza a uno. La bruma hace maravillosas a las cosas.»

«Puedes perderte en el camino.»

«Todos los caminos terminan en el mismo punto, Gladys.»

«¿Cuál es?»

«La desilusión.»

«Era mi debut en la vida», suspiró ella.

«Vino a ti coronado.»

«Estoy cansada de las hojas de fresa.»

«Te sientan bien.»

«Sólo en público.»

«Las perderías», dijo lord Henry.

«No la dividiré en pétalos.»

«Monmouth tiene oídos.»

«Los viejos son duros de oído.»

«¿Nunca ha estado celoso?»

«Ojalá lo hubiera estado.»

Él echó un vistazo alrededor como si buscara algo. «¿Qué estás buscando?», preguntó ella.

«El botón de tu florete —contestó él—. Lo has dejado caer.»

Ella se rió. «Tengo todavía la máscara.»

«Hace tus ojos más bonitos», fue su contestación.

Ella se rió de nuevo. Sus dientes se mostraron como pepitas blancas en una fruta escarlata.

En el piso de arriba, en su propia habitación, Dorian Gray estaba tumbado en el sofá; cada fibra de su cuerpo se estremecía de terror. La vida se había convertido de repente en una carga demasiado horrible para poder soportarla. La muerte espantosa del desafortunado batidor, disparado en el matorral como un animal salvaje, le había parecido a él prefigurar su propia muerte también. Casi se había desmayado ante lo que había dicho lord Henry, de un modo casual, en broma cínica.

A las cinco en punto tocó la campanilla para llamar a su criado y le dio órdenes de empaquetar sus cosas para el expreso de la noche a la ciudad, y tener el coche en la puerta a las ocho y media. Había decidido no dormir otra noche en Selby Royal. Era un lugar de malos augurios. La muerte caminaba allí a la luz del sol. La hierba del bosque había sido salpicada de sangre.

Luego escribió una nota a lord Henry, diciéndole que iba a la ciudad a la consulta de su médico, y le pedía que entretuviera a sus invitados en su ausencia. Mientras la estaba metiendo en un sobre, llamaron a la puerta y su mayordomo le informó de que el guarda jefe deseaba verle. Él frunció el ceño y se mordió el labio. «Hágale pasar», murmuró, después de unos momentos de duda.

Tan pronto como entró el hombre, Dorian sacó su talonario de cheques del cajón y lo abrió delante de él.

«Supongo que vendrá por el desafortunado accidente de esta mañana, Thornton», dijo cogiendo la pluma.

«Sí, señor», contestó el guardabosque.

«¿Estaba casado ese pobre hombre? ¿Tenía a alguien que dependiera de él? —preguntó Dorian con aspecto de fastidio—. Si es así, no me gustaría que ellos se quedaran necesitados, y les enviaré una cantidad de dinero que considere usted necesaria.»

«No sabemos quién es, señor. Eso es lo que me he tomado la libertad de venir a contarle.»

«¿No sabe quién es? —dijo Dorian indiferente—. ¿Qué quiere decir? ¿No era uno de sus hombres?»

«No, señor. Nunca le había visto antes. Parece un marinero, señor.»

La pluma se cayó de la mano de Dorian Gray y sintió como si su corazón hubiera dejado de latir de repente. «¿Un marinero? —exclamó—. ¿Dijo usted un marinero?»

«Sí, señor. Parece como si hubiera sido una especie de marinero; los dos brazos tatuados y esa clase de cosas.»

«¿Han encontrado algo que llevara encima? —dijo Dorian, inclinándose hacia el hombre con ojos asustados—. ¿Algo que nos dijera su nombre?»

«Algo de dinero, señor, no demasiado, y un revólver de seis balas. Ningún nombre. Parecía un hombre decente, señor, aunque algo rudo. Creemos que es una especie de marinero.»

Dorian se puso en pie de un salto. Una terrible esperanza le conmovió. Se aferró a ella locamente. «¿Dónde está el cuerpo? —exclamó—. ¡Rápido!, tengo que verlo en seguida.»

«Está en un establo vacío en Home Farm, señor. Al pueblo no le gusta tener esa clase de cosas en sus casas. Dicen que un cadáver trae mala suerte.»

«¡Home Farm! Vaya allí en seguida y encuéntrese conmigo. Diga a uno de los mozos que traiga mi caballo. No. No importa. Iré yo a los establos. Se ahorrará tiempo.»

En menos de un cuarto de hora, Dorian Gray bajó galopando por el largo sendero tan rápido como pudo. Los árboles parecían pasar ante él como una procesión de espectros y las sombras fatídicas se cruzaban

en su camino. La yegua torció en un poste blanco y casi le tira. Él la azotó en el cuello con su fusta. Ella cortaba el aire en la oscuridad como si fuera una flecha. Las piedras volaban bajo sus cascos.

Al fin llegaron a Home Farm. Dos hombres estaban merodeando por el patio. Saltó de su silla y arrojó las riendas a uno de ellos. En el establo más alejado brillaba una luz. Algo le dijo que el cuerpo estaba allí y se precipitó hacia la puerta, poniendo la mano sobre el picaporte.

Allí hizo una pausa un momento, sintiendo que estaba a punto de descubrir lo que reharía su vida o la destrozaría. Luego empujó la puerta y entró.

Sobre un montón de sacos, en el rincón más alejado, yacía el cuerpo muerto de un hombre vestido con una camisa basta y un par de pantalones azules. Le habían colocado un pañuelo sucio sobre la cara. Una vela tosca, metida en una botella, chisporroteaba a su lado.

Dorian Gray se estremeció. Sentía que no era capaz de quitar el pañuelo y llamó a uno de los criados de la granja para que se acercase.

«Quítale eso de la cara. Quiero verle», dijo, apoyándose en el marco de la puerta.

Cuando el criado de la granja lo hizo, él avanzó hacia delante. Un grito de júbilo salió de sus labios. El hombre al que habían disparado en el matorral era James Vane.

Se quedó allí unos minutos mirando al cuerpo. Según cabalgaba hacia casa, sus ojos estaban llenos de lágrimas porque sabía que ahora estaba a salvo.

CAPÍTULO XIX

«Es inútil que me digas que vas a ser bueno —exclamó lord Henry, hundiendo sus dedos blancos en un recipiente de cobre rojizo lleno de agua de rosas—. Eres completamente perfecto. Por favor, no cambies.»

Dorian Gray movió la cabeza. «No, Harry, he hecho demasiadas cosas espantosas en mi vida. No las haré más. Empecé mis buenas acciones ayer.»

«¿Dónde estuviste ayer?»

«En el campo, Harry. Estuve en una pequeña posada.»

«Mi querido muchacho —dijo lord Henry sonriendo—, todo el mundo puede ser bueno en el campo. No hay tentaciones allí. Esa es la razón por la que la gente que vive fuera de la ciudad es tan absolutamente incivilizada. La civilización no es, de ningún modo, algo fácil de conseguir. Sólo hay dos caminos por los que el hombre puede alcanzarla. Una es siendo culto, la otra siendo corrupto. La gente del campo no tiene la oportunidad de ser ninguna de las dos, así que ellos se estancan.»

«Cultura y corrupción —repitió Dorian—. He conocido algo de las dos. Me parece terrible ahora que ellas no se encuentren juntas nunca. Porque tengo un nuevo ideal, Harry. Voy a cambiar. Creo que he cambiado.»

«Todavía no me has dicho cuál fue tu buena acción. ¿O has dicho que has hecho más de una?», preguntó su acompanante, mientras volcaba en su plato una pequeña pirámide carmesí de fresas y espolvoreaba azúcar blanca sobre ellas con una cuchara perforada en forma de concha.

«Puedo contártelo, Harry. No es una historia que pueda contar a nadie más. Dejé a alguien. Suena vanidoso, pero tú entiendes lo que quiero decir. Ella era muy bonita y maravillosa, como Sibyl Vane. Creo que es lo primero que me atrajo de ella. Recuerdas a Sibyl, ¿verdad? ¡Cuánto tiempo parece que ha pasado! Bueno, Hetty no era de nuestra clase, por supuesto. Sencillamente era una chica de un pueblo. Pero realmente la amaba. Estoy completamente seguro de que la amaba. Durante todo este mes de mayo maravilloso que hemos tenido, solía ir

a verla dos o tres veces a la semana. Ayer me encontró en un pequeño huerto. Las flores de un manzano le caían por el pelo, mientras se reía. Nos íbamos a haber ido juntos esta mañana, al alba. De repente decidí abandonarla como a una flor, como la había encontrado.»

«Creería que la novedad de la emoción te ha dado una sensación de auténtico placer, Dorian —interrumpió lord Henry—. Pero puedo acabar tu idilio por ti. Le diste un buen consejo y rompiste su corazón. Ese fue el comienzo de tu reforma.»

«¡Harry, eres horrible! No tienes que decir esas cosas tan espantosas. El corazón de Hetty no se ha roto. Por supuesto que ella lloró y todo eso. Pero no es desgraciada. Ella puede vivir, como Perdita, en su jardín de menta y caléndula.»

«Y llorar por un Florizel infiel —dijo lord Henry riéndose, mientras se echaba para atrás en la silla—. Mi querido Dorian, tienes los modales infantiles más extraños. ¿Crees que esta chica ahora se contentará realmente alguna vez con alguien de su propia clase? Supongo que se casará algún día con un carretero rudo o un labrador sonriente. Bueno, el hecho de haberte conocido, y amado, le enseñará a despreciar a su marido y será desgraciada. Desde un punto de vista moral, no puedo decir que crea mucho en tu gran renunciación. Incluso al principio es pobre. Por otro lado, ¿cómo sabes que Hetty no está flotando ahora en algún pozo de molino, alumbrado por las estrellas y con hermosos nenúfares alrededor de ella, como Ofelia?»

«¡No puedo soportar esto, Harry! Te burlas de todo y luego sugieres las tragedias más serias. Ahora me arrepiento de habértelo contado. No me importa lo que vayas a decirme. Sé que hice bien actuando como lo hice. ¡Pobre Hetty! Al pasar cabalgando por la granja esta mañana, vi su cara blanca en la ventana, como un ramo de jazmines. No hablaremos más de ello y no trates de persuadirme de que la primera acción buena que he hecho durante años, el primer sacrificio pequeño que he conocido, es en realidad una especie de pecado. Quiero ser mejor. Voy a ser mejor. Cuéntame algo sobre ti. ¿Cómo te fue en la ciudad? No he ido al club desde hace días.»

«La gente discute todavía sobre la desaparición del pobre Basil.»

«Pensaba que se habrían cansado ya», dijo Dorian, bebiendo un sorbo de vino y frunciendo el ceño ligeramente.

«Mi querido muchacho, sólo han estado hablando de ello seis semanas, y el público inglés no tiene igual en eso de concentrar su atención sobre un tema más de tres meses. Sin embargo, han sido muy afortunados últimamente. Han tenido mi propio caso de divorcio y el suicidio de Alan Campbell. Ahora tienen la desaparición misteriosa de un artista. Scotland Yard insiste todavía en que el hombre del abrigo amplio gris que salió hacia París en el tren de medianoche del nueve de

noviembre era el pobre Basil, y la policía francesa declara que Basil nunca llegó a París. Supongo que dentro de quince días nos dirán que lo han visto en San Francisco. Es raro, pero todo el que desaparece dicen que lo han visto en San Francisco. Debe ser una ciudad deliciosa y poseer toda la atracción del mundo venidero.»

«¿Qué crees que le ha ocurrido a Basil?», preguntó Dorian levantando su borgoña hacia la luz y preguntándose cómo podía hablar del tema con tanta calma.

«No tengo ni la más remota idea. Si Basil elige esconderse, no es asunto mío. Si está muerto, no quiero pensar en ello. La muerte es lo único que siempre me aterroriza. La odio.»

«¿Por qué?», preguntó el hombre más joven, cansadamente.

«Porque —dijo lord Henry pasando bajo su nariz la rejilla dorada de una caja abierta de sales—, uno puede sobrevivir a todo hoy en día, excepto a eso. La muerte y la vulgaridad son los únicos hechos del siglo xix que uno no puede explicar. Tomemos el café en la sala de música, Dorian. Tienes que tocar a Chopin para mí. El hombre con el que se fugó mi esposa tocaba a Chopin de forma exquisita. ¡Pobre Victoria! Me encantaba. La casa está muy sola sin ella. Por supuesto que la vida conyugal es simplemente una costumbre, una mala costumbre. Pero luego añora uno hasta la pérdida de las malas costumbres. Quizá es lo que más añora. Son una parte muy esencial en la personalidad de uno.»

Dorian no dijo nada, pero se levantó de la mesa y, pasando a la habitación de al lado, se sentó al piano y dejó que se perdieran sus dedos por las teclas de marfil blancas y negras. Después de que llevaran el café, paró y, mirando a lord Henry, dijo: «¿No se te ha ocurrido pensar que Basil fuera asesinado?»

Lord Henry bostezó. «Basil era muy común y siempre llevaba puesto un reloj Waterbury. ¿Por eso iban a asesinarle? No era lo bastante inteligente para tener enemigos. Por supuesto él tenía un talento maravilloso para pintar. Pero un hombre puede pintar como Velázquez y ser todavía tan torpe como le sea posible. Basil era realmente bastante torpe. Sólo me interesó una vez, y fue cuando me dijo, hace años, que tenía una adoración frenética por ti y que tú eras el motivo dominante de su arte.»

«Me gustaba mucho Basil —dijo Dorian, con tristeza en su voz—. ¿Pero no dice la gente que fue asesinado?»

«¡Oh!, algunos periódicos lo publicaron así. No me parece que sea probable. Sé que hay sitios espantosos en París, pero Basil no era de esa clase de hombre que fuera a ellos. No tenía curiosidad. Era su defecto principal.»

«¿Qué dirías, Harry, si te dijera que yo había asesinado a Basil?», dijo el hombre más joven. Le observó atentamente después de haber hablado.

«Te diría, querido amigo, que estás presumiendo de un carácter que no te corresponde. Todo crimen es vulgar, así como toda vulgaridad es un crimen. No está en ti, Dorian, cometer un asesinato. Siento si hiero tu vanidad diciendo esto, pero te aseguro que es cierto. El crimen pertenece exclusivamente a las clases más bajas. No lo censuro en lo más mínimo. Imagino que el crimen será para ellos lo que el arte es para nosotros, simplemente un método de procurar sensaciones extraordinarias.»

«¿Un método de procurar sensaciones? ¿Piensas, entonces, que un hombre que ha cometido un crimen alguna vez posiblemente puede cometer el mismo crimen otra vez? No me digas eso.»

«¡Oh!, cualquier cosa se convierte en placer si se hace muy a menudo —exclamó lord Henry, riéndose—. Ese es uno de los secretos más importantes de la vida. Sin embargo, me imagino que el asesinato es siempre un error. Uno nunca debe hacer algo de lo que no se pueda hablar después de cenar. Pero dejemos al pobre Basil. Ojalá pudiera creer que él haya llegado a un final tan auténticamente romántico como tú sugieres, pero no puedo. Me atrevo a decir que se cayó al Sena desde el ómnibus y que el conductor echó tierra al escándalo. Sí, quiero imaginar que este fue su fin. Le veo ahora tendido de espaldas, bajo esas aguas verdes y oscuras, con pesadas barcas flotando sobre él y con largas hierbas prendidas en su pelo. ¿Sabes? No creo que hubiera hecho más obras buenas. Durante los últimos diez años su pintura había perdido mucho.»

Dorian dio un suspiro, y lord Henry cruzó la habitación y comenzó a dar golpecitos en la cabeza de un curioso loro de Java, un pájaro de largo plumaje gris, con la cresta y la cola rosas, que estaba balanceándose en una percha de bambú. Según le tocó con las puntas de los dedos, cayó blanca caspa de sus párpados arrugados sobre los ojos negros y vidriosos y comenzó a bambolearse hacia detrás y hacia delante.

«Sí —continuó, dándose la vuelta y sacando el pañuelo de su bolsillo—. Su pintura había perdido mucho. Me parecía que había perdido algo. Había perdido un ideal. Cuando tú y él dejasteis de ser grandes amigos, dejó de ser un gran artista. ¿Qué os separó? Supongo que te aburría. Si es así, él nunca te olvidó. Es una costumbre que tienen los aburridos. A propósito, ¿qué fue de ese retrato maravilloso que te pintó? Creo que no lo he vuelto a ver desde que lo terminó. ¡Oh! recuerdo que me dijiste hace años que lo habías mandado a Selby y que se había perdido o lo habían robado por el camino. ¿Nunca lo recupe-

raste? ¡Qué pena! Era realmente una obra de arte. Recuerdo que quería comprarlo. Ojalá lo tuviera ahora. Pertenecía a la mejor etapa de Basil. Desde entonces su obra era esa curiosa mezcla entre la pintura mala y las buenas intenciones que siempre da derecho a un hombre a llamarse artista británico representativo. ¿Lo denunciaste? Deberías haberlo hecho.»

«Lo he olvidado —dijo Dorian—. Supongo que lo hice. Pero realmente nunca me gustó. Siento haber posado para hacerlo. El recuerdo me resulta odioso. ¿Por qué hablas de ello? Me hace recordar esas líneas curiosas de alguna obra, Hamlet creo. ¿Cómo dicen...?

"Como la pintura de una pena,
un rostro sin corazón."

Sí, así es como era.»

Lord Henry rió. «Si un hombre trata la vida de forma artística, su cerebro es su corazón», contestó hundiéndose en un sillón.

Dorian Gray movió la cabeza y tocó algunos acordes suaves en el piano. «Como la pintura de una pena —repitió—, un rostro sin corazón.»

El hombre más mayor se echó para atrás y le miró con los ojos medio cerrados. «A propósito, Dorian —dijo después de una pausa—, ¿qué beneficio obtiene un hombre si gana el mundo entero y pierde... ¿Cómo sigue la cita?... ¿Su propia alma?»

La música cesó de repente y Dorian Gray se levantó de un salto y miró fijamente a su amigo. «¿Por qué me preguntas eso, Harry?»

«Mi querido amigo —dijo lord Henry, levantando sus cejas con sorpresa—, te lo pregunto porque pensaba que serías capaz de darme una respuesta. Eso es todo. Fui al parque el domingo pasado y cerca del arco de Marble había una pequeña multitud de gente con aspecto pobre escuchando a un vulgar predicador. Según pasaba, oí a este hombre lanzando a su audiencia esta pregunta. Me sonó bastante dramática. Londres es muy rica en efectos curiosos de esta clase. Un domingo húmedo, un cristiano tosco con un impermeable, un círculo de caras blancas enfermizas bajo un tejado desigual de paraguas que gotean y una maravillosa frase flotó en el aire procedente de unos labios estridentes e histéricos. Era realmente muy buena a su manera, totalmente sugestiva. Pensé en decirle al profeta que el arte tiene un alma, pero que el hombre no. Sin embargo, me temo que no me hubiera entendido.»

«No, Harry. El alma es una terrible realidad. Puede ser comprada, vendida y trocada. Puede ser envenenada o hacerla perfecta. Hay un alma en cada uno de nosotros. Lo sé.»

«¿Estás completamente seguro de eso, Dorian?»

«Completamente seguro.»

«¡Ah!, entonces debe ser una ilusión. Las cosas de las que uno se siente completamente seguro nunca son verdad. Esa es la fatalidad de la fe y la lección de las novelas románticas. ¡Qué serio estás! No estés tan serio. ¿Qué tenemos que ver tú o yo con las supersticiones de nuestra época? No. Hemos dejado de creer en el alma. Toca algo, algún nocturno, Dorian, y mientras tocas dime, en voz baja, cómo has conservado tu juventud. Has de tener algún secreto. Sólo soy diez años mayor que tú y yo estoy arrugado, desgastado y amarillo. Eres realmente maravilloso, Dorian. Nunca me has parecido tan encantador como esta noche. Me recuerdas el primer día que te vi. Eras bastante mofletudo, muy tímido y absolutamente extraordinario. Has cambiado, por supuesto, pero no en apariencia. Me gustaría que me contaras tu secreto. Por volver a la juventud haría lo que fuera en el mundo, excepto hacer ejercicio, levantarme temprano o ser respetable. ¡Juventud! No hay nada como eso. Es absurdo hablar de la ignorancia de la juventud. A la única gente a la que he escuchado sus opiniones ahora, con algún respeto, son mucho más jóvenes que yo. Parece que van por delante de mí. La vida les ha revelado a ellos sus maravillas más recientes. Pero a los viejos..., siempre contradigo a los viejos. Lo hago por principio. Si les pides una opinión sobre algo que ocurrió ayer, ellos te dan con toda solemnidad las opiniones normales en 1820, cuando la gente llevaba medias largas, creía en todo y no conocía absolutamente nada. ¡Qué maravilloso es eso que estás tocando! Me pregunto si Chopin lo escribió en Mallorca, mientras el mar gemía alrededor de su villa y la espuma salada chocaba contras los cristales. Es maravillosamente romántico. ¡Qué bendición es que hayan dejado un arte para nosotros que no sea una imitación! No pares. Necesito música esta noche. Me parece que eres el joven Apolo y que yo soy Marsyas escuchándote. Tengo mis propias penas, Dorian, que ni siquiera tú conoces. La tragedia de la ancianidad no es ser viejo, sino haber sido joven. Algunas veces estoy amenazado por mi propia sinceridad. ¡Ah, Dorian, qué feliz eres! ¡Qué vida tan exquisita has llevado! Has bebido profundamente de todo. Has estrujado las uvas en tu paladar. Nada se te ha ocultado. Y todo no ha sido para ti más que el sonido de la música. No te ha mancillado. Eres el mismo todavía.»

«No soy el mismo, Harry.»

«Sí, eres el mismo. Me pregunto cómo será el resto de tu vida. No la estropees con renuncias. Ahora eres un modelo perfecto. No te hagas incompleto. Eres completamente intachable ahora. No muevas la cabeza. Sabes que lo eres. Además, Dorian, no te engañes a ti mismo. A la vida no la gobierna el deseo o la intención. La vida es cuestión de nervios, fibras y células constituidas lentamente en las cuales el pensa-

miento se esconde y la pasión sueña. Debes imaginarte que estás seguro y pensar que eres fuerte. Pero un tono de color casual en una habitación, o el cielo de una mañana, o el perfume particular que has amado alguna vez, te trae recuerdos sutiles con él, un verso de un poema olvidado que vuelve otra vez, una cadencia de una pieza musical que habías dejado de tocar...; te digo, Dorian, que nuestra vida depende de cosas como éstas. Browning escribe algo sobre ello en alguna parte, pero nuestros propios sentidos lo imaginarán por nosotros. Hay momentos en los que el olor a lilas blancas pasa de repente por mi lado y tengo que vivir el mes más extraño de mi vida otra vez. Ojalá pudiera cambiarte el puesto, Dorian. El mundo ha gritado contra nosotros dos, pero siempre te ha adorado a ti. Eres el modelo de lo que está buscando esta época y lo que teme encontrar. ¡Estoy tan contento de que nunca hayas hecho nada, nunca hayas esculpido una estatua o pintado un cuadro, o producido algo fuera de ti! La vida ha sido tu arte. Te has hecho a ti mismo música. Tus días son tus sonetos.»

Dorian se levantó del piano y se pasó la mano por el pelo. «Sí, la vida ha sido exquisita —murmuró—, pero no voy a llevar la misma vida, Harry. Y no tienes que decirme esas cosas tan extravagantes. No sabes nada de mí. Creo que si lo supieras, incluso tú te alejarías de mí. Te ríes. No te rías.»

«¿Por qué has dejado de tocar? Vuelve a tocar el nocturno otra vez. Mira a la gran Luna color miel que pende en el aire sombrío. Está esperándote para que la hechices, y si tocas se acercará a la Tierra. ¿No? Vayamos al club entonces. Ha sido una tarde encantadora y tenemos que terminarla de forma encantadora. Hay alguien en el White que tiene muchas ganas de conocerte, el joven lord Poole, el hijo mayor de Bournemouth. Ya ha copiado tus corbatas y me ha rogado que te presente. Es totalmente delicioso, me recuerda a ti.»

«Creo que no —dijo Dorian con una mirada triste en sus ojos—. Estoy cansado esta noche, Harry. No iré al club. Son casi las once y quiero irme temprano a la cama.»

«Quédate. Nunca has tocado tan bien como esta noche. Había algo en tu forma de tocar que era maravilloso. Tenía más expresión de la que he oído nunca antes.»

«Es porque voy a ser bueno —contestó sonriendo—. Ya he cambiado un poco.»

«No puedes cambiar para mí, Dorian —dijo lord Henry—. Tú y yo seremos siempre amigos.»

«Sin embargo, me envenenaste con un libro una vez. No te lo perdonaré. Harry, prométeme que no prestarás ese libro a nadie más. Hace daño.»

«Mi querido muchacho, realmente estás empezando a moralizar. Pronto serás como los conversos y los evangelistas, previniendo a la gente contra todos los pecados de los que están cansados. Eres demasiado delicioso para hacer eso. Por otro lado, es inútil. Tú y yo somos lo que somos, y seremos lo que seremos. Respecto a haberte envenenado con un libro, no ha sido tal cosa. El arte no tiene influencia sobre los actos. Aniquila el deseo de actuar. Es magníficamente estéril. Los libros que el mundo llama inmorales son libros que muestran al mundo su propia vergüenza. Eso es todo. Pero no discutamos de literatura. Ven mañana. Voy a ir a cabalgar a las once. Podemos ir juntos, y te llevaré a comer después con lady Branksome. Es una mujer encantadora y quiere consultarte sobre unos tapices que está pensando comprar. ¿Te importa venir? ¿O comemos con nuestra duquesita? Dice que nunca te ve ahora. ¿Quizá te has cansado de Gladys? Creería que así es. Su lengua hábil le hace perder los nervios a uno. Bueno, en cualquier caso, estaré aquí a las once.»

«¿Tengo que ir realmente, Harry?»

«Por supuesto. El parque está maravilloso ahora. Creo que no ha tenido tantas lilas desde el año en que te conocí.»

«Muy bien. Estaré a las once —dijo Dorian—. Buenas noches, Harry.» Según llegó a la puerta dudó un momento, como si tuviera algo más que decir. Luego suspiró y salió.

CAPÍTULO XX

Era una noche hermosa, tan cálida que se echó el abrigo sobre el brazo y ni siquiera se puso su bufanda de seda en el cuello. Según paseaba hacia casa, fumando un cigarrillo, dos jóvenes pasaron a su lado vestidos de etiqueta. Oyó que uno de ellos le susurró al otro: «Ese es Dorian Gray.» Él recordaba lo agradable que solía ser que le señalaran, o le miraran, o le hablaran. Ahora estaba cansado de oír su propio nombre. La mitad del encanto del pueblecito adonde había ido tan a menudo últimamente era que nadie sabía quién era. A menudo le decía a la chica a la que había engañado para que le amase, que él era pobre, y ella le había creído. Él le había dicho una vez que era malvado y ella se había reído de él, contestando que la gente malvada era siempre muy vieja y muy fea. ¡Qué risa tenía! Exactamente igual que un tordo cuando canta. ¡Y qué bonita había estado con sus vestidos de algodón y sus grandes sombreros! Ella no conocía nada, pero tenía todo lo que él había perdido.

Cuando llegó a casa, encontró a su criado esperándole. Le mandó a la cama y se echó sobre el sofá de la biblioteca; empezó a pensar en algunas de las cosas que le había dicho lord Henry. ¿Era realmente cierto que nunca podría cambiar?

Sintió un deseo ardiente por la pureza inmaculada de su adolescencia, su adolescencia rosa y blanca, como lord Henry la había llamado una vez. Sabía que se había manchado, había llenado su mente de corrupción y había horrorizado a su imaginación; que había sido una influencia mala para otros y había experimentado una alegría terrible en hacerlo, y que la vida más bella y llena de promesas que se había cruzado en su camino era a la que más vergüenza había llevado. ¿Pero era todo irreparable? ¿No había esperanza para él?

¡Ah, en qué momento monstruoso de orgullo y de pasión había rogado que el retrato soportara la carga de sus días y que mantuviera el esplendor sin mancha de la eterna juventud! Todo su fracaso se debía a ello. Mejor hubiera sido para él que cada pecado de su vida hubiera traído su pena segura y rápida. Había purificación en el castigo. La oración de un hombre al Dios más justo no debería ser «perdona nuestros pecados», sino «castiga nuestras iniquidades».

El espejo curiosamente tallado que lord Henry le había regalado, hacía tantos años ahora, estaba colocado sobre la mesa, y los cupidos de miembros blancos se reían alrededor de él como antaño. Él lo levantó, como había hecho en aquella noche de horror, cuando por primera vez se dio cuenta del cambio en el cuadro fatídico, y con los ojos llenos de lágrimas de rabia se miró en ese escudo pulimentado. Una vez, alguien que le había amado terriblemente, le había escrito una carta desesperada, que terminaba con estas palabras de idolatría: «El mundo ha cambiado porque estás hecho de marfil y de oro. Las curvas de tus labios vuelven a escribir la historia.» Las frases volvieron a la memoria y las repitió una y otra vez para sí mismo. Luego aborreció su propia belleza y tiró el espejo al suelo, rompiéndolo en trocitos de plata con su tacón. Su belleza le había destrozado, la belleza y la juventud que había suplicado. Sin embargo, incluso por estas dos cosas, su vida debería haber estado libre de mancha. Su belleza no había sido nada más que una máscara; su juventud, una burla. ¿Qué es en realidad la belleza? Un tiempo verde e inmaduro, un tiempo de comportamientos superficiales y pensamientos enfermizos. ¿Por qué había llevado él la librea? La juventud le había echado a perder.

Era mejor no pensar en el pasado. Nada podía cambiarlo. Tenía que pensar en sí mismo y su propio futuro. James Vane estaba oculto en una tumba sin nombre de la parroquia de Selby. Alan Campbell se había pegado un tiro una noche en su laboratorio, pero no había revelado el secreto que se había visto forzado a conocer. La excitación, tal como había sido, sobre la desaparición de Basil Hallward pronto pasaría. Ya estaba disminuyendo. Estaba perfectamente seguro allí. De hecho, no era la muerte de Basil Hallward la que más le pesaba en la mente. Era la muerte viviente de su propia alma la que le perturbaba. Basil había pintado el retrato que había echado a perder su vida. No pudo perdonarle eso. Era el retrato el que lo había hecho todo. Basil le había dicho cosas insoportables y él las había aguantado con paciencia. El asesinato había sido simplemente la locura de un momento. Igual que para Alan Campbell su suicidio había sido su propia acción. Él había elegido hacerlo. No tenía nada que ver con él.

¡Una nueva vida! Eso era lo que quería. Eso es lo que estaba esperando. Seguramente ya había empezado. De todos modos había respetado a un ser inocente. Nunca volvería a tentar a la inocencia. Sería bueno.

Mientras pensaba en Hetty Merton, empezó a preguntarse si el retrato de la habitación cerrada con llave habría cambiado. Seguramente ya no sería tan horrible. Quizá si su vida se hiciera pura, él sería capaz de expulsar cada señal de perversa pasión de su cara. Quizá las señales del mal ya habían desaparecido. Iría a verlo.

Cogió la lámpara de la mesa y se dirigió al piso de arriba. Mientras quitaba las barras de la puerta, una sonrisa de júbilo cruzó su rostro con una extraña apariencia joven y se quedó durante unos momentos en sus labios. Sí, sería bueno, y el objeto espantoso que había ocultado nunca volvería a ser terrorífico para él. Sintió como si se hubiera aliviado ya la carga.

Entró lentamente y cerró la puerta tras él, como era su costumbre; después corrió la cortina púrpura del retrato. Un grito de dolor e indignación salió de él. No se podía ver ningun cambio, salvo que en sus ojos había una mirada astuta y en su boca una arruga curvada de hipocresía. El objeto era repugnante todavía; más repugnante, si era posible, que antes, y el rocío escarlata que manchaba su mano parecía más brillante y con más sangre nueva. Entonces tembló. ¿Había sido mera vanidad la que le había hecho realizar una buena acción? ¿O el deseo de una nueva sensación, como le había insinuado lord Henry, con su risa burlona? ¿O esa pasión por la acción que algunas veces nos hace realizar cosas mejores que nosotros mismos? ¿ O quizá todas ellas? ¿Y por qué era la mancha roja más grande? Parecía que se había extendido como una enfermedad horrible por los dedos arrugados. Había sangre sobre los pies pintados, como si el objeto hubiera goteado, sangre incluso en la mano que no había sostenido el cuchillo. ¿Confesar? ¿Significaba aquello que iba a confesar? ¿Delatarse a sí mismo y ser llevado a la muerte? Se rió. Sintió que la idea era monstruosa. Por otro lado, incluso si confesara, ¿quién le creería? No había huellas del hombre asesinado en ninguna parte. Todo lo que le pertenecía se había destruido. Él mismo había quemado lo que estaba en el piso de abajo. El mundo simplemente diría que estaba loco. Le encerrarían si insistía en su historia... Sin embargo, era su deber confesar, sufrir la vergüenza pública y hacer una expiación pública. Había un Dios a quien los hombres le decían sus pecados en la tierra así como en el cielo. Nada podría purificarle hasta que hubiera contado su propio pecado. ¿Su pecado? Se encogió de hombros. La muerte de Basil Hallward le parecía algo sin importancia. Estaba pensando en Hetty Merton. Era un espejo injusto, este espejo de su alma al que estaba mirando. ¿Vanidad? ¿Curiosidad? ¿Hipocresía? ¿No había nada más en su renuncia que eso? Tenía que haber algo más. Al menos así lo pensaba. Pero, ¿quién podía decirlo...? No. No había nada más. Por medio de la vanidad él la había respetado. Por hipocresía había llevado la máscara de la bondad. A causa de la curiosidad había intentado la negación de sí mismo. Ahora se daba cuenta.

Pero este asesinato, ¿iba a perseguirle toda la vida? ¿Iba a llevar siempre el peso de su pasado? ¿Iba a confesar realmente? Nunca. Sólo había una pequeña prueba tras él. El cuadro mismo, esa era la prueba.

Lo destruiría. ¿Por qué lo había guardado durante tanto tiempo? Una vez le había producido el placer de ver cómo cambiaba y se envejecía. Desde hacía mucho no había sentido ese placer. Le desvelaba por la noche. Cuando se iba, estaba lleno de terror por si otros ojos lo miraban. Había llevado melancolía a sus pasiones. Su mero recuerdo había estropeado muchos momentos de alegría. Sí, había sido su conciencia. Lo destruiría.

Miró alrededor y vio el cuchillo con el que había apuñalado a Basil Hallward. Lo había limpiado muchas veces, hasta que no había quedado ninguna mancha sobre él. Era brillante y reluciente. Igual que había matado al pintor, ahora mataría a la obra del pintor y a todo lo que aquello significaba. Mataría el pasado y, cuando estuviera muerto, sería libre. Mataría a esa vida del alma monstruosa y, sin sus horrendas advertencias, estaría en paz. Cogió el objeto y apuñaló el cuadro con él.

Se oyó un grito y un golpe. El grito de agonía fue tan horrible que los criados se despertaron asustados y salieron de sus habitaciones. Dos caballeros, que pasaban por la plaza, abajo. se pararon y miraron hacia arriba a la gran casa. Buscaron a un policía y le trajeron con ellos. El hombre tocó varias veces la campanilla, pero no hubo contestación. A excepción de una luz en una de las ventanas de arriba, la casa estaba toda a oscuras. Después de un rato, se marchó y se quedó en un pórtico cercano observando.

«¿De quién es esta casa, guardia?», preguntó el caballero más anciano.

«Del señor Dorian Gray, señor», contestó el policía.

Se miraron el uno al otro según se alejaban, con un gesto de desprecio. Uno de ellos era el tío de sir Henry Ashton.

Dentro, en la parte de la casa para la servidumbre, los criados, a medio vestir, hablaban en voz baja susurrando unos a otros. La anciana señora Leaf estaba llorando y apretándose las manos. Francis estaba tan pálido como un muerto.

Después de un cuarto de hora, éste subió con el cochero y uno de los lacayos al piso de arriba. Llamaron a la puerta, pero no hubo respuesta. Llamaron a voces. Todo estaba en calma. Finalmente, después de intentar forzar la puerta en vano, subieron al tejado y se dejaron caer al balcón. Las ventanas cedieron fácilmente; sus pestillos eran viejos.

Cuando entraron, descubrieron colgado en la pared un retrato espléndido de su señor como le habían visto la última vez, en toda la maravilla de su exquisita juventud y belleza. En el suelo yacía un hombre muerto, con traje de etiqueta, con un cuchillo en el corazón. Estaba marchito, arrugado y era repugnante a la vista. Hasta que no examinaron sus anillos no reconocieron quién era.

DE PROFUNDIS

LA TRAGEDIA DE MI VIDA

Cárcel de Reading

Querido Bosie [1]:

Después de una larga e infructuosa espera, me he decidido a escribirte, y ello tanto en tu interés como en el mío, pues me repugna el pensar que he pasado en la cárcel dos años interminables sin haber recibido de ti una sola línea, una noticia cualquiera: que nada he sabido de ti, fuera de aquello que había de serme doloroso.

Nuestra trágica amistad, en extremo lamentable, ha terminado para mí de un modo funesto, y para ti con escándalo público. Empero, el recuerdo de nuestra antigua amistad me abandona raramente, y siento honda tristeza al pensar que mi corazón, antes henchido de amor, está ya para siempre lleno de maldiciones, amargura y desprecio. Y tú mismo sientes seguramente, en el fondo de tu alma, que es preferible escribirme a mí, que me hallo en la soledad de la vida carcelaria, que no publicar sin mi autorización cartas mías, o dedicarme poesías, también sin permiso ninguno. Y esto, aunque el mundo nada sepa de las frases afligidas o apasionadas, de los remordimientos de conciencia, o de la indiferencia que te place ostentar en respuesta o como justificación.

En esta carta que he de escribir acerca de tu vida y la mía, del pasado y del porvenir, de unas dulzuras convertidas en amarguras, y de unas amarguras que quizá lleguen a convertirse en alegrías, habrá seguramente muchas cosas que han de herir, de hacer sangrar tu vanidad. Si así fuese, reléela hasta que esta vanidad tuya quede muerta. Si encuentras en ella algo que creas te acusa injustamente, no olvides esto: que se deben agradecer aquellas culpas por las cuales uno puede ser injustamente acusado. Y si algún párrafo aislado te arrasa los ojos en lágrimas, llora cual lloramos aquí en la cárcel, en donde ni de día ni de noche se ahorran las lágrimas.

[1] *Bosie*: lord Alfred Douglas.

Esto es lo único que puede salvarte. Mas, si vas a quejarte a tu madre —cual lo hiciste en otro tiempo— del desprecio que manifestaba por ti en mi carta a Robbie [2], para que tu madre te mime y te arrulle, para satisfacción de tu propio orgullo, entonces estás perdido sin remedio. Que en cuanto encuentres una disculpa a tu conducta, encontrarás ciento, y volverás a ser absolutamente el mismo de antes.

¿Sigues sosteniendo, como hiciste en tu respuesta a Robbie, que yo te achaco móviles indignos? ¡Ay, si móviles jamás los tuviste en la vida! Tuviste únicamente apetitos. Un móvil es un fin espiritual. ¿Sigues alegando que eras muy «joven» cuando empezó nuestra amistad? Si de algo pecaste, no fue de inexperiencia, sino de todo lo contrario. Ya hacía tiempo que habías dejado atrás la aurora de tu juventud, con su vello sutil, su luz nítida y pura, su impaciente y cándida alegría. Con harta rapidez, a pasos agigantados, pasaste del romanticismo al realismo. Ya eras presa del arroyo y de cuanto en él bulle. Esta fue la causa de aquel disgusto, en el cual recurriste a mí, y en que yo, por compasión y por bondad, te ayudé, tan imprudentemente con relación a lo que en este mundo se entiende por prudencia.

Has de leer esta carta desde la primera hasta la última letra, aunque cada palabra te penetre como si fuese fuego, o como el bisturí del cirujano. Es preciso que con ella la carne delicada sangre o se abrase. Piensa que el loco que ven los dioses es completamente distinto de aquel que ven los hombres. Aquel que nada sabe de las formas del arte de la expresión; del proceso de la evolución del pensamiento; de la magnificencia del verso latino; de la sonora armonía del griego, rico en vocales; de la escultura toscana y de la lírica isabelina, podrá, sí, ser exquisitamente discreto. La verdadera locura, de la que se mofan o con la que juegan los dioses, es la que se ignora a sí misma.

Así fui yo durante demasiado tiempo, y así fuiste tú. No lo seas ya más. No te asustes: el mayor de los vicios es la ligereza; todo lo que llega hasta la conciencia es justo. Piensa también que si te causa pena leer esto, harto más me causa a mí el escribirlo. Las potencias ignotas han sido muy benévolas contigo. Te han permitido ver los vicios, esas formas trágicas de la vida, como se divisa la sombra en un espejo. La cabeza de Medusa, aquella que convierte en piedra a los seres vivientes, tú no la has visto sino en el espejo. Tú has seguido caminando libre y entre flores; a mí me han arrebatado el hermoso mundo del color y del movimiento.

Quiero empezar por decirte que me hago terribles reproches. Sí, ahora, aquí sentado en esta celda lóbrega, vestido con este traje de presidiario, ahora, que soy un hombre deshonrado, aniquilado, me hago

[2] *Robbie*: Robert Ross.

terribles reproches. Durante estas noches atroces, cruzadas por accesos de terror; durante estos días tan largos y uniformes, me hago reproches terribles. Me reprocho el haber dejado embargar por completo mi vida por una amistad que no radicaba en el espíritu; una amistad que no tenía por objeto principal la creación y contemplación de la belleza. Desde un principio, nos hallábamos separados por un abismo demasiado profundo. Tú, en el colegio, fuiste holgazán, y en la Universidad, algo todavía peor. Jamás se te ocurrió pensar que un artista, y particularmente un artista como ese de que yo hablo, o sea en quien el valor de la obra dependía de la fuerza interior de su personalidad, pudiese necesitar, para el desenvolvimiento de su arte, el comercio de las ideas, un ambiente espiritual, sosiego, paz, soledad. Tú admirabas mis trabajos una vez terminados, y celebrabas los felices resultados de los estrenos de mis obras y de las fiestas brillantes que los coronaban. Y, como es natural, te halagaba enormemente ser el íntimo amigo de tan esclarecido artista. Pero nunca pudiste comprender cuáles eran las circunstancias que habían de concurrir en la creación de obras de arte. El afirmarte que en todo el tiempo que estuvimos juntos no escribí una sola línea, no es una exageración retórica, sino la estricta verdad, basada en hechos concretos. Mi vida, lo mismo en Torguay, que en Goring, que en Londres, que en Florencia o que en cualquier otro punto, mientras has estado junto a mí, ha sido totalmente estéril e improductiva. Y, por desgracia, salvo contadas interrupciones, siempre estabas junto a mí.

Recuerdo, verbigracia —para citar un solo caso entre muchos—, que, en septiembre de 1893, alquilé varias habitaciones amuebladas, únicamente con el propósito de trabajar sin ser importunado. Había roto mi contrato con John Hare, a quien tenía prometida una obra de teatro, y que me apremiaba para que la terminase cuanto antes. Durante la primera semana, no te dejaste ver: habíamos reñido, cual no podía menos de ser, a causa del mérito de tu traducción de *Salomé*.

Te contentaste con escribir acerca de esto los mayores disparates. Durante aquella semana escribí, y terminé, hasta en sus menores detalles, el primer acto de *Un marido ideal*, dejándolo tal como hubo de ser representado en definitiva. La segunda semana, reapareciste, y se acabó mi trabajo. Todas las mañanas, a las once y media, me dirigía a St. James's Place, para poder meditar y escribir sin las molestias inherentes a mi hogar, no obstante lo tranquilo y apacible que era éste. Mas mi empeño fue completamente inútil.

A las doce llegabas tú en coche, y allí permanecías, fumando cigarrillos y charlando, hasta la una y media; y luego tenía yo que llevarte a almorzar al café Royal o a casa de Berkeley. Por lo general, la comida y los licores se prolongaban hasta las tres y media. Te ibas un rato al White's Club, y a la hora del té, volvías otra vez y permanecías a mi

lado hasta el momento de cambiar de traje para cenar. Comías conmigo, bien fuese en el Savoy, bien fuese en Tite-Street. Por lo general, no nos separábamos hasta media noche, pues la embriagadora jornada precisaba el remate de una cena en casa de Willis. Y esta fue mi vida durante aquellos tres meses, día tras día, excepción hecha de los cuatro que estuviste de viaje. Después de éstos tuve, naturalmente, que ir a buscarte a Calais.

Para un hombre de mis condiciones y mi modo de ser, era esta una situación por igual trágica y grotesca.

Tú ahora no puedes por menos de comprenderlo. Ahora no puedes por menos de reconocer que esa imposibilidad tuya de estar solo, tu carácter exigente, que no se cuidaba para nada del tiempo de los demás, ni de la consideración a que tenían derecho; tu incapacidad para una concentración espiritual sostenida; el hecho lamentable —pues yo no quiero ver en ello otra cosa— de que no pudiera imbuirte de las modalidades de Oxford en lo que a cosas del espíritu se refiere, o sea el que no hayas podido nunca ser un hombre capaz de manejar con gracia las ideas, sino que, por el contrario, tuvieses opiniones harto violentas: todo esto, unido a que tus deseos e intereses sentianse más inclinados a la vida que al arte, fue tan perjudicial para el proceso de tu propia formación, como para mi propia labor artística.

Cuando comparo mi amistad contigo, con la amistad con hombres todavía jóvenes, cuales John Gray y Pierre Louys, me avergüenzo. A ellos y a sus semejantes pertenecía mi verdadera vida, mi vida superior.

No he de hablar ahora de las horribles consecuencias de nuestra amistad. Pienso únicamente en la naturaleza de esta amistad mientras duró. Me ha envilecido espiritualmente. En ti hallábanse en germen los impulsos de un temperamento artístico; pero yo he tropezado contigo demasiado tarde o demasiado pronto, no puedo precisarlo. Estando tú lejos todo se ordenaba en mí perfectamente.

Cuando —a primeros de diciembre del año a que antes me he referido— logré que tu madre te enviase fuera de Inglaterra, volví al punto a unir las embrolladas y desgarradas mallas de mi imaginación, volví a recobrar el dominio sobre mi vida, y no sólo terminé los tres actos que faltaban de *Un marido ideal*, sino que ideé además otras dos obras de índole totalmente distinta: *La tragedia florentina* y *La santa cortesana*, y llegué casi a darles cima. En esto, sin ser llamado, importunamente, en circunstancias que habían de ser nefastas para mi dicha, te presentas tú en casa. Y ya no me fue posible volver a ocuparme de aquellas dos obras que todavía no estaban terminadas, y nunca más pude volver a aquel estado de ánimo que les había dado vida.

Tú mismo, y sobre todo ahora que ya has publicado un tomo de poesías, comprenderás cuán cierto es esto. Mas, compréndaslo o no,

esta es de todos modos la horrible verdad de la intimidad de nuestras relaciones.

Mientras permaneciste junto a mí, has sido la causa de la ruina total de mi arte; y por esto, porque consentí tu continua presencia entre el arte y yo, siento yo ahora tamaña vergüenza, insuperable aflicción.

Tú no podías saber, no podías comprender, no podías darte cuenta. Nada me daba derecho a esperarlo de ti. Tu interés servía únicamente tu gula y tus caprichos; tu afán encaminábase simplemente hacia placeres y goces más o menos vulgares, que tu temperamento necesitaba, o creía necesitar al minuto.

Yo debía haberte vedado mi casa y mis habitaciones de trabajo, fuera de aquellas ocasiones en que te hubiera especialmente invitado a venir. No encuentro disculpa para mi debilidad. Que sólo esto fue. Una media hora tan sólo de intimidad con el arte, significaba siempre para mí más que un ciclo en tu compañía.

En comparación con el arte, nada tuvo para mí en ninguna época de mi vida de entonces la menor importancia. Mas, para el artista, el tener una debilidad que paraliza la imaginación equivale a cometer un crimen.

Y me reprocho el haber permitido que por tu causa acaeciese mi deshonrosa quiebra.

Recuerdo una mañana de principios de octubre de 1892, en que yo estaba sentado con tu madre en los bosques ya amarillentos de Bracknell. Sabía yo entonces muy poco acerca de tu verdadero modo de ser. Me había detenido en Oxford a pasar contigo desde el sábado hasta el lunes. Tú habías pasado diez días a mi lado en Cromer, jugando al *golf*. Esta distracción te sentaba bien, y tu madre comenzó a hablarme de tu carácter. Me contó tus dos defectos principales: tu vanidad y, como ella decía, el no tener idea de lo que era el dinero. Recuerdo exactamente cómo reí al oírla: ¡cuán lejos estaba de figurarme que el primero de estos defectos tuyos me llevaría a la cárcel y el segundo a la quiebra! La vanidad parecióme algo así como una linda flor con que se engalana un muchacho; y en cuanto a la prodigalidad —pues pensé que tu madre sólo de prodigalidad quería hablar—, nada más lejos de mí mismo, y de los de mi casa, que las virtudes de la prudencia y el ahorro. Pero apenas si tenía nuestra amistad un mes más, y ya iba yo comprendiendo lo que realmente quería dar a entender tu madre. Tu perseverancia en una existencia de inconsiderada dilapidación; tus continuas exigencias de dinero; esa pretensión tuya de que yo había de sufragar todas tus diversiones, me hallase o no a tu lado, acarreáronme, después de algún tiempo, dificultades económicas muy serias; y lo que hacía además para mí aún menos interesante ese monótono libertinaje fue el que, al tiempo que tú intervenías cada vez más empeñada y enconada-

mente en mi vida, el dinero gastábase casi únicamente para satisfacer el placer de comer, beber u otros de igual índole. De cuando en cuando, es un placer el tener una mesa con las notas rojas de los vinos y las rosas; pero tú sobrepasaste las normas del buen gusto y de la moderación. Pediste sin delicadeza, y recibiste sin gratitud. Poco a poco fuiste pensando que tenías como un derecho a vivir a mi costa y en una orgía desenfrenada, a la cual no estabas acostumbrado, ni mucho menos, con lo que tu concupiscencia se exacerbaba progresivamente. Por último, cuando se te dio mal el juego, en un casino de Argel, me telegrafiaste simplemente al día siguiente a Londres, para que ingresara en tu cuenta del Banco la suma perdida, y ya no volviste a acordarte para nada del asunto.

Al decirte yo ahora que, desde el otoño de 1892 hasta mi entrada en la cárcel, he gastado contigo, y para ti, más de cinco mil libras en dinero efectivo, amén de las deudas contraídas, podrás darte cuenta de la clase de vida que quisiste llevar a toda costa.

¿Crees que exagero? Mi gasto diario en Londres —por almuerzo, comida, cena, diversiones, coches y demás— oscilaba ordinariamente entre doce y veinte libras; el gasto semanal estaba naturalmente en relación con ello, o sea que oscilaba entre ochenta y ciento treinta libras. En los tres meses que pasamos en Goring, mis gastos —incluido, claro está, el alquiler de la casa— ascendieron a mil trescientas cuarenta libras. Paso a paso hube de recorrer con el síndico de la quiebra cada partida de mi vida. Aquello fue horrible. «Una vida sencilla con el pensamiento volando a gran altura», era en todo caso un ideal que tú no hubieras sabido comprender; mas tamaño despilfarro era una vergüenza para ambos. Una de las comidas más deliciosas que recuerdo es una que celebramos Robbie y yo en un pequeño café de Soho: vino a costar aproximadamente, en chelines, lo que costaban por lo general en libras las comidas que yo te pagaba a ti. De aquella comida con Robbie nació el primero y mejor de todos mis diálogos. Idea, título, acción, forma, todo, concibióse ante un menú de tres francos cincuenta céntimos. De aquellos frívolos festines celebrados en tu compañía, no quedaba nada; fuera de la impresión de haber comido y bebido con exceso.

Y el que yo me doblegase a tus caprichos, había de ser pernicioso aun para ti mismo. Eso, bien lo sabes tú ahora. Ello te hizo ser con frecuencia exigente, a veces, harto desconsiderado, siempre poco amable. En demasiadas ocasiones, el obsequiarte fue menguada alegría, un honor excesivamente parco. Te olvidabas, no diré que de las fórmulas corteses del agradecimiento, pues una estrecha amistad no entiende de tales fórmulas, pero sí sencillamente del encanto de estar en grata compañía, del placer de una conversación agradable, y de ese τερπνονχαλδ, cual decían los griegos, y de todas las dulzuras del trato humano que

hacen que la vida merezca ser amada y melodiosa, cual la música, que no tolera ninguna desafinación, hasta en los lugares menos armoniosos o más callados. Y aunque tal vez te sorprenda el que alguien, en la terrible situación en que me encuentro, haga diferencias entre los motivos de bochorno, he de declarar, con toda franqueza, que aquella locura de tirar todo el dinero por ti y de conseguir que dilapidases mi fortuna, perjudicándonos a ambos, me da a mí, e infunde, en mi opinión, a mi quiebra, un matiz de bajo libertinaje que recrudece mi rubor.

Yo había sido creado para otras cosas. Empero, lo que más duramente me reprocho es el haber consentido que me envilecieses tan absolutamente. La voluntad es la base del carácter, y mi fuerza de voluntad vióse por completo sometida a la tuya. Esto, que así dicho resulta grotesco, es, sin embargo, harto verdad. Aquellas continuas pelazgas que parecían constituir para ti una necesidad física, y en las cuales descomponíanse por igual el espíritu y el cuerpo, y eran tan horribles de ver como de oír; esa fea manía que has heredado de tu padre, y que te lleva a escribir cartas indignantes e impertinentes; el no saber en absoluto dominar el impulso de tus sentimientos, que exteriorizas unas veces en largos arrechuchos de silencioso mal humor, y otras en los repentinos accesos de una furia casi epiléptica: todo esto, acerca de lo cual una de las cartas que te dirigí —y que tú dejaste rodar en Savoy, o en otro hotel cualquiera, de modo que le fue posible al abogado de tu padre presentarla al juez— contenía una súplica desgarradora, cual si te hubieses hallado en condiciones de reconocer lo patético de su fundamento y de su exteriorización; todo esto, afirmo, fue el origen y el motivo de que yo accediese tan nefandamente a esas pretensiones tuyas, que crecían de día en día. ¡Le has gastado a uno! Fue el triunfo de lo mezquino sobre lo grande. Una manifestación de aquella tiranía de los débiles sobre los fuertes, que en una de mis obras llamo «la única tiranía efectiva».

Y era inevitable que tal sucediese.

Es preciso encontrar en cada circunstancia de la vida en común un *moyen de vivre* [3]. Era preciso doblegarse a ti, o imponérsete: no quedaba otra disyuntiva. Yo, a causa de mi profunda, aunque equivocada, inclinación hacia ti; de la gran compasión que tenía para con los defectos de tu temperamento y tu carácter; de mi proverbial bondad de corazón; a causa de mi indolencia celta y de mi aversión de artista contra las maneras desgarradas y las palabras malsonantes; a causa de aquella incapacidad de rencor que por entonces me caracterizaba; de mi repugnancia a ver la vida en su amargura y en su fealdad, y porque el tener en realidad mis ojos puestos en otras cosas me hacía considerar todo aque-

[3] En francés en el original.

llo como simples bagatelas, demasiado fútiles para merecer algo más que un muy momentáneo interés: por todos estos motivos, por muy sencillos que parezcan, siempre fui yo el que hubo de ceder. Y la consecuencia inmediata de ello fue el que tus pretensiones, tus anhelos de dominación, tus opresoras exigencias crecieran cada vez más absurdamente. El más mezquino de tus impulsos, el más bajo de tus apetitos, la más vil de tus pasiones, convirtiéronse para ti en leyes que habían de regir en todo momento la vida de los demás, y a las cuales éstos, en caso necesario, habían fatalmente de ser sacrificados sin escrúpulo ninguno.

Sabías que te bastaba con armar un escándalo para imponer siempre tu voluntad, y así es muy natural que tú —casi inconscientemente, no quiero dudar de ello— exacerbases la violencia hasta lo imposible. Por último, ya no sabías ni el fin que perseguías ni hacia qué fin te precipitabas. Después de haberte yo hecho brotar de mi genio, de mi voluntad y de mi fortuna, exigiste, en la ceguera de tu insaciable deseo, todo mi ser. Y te apoderaste de él. Este fue el momento más crítico y de aspecto más trágico de toda mi vida. Justo al punto de ir yo a dar el paso lamentable de entablar mi estúpido proceso, me atacabais, por una parte tu padre, por medio de horribles tarjetas entregadas en mi Club, y tú por otra, valiéndote de cartas igualmente desagradables. Aquella carta tuya, que recibí el día que me dejé arrastrar por ti a ir a pedir a la Policía el risible mandamiento de detención contra tu padre, es una de las más ignominiosas que nunca has escrito, y ello por los más vergonzosos motivos. Entre los dos me habíais hecho perder la cabeza. La razón me abandonó. Y el miedo vino a sustituirla. No vi ya —y así quiero sinceramente declararlo— posibilidad ninguna de librarme de vosotros. Y, tambaleándome cual buey que va al matadero, ciegamente, precipitéme en ello. Había cometido una tremenda equivocación psicológica. Siempre había creído que el someterme a tu voluntad en las nimiedades no tenía absolutamente ninguna importancia; que me sería fácil, llegado un momento decisivo, el imponer de nuevo la natural superioridad de mi energía. No fue así. Llegado este momento, mi energía fallóme por completo. En la vida, nada es en realidad grande ni pequeño: todo tiene igual valor e iguales proporciones. Mi hábito —que al principio era más que nada consecuencia de mí indiferencia—, mi hábito de cederte en todo, llegó insensiblemente a constituir una parte esencial de mí mismo. Sin yo darme cuenta, mi temperamento habíase ido cuajando en un estado de ánimo sempiternamente funesto. Con razón dice Pater, en el sutilísimo epílogo de la primera edición de sus *Ensayos*, que «sucumbir es adoptar costumbres». Cuando enunció este axioma, los ingenios de Oxford pensaron que la frase era únicamente una inversión caprichosa de la, por cierto algo aburrida, Etica de Aristóteles. Pero no deja de encerrar una verdad pasmosa y terrible. Yo te había

permitido sepultar la energía de mi carácter, y la adopción de una costumbre habíase manifestado en mí, no sólo en forma de muerte, sino como de aniquilamiento. Fuiste para mí aun más pernicioso desde el punto de vista moral que desde el artístico.

En cuanto se hubo extendido el mandamiento de detención, tu voluntad fue naturalmente la que lo dirigió todo. En la época en que yo debía haberme encontrado en Londres, en que yo debía haber buscado consejos discretos y meditado sosegadamente acerca del cepo horrible en que me había dejado coger —la trampa del necio, cual dice todavía hoy tu padre—, tú insististe para que te acompañase a Montecarlo; precisamente allí, al más repugnante de los lugares de este mundo, para que pudieras jugar, todo el día y toda la noche, todo el tiempo en que el casino permanecía abierto. En cuanto a mí —ya que el *bacarat* no tiene para mí ningún atractivo—, me quedaba fuera solo. Te negaste a tratar, siquiera durante cinco minutos, de la situación en que tú y tu padre me habíais colocado. Yo no tenía allí más misión que el pagar tu cuenta en el hotel y sufragar tus pérdidas. Cualquier alusión mía a las torturas que me esperaban caía en el vacío. Harto más hubo de interesarte una nueva marca de champaña que nos recomendaron.

Al regresar a Londres, aquellos amigos míos a quienes verdaderamente cumplía el preocuparse por mí, pidiéronme con insistencia que huyese al extranjero y no provocase un proceso insensato. Tú atribuiste siempre a este consejo motivos infames, y el atenderlo lo tachabas en mí de pusilanimidad. Tú fuiste quien me obligó a quedarme; yo había de rechazar audazmente las imputaciones que me hacían, y, a ser posible, ante el juez, con mentiras estúpidas y de mal gusto. Por fin, me detuvieron, y tu padre se convirtió en el héroe del día. Harto más todavía: tu familia cuenta ahora, asaz cómicamente, entre los inmortales. Pues, gracias a aquel grotesco resultado, especie de componente gótico de la Historia, que ha convertido a Clío en la menos seria de todas las musas, tu padre perdurará entre los espíritus mejores y más puramente intencionados de la literatura edificante; tú ocuparás un puesto al lado del niño Samuel, y yo me hallo sumido en el más profundo cieno de Malebolge, entre Gilles de Retz y el marqués de Sade.

Claro es que yo debía haberme deshecho de ti; debía haberte sacudido de mi vida, cual se sacuden las polillas de la ropa. En aquella la más maravillosa de todas sus tragedias, nos cuenta Esquilo la historia del noble que criaba un leoncito en su casa: le tenía cariño porque atendía con ojos brillantes cuando le llamaba y se frotaba contra él cuando deseaba comer. Y, al crecer el animal, descubrió su verdadera naturaleza, destrozó a su amo, su casa y todo lo que poseía. Ahora comprendo que yo era como ese noble.

Pero mi culpa no estriba en no haberme separado de ti, sino en haberlo hecho demasiadas veces. Durante todo el tiempo que abarca mi memoria, he roto mi amistad contigo regularmente cada tres meses, y cada vez que esto ha sucedido, has conseguido, valiéndote de súplicas apremiantes, telegramas, cartas, de la intervención de tus amigos y de los míos, y otras cosas análogas, hacerme cambiar de modo de pensar y que te dejara volver junto a mí.

Cuando, a fines de marzo de 1893, abandonaste mi casa de Torquay, tu aparición, la noche que precedió a tu viaje, fue tan indigna, que decidí no volverte a hablar nunca más, ni permitir, bajo ningún pretexto, que siguieses permaneciendo a mi lado. Por escrito, y telegráficamente, me suplicaste, desde Cristol, que te perdonara y fuese a reunirme contigo. Uno de tus profesores de la Universidad, que allí se encontraba, me dijo que a ratos no se te podía en absoluto considerar responsable de lo que hablabas ni hacías, y que esta opinión era también, si no la de todos, al menos la de la mayoría de los estudiantes del Magdalen-College.

Accedí a reunirme contigo y, naturalmente, te perdoné. Durante el viaje a Londres, me rogaste te acompañara al Savoy. Esta visita había de serme verdaderamente funesta. Tres meses después, en junio, estábamos en Goring. Algunos de tus conocidos de Oxford vinieron a visitarnos de sábado a lunes. En la mañana de su marcha, armaste un escándalo tan terrible, tan despiadado, que te dije que nos teníamos que separar. Recuerdo perfectamente cómo, estando en aquel campo de *croquet*, rodeado de hierba, te hice ver que nos amargábamos la vida el uno al otro, que tú me destrozabas por completo la mía, que yo manifiestamente tampoco te hacía feliz y que una despedida definitiva, una separación completa, era lo más prudente y lo más cuerdo que nos cumplía hacer. Te fuiste a almorzar enfurruñado y le dejaste al camarero una carta repleta de insultos, con orden de entregármela después de tu marcha. Antes de que hubiesen transcurrido tres días, me suplicabas, desde Londres, por telégrafo, que te perdonase y te mandase volver.

Por amor a ti, había yo tomado allí una casa; atendiendo a tus ruegos, había yo colocado en ella tu propio criado. Siempre dolióme mucho el verte víctima de ese horrible carácter. Te quería. Así es que te dije que volvieses, y te perdoné. Empero, tres meses después, en septiembre, nuevos escándalos, cuyo motivo fue el señalarte yo, en tu intento de traducción de *Salomé*, tus errores de colegial.

Ahora ya debes de saber bastante francés para comprender que tu traducción era igualmente indigna de un estudiante de Oxford y de la obra que pretendía reflejar.

Cierto es que entonces no lo sabías: en una de las violentísimas cartas que me dirigiste sobre este asunto, me decías que no te hallabas con-

migo «en deuda espiritual de ninguna clase». Todavía lo recuerdo: al leer esta afirmación, sentí que era realmente la única verdad que me hubieses jamás escrito en el curso de nuestra amistad. Comprendí que alguien menos culto que yo te habría cuadrado mucho mejor. No veas en esto la menor acritud: lo consigno simplemente como un hecho que regula todas las relaciones sociales. Al fin y a la postre, la conversación es el nudo de todas, lo mismo en el matrimonio que en la amistad. La conversación necesita una base común, y ésta no puede existir entre dos seres de cultura completamente distinta. La trivialidad en el modo de pensar y de obrar no deja de tener cierto atractivo: éste es el eje de una filosofía muy ingeniosa, expresada por mí en sendas paradojas y obras de teatro; pero, a menudo, hastiábanme la insulsez y necedad de nuestra existencia. Sólo nos hemos encontrado en el lodo. Y, por muy cautivante, por excesivamente cautivante que fuese el tema en torno al cual giraba invariablemente tu conversación, acababa por resultarme demasiado monótono. Con frecuencia, me moría de tedio, pero lo soportaba, igual que soportaba tu predilección por las *varietés*, o tu manía de derrochar neciamente en el comer y el beber; como una de tus pocas gratas condiciones; es decir, como algo a que no había más remedio que resignarse, o sea, a algo que formaba parte del elevado precio a que había que pagar tu amistad.

Al marcharme yo a pasar catorce días a Dinard, después de regresar de Goring, te enfadaste muchísimo porque no te llevaba conmigo, y me armaste unos escándalos nada edificantes en el Albemarle Hotel, enviándome además por el mismo motivo, a una casa de campo en donde estuve pasando unos días, telegramas que no les iban a la zaga. Recuerdo haberte dicho que consideraba ser en ti un deber el que permanecieses algún tiempo con los tuyos, ya que habías pasado todo el verano lejos de ellos; mas si he de serte completamente franco, te diré que, en realidad, yo no podía de ningún modo consentir te quedases a mi lado. Casi tres meses habíamos estado juntos; necesitaba tranquilidad y libertarme de la terrible presión de tu compañía. Me era absolutamente indispensable estar solo un poco de tiempo. Lo necesitaba desde el punto de vista espiritual, y así —lo confieso— vi, en la carta tuya a que antes me he referido, una magnifica ocasión para terminar la funesta amistad que entre nosotros había brotado, y para terminarla sin excesiva amargura, cual ya había intentado hacerlo tres meses antes en Goring, en aquella radiante mañana de junio. No obstante —y así he de declararlo honradamente—, uno de mis propios amigos, a quien habías recurrido en tu apurada situación, hízome presente con gran insistencia que te sentirías profundamente herido, y tal vez incluso humillado, si tu trabajo te era devuelto como un tema de colegial; que yo esperaba intelectualmente demasiado de ti, y que tú, sin embargo, fuese lo que fuese

lo que escribieses o hicieses, me profesabas verdadero cariño. Yo no quise ser el primero que te desalentase o contuviese en tus comienzos literarios. De sobra sabía yo que ninguna traducción, ni aun siendo hijo de un poeta, podía reflejar en forma apropiada el color y la cadencia de mi obra. El cariño parecíame, y síguemе todavía pareciendo, algo maravilloso, que no conviene desechar a la ligera. Y por eso, ni rechacé la traducción, ni te rechacé a ti.

Justo tres meses después, tras una serie de pelazgas que alcanzaron la cima de lo indignante, al día siguiente de una tarde —un lunes— en que viniste a mi casa en compañía de dos de tus amigos, huía yo literalmente al extranjero para librarme de ti. Ante mi familia justifiqué mi marcha repentina con un pretexto completamente necio y, por temor a que salieses en mi busca en el primer tren, dejé a mi criado una dirección falsa.

Aún recuerdo cómo, en la tarde de aquel día, sentado en el coche del tren que me llevaba hacia París, reflexionaba acerca de esa situación imposible, pavorosa y absolutamente equivocada, a que había llegado mi vida, viéndome yo, un hombre de fama mundial, nada menos que obligado a huir de Inglaterra para deshacerme de una amistad que aniquilaba cuanto en mí existía de bueno, lo mismo en el aspecto espiritual que en el moral, siendo el hombre que me obligaba a huir, y al cual yo me había ligado, no una horrenda criatura que hubiese brincado desde el fango o el arroyo hasta la vida moderna, sino tú, un muchacho de mi propia clase y condición, que había estado en Oxford en el mismo College que yo y que era comensal habitual de mi casa.

Siguieron a estos los acostumbrados telegramas, con sus apremiantes súplicas y sus manifestaciones de remordimiento. No les presté atención. Por último, amenazaste con que, de no acceder yo a reunirme contigo, no emprenderías de ningún modo tu viaje a Egipto. Yo misma era quien, sabiéndolo tú, había rogado a tu madre te enviase allí para quitarte de la vida vergonzosa que llevabas en Londres. Yo sabía que si tú no hacías ese viaje, sería para tu madre un disgusto terrible, y por cariño a ella me uní nuevamente a ti, y bajo la influencia de una tremenda excitación que tú mismo no puedes haber perdonado, perdoné el pasado, aunque sin decir nada respecto al porvenir.

Al día siguiente, ya de regreso en Londres, sentado en mi cuarto, intentaba, serio y triste, aclarar conmigo mismo si eras en verdad o no lo que me parecías ser; si estabas realmente repleto de pavorosos defectos y si eras tan absolutamente pernicioso para ti mismo y para los demás; si eras en verdad aquel fatal compañero que yo conocía. Durante una semana estuve meditando en ello, pensando si no era injusto para contigo, si no te juzgaba equivocadamente. A finales de aquella semana tu madre me escribió una carta, y en ella expresaba, y en

el mismo grado, todos los sentimientos que yo tenía para contigo. Hablaba en esa carta de tu ciega y exagerada vanidad, que te hacía despreciar tu hogar y tratar a tu hermano mayor —esa «candidísima ánima»— como a un «filisteo»; de tu carácter, que le daba miedo hablar contigo de tu vida, la vida a la que tú, cual ella siente y sabe, tanto temes; de tu conducta en cuestiones de dinero, que por muchos aspectos a ella tanto le hace sufrir; de la degeneración y cambio operados en ti. Como es natural, tu madre veía que la herencia te había abrumado con un peso terrible, y así lo reconocía sinceramente y con terror: «Es aquel de mis hijos que ha heredado el funesto temperamento de los Douglas», escribía al hablar de ti. Y terminaba diciendo que se sentía obligada a explicar que tu amistad conmigo había, en su opinión, exacerbado de tal modo tu vanidad, que ésta se había convertido en el origen de todas tus faltas, y que por ello me rogaba muy seriamente que no te acompañase al extranjero.

Le contesté al punto diciéndole que compartía en absoluto el sentir de cada una de sus palabras. Añadí incluso mucho más: fui tan lejos como era posible. Le dije que nuestra amistad databa de cuando eras estudiante en Oxford, de cuando te acercabas a mí, rogándome te ayudara en un apuro muy serio de índole harto especial. Le dije que tu vida había ostentado constantemente el mismo sello. Tú habías achacado a quien te acompañó en tu viaje a Bélgica toda la culpa de ese viaje, y tu madre habíame reprochado el haberte presentado a aquella persona; yo hice recargar la culpa en quien correspondía: en ti. Y por último, le aseguraba no tener la más mínima intención de reunirme contigo en el extranjero, y le rogaba tuviese la bondad de retenerte, guardarte allí, bien fuese en calidad de agregado de Embajada, caso de ser ello posible, bien con el pretexto de aprender idiomas, o con cualquier otro motivo que a ella le pareciese, y esto por lo menos dos o tres años, y ello tanto en tu interés como en el mío.

Tú mientras, desde Egipto, me escribías todos los correos. No hice caso de ninguna de tus cartas. Las leí y las rompí. Habíame propuesto firmemente no tener ya contigo ninguna relación. Mi decisión era inquebrantable y me entregué con embeleso a mi arte, cuyo proceso te había permitido interrumpir.

Apenas habían transcurrido tres meses, tu madre, con aquella lamentable debilidad suya que la caracteriza, y que en la tragedia de mi vida ha sido un factor no menos funesto que la violencia de tu padre; tu madre misma me escribió para decirme —impulsada por ti, cosa de la cual yo, naturalmente, no dudé un instante— que deseabas imperiosamente saber de mí, y a fin de que no tuviese ya ningún pretexto para negarme a escribirte, me enviaba al mismo tiempo tu dirección en Atenas, que yo de sobra conocía.

Confieso que esta carta me dejó mudo de sorpresa. No acertaba a comprender cómo tu madre, después de lo que me había escrito en diciembre, y de mi contestación, podía ni siquiera intentar restablecer o renovar mi desgraciada amistad contigo. Claro es que yo le acusé recibo de su carta y le recomendé de nuevo, con gran insistencia, hiciese lo imposible por intentar adscribirte a una Legación en el extranjero, a fin de impedir que volvieses a Inglaterra, pero a ti no te escribí y seguí sin hacer caso de tus telegramas, como antes de recibir la carta de tu madre.

Por último telegrafiaste a mi mujer, rogándole influyese en mí para que te escribiese. Desde un principio, nuestra amistad había sido para ella una fuente de aflicción, no sólo porque tú personalmente nunca le agradaste, sino porque vio muy pronto cómo el trato contigo me cambiaba, y no para mejorarme.

Mas, habiéndose mostrado ella siempre extremadamente amable y hospitalaria contigo, no podía soportar la idea de que yo fuese —como ella creía— tan duro con uno de mis amigos. Ella pensaba, mejor dicho, sabía que esta dureza no estaba en mi carácter. Atendiendo a sus ruegos, me puse nuevamente en contacto contigo. Recuerdo perfectamente el contenido de mi telegrama. Te decía que el tiempo cura todas las heridas, pero que, no obstante, yo preferiría no escribirte ni hablarte en muchos meses todavía.

Sin pérdida de tiempo saliste para París, enviándome por el camino telegramas apasionados, suplicándome te hablase siquiera una vez.

Me negué a ello.

Llegaste a París a última hora de la tarde de un sábado; te encontraste en el hotel con una corta esquela mía, diciéndote que prefería no hablar contigo. A la mañana siguiente recibía yo en Tite-Street un telegrama tuyo de diez u once hojas. En ese telegrama me decías que, pese a lo que tú me hubieses hecho, no podías creer que yo me negase rotundamente a hablarte; me recordabas que, únicamente para hablarme, aunque sólo fuese una hora, habías viajado durante seis días y seis noches, cruzando toda Europa sin detenerte, y me implorabas insistentemente, de un modo —no lo he de negar— infinitamente conmovedor, y terminabas con una amenaza de suicidio, que a mí no me pareció ni siquiera disimulada.

Tú mismo me habías contado, con frecuencia, cómo muchos de tus deudos se habían manchado las manos con su propia sangre: con toda seguridad tu tío, probablemente también tu abuelo, y otro más, pertenecientes a aquel desdichado y perturbado tronco del cual descendías. Compasión, mi antiguo cariño hacia ti, consideración hacia tu madre, para quien tu muerte en tan tremendas circunstancias hubiera sido casi una traición del destino, y la horrible perspectiva de que un ser tan joven que, pese a sus odiosos defectos, prometía aún tan hermosas

esperanzas, había de acabar tan indignamente; un puro sentimiento de humanidad... todo ello contribuye, si el hecho precisa disculpas, a disculpar el que yo accediese a concederte una última entrevista.

Cuando llegué a París, te pasaste toda la tarde llorando; las lágrimas rodaban como gotas de lluvia por tus mejillas, en Voisin durante la comida, y en Paillard durante la cena. La sincera alegría que manifestaste por haberme vuelto a encontrar, y que se exteriorizaba teniendo tú sujeta mi mano siempre que podías, cual niño sumiso y arrepentido; aquella constricción tuya, de momento tan ingenua y sincera, inclináronme a consentir en reanudar otra vez nuestra amistad.

Dos días después de nuestro regreso a Londres, tu padre te vio almorzando conmigo en el café Royal; se sentó a mi mesa, bebió de mi vino y aquella misma tarde, en una carta a ti dirigida, iniciaba sus ataques contra mí.

La cosa podrá parecer rara, pero una vez más se me ofreció la ocasión, mejor dicho, se me impuso el deber de separarme de ti. Apenas si necesito decirte que aludo aquí a tu conducta para conmigo en Brighton, desde el 10 al 13 de octubre de 1894. Volver la vista tres años atrás es demasiada distancia para ti, pero nosotros, los que vivimos en la cárcel y en cuya existencia no hay más pensamientos que los de los sufrimientos, necesitamos medir el tiempo por las pulsaciones del dolor y el índice de nuestras amarguras. Es en lo único que podemos pensar. El sufrir —por muy singular que ello te parezca— es el objeto por el cual existimos, pues es lo único que nos permite tener conciencia de que vivimos, y el recuerdo de nuestros sufrimientos pasados nos es indispensable, como garantía y demostración de nuestra permanente identidad. Entre mí y el recuerdo de pasadas alegrías existe un abismo no menos profundo que entre mí y posibles alegrías actuales. De haberse compuesto nuestra vida común, cual el mundo se imaginaba, únicamente de placeres, risas y libertinaje, no podría yo ahora evocar ningún recuerdo. El haber estado aquella vida henchida de días y de momentos trágicos, amargos y sombríos en sus comienzos, y terribles y hastiosos en su monótono desarrollo y en sus inconvenientes violencias, es lo que me permite ver hoy hasta en sus más nimios detalles los más ínfimos sucesos. Es más: fuera de ello, poco me es dado ver y oír. Es tan intensa la vida en esta mansión del dolor, que mi amistad contigo, en la forma en que me es permitido evocarla, se me aparece siempre cual preludio conforme a los distintos estados de terror, por los cuales he de pasar cada día. Y más aún: esto parece incluso que me es indispensable, como si mi vida —y así yo y otros conmigo la hemos considerado— hubiera sido siempre una verdadera sinfonía del dolor, sinfonía que se encaminase, por sus frases rítmicamente ligadas, hacia el certero aniqui-

lamiento, con aquella fatalidad que es en el arte la característica de todos los grandes temas.

Hablaba de tu conducta para conmigo hace tres años durante aquellos tres días seguidos. ¿No es eso? Me hallaba yo entonces ocupado en terminar mi última obra en la soledad de Worthing. Ya me habías visitado dos veces. En esto, te presentas de repente por tercera vez, trayendo a un compañero tuyo, el cual —me lo propusiste con toda seriedad— había de vivir en mi casa. Me negué a ello rotundamente; ahora no podrás por menos de reconocer con cuánta razón. Claro está que yo sufragué todos sus gastos: no me quedaba otra disyuntiva. Mas ello en otro punto, no en mi misma casa. Al día siguiente, que era un lunes, tu compañero tornó a las obligaciones de su profesión y tú te quedaste conmigo. Hastiado de Worthing, y seguramente más todavía de mis vanos intentos por concentrar mi atención en mi obra —única cosa que en aquel momento realmente me preocupaba—, insistes en que me vaya contigo al Grand Hotel de Brighton. La noche de nuestra llegada caes enfermo con esa fiebre terrible y deprimente, estúpidamente llamada influenza. Era tu segundo o tu tercer ataque. No he de recordarte cómo te asistí, cómo te cuidé, no sólo dándote todos los mimos, regalándote con frutas, flores, libros y demás cosas que pueden obtenerse con dinero, sino también con aquella delicadeza y ese cariño que el dinero, pienses lo que pienses, no permite adquirir. Salvo un paseo por la mañana y otro paseo en coche por la tarde, ni un momento me ausenté del hotel. Las uvas del hotel no te gustaban; mandé traer otras de Londres especialmente para ti; inventé toda clase de distracciones, permanecí constantemente a tu lado o en la habitación contigua, y todas las tardes me sentaba a la cabecera de tu cama para tranquilizarte o para entretenerte.

Después de cuatro o cinco días te restableciste y yo entonces alquilo varias habitación amuebladas para terminar mi obra. Claro es que tú me acompañas.

A la mañana siguiente caigo gravemente enfermo. Tú marchas a Londres para tus asuntos, pero prometiéndome estar de vuelta por la tarde. En Londres te encuentras con un amigo, y hasta el día siguiente, a última hora, no regresas a Brighton. Me encuentras con una fiebre altísima y el médico afirma que me has contagiado la influenza. Nada más incómodo para un enfermo que habitaciones alquiladas amuebladas. Mi cuarto de trabajo está en el primer piso; mi alcoba, en el tercero. No hay allí ningún criado que pueda prestarme ninguna asistencia, ni siquiera alguien a quien se pueda mandar a un recado o a buscar lo que ha recetado el médico. Pero tú estás conmigo y yo me siento amparado.

Los dos días siguientes me dejas completamente solo, sin asistencia de nadie, sin servicio, careciendo de todo. No se trata ya de uvas, de flores ni de lindos regalos: se trata de lo más necesario. Ni siquiera me fue posible tomar la leche que el médico me había ordenado, y la limonada me estaba severamente prohibida. Y cuando yo te ruego que vayas a la librería a buscarme un libro, o caso de no encontrarse éste, en que yo tenía interés, que me trajeses otro cualquiera, ni siquiera te tomas la molestia de ir. Y después de dejarme, debido a esto, todo un día sin tener qué leer, me cuentas con la mayor tranquilidad que has comprado el libro y han prometido enviarlo, lo cual, como hubo de comprobarse después casualmente, era una patraña. Y como es natural, durante todo el tiempo vives a mi costa, te paseas en coche, comes en el Grand Hotel y no apareces por casa más que para buscar dinero.

El sábado por la tarde —desde por la mañana me habías dejado completamente solo y sin asistencia ninguna— te supliqué que volvieses después de la comida y me hicieses un poco compañía. Así me lo prometes en tono brusco y violento. Hasta la once te estoy esperando y tú sin aparecer. Yo entonces te dejo unas líneas en tu cuarto para recordarte aquella promesa tuya y tu modo de cumplirla. A las tres de la madrugada, no pudiendo dormirme y torturado por la sed, me dirijo, a través del frío y las tinieblas, hacia mi cuarto de trabajo, con la esperanza de encontrar allí un poco de agua. Allí estabas tú. Te precipitaste sobre mí con todos los insultos de que es capaz el peor humor y la más indisciplinada e indomable naturaleza. La terrible alquimia del egoísmo te hacía transformar en irritación tus remordimientos. Me llamaste egoísta por querer tenerte junto a mí durante la enfermedad, me reprochaste el interponerme entre tú y tus diversiones, el intentar alejarte de tus amigos; me dijiste —y sé que ello es la verdad escueta— que habías vuelto a casa a media noche simplemente para mudarte de ropa y tornar después inmediatamente allí donde sabías te esperaban nuevas alegrías, pero aquella carta que yo había dejado para ti y en la cual te recordaba que me habías tenido abandonado todo el día, te había quitado las ganas de más diversiones, menguando tu disposición para nuevos placeres.

Asqueado, subí nuevamente a mi cuarto, en donde permanecí sin poder dormir hasta el amanecer, y hasta mucho después no me fue posible tomar nada que apagase la sed de mi fiebre.

A las once entraste en mi habitación. Durante aquella disputa hube de hacerte observar que mi carta había servido, por lo menos, para poner un freno a una noche excesivamente pródiga —más que de costumbre— en libertinajes.

A la mañana ya eras otra vez tú. Yo, naturalmente, esperaba oír de ti las disculpas que habías de alegar, y quería saber cómo te las arregla-

rías para obtener mi perdón, que de sobra sabías te daría de corazón, me hicieses lo que me hicieses. Tu confianza absoluta en que yo siempre habría de perdonarte era la cualidad que más me agradaba en ti desde siempre, tal vez la mejor cualidad que yo te reconocía. Mas, lejos de lo que esperaba, repetiste el escándalo de por la noche, con, si cabe, aun mayor arrogancia y violencia. Por último, hube de mandarte salir de mi cuarto; hiciste como que me obedecías y, empero, cuando alcé la cabeza de la almohada, en la cual la tenía hundida, todavía estabas allí. Bruscamente, con risa sardónica de histérica irritación te dirigiste hacia mí. Sobrecogióme un sentimiento de repulsión: no sabría decir exactamente el motivo que a ello me indujo, pero lo cierto es que salté al punto de la cama y que descalzo, tal como estaba, bajé vacilante los dos pisos que me separaban del cuarto de trabajo, que no abandoné hasta que el dueño de la casa, que vino porque llamé al timbre, húbome asegurado que habías salido de mi alcoba y prometido, para mi tranquilidad, permanecer al alcance de mi voz.

Tras una hora —durante la cual vino el médico, que, naturalmente, me halló en un estado de completa postración nerviosa y con una temperatura más elevada que la que había tenido al principio— volviste tú. Volviste por dinero. Sin decir una palabra te apoderaste de cuanto hallaste a mano en el tocador y encima de la chimenea, y te marchaste de casa llevándote tu equipaje.

¿Necesito decir lo que pensé de ti en los dos días siguientes, en aquellos dos días solitarios y miserables de mi enfermedad?

¿Necesito explicar cómo comprendí entonces claramente que era bochornoso para mí seguir tratando a un hombre cual el que tú habías revelado ser?

¿Necesito decir que reconocí entonces que había llegado definitivamente el momento de la separación, que ésta se me aparecía en verdad como un gran alivio y que yo sentía que en adelante mi arte y mi vida habrían de ser más libres, mejores y más hermosos en todos aspectos?

A pesar de lo enfermo que estaba, experimenté un gran sosiego.

El saber que nuestra separación era irrevocable, infundióme un sentimiento de paz.

La fiebre fue cediendo paulatinamente hasta el martes. Ese día, por primera vez, comí abajo. Era mi cumpleaños. Entre los telegramas y la correspondencia esparcidos sobre mi mesa había una carta con tu letra. La abrí melancólicamente. Sabía que ya había pasado el tiempo en que un párrafo ingeniosamente redactado, una expresión tierna o una frase de arrepentimiento podían inclinarme nuevamente hacia ti. Pero estaba completamente equivocado. Yo te había juzgado inferior a ti mismo: la carta en que me felicitabas en mi cumpleaños era una repetición, sutilmente ideada, de aquellos dos escándalos, taimada y cuidadosamente

llevados al papel. Con chistes groseros te mofabas de mí. Tu única preocupación fue mudarte nuevamente al Grand Hotel y mandar, antes de partir para Londres, poner tu almuerzo en mi cuenta. Me felicitabas por el buen acuerdo que había tenido levantándome de mi lecho de enfermo y huyendo rápidamente escaleras abajo. «Aquel momento fue en ti verdaderamente crítico —escribías tú—, harto más de lo que te puedes figurar.» ¡Ay, demasiado bien lo comprendía yo! El exacto sentido de estas palabras lo ignoro: no podría decir si es que llevabas entonces el revólver comprado para atemorizar a tu padre y que una vez, creyéndolo descargado, hubiste de disparar en un restaurante en donde estábamos juntos; si es que iniciaste un movimiento hacia un cuchillo que por casualidad se hallaba sobre la mesa que nos separaba; si en tu rabia te olvidaste de tu mezquindad y escasa fuerza física y pensaste en maltratarme de obra, e incluso en atacarme estando yo enfermo. Todavía lo ignoro. Sólo sé que me sobrecogió un sentimiento de vivísima repugnancia y que me invadió la impresión de que tú, de no haber yo abandonado inmediatamente el cuarto y salido huyendo, hubieses hecho o intentado hacer algo, algo que habría sido para ti mismo por el resto de tus días un motivo constante de vergüenza.

Sólo una vez en mi vida antes de entonces había experimentado yo semejante sentimiento de terror frente a un ser humano. Fue cuando tu padre, acompañado de aquel cómplice o amigo suyo, tuvo en mi biblioteca de Tite Street un ataque de rabia epiléptica, durante el cual manoteaba furiosamente, a la vez que profería los más soeces insultos que podía imaginar su vil cerebro y mascullaba las abominables amenazas que con tanta astucia había de llevar más tarde a cabo. En este caso él fue quien hubo de salir de la habitación: le arrojé de ella. En el caso a que ahora me refiero, yo fui quien salió. Y no era esta la primera vez que tenía que guardarte contra ti mismo.

Cerrabas tu carta con esta frase: «Cuando no estás sobre tu pedestal, dejas de ser interesante. La próxima vez que estés enfermo me marcharé inmediatamente de tu lado.» ¡Ay, cuánta brutalidad revelan estas líneas en su autor! ¡Qué falta absoluta de imaginación! ¡Qué ordinario, qué romo ya el carácter! «Cuando no estás sobre tu pedestal, dejas de ser interesante. La próxima vez que estés enfermo, me marcharé inmediatamente de tu lado.» ¡Cuán frecuentemente se me han venido a la memoria estas palabras, en las miserables y solitarias celdas de las distintas cárceles a que me han llevado. Constantemente me las he repetido, viendo en ellas —quiero esperar que sin razón— parte del secreto de tu extraño silencio. Escribirme a mí de ese modo, a mí, que por cuidarte había enfermado y padecía aquella fiebre que entonces me aquejaba, era, en su grosería y tosquedad, cosa por demás indignante. Pero el escribir esa carta, fuese a quien fuese, hubiera sido en cualquier ser

humano un pecado imperdonable, si es que existe en verdad algún pecado que no tenga perdón.

Confieso que al acabar de leer tu carta me sentí casi mancillado, cual si el trato con un ser de esa índole hubiese hollado y deshonrado mi vida irreparablemente. Cierto es que así era, pero esto, sólo seis meses después, seis meses justos, habría yo de saberlo.

Tenía ya el propósito de regresar el viernes a Londres y de visitar particularmente a sir George Lewis para rogarle escribiese a tu padre que yo había determinado no dejarte, bajo ningún pretexto, volver a pisar mi casa, sentarte a mi mesa, hablar ni salir conmigo ni vivir en ningún punto ni jamás en compañía. Con arreglo a esto debí yo haberte enterado por escrito de esta decisión, cuyos motivos no podrás tú por menos de comprender. Ya lo tenía yo todo dispuesto el jueves por la tarde, pero el viernes por la mañana, mientras desayunaba, antes de ponerme en camino, abrí casualmente el periódico y leí un telegrama anunciando que tu hermano mayor, el verdadero jefe de la familia, el heredero del título, la columna que sostenía la casa, había sido hallado muerto en una sepultura, teniendo a su lado un revólver descargado. Las horrendas circunstancias de la tragedia, que, cual ahora se sabe, obedeció a una desgraciada coincidencia, pero que entonces, por suponérsele motivos oscuros, fue duramente censurada; lo impresionante de aquella repentina muerte de un hombre tan querido por todos los que le conocían y que así desaparecía, como quien dice en vísperas de su boda; la idea que yo me hacía de tu propio dolor; la convicción de las desdichas que reservaba a tu madre la pérdida de uno de los seres a quienes se aferraba en busca de consuelo y alegría, y que —como ella misma me lo contó— no le había hecho, desde el día de su nacimiento, derramar una sola lágrima; la certidumbre de tu propia soledad, ya que tus otros dos hermanos estaban fuera de Europa, y eras tú por lo tanto el único en quien podían apoyarse tu madre y tu hermana, no sólo para acompañarlas en su dolor, sino también para compartir con ellas las lóbregas responsabilidades, repletas de pavorosos detalles, que la muerte lleva siempre consigo; un sentimiento de humanidad para con los *Lacrimae rerum*, para con las lágrimas de que está hecho este mundo y para con la aflicción de todo lo humano: de la confluencia de todos estos pensamientos y emociones que se agolpaban en mi cerebro brotó un sentimiento de compasión infinita hacia ti y hacia los tuyos. Olvidé mis propias preocupaciones y toda mi amargura. Yo no podía, en aquella pérdida dolorosa que tú sufrías, portarme contigo como tú conmigo durante mi enfermedad. Inmediatamente te telegrafié, expresándote mi más sentido pésame, y te escribí invitándote a venir a mi casa tan pronto como estuvieses en condiciones de hacerlo. Comprendí que el abandonarte entre extraños en semejante trance era demasiado terrible.

En cuanto regresaste a Londres desde el lugar de la tragedia, donde habías sido llamado, viniste a verme con tu traje de luto y tu mirada velada por las lágrimas. Te mostraste muy cariñoso y muy sencillo. Buscabas consuelo y ayuda como un niño. Yo te abrí mi casa, mi hogar, mi corazón. Hice mío tu dolor para ayudarte a sobrellevarlo. Nunca, ni aun con una sola palabra, hice alusión a tu conducta para conmigo, a aquellos indignantes escándalos ni a aquella repugnante carta. Tu pena, muy sincera, parecía acercarte a mí más que nunca lo habías estado. Las flores que llevaste de mi parte a la sepultura de tu hermano habían de ser un símbolo, no sólo de la belleza de su vida, sino de la belleza que dormita en el fondo de cada existencia y puede ser sacada a luz.

Los dioses son caprichosos. No sólo nos imponen el castigo de nuestros vicios sino que nos pierden, utilizando lo que en nosotros hay de bueno, noble, tierno y humano. Sin la compasión que me hizo inclinarme hacia ti y los tuyos, no fluirían ahora tantas lágrimas mías en este terrible lugar.

Claro es que en nuestras relaciones veo yo, no sólo la mano del destino, sino la huella de la fatalidad; de la fatalidad que siempre camina rauda, porque el fin que persigue es el de hacer derramar sangre. Por línea paterna desciendes de una casa con cuyos miembros es terrible casarse y funesto trabar amistar, y que estruja con mano violenta su propia vida y la vida ajena. Cada vez que nuestras rutas se han cruzado, en todas las circunstancias trascendentales, al parecer sin ninguna importancia, en que viniste hacia mí en busca de placeres o de ayuda, lo mismo en el juego que en aquellos fútiles acontecimientos cuya significación no es mayor que la de los átomos de polvo que danzan en un rayo de sol, o la de la hoja desprendida del árbol, siempre, como el eco lo es de un grito de dolor, o la sombra de las bestias con las cuales parece competir en velocidad, siempre fue la ruina tu compañera. El verdadero comienzo de nuestra amistad fue aquella carta tuya, deliciosa y realmente conmovedora, en que me pedías ayuda en una situación que hubiera sido terrible para cualquiera, pero que lo era doblemente para un estudiante de Oxford. Esa ayuda que tú me pedías yo te la presté, y con ello, al hacerme tú aparecer ante sir George Lewis como tu amigo, perdí la amistad y la alta estima que este último habíame demostrado durante quince años. Y al perder su estima, sus consejos, su apoyo, perdí la gran protección y el amparo de mi vida.

Me envías desde el ambiente académico de los poetas, una preciosa poesía, rogándome te diga lo que me parezca. Yo te respondo con una carta fantástica, rebosante de humorismo literario, en la que te comparo con Hilas, con Jacinto, con Junquillo, Narciso y demás personajes de igual índole, predilectos del dios de la poesía, y a quienes éste distinguía con su amor. La carta pretendía ser como una trasposición en tono

menor de unos versos de un soneto de Shakespeare. Podía ser comprendida únicamente por aquellos que hubieran leído a Platón o que se hubieran empapado en aquel espíritu, en aquella gravedad especial que para nosotros ha cuajado en la belleza de los mármoles griegos. Era —permíteme que lo diga francamente—, era aquélla la forma de carta que yo, en un feliz momento de buen humor, hubiera escrito a cualquier simpático estudiante de una de las dos Universidades, que me hubiera mandado una poesía hecha por él, con el convencimiento de que tendría suficiente cultura e ingenio para interpretar justamente mis frases fantásticas.

Fíjate bien en la historia de esta carta: de tus manos pasa a la de un repugnante muchacho, que la entrega a su vez a una cuadrilla de chantajistas. Copias de ella se hacen circular por Londres entre mis amigos y se envían al director del teatro en donde se representan mis obras. Mi carta es interpretada de mil modos, mas nunca exactamente. El estúpido rumor de haber yo tenido que pagar una enorme suma por haber escrito una carta vergonzosa hace sobrecogerse de horror a toda la sociedad. Y esta es la base de los peores ataques de tu padre. Yo mismo presento al juez el original de la carta, para demostrar lo que dice. El abogado de tu padre la estigmatiza como un pérfido y repugnante intento de perturbar la inocencia. Y por último sirve esta carta de base a una querella criminal. El fiscal la aprovecha. El juez, en su informe, explícase acerca de ella con escasa comprensión y sobra de moral. Y el final de la historia es que, a causa de esta carta, yo voy a presidio. Y este es el resultado de haberte yo escrito una carta deliciosa.

Durante nuestra estancia en Salisbury te hallabas tú horriblemente inquieto, porque un antiguo camarada te había amenazado por escrito. Me ruegas que me entreviste con él y que te ayude, y yo así lo hago. Resultado: me pierdo por ti. Me veo obligado a cargar con el peso de todo lo que tú has hecho y a responder por todo.

Cuando tienes que marcharte de Oxford, por no haber podido obtener un grado académico, me telegrafías a Londres, suplicándome vaya a verte. Lo hago al punto. Me suplicas te lleve conmigo a Goring, porque en aquellas circunstancias prefieres no ir junto a los tuyos. En Goring ves una casa que te encanta: la alquilo para ti. Resultado: me pierdo por ti. Un día vienes a verme y me pides como un favor personal que escriba algo para un periódico estudiantil de Oxford, que piensa fundar uno de tus amigos y del cual yo nada he oído ni tengo la menor noticia. Por amor a ti —¡qué cosas no habré yo hecho por amor a ti!—, envío una página de paradojas que tenía destinadas a la *Saturday Review*. Y unos meses después me veo sentado en Old Bailey en el banquillo de los acusados, a causa de la significación de esa revista.

Y esto forma, con otras muchas cosas, parte de la acusación del fiscal. Se me invita a defender la prosa de tu amigo y tus propios versos. Aquélla me es imposible suavizarla; éstos los defiendo en consideración al riesgo que corre tu incipiente literatura y a tu propia juventud, y no quiero reconocer que escribes indecencias. No obstante lo cual me veo llevado a presidio a causa de aquel periódico estudiantil de tu amigo, y del «amor que no se atreve a decir su nombre».

Por Navidad te hago un «regalo muy lindo», cual tú mismo dices en la carta con que me lo agradeces; regalo que, como supe después, tenías pendiente de tu corazón, a lo sumo por el valor de cuarenta o cincuenta libras. Al ocurrir la quiebra de mi existencia y mi ruina completa, el alguacil embarga mi biblioteca y la hace vender para pagar aquel «regalo muy lindo». A causa de este regalo, pegan en mi casa el cartel anunciando la subasta forzosa.

En la terrible etapa final, cuando yo ya estoy deshecho y me veo impulsado por tus provocaciones a entablar un proceso contra tu padre y a hacerle detener, la última brizna de paja a que me es dado asirme en mis lamentables intentos de salvación es la desproporción de los gastos. Al abogado, y en presencia tuya, le digo no poseer ningún capital y serme imposible, ya que no dispongo de ningún dinero, soportar aquellos gastos tremendos. Y esto, cual tú bien sabes, era la pura verdad. Aquel desgraciado viernes, de haber yo estado en condiciones de abandonar el Avondale-Hotel, en vez de encontrarme en el despacho de Humphreys, en donde mi debilidad me hizo fraguar yo mismo mi propia ruina, podía yo haberme visto libre y feliz en Francia, lejos de ti y de tu padre, sin hacer caso de su repugnante tarjeta ni preocuparme de tus cartas. Pero los empleados del hotel no querían dejarme marchar de ningún modo. Tú habías vivido allí diez días conmigo. Por último, con gran —y cual tú mismo reconocerás— justificada sorpresa mía, te habías traído a vivir a mi hotel a un compañero tuyo. Mi cuenta, por aquellos diez días, importó cerca de ciento cuarenta libras. El dueño dijo que no podía consentir que se sacase mi equipaje del hotel hasta que yo no lo hubiese abonado todo. Y esto fue lo que me retuvo en Londres. A no ser por la cuenta del hotel, el jueves por la mañana habría yo salido en dirección a París.

Al decirle al abogado que no poseía ningún dinero y no estaba en condiciones de sufragar los crecidísimos gastos, interviniste tú para asegurar que los tuyos tendrían una verdadera alegría en pagar todo lo que fuese necesario, que tu padre era para toda la familia una pesadilla, que con frecuencia se había tratado de la posibilidad de inutilizarle recluyéndole en un manicomio, que era un motivo diario de tormento y aflicción para tu madre y para todos, que si yo contribuía a su reclusión, toda la familia me consideraría como su héroe y su bienhechor, y

que incluso los opulentos parientes de tu madre tendrían una gran satisfacción en poder gozar del favor de pagar cuantos gastos fuesen menester para semejante empresa. El abogado declaróse al punto conforme, y me vi constreñido a ir a la Policía. No pude alegar ya ningún pretexto para evadirme; me encontré materialmente arrastrado por la corriente.

Naturalmente, tus parientes no pagaron nada, y tu padre tuvo la culpa de que se me declarase en quiebra, y fue por esos gastos —ese mezquino pico—: unas setecientas libras.

Hoy día, mi mujer, alejada de mí por la importante cuestión de si he de percibir semanalmente para vivir sesenta o setenta chelines, se dispone a entablar la demanda de divorcio, lo cual acarreará naturalmente nuevos testimonios, nuevos debates y quién sabe si tal vez un segundo proceso. Claro es que ya no estoy enterado de ningún pormenor. Sólo sé el nombre del testigo en cuya declaración se basan los abogados de mi mujer: es aquel criado tuyo de Oxford. a quien yo, atendiendo tus ruegos, tomé a nuestro servicio el verano de Goring.

La verdad es que no necesito continuar demostrando con más ejemplos la extraña fatalidad que en todo, en lo grande como en lo pequeño, pareces haber hecho pesar sobre mí. A veces tengo la impresión de que tú mismo no has sido sino un fantoche, agitado por una mano invisible, para conducir cosas terribles hasta un fin que no lo era menos. Pero hasta los fantoches tienen sus pasiones. Aportan una nueva fábula a aquello que representan, y algunos, por amor a su propia fantasía o su propio placer, complican el efecto prescrito, ya rico en matices.

Ser completamente libre y hallarse al mismo tiempo sujeto al dominio de la ley, he aquí la eterna paradoja de la vida humana, sentida por nosotros a cada momento.

Y pienso con frecuencia que esta es sin duda la única explicación posible de tu modo de ser; si es que existe alguna explicación del profundo y pavoroso secreto de un alma humana, aun cuando esta explicación es la que hace todavía más maravilloso el secreto.

Como es natural, tú tenías tus ilusiones, vivías verdaderamente por ellas, y su niebla tornadiza y sus velos polícromos te alteraban la visión de todas las cosas. Pensabas —lo sé muy bien— que tu fiel devoción hacia mí, que llegó hasta repudiar por completo a tu familia y la existencia familiar, era una prueba del maravilloso aprecio en que me tenías, y de tu gran inclinación hacia mí. Cierto es que tú así lo creías. Empero, no lo olvides: para mí, aquello era tan sólo un afán de lujo, de vida opulenta, de ilimitado placer, de gastos sin tasa. La vida de familia te aburría. El «vino frío y barato en Salisbury» —para emplear tu gráfica expresión— te repugnaba. Junto a mí y a mis atractivos espirituales

estaban las fuentes egipcias para la carne. Cuando no podías estar a mi lado, los compañeros con que me sustituías eran bien poco halagadores.

Creíste, además, que bastaba con que enviases, por conducto del abogado, una carta a tu padre, diciéndole que, antes que romper la amistad que me profesabas ya para siempre, preferirías renunciar a la pensión anual de doscientas cincuenta libras, que, según creo, te concedía entonces —descontando lo que te retenía para pagar tus deudas de Oxford— para dar a nuestra amistad un tinte de nobleza y de renunciamiento, pero el despreciar de este modo tu pequeña renta no significaba que tuvieses intención de renunciar a ninguna de las más inútiles voluptuosidades, ni a ninguno de los menos superfluos libertinajes. Por el contrario, tu apetito de una vida sensual no fue nunca más fuerte. Mis gastos, durante los ocho días que pasamos en París, tú, yo y tu criado italiano, subieron a muy cerca de ciento cincuenta libras, de las cuáles sólo Paillard se tragó ochenta y cinco. Dada la clase de vida a que tú aspirabas, todos tus ingresos anuales, de haber tenido que pagarte tú mismo tus comidas, e incluso siendo muy sobrio y económico, no hubieran bastado ni para tres semanas. El hecho de que tú, con un gesto que sólo lo era de fanfarronería, renunciaste de una vez a tu pensión, dio por lo menos un motivo plausible a tu pretensión de vivir a costa mía. Y lo que tú tomaste por motivo plausible, que has utilizado en serio en muchas ocasiones, y expresado con la mayor energía y las continuas sangrías que me hiciste, principalmente a mí, aunque, cual yo sé, también en gran escala a tú madre, no hubieran sido nunca tan dolorosas, si, por lo menos en lo que a mí respecta, hubieran sido acompañadas de alguna palabra de gratitud o reguladas por un sentimiento de moderación.

Pensabas además que atacando a tu propio padre con cartas terribles, telegramas insultantes y descaradas postales, en realidad ganabas con ello victorias para tu madre, apareciendo en cierto modo como su defensor y el que había de vengar las tremendas ofensas y torturas de su vida conyugal. Esto era una ilusión. y una de las más nefandas que has tenido. Tenías un medio para vengar en tu padre las humillaciones de tu madre y era, si tal considerabas te incumbía como deber de hijo, el ser para con ella mejor de lo que hasta entonces habías sido, hacer que no tuviese ya miedo de hablar en serio contigo, no firmar ninguna letra cuyo pago les correspondiese luego, ser más juicioso en tus relaciones con ella y no atraer sobre su cabeza ningún nuevo sufrimiento. Tu hermano Francisco, durante los cortos años de su florida existencia, la desquitó abundantemente, con su ternura y su bondad, de todos sus sufrimientos.

Tú podías haberlo tomado por modelo. Te equivocaste al suponer que tu madre había de experimentar una frívola satisfacción si tú,

valiéndote de mí, lograbas llevar a tu padre a la cárcel. Estoy firmemente convencido de que te equivocaste. Y, si quieres saber lo que verdaderamente siente una mujer cuando su esposo y el padre de sus hijos se halla en la celda de una cárcel, vestido con el traje de presidiario, escribe a mi mujer y pregúntaselo. Ella te lo dirá.

También yo tenía mis ilusiones. Pensaba que la vida había de ser una comedia ingeniosa, y tú uno de sus graciosos protagonistas. Y me he encontrado con que es una repulsiva e indignante tragedia, y con que tú, una vez caída la máscara del placer y la alegría, que lo mismo a ti que a mí podía habernos engañado y equivocado, eras el funesto instrumento que la impulsaba hacia las grandes catástrofes, funesto a causa de la tensión de sus anhelos y de la fuerza de su comprimida energía.

Ahora puedes —¿no es verdad?— comprender algo de lo que yo sufro. Un periódico, creo que la *Pall Mall Gazette*, al hacer la reseña del ensayo general de una de mis obras, ha hablado de ti como de la sombra que me acompañaba a todas partes. El recuerdo de nuestra amistad es la sombra que aquí me acompaña, la que nunca parece abandonarme, la que me despierta por la noche, para contarme siempre la misma historia, cuya enojosa, espantosa repetición, logra alejar de mí el sueño hasta el amanecer, y cuando amanece torna a empezar, me sigue al patio de la prisión y me hace hablar conmigo mismo, mientras voy dando vueltas a grandes zancadas.

Me es forzoso recordarme cada detalle del desfile de mis trágicos momentos. Nada de lo acontecido durante aquellos años lamentables se ha esfumado de este cerebro destinado al dolor o a la desesperación. Tengo presente cada matiz ahogado de tu voz, cada gesto y cada movimiento nervioso de tus manos, cada una de tus amargas palabras, de tus venenosas frases. Recuerdo la calle o el río a lo largo del cual andábamos; el muro o el bosque que nos rodeaba; el punto de la esfera en que se hallaban las agujas del reloj, y la dirección del viento y la forma y el color de la luna.

Sé que cuanto te he dicho tiene una respuesta: que tú me has querido; que durante aquellos dos años y medio, en los que las Parcas tenían en una única muestra escarlata los separados destinos de nuestra vida, tú, verdaderamente, me querías. Sí, lo sé; así fue. Indiferentemente a tu comportamiento para conmigo, sentí yo siempre que tú, en el fondo de tu corazón, verdaderamente me amabas. A pesar de comprender yo perfectamente que mi posición en el mundo artístico, el interés que mi personalidad había despertado desde un principio, mi fortuna, la abundancia en que yo vivía, las mil y mil cosas que contribuían de un modo casi inverosímil a formar el encanto y la maravilla de mi existencia, eran, conjunta y particularmente, elementos que a mí te ataban y soldaban. Empero, había algo más, algo que era en ti un extraño poder de

atracción: el haberme amado tú mucho más tiernamente que a ningún otro ser.

Mas tú también tuviste, como yo, en tu vida, una horrible tragedia, aunque de índole completamente opuesta a la mía. ¿Quieres saber cuál ha sido? Pues ésta: que en ti el odio pudo siempre más que el amor. Tu odio contra tu padre era tan grande, que podía más que tu amor hacia mí; sobrepasaba los límites ordinarios y dejaba el amor en la sombra, sin que existiese siquiera, o apenas, lucha ninguna entre ellos. Sí, tan gigantescas proporciones alcanzaba tu odio. No se te ocurría pensar que las dos pasiones no cabían a la vez en una misma alma. Que no pueden convivir en la linda morada labrada para ellas. El amor se alimenta de la imaginación, gracias a la cual nuestra razón sobrepasa nuestra sabiduría, nuestra bondad, nuestro sentimiento, nuestra nobleza, nuestra propia existencia; la imaginación, gracias a la cual nos es dado abarcar la vida en su conjunto; la imaginación, que nos permite comprender a los demás en sus relaciones reales e ideales. El amor sólo puede alimentarse con lo bello y con lo bellamente ideado. En cambio, al odio todo lo alimenta. Así es que, en aquellos años, no has bebido una sola copa de champaña, ni comido un solo plato sabroso que no haya servido para alimentar tu odio, para cebarlo. Y por eso tú, a fin de satisfacer este odio, jugaste lo mismo con mi vida que con mi dinero, tranquilamente, sin miramiento alguno, sin preocuparte de las consecuencias posibles. Cuando perdías, la pérdida no era para ti, como te creías; pero las ganancias eran tuyas, y bien sabrás tú cuál era el triunfo y cuáles las ventajas de la victoria.

El odio ciega a los hombres. Esto, tú no lo has advertido. El amor puede leer lo escrito en las estrellas más distantes; pero el odio te cegó de tal modo, que llegaste a no poder ver más allá del reducido jardín de tus deseos cotidianos; ese jardín cercado y ya marchito por el placer. Tu terrible falta de imaginación, la verdadera y más fatal debilidad de tu ser, no era sino resultado del odio que en ti se abrigaba, que en ti se abrigaba pérdida, silenciosa y disimuladamente. Así como el liquen corroe las raíces de las plantas sin savia, así el odio te ha corroído a ti hasta conducirte paulatinamente a no ver sino los intereses más mezquinos y los fines más pobres. Esa condición tuya, cuyo desarrollo hubiese acelerado el amor, la envenenó y la paralizó el odio. Cuando tu padre comenzó a atacarme, lo hizo primero como a un amigo particular tuyo, en una carta a ti particularmente dirigida. En cuanto leí yo esa carta, las sórdidas amenazas y las groseras violencias que encerraba, advertí que un tremendo peligro elevábase en el horizonte de mis inquietos días. Te dije que no quería sacaros las castañas del fuego en ese odio que de antiguo os embargaba a ambos; que en Londres yo era una presa mucho más noble que un secretario del Ministerio de Estado

en Bad Homburg; que el pretender colocarme un solo momento en semejante situación era ya de por sí inicuo; que me cumplía hacer en la vida cosas harto más importantes que el andar a la greña con un hombre borracho, desprestigiado y tan poca cosa como tu padre. Tú no quisiste comprenderlo. El odio te había cegado por completo. Me dijiste que nada tenía yo que ver en aquella discordia, que en modo alguno podías permitir que tu padre pretendiese reglamentar tus amistades particulares y que era absurdo el que yo interviniese en ello.

Ya antes de hablar conmigo sobre este asunto habías contestado a tu padre con un telegrama de lo más insensato y soez. Lo cual, naturalmente, te obligó a obrar después del modo más soez y más insensato. Las funestas equivocaciones de la vida no deben ser atribuidas a la ausencia de razón. Un instante de irracionalidad puede llegar a ser nuestro momento más hermoso. Nuestras equivocaciones son producto de la lógica que rige al hombre. Entre ambas cosas media un abismo.

Aquel telegrama era la hipótesis de todas tus futuras relaciones con tu padre y, en gran parte también, de mi vida toda. Y, lo más grotesco de ello, es que de este telegrama se hubiera avergonzado cualquier hombre del arroyo. El natural proceso de los telegramas impertinentes convirtiólos en las pedantes cartas de los abogados, y el resultado de las cartas del abogado de tu padre fue el empujar a éste más y más.

No le dejaste otra disyuntiva que el seguir adelante. Le presentaste la cosa como asunto de honor, mejor dicho, de todo lo contrario, a fin de dar más peso a tu exigencia. Así es que la vez siguiente no me atacó ya en una carta particular y en calidad de amigo tuyo, sino públicamente, y como hombre que pertenece al público. Hube de arrojarle de mi casa. Y él fue buscándome de restaurante en restaurante, para insultarme delante de todo el mundo, y en tales términos, que de haberle pagado con la misma moneda hubiera quedado yo por tierra, y que de todos modos por tierra me veía, aunque no lo hiciese. En ese momento debías tú haber proclamado que no querías de ningún modo que yo, por darte gusto, me expusiese a tan viles ataques y a tan indigna persecución y que antes preferías renunciar por siempre a mi amistad. Esto, de sobra lo comprendes tú ahora. Mas entonces no te vino a la idea. El odio te cegaba. Lo único que se te ocurrió (y esto haciendo caso omiso de las cartas y telegramas insultantes que dirigías a tu padre) fue el comprar una irrisible pistola, que hubo de dispararse en Berkeley, en unas circunstancias que produjeron un escándalo aún más formidable que todos los anteriores.

La verdad es que a ti te encantaba pensar que podías ser causa de una terrible lucha entre tu padre y un hombre como yo. Era muy natural que esto agradase a tu vanidad y halagase tu presunción. No hubiera dejado de ser para ti una muy dolorosa solución si hubiese sido posi-

ble adjudicarle a tu padre tu cuerpo, que a mí en nada me interesaba, dejándome a mí tu alma, que a él tampoco podía interesarle. Olfateaste la ocasión de un escándalo público y te precipitaste sobre ella. Te alegraba la perspectiva de una lucha en la cual tú intervenías en la sombra. Recuerdo no haberte visto nunca de mejor humor que durante el resto del año. Lo único que pareció desilusionarte, fue que, en realidad, nada sucediese, y el no tener lugar entre tu padre y yo ningún nuevo choque. Te consolaste enviándole a él telegramas de tal índole que el desgraciado hubo, por último, de escribirte que había ordenado a sus criados no le entregasen ya ningún telegrama, bajo ningún pretexto.

Mas esto no te arredró. Comprendiste todas las facilidades que la tarjeta postal ofrece para el insulto, y las aprovechaste todas. Le incitaste cada vez con más fuerza a perseguir su presa, y no creo que él ya la hubiera abandonado. Pero el instinto de la casta era demasiado fuerte en él. Su odio hacia ti era tan arraigado como tu odio hacia él y yo era para vosotros dos el escudo que lo mismo sirve para el ataque que para la defensa. Su afán de hacer hablar de él no era una manía simplemente personal, sino un distintivo de raza. De todas modos, de haberse acallado un punto su interés, tus cartas y postales hubiesen avivado éste hasta hacer brotar la antigua llama. Y, cual no podía por menos de suceder, una vez conseguido vuestro propósito, él quiso llegar todavía más lejos. Después de haberme atacado, en particular y como particular, y en público como hombre público, decidió, para rematar lo hecho, iniciar un ataque decisivo contra el artista, y esto precisamente allí donde se representaban mis obras. Gracias a una treta, logró procurarse una localidad para el estreno de una de ellas, e imaginó nada menos que interrumpir la representación, pronunciando ante todos un discurso miserable contra mí, insultando a mis actores y, finalmente, al aparecer yo en el escenario, arrojándome proyectiles escabrosos o impertinentes, a fin de aniquilarme monstruosamente por medio de mi propia obra. Pero el azar quiere que, en una borrachera más fuerte que las acostumbradas, tenga un rato de expansión y se vanaglorie ante testigos de su propósito. Se avisa a la policía y se le impide entrar en el teatro. Y esta fue tu suerte. Ahí tenías una buena ocasión. ¿No se te ocurre ahora que pudiste haberla previsto y que en ti estaba el decir que no podías consentir que por tu culpa se aniquilase mi obra? De sobra sabías lo que para mí significaba mi arte: el medio glorioso por el cual yo me había manifestado, primero a mí mismo, y después al mundo. La gran pasión de mi vida, el amor junto al cual todas las demás manifestaciones del amor eran como agua cenagosa junto al vino escarlata o como un gusano de luz en el pantano junto al mágico reflejo le la luna.

¿No comprendes todavía que tu falta de imaginación era la verdadera, la más fatal debilidad de tu ser?

Lo que te cumplía hacer era muy sencillo, y se te presentaba bien claro; pero el odio te cegaba y no te permitía ver nada. Yo no tenía por qué disculparme ante tu padre de que él me hubiese insultado y perseguido, durante cerca de nueve meses, del modo más repugnante. Yo no podía apartarte de mi vida. Lo había intentado repetidas veces, llegando incluso hasta abandonar efectivamente Inglaterra y marchar al extranjero con la esperanza de librarme de ti. Todo había sido inútil. Tú eras el único que podías haber hecho algo. Entre tus manos estaba la clave de la situación. Se te ofrecía una verdadera ocasión para expresarme siquiera un poco de gratitud por todo el amor, toda la bondad, toda la generosidad, todas las atenciones que yo había tenido para contigo. De haber sido tú capaz de apreciar siquiera una décima parte de mi valor artístico, seguramente lo hubieras hecho. Pero el odio te cegaba. La facultad «gracias a la cual y por la cual únicamente nos es dado comprender a los demás, lo mismo en sus relaciones reales que en las ideales», estaba muerta en ti. Sólo pensaste en el modo de meter a tu padre en la cárcel. Tu única idea era el verle en el banquillo de los acusados. Su manifestación convirtióse en una de las muchas *scies* [4] de tu conversación diaria; en cada comida me era dado oírtela. Y se cumplió tu deseo. El odio te concedía cuanto deseabas; mostrábase contigo harto benévolo, cual lo es para todos sus fieles. Dos días pudiste, desde tu elevado asiento junto al *sherif*, llenarte los ojos con la vista de tu padre sentado en el banquillo de los acusados. Y el tercer día yo ocupé su puesto.

¿Qué había sucedido?

Que en el juego repugnante de vuestro odio os habíais jugado mi alma, y el azar quiso que tú fueses el perdedor. Esto fue todo.

Ya ves que no tengo más remedio que escribir tu vida para ti, y así lo tienes que comprender. Hace más de cuatro años que nos conocemos el uno al otro. La mitad de este tiempo la hemos pasado juntos y la otra mitad la he tenido que pasar en la cárcel, en pago de nuestra amistad. No sé dónde recibirás esta carta, si es que llegas a recibirla: Roma, Nápoles, París, Venecia, alguna hermosa ciudad a orillas de un mar o de un río te alberga seguramente. Aunque sin la inútil opulencia que disfrutabas junto a mí, te hallas, sin embargo, rodeado de todo lo que encanta la vista, el oído y el paladar. La vida es para ti lo más preciado de este mundo. Y, sin embargo, si eres sensato y quieres que la vida te sea aún mucho más adorable, de una condición más elevada, harás que la lectura de esta carta terrible —pues sé que es tal— señale para ti una crisis tan importante, un momento tan crítico, como lo es para mí el escribirla.

[4] En francés en el original.

Si tu pálido rostro, que acostumbra a enrojecer ligeramente bajo los efectos del vino o la alegría, arde de cuando en cuando de vergüenza al leer lo que aquí está escrito, cual bajo el resplandor de un alto horno, entonces, tanto mejor para ti. El mayor de los vicios es la ligereza; todo lo que llega hasta la conciencia es justo.

Ya hemos llegado a mi detención preventiva, ¿no es eso? Después de haber permanecido detenido toda una noche por la Policía, fui conducido en el coche verde. Tú entonces te muestras muy atento, lleno de amabilidad. Casi todas las tardes, aunque no todas, hasta tu marcha al extranjero, te tomas la molestia de venir en coche a visitarme a Holloway. También me escribes cartas muy amables y cariñosas. Pero nunca, ni aun durante un segundo, llegas a ver claramente que no es tu padre, sino tú, quien me ha traído a la cárcel; que tú, desde el principio hasta el fin, eres el verdadero responsable; que si yo estoy allí es por tu culpa y que a ti únicamente te lo debo. Ni siquiera el verme entre los barrotes de una jaula de madera logra animar ese temperamento tuyo, muerto y tan pobre de imaginación. Sientes la simpatía, la sentimentalidad del espectador que asiste a una obra conmovedora. Y no caes en la cuenta de que tú eres el verdadero autor de la horrenda tragedia.

Bien lo veía yo: nada rozó tu conciencia de cuanto habías causado. Yo no sentía ánimo ninguno de ser quien te dijese lo que tu propio corazón hubiese debido decirte; lo que seguramente te habría dicho, si no le hubieras tú endurecido e insensibilizado a fuerza de odio. Es preciso que todo le fluya a uno de sí mismo. El decirle a alguien una cosa que, ni siente, ni ha de comprender, no tiene finalidad ninguna. Si ahora te escribo como lo hago, es únicamente porque tu propio silencio, tu proceder durante mi larga prisión así lo exige. Sin contar que, tal como se habían puesto las cosas, el golpe me hería a mí solo.

Y esta fue mi alegría. A pesar —pues yo te observaba atentamente— de lo despreciable que desde un principio me resultaba tu completa e intencionada ceguera, complacíame el tener muchos motivos de sufrimiento. Recuerdo con qué orgullo me enseñaste una carta que habías publicado sobre mí en un periódico de escándalo. Era un trabajo muy discreto, muy prudente e incluso muy vulgar. Hacías un llamamiento al «sentimiento inglés de la justicia» o a algo no menos triste de la misma índole, en favor de «un hombre que yacía por tierra». Era una carta como la que podías haber escrito para protestar de una acusación criminal contra una persona honrada que te hubiera sido por completo desconocida. Pero, a ti, esta carta te pareció sencillamente admirable. Veías en ella poco menos que una prueba de desusada caballerosidad. Ya sé que has escrito más cartas a otros periódicos que no las han publicado; pero estaban destinadas únicamente a informar al público de que odiabas a tu padre. Nadie reparó en si esto venía o no al caso. El odio

—esto tenías tú que aprenderlo todavía— es, intelectualmente considerado, puramente negativo. Para el corazón, es una forma de atrofia, cuyos resultados son mortales, pero no sólo para uno mismo.

Escribir en los periódicos que se odia a alguien, es como publicar que se tiene una enfermedad secreta y vergonzosa. Y el hecho de ser tu propio padre el hombre a quien odiabas, y de verse este sentimiento hondamente correspondido, no le daba a tu odio ningún matiz de distinción ni de belleza. Si algo demostrase con ello fue únicamente la existencia de una enfermedad congénita.

Recuerdo todavía que, al ser sacados a subasta forzosa mi casa, mis libros y mis muebles, cuando fueran embargados para ser vendidos, y la quiebra se alzaba ante mi puerta, recuerdo que te escribí, como era natural, para enterarte de ello. Mas no te decía que el sufragar algunos de los regalos que te había hecho, era lo que había traído al Juzgado a la casa en que tú tantas veces habías comido, y pensaba, con razón o sin ella, que aquella noticia habría de serte dolorosa.

Te anuncié escuetamente los hechos. Parecióme conveniente estuvieses al tanto de ellos. Me contestaste, desde Boulogne, en un tono poco menos que de lírico entusiasmo. Me decías saber que tu padre estaba «mal de fondos» y que había tenido que pedir mil quinientas libras para los gastos del proceso, y que mi próxima quiebra era un «fabuloso triunfo sobre él», porque, en vista de ello, ya no podría resarcirse conmigo de sus gastos.

¿Te das tú ahora cuenta de lo que es el odio cuando a uno le ciega?

¿Reconoces ahora cómo, al decir yo que el odio es una atrofia fatal, no sólo para el que lo siente, definía científicamente una verdad psicológica?

El que todas las cosas encantadoras que yo poseía hubiesen de ser vendidas: mis dibujos de Burne Jones, de Whistler, mi Monticelli, mis Simeón Salomón, mis porcelanas, mi biblioteca, con sus ejemplares dedicados de casi todos los poetas de mi tiempo, desde Hugo hasta Whitman, desde Swinburne hasta Mallarmé y desde Morris hasta Verlaine; con las ediciones de las obras de mi padre y de mi madre preciosamente encuadernadas; con su magnífica serie de premios de la Universidad y del Colegio; con sus ediciones de lujo y demás; todo esto nada significaba para ti. Dijiste que te entristecía, y esto fue todo. Sólo veías en ello la posibilidad de hacer perder por último a tu padre algunos cientos de libras y esta lastimosa perspectiva llenábate de estática alegría.

Respecto a los gastos del proceso, tal vez te interese saber que tu padre declaró públicamente, en el Orleans-Club, que aunque le hubiera costado veinte mil libras, hubiera dado el dinero por bien empleado; tan grandes eran el contento y la victoria que ello le reportaba. El poder

meterme por dos años en la cárcel, haciéndome además salir de ella una tarde para oírme declarar públicamente en quiebra, esto era una satisfacción y un refinamiento superior que él no esperaba. Fue la coronación de mi humillación y de su completo e irrecusable triunfo.

De no haberme entonces podido exigir tu padre el pago de tus gastos, tú, demasiado lo sé, siempre compasivo en tratándose únicamente de palabras, hubieras sentido lástima por la pérdida completa de mi biblioteca, pérdida irreparable para un escritor, y la más desoladora de todas mis pérdidas materiales. Y, recordando las sumas excesivas gastadas para ti, y también el que durante años habías vivido a mi costa, tal vez te hubieras incluso tomado la molestia de rescatar para mí algunos de mis libros. Los mejores de ellos se perdieron por menos de ciento cincuenta libras, o sea, aproximadamente la cantidad que, por término medio, gastaba yo por ti en una semana. Pero la malévola idea de que tu padre habría de perder unos céntimos, no permitió cruzase por tu mente el intentar prestarme un pequeño servicio, que, siendo tan insignificante, tan fácil, tan poco costoso y tan asequible, tan apasionadamente hubiera yo deseado lo realizaras.

¿No tengo, pues, razón, al decirte que el odio ciega a los hombres?

¿No lo reconoces tú ahora?

Si no lo reconoces, procura comprenderlo.

No necesito decirte que, entonces, la verdad se me apareció tan clara como ahora. Pero me dije: «A toda costa he de conservar el amor en mi corazón. Si voy a la cárcel sin amor, ¿qué será de mi alma?»

Las cartas que yo entonces te escribí desde Holloway eran el resultado de mis esfuerzos por conservar el amor cual impulso dominante de mi ser. Podía haberte destrozado con amargos reproches. Podía haberte aniquilado bajo mis maldiciones. Podía haberte puesto frente a un espejo, para mostrarte una imagen tuya que no habrías reconocido ser la tuya propia hasta después de descubrir que reproducía servilmente tu horrible fisonomía; y entonces, sabiendo ya de quién era aquella figura, la hubieras odiado por siempre y a ti mismo con ella. Y más todavía: pecados ajenos me fueron imputados; de haber yo querido, podía haberme salvado a costa de sus autores, cierto es que no del deshonor, pero sí de la cárcel. De haber yo descubierto cómo los testigos de cargo —los tres principales— estaban cuidadosamente instruidos por tu padre y por su abogado, no sólo de lo que habían de callar, sino también de lo que habían de decir, y la forma en que intencionadamente, secretamente concertados, y ajenos al asunto, me imputaron a mí acciones y hechos de otro, podía yo haber hecho arrojar separadamente a cada uno de la sala de la Audiencia, con menos ceremonias que las empleadas para con el sinvergüenza de Atkins, el perjuro; pudiendo

yo entonces quedar a mi vez en libertad y marcharme con la cabeza muy alta y las manos en los bolsillos.

Se ejerció sobre mí una fortísima presión para que tal hiciese. Personas movidas únicamente por el interés de mi bienestar y el de los míos, aconsejáronme seriamente en este sentido, me rogaron y me suplicaron. Pero yo me negué a ello: me era imposible prestarme a lo que se quería. Y jamás, ni un segundo siquiera, ni aun en los momentos más amargos de mi prisión, lamenté lo hecho. Semejante manera de obrar hubiera estado por bajo de mi dignidad. Los pecados de la carne nada significan. Son enfermedades que puede curar el médico, si es que conviene acceder a su curación; pero los pecados del alma, aisladamente considerados, son bochornosos. El obtener mi libertad por tales medios, hubiera sido para mí un tormento para el resto de mi vida.

Mas, ¿crees tú verdaderamente haber merecido el cariño que entonces te demostré?

¿Crees verdaderamente que yo he pensado un sólo momento que tú lo merecías?

¿Crees verdaderamente haber merecido en cualquier época de nuestra amistad el cariño que yo te demostré, o que yo haya podido creer un solo momento que tú lo merecías?

Yo sabía que nunca lo habías merecido. Empero, el amor no regatea en el mercado, ni emplea balanzas. Su alegría, como la del espíritu, está en sentir que vive. Su esfuerzo consiste en amar, nada más y nada menos. Tú has sido mi enemigo, un enemigo cual ningún hombre ha tenido jamás. Yo te ofrendé mi vida, y tú la tiraste para satisfacer las más bajas y despreciables de las pasiones humanas: el odio, la vanidad y los apetitos. En menos de tres años destruiste en mí todo respeto. Ya no me quedaba en mi propio interés otra cosa que hacer sino amarte. Sabía yo que, si me permitía odiarte en el páramo de la vida, a través del cual había de caminar, y sigo todavía caminando, todas las peñas perderían su sombra, todas las palmeras se secarían y todos los manantiales aparecerían envenenados.

¿Vas ya comprendiendo un poco?

¿Despierta por fin tu imaginación del letargo mortal en que ha estado sumida?

Ya sabes lo que es el odio. ¿Empiezas a vislumbrar lo que es el amor y la esencia del amor? Todavía no es tarde para que lo aprendas, aunque a mí me haya costado el enseñártelo el ir a la celda de una cárcel.

Despues de mi terrible condena, ya puesto el traje de presidiario, y una vez que se hubieron cerrado tras mí las puertas de la cárcel, me vi debajo de las ruinas de mi espléndida vida, aniquilado de miedo, confundido por el terror, anonadado por el sufrimiento. Pero no quería odiarte. Todos los días me decía: «He de conservar hoy el amor en mi

corazón; ¿cómo podré si no soportar el día?» Recordaba que, al menos intencionadamente, no habías obrado mal conmigo; me esforzaba en pensar que el azar era quien había disparado el arco, para que la flecha, pasando por entre las junturas de la coraza, atravesase a un rey de parte a parte. Pensar, para juzgarte, en el más pequeño de mis sufrimientos, en la más ínfima de mis pérdidas, me parecía injusto. Y decidí considerarte a ti como un mártir. Y me esforzaba en creer que acabaría por caérsete la venda que te había cegado durante tanto tiempo. Henchido de dolor, me representaba cuán grande sería tu terror al contemplar la obra pavorosa de tus manos. Hubo incluso momentos, en aquellos lóbregos días, los más lóbregos de toda mi existencia, en que me sentía impaciente por consolarte. Tan seguro estaba yo de que por fin llegarías a percatarte de lo que habías hecho.

Nunca cruzó por mi mente la idea de que pudiese embargarte el peor de los vicios: la ligereza. Sí, fue para mí una verdadera aflicción el tener que enterarte de todo. Hube para ello de reservarme la primera ocasión propicia: el recibir una carta sobre asuntos de familia, pues mi cuñado habíame comunicado que sólo con que escribiese una vez a mi mujer, ella, por amor hacia mí, y a causa de mis hijos, no presentaría la demanda de divorcio. Yo comprendía que mi deber era hacerlo. Sin hablar de otros motivos, me era insoportable el pensamiento de verme separado de Cyril, de este hijo mío tan bonito, tan dulce y tan digno de ser amado, mi amigo entre todos mis amigos, mi compañero por encima de todos mis compañeros. Un solo cabello de su dorada cabecita me era más querido, y tenía para mí más importancia —no diré que tú, de pies a cabeza—, pero sí que todos los crisólitos del mundo. Mas lo comprendí demasiado tarde.

Dos semanas después de tu intento de aproximación, me fue dado saber de ti. Robert Sherard, o sea el más valiente y caballero entre los mejores de los hombres, viene a verme y me anuncia, entre otras cosas, que te ocupas en publicar un artículo sobre mí, junto con fragmentos de mis cartas, en ese risible Mercure de France, que es, con sus gracias estúpidas, el verdadero centro de la corrupción literaria. Y me pregunta si esto obedece realmente a un deseo mío. Yo, presa de asombro y de cólera, doy órdenes para que la cosa no pase a mayores. Tú habías dejado rodar mis cartas, y así pudo suceder que servidores chantajistas las robasen. Los criados del hotel las escamotearon y las camareras las vendieron. Esto no fue sino una ligereza tuya: falta de estima para lo que yo te había escrito. Pero el que tú pensases seriamente en publicar extractos de las que quedaban, esto para mí era casi incomprensible.

Y, ¿de qué carta se trataba? No logré saber ningún detalle más. Esta fue la primera noticia tuya que recibí. Una noticia desagradable.

La segunda no se hizo esperar mucho. Los abogados de tu padre se habían reunido en la cárcel y emprendieron una acción judicial a causa de las setecientas miserables libras que importaba su minuta. Se me declaró deudor insolvente y se ordenó fuese conducido ante el juez. Yo tenía la firmísima convicción, la sigo teniendo, y volveré sobre este asunto, de que el pago de estos gastos incumbía a tu familia. Tú te habías hecho personalmente responsable de ellos, asegurando que los tuyos los abonarían, y esto era lo que había movido al abogado a encargarse del asunto en la forma en que lo hizo. Tú eras absolutamente responsable de todo: independientemente de tu compromiso en nombre de los tuyos, debías haber tenido el sentimiento de haber sido tú el que me había empujado a mi ruina, y, por lo tanto, lo menos que te cumplía hacer era el ahorrarme el bochorno de la quiebra por una cantidad, al fin y al cabo, despreciable; menos de la mitad de lo que yo había gastado por ti en Goring durante un corto veraneo de tres meses.

Mas dejemos ya esto. Recibí, no lo niego, por mediación del pasante del abogado, un mensaje tuyo referente al asunto, o por lo menos relacionado con éste. El día que vino para tomarme declaración, inclinóse sobre la mesa —estaba presente el carcelero—, y, después de examinar una hoja de papel que sacó del bolsillo, díjome en voz baja: «El principie Fleur de Lys le envía a usted un saludo.» Yo me le quedé mirando fijamente. El repitió el mensaje. Yo no acertaba a entender lo que con ello quería decir. «El señor se halla en la actualidad en el extranjero», añadió él entonces misteriosamente. Al oír estas palabras, la verdad me iluminó como un relámpago, y aún recuerdo que reí por primera y última vez en la cárcel. Esta risa encerraba todo mi desprecio hacia todos. ¡Príncipe Fleur de Lys! Comprendí al punto —y los hechos posteriores habían de demostrarme cuán justamente— que nada de cuanto yo había sufrido había llegado hasta ti. Seguías considerándote como el príncipe héroe de una comedia, y no como el lúgubre protagonista de un drama. Cuanto había sucedido era como una pluma para realzar el birrete con que se adornaba una cabeza limitada; como una flor prendida en el jubón debajo del cual latía un corazón que el odio, y sólo el odio, podía enardecer, y que el amor, sólo el amor, había de encontrar frío.

¡Príncipe Fleur de Lys! Sí, hacías bien en emplear un nombre supuesto para entrar en contacto conmigo. Yo mismo por entonces carecía de nombre. En la inmensa cárcel en la cual me hallaba recluido, era yo únicamente el número y la letra de una pequeña celda en un largo pasillo, uno de los mil números sin vida y una de las mil vidas muertas. Pero la verdadera historia brindaba seguramente muchos otros nombres verídicos, que harto mejor podían convenirte, y por los cuales a la vez te hubiera yo fácilmente conocido. No podía imaginarte

bajo un disfraz propio tan sólo de un baile de máscaras. ¡Ay, de haber estado tu alma, cual convenía a su propio perfeccionamiento, traspasada de amor, de pena, abrumada por el remordimiento y humillada por la aflicción, no hubiese escogido ese disfraz para penetrar a su sombra en la mansión del dolor! Los grandes acontecimientos de la existencia son lo que aparentan, y por esto a menudo —aunque mis palabras te suenen de un modo inaudito— difíciles de explicar; pero los pequeños son siempre un símbolo. Ellos nos suministran la parte más asequible de nuestras amargas enseñanzas. Aquella elección, al parecer casual, de un nombre fingido, era un símbolo, y como tal quedará. Te descubrió.

Seis semanas después, llegóme la tercera noticia. Fui sacado del hospital, en donde yacía lastimeramente enfermo, para recibir, por conducto del director de la prisión, un mensaje tuyo particular. Leyóme una carta a él dirigida, y en la cual le comunicabas tener la intención de publicar un artículo sobre «el caso Oscar Wilde» en el *Mercure de France* (revista ésta que, cual tú tan donosamente añadías, equivale a la inglesa *Fortnightly Review*), y anhelabas obtener mi autorización. Se trataba de un ensayo y... de varias cartas.

¿Qué cartas? Las que yo te había dirigido desde la prisión de Holloway. De unas cartas que tú debías haber guardado, como depósito sagrado y secreto, más que nada en el mundo. Si, éstas eran, efectivamente, las cartas que tú querías editar, para asombro de los flácidos decadentes, pasto de los ávidos periodistas, y para que los leoncillos del Barrio Latino las engullesen después de abrir muy grandes sus fauces. Mas, aun cuando nada en tu corazón protestase contra ese bajo sacrilegio, debías al menos haber recordado el soneto escrito por aquel que hubo de ver con tan inmenso dolor y desprecio cómo eran sacadas en Londres a pública subasta las cartas de John Keats, y debías haber por fin comprendido la verdadera significación de mis versos:

> *Quien rompe el cristal del corazón del poeta, dejando éste al descubierto ante torpes miradas, es, a mi ver, para el arte insensible.*

Pues, ¿qué podía probar tu artículo? ¿Que yo te había amado con exceso? Esto lo saben en París hasta los pilluelos de la calle. Leen todos los periódicos e incluso la mayor parte de ellos escriben para estos periódicos.

¿Que yo era un genio? Los franceses lo comprendían muy bien; así como comprendían el especial carácter de mi genio mucho mejor que tú o que de ti podía esperarse nunca.

¿Que el genio lleva consigo, con frecuencia, una característica perversidad de la pasión y del deseo? Perfectamente; pero esto, mejor le

incumbía tratarlo a un Lombroso que a ti. Sin contar con que este fenómeno patológico se da también en quienes carecen en absoluto de genio.

¿Que yo, en la guerra de odio que sostenías con tu padre, hice las veces, para vosotros dos, a un tiempo de arma y de escudo?

¿Que en esta horrible caza de que yo era objeto, y que cesó al acabar aquella guerra, tu padre no me hubiera nunca derribado, de no haber tenido yo ya el pie cogido en tus redes? Muy bien; pero esto tengo entendido que lo ha dicho ya Henry Bauer de un modo exquisito.

Para confirmar sus asertos, si tal era, en efecto, tu intención, no necesitabas publicar mis cartas, por lo menos aquellas escritas desde Holloway.

¿Pretendías acaso satisfacer aquel ruego mío, expuesto en alguna de mis cartas de Holloway, de que tuvieses la bondad, siempre que ello te fuese posible, de intentar presentarme ante una pequeña parte del mundo bajo mi verdadero aspecto?

Cierto es que yo te hice ese ruego. Piensa por qué y cómo me encuentro aquí en este momento.

¿Crees acaso que ello se debe a mis relaciones con los testigos del proceso?

Mis relaciones, mis verdaderas o supuestas relaciones con gentes de esa ralea, no ofrecían ningún interés, ni al Estado ni a la sociedad. Nada se sabía acerca de ello, y menos aún se intentaba averiguar.

Yo estoy aquí porque he pretendido meter a tu padre en la cárcel. Mi audacia no podía por menos de fallar. Mi abogado renunció mi defensa. Tu padre volvió el asunto contra mí, a mí fue a quien metió en la cárcel y en ella sigo todavía. Y por esto se me desprecia. Y por esto los hombres se mofan de mí. Por esto me veo yo obligado a vivir todos los días, todas las horas y todos los minutos de mi horrible reclusión. Y por esto han sido denegadas todas mis peticiones de indulto.

Tú eras el único que podías, sin exponerte lo más mínimo a la burla, al peligro o a las censuras, haber dado otro giro al asunto, haber hecho aparecer éste bajo otro aspecto, y arrojado hasta cierto punto una diáfana luz sobre la verdad de las cosas. Claro es que yo no esperaba, ni tampoco deseaba, que tú revelases cómo y para qué habías recurrido a mí en tus disgustos de Oxford, ni cómo y por qué —si es que realmente era por algo— en casi tres años no te habías, como quien dice, nunca apartado de mí.

No era preciso exponer tan claramente cual aquí lo hago, mis continuos esfuerzos por romper una amistad que me perjudicaba en mi arte, en mi posición social y hasta como miembro de la sociedad. Tampoco pedía yo que describieses aquellos escándalos que se repro-

ducían de un modo casi monótono. ni que imprimieses aquella maravillosa serie de telegramas que me dirigías con una extraña mezcolanza de romanticismo e interés económico, ni que citases aquellos párrafos indignantes y despiadados de las cartas que hube de soportar. Pero sí me pareció que hubiera sido conveniente, tanto por ti como por mí, protestaras contra la interpretación dada por tu padre a nuestra amistad, interpretación no menos grotesca que venenosa en sus consecuencias, e imbécil con relación a ti, que deshonrosa en lo que a mí se refiere. Ahora ya se ha convertido en un hecho histórico: se propaga, se cree, queda como artículo de fe. El pastor la toma para texto de sus sermones y el predicador de moral busca en ella su tema infructuoso. Y yo, a quien todos acogían con reverencia, he de acatar la sentencia de un majadero, de un arlequín.

Ya he dicho en esta carta, y no sin amargura, lo confieso, que la ironía del asunto está en que tu padre siga considerado como héroe de un libro piadoso; que tú te halles equiparado al niño Samuel, y que yo ocupe un puesto intermedio entre el de Gilles de Retz y el del marqués de Sade. Tal vez valga mejor así. No quiero quejarme de ello. Las cosas son lo que son y así han de permanecer por siempre: esta es una de las muchas enseñanzas que uno agradece a la prisión. Y tampoco me cabe ya la menor duda de que el libertino medieval y el autor de *Justine* sean en el fondo unos compañeros mejores que Sandford y Merton.

Pero, por aquel tiempo, cuando yo te escribí, comprendía que, en interés de nosotros dos, convenía, pues había de ser beneficioso y justo, no contentarnos tranquilamente con lo expuesto por tu padre por medio de su abogado, para edificación de un mundo de filisteos, y por eso te rogué ideases y escribieses algo que se aproximase a la verdad. Más te hubiera valido esto que el desmenuzar la vida conyugal de tus padres en los periódicos franceses.

¿Qué les importaba a los franceses que tus padres fuesen o no dichosos en su intimidad?

Difícilmente podrá encontrarse algo que les interesase menos. Por el contrario, lo que les interesaba era el saber cómo un artista de mi alcurnia, un artista que, por las teorías y el movimiento que encarnaba, había ejercido sobresaliente influencia en la dirección del pensamiento francés, podía, tras una vida como la suya, dar lugar a semejante proceso. Si hubieses tenido intención de publicar en tu artículo las cartas —que me temo sean numerosas— en las que yo te hablaba de la ruina que aportabas a mi vida; de la locura, de los accesos de rabia de que te dejabas llevar con igual daño para ti que para mí; de mi anhelo, mejor dicho, de mi decisión de romper una amistad que me era tan funesta por todos los conceptos, esto sí lo hubiera comprendido. Aunque de todos modos no hubiera autorizado la publicación de esas cartas.

Cuando el abogado de tu padre quiso cogerme en una contradicción, presentando de repente al juez una carta que yo te había dirigido en marzo de mil ochocientos noventa y tres, y en la que te decía que antes que permitir se reprodujesen los terribles escándalos que, por lo visto, tanto te agradaban, estaba dispuesto a «dejarme chupar la sangre por cualquier chantajista de Londres», hube de experimentar una verdadera pena al ver cuán erróneamente se descubría ante torpes miradas este aspecto de mi amistad contigo. Pero el que fueses tan parco de comprensión, carecieses en ese grado de toda delicadeza y te mostrases tan cerrado a todo sentimiento exquisito de belleza y de refinamiento, hasta el punto de publicar las cartas en las cuales, y por medio de las cuales, yo intentaba conservar vivos el espíritu y el alma del amor, a fin de que el amor siguiese abrigándose en mí durante los largos años de la humillación, esto fue entonces, y sigue siendo todavía para mí, fuente de hondísimo dolor, causa de fortísima desilusión.

¿Por qué hiciste aquello? Desgraciadamente no lo sé. A no ser que, a la par que el odio te cegaba los ojos, la vanidad te cosiese los párpados con hebras de hierro. La «facultad, gracias a la cual únicamente es dado comprender a los demás en sus relaciones reales e ideales», habíase estrellado contra tu mezquino egoísmo, haciendo ineficaz su largo abuso. La imaginación yacía conmigo en la cárcel, cuyas ventanas había soldado la vanidad y cuyo centinela llamábase el odio.

Todo esto sucedió en la primera mitad de noviembre del año antepasado. Me hallo separado de tan lejana época por un anchuroso río de vida. Apenas si te sería dado a ti —de ser ello posible— abarcar con la mirada tan dilatado espacio; más a mí me parece que aquello ha acaecido no ya ayer, sino hoy. El sufrir es muy largo y no puede dividirse por las estaciones del año. Sólo nos es posible señalar su presencia y advertir su retorno. Para nosotros, el tiempo no avanza: gira. Parece formar un círculo alrededor de este eje: el dolor. La paralizadora inmovilidad de una vida regulada, hasta en sus más ínfimos detalles, por una rutina inmutable, de suerte que comemos, bebemos, nos paseamos, dormimos y rezamos —o por lo menos, nos arrodillamos para rezar— conforme a los inflexibles dictados de un reglamento de hierro; esa inmovilidad que hace que cada día sea, con todos sus horrores, y hasta en sus más pequeños detalles, idéntico a sus hermanos, parece comunicarse a aquellas fuerzas exteriores, cuya existencia es una perpetua variación. Nada sabemos de la siembra ni de las cosechas, de los segadores doblados sobre las espigas o de los vendimiadores deslizándose por entre las vides; de la hierba del jardín, revestida con el blanco manto de las flores caídas, o sobre la cual se hallan esparcidos los frutos maduros. Nada sabemos, nada podemos saber.

Para nosotros sólo hay una estación, la del dolor. Parece incluso como si nos hubieran arrebatado hasta el sol y la luna. Fuera podrá brillar el día con tonos azulados o dorados, pero la luz que se nos filtra por el espeso cristal del ventanillo con barrotes de hierro, bajo el cual nos hallamos sentados, es mísera y grisácea. En nuestra celda reina constantemente la penumbra, y la noche invade siempre nuestro corazón. Y todo movimiento se detiene, igual que en el girar del tiempo, en la esfera del pensamiento. Lo que tú habrás olvidado desde hace años, o puedas fácilmente olvidar, torna hoy a mi memoria, y volverá de seguro a tornar mañana. Piensa en ello y podrás ir comprendiendo por qué escribo, y por qué escribo así.

Al cabo de una semana, me traen aquí. A los tres meses muere mi madre. Tú bien sabes, nadie mejor que tú, cuán profundamente yo la amaba y veneraba. Su muerte fue para mí algo terrible, pero yo, que fui en un tiempo maestro del idioma, no hallo ahora palabras para expresar mi vergüenza ni mi dolor. Nunca, ni aun en los momentos más felices de mi proceso artístico, podía yo haber encontrado palabras capaces de cumplir tan elevada misión, o de presentarse suficientemente sublimes y armoniosas dentro del purpúreo manto, de mi indecible dolor. De ella y de mi padre había yo heredado un nombre honrado y ennoblecido, no sólo en la literatura, el arte, la arqueología y las Ciencias Físicas y Naturales, sino también en la historia política de mi patria y en su desarrollo nacional. Ya había cubierto por siempre de oprobio este nombre y lo había convertido en una vil injuria entre los hombres más viles. Yo he arrastrado este nombre por el fango y se lo he entregado a compañeros indignos, que lo han mancillado: a locos, para quienes había de ser una locura más. Lo que yo sufrí entonces, y sufro todavía, ninguna pluma podría describirlo, ningún libro relatarlo. Mi mujer, que por aquellos días mostrábase para conmigo muy buena y muy cariñosa, quiso evitar el que la noticia me fuese dada por indiferentes, por labios extraños, y, a pesar de hallarse enferma, vino desde Génova hasta Inglaterra con el solo objeto de anunciarme ella misma tan irreparable e insustituible pérdida. De cuantos me permanecían todavía fieles recibí demostraciones de pésame. Y hasta personas que no me conocían personalmente, al saber que un nuevo dolor penetraba en mi vida, hiciéronme saber que lo compartían.

Pasan tres meses. Por la tablilla colgada en la parte exterior de la puerta de mi celda, y en la que constan, además de mi comportamiento y mi trabajo, mi nombre y mi condena, sé que estamos en mayo. Vuelven a visitarme mis amigos. Como siempre, me hablan de ti. Me cuentan que estás en Nápoles, en una villa, y que piensas publicar un tomo de poesías. Al final de la conversación me anuncian incidentalmente que me lo quieres dedicar. Esta noticia remueve ante mí toda la inmun-

dicia de la vida. No contesto una palabra: en silencio, con el corazón henchido de desprecio, vuelvo a mi celda.

¿Cómo podías pensar realmente dedicarme un tomo de poesías sin pedirme primero autorización para ello?

¿Qué digo pensar? ¿Cómo podías atreverte siquiera a semejante audacia? Me dirás que en los días de mi esplendor y de mi gloria yo te había consentido me dedicaras las primicias de tu obra. Es cierto. Accedí a ello, como podía haber aceptado el homenaje de cualquier otro muchacho que hubiera comenzado a iniciarse en el difícil y hermoso arte de la literatura. Para el artista, cualquier homenaje es agradable, y lo es doblemente cuando es la juventud quien se lo brinda: el laurel se marchita si lo cortan manos ancianas. Sólo la juventud tiene derecho a coronar a un artista. Y si éste lo comprendiese, ello constituiría su verdadera superioridad.

Pero los días de bochorno y vileza son harto distintos de aquellos de gloria y esplendor. Y esto tenías tú todavía que aprenderlo.

La felicidad, la vida de placer y el triunfo pueden ser de exterior áspero y de esencia vil; el dolor es lo más sensible que existe en el mundo. No hay nada en el mundo espiritual que no pueda alcanzar el dolor, con su pavorosa y sutilísima pulsación; pulsación, en comparación con la cual resulta grosera la laminilla de oropel que señala la dirección de las fuerzas que la vista no puede percibir. El dolor es una herida que sangra en cuanto la roza cualquier mano que no sea la del amor, y que sangra, aunque ya sin sufrir, cuando ésta la toca. Empero, bien supiste escribir al director de la prisión de Wandsworth para pedirme la autorización de publicar mis cartas en ese *Mercure de France,* «que equivale a nuestra *Fortnightly Review* inglesa»; ¿por qué no escribiste también al director de la cárcel de Reading para pedirme que autorizase a dedicarme tus poesías, por muy fantástica que fuese la descripción que de ellas podáis haberme hecho?

¿Tal vez porque, ya en cierto caso, había yo prohibido a la citada revista publicar cartas cuyos derechos de autor, cual tú sobradamente sabías, correspondíanme y correspóndenme todavía en absoluto, mientras que, con las poesías, pensaste poder disfrutar hasta el final de tu arbitrario proceder, sin que ello llegase a mi conocimiento, sino cuando fuese demasiado tarde para intervenir?

Ya el hecho de ser yo un hombre infamado, arruinado y condenado a presidio, obligábate, si deseabas poner mi nombre al frente de tu obra, a solicitarlo de mí como un favor especial, como una distinción y un privilegio. Así es como debe uno acercarse a los que se hallan sumidos en la desgracia y hundidos en la vergüenza. Donde hay dolor es lugar sagrado. Algún día comprenderá la Humanidad lo que esto significa. Hasta entonces, nada se sabe de la vida.

Robbie, y con él otros seres de su clase, lo sabrán apreciar. Cuando yo fui conducido entre dos guardias desde la cárcel hasta el Tribunal de quiebras, Robbie me esperaba en el largo y siniestro pasillo para, con asombro de la muchedumbre, que enmudeció al presenciar escena tan tierna y tan sencilla, descubrirse gravemente mientras yo pasaba ante él con las manos esposadas y la cabeza baja. Los hay que han logrado el cielo por cosas menos importantes. Los santos, cuando se arrodillaban para lavar los pies a los pobres y se inclinaban para besar en la mejilla a los leprosos, hallábanse poseídos de idéntico espíritu, henchidos de ese mismo amor.

Jamás le he dicho a Robbie una sola palabra respecto a esto. Ni siquiera sé todavía si sospecha que yo reparé en su manera de obrar. No es ello cosa que se puede agradecer ceremoniosamente con cumplidos. Conservo este recuerdo en el relicario de mi corazón. Allí lo conservo cual deuda secreta que, para mi dicha, sin duda nunca me será dado pagar. Allí yace embalsamado, siempre lozano a causa de la mirra y los nardos de las muchas lágrimas sobre él derramadas. Cuando toda la sabiduría hubo de parecerme vana, estéril la filosofía, y me supieron en la boca a polvo y ceniza las frases y sentencias de cuantos intentaban consolarme, el recuerdo de este delicioso y silencioso gestecito de amor hizo brotar de nuevo en mí todas las fuentes de la piedad, florecer mi páramo como una rosa y me salvó de la solitaria amargura del destierro, armonizándome con el amplio, exhausto y herido corazón del mundo.

Quien pueda comprender no sólo toda la belleza de aquel gesto de Robbie, sino todo lo que este gesto hubo de representar y seguirá representando para mí, ese tal vez comprenda cómo y en qué forma se me debe abordar.

El primer tomo de poesías que un muchacho en los albores de su madurez lanza al mundo, ha de ser como un brote o flor de primavera, como el espino de los prados de Oxford o como las primaveras en la campiña de Cumbor. Esta obra no puede hallarse bajo el peso de una tragedia terrible e indignante, de un escándalo indignante y terrible. Permitir que mi nombre sirviese de heraldo a un libro de esta índole, hubiera sido una gran equivocación artística y hubiese situado la obra en un medio que no era el suyo. Y en el arte moderno, el medio es cosa importantísima. La vida moderna es complicada y relativa, y estas son sus dos características. Para interpretar la primera, precísase el medio con sus delicados matices, sus bosquejos y sus inesperadas perspectivas; la segunda exige lejanía. Y esto es lo que hace que la plástica no sea ya para nosotros el arte representativo, pero que sí lo sea la música y también lo haya sido, y como tal perdure, y en el grado más alto, la literatura.

Me he extendido tanto acerca de este extremo para que te penetres bien de todo su alcance y comprendas por qué le escribí inmediatamente a Robbie sobre tu asunto, prohibiendo con el mayor desprecio y de un modo rotundo la dedicatoria y expresando el deseo de que las frases que a ti se referían, primero se copiasen cuidadosamente y se te enviasen después. Sentía que había llegado por fin el momento de comenzar a hacerte ver, a hacerte comprender cuanto por tu culpa había acaecido. La ceguera puede alcanzar un grado que la haga actuar grotescamente, y una naturaleza pobre de imaginación, si algo no viene a sacudirla, puede petrificarse hasta la más completa insensibilidad. El cuerpo puede seguir comiendo y bebiendo y disfrutando, aunque el alma de la cual es morada llegue a extinguirse tan absolutamente como la de Branca d'Oria, del Dante.

No deja lugar a dudas el que mi carta no se anticipaba ni un minuto siquiera al tiempo en que le cumplía llegar. Por lo que puedo apreciar, te sentó como un fulminante. En tu respuesta a Robbie, aseguraba hallarte «incapaz de pensar y de expresarte». Y en efecto, parece ser que no se te ocurrió nada mejor que lamentarte por escrito a tu madre. Y ella, como era natural, ciega como siempre para lo que verdaderamente te convenía —y esta ha sido su desdicha y la tuya—, te otorgó al punto todos los consuelos imaginables, adormeciéndote en ese anterior estado tuyo, lamentable e indigno.

En cambio, por lo que a mí respecta, informa a mis amigos de que se halla «muy incomodada», a causa de la severidad con que te he tratado. Es más: este descontento lo exterioriza no sólo con mis amigos, sino con aquellos que no lo son y que, como apenas necesito recordarte, forman un número harto más crecido. Y ahora me entero, y esto por mediación de gentes muy afectas a ti y a los tuyos, de que ello me arrebata por completo gran parte de las simpatías que habían ido despertando, lenta pero certeramente, mis sobresalientes dotes y mis terribles sufrimientos. Piensa la gente: «¡Ah, vamos, con que primero intentó meter en la cárcel al bondadoso padre, y no lográndolo, vuelve ahora el arma hacia otro lado y procura descargar sobre los hombros del hijo inocente el golpe que le falló! ¡Cuán justo el odio que le teníamos! ¡Qué bien merece nuestro desprecio!» Pero a mí me parece que, ya que cuando se me nombra en presencia de tu madre no tiene la más mínima palabra de dolor o de sentimiento por la parte nada pequeña que ha tenido en el derrumbamiento de mi casa, sería más decente no dijese nada.

Y en cuanto a lo que a ti respecta, ¿no te parece ahora que más te hubiera valido por todos conceptos, en lugar de irte a quejar a ella por escrito, escribirme a mí directamente y tener el valor de decirme todo lo que me tenías que decir o todo lo que pensabas?

Ya hace ahora casi un año que yo escribí aquella carta. No es posible que durante todo este tiempo hayas permanecido «incapaz de pensar y de expresarte».

¿Por qué no me has escrito?

Mi carta te demostraba cuán profundamente herido, cuán bochornosamente tratado me sentía yo por tu modo de obrar. Más aún: tu amistad hacia mí encontrábase por fin revelada en su verdadero aspecto y en una forma que no dejaba lugar a torcidas interpretaciones. Con frecuencia te había yo dicho antiguamente que eras la perdición de mi vida. Esto siempre te hizo reír. Cuando Edvin Levy, en los comienzos de nuestra amistad, viendo tu modo de proceder, amparándote tras de mí en el terrible escándalo que diste en Oxford, y las molestias y los gastos que hubo de acarrearme este tu mal paso —llamémoslo así—, pues se había recurrido a él en demanda de consejo y apoyo, quiso ponerme en guardia contra ti, y yo te conté en Bracknell la larga y emocionante conversación que sostuvimos a este respecto, tú te echaste a reír. Cuando te conté que hasta aquel desgraciado joven, que, por último, hubo de sentarse a mi lado en el banquillo de los acusados, habíame más de una vez augurado que habrías de perderme harto más trágicamente que ninguno de los muchachos de baja estofa que yo tuve la gran locura de tratar, también te reíste, aunque ya no de tan buena gana. Cuando aquellos amigos míos, más previsores o menos bien intencionados, intentaban apercibirme contra tu amistad o me abandonaban a causa de ella, tú irónicamente te reías. Y te reíste a carcajadas cuando yo, con motivo de la primera carta de insultos que te escribió tu padre respecto a mí, te dije saber muy bien que habría de serviros únicamente de instrumento en vuestra pavorosa lucha y que, al ser colocado entre vosotros dos, habría de salir perdiendo.

Mas viendo el resultado se advierte que todo ha sucedido tal como yo lo predije.

No tenías ningún pretexto para no ver cómo se había desarrollado todo. ¿Por qué no me has escrito? ¿Por pereza? ¿Por insensibilidad? ¿Por qué, pues?

El que yo me sintiese ofendido por ti y hubiese exteriorizado este sentimiento, era un motivo tanto mayor para que me escribieses. Si mi carta te parecía justa, debías haberme escrito. Y si por cualquier detalle te parecía injusta, también. Yo esperaba una carta tuya.

Yo estaba convencido de que, aun cuando tu antigua inclinación hacia mí, tus frecuentes protestas de amor, las innumerables ocasiones en que mi amistad hubo de ampararte siendo tan mal recompensada luego; las mil deudas de gratitud que tenías conmigo, aun cuando todo esto nada fuese para ti, el deber estricto y verdadero que imponen las relaciones de hombre a hombre bastaba para hacerte escribir.

No puedes alegar en serio que creas que yo no tenía permiso para recibir más noticias que las de mis asuntos o de mi familia. Sabías muy bien que cada tres meses Robbie me enviaba las últimas novedades literarias. Nada puede haber más encantador que sus cartas, tan ingeniosas y hábilmente redactadas, pensadas con tanta soltura. Son verdaderas cartas, verdaderos diálogos; tienen el mérito de una *causerie intime* entre franceses. Y la delicadeza con que me brindan un respeto que tan pronto se dirige a mi juicio crítico como a mi Humor, como a mi innata inclinación hacia lo bello, o a mi cultura, me recuerda tiernamente, de mil modos, que, si bien antaño muchos me tenían por una autoridad en estilo, los había incluso que me consideraban como suprema autoridad en la materia. Y con ello Robbie muestra poseer por igual el instinto de la literatura y el del amor.

Sus cartas han sido los intermediarios entre yo y el magnífico mundo irreal del arte, en el que antes era yo rey, y rey hubiera permanecido, de no haberme dejado apresar por aquel mundo mezquino, de pasiones crudas e incompletas, de un gusto sin tino, de ilimitados deseos e informes apetitos.

No obstante, y aunque ya está todo dicho, ahora podrás seguramente comprender cómo, siquiera a título de curiosidad psicológica, hubiérame interesado más saber algo de ti que el que Alfred Austin pensaba publicar un tomo de poesías, que George Street habíase encargado de la crítica teatral en el *Daily Chronicle* o que Mistress Meynele era considerada como la nueva Sibila del estilo por alguien incapaz de entonar un himno sin tartamudear.

¡Ay, si tú te hubieras visto en la cárcel! No digo que por mi culpa, pues el pensarlo hubiera sido para mí una idea insufrible, sino por tu propia culpa, por tus propios errores, por confianza en enemigos indignos, por resbalar en el fango de la sensualidad, por un abuso de confianza, por un amor mal empleado o por ninguno o todos estos motivos, ¿crees tú que yo hubiese consentido te sumieses en las tinieblas y la soledad sin intentar siquiera ayudarte a sobrellevar la carga de tu ignominia?

¿Crees que yo, en ese caso, no te hubiera hecho saber que si tú sufrías, yo compartía tu sufrimiento; que si tú llorabas, también mis ojos estaban anegados en lágrimas? ¿Y crees que al yacer tú en la mansión del castigo, despreciado de los hombres, no hubiera yo levantado una casa con mi dolor, una casa en la cual mi dolor hubiera vivido hasta tu vuelta, un arca en la cual lo que los hombres te negaban, se hubiese conservado para curarte y hubiese crecido en riqueza?

Si la amarga necesidad o la prudencia, para mí todavía más amarga, me hubiesen impedido estar a tu lado y robado la alegría de tu presencia, percibida tan sólo a través de los barrotes de hierro y a la luz de la

vergüenza, siempre, constantemente, te hubiera escrito, con la esperanza de que una sola frase, una única palabra, una breve sílaba, te hubieran llegado como un eco de amor. Y aun cuando te hubieses negado a recibir mis cartas, te hubiera seguido escribiendo, para que siempre supieses que mis cartas te esperaban.

Muchos han obrado así conmigo. Cada tres meses hay seres que me escriben o piensan escribirme. Sus cartas y comunicaciones quedan detenidas. Llegarán a mis manos cuando yo abandone la prisión. Sé que sus cartas están ahí; sé los nombres de las personas que han escrito; sé que están henchidas de compasión, de cariño y de bondad. Esto me basta. No necesito saber más. Tu silencio ha sido horrible. No sólo ha durado semanas y meses, sino años; años que han de contar incluso para aquellos que, como tú, viven precipitadamente en la felicidad y logran apenas alcanzar los dorados pies de los días que pasan danzando ante ellos, y quedan sin aliento en su carrera en pos de la satisfacción.

Tu silencio no puede disculparse; es un silencio que nada podría cambiar. Yo ya sabía que tú tenías los pies de barro. ¿Quién iba a saberlo mejor que yo? Cuando en mis aforismos escribí que únicamente los pies de barro dan valor al oro de la estatua, pensaba en ti. Pero tú no te has creado ninguna estatua de oro con pies de barro. Has ido modelando ante mí toda tu imagen con el polvo vil de la carretera, hollado por las pezuñas del ganado. Así es que, por mucho que yo íntimamente desease otra cosa, no me sería posible sentir por ti sino desdén y desprecio. Y ese imperio de los demás motivos, tu indiferencia, tu prudencia, tu insensibilidad, tu previsión —llámalos como te guste— hubo de serme doblemente amargo, a causa de las especiales circunstancias que concurrieron en mi caso o que éste acarreó.

Otras criaturas dignas de compasión, cuando son arrojadas a la cárcel y les es arrebatada la belleza del mundo, se hallan al menos seguras de verse libres en cierto modo de las más agudas perfidias y más venenosas flechas del mundo. Les es dado ocultarse en la oscuridad de su celda y edificar con su vergüenza un a modo de inviolable santuario. El mundo prosigue su camino y ellos pueden sufrir sin ser molestados. No ocurre lo mismo conmigo: los dolores, uno tras otro, han venido a preguntar por mí a las puertas de la cárcel y éstas se han abierto de par en par para dejarlos entrar. A mis amigos, apenas si se les ha permitido visitarme e incluso no han podido hacerlo. Pero mis enemigos han encontrado siempre la ruta franca hasta mí. Por dos veces he sido entregado, en circunstancias indeciblemente degradante, a las miradas y mofas de la muchedumbre: cuando hube de aparecer en público ante el Tribunal de quiebras y luego, todavía otras dos veces, al ser conducido públicamente de un calabozo a otro.

El mensajero de la muerte me ha traído su mensaje y se ha marchado, y yo, completamente solo, separado de cuanto podía haberme consolado, de cuanto podía haber amortiguado mi dolor, he tenido que soportar la irresistible pena de la miseria y los remordimientos que me causaba, y sigue causándome todavía, el recuerdo de mi madre.

Y cuando el tiempo ha podido apenas cicatrizar estas heridas —que curarlas no era posible—, mi mujer envíame, por mediación de su abogado, cartas muy duras y muy amargas. Se me amenaza con la pobreza y, al mismo tiempo, se me echa la pobreza en cara, Todo esto puedo todavía soportarlo y aun acostumbrarme a cosas peores. Pero la ley me arrebata mis dos hijos y esto me produce, y me producirá siempre, un dolor infinito, una pena infinita, una aflicción sin par. El que la ley pueda disponer, y se le pueda hacer que disponga, que ya no tengo derecho a estar con mis propios hijos, esto es para mí verdaderamente atroz. En comparación con ello, nada significa ya la vergüenza de verme en un calabozo. Les tengo envidia a los demás hombres que pasean conmigo por el patio de la cárcel. Seguramente sus hijos les esperan; esperan con ansia su regreso, y se mostrarán buenos y cariñosos con ellos.

Los pobres son más sensatos, más caritativos, más bondadosos y más sensibles que nosotros. Para ellos, la cárcel es una tragedia en la vida de un hombre, un infortunio, una consecuencia de la casualidad, algo que despierta las simpatías de los demás. Del que está en la cárcel dicen sencillamente que es «un desgraciado». Este es su modo de hablar, y esta expresión encierra la más perfecta sabiduría del amor. Para gentes de nuestra clase, ya es distinto. Entre nosotros la cárcel hace del hombre un paria. Yo y mis iguales apenas si tenemos aún derecho al aire y al sol. Nuestra presencia mancilla la alegría de los demás. Cuando reaparecemos somos unos intrusos. Ni siquiera se nos deja gozar del claro de luna. Nuestros hijos nos son arrebatados. Quedan rotos esos lazos adorables que nos unen a la humanidad. Viviendo nuestros hijos, nos vemos nosotros condenados a estar solos. Se nos niega cuanto pudiera curarnos y conservarnos, cuanto es susceptible de llevar algún bálsamo al corazón destrozado y sosiego al alma dolida.

Y hay que añadir a todo esto la crueldad con que tú, por tus acciones y por tu silencio, por lo que hiciste y dejaste de hacer cada día de mi larga reclusión, me has hecho aún más difícil el poderlo resistir. Tu conducta cambiaba hasta el sabor del pan y del agua del rancho de la cárcel. Me hiciste amargo el pan y enturbiaste mi agua. El sufrimiento que te cumplía compartir lo has duplicado; el dolor que te cumplía haber intentado aliviar lo convertiste en un verdadero tormento. No dudo de que no lo hicieras con intención. Lo sé; no lo has hecho con intención.

Aquello obedeció únicamente a «la única y verdaderamente trágica debilidad de tu ser: tu falta absoluta de imaginación».

Y el resultado de todo esto es que aún tengo que perdonarte. Sí, tengo que perdonarte. No escribo esta carta para llevar amargura a tu corazón, sino para arrojarla del mío. Por mí mismo he de perdonarte. No es posible conservar siempre en el corazón una víbora que se alimenta de uno mismo y levantarse cada noche para sembrar espinas en el jardín del alma. Perdonarte no me será muy difícil si me ayudas un poco. Me hicieses lo que me hicieses, antaño siempre te perdoné gustoso. Por aquel entonces, esto no hubo de reportarte ningún beneficio. Tan sólo aquel cuya vida se halla por completo libre de manchas puede perdonar los pecados. Pero ahora me hallo sumido en la degradación y la vergüenza, y la cosa es muy diferente. Ahora, mi perdón ha de significar mucho más para ti. Algún día lo comprenderás. Ocurra esto tarde o temprano, o no ocurra nunca, mi camino se me aparece, sin embargo, claramente definido. Yo no puedo dejarte marchar, a través de la vida, llevando el corazón abrumado por la carga de haber destruido a un hombre como yo.

Esta idea podría hacerte enmudecer de indiferencia o enfermar de tristeza: yo necesito quitarte la carga y echarla sobre mis propios hombros. Yo necesito decirme que ni tú ni tu padre, ni aun cuando os multiplicaseis por mil, podíais haber perdido a un hombre como yo. Que soy yo mismo quien me he destruido. Que nadie, por grande o pequeño que sea, puede perderse si no es por sus propias manos. Sí, yo estoy dispuesto a decirlo. Esto es lo que quiero decir, aun cuando actualmente no se me quiera creer. Si de mí ha brotado despiadadamente alguna queja, piensa que es una queja que despiadadamente elevo contra mí mismo. Por muy terrible que haya sido lo que me ha hecho el mundo, más terrible ha sido lo que yo mismo me he hecho. Yo era una encarnación del arte y la cultura de mi época: esto lo había yo reconocido ya en los albores de mi mocedad y forzado luego a mis contemporáneos a reconocerlo. A pocos hombres les es dado ocupar durante su vida igual posición y a pocos les es ratificada. Generalmente, es el historiador o el crítico quienes, mucho tiempo después, hacen esta ratificación, si es que llegan a hacerla, cuando lo mismo el hombre que su época han desaparecido ya. Conmigo fue muy distinto. Yo mismo fui quien sentí la altura de mi posición y quien se la hizo sentir a los demás. También Byron fue una encarnación, pero reflejaba la pasión y la fatiga de la pasión de su época. Yo representaba algo más noble, más permanente, algo que tenía más vital importancia y más dilatada significación.

Los dioses habíanme otorgado casi todos sus dones: poseía el genio, un nombre ilustre, una elevada posición social, la fama, el esplendor, la audacia intelectual. Yo he hecho del arte una filosofía y de la filosofía

un arte; yo he enseñado a los hombres a pensar de otra forma y he dado otro color a las cosas. Cuanto yo decía o hacía asombraba a las gentes. Me apoderé del drama, la forma más objetiva que se conoce del arte, y lo convertí en un medio de expresión tan personal como una poesía lírica o un soneto, y al mismo tiempo amplié su campo de acción y lo enriquecí en su psicología. Drama, novela, poesía en prosa y poesía en verso, diálogo espiritual o fantástico, cuanto yo toqué lo revestí de una belleza nueva. E incluso a la verdad le impuse el artificio y le di su carácter natural, e hice de ambos su imperio legítimo. Y mostré que la verdad y el artificio son únicamente unos aspectos intelectuales.

Para mí, el arte fue una realidad superior y la vida una forma de la ficción. Desperté la imaginación de mi siglo, haciéndola envolverme en mitos y leyendas. Resumí en una frase todos los sistemas filosóficos y toda la existencia en un epigrama. Y tenía además aún otras muchas cosas. Pero me dejé arrastrar a dilatados períodos de un bienestar sensual y vacío. Me divertí en ser un ocioso, un *dandy*, un árbitro de la elegancia. Me rodeé de caracteres pequeños y espíritus mezquinos. Dilapidé mi propio genio y encontré una alegría especial en arruinar una juventud que había de ser eterna. Cansado de pasear por las cumbres, descendí desde los libres senderos a los abismos y me precipité en busca de nuevas sensaciones. Lo que para mí era la paradoja en el mundo del pensamiento, lo fue la perversidad en el de la pasión. Y por último, el deseo convirtióse en enfermedad o en locura, o en ambas cosas a un tiempo. Dejé de preocuparme de la vida de los demás y gocé donde se me antojó y seguí adelante.

Olvidé que la más íntima de las acciones cotidianas forma o destruye el carácter, y que, por lo tanto, algún día habremos de gritar desde el tejado lo hecho en el secreto de la alcoba. Perdí el dominio sobre mí mismo. Dejé de ser piloto de mi alma, sin advertirlo. En cambio, me dejé dominar por el placer y vine a parar a esta tremenda vergüenza. Ahora ya sólo me resta una cosa: la humildad perfecta.

Ya van casi dos años que estoy en el calabozo. Al principio sentíme invadido por una desesperación salvaje. Mi desgracia causábame un dolor desgarrador, cuya vista sólo inspiraba compasión; sentíame poseído de una rabia terrible e impotente, invadido de amargura y desprecio; pena del alma que lloraba en alto; miseria que no se podía expresar; dolor que había de permanecer silencioso. He pasado por todas las formas imaginables del sufrimiento, y mejor que Wordsworth sabría yo decir lo que él quiso expresar en sus versos:

> *El sufrimiento es siempre lóbrego y triste, tiene el carácter de lo infinito.*

Mas así como a ratos hacíame feliz la idea de que mis sufrimientos no tendrían fin, no podía soportar el pensar que no tuviesen ninguna significación. Ahora descubro yo en mí mismo algo recóndito, que me dice que nada en el mundo carece de sentido, y menos aún el sufrimiento. Y este algo, que así me habla y se halla profundamente enterrado en mí, como un tesoro en un campo, es la humildad, es lo último y lo mejor que en mí queda, el término más lejano que he podido alcanzar, el punto de partida de una nueva evolución. Ha brotado por entero dentro de mí, y esto me dice que ha llegado en el momento más justo. No podía haber venido antes, ni tampoco después. Si alguien me hubiera hablado de la humildad, yo le habría apartado de mí; si alguien me la hubiese traído yo la hubiera rechazado, pero yo mismo la he encontrado y por eso quiero conservarla.

No puede ser de otro modo; ella es lo único que lleva en sí gérmenes de vida, de una nueva vida, lo único que me trae los gérmenes de mi *vita nova*.

Es la más singular de todas las cosas: no es posible regalarla, ni recibirla como un regalo. Para adquirirla es forzoso desposeerse de cuanto se posee. Y sólo sabe uno que la posee después de haberlo perdido todo.

Ahora que ya tengo la convicción de poseerla, veo clara y distintamente lo que me cumple hacer, lo que necesariamente he de hacer. Y al decir esto, no me refiero a ninguna ley externa ni a ningún precepto: para mí no existen. Soy bastante más individualista que antes. Fuera de lo que uno mismo lleva en sí, todo me parece carecer en absoluto de valor. Mi naturaleza busca un nuevo modo de realizarse personalmente. Esto es lo único que me ocupa. Y lo primero que he de hacer es librarme de todo sentimiento de amargura para con el mundo.

Carezco en absoluto de recursos y de abrigo. Y sin embargo hay algo todavía más duro que esto: soy perfectamente sincero al afirmar que antes que abandonar esta prisión con rencor contra la humanidad, preferiría de corazón ir mendigando mi pan de puerta en puerta. Si nada recibiese en casa de los ricos, los pobres de seguro me darían algo.

El que posee mucho, con frecuencia es avaro. El que tiene poco, se halla siempre dispuesto a compartirlo con otro. Me daría completamente igual tener que dormir en verano sobre la hierba fresca y en invierno que buscar un refugio caliente en un almiar de heno, o bajo un gran henil, siempre que en mi corazón se abrigase el amor. Las cosas exteriores de la vida me parecen ahora carecer por completo de importancia. Con esto puedes ver cuán lejos he ido ya en el camino del individualismo, o, mejor dicho, he de ir poco a poco, pues la jornada es larga y «mi camino está sembrado de espinas».

Cierto es que sé por anticipado que mi destino no me hará pordiosear por la carretera, y que si alguna vez descanso de noche sobre la hierba fresca, será para hacerle sonetos a la luna. Cuando abandone la prisión, Robbie me esperará fuera, ante la gran puerta de los férreos barrotes. Y él es el símbolo, no sólo de su propio afecto, sino del de otros muchos. Yo creo que recibiré, en todo caso, lo necesario para vivir aproximadamente año y medio. Y, si no escribo entonces libros hermosos, me hallaré al menos en condiciones de leerlos.

¿Hay acaso dicha mayor?

Pero creo que aún me será dado resucitar mi facultad creadora.

Mas si así no fuese, si no me quedase ya ningún amigo por el mundo y ninguna casa me abriese compasivamente sus puertas, si hubiera de resignarme a llevar las alforjas y los harapos de la escueta pobreza, aún podría, siempre que me sintiese libre de todo deseo de venganza, de todo sentimiento de crueldad y desprecio, afrontar la vida con harta mayor serenidad y confianza que si mi cuerpo se hallase vestido de púrpura y finos lienzos, y mi alma se hallase embargada de odio.

Y la verdad es que esto no me ofrecerá ninguna dificultad. Quien verdaderamente abrirá en sí el amor, encuentra amor para consigo. No necesito decir que mi tarea no termina aquí. De lo contrario, sería relativamente fácil. Son muchas las cosas que se presentan ante mí. He de escalar cimas harto más elevadas y cruzar valles harto más oscuros. Y todo ha de salir de mí mismo. Ni la religión, ni la moral, ni la razón, pueden prestarme auxilio.

La moral no puede ayudarme. Soy por esencia antinomista, y formo parte de aquellos para quienes no rezan las reglas, sino la excepción. Mas, a la par que comprendo que lo que uno hace no es nunca nocivo, comprendo que el mal puede existir en aquello que uno va siendo, y el conocimiento de esta verdad puede ser un gran auxilio.

La religión no puede ayudarme. Así como otros creen en lo que no pueden percibir, yo, en cambio, sólo creo en aquello que me parece ver y tocar. Mis dioses habitan templos construidos por la mano del hombre y mi evangelio se cierra y perfecciona dentro de la esfera de la verdad experimental. Y tal vez con exceso, pues, como la mayoría de los que buscan su cielo en esta tierra, yo he hallado en ella por igual la belleza del cielo y los horrores del infierno. Cuando pienso en la religión, siento que me gustaría fundar una Orden para los que no pueden creer: se la podría llamar Comunidad de los incrédulos. Ante un altar en que no ardiese ningún cirio, un sacerdote, cuyo corazón no supiese de paz, celebraría con pan sin consagrar y un cáliz sin vino. Todas las cosas, para ser verdaderas, han de convertirse en religión. Y la doctrina de los agnósticos habrá de tener su ritual, cual todas las creencias. Ha sembrado sus mártires; debería, por lo tanto, cosechar santos y agrade-

cer diariamente a Dios el haberse ocultado a las miradas de los hombres. Pero lo mismo la fe que el agnosticismo, nada en mí puede ser exterior. Es preciso que yo mismo cree sus símbolos. Sólo es trascendente lo que modela su propia forma. Si no me es dado hallar en mí su secreto, jamás lo encontraré, y si ya no lo tengo, jamás lo volveré a tener.

La razón no puede ayudarme. Me dice que aquellas leyes de que fui víctima son injustas y han sido vulneradas, y que el sistema bajo el cual yo he sufrido está vulnerado y es injusto. Mas de algún modo habré de arreglármelas para que ambas cosas sean para mí justas y buenas. E igual que en el arte sólo se preocupa uno de lo que es un objeto determinado en un determinado momento, así sucede con la evolución ética de carácter. Mi tarea consiste, pues, en hacer que cuanto me ha sucedido me sea beneficioso.

El lecho de tablas, la comida nauseabunda, los duros cordajes que hemos de deshilachar para convertirlos en estopa, hasta que el dolor nos insensibiliza las extremidades de los dedos; la labor de criados con que comienza y acaba cada día; esos reglamentos tan rígidos, que la costumbre parece exigir; la horrible indumentaria, que hace grotesco el dolor; el silencio, la soledad, la vergüenza: todos estos sufrimientos, es preciso que los transforme en etapas del espíritu. Ni una sola degradación corporal he de dejar de intentar convertir en un ascenso espiritual.

Yo quiero poder llegar a decir con toda sencillez, sin hipocresía, que mi vida tuvo dos momentos decisivos: cuando mi padre me envió a Oxford y cuando la sociedad me mandó a la cárcel. No quiero decir con ello que el haber entrado en la cárcel sea lo mejor que me podía haber sucedido, pues esto implicaría una amargura excesiva contra mí mismo. Prefiero decir u oír decir de mí que habré sido un hijo característico de mi tiempo, que, en mi perversidad, y a causa de ella, he trocado en malo lo bueno de mi vida y lo malo en bueno.

Y mientras, poco importa lo que yo u otros puedan decir. Lo esencial que se me presenta y que he de realizar, si no es mutilado, destruido o defectuoso el breve tiempo que aún me queda, es absorber en mí todo cuanto se me ha hecho, convertirlo en una parte de mí mismo, aceptarlo sin protestas, ni resistencias, ni temores. El mayor de los vicios es la ligereza. Todo lo que llega hasta la conciencia es justo.

Al principio de mi reclusión hubo quien me aconsejó que intentase olvidar quién era. El consejo no podía ser más desgraciado. Tan sólo dándome cuenta de lo que soy he podido hallar algún consuelo. Ahora hay quien me aconseja también que, en cuanto sea puesto en libertad, procure olvidar que he estado en la cárcel. Mas sé que esto sería igualmente fatal, pues toda mi vida me sentiría perseguido por un insoportable sentimiento de vergüenza, y todo lo creado para mí y para los

demás: la belleza del sol y de la luna, el cortejo de las estaciones, la armonía del amanecer y el silencio de las dilatadas noches, la lluvia murmurando entre el follaje y el rocío que cae sobre la hierba y la platea, todo estaría hollado para mí y perdería su poder curativo y su propiedad de esparcir alegría. El lamentar la propia experiencia es como impedir el propio desarrollo; el negar su propia experiencia es como sellar con una mentira los labios de su propia vida. No es menos que intentar renegar de su propia alma.

Y es que, así como el cuerpo absorbe toda índole de cosas, lo mismo las más ordinarias e impuras que aquellas consagradas por el sacerdote o el éxtasis, y las transforma en agilidad y vigor, en el juego hermoso de los músculos, en las formas de la carne luminosa, en los tonos y redondeces de las cabelleras, los labios y los ojos, así es también la actividad nutritiva del alma, que puede transformar en nobles excitaciones y pasiones de gran alcance lo bajo, lo cruel y degradante; más aún: que puede encontrar precisamente en ello su modo más noble de afirmarse y que, con frecuencia, se exterioriza del modo más perfecto a través de aquello cuya intención primera era de profanación o de destrucción.

Es preciso que yo acepte francamente el haber sido uno de los viles reclusos de una vil prisión. Y por muy extraño que ello parezca, el no avergonzarme de ello es una de las enseñanzas que me he de inculcar.

Es preciso que yo acepte esto como un castigo: el no avergonzarse de un castigo es igual que el no haberlo sufrido. Verdad es que fui condenado por muchas cosas que no había hecho, aunque también por muchas que sí hice, y que en mi vida hay aún muchas más de las que nunca se me pidió cuenta. Y, como ya he dicho en esta carta, ya que a los dioses es difícil contentarlos, y nos castigan lo mismo por lo que en nosotros hay de bueno y de humano que por lo que hay de malo y de perverso, no tengo más remedio que avenirme a ser castigado lo mismo por lo bueno que por lo malo. Yo no creo que esto sea absolutamente justo. Esto ayuda, o al menos debería ayudar a considerar sensatamente ambas cosas, y a no envanecerse demasiado de ninguna de las dos. Así es que si, en vista de ello, yo no me avergüenzo de mi castigo —y espero lograrlo— podré pensar, caminar y vivir con toda libertad.

Hay muchos hombres que, al ser puestos en libertad, se llevan la cárcel consigo y la ocultan en su corazón, cual ignominia secreta, y acaban por arrastrarse en un agujero, como desgraciados envenenados, hasta morir. Es horriblemente injusto que a ello les impulse la sociedad. La sociedad se arroga el derecho de infligir al individuo terribles castigos, pero también posee el vicio supremo de la ligereza, y no llega a comprender la verdad de lo que hace. Al hombre que ya ha cumplido su condena, le abandona a sí mismo, o sea que se desinteresa de él, justo

en el momento en que más estrecho es el deber que para con él tiene. Se avergüenza verdaderamente de su propia obra y evita a aquellos a quienes ha castigado, como se huye de un acreedor a quien no se puede pagar o de alguien a quien se ha causado un perjuicio irreparable. Yo, por mi parte, puedo pretender que, así como yo me represento lo que he sufrido, la sociedad se represente cuanto me ha hecho, y que no quede ni en ella ni en mí ninguna clase de amargura ni de odio.

Claro es que sé muy bien que, desde cierto punto de vista, las cosas han de ser para mí mucho más difíciles que para otros, y que así no puede por menos de ser, dadas mis circunstancias. Los pobres ladrones y vagabundos que aquí se hallan recluidos conmigo son, en muchos aspectos, más felices que yo. El corto espacio que presenció sus delitos, en una ciudad gris o en un campo verde, es muy reducido; para dar con seres que nada sepan de ellos, no necesitan recorrer más tierra que la que cruza el vuelo de un pájaro desde el anochecer hasta el alba. En cambio, para mí el mundo es como la palma de la mano, y a cualquier sitio a donde vaya veré mi nombre escrito en las rocas con letras de bronce.

Y es que yo no he emergido de la oscuridad a la luz tajante de la momentánea notoriedad del delincuente, sino que vine a la infamia eterna desde la gloria inmortal. Y a veces me parece como si yo hubiese probado —si es que ello en realidad necesitaba tal demostración— que entre la gloria y la infamia sólo media un paso, y quizá todavía menos.

Empero, precisamente el hecho de que dondequiera que yo me presente los hombres me conocerán y sabrán toda mi vida, o por lo menos todas sus locuras, este hecho puede ser un bien para mí: me impondrá la necesidad de afirmarme de nuevo como artista, y esto lo más pronto posible. Sólo con que logre producir una hermosa obra de arte me hallaré ya en condiciones de quitarle su veneno a la maldad, sus sarcasmos a la cobardía y de arrancarle de raíz la lengua a la calumnia.

Y aunque la vida fuese —cual seguramente es— un problema para mí, yo también a la vez soy un problema para la vida. Será preciso que las gentes busquen el modo de portarse conmigo y expresen con éste su juicio respecto a ellas mismas y a mí. No necesito decir que no me refiero aquí a nadie en particular. Los únicos hombres que yo deseo tener junto a mí son los artistas y aquellos que han sufrido, los que saben lo que es la belleza y los que saben lo que es el dolor. Fuera de ellos, ya nadie me interesa. Nada más le exijo a la vida. Todo lo que he dicho aquí refiérese únicamente a mi propia posición espiritual ante la vida considerada en su conjunto, y siento que una de las primeras etapas que debo alcanzar es, por amor a mi propio perfeccionamiento, y a causa de mi propia imperfección, el no avergonzarme del castigo sufrido.

Después he de aprender también a ser feliz. Antes sabía serlo, o creía saberlo instintivamente. En mi corazón reinaba siempre la primavera. La alegría de vivir era pareja de mi temperamento. Como se llena una copa de vino hasta los bordes, colmé yo mi vida de placeres. Ahora me acerco a la vida con una visión completamente nueva, y con frecuencia habrá de serme harto difícil concebir tan sólo la felicidad. Recuerdo que, en mi primer semestre de Oxford, leí en *El Renacimiento*, de Pater —ese libro que tan extraña influencia había de ejercer sobre mi vida—, cómo Dante sitúa en las profundidades del infierno a los que se obstinan en vivir en la tristeza. Fui a la biblioteca del College y busqué el pasaje de la *Divina Comedia*, en donde se dice que habitan bajo el lodo del infierno «los que están sumidos en la dulzura de la melancolía», y gimen eternamente entre suspiros:

... Tristi fummo
Nell'aer dolce che dal sol s'allegra.

Sabía que la Iglesia condenaba la accidia, pero todo este concepto parecióme bastante fantástico. Esa —pensaba yo— sería una forma de pecado inventada por algún sacerdote que nada sabía de la vida. Tampoco podía yo comprender cómo Dante, que dice que «el dolor nos vuelve a unir a Dios», podía mostrarse tan duro para aquellos que bogaban en el éxtasis de la melancolía, si es que verdaderamente los había. No podía yo sospechar entonces que esto habría de constituir algún día una de las mayores tentaciones de mi vida. Durante mi permanencia en la cárcel de Wandsworth, llegué incluso a desear la muerte. Morir era mi único deseo. Y cuando, tras una estancia de dos meses en la enfermería, fui traído aquí y mi salud física fue poco a poco mejorando, bramaba de rabia. Hice el propósito de suicidarme el mismo día de mi liberación.

Pasado algún tiempo decayó esta crisis y logré persuadirme que había de vivir, pero envolviéndome en una aflicción profunda, cual un rey en su púrpura; no volver a sonreír jamás, convertir en mansión de tristeza cada casa que yo pisase; obligar a mis amigos a caminar junto a mí al paso lento de mi melancolía; enseñarles que este es el verdadero secreto de la vida, amargarles su alegría con el dolor ajeno, torturarles con mi propio dolor. Mas ahora he cambiado radicalmente de modo de pensar. Comprendo que el poner una cara tan fúnebre sería de mi parte descortesía e ingratitud, pues ello obligaría a mis amigos, cuando me visitasen, a poner caras todavía más fúnebres para expresarme así su simpatía, o, en el caso de que yo quisiera obsequiarles, invitarles a sentarse silenciosamente ante unas hierbas amargas y una comida funeraria.

Necesito aprender a curarme de las cosas y a ser feliz.

Las dos últimas veces que me fue dado recibir aquí a mis amigos, me esforcé en mostrarme lo más contento posible, en manifestarles mi alegría, para de este modo indemnizarlos siquiera un poco de la larga caminata que habían hecho desde Londres hasta aquí. Sé muy bien que la compensación es harto mezquina, pero sé también, y estoy muy convencido de ello, que ninguna podía serles más agradable. El sábado, hace ocho días, pasé una hora con Robbie y me esforcé en demostrarle lo más claramente que pude la sincera alegría que esto me producía, y que, por primera vez desde mi condena, hube de sentir un verdadero deseo de vivir, me prueba que las conclusiones y el modo de ver a que aquí voy llegando en el silencio, me encauzan, en efecto, por el buen camino.

Son tantas las cosas que se me presentan por hacer, que consideraría como una horrible tragedia el tenerme que morir antes de haber podido realizar siquiera una pequeña parte de ellas. Advierto nuevas posibilidades en el Arte y en la Vida, y cada una de ellas es una forma inédita de perfección. Anhelo vivir para poder investigar lo que es un mundo que se me aparece casi nuevo. ¿Quieres saber cuál es este mundo? Fácil te es adivinarlo: el mundo en el cual últimamente he vivido. O sea, el dolor y todo lo que él enseña.

Antaño vivía yo únicamente para el placer, y él me apartaba de todas las formas del dolor y del sufrimiento. Ambos me repugnaban. Había decidido enterarme de su existencia lo menos posible, considerarlos, en cierto modo, como formas de imperfección. Eran extraños a mi concepción de la vida. No había sitio para ellos en mi filosofía. Mi madre, que conocía toda la escala de la vida, acostumbraba a citarme unos versos de Goethe, que muchos años antes Carlyle le había escrito en un libro y que, si no recuerdo mal, decían:

Quien nunca comió su pan en dolor,
ni se pasó, llorando y esperando la tardía mañana,
las horas de la noche,
ese os desconoce, potencias celestes.

Aquella noble reina de Prusia, tan brutalmente tratada por Napoleón, acostumbraba también a citar estos versos en su humillación y destierro, y mi madre los repetía con frecuencia en los reveses de sus últimos años. Mas yo me negaba rotundamente a admitir para mí y a reconocer la grandiosa verdad que en ellos se oculta. No los podía comprender, y todavía hoy recuerdo cómo le decía a mi madre que no me apetecía lo más mínimo el comer mi pan con lágrimas, ni pasarme las noches llorando y aguardando en vela un amanecer todavía más triste.

No podía sospechar que esta era una de las sorpresas que me reservaba el destino: que durante todo un año apenas si habría de hacer otra cosa. Mas esta era la parte que me había sido adjudicada, y durante los últimos meses, tras luchas y dificultades sin cuento, he logrado comprender algunas de las enseñanzas que se ocultan en lo más íntimo del dolor.

Los sacerdotes y demás personas que emplean sin discernimiento frases sin sentido, hablan a veces del dolor como de un misterio. En realidad el dolor es una revelación, pues por él se conoce aquello en que nunca se había pensado, y uno considera la historia bajo un muy distinto punto de vista. Y lo que se presumía débil e instintivamente en el arte, aparece entonces en el campo del pensamiento y del sentimiento a través de una claridad perfecta de visión, y representado con la mayor intensidad.

Ahora comprendo que el dolor, la más noble emoción de que es capaz el hombre, es a un tiempo el modelo más original y la piedra de toque del gran arte. Con arreglo a lo que siempre busca el artista, esa es la forma de vida en la cual el cuerpo y el alma se hallan fundidos e inseparables, en la que lo exterior expresa lo interior que por él se exterioriza.

Estas formas de existencia no son muchas: el cuerpo de un joven y las artes que se ocupan en representarlo pueden servirnos de modelo en un momento dado; también podrá complacernos la idea de que la moderna pintura del paisaje, en la dulzura y fineza de sus impresiones, por su modo de indicar el espíritu en que vive en lo externo y se envuelve en la tierra y el aire, en la niebla y la configuración de las ciudades, por la mórbida y excitante armonía de sus impresiones y tonalidades, realiza para nosotros, por el colorido, lo que los griegos hubieron de realizar con tamaña perfección plástica. La música, en la cual el tema se desvanece en la expresión de la que no puede ser separada, es ejemplo complejo de aquello que desea expresar, así como una flor o un niño son de ello ejemplos sencillos. Pero el dolor, lo mismo en la vida que en el arte, es el modelo supremo. Detrás de la alegría y de la risa podrá disimularse un temperamento tosco, duro, limitado; pero detrás del dolor sólo cabe dolor. Contrariamente a la alegría, el dolor no lleva careta. En arte, la verdad no está en la relación que la idea esencial pueda guardar con la existencia accidental; no radica en el parecido de la forma con su sombra, o de la representación de la forma con la forma misma; no es el eco devuelto por la cavidad que forma la colina, ni tampoco la fuente de plata del valle, que muestra la luna a la luna y Narciso a Narciso. En arte, la verdad consiste en la concordancia que un objeto guarda consigo mismo; en que lo externo se convierte en expresión de lo interno, el alma en carne y en que el cuerpo se halla animado por el

espíritu y por eso no hay verdad comparable a la del dolor. Hay veces en que el dolor me parece ser la única verdad y lo demás fantasías de la vista o del deseo, cosas nacidas para cegar a aquélla y saciar a éste. Pero los mundos están hechos con dolor, y sin dolor no puede verificarse ni el nacimiento de un niño ni el de una estrella.

Y hay todavía más: el dolor tiene en sí una realidad extraordinariamente intensa. Ya he dicho que yo había sido una encarnación del arte y la cultura de mi siglo. En esta mansión del dolor no hay ningún miserable, ninguno de mis compañeros, que no encarne todo el misterio de la vida. Porque el misterio de la vida es el sufrir. Se halla oculto tras todo lo demás. En cuanto comenzamos a vivir, lo dulce se nos presenta tan dulce y lo amargo tan amargo, que inevitablemente dirigimos todo nuestro afán hacia las alegrías de la vida, y ya no nos contentamos con «alimentarnos un mes o dos con miel», sino que desearíamos no probar nunca otro alimento; sin saber que, en realidad, durante ese tiempo dejamos que nuestra alma se muera de hambre.

Recuerdo haber hablado una vez acerca de esto con uno de los seres más encantadores que me ha sido dado conocer nunca, una mujer cuya viva simpatía y noble bondad hacia mí, igual antes de la tragedia de mi pasión como después, es imposible describir; una mujer que, sin saberlo ella, me ayudó verdaderamente, más que nadie en el mundo, a sobrellevar la carga de mis penas, y ello por el solo hecho de existir, por el solo hecho de ser como es: mitad un ideal, mitad una fuerza activa, una manifestación de lo que uno podría llegar a ser y una ayuda real para decidir lograrlo; un alma que infunde su dulzura al aire de cada día y hace aparecer lo espiritual tan sencillo y natural como la luz del sol o como el mar; una mujer gracias a la cual la belleza y el dolor se dan la mano y cumplen igual misión. Recuerdo exactamente cómo, en aquella ocasión que hoy se presenta a mi memoria, le dije que una sola calleja de Londres contenía bastante dolor para demostrar que Dios no ama a los hombres, y que allí adonde alguien sufre, aunque este alguien sólo sea un niño llorando en un jardín una falta que ha o no ha cometido, la faz de la Creación se halla desfigurada. Al hablar de esta forma, estaba yo completamente equivocado, y así me lo dijo ella, aunque yo no podía creerlo, pues no me hallaba entonces en condiciones de poder experimentar este sufrimiento.

Ahora creo que el amor, sea cual fuere su calidad, es la única explicación plausible para la inmensa cantidad de dolor que hay en el mundo. No puedo concebir otra explicación, y tengo el convencimiento de que tampoco puede haberla. Y si realmente, cual antes dije, el mundo está hecho de dolor, es la mano del dolor la que lo ha construido, pues de otro modo el alma del hombre, para la cual este mundo fue creado, no podría jamás alcanzar el completo desarrollo de su perfec-

ción. El placer para el cuerpo hermoso; para la belleza del alma, el dolor.

Al decir que me hallo firmemente convencido de ello, mis palabras encierran demasiado orgullo. En lontananza se vislumbra, cual perla sin defecto, la Ciudad de Dios. Es tan maravillosa, que uno quisiera poder creer que le sería dado a un niño alcanzarla en un día de verano. Y es verdad que un niño la puede alcanzar, pero no así yo ni mis semejantes. Podemos en un instante sentir algo en toda su intensidad, pero lo volvemos a perder en las horas siguientes, horas largas y pesadas cual si marchasen con pies de plomo. ¡Es tan difícil «mantenerse en las cumbres en que el alma puede caminar»! Nuestros pensamientos pertenecen a la eternidad, pero nosotros nos movemos lentamente a través del tiempo. Y no necesito insistir acerca de la lentitud con que transcurre el tiempo para los que estamos en la cárcel. Ni tampoco acerca del hastío y descorazonamiento que tan tenazmente se deslizan en nuestra celda y en la celda de nuestro corazón, que nos vemos en cierto modo obligados a limpiar y a ornar la casa para ellos, como para un huésped inoportuno, para un amo inflexible o como para esclavos de los cuales fuésemos, por propia elección o disposición del azar, también nosotros esclavos.

Quizá a mis amigos les sea difícil el creerlo; empero es la verdad: más fácil les es a ellos en su vida de libertad, ocio y holgura aceptar las enseñanzas de la humildad, que no a mí que comienzo el día fregando de rodillas el suelo de mi celda. Y es que la vida de cárcel, con sus innumerables privaciones y restricciones, le hace a uno rebelde. Y lo más terrible es que, en lugar de partirle a uno el corazón —pues los corazones están hechos para eso, para que los rompan—, se lo convierte a uno en piedra. Hay veces en que uno tiene la impresión de que sólo podrá apurar el día con una frente de hierro y una expresión de desprecio en los labios. Y quien se halla en estado de rebeldía no puede participar de la gracia —para emplear la expresión de que tanto gusta, y a mi juicio, con razón, la Iglesia—, pues en la vida, como en el arte, el estado de rebeldía cierra los canales del alma y no deja entrar los consuelos del cielo.

Y sin embargo, si en algún sitio he de aprender las enseñanzas de la humildad, aquí habrá de ser, y a pesar de las muchas veces que habré de caer en el lodo y de caminar inseguro entre la niebla, he de alegrarme al ver que mis pies están en el buen camino y mis ojos vueltos «hacia la puerta que es llamada hermosa».

Esta Vida Nueva, cual a veces me gusta llamarla por amor al Dante, no es naturalmente en nada una vida nueva, sino simplemente la evolución lógica que prolonga mi vida anterior. Recuerdo que en Oxford, el año que me gradué, le dije a uno de mis amigos, una mañana en que nos

dirigíamos al Magdalen College, por unas calles estrechas por las que revoloteaban los pájaros, recuerdo que le dije que me gustaba probar los frutos de todos los árboles del jardín del mundo y que, con esta pasión en el corazón, me adentraba yo en la vida. Y así, según mi expresión, me adentré yo en la vida, y así viví.

Mi único error consistió en limitarme exclusivamente a los árboles que me parecían estar en la parte soleada del jardín y en evitar la zona de sombra y su lobreguez. El fracaso, la desgracia, la pobreza, el dolor, la desesperación, el sufrimiento y aun las lágrimas, las palabras que salen de los labios entrecortados por el dolor, el remordimiento que siembra de espinas nuestra senda, la conciencia que condena, la humillación voluntaria que castiga, la miseria que se cubre la cabeza de ceniza, las angustias del alma que se visten con toscos lienzos y mezclan hiel en nuestras bebidas: todas estas cosas hacíanme retroceder con espanto. Y como había decidido no saber nada de ellas, hube de probarlas todas, una tras otra; de alimentarme con ellas y durante cierto tiempo de renunciar a toda otra comida.

No lamento ni un instante el haber vivido para el placer; viví para él intensamente, cual debe hacerse todo lo que se hace. No hubo ningún placer que yo no gozase. Arrojé la perla de mi alma en una copa de vino. Descendí al son de la flauta la senda florida y me alimenté de miel. Mas el continuar esa vida hubiera sido una equivocación, pues entonces mi vida habría quedado incompleta y era preciso seguir avanzando. También la otra mitad del jardín reservábame sus secretos. Como es natural, todo esto se halla encarnado en mi arte y me proyecta hacia el exterior. Huellas de ello pueden verse en *El príncipe feliz* y también en el cuento de *El joven rey*, especialmente en aquel trozo en que el obispo dícele al muchacho arrodillado: «¿No es Aquel que creó la Miseria más sabio que tú?» Estas palabras, cuando las escribí, apenas si me parecieron algo más que palabras.

Y buena parte de todo esto hállase, por fin, disimulado en el tono que, cual hilo de púrpura, corre a través del brocado de oro de *Dorian Gray*, brilla a través de la rica policromía de *La crítica considerada como arte*, léese en letras demasiado claras en *El alma del hombre*; un tema cuya insistente repetición tanto asemeja *Salomé* a una pieza de música, termina como una balada y se ha convertido en carne y en sangre en el poema en prosa del hombre que con el bronce de la imagen del *Placer que dura un instante*, ha de crear la del *Dolor que siempre perdura*.

Y no podía ser de otro modo. En cada momento aislado de la existencia uno es aquello que será, no menos que aquello que ya ha sido. El arte es un símbolo, porque el hombre también lo es.

Si me es dado llegar hasta allí, habré logrado la suprema realización de la vida del artista, pues la vida del artista no es sino la prolongación del artista mismo. La humildad en el artista consiste en aceptar sin condiciones todas las experiencias, así como el amor en él estriba sencillamente en el sentido de la belleza, que revela al mundo su cuerpo y su alma. En *Mario el epicúreo*, Pater intenta armonizar la vida del artista con la vida religiosa, en el sentido profundo, austero y gracioso de la palabra. Pero Mario apenas si es más que un espectador, aunque es un espectador ideal, a quien le es dado «considerar con sentimientos propios el drama de la vida», lo cual es para Wordsworth el verdadero destino del poeta. Mas no es sino un espectador, y tal vez demasiado ocupado de la elegancia de los bancos del templo, para advertir que el templo que tiene ante sus ojos es el del dolor.

Yo advierto una relación harto más íntima e inmediata entre la verdadera vida de Cristo y la verdadera vida del artista, y es para mí una gran alegría el pensar que mucho antes que el dolor se hubiese apoderado de mis días y me atase a su carro, había yo escrito, en *El alma del hombre*, que «quien pretenda vivir una vida igual a la de Cristo, ha de ser completa y absolutamente Él mismo». Y citaba en ejemplo, no sólo al pastor en su llanura y al preso en su celda, sino también al pintor, para quien el mundo es una mascarada, y al poeta, para quien es una canción.

Recuerdo haberle dicho una vez a André Gide, un día que nos hallábamos juntos en un café de París, que a mí la metafísica en realidad me ofrecía muy escaso interés y la moral absolutamente ninguno, y que todo lo dicho por Platón y por Cristo podía trasponerse inmediatamente a la esfera del arte y hallar en ella su perfecta realización. Era esta una generalización tan profunda como nueva.

No sólo es la intima relación que podemos descubrir entre la personalidad de Cristo y la perfección lo que constituye la verdadera diferencia existente entre el arte clásico y el romántico, y lo que hace aparecer a Cristo como el verdadero precursor del movimiento romántico en la vida, sino que la esencia de su naturaleza era la misma que la del artista; esto es, una imaginación intensísima, ardiente cual una llama.

Cristo llevó a toda la esfera de las relaciones humanas esa imaginación que es todo el secreto de la creación artística. Comprendió la dolencia del leproso, las tinieblas del ciego, la cruel miseria de los que viven en el placer y la singular miseria de los ricos.

Tú, en mi desgracia, me has escrito: «Cuando no te hallas sobre tu pedestal, dejas de ser interesante». ¡Cuán lejos te hallabas de lo que Mathew Arnold llama «el secreto de Jesús»! Ambos te habrían enseñado que lo que a otro acontece le acontece a uno mismo. Si deseas un lema que te sirva para leerlo a cualquier hora, en el dolor y en el placer,

escribe en los muros de tu casa, para que el sol las dore y la luna las platee, estas palabras: «Lo que a otro le acontece, le acontece a uno mismo.»

No cabe duda de que Cristo cuenta entre los poetas. Su concepción de la humanidad provenía directamente de la imaginación, y sólo a través de ésta puede ser comprendida. El hombre fue para él lo que Dios es para los panteístas. Él fue el primero que concibió la unidad de las diversas razas.

Antes que Él ya existían dioses y hombres. Y Él, sintiendo que en Él se habían hecho carne, gustaba de llamarse unas veces el Hijo de Dios y otras el Hijo del hombre. Más que ningún otro en la Historia, despierta en nosotros esa inclinación hacia lo maravilloso a que siempre se halla dispuesto el romanticismo. Es para mí todavía algo increíble eso de que un joven campesino galileo se imagine que pueda llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo: el peso de cuanto hasta entonces se había hecho y sufrido, y de cuanto se tendría que hacer y sufrir: los pecados de Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, del que fue emperador de Roma y sacerdote del sol; los sufrimientos de todos aquellos, cuyo número es legión, que yacen entre ruinas; de los pueblos oprimidos, de los niños de las fábricas, de los ladrones, de los presidiarios, de los desheredados y de aquellos que se hallan sojuzgados y cuyo silencio sólo Dios puede oír. Y no sólo llega a imaginárselo, sino que efectivamente lo realiza; así es que aún hoy en día todos los que entran en contacto con Él, aunque no se prosternen ante sus altares, ni se arrodillen ante sus sacerdotes, tienen en cierto modo la impresión de que se les borra la fealdad de sus pecados y se les revela la belleza de sus sufrimientos.

Ya he dicho que Cristo cuenta entre los poetas, y es verdad. Shelley y Sófocles son hermanos suyos... Pero su misma vida constituye el más maravilloso de los poemas, y nada hay, en todo el ciclo de la tragedia griega, que pueda igualar «el temor y la piedad» de esta vida. La inmaculada pureza del protagonista eleva este edificio a una altura de arte romántico, que, a causa de su mismo horror, les está vedada a los sufrimientos de las familias de Tebas y la de los Atridas. Y esta pureza muestra asimismo cuán erróneo era el axioma expuesto por Aristóteles en su *Tratado del drama*, y que sentaba que no era posible soportar la vista del castigo de un inocente. Ni en Esquilo ni en Dante, el austero maestro de ternura; ni en Shakespeare, el más puramente humano de todos los grandes artistas; ni en todos los mitos y leyendas célticas, en los cuales la gracia del mundo brilla a través de una niebla de lágrimas y la vida de un hombre no vale más que la de una flor, no hay nada que, a causa de su conmovedora sencillez, unida a la sublimidad del efecto trágico de que nace, no hay nada que pueda igualarse, ni siquiera aproxi-

marse, al último acto de la historia de la Pasión de Cristo. Aquella simple Cena, con sus discípulos, uno de los cuales ya le ha vendido por unos cuantos dineros; aquella angustia del alma en el tranquilo jardín iluminado por la luna y en el cual el falso amigo habrá de acercarse a Él para traicionarle con un beso; aquel amigo que todavía creía en Él, y en el cual Él creía poder fundar, como sobre una peña, un refugio para la humanidad, y que lo niega en cuanto el gallo canta el despuntar del día; aquella su soledad absoluta, aquella sumisión suya con que Él todo lo acepta, y junto a estas esas otras escenas en que el gran sacerdote de la ortodoxia, en su furor, le desgarra sus vestiduras, y el funcionario de la justicia civil manda traer agua con la vana esperanza de poderse limpiar la mancha de sangre inocente que le hace aparecer como la más sangrienta figura de la Historia; la escena —uno de los sucesos más maravillosos de todos los libros de todos los tiempos— en que le es impuesta la corona de espinas; aquella otra de la crucifixión del inocente ante los ojos de su madre y del discípulo a quien amaba; aquella —mientras los soldados se reparten y juegan sus vestiduras— de la horrible muerte por la cual cedió al mundo el más eterno de sus símbolos, y, finalmente, aquella escena de su entierro en la sepultura del rico, la escena en que su cuerpo es embalsamado con especies preciosas y perfumes y envuelto en un sudario egipcio, cual si fuese el hijo de un rey.

Cuando se consideran estas escenas aisladamente y sólo desde el punto de vista artístico, es forzoso agradecer que el más solemne de los oficios de la Iglesia sea, sin efusión de sangre, una representación de la tragedia; la representación mística de la historia de la Pasión del Señor, por medio del diálogo, de los trajes y hasta de los gestos. Para mí es siempre fuente de respetuosa elevación pensar que lo que queda del coro griego, ya perdido para el arte, en otros terrenos, sobrevive en el acólito que ayuda al sacerdote a celebrar la misa.

Y no obstante, la vida de Cristo es en conjunto —a tal punto hállanse fundidos en su significación y en su representación la belleza y el dolor— un verdadero idilio, a pesar de acabar por el desgarramiento de las cortinas del templo, por las tinieblas que cubren la faz de la tierra y por el movimiento que levanta la piedra del sepulcro. Uno se representa siempre a Cristo como a un novio entre sus discípulos, cual Él mismo descríbese una vez; como a un pastor recorriendo un valle con sus ovejas en busca de verdes praderas o de frescos regatos; como un cantor que quisiera levantar con su música los muros de la Ciudad de Dios; como un amante para cuyo amor el mundo todo es demasiado pequeño. Sus milagros parécenme encantadores, cual la llegada de la primavera, y no menos naturales. No me es difícil creer en un encanto tal de su persona, que su sola presencia bastase para inundar las almas de paz y para que los que tocaban sus vestiduras se olvidasen de todos

sus dolores. O para que, al pasar Él por el camino real de la vida, gentes para quienes hasta entonces había permanecido secreto el misterio de la existencia, abriesen los ojos a la luz, y para que, aquellos que cerraban sus oídos a toda voz que no fuese la del placer, comprendiesen por vez primera la voz del amor y la hallasen «armoniosa cual la lira de Apolo», o para que, a su llegada, huyesen todas las malas pasiones, y los hombres, cuya vida sórdida y hermética era como una forma de la muerte, se alzaran, como quien dice, de sus tumbas al llamarlos Él; o para que la muchedumbre, a la que predicaba en la falda de la montaña, olvidase su hambre y su sed, y los sufrimientos del mundo, y los amigos a quienes hablaba mientras comían gustasen, como de manjares sabrosos, de los más ordinarios alimentos, y el agua les supiese cual vinos generosos, y por toda la casa se esparciese el dulce perfume de los nardos.

En su *Vida de Jesús* —ese delicioso quinto evangelio, que podría llamarse el Evangelio, según Santo Tomás, dice Renan que la obra suprema de Cristo, consiste en haber sabido conservar, aun después de muerto, el amor que había poseído en vida. Y verdad es que, si bien su puesto está entre los poetas, también hacia Él se dirige el cortejo de los amantes. Él reconoció que el amor es el secreto primordial del mundo, el secreto buscado por los sabios, y que únicamente por medio del amor es posible llegar hasta el corazón del leproso y los pies del Señor.

Mas por encima de estas consideraciones, Cristo aparece como el mayor de los individualistas. La humildad, como aceptación artística de todas las experiencias, no es sino un medio de manifestarse. Lo que Él persiguió siempre fue el alma del hombre. La llama «el reino de Dios» y la descubre en cada uno de nosotros. La compara con una muchedumbre de nimiedades: con un grano de semilla, con un puñado de levadura. con una perla, y es porque sólo puede uno formarse su alma desprendiéndose de todas las pasiones extrañas, de toda la cultura adquirida, de todo lo que se posee externamente, lo mismo de lo bueno que de lo malo.

Con la tenacidad de mi voluntad, y más todavía con el espíritu de contradicción ingénito en mí, revelábame contra todo, hasta que no me quedó nada más, absolutamente nada más en el mundo que Cyril. Había perdido mi nombre, mi posición, mi felicidad, mi libertad, mi fortuna. Era un recluso, y era un pobre, pero me quedaba mi bien más preciado: mis hijos. Y de pronto la ley me los arrebata. Fue tan terrible el golpe, que me quedé como aturdido. Me puse de rodillas, incliné la cabeza, lloré y dije: «El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor; ya no soy digno de ninguno de ellos.» Y ese momento fue sin duda el que me salvó. En ese momento comprendí que sólo me cumplía aceptarlo todo. Y desde entonces, —por extraño que esto parezca, soy feliz, pues he llegado hasta lo más hondo de la esencia de mi alma. Había

mostrado ser su enemigo en muchos respectos y la encontré esperándome como un amigo. Al entrar en contacto con su alma, uno se vuelve sencillo como un niño, y esto es lo que uno ha de ser, según las palabras de Cristo.

Es verdaderamente trágico pensar cuán pocos son los hombres que se hallan en posesión de su alma antes de la muerte. Emerson dice que «nada hay más raro en un hombre que una acción de su propia voluntad». Esto es una gran verdad, pues la mayoría de las gentes son distintas de ellas mismas. Piensan con las ideas de otros; su vida es una parodia, y sus pasiones son remembranzas. Cristo fue, no sólo el mayor individualista, sino también el primer individualista de la Historia. Hay quien ha querido presentarle como uno de tantos y abominables filántropos del siglo XIX o como un altruista surgido entre ignorantes y sentimentales. En realidad no fue ni lo uno ni lo otro. Cierto es que tuvo piedad de los pobres, de los presos, de los míseros y de los humildes, pero tuvo todavía más piedad de los ricos, de los hedonistas, de los que sacrifican su libertad y se convierten en esclavos de las cosas, de los que llevan vestiduras finísimas y viven en palacios dignos de reyes. La opulencia y el placer le parecieron tragedias mayores que la pobreza y el dolor. Y en cuanto al altruismo, ¿quién mejor que Él podía saber que la inclinación y no la voluntad es lo que nos impulsa, y que no es posible coger uvas del espino ni higos entre los cardos?

El vivir para los demás no era el fin determinado y consciente de su doctrina. Su base era muy otra. Dice: «Perdonad a vuestros enemigos», y ello no implica el amor a nuestros enemigos, sino a nosotros mismos. Pues el amor es más hermoso que el odio. Le dice al joven rico: «Vende lo que posees y dáselo a los pobres», y al decirlo no piensa en la condición de los pobres, sino en el alma del joven, esa alma adorable que la riqueza conducía a su perdición. Su concepción de la vida es pareja de la del artista, que sabe que la ley inevitable del propio desarrollo impulsa al poeta a cantar. al escultor a pensar en bronce y al pintor a convertir el mundo en espejo de sus estados de alma, cosas todas tan necesariamente certeras cual el que el espino florezca en primavera, el trigo madure en otoño en frutos de oro y la luna, en su ruta de antemano trazada, pase de la forma de disco a la de hoz y de la de hoz a la de disco.

Cristo no les ha dicho a los hombres: «Vivid para los demás», sino que ha afirmado que no existe ninguna diferencia entre la vida de los demás y nuestra propia vida, dando con ello a los hombres una dilatadísima y titánica personalidad. Desde su aparición la historia de cada individuo en sí es, o puede llegar a ser, la historia del mundo.

Cierto es que la cultura ha elevado la personalidad del hombre. El arte ha creado el infinito de nuestro espíritu. Quien posee un temperamento de artista acompaña al Dante en el destierro y aprende cuán sala-

do es el pan ajeno, cuán escarpadas son las gradas de su ruta y, aun logrando por un momento la serenidad de Goethe, sabe harto bien que Baudelaire gritóle a Dios:

Ah, Seigneur! donnez moi la force et le courage
De contempler mon corps et mon coeur sans dégout!

Busca —tal vez para su propio daño— el secreto del amor de los sonetos de Shakespeare y se lo apropia; contempla con ojos nuevos la vida moderna, porque ha oído uno de los nocturnos de Chopin, porque ha penetrado en las artes helenas o porque ha leído la historia de la pasión de un hombre muerto por una mujer, cuyos cabellos semejaban finas hebras de oro, y que tenía la boca como una granada. Mas la efusión del temperamento del artista dirígese forzosamente hacia cuanto ha logrado su expresión. Lo mismo en las palabras que en los colores, y en los colores que en el mármol, tras las pintadas carátulas de un drama de Esquilo, o por medio de los perforados y unidos caramillos de un pastor siciliano, manifiéstanse el hombre y su misión.

Para el artista, la expresión es la única forma por la cual le es dado comprender la vida. Para él, lo que no habla está muerto. Mas no así para Cristo. Con una imaginación maravillosamente vasta, que infunde el verdadero pavor, eligió para su reino el universo de lo inexpresado, el mundo silencioso del dolor, y quiso ser su eterno intérprete. Aquellos de quienes ya he hablado, que yacen callados bajo la opresión y «cuyo silencio sólo de Dios es oído», los eligió por hermanos. Quiso llegar a ser el ojo del ciego, el oído del sordo y el grito de angustia brotado de los labios de quienes tienen la lengua trabada. Anheló ser la trompeta de las muchedumbres que no habían hallado modo ninguno de expresarse, la trompeta con la cual pudiesen éstas llamar al cielo. Con las dotes artísticas de quien ve en el sufrimiento y el dolor las formas que han de permitirle realizar su concepción de la belleza, comprendió que una idea carece de valor hasta que se encarna y convierte en imagen, y por esto hizo de sí mismo la imagen del sufrimiento, y como tal ha impulsado y dominado el arte en un grado que jamás pudo conseguir una divinidad griega.

Y es que los dioses griegos, pese al tono blanco y rosado y a la agilidad de sus armoniosos y flexibles miembros, en realidad no eran lo que parecían ser. El arco de la frente de Apolo semejaba el disco solar cuando en el crepúsculo domina una colina, y sus pies las alas de la mañana; pero él mismo había sido cruel con Marsias, y había robado los hijos de Niobe. En el escudo de acero de los ojos de Atenea no apareció ningún destello de piedad para con Aracné; la pompa y los pavos reales de Hera constituían cuanto esta diosa poseía de verdaderamente

noble, y el mismo padre de los dioses había amado demasiado a las hijas de los hombres. Las dos figuras más hondamente significativas de toda la mitología griega, eran, para la religión, Demeter, aquella Diosa de la Tierra que nunca fue admitida en el Olimpo; y para el arte, Dionisios, ese hijo de una mortal, para la cual el momento en que lo dio al mundo, hubo de ser el de su muerte. Pero la misma vida sacó de su capa más profunda y humilde una figura harto más espléndida que la de la madre de Proserpina o la del hijo de Semelé. Del taller de carpintero de Nazaret surgió una personalidad infinitamente más grande que cualquiera de las creadas por el mito o la leyenda, una personalidad que estaba —cosa extraña— destinada a revelar al mundo el misterioso sentido del vino y la verdadera belleza del lirio de los campos, cual nadie aún había sabido explicarlo ni en el Citerón ni en el Etna.

Aquellas palabras de Isaías: «Era el más despreciado y el más indigno de los hombres, estaba lleno de dolor y de enfermedades. Tan despreciado era, que uno se cubría la faz ante él», habíanle sonado a Cristo cual anuncio de su llegada, y en Él hubo de cumplirse la profecía.

No tenemos por qué asustarnos ante esta frase: toda obra de arte es realización de una profecía, pues toda obra de arte es la transformación de una idea en imagen. Y toda criatura humana debería ser igualmente la realización de una profecía, ya que toda criatura humana debería ser la realización de un ideal, bien fuese a los ojos de Dios o a los de los hombres.

Cristo halló el modelo perfecto y lo definió para siempre, y así el sueño de un poeta virgiliano, en Jerusalén o en Babilonia, encarnóse en Él, cuya venida era esperada por el mundo a través de los siglos.

«Su rostro era más feo que el de los demás hombres, y su aspecto más feo que el de los hijos de los hombres»; de este modo indicaba Isaías los signos distintivos del nuevo ideal. En cuanto el arte hubo comprendido lo que estas palabras significaban, abrióse como el cáliz de una flor ante aquellos en quienes aparecía la verdad en el arte cual nunca hasta entonces había aparecido. Pues, ¿no es acaso, como yo ya dije, la verdad en el arte, «la expresión exterior de lo interior, en que el alma se hace carne y el cuerpo se halla animado por el espíritu», aquello que en la forma se proyecta?

Para mí, uno de los hechos más lamentables de la Historia es que el verdadero renacimiento cristiano, el que produjo la catedral de Chartres, el ciclo de leyendas del rey Arturo, la vida de San Francisco de Asís, el arte de Giotto y la *Divina Comedia* del Dante, no pudiese continuar desarrollándose en su propio camino, sino que hubo de ser detenido y desvirtuado por el triste renacimiento clásico, que nos ha legado a Petrarca, los frescos de Rafael, la arquitectura de Palladio, las rígidas formas de la tragedia francesa, la catedral de San Pablo, la poe-

sía de Pope, y cuanto está creado exteriormente conforme a cánones muertos, en vez de brotar de un espíritu que lo anime desde dentro. En todas partes donde se produzca en arte un movimiento romántico, sea cual fuere la forma que éste revista, allí aparece Cristo o el alma de Cristo. Está en *Romeo y Julieta*, y en el *Cuento de invierno*, en la poesía provenzal y en *El viejo marinero*, en la *Bella despiadada* y en la *Balada de la misericordia*, de Chatterton.

Le debemos las cosas y los séres más diversos: *Los Miserables*, de Víctor Hugo; *Las flores del mal*, de Baudelaire; el matiz de piedad de las novelas rusas, Verlaine y sus poesías; las vidrieras polícromas, los tapices y las obras prerrafaelistas de Burne Jones y de Morris, le pertenecen lo mismo que el campanario de Giotto, el romance de Lancelot y Ginebra, Tannhauser, los torturados y románticos mármoles de Miguel Ángel y el estilo ojival. Y asimismo el amor a los niños y a las flores. Para ellos quedó muy poco espacio en el arte clásico, apenas el suficiente para que pudiesen crecer y jugar. Empero, desde el siglo XII hasta nuestros días, bajo las más diversas formas y en las más diversas épocas, han aparecido de continuo, manifestando caprichosa y obstinadamente su significación. La primavera dábale a uno siempre la impresión de que las flores se mantenían ocultas, y salían a la luz del sol, únicamente por temor a que los hombres se cansasen de buscarlas y cesasen en sus pesquisas. Y la vida de un niño era un día de abril en que el narciso tan pronto aparece bajo la lluvia como inundado de sol.

El imperio de la imaginación en el temperamento de Cristo es lo que le convierte en el centro e impulso del romanticismo. Otros habrán de crear con su fantasía las formas singulares del drama poético y la balada; pero Jesús de Nazaret creóse a sí mismo por su propia imaginación. En realidad, el grito profético de Isaías no tuvo más relación con su venida que la que tiene el canto del ruiseñor con la salida de la luna. Nada más que esto, pero tal vez nada menos. Vino a ser por igual la negación y la confirmación de las palabras del profeta, pues cada esperanza por Él satisfecha acompañábase de otra por Él destruida. «Toda belleza dice Bacon tiene alguna desproporción»; de los que nacen de la inteligencia, o sea de aquellos que son como Él fuerzas dinámicas, dice Cristo que se parecen al viento, que «sopla donde quiere, pero sin que nadie sepa de dónde viene ni a dónde va». Y he aquí por qué fascina de tal modo a los artistas; todos los elementos que animan la vida, el enigma, la novedad, lo raro, la sugestión, el éxtasis, el amor, todos los posee. Produce condiciones propicias al milagro y esa disposición de ánimo necesaria para llegar a comprenderla.

Es para mí una alegría el pensar que si Él es «únicamente imaginación», de igual materia se compone el mundo. Ya he dicho en *Dorian Gray* que todos los grandes pecados del mundo se realizan en el cere-

bro. Y es que en el cerebro es donde se realiza todo. Ya sabemos que no vemos con la vista ni oímos con el oído. Que en realidad la vista y el oído no son sino canales conductores, y más o menos fieles transmisores, de las impresiones de los sentidos. En el cerebro es donde está roja la amapola y perfumada la manzana, y donde canta la alondra.

Llevo ya algún tiempo ardientemente ocupado con los cuatro poemas en prosa que tratan de Cristo. Por Navidad conseguí exhumar una Biblia griega, y todas las mañanas, después de haber barrido mi celda y fregado mis cacharros de estaño, leo algún trozo de los Evangelios, una docena de versículos elegidos al azar. Este es un modo delicioso de comenzar el día. Todos, aun aquellos que llevan una vida agitada y desordenada, deberían hacer lo mismo. La constante, monótona e intempestiva repetición de los Evangelios, ha desvirtuado para nosotros su romántico encanto, su lozanía, su ingenuidad, su sencillez. Su lectura nos es hecha con demasiada frecuencia y demasiado mal, y las repeticiones acaban siempre por hastiar. Volviendo a tomar el texto griego, parece como si uno saliese de una habitación lóbrega y estrecha y penetrase en un jardín lleno de lirios.

Y mi alegría se duplica con la idea de que lo más probable es que aquellas sean las verdaderas palabras de Cristo: *ipsissima verba*. Antaño, era idea corriente el suponer que Cristo había hablado en arameo. El mismo Renan lo creía todavía. Mas ahora sabemos que los campesinos de Galilea hablaban dos lenguas, como hoy día los campesinos irlandeses, y que el griego era el idioma corriente en toda Palestina, mejor dicho, en todo el Oriente. Siempre me fue desagradable pensar que sólo podíamos conocer las palabras de Cristo a través de la traducción de una traducción. Y ahora me embelesa el pensar que Carmides podía haber entendido lo que él decía, Sócrates filosofando con Él, y que Platón podía haberle entendido; que Él realmente pronunció el «Εγὼ εἰμὶ ὁ ποιμὴν ὁ καλὸς griego; y que al acordarse de los lirios del campo que no trabajan ni tejen, dijo exactamente que: «Καταμάθετε τὰ κρίνα τοῦ ἀγροῦ πῶς αὐξάνει οὐ κοπιᾷ οὐδὲ νήθει». Y que aquella última palabra suya cuando gritó: «Mi vida llega a su término. Ha alcanzado su perfección, ya se ha consumado», es exactamente lo que nos ha transmitido San Juan: Τετέλεται, y nada más.

Al leer los Evangelios —el escrito por el propio San Juan o por un gnóstico de los primeros tiempos que se encubrió con su nombre— observo cómo resalta en ellos constantemente la imaginación, y como es esta la esencia de toda vida espiritual y material; y además que para Cristo la imaginación fue simplemente una forma del amor, siendo para Él el amor soberano, en el sentido más completo de la palabra. Hará cosa de unas seis semanas, el médico me autorizó a comer pan

blanco, en vez de tosco pan negro o moreno que constituye el alimento corriente de la cárcel. Esto es una golosina. Podrá parecer extraño que el pan seco pueda ser una golosina. Mas a tal punto lo es para mí que, después de cada comida, recojo cuidadosamente todas las migajas que quedan en mi plato de estaño, o que han caído sobre la burda servilleta con que uno cubre la mesa para no mancharla; y esto no por hambre, pues ahora me dan lo suficiente, sino para evitar que se desperdicie nada de lo que me dan. (Y así debe uno obrar con el amor.)

Cristo, cual todos los que saben cautivar, poseía el don, no sólo de decir cosas bellas, sino también de hacer que otros las dijeran. Siento predilección por esa historia que nos cuenta Marcos de una mujer griega que, al decirle Jesús, para probar su fe, que no podía darle el pan de los hijos de Israel, le respondió: «El perrito que está debajo de la mesa se alimenta con las migajas que dejan caer los niños.» La mayoría de los hombres viven para el amor y la admiración. De amor y admiración deberíamos vivir nosotros. Y, cuando se nos demostrase amor, reconocer que somos indignos de él. Nadie merece ser amado. El que Dios ame a los hombres nos prueba que en el orden divino de los bienes ideales está escrito que el amor eterno le será otorgado a quien es eternamente indigno de él, y si estas palabras parecen demasiado amargas, digamos, en su lugar, que todos son dignos de amor, salvo aquellos que creen serlo.

El amor es un sacramento que debería recibirse de rodillas con estas palabras: *Domine non sum dignus* en los labios y en el corazón.

Cuando yo vuelva a escribir, o sea cuando cree una nueva obra de arte, quisiera precisamente tratar a fondo estos dos temas: «Cristo como precursor del movimiento romántico en la vida» y «La vida del artista y el arte de la vida». El primero es, desde luego, extraordinariamente seductor, pues yo veo en Cristo, no sólo las características esenciales del tipo romántico por excelencia, sino también todo lo accidental, e incluso todas las arbitrariedades del temperamento romántico. Él fue el primero que invitó a los hombres a llevar «una vida igual a la de las flores». Él sentó esta expresión. Él vio en los niños el modelo que debemos intentar copiar. Él los dio como ejemplo a los hombres. Y este ha sido también siempre para mí el fin principal de los niños, si es que lo perfecto puede tener un fin.

Dante nos ha descrito cómo el alma del hombre sale de entre las manos del Creador «llorando y riendo cual un niño pequeño», y asimismo reconoció Cristo que el alma de todo hombre debía ser «*a guisa di fanciulla che piangendo o ridendo pargoleggia*». Comprendió que la vida se halla sujeta a cambios frecuentes, que es fluida y activa, y que el comprimirla dentro de una forma rígida sería la muerte. Comprendió

que los hombres no deben preocuparse demasiado de sus intereses materiales de cada día; que el no ser práctico es cosa muy grande, y que no es posible formarse demasiadas ideas acerca de la marcha del mundo. Si los pájaros no se ocupan de ello, ¿por qué habrían de preocuparse los hombres? Y es verdaderamente deliciosa aquella frase suya, que dice: «No os preocupéis del mañana. ¿Es acaso la vida sólo el alimento? ¿Acaso el cuerpo son sólo las ropas?» Esto último también podía haberlo dicho un griego, pues expresa en verdad el sentir heleno. Pero las dos cosas reunidas, sólo Cristo pudo decirlas, condensando en ellas para nosotros la suma de la vida.

Su moral sólo es amor; justo lo que la moral debiera ser. Conque sólo hubiese dicho «le serán perdonados sus muchos pecados por lo mucho que amó», valía la pena morir por estas palabras. Su justicia es esencialmente una justicia poética, o sea verdaderamente lo que debe ser la justicia. El pobre llega al cielo porque ha sido desgraciado. Me es imposible concebir para ello un motivo mejor. Los que en el viñedo sólo han trabajado una hora durante el frescor de la tarde, reciben el mismo salario que los que se han agotado trabajando durante todo el día bajo el sol ardiente. ¿Por qué no? Probablemente ni unos ni otros merecían nada, o tal vez eran seres de dos clases distintas.

Cristo no podía soportar los sistemas rutinarios, mecánicos e inanimados, que consideran a los hombres como objetos, y, por tanto, les tratan a todos por igual. No reconocía leyes, sino únicamente excepciones, cual si cada ser y cada cosa no tuvieran parejos en el mundo.

Lo que constituye la base fundamental del arte romántico era para él la base esencial de la vida natural. No veía otra. Cuando le llevaron una mujer que había sido sorprendida perpetrando el delito de adulterio, y le indicaron el castigo que le correspondía según la ley, preguntándole lo que convenía hacer, se puso a escribir con el dedo en la arena, cual si no oyese lo que le decían, y, como le seguían apremiando, alzó la cabeza y dijo simplemente: «Aquel de entre vosotros que se halle libre de pecado, que le arroje la primera piedra.» Sólo por estas palabras vale la pena vivir. Como todos los poetas, amaba a los ignorantes, pues sabía que en el alma de un ignorante hay siempre espacio para una gran idea. Pero no podía resistir a los necios, en particular a aquellos embrutecidos por la educación, o sea a esas gentes que tienen juicios dispuestos para todo, pero sin comprender ninguno: un tipo, éste, especialmente moderno, y que Cristo describe bajo la forma de aquel que tiene la llave de la sabiduría y no la sabe utilizar, ni permite que la utilicen los demás, a pesar de que esta llave sirva tal vez para abrir la puerta del reino de Dios.

Hubo de luchar principalmente contra los filisteos. Es esta una lucha que todo hijo de la luz vese obligado a proseguir. El filisteísmo

era la característica de la época y del pueblo en que él vivía. Por su hermética mentalidad, su inflexible rectitud, su monótona ortodoxia, su adoración a los ídolos del día, su exclusiva preocupación por las cosas groseras de la vida material, su risible engreimiento y su suficiencia, los judíos de Jerusalén, contemporáneos de Cristo, eran exactamente iguales a los filisteos británicos de nuestros días. Cristo clamó contra «los sepulcros blanqueados» de la respetabilidad, y ha dejado esta expresión grabada para siempre. El éxito mundano era para Él algo absolutamente despreciable, que carecía totalmente de significación, y la riqueza, una carga abrumadora.

No quiso saber nada de una vida sacrificada en aras de un sistema de filosofía o de moral. Explicó que las formas y los usos habían sido hechos para el hombre, y no el hombre para ellos. El descanso del séptimo día no tenía para Él ninguna importancia, y fustigó con el más terrible e inquebrantable desprecio la filantropía, la caridad pública, el enojoso formalismo a que tan aficionada es la mentalidad del pequeño burgués. Para nosotros, la ortodoxia significa simplemente una aquiescencia cómoda y desprovista de espíritu; pero, para los judíos, y en sus manos, fue una tiranía terrible y paralizadora. Cristo la rechazó, demostrando que únicamente tiene valor el espíritu. Fue para Él una gran satisfacción probarles que, si bien leían constantemente la Ley y los profetas, en realidad no tenían la menor idea de lo que esto significaba. Es más, y al contrario de ellos, que cada día masticaban, cual hojas de menta o de ruda, sus inflexibles rutinas, los deberes de antemano prescritos, predicó que lo único importante es vivir plenamente cada momento.

Aquellos a quienes absolvió de sus pecados, obtuvieron esta absolución únicamente a causa de los momentos hermosos de su vida. María Magdalena, al verle, rompe la preciosa copa de alabastro que le había regalado uno de sus siete amantes, y vierte sobre sus cansados y polvorientos pies el perfumado ungüento, y este único momento basta para que se sienta por siempre en el Paraíso, junto a Ruth y a Beatriz, entre guirnaldas de rosas blancas como la nieve.

Cristo, lo único que nos dice, con tono quedo e insinuante, es que cada momento ha de ser hermoso, que el alma ha de estar siempre preparada para la llegada del esposo y siempre dispuesta a oír la voz del amante, y el filisteísmo es sencillamente aquella parte de la naturaleza humana que no puede ser iluminada por la imaginación. Para Cristo, todas las influencias que agradan a los sentidos son como luces: la misma imaginación es la luz del mundo. Ella lo ha creado, y, sin embargo, no puede comprenderlo. Y es que la imaginación no es sino una manifestación del amor, y el amor y la facultad de amar es lo que distingue entre sí a las criaturas.

Pero, con los pecadores, Cristo es aún más romántico, en el más estrecho sentido de la palabra. El mundo siempre había amado a los santos, viendo en ellos la primera etapa inmediatamente posible hacia la perfección de Dios. Cristo, guiado por un instinto divino, parece desde un principio haber amado a los pecadores, viendo en ellos la primera etapa posible hacia la perfección del hombre. No era su objeto esencial el mejorar a los hombres, ni tampoco el mitigar sus sufrimientos. No le importaba convertir un interesante ladrón en un aburrido hombre de bien. No habría, sin duda, prestado gran atención a la «Sociedad para la protección de los antiguos delincuentes», ni a las demás instituciones modernas similares. No hubiera, seguramente, considerado como una acción heroica la transformación de un publicano en un fariseo. Comprendía el pecado y el dolor cual aún no han sido comprendidos, como algo bello y santo en sí, como etapas de la perfección.

Es esta una idea que parece muy peligrosa, y que efectivamente lo es. Todas las grandes ideas son peligrosas. Y no es posible poner en duda que esta era verdaderamente la fe de Cristo. Para mí no cabe la menor duda de que sea esta la verdadera fe.

Claro que es preciso que el pecador se arrepienta. Mas, ¿por qué? Pues por la sencilla razón de que de otro modo no se hallaría en condiciones de comprender lo que ha hecho. El momento del arrepentimiento es el de la iniciación. Más aún: es el medio por el cual puede uno deshacer el pasado.

Para los griegos, esto era imposible. Sus sentencias nos dicen con frecuencia que «jamás pueden los dioses cambiar el pasado». Cristo demostró que esto está al alcance del más vulgar de los pecadores; que es lo único que se halla a su alcance. Si a Cristo se le hubiera preguntado acerca de ello, hubiese contestado —estoy completamente seguro— que el hijo pródigo, después de haber disipado su hacienda con prostitutas, y de haber guardado los cerdos, y sufrido hambre, y pedido los desperdicios que comían los cerdos, en el mismo instante que cayó de rodillas y lloró convirtió todos estos hechos en momentos santos y hermosos de su vida. A la mayoría de los hombres les será difícil comprenderlo. Quizás sea preciso para ello haber estado en la cárcel. Si así fuese, merecía, en verdad, la pena de haber estado en la cárcel.

En la figura de Cristo hay algo único. Cierto es que, así como la aurora es precedida por engañosos fulgores que parecen anunciarla, y hay días de invierno en los que el sol brilla de pronto con tal claridad que el azafrán, equivocado, disipa su oro antes de tiempo, y que algún pájaro llama cándidamente a su hembra, para construir el nido sobre las ramas desnudas, así hubo también cristos antes de Cristo. Merecen nuestra gratitud. Por desgracia, desde entonces no ha habido ninguno más. Una sola excepción: Francisco de Asís. Pero Dios le dio al nacer

un alma de poeta; él mismo, siendo aún muy joven, desposóse místicamente con la pobreza, y así, con un alma de poeta y un cuerpo de mendigo, no podía serle muy arduo el camino de la perfección. Supo comprender a Cristo y llegó por esto a asemejarse a Él. No precisamos el *liber conformitatum* para saber que la vida de San Francisco fue la verdadera Imitación de Cristo: una poesía junto a la cual el libro de este nombre es prosa vulgar.

Y es que, en el fondo, el encanto que mana de Cristo está en que Él se asemeja en absoluto a una obra de arte. En realidad, Él no nos enseña nada; mas, si algo llegamos a ser, es porque entramos en contacto con Él. Y todos estamos predestinados a ello, y una vez siquiera en su vida cada hombre se dirige con Cristo hacia Emmaus.

En cuanto al segundo tema, o sea «La vida del artista y el arte de la vida», su elección te parecerá sin duda extraña. Hoy la gente señala hacia la cárcel de Reading y dice: «Ahí es donde le conduce a uno la vida de artista.» Bueno; podía llevarle a sitios aún peores. La gente vulgar, aquellos para quienes la vida es como hábil especulación, fruto de un cuidadoso cálculo de posibilidades, saben siempre adónde van, y van derechos hacia su objeto. Propónense como fin ideal el llegar a ser mayordomo de cofradía, y, en efecto, lo consiguen, sea cual fuere la situación en que hayan sido colocados. Y esto es todo. Y el que aspira a ser algo exterior a sí mismo: miembro del Parlamento, rico tendero, eminente abogado, juez u otra cosa igualmente aburrida, ve siempre sus esfuerzos coronados por el éxito. Y éste es su castigo. El que anhela una careta, no tiene más remedio que llevarla.

Las cosas suceden muy de otro modo con las fuerzas dinámicas de la vida y con los que las encarnan. Aquellos que sólo piensan en el desarrollo de su propia personalidad nunca saben adónde les conduce su camino. No pueden saberlo. En una palabra: es indispensable, cual pedía el oráculo griego, conocerse a sí mismo. He aquí el primer paso hacia la sabiduría. Pero la última etapa de la sabiduría estriba en penetrarse de lo insondable del alma humana. Nosotros mismos somos el misterio final, y aun después de haberse averiguado el peso del sol, y medido las fases de la luna, y seguido sobre el mapa, estrella por estrella, las siete constelaciones, aún nos falta conocernos a nosotros mismos.

¿Quién podría calcular la órbita de su propia alma?

Aquel hijo que salió a buscar los asnos de su padre, no sabía que le esperaba el hombre de Dios para ungirle, y que su alma ya era el alma de un rey.

Yo espero vivir aún lo bastante para poder crear una obra que me permita decir al final de mis días: «Bueno; aquí veis adónde conduce al hombre la vida de artista.» Lo más perfecto que he encontrado en la

esfera de mi experiencia es la vida de Verlaine y la del príncipe Kropotkin. Y ambos son hombres que han pasado varios años en la cárcel. Verlaine es el único poeta cristiano desde el Dante; Kropotkin tiene el alma de ese Cristo blanco y hermoso que parece que había de producir Rusia.

Y durante los últimos siete u ocho meses he podido yo mantener, no obstante las grandes dificultades que de continuo me llegaban del mundo exterior, estrecho contacto con un nuevo espíritu que anima en esta cárcel a hombres y cosas, y que me ha beneficiado más de cuanto pudieran expresar mis palabras. Y así como el primer año de cárcel no hice otra cosa, ni puedo recordar otra cosa que el retorcerme las manos con terrible desesperación y gritar: «¡Qué fin! ¡Qué fin más terrible!», ahora intento decirme, y me digo efectivamente algunas veces, con entera sinceridad, cuando no me torturo a mí mismo: «¡Qué principio! ¡Qué maravilloso principio!»

Tal vez sea esto cierto, y entonces mucho le debo a la nueva personalidad que en este lugar cambia la vida de todos. Las cosas en sí tienen poca importancia. Agradezcámosle siquiera una vez a la filosofía algo que nos haya enseñado. No me refiero aquí a las ordenanzas, pues se hallan determinadas por reglas de hierro, sino al espíritu que en ellas reside.

Tú puedes comprenderme, cuando digo que, de haber sido puesto en libertad en el mes de mayo, cual lo intenté, hubiese abandonado este lugar presa de horror, y sintiendo por él y por todos sus funcionarios un odio tan grande, que hubiera envenenado mi vida entera. Hube de permanecer un año más en el calabozo; pero en este tiempo ha invadido a todos un sentimiento de humanidad, y, cuando yo ahora salga de la cárcel, recordaré siempre la bondad que casi todos tuvieron aquí para conmigo, y el día de mi marcha expresaré a muchos mi rendida gratitud y les rogaré que, de cuando en cuando, se acuerden de mí.

Las instituciones penitenciarias están completamente equivocadas. Y yo daría cualquier cosa por poderlas modificar más adelante. Me propongo intentarlo. Pero nada hay en el mundo tan defectuoso que no logre el espíritu de humanidad —es decir, el espíritu de amor, el espíritu de Cristo, que no se encuentra en las iglesias— ya que no modificarlo por completo, al menos ayudar a soportarlo sin demasiada amargura.

Sé además que todavía me esperan fuera muchas cosas deliciosas, desde aquello que San Francisco de Asis llama «hermano viento» y «hermana agua» —ambas cosas son un placer—, hasta los escaparates y las puestas de sol de las grandes ciudades. Si quisiese hacer una lista de cuanto me queda todavía, no sé cuándo me sería dado terminarla, pues Dios en verdad ha creado el mundo tan bueno para mí como para otro

cualquiera. Tal vez salga de aquí poseyendo algo que antes no poseía. No preciso decirte que para mí las reformas morales son tan insulsas y tan desprovistas de importancia como las teológicas. Mas, si bien es cierto que proponerse llegar a ser un hombre mejor sería una hipocresía sin fundamento, llegar a ser un hombre más profundo es privilegio de los que han sufrido. Y creo haberlo logrado.

Nada me importaría, al recobrar mi libertad, que uno de mis amigos diese una fiesta y no me invitara. Puedo ser completamente feliz a solas conmigo mismo. ¿Quién no lo sería teniendo la libertad, y flores, y libros, y la luna? Sin contar que las fiestas ya no me cuadran: di demasiadas para que puedan proporcionarme aun algún encanto. Es este un aspecto de la vida que ya no existe para mí, quisiera poder decir que afortunadamente. Pero si, después de verme en libertad, uno de mis amigos tuviese una pena y no me permitiese compartirla, experimentaría una gran amargura. Si este amigo me cerrase las puertas de la mansión del dolor, yo volvería otra y otra vez, rogando me dejasen entrar a compartir aquello que tengo derecho a compartir. Si me consideraba indigno e incapaz de llorar con él, me haría el más cruel de los desprecios, la más terrible de las ofensas. Pero esto es imposible. Yo tengo derecho a compartir el dolor, y el poder contemplar la dulzura del mundo, y compartir su dolor, y medir en toda su extensión la maravilla de ambos, es hallarse en contacto directo con las cosas divinas y acercarse más que ningún otro al misterio de Dios.

Y tal vez penetre también en mi arte, igual que en mi vida, una nota aún más profunda, la de una mayor unidad de la pasión y de una fuerza más directa. La intensidad es el verdadero objeto del arte moderno, no la amplitud. En arte ya no hemos de ocuparnos del prototipo, sino de la excepción. Apenas si necesito decir que no puedo expresar mis sufrimientos en la forma que fue realmente la suya: el arte comienza allí donde acaba la imitación. Pero algo ha de animar mi obra, tal vez una resonancia más profunda, un ritmo más rico, efectos más inauditos, o una estructura más sencilla. En todo caso, nuevos valores estéticos.

Cuando Marsias fue arrancado de la vagina de sus miembros —para emplear una de las más terribles imágenes de Tácito recogidas por el Dante—, *della vagina delle membra sue*, dicen los griegos que terminó su canto. Apolo había vencido. La lira había triunfado del caramillo del pastor. Pero tal vez se equivocasen los griegos. Yo oigo con frecuencia en el arte moderno el grito de Marsias: suena amargo en Baudelaire, dulce y lastimero en Lamartine, misterioso en Verlaine. Lo siento en los contenidos acentos de la música de Chopin, en la melancolía repetida en todas las figuras de mujeres de Burne Jones. Y se siente incluso en el angustioso canto de los versos de duda y de tortura de Matthew Arnold, cuyo poema de Callicles habla con tan bello lirismo y tonos

tan claros del *Triunfo de la dulce y persuasiva lira* y de la *Famosa victoria final*; ni Goethe ni Wodsworth pudieron ayudarle, a pesar de que él volvíase alternativamente hacia cada uno de ellos; cuando quiere expresar los lamentos de Tirsis o hace cantar al *Estudiante gitano*, vese forzado a recurrir al caramillo del pastor.

Mas, se halle o no mudo el fauno frigio, yo no puedo callar. Para mí, el expresarme es tan necesario cual el crecer y florecer a las negras ramas de los árboles que se asoman por encima de los muros de la prisión, y que tan agitadamente tiemblan al viento. Entre mi arte y el mundo entreábrese ahora un abismo profundo, pero no entre el arte y yo. Al menos así lo espero.

A cada uno de nosotros estábale reservado su destino. A ti te ha tocado el de la libertad, los placeres, las diversiones y el bienestar; a mí el de la vergüenza pública, de la larga reclusión en un calabozo, de la miseria, la ruina y el deshonor, y empero yo no lo merecía en nada.

Recuerdo haber dicho que creía poder soportar una verdadera tragedia, siempre que se me presentase con un manto de púrpura o la careta del verdadero dolor; pero lo terrible de la vida moderna es que, por el contrario, oculta la tragedia bajo el disfraz de la comedia, con lo cual las grandes realidades cotidianas aparecen grotescas o sin estilo. Esto tiene su razón de ser. Probablemente siempre hubo de acontecer lo mismo en la actualidad de todos los tiempos. Se ha dicho que, al espectador, todos los martirios le parecían viles: el siglo XIX no ha de ser una excepción.

En mi tragedia todo ha sido feo, bajo, repugnante, sin carácter: hasta nuestro uniforme nos hace aparecer grotescos. Somos los bufones del dolor. Somos unos payasos con el corazón destrozado. Y gozamos de la facultad de mover los músculos de la risa.

El trece de noviembre de mil ochocientos noventa y cinco, me trajeron aquí desde Londres. Aquel día hube de estar desde las dos y media hasta las tres de la tarde, con traje de presidiario y esposado, expuesto a las miradas del público en el andén central de la estación de Clapham Jounctiom. Me habían sacado de la enfermería sin prepararme para ello, ni siquiera un minuto más. Yo era el más grotesco de cuantos depravados pudiesen existir, y, al verme, la gente se reía. Cada nuevo tren que llegaba aumentaba el número de los curiosos y se divertían de un modo indescriptible. Claro es que esto antes de saber quién era yo. En cuanto lo supieron, se rieron con mucha más gana todavía. Media hora larga permanecí yo allí, bajo la lluvia gris de noviembre, entre las burlas del populacho.

Durante un año entero he llorado todos los días a la hora y durante el tiempo en que ello me ocurrió. Pero este llanto no es tan trágico como a ti sin duda te parece. Para los que están en la cárcel, las lágrimas

forman parte de la experiencia cotidiana. El día que uno en la cárcel no llora, es un día en que tiene el corazón endurecido, no un día en que su corazón se siente feliz.

Pues bien: poco a poco he ido sintiendo más lástima de aquellos que de mí se reían, que de mí mismo. Claro es que aquel día yo no estaba sobre mi pedestal, sino en la picota. Pero las gentes que carecen de imaginación no se ocupan de los que se hallan en un pedestal. Un pedestal puede ser una cosa irreal; la picota, en cambio, es una realidad terrible. Aquellas gentes debían haber interpretado mejor el dolor. Ya he dicho que tras el dolor siempre está el dolor; estaba mejor dicho el que tras el dolor siempre hay un alma. Y mofarse de un alma torturada es una cosa horrible. La vida de quien tal hace no es hermosa.

En la economía extrañamente sencilla del mundo, uno recibe únicamente aquello que da: ¿se puede acaso otorgar otra piedad que la del desprecio a aquellos que no tienen imaginación bastante para comprender el simple aspecto exterior de las cosas y apiadarse de él?

Hablo aquí de mi conducción a esta prisión para demostrar cuán difícil hubo de serme sacar de mi castigo algo más que amargura y desesperación. Mas es preciso que así sea, y de cuando en cuando tengo momentos de resignación y de humildad. Toda la primavera puede abrigarse en un solo capullo, y el nido de la alondra en los surcos puede cobijar todas las delicias que habrán de anunciar un día el alborear de muchas auroras. Asimismo, toda la belleza quizá que la vida aún me reserva, hállase en un momento de abandono, de resignación y humildad.

Sea lo que fuere, yo no puedo seguir adelante sino únicamente por los senderos de mi propia evolución, y, aceptando cuanto me ha sucedido, hacerme digno de ello.

Con frecuencia me decían que yo era demasiado individualista. Pues he de llegar a ser mucho más individualista de lo que antes era. Necesito sacar de mí mucho más de lo que antes sacaba y exigir menos del mundo. En el fondo, mi ruina no es consecuencia de un exceso, sino de falta de individualismo. El único paso vergonzoso de mi vida, el único imperdonable y por siempre despreciable, fue atreverme a dirigirme a la sociedad en demanda de ayuda y protección. Desde el punto de vista individualista, esa demanda de amparo era ya harto torpe. ¿Qué disculpa invocar en mi favor? Una vez que yo hube puesto en marcha las fuerzas de la sociedad, ésta volvióse naturalmente al punto contra mí, diciendo: «Siempre viviste fuera de mis leyes. ¿Y ahora recurres a mis leyes para que te protejan? Pues bien: ahora te haremos sentir todo el peso de estas leyes y habrás de soportar sus consecuencias.» Y esto dio por resultado el que yo me vea ahora en un calabozo. Y, du-

rante el transcurso de mis tres procesos, he podido sentir amargamente la ignominiosa ironía de mi situación.

De seguro que jamás hombre cayó tan vergonzosamente, y precipitado por tan vergonzosos instrumentos, como yo. En *Dorian Gray* pueden leerse estas palabras: «Siempre es poco el cuidado que se pone en la elección de sus enemigos.» Nunca me hubiera figurado que yo mismo, por culpa de unos parias, llegaría a convertirme en un paria. Y por eso es tanto el desprecio que me tengo.

El filisteísmo en la vida no consiste en la incapacidad de comprender el arte. Hay hombres encantadores: los pescadores, los pastores, los labradores, los campesinos y otros de igual índole, que nada saben del arte, y son, sin embargo, el aroma de la tierra. El verdadero filisteo es aquel que estimula las fuerzas mecánicas, pesadas, enojosas y ciegas de la sociedad, y las apoya sin reconocer la fuerza dinámica cuando se le presenta en un hombre o en un movimiento.

Juzgóse espantoso el que yo sentase a mi mesa a individuos nocivos y me complaciese en su compañía. Empero, y desde el punto de vista desde el cual hube de acercarme a ellos como artista, constituían para mí un estimulante deliciosamente sugestivo. Era como si uno se emborrachase en compañía de unas panteras: en el peligro radicaba la mitad de la embriaguez. Parecíame como si yo fuese un encantador de serpientes, en el momento en que hace que la naja a su voz se alce del paño abigarrado, o del cesto, y desarrolle sus anillos, y se balancee en el aire cual una planta en la corriente del río. Eran para mí las más luminosas de las serpientes doradas y en su veneno estaba parte de su perfección. Yo no sabía que comenzarían a atacarme, atendiendo al silbido y al dinero de otro. Y no me avergüenzo de haberles conocido, porque eran extraordinariamente interesantes. Pero sí de la horrenda atmósfera de filisteísmo a que fui arrastrado.

Mi calidad de artista me impulsaba hacia Ariel, y hube de ocuparme en luchar contra Calibán. En lugar de escribir obras armoniosas, espléndidamente policromadas, como *Salomé, La tragedia florentina* o *La santa cortesana*, hube de redactar largas cartas de leguleyo y me vi obligado a ponerme bajo la protección, precisamente de aquellas cosas contra las cuales habíame precavido desde siempre.

Clibborn y Akkins mostráronse admirables en su infame guerra contra la vida. El haberles dado abrigo fue una empresa verdaderamente arriesgada. Dumas padre, Cellini, Goya, Edgar Allan Poe, Baudelaire, hubieran obrado exactamente de igual modo. Me repugna el recuerdo de las innumerables visitas que hice al abogado Humphrey; en la luz cruda de una habitación desnuda, hallábame yo sentado, diciéndole con cara muy seria mentiras muy serias a un hombre calvo, hasta que el aburrimiento me hacía bostezar y gemir. Allí me hallaba yo

verdaderamente en el centro de Filistea, alejado de todo lo que es bello, brillante, maravilloso y audaz. Habíame presentido como campeón de la decencia y la austeridad en la vida, y de la moral en el arte. *Voila ou menent les mauvais chemins* [5].

Lo más extraño para mí es que tú tienes que haber intentado imitar a tu padre en los rasgos distintivos de su carácter. No puedo comprender cómo tu padre pudo llegar a ser para ti un ejemplo, cuando debía haber sido precisamente todo lo contrario. Sólo existe un verdadero lazo, una verdadera fraternidad allí donde impera el odio. Vosotros, debido a esa extraña ley que hace antipáticos entre sí a los semejantes, os odiabais, y no porque erais opuestos en muchos puntos, sino por ser iguales en algunos. En junio de mil ochocientos noventa y tres, cuando abandonaste Oxford, sin grado académico, pero con deudas, que si bien no eran muy grandes, sí eran importantes para un hombre que contaba con los recursos de tu padre, éste te escribió una carta en términos bajos, crudos e injuriosos. Tu contestación fue, en todos aspectos, todavía peor, y, naturalmente, todavía menos disculpable. De lo cual, claro está, tú te enorgullecías. Recuerdo aún perfectamente que me dijiste, con el más presuntuoso de tus acentos, que podías atacar a tu padre «en su propio terreno». Perfectamente. Mas, ¡vaya un terreno y vaya una lucha!

Acostumbrabas a reírte y a mofarte de tu padre, porque se marchaba de casa de tu primo, en donde vivía, para escribirle desde un hotel próximo cartas muy sucias. Y tú acostumbrabas a hacer lo mismo conmigo. Almorzabas siempre conmigo en algún restaurante; durante la comida provocabas alguna bronca y luego te ibas al White's Club a escribirme una carta infame. La única diferencia entre tú y tu padre era el que tú, unas horas después de haberme enviado la carta por un propio, venías a mi casa, no a disculparte, sino a enterarte de si había yo encargado ya la comida en Savoy, y si no, por qué razón. Y hasta hubo veces en que llegaste antes de haber yo leído la carta en que me insultabas. Recuerdo de una vez, en que me habías rogado invitase al lunch en el café Royal a dos de tus amigos, uno de los cuales no había visto en la vida. Así lo hice, y conforme la tu deseo, encargué una comida particularmente suculenta. Mandé venir al *maitre d'hotel* —aún me parece que le estoy viendo— para puntualizarle concretamente todos los detalles respecto a los vinos. Y en lugar de venir a comer, me enviaste al café una carta llena de insultos, calculando el tiempo de tal forma, que la recibí después de estarte esperando media hora.

Leí la primera línea, lo comprendí todo; me guardé la carta en el bolsillo y dije a tus amigos que te habías puesto malo de repente; que

[5] En francés en el original.

el resto de la carta trataba de los síntomas de la enfermedad. En realidad, no leí la carta hasta mucho después, al irme a Tite-Street a cenar.

Preso de inmensa amargura, sumido en el fango de aquellas líneas, preguntábame yo cómo podías tú escribir unas cartas que eran como la espuma y la baba que aparece en los labios del epiléptico, cuando me anunciaron que estabas en el vestíbulo y deseabas imprescindiblemente hablarme cinco minutos.

Te hice subir inmediatamente. Te presentaste, lo reconozco, pálido y demudado; venías en busca de apoyo y de consejo, pues ya había llegado a tus oídos el que alguien del bufete del abogado Lumley había preguntado por ti en Cadoglan-Place, y temías ver levantarse la amenaza de tu asunto de Oxford, o de algún nuevo peligro. Yo te consolé, diciéndote que probablemente —y así era, en efecto— tratábase únicamente de la cuenta de algún comerciante, y te invité a comer y a pasar la velada conmigo.

No mentaste para nada tu horrible carta, ni yo tampoco. Para mí no era sino un síntoma lamentable de un desgraciado temperamento. No se habló de ello. El escribirme a las dos y media una carta repugnante y venir a las siete y cuarto de la misma tarde a buscar precipitadamente junto a mí ayuda y consuelo, era en ti cosa corriente. Con ello y con otras muchas cosas sobrepasabas a tu padre.

Cuando fueron leídas ante el juez las repugnantes cartas que te dirigió tu padre, se avergonzó e hizo como si llorara. Y si su abogado hubiese leído también las cartas que tú le habías dirigido, el mundo hubiera sentido un horror, una repugnancia todavía mayores.

Mas no era sólo con el estilo con lo que triunfabas de tu padre «en su propio terreno», sino que también le dejabas muy atrás en el modo de atacar. Utilizabas el telegrama público y la postal abierta. Yo creo que esas formas de atacar debías habérselas dejado a gentes como Alfred Good, para quienes constituyen la única fuente de ingresos.

¿No es así?

Lo que para él y su cuadrilla constituía una profesión, constituía para ti un placer, un placer harto perverso. Y no has renunciado a ello, ni aun después de cuanto me ha ocurrido a causa precisamente de esa abominable costumbre tuya de enviar esquelas insultantes. Sigues considerando esta práctica como un talento personal tuyo, y lo esgrimes contra mis amigos, o contra aquellos que se han mostrado buenos conmigo durante mi estancia en la cárcel, cual Robert Sherard, entre otros. Y esto es en ti verdaderamente vergonzoso.

Cuando Robert Sherard supo por mí mismo que yo no quería que tú publicaras un artículo sobre mí en el *Mercure de France*, ni con cartas ni sin ellas, debías haberle agradecido el haberte transmitido mis deseos respecto a este asunto y te hubieras ahorrado de este modo el

causarme inconscientemente un sufrimiento todavía mayor del que ya me habías causado. Has de comprender, no obstante, que una carta seudoprotectora, de espíritu mezquino, respecto a «un hombre que yace en tierra», cuadra admirablemente en un periódico inglés, en donde continúa la tradicional actitud de la Prensa inglesa para con los artistas; pero que en Francia sólo podía servir para ponerme en ridículo y hacerte despreciable.

Para autorizar un artículo me era indispensable conocer antes su objeto, su naturaleza, la forma en que estaba concebido y demás particularidades. En arte, las buenas intenciones no tienen valor ninguno. El arte malo es siempre el resultado de bonísimas intenciones.

Y no es Robert Sherard el único amigo mío a quien has dirigido cartas mordaces y amargas, porque creía que convenía tener en cuenta mis deseos y mis sentimientos en asuntos que me afectaban, tales como la publicación de artículos sobre mí, el dedicarme tus poesías, el devolverme mis cartas y regalos, y cosas similares. También a otros los has importunado o has intentado importunarlos.

¿No se te ocurre pensar a cada instante en qué situación más terrible me hubiese yo encontrado en los dos últimos años de mi terrible condena, si hubiese apelado a tu amistad?

¿Piensas siquiera constantemente en ello?

¿Te sientes acaso de continuo agradecido a aquellos cuya bondad sin límites, cuya infinita abnegación, cuyos espontáneos regalos me han aligerado mi tenebrosa carga; aquellos que me han visitado repetidamente, me han demostrado su simpatía en cartas muy hermosas, se han ocupado en mi lugar de mis asuntos, han tomado disposiciones para mi porvenir y han permanecido junto a mí, a pesar de las calumnias, las mofas, el desprecio público e incluso de los insultos?

Todo se lo debo a ellos. Hasta los libros que tengo en mi celda es Robbie quien los ha pagado de su bolsillo. Y de la misma fuente me llegarán ropas cuando sea puesto en libertad. No me avergüenza el aceptar lo que se me ofrece con cariño sincero y hasta me enorgullezco de ello. Es más: pienso en esos amigos míos, en More Adey, Robbie, Robert Sherard, Frank Harris, Arthur Clifton, y en todo lo que su ayuda, su cariño, la simpatía que me han demostrado ha sido para mí.

Esto tú no lo has visto. Empero, si tuvieses siquiera una chispa de imaginación, sabrías que no ha habido nadie durante mi prisión que no se haya mostrado bueno conmigo; incluso, en escala descendente, el carcelero, que me da, sin que nada le obligue a ello, los buenos días y las buenas noches; incluso los humildes guardias que, a su modo, tosca y calladamente, intentaban consolarme el día en que fui conducido al Tribunal de quiebras, y en que volví en un estado de angustia terrible; incluso, bajando aún más, el pobre ladrón que me conoció mientras

dábamos vueltas al patio de la prisión de Wandsworth, y que, con la bronca voz del calabozo, que uno adquiere en el largo e involuntario silencio, susurróme estas palabras: «Me da usted lástima, pues para uno como usted esto es más duro que para nosotros.»

No, no hay uno siquiera ante quienes no debieras enorgullecerte de arrodillarte para limpiarle el polvo del calzado.

¿Puedes siquiera llegar a imaginarte qué tragedia más terrible fue para mí el encontrarme en el camino con tu familia?

¿Qué tragedia no había de ser para todo el que podía haber perdido una gran posición, un nombre ilustre o algo igualmente importante? Entre los miembros adultos de tu familia apenas si hay uno —Percy, que en verdad es un buen muchacho— que no haya contribuido en algún modo a mi ruina.

Te he hablado de tu madre con bastante amargura y te aconsejo con gran insistencia que le enseñes esta carta, ello principalmente en tu propio interés. Si le es doloroso leer tales recriminaciones contra uno de sus hijos, que piense que mi madre, que por su espíritu fue hermana de Elizabeth Barret-Browning, y por su historia, de madame Roland, murió con el corazón destrozado, porque el hijo de cuyas dotes y arte se enorgullecía, y en quien siempre había visto el digno continuador de un apellido ilustre, fue condenado a dos años de presidio.

Y me preguntarás cómo pudo tu madre contribuir a mi ruina. Voy a decírtelo. Así como tú te esforzabas en descargarte sobre mí de todas tus responsabilidades directas, tu madre, por su parte, esforzábase en descargarse sobre mí de todas las responsabilidades morales que tenía respecto a ti. En lugar de hablar directamente contigo de tu vida, cual es el deber de una madre, escribióme siempre confidencialmente a mí, rogándome a la vez con gran temor no te enterases de que ella me escribía. Ya ves en qué situación me poníais entre los dos. Una situación no menos falsa, estúpida y trágica, que aquella en que me precipitasteis tu padre y tú. En agosto de mil ochocientos noventa y dos, y el ocho de noviembre del mismo año, tuve yo con tu madre dos largas conversaciones acerca de ti, y las dos veces le pregunté por qué no hablaba directamente contigo. Las dos veces me contestó lo mismo: «Me da miedo; se pone frenético cuando se le habla.» La primera vez, hacía tan poco que yo te conocía, que no comprendí lo que quería decir. Pero la segunda te conocía ya tan bien, que la entendí admirablemente. (Mientras, habías tú tenido un ataque de ictericia, el médico te había ordenado fueses a pasar una semana a Bournemoth, y como odiabas encontrarte solo, me habías comprometido a ir contigo.) Mas el primer deber de una madre es no temer hablar en serio con tu hijo. Si tu madre te hubiese hablado seriamente respecto al disgusto en que te vio el año mil ochocientos noventa y dos, y te hubiese animado a confiarte a ella, todo

se hubiera desarrollado para vosotros mucho mejor y más dichosamente.

Todos estos secretos conmigo eran una equivocación. ¿Qué finalidad podía tener el que tu madre me dirigiese innumerables cartitas para rogarme que no te invitase con tanta frecuencia a comer, ni te diese más dinero; cartas que llevaban en el sobre la mención «confidencial» y terminaban invariablemente con esta posdata: «No le diga usted de ningún modo a Alfred que yo le he escrito»?

¿Qué eficacia podía tener semejante correspondencia?

¿Esperaste acaso alguna vez a que yo te invitara a comer?

Jamás. El comer siempre conmigo parecíate muy natural. A todas mis protestas contestabas lo mismo: «Si no como contigo, ¿dónde voy a comer? No irás a suponer que en mi casa.» Esto era irrebatible. Y cuando yo no quería consentir de ningún modo que comieras conmigo, me amenazabas con hacer una tontería, y, efectivamente, la hacías.

¿De qué podían, por lo tanto, servir cartas como las que mandaba tu madre?

¿Qué otro resultado podían tener que aquel que efectivamente tuvieron, o sea, el echar sobre mis hombros una absurda responsabilidad moral?

Y no quiero hablar aquí de las innumerables ocasiones en que la debilidad de tu madre y su falta de valor hubieron de manifestarse igualmente perjudiciales para ella, para ti y para mí. Pero la verdad es que al enterarse de que tu padre había venido a mi casa a armar un repugnante escándalo, y con intención de provocar un escándalo público, bien podía haber visto en ello el anuncio de una catástrofe, e intentado evitarla. Empero no se le ocurrió cosa mejor que enviarme al prudente George Wyndham con sus hábiles palabras, ¿y qué es lo que venía a proponerme? Pues «darte poco a poco de lado». Como si esto hubiese sido posible.

Ya había yo intentado por todos los medios poner fin a nuestra amistad; había incluso abandonado Inglaterra, dejando una falsa dirección, con la esperanza de romper de una vez un lazo que me pesaba, me era funesto y que sólo odio me inspiraba.

¿Crees tú verdaderamente que podía yo haberte «dado poco a poco de lado»?

¿Crees tú que podía yo haber de este modo causado algún bien a tu padre?

Bien sabes que el caso era muy otro. Lo que tu padre deseaba no era que rompiéramos nuestra amistad, sino un escándalo público. Y se esforzaba en lograrlo. Hacía ya años que su nombre no aparecía en los periódicos. Vio la posibilidad de reaparecer ante el público inglés en un papel completamente nuevo: el de padre amante. Ello estimulaba su

Humor. Si yo rompo mi amistad contigo, esto le hubiera causado una tremenda desilusión, a la cual sólo podían aportar un muy débil paliativo las habladurías a que daba lugar un segundo divorcio, por muy repugnante que éste fuese en su causa y en sus pormenores.

Y es que sólo un fin perseguía: la popularidad y el hincharse de orgullo en calidad —cual suele decirse— de campeón de la austeridad, lo cual, dado el actual estado de la sociedad británica, es el más seguro procedimiento para convertirse de momento en una figura heroica.

De esta sociedad, ya he dicho, en una de mis obras de teatro, que una mitad del año es Calibán y la otra mitad Tartufo; tu padre, en quien encarnaron perfectamente ambos caracteres, aparecía de este modo, indiscutiblemente, como el más puro representante del puritanismo, en su aspecto más típico y más agresivo.

Aun suponiendo que ello hubiera sido posible, el darte poco a poco de lado de nada habría servido.

¿No comprendes ahora que lo único que le cumplía a tu madre era el haberte rogado fueses a verla, y, teniéndonos allí a los tres, a ti, a tu hermano y a mí, declarar rotundamente que tu amistad conmigo había necesariamente de terminar?

Hubiera hallado en mí el más decidido apoyo, y no tenía por qué tener miedo ninguno de hablar contigo, puesto que Drumlanrig y yo hubiéramos estado presentes. Pero no lo ha hecho. Temía la responsabilidad y prefería derivarla hacia mí. Cierto es que me ha escrito una carta. Una breve esquela, para rogarme no enviase a tu padre la carta del abogado en que éste me invitaba a no seguir adelante.

En esto tenía razón. Era ridículo de mi parte recurrir a los abogados en demanda de protección y de consejo. Mas toda eficacia que su carta podía haber tenido ella misma la destruía con la sempiterna posdata: «No le diga de ningún modo a Alfred que le he escrito a usted.»

A ti te embriagaba literalmente la idea de que yo pudiese hacer que unos abogados os escribiesen, lo mismo a ti que a tu padre. Tú eras quien provocabas esto, y yo no podía decirte que tu madre era contraria a ello, pues ella misma me había, con solemnes promesas, comprometido a no decirte nunca una palabra de las cartas que me escribía, y yo mantuve locamente esta promesa.

¿No comprendes ahora cuán equivocada estaba al no hablar directamente contigo? ¿Y cuán equivocadas eran asimismo esa correspondencia de chismes y esas entrevistas secretas?

Nadie puede descargarse sobre otro de su responsabilidad. Ésta acaba siempre por volver a aquel a quien corresponde. Tu idea de la vida, tu filosofía —si es que puede suponérsete una— era que otro había de pagar siempre lo que tú hicieses, y esto, no sólo en el sentido económico de la frase —lo cual fue simplemente la aplicación de tu filo-

sofía a la vida cotidiana—, sino también en el sentido harto más amplio y completo de transmisión de la responsabilidad. Y esta filosofía, que, llegado el caso, tan buenos resultados te daba, la convertiste en una verdadera profesión de fe.

Me obligaste a entablar un proceso, porque sabías muy bien que tu padre nunca te atacaría, ni personalmente ni en tu vida, y que yo, a ti y a tu vida, os defendería hasta lo último, cargando sobre mis hombros con todo aquello con que se me quisiese abrumar. Y pensabas bien. Tu padre y yo —claro es que cada uno por otros motivos—hicimos exactamente aquello con que tú contabas. No obstante, y a pesar de todo, tampoco tú has salido ileso: «La historia del niño Samuel», cual puede llamársela para abreviar, podrá parecer muy bella a los ojos del vulgo, pero parece ser que en Londres se han burlado bastante de ella; en Oxford se han sonreído. Y es que en todas partes hay personas que te conocen, y tú en todas partes dejas rastro. Mas, fuera de un reducido grupo en estas dos ciudades, el mundo ve en ti a un hombre bueno, poco menos que arrastrado al delito por el artista malo e inmoral, y felizmente salvado, justo en el momento preciso, por su bondadoso y amante padre.

Esto resulta precioso, y a pesar de todo, tú bien sabes que no has salido incólume de este asunto. Y no me refiero aquí a aquella estúpida pregunta hecha por un jurado no menos estúpido, y, naturalmente, considerada con desprecio por el fiscal y el presidente; aquello carece de importancia. Quiero decir que tal vez, en el fondo, ante ti mismo, a tus propios ojos, no estás exento de culpa.

Algún día tendrás que meditar sobre tu conducta; no estás, no puedes estar satisfecho del giro que han tomado las cosas. Al pensar en ti, no puedes menos de sentir inmenso rubor. Mostrar al mundo una frente de bronce es en verdad maravilloso, pero cuando te halles a solas y libre de espectadores, tienes forzosamente que quitarte la careta para poder respirar, pues de lo contrario te asfixiarías.

Y, asimismo, tu madre no puede por menos de lamentar alguna vez el haber querido descargarse sobre otro de sus graves responsabilidades; sobre otro que ya tenía que soportar una carga suficientemente pesada.

Ella hacía junto a ti las veces de padre y de madre; ¿ha cumplido acaso los deberes, aunque sólo sea de uno de los dos?

Ya que yo me mostré indulgente para con tus caprichos, tus violencias y tus escándalos, ella debía haber mostrado igual indulgencia.

La última vez que vi a mi mujer —hace de esto ahora catorce meses— le dije que ella había de ser a un tiempo padre y madre de Cyril. Le conté todo lo referente al modo de ser de tu madre contigo; se lo conté con todos los detalles expuestos en esta carta; pero, como es

natural, mucho más extensamente. Le expliqué el motivo de esas innumerables cartas de tu madre, que llegaban a Tite-Street con la mención de «particular» y con tanta regularidad, que mi mujer habíame dicho riendo que seguramente tu madre y yo estábamos escribiendo juntos alguna novela de sociedad. Y le supliqué encarecidamente no obrase con Cyril como tu madre contigo. Le dije que había de educarle de tal forma, que si algún día él llegaba a derramar sangre inocente, fuese junto a ella y se lo confesase para que ella le lavase primero las manos y viese luego cómo podía lavarle el alma con el arrepentimiento y la reparación del daño causado.

Y le dije que si le asustaba tomar sobre sí la responsabilidad de la vida de otro, aunque este otro fuese su propio hijo, que buscase un tutor que la ayudara. Y esto es lo que efectivamente ha hecho, y es para mí una alegría. Su elección ha recaído en Adrian Hope, un hombre de elevado origen, de gran cultura y noble carácter, su primo, con quien una vez te encontraste en Tite-Street, y en él han hallado Cyril y Vivían las mejores esperanzas de un hermoso porvenir.

Si tu madre temía hablar en serio contigo, debía haber elegido a alguno de sus propios parientes a quien tú tal vez hubieses hecho caso. Pero ella no tenía por qué tener miedo. Debía haberte aconsejado y ofrecido su frente, y, por no haberlo hecho, ya ves el resultado.

¿Puede acaso éste satisfacerla?

Ya sé que a mí me culpa de todo, y lo sé, no por personas que te conocen, sino por personas que ni te conocen ni quieren conocerte. Con frecuencia oigo hablar de ello. Ella, por ejemplo, suele hablar de la influencia ejercida por el hombre mayor en edad sobre el más joven. Se agarra preferentemente a esta idea porque, dados los prejuicios corrientes del país y la ignorancia, nunca deja de causar impresión. No necesito preguntarte cuál fue mi influencia sobre ti. De sobra sabes que no tuve ninguna. A menudo te alababas de ello, y es lo único de que en verdad podías vanagloriarte. Y, ¿qué podía haberse dejado influir en ti? ¿Tu inteligencia? Aún no estaba desarrollada. ¿Tu imaginación? Estaba muerta. ¿Tu corazón? No había nacido todavía. De cuantos hombres he podido cruzar en mi camino, tú fuiste el único en quien yo no podía haber influido absolutamente en nada.

Cuando yacía en cama, sin asistencia de nadie, y enfermo de la fiebre que tú me habías contagiado, no logré influir sobre ti hasta el punto de hacer que fueses siquiera a buscarme un vaso de leche o de que te ocupases de que no me faltaran las cosas más corrientes y precisas en la habitación de un enfermo, o de que te tomases la molestia de recorrer en coche doscientos metros para ir a comprarme a una librería un libro que yo hubiera naturalmente costeado. Cuando me hallaba sumido en la tarea de escribir y concebir comedias que habían de superar a

Congrebe en ingenio, a Dumas joven en filosofía y seguramente a otro cualquiera en cualquier aspecto, no fue tanta mi influencia sobre ti como para hacer que me dejases tranquilo, cual debe estar el artista. Mi cuarto de trabajo, se hallase donde se hallara, era siempre para ti un aposento de paso, una habitación para fumar, beber vino con agua de seltz y charlar de cosas estúpidas. Esa teoría de «la influencia del hombre de más edad sobre el más joven» tiene gracia hasta el momento en que llega a mis oídos; después, resulta grotesca. Y cuando llegue a los tuyos, seguramente te sonreirás, y con sobrada razón.

También oigo hablar mucho de lo que tu madre dice respecto a la cuestión del dinero. Hace observar que ella me rogaba constantemente no te diese dinero, lo cual es exacto. Lo reconozco. Sus cartas han sido innumerables, y en todas aparece la consabida posdata: «Le ruego no sepa Alfred que le he escrito a usted.» Mas a mí no me hacía ninguna gracia el tener que sufragar hasta tus gastos más nimios, desde el afeitado de por la mañana hasta el coche de altas horas de la madrugada. Aquello era para mí una verdadera plaga, y constantemente te lo reproché. Repetidamente —¿lo recuerdas, no es verdad?— te dije cuánto me desagradaba vieses en mí a una persona «útil», cuando el artista y el arte mismo en su íntima esencia han de carecer completamente de utilidad. Siempre te molestaste. La verdad es una cosa muy dolorosa de oír y de manifestar. Pero esta verdad no te ha hecho cambiar nunca tu manera de ver ni de vivir y todos los días hube yo de sufragar cuantos pequeños gastos hacías. Esto sólo podía ser el hecho de un hombre dotado de una incomparable bondad de corazón o de una infinita estupidez. Por desgracia, en mí uníanse perfectamente ambas cosas. Cada vez que yo te daba a entender que a tu madre correspondía proveerte del dinero necesario, tenías tú preparada una respuesta digna y rotunda. Decías que la renta que tu padre le pasaba —creo que unas mil quinientas libras al año— era totalmente insuficiente para las necesidades de una mujer de su rango y que no querías, por lo tanto, pedirle más dinero que el que ella te daba. Tenías razón al decir que su renta no cuadraba a una mujer de su rango y de sus gustos, pero ello no le hace para que no estuviese bien en ti el utilizar ese pretexto para vivir opulentamente a mi costa, sino que, por el contrario, debía haberte impulsado ante todo a llevar un tren de vida más económico. Es indiscutible que eras, y probablemente sigues siendo, un sentimental; sólo un sentimental puede querer proporcionarse gratuitamente el lujo de una emoción. Hacías muy bien en mirar por el bolsillo de tu madre, pero no dejaba de ser muy feo el que lo hicieses a mi costa.

Ya digo yo, en mis *Intenciones* que los impulsos del sentimiento son, en su extensión y duración, tan limitados cual los de la fuerza corporal. La copa hecha para contener una cantidad determinada puede

contener ésta, pero no sobrepasarla, aun cuando todos los purpúreos toneles de Borgoña estén llenos de vino hasta el borde y los vendimiadores se hundan hasta las rodillas entre los racimos de uvas de los viñedos de España. No hay error mayor que el creer que aquellos que causan o provocan las grandes tragedias tienen sus sentimientos al unísono de éstas, y el esperarlo de ellos es el más funesto de todos los errores. Tal vez pueda el mártir, dentro de su «camisa de llamas», contemplar la faz del Señor. Pero el que amontona leña o sopla en la hoguera para que el aire avente las llamas, no siente más que el matarife que sacrifica un buey, el leñador que tala un árbol en el bosque o el segador que, al segar, hace desplomarse lentamente una flor con la hoz. Las grandes pasiones son para las almas grandes. Y los grandes acontecimientos sólo pueden ser comprendidos por quienes se hallan a su altura.

Yo me figuro que si vuelves alguna vez la vista hacia atrás y reflexionas acerca de tu conducta para con tu madre, o para conmigo, no podrás sentirte satisfecho de ti mismo y que, si no le enseñas esta carta a tu madre, tal vez algún día llegues a explicarle cómo, al vivir a mi costa, no obedecías en modo alguno a mis deseos.

La forma que tomaron tus sentimientos para conmigo no pudo ser más personal, ni serme a mí personalmente más desagradable. El depender de mí, igual en los pequeños gastos que en los grandes, prestábate a tus propios ojos el encanto de la infancia, y al obligarme a pagar también por todos tus amigos, creías haber dado con el secreto de una eterna juventud.

Confieso que el saber lo que tu madre dice de mí me es harto doloroso. Y de seguro que tú mismo, si piensas un poco, estarás conmigo en que ya que no tiene una sola palabra de sentimiento o de compasión por la catástrofe a que me ha llevado tu gente, más le valía callar.

Claro es que no hace falta que ella vea esa parte de esta carta que trata de mi proceso espiritual, ni de la meta que espero alcanzar, pues ello no le interesaría. Pero yo, en tu lugar, le enseñaría aquellos párrafos que se refieren exclusivamente a tu vida.

A mí, en tu lugar, no me agradaría en modo alguno saberme querido a causa de una ilusión falsa. El hombre no tiene por qué descubrir al mundo su vida. El mundo es incomprensivo. Pero cuando se trata de personas cuyo amor uno desea, la cosa es muy distinta.

Un buen amigo mío, y que como tal se ha mostrado durante diez años, vino a verme no ha mucho y me dijo que no creía una sola palabra de cuanto se decía contra mí, y me dio a entender que estaba firmemente convencido de mi inocencia y me tenía por la víctima de una inicua conspiración. Al oírle hablar de este modo, rompí a llorar y le dije que muchos de los extremos de que se me acusaba eran completamente falsos y habían sido ideados con indignante perfidia, pero que, sin

embargo, mi vida había estado llena de placeres perversos y de extrañas pasiones, y que él tenía que convencerse de ello y aceptarlo, para que yo pudiese continuar siendo su amigo o volviese alguna vez a estar en su compañía. Esto fue para él un golpe terrible. Pero seguimos siendo amigos y yo no he captado su amistad con falsas ilusiones. Ya te he dicho que el manifestar la verdad es muy doloroso, pero lo es aún más el tener que mentir.

Durante mi último proceso, hallábame yo sentado en el banco de los pecadores, oyendo aquella extravagante acusación de Lockwood, que era escuchada como un trozo de Tácito, un verso del Dante o uno de los incendiarios discursos de Savonarola contra los papas romanos. Sentíme invadido de una gran repugnancia. Mas de pronto cruzóme por la mente esta idea: «Cuán maravilloso seria que yo mismo contase todo esto de mí mismo.» Y al momento pensé que las palabras nada significan de por sí, que todo está en quien las dice. El momento supremo para un hombre —y ello no me deja la menor duda— es aquel en que arrodillado en el polvo se golpea el pecho y confiesa todos los pecados de su vida.

Y esto es verdad también para contigo. Te sentirías mucho más feliz si enterases tú mismo a tu madre siquiera de parte de tu vida. En diciembre de mil ochocientos noventa y tres le conté yo gran parte de ésta, pero claro es que con omisiones y generalizando. Esto, al parecer, no le ha infundido más valor para sus relaciones contigo. Antes, por el contrario, parece haberse empeñado aún más en no ver la verdad. Si tú mismo le hubieras hablado, la cosa hubiera sido muy distinta. Mis palabras son tal vez con frecuencia demasiado amargas para contigo, pero tú no puedes negar los hechos. Las cosas han sido tal como yo las conté; si lees esta carta ciudadosamente, cual debes hacerlo, te hallarás frente a frente contigo mismo, verás tu vida cara a cara.

Te escribo esta carta tan dilatada para que te des cuenta de lo que fuiste para mí antes de mi encarcelamiento, durante los tres años de aquella fatal amistad; lo que has sido para mí durante esta prisión mía, que dentro de dos lunas habrá llegado a su término y lo que yo espero ser para mí mismo y para los demás al salir de la cárcel.

No puedo ni modificar mi carta ni volverla a escribir. Has de aceptarla tal cual, borrados muchos de sus párrafos por las lágrimas, ostentando otros muchos las huellas del color o de la pasión, y así has de descifrarla como puedas, con todos sus borrones y sus correcciones. En cuanto a las enmiendas y faltas que pudiera tener, las hice para que mis palabras expresasen verdaderamente mis pensamientos y no hubiese ningún error por palabras de más o menos. El lenguaje debe estar afinado como un violín, y así como una vibración excesiva, o demasiado escasa, en la voz del cantante, o el temblor de las cuerdas, hace impuro

el tono, así también el exceso o la falta de palabras estropean lo que se expone. Mi carta, tal como va, tiene al menos en cada una de sus frases una importancia esencial. No tiene retórica ninguna. Si hay párrafos borrados o añadidos que, aunque no muchos, sí muy pulidos, ello obedece a mi deseo de reproducir exactamente mi sentimiento y a no encontrar nada que interprete perfectamente mi estado de ánimo. Lo primero que dicta el sentimiento es lo último que acude en la forma.

Añadiré que es esta una carta severa. No te he guardado ninguna consideración. Es más: afirmo incluso que es injusto ponerte en la balanza frente al menor de mis sufrimientos, a la más nimia de mis pérdidas y que puedes con razón decir que he ido pensando éstas grano a grano. Es verdad. Pero has de reconocer que tú mismo te colocaste en el platillo.

Has de reconocer que si un solo momento te has asociado a mí en mi prisión, tu platillo sube bruscamente. La vanidad es la que te ha hecho elegir la balanza y es la que te impulsa a adherirte a ella. Este fue el gran error psicológico de nuestra amistad: su absoluta falta de proporción.

Encauzaste tu camino por una existencia demasiado grande para ti, cuyos límites sobrepasaban tu visión y tu facultad de movimiento cíclico; una existencia cuyos pensamientos, pasiones y acciones tenían un gran interés y una gran significación, y se hallaban verdaderamente abrumados bajo el peso de trágicas o maravillosas consecuencias. Tu pequeña existencia de pequeños caprichos, a merced de tu humor, era deliciosa dentro de lo reducido de tu órbita. Era deliciosa en Oxford, en donde lo peor que podía sucederte era una reprimenda del decano o una filípica del rector, y en donde lo más excelso era el triunfo del Magdalen en las regatas y el encender una hoguera en el patio de la Universidad para festejar tan fausto acontecimiento. Después de abandonar Oxford, tu vida debía haber continuado girando dentro de tu propia órbita. Todo en ti hallábase para ello admirablemente dispuesto. Eras un ejemplar irreprochable de una muy moderna especie. Pero no estabas hecho para servirme de paralelo. Tu ilimitada prodigalidad era un crimen. La juventud siempre es pródiga, pero el que me obligases a sufragar esa manía tuya, esto era verdaderamente vergonzoso. Encantador, y casi idílico, era ese afán tuyo de tener un amigo con el cual pudieras estar desde por la mañana hasta por la noche; mas el amigo que tú buscaste no debió ser nunca un escritor, un artista, alguien en quien tu constante compañía anulaba toda obra bella y paralizaba la fuerza creadora. Tú creías en serio, con completa buena fe, que la mejor forma de pasar una noche era el comer con champaña en el Savoy, luego de ir a ver *varietés* desde un palco, y, por último para la *bonne bouche*, cenar con champaña en casa de Willis. Hay en Londres infinidad de

muchachos encantadores que comparten este modo de ser. Esto no puede considerarse siquiera como libertinaje. Es el certificado de aptitud para entrar en el White's Club. Pero no tenías derecho a exigir que yo fuese quien hubiera de suministrarte semejantes placeres. Esto probaba cuán poco sabías estimar mi genio.

Volviendo a tu disputa con tu padre, sea lo que fuere lo que sobre ello se piense, es evidente que era este un asunto que debía haber quedado en absoluto entre vosotros dos. Debía haber sido arrojado a un corral: esto es lo que generalmente ocurre con disputas de esta índole. Tu culpa estriba en haberla hecho representar a la fuerza, cual trágico intermedio, sobre un alto tablado ante el foro de la historia, sirviéndole de público el mundo entero y dándome a mí mismo en premio al vencedor de tan despreciable torneo.

El que tu padre te odiase, y tú le odiases a él, no podía tener ninguna importancia para la sociedad inglesa. Tales sentimientos están muy en boga en la vida familiar inglesa, pero conviene limitarlos al sitio que les es adecuado: el sagrado hogar. Fuera de este círculo se hallan desplazados y el trasplantarlos a otro escenario constituye una ofensa.

La vida de familia no puede utilizarse como una bandera roja que se hace flamear por las calles, ni como un cuerno en el cual se sopla broncamente desde lo alto del tejado; tú sacaste las cosas domésticas de su terreno, igual que tú mismo te saliste del campo que era el tuyo. Y aquel que abandona el terreno que le es propio, cambia lo que está en su derredor, pero no su propia naturaleza, pues no le es posible adueñarse de los pensamientos ni de las pasiones que dominan en el círculo en que se ha introducido.

En el terreno del arte, no conozco en toda la literatura dramática nada que se pueda comparar al modo como Shakespeare ha trazado las figuras de Rosenkranz y Guldenstern, ni sea más sugestivo que éstas, a causa de su fineza psicológica. Son dos compañeros de Universidad de Hamlet; han sido sus camaradas. Conservan el recuerdo de los alegres días vividos juntos. En el momento en que en la obra se encuentran con Hamlet, éste vacila bajo el peso de una carga irresistible para un hombre de sus condiciones. El muerto ha salido armado de su tumba para confiarle una misión a un tiempo demasiado grande y demasiado mezquina para él. El es un soñador y vese precisado a obrar. Tiene un temperamento de poeta y se le exige que luche contra la relación habitual de causa a efecto, contra la vida en su aspecto práctico, del cual él nada sabe, en vez de luchar contra la esencia ideal de la vida, de la que se sabe tanto. No tiene ninguna idea de lo que debe hacer, y su locura consiste en simular la locura. Bruto utilizó su demencia cual manto que había de ocultar la espada de su intención, el puñal de su sabiduría; pero la locura de Hamlet es tan sólo un disfraz, debajo del cual su debilidad se

oculta haciendo muecas y chistes, un pretexto para retrasar la acción, con la cual juega como el artista con una teoría.

Se convierte en espía de sus propios actos, y al escucharse a sí mismo, sabe que aquello sólo son «palabras, palabras, palabras.» En vez de arriesgarse a ser el héroe de su propia historia, se esfuerza en ser el espectador de su propia tragedia. No cree en nada, ni siquiera en sí mismo; mas su duda no puede ayudarle, porque no es fruto del escepticismo, sino de su incierta voluntad.

Nada de eso perciben Guldenstern ni Rosenkranz. Se inclinan y sonríen complacientes, hacen gracias y lo que el uno dice el otro lo repite, como un eco. Y cuando, por fin, por medio del drama que surge dentro del drama y del discreteo de las marionetas, Hamlet logra sorprender al rey en el «secreto de su conciencia» y arroja del trono al traidor presa de pánico Guldenstern y Rosenkranz sólo ven en su conducta un lamentable olvido de la etiqueta palaciega. Es cuanto les permiten los «sentimientos propios con que contemplan el drama de la vida». Se hallan junto al secreto de Hamlet y nada sospechan de él. Y el iniciarlo en éste no tendría ninguna finalidad. Son coplas pequeñas cuya cabida no puede aumentarse. Hacia el final del drama se indica que los dos han sido sorprendidos planeando un golpe pérfido contra un tercero y han sido o serán muertos violenta y bruscamente. Mas tan trágico fin, aunque el Humor de Hamlet le da una apariencia de sorpresa, de comedia y de justicia, no es el que corresponde a muchachos de su calaña. Éstos no mueren nunca. Horacio, al morir—aunque no ante el público—, en defensa de la causa de Hamlet, no deja ningún hermano:

(Absents him from felicity a white,
and in this hars worlds draws his breath in pain...)

Pero Guldenstern y Rosenkranz son inmortales, como Angelo y como Tartufo, y merecen perdurar junto a éstos. Son el tributo pagado por la vida moderna al antiguo ideal de la amistad. Quien en lo porvenir escriba un nuevo tratado «de Amicitia», habrá de reservarles un puesto en él y de glorificarles en prosa ciceroniana. Son tipos por siempre inmutables. Censurarles sería no comprenderles. Lo que sucede es que ellos no están en el lugar que les corresponde, y esto es todo. La grandeza de alma no es contagiosa. Los pensamientos y sentimientos sublimes se hallan solos desde su nacimiento.

Lo que Ofelia no pudo comprender, tampoco pudieron comprenderlo Guldenstern y su «querido» Rosenkranz, Rosenkranz y su «querido» Guldenstern. Y no es que yo quiera naturalmente compararles. La diferencia entre nosotros dos es mucho mayor que entre ellos y Hamlet. Lo que en ellos era fruto del azar, fue en ti libre elección. Con

premeditación, sin que yo te impulsase a ello, penetraste a la fuerza en mi terreno y usurpaste un puesto al cual no tenías derecho ninguno, ni para el cual eras apto; consiguiendo con singular tenacidad que tu presencia fuese uno de los elementos esenciales de cada uno de mis días, recabando para ti mi vida toda, sin saber hacer con ella otra cosa mejor que despedazarla. Por raro que te parezca, era muy natural que hicieses lo que hiciste. Si se le da a un niño un juguete demasiado maravilloso para su mentalidad, o demasiado hermoso para sus ojos, aun tan sólo entreabiertos, si el niño es travieso, romperá el juguete, y si es poco cuidadoso, lo dejará caer y se irá con sus compañeros. Y esto es lo que ha sucedido contigo. Cuando te hubiste hecho dueño de mi vida, no supiste qué hacer con ella. No podías saberlo. Era algo demasiado maravilloso para tus manos. Debías haberla dejado caer y haberte marchado de nuevo con algún compañero de juego. Pero eras travieso y la destrozaste. Y esto es, tal vez, al fin y a la postre, la última verdad.

Y es que las verdades son siempre más pequeñas que sus manifestaciones. La mutación de un átomo puede tal vez conmover al mundo. Y para que veas que no soy más indulgente conmigo que contigo, añadiré todavía esto: tu conocimiento, tan peligroso para mí, fue aún más fatal a causa del momento especial en que tuvo lugar. Pues tú te hallabas en la edad en que todo cuanto uno hace no es sino arrojar la semilla y yo me hallaba en la edad en que todo cuanto uno hace no es sino recolectar lo sembrado.

Hay todavía algunos extremos acerca de los cuales tengo que escribirte. El primero se refiere a mi quiebra. Hace unos días me enteré —confieso que con honda tristeza—de que ya es demasiado tarde para que los tuyos puedan indemnizar a tu padre, que la ley ya no lo permite y que habré de permanecer bastante tiempo en mi lamentable situación actual. Esto para mí es muy triste, pues como, según me asegura un hombre de leyes, no puedo ni siquiera publicar un libro sin autorización del administrador de la quiebra, a quien habrían de ser presentadas todas las liquidaciones, no podré cerrar ningún contrato con un director de teatro, ni hacer representar una obra, sin que los derechos fuesen a parar a tu padre y a mis otros acreedores. Tú mismo reconocerás ahora que ese plan de «embarcar» a tu padre, permitiéndole me hiciese declarar en quiebra, no ha tenido, en realidad, aquel maravilloso resultado que te prometías.

Esto, por lo menos para mí, es harto doloroso, y el sentimiento de humillación que me produce mi miseria debía haberse tenido antes en cuenta que ese Humor tuyo todavía tan mordaz o tan insospechoso. Una cosa es indudable: que por haber tú permitido mi quiebra, y haberme arrastrado al primer proceso, le has hecho el juego a tu padre y has llegado adonde él quería.

Solo y sin ayuda, se hubiese visto impotente desde el principio. En ti —aunque no fuese tu intención el desempeñar tan feo papel— es en quien ha hallado él siempre su principal aliado.

Por una carta que me escribe More Adey, me entero de que el verano pasado manifestaste repetidamente el deseo de devolverme «un poco de lo que gasté por ti». Como yo le decía en mi respuesta: desgraciadamente, he sacrificado por ti mi arte, mi vida, mi nombre, mi posición ante la posteridad, y aunque tu familia pudiese disponer de todas las maravillas del mundo, o de todo cuanto el mundo cree maravilloso, el genio, la belleza, la riqueza, el alto rango y demás cosas de igual índole, y todo lo depositase a mis pies, no podría pagarme siquiera la décima parte de las cosas más nimias que me han sido arrebatadas, ni una sola lágrima de las últimas que derramé. No obstante, es preciso pagar todo lo que uno hace. Incluso cuando ha sido declarado en quiebra.

Tú, por lo visto, crees que la quiebra es un medio muy cómodo para no pagar las deudas. Y que es posible burlar realmente a sus acreedores. Mas las cosas son muy otras.

La quiebra es el procedimiento por medio del cual los acreedores le «embarcan» a uno —para emplear tu expresión favorita— y por medio del cual la ley, apoderándose de todo lo que uno posee, le obliga a pagar cada una de sus deudas, y, si no se halla en condiciones de hacerlo, le deja tan desprovisto de recursos cual el más miserable pordiosero que esté en el quicio de una puerta o se deslice calle abajo tendiendo la mano para pedir limosna, cosa que, al menos en Inglaterra, no se hace sin miedo.

La ley no sólo me ha arrebatado cuanto yo tenía: mis libros, mis muebles, mis cuadros, mis derechos de autor de obras publicadas, los que me corresponden por mis obras de teatro, todo, en una palabra, desde *El príncipe feliz* y *El abanico de lady Windermere*, hasta las alfombras de la escalera y los limpiabarros de mi casa, sino también cuanto pudiera poseer en lo porvenir. Así, por ejemplo, hase vendido la parte que me corresponde en mis bienes gananciales. Afortunadamente pude, valiéndome de mis amigos, recuperarla. De otro modo, mis dos hijos, si mi mujer muriese, hallaríanse, viviendo yo, tan sin recursos como yo mismo. La parte que me corresponde en la finca de Irlanda, que heredé de mi padre, es de suponer que será lo primero a que le llegue el turno. Su venta despierta en mí sentimientos muy dolorosos, pero no me queda otro remedio que resignarme.

Aquellos setecientos peniques —¿o libras?— de tu padre ya llegarán pronto y han de serle pagados. Y aunque se me despoje de cuanto poseo y pueda nunca poseer, y el proceso, ya perdidas todas las esperanzas en mi capacidad de pago, sea sobreseído, mis deudas seguirán en pie. Todavía quedan por pagar las comidas del Savoy: la sopa de tortu-

ga, los hortelanos envueltos en sus dentadas hojas de parra sicilianas, el pesado champaña de color ambarino y hasta casi oliendo a ámbar, tu vino favorito —creo que era el Dagonet 180—; las cenas en Willis: las *cuvées* de Perrier-Jouet, especialmente reservadas para nosotros; los exquisitos pasteles de *foie-gras*, directamente traídos de Estrasburgo; el maravilloso *fine champagne*, que siempre era servido en el fondo de grandes copas en forma de campana, a fin de que su aroma fuese convenientemente gustado por los sibaritas de cuantos verdaderos refinamientos brinda la vida; todo esto no puede quedar sin pagar, como deudas bochornosas de un anfitrión desleal. Y aquellos lindos gemelos —cuatro labradoritas en forma de corazón, con puntitos de plata alternando con rubíes y diamantes— que yo mismo había dibujado y encargado en casa de Henry Lewis, pequeño obsequio con que yo quería celebrar contigo el éxito de mi segunda comedia, también habré de pagarlos, a pesar de que tú creo que los vendiste unos meses después por un pedazo de pan: no puedo yo consentir que el joyero sufra una pérdida con los regalos que yo a ti te he hecho, sea cual fuere el uso que tú luego hicieses de ellos.

Así es que ya ves que yo, aun suponiendo que el proceso sea sobreseído, he de pagar todavía mis deudas. Y lo que se aplica a quien es declarado en quiebra, puede igualmente aplicarse a cualquier otra circunstancia de la vida. Todo lo que se hace, alguien tiene que pagarlo. Tú mismo, pese a tu afán de ser relevado de todos los deberes, a la tenacidad con que haces que otro te lo proporcione todo y a tus esfuerzos por rechazar todas las obligaciones de cariño, consideración o gratitud, tú mismo llegará un día en que tendrás que meditar seriamente acerca de lo que has hecho y en que no podrás por menos de intentar deshacerlo, por muy inútil que esto sea.

Y el que no te halles en condiciones de poderlo hacer será una parte de tu castigo. No es posible que te laves las manos de toda responsabilidad y que, encogiéndote de hombros, te dirijas con una sonrisa hacia un nuevo amigo o te acerques a otra mesa recién puesta.

No es posible que todo lo que por ti me ha sucedido sea para ti únicamente como un recuerdo sentimental, que, si a mano viene, se sirve de sobremesa a la par que los cigarrillos y los licores, cual fondo pintoresco de una vida moderna de placer, o sea, como una tela vieja en la pared de una taberna.

De momento, parece tener el encanto de un plato nuevo o de un vino nuevo, pero las migajas de un banquete se vuelven duras y el fondo de una botella es amargo. Tal vez hoy, tal vez mañana, tal vez otro día cualquiera, llegará de seguro la hora en que hayas de comprender esto. Y si no, si llegases a morirte sin haberlo comprendido, ¡cuán miserable tu vida, cuán hambrienta y desprovista de imaginación!

En mi carta a More, dejaba yo ya entrever mi opinión, según la cual, lo mejor que puedes hacer es entrar cuanto antes en el fondo del asunto. Él te dirá de qué se trata. Para comprenderlo, es preciso que desarrolles tu imaginación.

Piensa que ésta es el don que le faculta a uno para ver las cosas y los hombres en sus verdaderas relaciones, lo mismo en las reales que en las ideales. Si tú solo eres incapaz de sentirlo, habla de ello con otros. Yo he tenido que enfrentarme directamente con mi pasado: enfréntate tú directamente con el tuyo. Siéntate tranquilamente y examínalo. (El mayor de los vicios es la ligereza, todo lo que llega hasta la conciencia es justo.) Habla de ello con tu hermano. El hombre más a propósito para esto es Percy. Enséñale esta carta y que se entere de todos los pormenores de nuestra amistad. Si se le exponen claramente los hechos, no hay juicio más seguro que el suyo. ¡Cuánto dolor y cuánta vergüenza no me hubiese ahorrado si le hubiéramos dicho toda la verdad! Recordarás que te lo propuse aquella tarde en que llegaste a Londres procedente de Argel. Te negaste rotundamente a ello. Y por eso, cuando se presentó en casa después de comer, tuvimos que hacer la comedia de que tu padre estaba loco y se hallaba presa de inexplicables y estúpidas alucinaciones. Mientras duró, la comedia fue deliciosa, tanto más cuanto que Percy lo tomó todo muy en serio. Por desgracia, la comedia terminó de un modo repugnante. Esto acerca de que ahora te escribo es una de sus consecuencias: si para ti es una molestia, te suplico no olvides que para mí es la más honda de mis humillaciones y una humillación por la cual no tengo más remedio que pasar. No me es dado elegir, ni a ti tampoco.

El segundo extremo de que necesito hablarte refiérese a las condiciones, circunstancias y punto en que hayamos de vernos al terminar mi condena. Por algunos párrafos de la carta que escribiste a Robbie, a principios del verano del año pasado, sé que guardas en dos paquetes lacrados mis cartas y mis regalos —al menos lo que de ellos queda— y que deseas entregármelos personalmente. Es natural que me los devuelvas. Nunca has comprendido por qué te escribía yo cartas tan bellas, ni te hacía tan hermosos regalos. No comprendiste que ni éstos estaban destinados a ser empeñados ni aquéllas a ser publicadas. Además de pertenecer a un capítulo de mi vida ya acabado, forman parte de una amistad que no supiste estimar en lo que valía. Cuando vuelvas la vista hacia atrás, hacia aquellos días en que tenías toda mi vida en la mano, no podrás por menos de asombrarte; yo también vuelvo la vista hacia esos días con asombro, y con sentimientos harto distintos de los que entonces eran los míos.

Para alguien tan moderno como yo, tan *enfant de mon siecle*, siempre constituirá un placer, aunque sólo sea ver el mundo. Tiemblo de

alegría al pensar en los cítisos que florecerán en los jardines el día en que abandone la prisión, en los cítisos y las lilas, y en que podré ver cómo el viento agita sin descanso el oro que cuelga de aquéllos y desmenuza la débil púrpura del plumaje de estas otras. Me parecerá hallarme envuelto en un aire venido de Arabia. Linneo cayó de rodillas y lloró de emoción al ver por primera vez la vasta llanura de una meseta inglesa dorada por la aromática retama; yo, para quien las flores constituyen una de mis más ardientes añoranzas, sé que los pétalos de las rosas me reservan lágrimas. Desde niño me sucede igual. No existe uno solo de los tonos ocultos en el cáliz de una flor, o en el cuenco de una concha, con el cual no me halle familiarizado a causa de la dulce simpatía que invadía mi alma infantil. He sido con Gauthier uno de aquellos para quienes *le monde visible* existe.

Mas ahora, ya sé que detrás de todas estas bellezas, por sugestivas que sean, hay oculto un espíritu del cual las formas brotan y las figuras sólo son reflejo, y con este espíritu es con el que yo quiero fundirme. Ya estoy harto de la expresión claramente perceptible de los hombres y cosas. Lo místico en el arte, en la vida y en la naturaleza: esto es lo que yo busco y lo que tal vez me sea dado hallar en las grandes sinfonías musicales, en la solemnidad del dolor o en las profundidades del mar. Y es más: me es absolutamente indispensable hallarlo en alguna parte.

Siento un amor especial por los grandes y sencillos elementos, como el mar, que es para mí, igual que la tierra, una madre. Yo creo que todos contemplamos demasiado la naturaleza y vivimos demasiado alejados de ella. La actitud de los griegos frente a la naturaleza me parece muy sana y muy sensata. Nunca se les ocurría hablar de las puestas del sol, ni discutir si las sombras en la hierba eran moradas o no; pero comprendían que el mar es para los nadadores y la arena para los pies de los corredores. Amaban los árboles por la sombra que arrojan y el bosque por el silencio que lo invade en los mediodías. El vendimiador, en la viña, coronaba con pámpanos sus cabellos, para defenderse de los rayos del sol cuando se inclinaba sobre los tallos jóvenes. Y para el artista y el atleta —los dos tipos que la Hélade nos ha legado— trenzaban en coronas las hojas del amargo laurel y de la etusa, que, a no ser por esto, no le hubieran sido al hombre de ninguna utilidad.

Nosotros llamamos utilitaria una época en la cual no sabemos aprovechar nada. Nos hemos olvidado de que el agua sirve para lavar las manchas, el fuego para purificar y de que la tierra es nuestra madre común. Y por esto nuestro arte es un arte lunar y juega con sombras, mientras el arte griego era el arte del sol y se dirigía directamente a las cosas.

Yo estoy convencido de que los elementos tienen un poder de purificación, y quiero volver a ellos y vivir en su compañía.

En todos nuestros procesos nos jugamos la vida, así como todas las sentencias son para nosotros sentencias de muerte. Y yo he sido procesado tres veces. La primera vez abandoné la sala para quedar detenido; la segunda, para ser conducido de nuevo a la prisión, y la tercera, para irme dos años a la celda de un presidio. La sociedad, tal como la hemos ordenado, no me reserva ningún puesto, ni puede brindarme ninguno; pero la naturaleza, cuya dulce lluvia cae lo mismo sobre los justos que sobre los pecadores, tendrá en las rocas de sus montañas alguna hendedura en que me pueda refugiar y valles ocultos en cuyo silencio me sea dado llorar libremente. Ella hará que la noche se pueble de estrellas, para que yo, en el destierro, pueda caminar seguro en las tinieblas. Y hará que el viento borre las huellas de mis pasos, para que nadie pueda perseguirme y dañarme. Lavará mis faltas en la inmensidad de sus aguas y me curará con sus hierbas amargas.

Si todo va bien, seré libertado a fines de mayo, y espero salir entonces, en compañía de Robbie y de More Adey, para algún pequeño puerto de mar del extranjero.

Eurípides, en una de sus Ifigenias, dice que el mar lava todas las manchas y todas las heridas del mundo.

Espero pasar por lo menos un mes con mis amigos y recobrar en su sana y amable compañía la paz y el equilibrio, y llegar a tener el corazón menos angustiado, y volver a un estado de ánimo más tranquilo. Y pasado un mes, cuando las rosas de junio se hallen en todo su exuberante esplendor, quiero, si es que me hallo en condiciones de ello, hacer que Robbie disponga de un encuentro contigo en alguna tranquila ciudad del extranjero, verbigracia en Brujas, cuyas casas grises, cuyos verdes canales y frescos y tranquilos caminos tienen para mí, desde hace años, un gran encanto. Ese titulillo de que tanto te vanagloriabas, haciendo que tu nombre sonase cual el de una flor, tendrás que despojarte de él si me quieres ver; así como yo también habré de despojarme de ese nombre que tan musicalmente sonaba antes en boca de la fama.

¡Cuán mezquino y estrecho es este siglo nuestro, y qué poco apropiado a sus vicios! Al éxito le da un palacio de porfiro, pero no tiene siquiera una choza para la vergüenza y el dolor. Cuanto puede hacer por mí es invitarme a cambiar de nombre, cuando la misma Edad Media hubiérame ofrecido el capuchón del monje o el cubrefaz del leproso, tras los cuales hubiera podido vivir en paz.

Es de esperar que nuestro encuentro será cual ha de ser después de todo lo que ha pasado. Antaño, siempre estuvimos separados por un abismo profundo: el que separa el arte perfecto de la cultura adquirida. Pero ahora este abismo es todavía más hondo, pues es el del dolor. Empero nada es imposible para la humildad y todo le es fácil al amor.

En cuanto a la cara con que contestes a esta, puede ser larga o breve, como te plazca. Debe ir dirigida al «Señor Director de la cárcel de Reading». Dentro, en un segundo sobre abierto, pon tu carta para mí. Si tu papel es muy fino, no escribas por las dos caras, pues ello dificulta la lectura. Yo te he escrito con entera libertad y tú me puedes escribir a mí lo mismo. Lo que necesito saber de ti es por qué ni una vez has intentado escribirme desde agosto del año antepasado, especialmente después de saber en mayo último, o sea, ya para once meses —y ni siquiera lo disimulaste—, todo lo que yo sufría por ti y cómo me daba cuenta de ello.

Un mes tras otro he estado esperando tus noticias. Y aun cuando no las hubiera esperado, sino que te hubiera cerrado las puertas, tú debías haber pensado que nadie puede cerrar las puertas al amor. En el Evangelio, el juez injusto levántase a la postre para pronunciar una sentencia justa, porque todos los días la justicia viene a llamar a su puerta; de noche, el amigo en cuyo corazón no existe verdadero cariño, acaba por oír al amigo «a causa de su ardiente deseo». No existe en el mundo cárcel cuya entrada no pueda forzar el amor. Si tú no lo has comprendido, es que no has comprendido nada del amor. Dime además todo cuanto se relaciona con tu artículo sobre mí en el *Mercure de France*. Algo sé ya, pero es mejor que tú mismo me lo digas. Ya debe de estar publicado.

Envíame también el texto de la dedicatoria de tus poesías. Si está en prosa, envíame esa prosa, y si está en verso, envíame esos versos. Seguramente encerrarán alguna belleza.

Escríbeme franca y libremente respecto a ti, a tu vida, tus amigos, tus ocupaciones, tus libros. Háblame de tu tomo de poesías y de la acogida que haya obtenido. Cuanto tengas que decir de ti, dilo sin temor. No escribas lo que no sientas. Sólo esto importa. Si tu carta tiene algo de falso o artificial, lo conoceré al punto en el tono.

No en vano me he convertido, en el culto que toda mi vida profesé a la literatura, en alguien que «no es menos avaro de sus vocales y sílabas que Midas de su oro». Piensa que también yo he de conocerte todavía. Quizá tengamos que conocernos el uno al otro.

Yo a ti sólo esto he de decirte aún: no le tengas miedo ninguno al pasado. Si los hombres te dicen que el pasado no se puede cambiar, no les creas: el pasado, el presente y el futuro para Dios, ante Quien debiéramos esforzarnos en vivir, no son sino un instante. El tiempo y el espacio, la sucesión y la extensión, no son sino relaciones casuales de ideas, que la imaginación puede traspasar para moverse libremente en el terreno de las existencias ideales. Y las cosas son igualmente, con arreglo a su esencia, lo que nos place que sean. Lo que son depende del modo como las contemplemos. «Allí donde otros —dice Blake— ven únicamente el

crepúsculo descender sobre la montaña, veo yo retozar de alegría a los hijos de Dios.» Aquello que el mundo y yo mismo considerábamos como mi porvenir, lo perdí irreparablemente el día en que me dejé arrastrar a entablar un proceso contra tu padre y aun mucho antes de esto. Lo que se me ofrece ahora es el pasado. He de conseguir verlo con ojos distintos y de conseguir que también Dios lo vea así. Y esto no me sería posible abandonándolo o despreciándolo; no puedo ni ensalzarlo ni renegar de él. Tengo, por el contrario, que considerarlo cual parte inevitable del proceso de mi vida y mi naturaleza y de inclinar la cabeza ante todo lo que he sufrido.

Cuán lejos me hallo aún de la verdadera serenidad te lo demostrará claramente esta carta, con sus vacilantes y variables estados de ánimo, su desprecio y su amargura, sus anhelos y la impotencia de transformarlos en acción. Pero no olvides cuán terrible es la escuela en que me veo sentado ante mi tarea. Por muy imperfecto, muy incompleto que yo sea, mucho has de aprender todavía de mí. Quisiste que yo te enseñara el placer de vivir y el placer del arte; tal vez esté yo llamado a enseñarte una cosa harto más hermosa: el valor y la belleza del dolor.

Tu amigo que te quiere,

Oscar Wilde

EL FANTASMA DE CANTERVILLE Y OTROS CUENTOS

EL FANTASMA DE CANTERVILLE

I

Cuando el ministro de América, míster Hiram B. Otis, compró el Castillo de Canterville, todo el mundo le dijo que cometía una gran tontería, porque en la finca había duendes. Hasta el propio lord Canterville, hombre de la más escrupulosa honradez, se creyó obligado a decírselo a míster Otis, cuando llegó el momento de discutir las condiciones.

—Nosotros mismos —dijo lord Canterville— nos hemos resistido totalmente a habitar este lugar desde la época en que mi tía abuela, la duquesa de Bolton, perdió el conocimiento, accidente del que nunca llegó a reponerse del todo, a causa del espanto que experimentó al sentir que dos manos de esqueleto se posaban sobre sus hombros, mientras se vestía para cenar. Me considero en el deber de decirle, míster Otis, que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia, que viven actualmente, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, agregado del King's-College de Oxford. Tras el penoso accidente ocurrido a la duquesa, ninguna de las doncellas quiso quedarse en casa, y lady Canterville no pudo ya conciliar el sueño a causa de los ruidos misteriosos que llegaban del pasillo y de la biblioteca.

—Milord —respondió el ministro—, adquiriré el inmueble y el fantasma bajo inventario. Llego de un país moderno, en el cual podemos obtener todo cuanto el dinero puede proporcionar, y esos muchachos nuestros, jóvenes y avispados, que recorren de parte a parte el viejo continente, que se llevan los mejores actores que ustedes tienen, y sus mejores cantantes, estoy seguro de que si aún queda un verdadero fantasma en Europa, vendrán a buscarlo inmediatamente para colocarlo en uno de nuestros museos públicos o para pasearlo por los caminos mostrándolo como un fenómeno.

—Me temo que el fantasma existe —dijo lord Canterville, sonriendo—, aunque quizá se resista a las ofertas de los osados empresarios de su país. Hace ya más de tres siglos que se tiene noticia de él. Data, pre-

cisamente, de 1574, y no deja nunca de mostrarse cuando está a punto de ocurrir alguna defunción en la familia.

—¡Bah! Los médicos de cabecera tienen la misma costumbre, lord Canterville. Amigo mío, no puede ser cierta la existencia de un fantasma y no creo que las leyes de la Naturaleza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa.

—No puede dudarse de lo naturales que son ustedes en América —dijo lord Canterville, que no terminaba de entender la última observación de míster Otis—. Ahora bien, si la idea de tener un fantasma en casa le es a usted agradable, mejor que mejor. Recuerde tan sólo que yo le previne.

Unas semanas más tarde se cerró el trato, y a fines de temporada el ministro y su familia emprendieron el viaje hacia Canterville.

Mistress Otis, de soltera miss Lucrecia R. Tappan, con domicilio en la calle West, 52, había sido una celebrada beldad de Nueva York, y era todavía una mujer guapísima de mediana edad, con unos hermosos ojos y un perfil delicado.

Algunas damas americanas, al abandonar su país natal, adoptan actitudes de persona atacada por alguna enfermedad crónica, pues se imaginan que es uno de los sellos de distinción en Europa; pero mistress Otis nunca llegó a caer en tan profundo error.

Tenía una naturaleza muy fuerte y estaba dotada de gran vitalidad.

Para ser exactos diremos que se sentía inglesa bajo numerosos aspectos, y hubiese sido capaz de romper una lanza sosteniendo la tesis de que todo lo tenemos en común con América hoy día, exceptuando la lengua, por supuesto.

Su hijo mayor, a quien sus padres en un momento de exaltación patriótica bautizaron con el nombre de Washington, cosa que él no dejaba de lamentar, era un muchacho rubio, bastante agraciado, que se había erigido en candidato a la diplomacia dirigiendo un cotillón en el casino de Newport, durante tres temporadas seguidas, y aun en Londres se le consideraba un bailarín excepcional.

No tenía más que dos debilidades: las gardenias y la nobleza; exceptuando eso, era perfectamente sensato.

Miss Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y agraciada como un cervatillo, con una bonita expresión despreocupada en sus grandes ojos azules.

Montaba a caballo maravillosamente y sobre su «poney» derrotó en una ocasión, disputando una carrera, al viejo lord Bilton, dando dos veces la vuelta al parque y ganándole por dos cuerpos y medio de caballo, precisamente frente a la estatua de Aquiles, lo cual provocó un entusiasmo tan delirante en el joven duque de Cheshire, que le propu-

so, acto seguido, el matrimonio, viéndose obligados sus tutores a enviarle aquella misma noche a Eton, deshecho en lágrimas.

Seguían a Virginia dos gemelos, conocidos normalmente con el mote de «Estrellas» y «Barras», ya que siempre iban ostentándolas.

Se trataba de dos niños encantadores y, junto con el ministro, eran los únicos realmente republicanos de la familia.

Como la estación más próxima al Castillo de Canterville está a siete millas de Ascot, míster Otis telegrafió que fueran a buscarle en coche descubierto, y emprendieron la marcha en medio de la mayor alegría.

La noche era encantadora; una noche del mes de julio en que el aire estaba impregnado de olor a pinos.

De cuando en cuando se oía el arrullo de una paloma de voz muy suave, o se entreveía por la maraña y el rozar de los helechos, la pechuga dorada de algún faisán.

En lo alto de las hayas, las ligeras ardillas les espiaban a su paso; unos conejos corrían a ocultarse como exhalaciones a través de los matorrales o sobre los collados cubiertos de hierba, levantando su rabo blanco.

Pero no bien hubieron penetrado en la avenida del Castillo de Canterville, el cielo se encapotó repentinamente. Un extraño silencio pareció adueñarse de toda la atmósfera, una gran bandada de cornejas cruzó calladamente por encima de sus cabezas, y antes de que llegasen a la casa, ya habían caído algunas gotas.

En la escalinata se encontraba, para darles la bienvenida, una anciana pulcramente vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos.

Se trataba de mistress Umney, el ama de llaves que mistress Otis, por especial encargo de lady Canterville, accedió a conservar en su puesto.

Hizo una profunda reverencia a la familia cuando pusieron pie en tierra y dijo, con un peculiar acento de los buenos tiempos pasados:

—Les doy la bienvenida al Castillo de Canterville.

La siguieron, atravesando un hermoso «hall» de estilo Tudor, hasta la biblioteca, largo salón espacioso que terminaba en un ancho ventanal encristalado.

Estaba preparado el té.

Cuando se hubieron despojado de las ropas de viaje, se sentaron todos y se pusieron a curiosear en torno, mientras mistress Umney iba de un lado a otro.

De repente, la mirada de mistress Otis se fijó en una mancha rojo oscuro que había sobre el pavimento, precisamente al lado de la chimenea, y, sin darse cuenta de sus palabras, dijo a mistress Umney:

—Veo que ha caído algo aquí.

—Sí, señora —contestó mistress Umney, en voz baja—. Ahí se ha vertido sangre.

—¡Es espantoso! —exclamó mistress Otis—. No quiero manchas de sangre en un salón. Es preciso quitar eso en seguida.

La vieja sonrió y, manteniendo la voz baja y el mismo tono de misterio, respondió:

—La sangre de lady Leonor de Canterville, que fue muerta en ese mismo lugar por su propio marido, sir Simón de Canterville, en 1565. Sir Simón la sobrevivió nueve años, desapareciendo repentinamente en circunstancias misteriosas. Su cuerpo no fue nunca hallado, pero su alma culpable sigue hechizando la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y por otras personas, pero quitarla..., es imposible.

—Todo eso no son más que bobadas —exclamó Washington Otis—. Hay un producto «quitamanchas», el incomparable «campeón Pinkerton», hará desaparecer esa mancha en un santiamén.

Y antes de que el ama de llaves, aterrada, pudiese evitarlo, ya estaba arrodillado y frotaba fuertemente el entarimado con una barrita de una sustancia parecida a un cosmético negro.

Pocos instantes habían transcurrido cuando la mancha desapareció del todo sin dejar huella.

—Ya sabía yo que el «Pinkerton» daría buena cuenta de ella —exclamó triunfante, paseando una mirada sobre su familia, llena de admiración.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando un relámpago intensísimo iluminó la estancia sombría, seguido de un horrísono trueno que puso a todos en pie, exceptuando a mistress Umney, que se desmayó.

—¡Qué clima más espantoso! —dijo tranquilamente el ministro, encendiendo un largo veguero—. Creo que el país de los antepasados está tan superpoblado, que no hay buen tiempo para todo el mundo. Siempre fui de la opinión de que lo mejor que podrían hacer los ingleses es emigrar.

—Querido Hiram —replicó mistress Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Se lo descontaremos de su sueldo en caja. Así no volverá a ocurrirle.

Mistress Umney no tardó en recobrar el conocimiento. Sin embargo, se notaba que estaba muy conmovida, y con voz solemne advirtió a mistress Otis que debería temer algún disgusto en la casa.

—Señores, he presenciado unas cosas... que pondrían de punta los pelos a cualquier cristiano. Y durante noches y noches no he podido conciliar el sueño a causa de los hechos terribles que ocurrían.

A pesar de ello, míster Otis y su esposa aseguraron insistentemente a la buena mujer que no temían a ninguno de los fantasmas.

La vieja ama de llaves, después de haber pedido la bendición de la divina Providencia para sus nuevos amos y de arreglárselas para que le aumentaran el sueldo, se retiró a su habitación renqueando.

II

La tempestad desencadenada duró toda la noche, pero no originó ninguna catástrofe.

Al día siguiente, por la mañana, cuando bajaron a desayunar, encontraron nuevamente la terrible mancha sobre el entarimado.

—No creo que sea culpa de «el limpiador sin rival» —dijo Washington—, pues lo he probado sobre toda clase de manchas. Debe de ser cosa del fantasma.

Y sin más, borró la mancha nuevamente, después de haber frotado un poco.

Al otro día, por la mañana, había vuelto a aparecer.

Y, sin embargo, la biblioteca había permanecido cerrada la noche anterior, habiéndose llevado la llave arriba mistress Otis.

A partir de aquel momento, la familia comenzó a interesarse por aquello.

Míster Otis se sentía inclinado a creer que había estado excesivamente dogmático al negar rotundamente la existencia de los fantasmas.

Mistress Otis manifestó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica y Washington preparó una larga carta para míster Myers y Podmore, basada en la persistencia de las manchas de sangre cuando provienen de un crimen.

Aquella noche disipó todas las dudas existentes sobre la existencia objetiva de los fantasmas.

La familia había aprovechado el fresco de la tarde para dar un paseo en coche.

Regresaron hacia las nueve y tomaron una cena ligera.

La conversación no versó ni un momento sobre los fantasmas, de manera que ni siquiera se habían producido las más elementales condiciones de «espera» y de «receptibilidad» que preceden corrientemente a los fenómenos psíquicos.

Los asuntos que discutieron, según he sabido después por mistress Otis, fueron simplemente los habituales en la conversación de los americanos cultos que pertenecen a las clases más elevadas, como, por ejemplo, la inmensa superioridad de miss Janny Cavenport sobre Sarah Bernhardt, como actriz; la dificultad para encontrar maíz verde, galletas de trigo sarraceno y «polenta», aun en las mejores casas inglesas, la importancia de Boston en el desarrollo del alma universal, las ventajas del sistema que consiste en anotar los equipajes de los viajeros y la suavidad del acento neoyorquino, comparado con el deje de Londres.

No se trató para nada del tema de lo sobrenatural, no se hizo la menor alusión indirecta a sir Simón de Canterville.

A las once, la familia se retiró.

A las once y media estaban apagadas todas las luces.

Poco después, míster Otis se despertó por un ruido singular que oyó en el pasillo, fuera de su habitación. Parecía un ruido de hierros viejos y se acercaba cada vez más.

Se levantó inmediatamente, encendió una luz y miró la hora.

Era la una en punto.

Míster Otis estaba enteramente tranquilo. Se tomó el pulso y no lo encontró alterado.

El extraño ruido continuaba, al mismo tiempo que se oía claramente el sonido de unos pasos.

Míster Otis se calzó las zapatillas, cogió un frasquito alargado de su tocador y abrió la puerta.

Frente a él se encontró, iluminado por el pálido claro de luna, a un anciano de aspecto terrible.

Sus ojos parecían carbones encendidos. Una larga cabellera gris caía en mechones revueltos sobre sus hombros. Sus ropas, de corte anticuado, estaban manchadas y en jirones. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas y unos grilletes oxidados.

—Mi distinguido señor —dijo míster Otis—, permítame que le ruegue encarecidamente se engrase esas cadenas. Le he traído para ello una botellita de engrasador «Tammany-Sol-Naciente». Dicen que una sola aplicación es eficacísima, y en la etiqueta hay varios certificados de nuestros teólogos más ilustres que dan fe de ello. Voy a dejársela aquí, al lado de los candelabros, y tendré un verdadero placer en proporcionarle más, si así lo desea.

Dicho lo cual, el ministro de los Estados Unidos dejó el frasquito sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville permaneció algunos momentos paralizado por la indignación.

Después, rabioso, tiró el frasquito contra el suelo encerado y huyó por el pasillo, lanzando gruñidos cavernosos y despidiendo una extraña luz verde.

Sin embargo, cuando llegaba a la gran escalera de roble, se abrió de pronto una puerta. Aparecieron dos siluetas infantiles, vestidas de blanco, y una voluminosa almohada le rozó la cabeza.

Era evidente que no había tiempo que perder. Así es que, utilizando como medio más rápido de fuga la cuarta dimensión del espacio, se desvaneció a través de la pared y la casa recobró su calma.

Cuando llegó a un cuartito secreto del ala izquierda, se adosó a un rayo de luna para tomar aliento y se puso a reflexionar para aclarar su situación.

En su larga y brillante carrera, que duraba ya trescientos años consecutivos, jamás había sido injuriado de tan ignominiosa manera.

Se acordó de la duquesa viuda, en quien provocó una crisis de terror, mientras se contemplaba en el espejo, cubierta de brillantes y de encajes; de las cuatro doncellas, a las cuales había enloquecido, produciéndoles convulsiones histéricas, sólo con hacerles visajes por entre las cortinas de una de las habitaciones destinadas a los huéspedes; del rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo cuando regresaba el buen señor de la biblioteca a una hora avanzada, y que desde entonces, se convirtió en mártir de toda clase de alteraciones nerviosas; de la vieja señora de Tremouillac, que, al despertarse a medianoche, le vio sentado en un sillón, al lado de la chimenea, en forma de esqueleto, entretenido en leer el diario que ella redactaba de su vida, y que de resultas de la impresión, tuvo que guardar cama durante seis meses, víctima de un ataque cerebral. Una vez curada, se reconcilió con la Iglesia y rompió toda clase de relaciones con el señalado escéptico monsieur de Voltaire.

También recordó la terrible noche en que el bribón de lord Canterville fue hallado agonizante en su cuarto de aseo, con una sota de espadas hundida en la garganta, viéndose obligado a confesar que por medio de aquella carta había timado la suma de diez mil libras a Carlos Fox, en casa de Grookford. Y juraba que aquella carta se la había hecho tragar el fantasma.

Sus grandes hazañas pasaban ahora por su imaginación.

Vio desfilar al mayordomo que se levantó la tapa de los sesos por haber visto una mano verde tamborilear sobre los cristales, y a la bella lady Steelfield, condenada a llevar alrededor del cuello un collar de terciopelo negro para tapar la señal de cinco dedos impresos como un hierro candente sobre su blanca piel, y que acabó por ahogarse en el vivero de carpas que había al extremo de la Avenida Real.

Y, con un entusiasmo ególatra de verdadero artista, pasó revista a sus creaciones más célebres.

Dirigió, asimismo, una amarga sonrisa al evocar su última aparición en el papel de *Rubén el Rojo*, o *el rorro estrangulado*, su debut en el de *Gibeón, el vampiro flaco del páramo de Bexley* y el terror que causó una encantadora tarde de junio sólo con jugar a los bolos con sus propios huesos en el campo de hierba del «lawn-tennis».

¿Y todo eso, para qué?

¡Para que unos miserables americanos le ofrecieran el engrasador marca «Sol-Naciente» y le tirasen almohadas a la cabeza! Era realmente intolerable.

Además, la historia demuestra que jamás fantasma alguno fue tratado de aquella manera.

Llegó al convencimiento de que era necesario que se tomara la revancha, y permaneció hasta el amanecer en actitud de profunda meditación.

III

La hora del desayuno fue motivo, a la mañana siguiente, para que la familia discutiera intensamente acerca del fantasma, ya que estaban todos reunidos.

El ministro de los Estados Unidos estaba, como era natural, un poco ofendido al ver que su ofrecimiento no había sido aceptado.

—No quisiera de ninguna manera injuriar personalmente al fantasma —dijo—, y reconozco que, dada la larga duración de su presencia en la casa, no ha sido nada cortés tirarle una almohada a la cabeza...

Lamento tener que decir que esta observación tan certera, provocó una explosión de risa en los gemelos.

—Pero, por otra parte —prosiguió míster Otis—, si se empeña, sin más ni más, en no hacer uso del engrasador marca «Sol-Naciente», nos veremos obligados a quitarle las cadenas. No será posible si no, dormir con ese ruido en la puerta de los dormitorios.

Pero, no obstante, durante el resto de la semana no fueron molestados.

Lo único que les llamó la atención fue la reaparición constante de la mancha de sangre sobre el entarimado de la biblioteca.

Era realmente muy extraño, tanto más teniendo en cuenta que mistress Otis cerraba la puerta con llave por la noche, lo mismo que las ventanas.

Los cambios de color que sufría la mancha, comparables a los de un camaleón, produjeron, asimismo, frecuentes comentarios en los miembros de la familia.

Una mañana se presentaba de un color rojo oscuro, casi violáceo; otras era bermellón, más tarde de un púrpura brillante y un día, cuando bajaron a rezar, según los ritos sencillos de la iglesia libre episcopal reformada de América, la encontraron de un hermoso verde esmeralda.

Como es lógico, estos cambios caleidoscópicos regocijaron en grande a la reunión y se hacían apuestas todas las noches con absoluta tranquilidad.

La única persona que no quiso participar en la broma fue la joven Virginia.

Por razones desconocidas, siempre se sentía impresionada ante la mancha de sangre, y estuvo a punto de llorar la mañana que apareció verde esmeralda.

El fantasma hizo su aparición un domingo por la noche. Al poco rato de estar todos acostados, oyeron un enorme estrépito en el «hall» que les alarmó.

Bajaron apresuradamente y se encontraron con que la armadura completa se había desprendido de su soporte, cayendo sobre las baldosas.

Cerca de allí, sentado en un sillón de alto respaldo, el fantasma de Canterville se restregaba las rodillas con una expresión de agudo dolor en el semblante.

Los gemelos, que se habían provisto de sus cañas de lanzar majuelas, le tiraron inmediatamente los huesos, con esa seguridad de puntería que sólo se adquiere a fuerza de largos y pacientes ejercicios sobre el profesor de caligrafía.

Mientras tanto, el ministro de los Estados Unidos mantenía al fantasma bajo la amenaza de su revólver y, conforme a la etiqueta californiana, le invitaba a levantar los brazos.

El fantasma se alzó bruscamente, lanzando un grito de furor salvaje, y se disipó entre ellos, como una niebla, apagando de paso la vela de Washington Otis y dejándoles a todos sumidos en la mayor oscuridad.

Una vez llegado a lo alto de la escalera y ya recuperado, se decidió a lanzar su célebre repique de carcajadas satánicas.

Contaba la gente que aquello había hecho encanecer en una sola noche al peluquín de lord Raker.

Y fue motivo suficiente para que tres amas de llaves consecutivas «dimitieran» antes de que se cumpliera el primer mes de estar en el cargo.

Por consiguiente, lanzó su más escalofriante carcajada, despertando paulatinamente los ecos de las antiguas bóvedas, pero extinguidos éstos, se abrió una puerta y apareció, vestida de azul claro, mistress Otis.

—Me temo —dijo la dama— que se encuentre usted indispuesto y le traigo un frasco de la tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, eso le sentará muy bien.

El fantasma la miró con ojos llameantes de furor y se creyó en el deber de metamorfosearse en un gran perro negro.

Era un truco que le había dado una reputación muy merecida, y al cual atribuía el médico de la familia la idiotez incurable del tío de lord Canterville, el honorable Tomás Horton.

Pero un ruido de pasos que se acercaban le hizo vacilar en su cruel determinación y se contentó con volverse un poco fosforescente.

En seguida, se desvaneció, después de haber lanzado un gemido sepulcral, porque los gemelos se disponían a darle alcance.

Cuando llegó a su habitación, se sintió destrozado, presa de la más violenta agitación.

La ordinariez de los gemelos, el grosero materialismo de mistress Otis, todo aquello le resultaba realmente ofensivo; pero lo que más le humillaba era no tener ya fuerzas para llevar una armadura.

Contaba con impresionar incluso a unos americanos modernos, con hacerles estremecer a la vista de un espectro acorazado, ya que no por motivos razonables, al menos por deferencia hacia su poeta nacional Longfellow, cuyas poesías, delicadas y atractivas, le habían ayudado con frecuencia a matar el tiempo, mientras los Canterville estaban en Londres.

Además, se trataba de su propia armadura. La llevó con éxito en el torneo de Kenilworth siendo felicitado cálidamente por la «Reina-Virgen» en persona.

Pero, cuando quiso ponérsela, quedó aplastado por completo por el peso de la enorme coraza y del yelmo de acero. Y se desplomó pesadamente sobre las baldosas de piedra, desollándose las rodillas y contusionándose la muñeca derecha.

Durante varios días se encontró muy malo y no pudo salir de su morada más que lo estrictamente necesario para mantener la mancha de sangre en buen estado.

A pesar de todo, logró restablecerse a fuerza de cuidados, y decidió intentar por tercera vez aterrorizar a la familia del ministro.

Para su reaparición, eligió un viernes, diecisiete de agosto, consagrando gran parte del día a pasar revista a sus trajes.

Su elección recayó, al fin, en un sombrero de ala levantada por un lado y caída por el otro, con una pluma roja; en un sudario deshilachado por las mangas y el cuello y, por último, en un puñal mohoso.

Al atardecer estalló una gran tormenta. El viento era tan fuerte que sacudía y cerraba violentamente las puertas y las ventanas de la vetusta mansión. Indudablemente, era aquel el tiempo que le convenía. He aquí lo que pensaba hacer:

Se acercaría sigilosamente a la habitación de Washington Otis, le susurraría unas frases ininteligibles, quedándose al pie de la cama, y le hundiría por tres veces el puñal en la garganta, a los acordes de una música macabra.

Odiaba principalmente a Washington, porque sabía perfectamente que era él quien acostumbraba a quitar la famosa mancha de Canterville, usando el «limpiador incomparable de Pinkerton».

Cuando hubiera reducido al despreocupado, al temerario joven, entraría en la habitación que ocupaba el ministro de los Estados Unidos y su mujer.

Una vez allí, colocaría una mano viscosa sobre la frente de mistress Otis y al mismo tiempo murmuraría con voz sorda, al oído del ministro tembloroso, los secretos terribles del osario.

En cuanto a la pequeña Virginia, aún no había decidido nada. Nunca le había insultado. Era bonita y cariñosa. Unos cuantos gruñidos sordos, saliendo del armario, serían más que suficiente, y si no bastaban para despertarla, llegaría hasta tirarla de la punta de la nariz con sus dedos rígidos por la parálisis.

A los gemelos estaba firmemente decidido a darles una buena lección: lo primero que haría sería sentarse sobre sus pechos, con objeto de producirles la sensación de una pesadilla. Luego, aprovechando que sus camas estaban muy juntas, se alzaría en el espacio que quedaba libre entre ellas, con el aspecto de un cadáver verde y frío como el hielo, hasta que quedasen paralizados por el terror. En seguida, tirando bruscamente su sudario, daría la vuelta al dormitorio a cuatro patas, como un esqueleto blanqueado por el tiempo, moviendo los ojos en sus órbitas, en su creación de *Daniel el mudo*, o el *esqueleto de suicida*, papel en el cual hizo un gran efecto en varias ocasiones. Creía estar tan bien en este papel, como en el otro de *Martín el demente*, o *el misterioso enmascarado*.

A las diez y media oyó que la familia subía a acostarse.

Durante unos momentos le produjeron inquietud las tempestuosas carcajadas de los gemelos, que se divertían evidentemente con su loca alegría de colegiales antes de meterse en la cama.

Pero a las once y cuarto todo quedó nuevamente en silencio, y cuando sonaron las doce se puso en camino.

La lechuza chocaba contra los cristales de la ventana. El cuervo se encontraba en el hueco de un tejo centenario y el viento gemía vagando alrededor de la casa, como un alma en pena; pero la familia Otis dormía, sin sospechar la suerte que les esperaba.

Oía perfectamente los ronquidos regulares del ministro de los Estados Unidos, que dominaban el ruido de la lluvia y de la tormenta.

Se deslizó furtivamente a través del zócalo. Una perversa sonrisa se dibujaba en su boca cruel y arrugada, y la luna ocultó su rostro tras una nube cuando pasó por delante de la gran ventana ojival, sobre la que estaban representadas, en azul y oro, sus propias armas y las de su esposa asesinada.

Continuaba andando, deslizándose como una sombra funesta, que parecía hacer retroceder de espanto a las mismas tinieblas a su paso.

Hubo un momento en que le pareció oír que alguien le llamaba; se detuvo, pero se trataba de un perro, que ladraba en la Granja Roja.

Prosiguió su marcha, refunfuñando extrañas interjecciones del siglo XVI, y blandiendo de vez en cuando el puñal enmohecido, en el aire de la medianoche.

Por fin llegó a la esquina del pasillo que conducía a la habitación del infortunado Washington.

Allí un pequeño alto.

El viento agitaba en torno de su cabeza sus mechones largos y grises y ceñía, en pliegues grotescos y fantásticos, el indecible horror del fúnebre sudario.

Entonces sonó, en el reloj, el cuarto.

Comprendió que había llegado el momento.

Lanzó una risotada para sí mismo y dio la vuelta al pasillo. Pero apenas lo había hecho, cuando retrocedió lanzando un gemido lastimero de terror y escondiendo su cara lívida entre sus largas y huesudas manos.

Frente a él se hallaba un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como una pesadilla de un enajenado mental.

La cabeza del espectro era pelada y reluciente; su cara redonda, carnosa y blanda: una risa horrorosa parecía retorcer sus rasgos en una mueca eterna; por los ojos brotaba a oleadas una luz roja; la boca tenía el aspecto de un ancho pozo de fuego, y una ropa horrible, como la de él, como la del propio Simón, envolvía con su hielo silencioso aquella forma gigantesca.

Sobre el pecho tenía colgado un cartel con una inscripción en caracteres extraños antiguos.

Quizá se trataba de un rótulo infamante, donde estaban escritos delitos espantosos, una terrible lista de crímenes.

Tenía, por último, en su mano derecha una cimitarra de acero resplandeciente.

Como no había visto nunca fantasmas hasta aquel momento, sintió un pánico terrible, y después de lanzar a toda prisa una segunda mirada sobre el monstruo atroz, regresó a su habitación, tropezando con el sudario que le envolvía.

Cruzó corriendo la galería y acabó por dejar caer el puñal enmohecido en las botas de montar del ministro, donde lo encontró el mayordomo al día siguiente.

Una vez refugiado en su retiro, se desplomó sobre un reducido catre de tijera, tapándose la cabeza con las sábanas. Pero al cabo de un momento, el valor indomable de los antiguos Canterville se despertó en él y tomó la decisión de hablar al otro fantasma en cuanto amaneciese.

Así pues, no bien el alba puso tintes rosados sobre las colinas, volvió al sitio en que había visto por primera vez al horroroso fantasma.

Pensaba que, después de todo, dos fantasmas podían valer más que uno y que, con la ayuda de su nuevo amigo, podría contender victoriosamente con los gemelos. Pero cuando llegó al lugar en que lo había visto, se halló en presencia de un espectáculo terrible.

Algo le sucedía al espectro, porque la luz había desaparecido por completo de sus órbitas.

La cimitarra centellante se había caído de su mano y estaba recostada en la pared, en una actitud forzada e incómoda.

Simón se precipitó hacia adelante y le cogió en sus brazos; pero cuál no sería su terror al ver despegarse la cabeza y rodar por el suelo, mientras el cuerpo tomaba la posición supina, y notó que abrazaba una cortina blanca de lienzo grueso y que yacían a sus pies una escoba, un machete de cocina y una calabaza vacía.

Sin poder comprender aquella curiosa transformación, cogió con mano febril el cartel, leyendo, a la claridad grisácea del amanecer, estas palabras terribles:

ESTE ES EL FANTASMA OTIS
EL ÚNICO ESPECTRO AUTÉNTICO Y REAL
¡DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES!
TODOS LOS DEMÁS ESTÁN FALSIFICADOS

Como un relámpago se le apareció la verdad.

¡Había sido burlado, escarnecido, engañado!

La forma de expresión característica de los Canterville reapareció en su mirada, apretó las mandíbulas desdentadas, y alzando por encima de su cabeza sus manos amarillentas, juró, según el ritual pintoresco de la antigua escuela, «que cuando el gallo tocase por dos veces consecutivas el cuerno de su alegre llamada, se consumarían sangrientas hazañas y el crimen, de callado paso, saldría de su retiro».

No había terminado de formular este terrible juramento cuando de una alquería lejana, de tejado de ladrillo rojo, subió el canto de un gallo.

Lanzó una estentórea risotada, larga y amarga, y esperó. Esperó una hora y luego otra; pero por alguna misteriosa razón, no volvió a cantar el gallo.

Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las criadas le obligó a dejar su terrible guardia y regresó a su morada, con paso altivo, pensando en su juramento que había sido en vano y en su proyecto fracasado.

Una vez en su retiro, consultó varios libros de caballería, cuya lectura le interesaba mucho, y pudo comprobar que el gallo siempre había cantado dos veces en cuantas ocasiones se había recurrido a ese juramento.

—¡Que el diablo cargue con ese animal volátil! —murmuró—. ¡En otro tiempo hubiese caído sobre él con mi buena lanza y le hubiera ensartado por el cuello, obligándole a cantar dos veces para mí aunque reventara!

Dicho esto, se retiró a su confortable féretro de plomo y allí permaneció hasta la noche.

IV

Al día siguiente el fantasma se encontró muy débil y cansado.

Las terribles emociones de las cuatro últimas semanas habían empezado a surtir su efecto.

Tenía el sistema nervioso completamente destrozado y se alteraba al más ligero ruido.

Durante cinco días no se movió de su habitación y acabó por hacer una concesión en lo referente a la mancha de sangre del entarimado de la biblioteca. Puesto que la familia Otis no quería verla, era, indudablemente, que no se la merecían. Aquella gente se encontraba, de un modo muy evidente, en un plano inferior de vida materializada y era incapaz de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensibles.

La cuestión de las apariciones fantasmagóricas y el desarrollo de los cuerpos astrales eran, realmente, para ellos, algo desconocido y estaba fuera de su alcance.

Pero, al menos, él se consideraba en el ineludible deber de mostrarse en el pasillo una vez por semana y farfullar por el gran ventanal ojival el primero y tercer miércoles de cada mes. No veía ningún medio de sustraerse a aquella obligación.

Verdad es que en vida había sido muy criminal, pero, aparte ese detalle, era hombre muy concienzudo en todo lo relacionado con lo sobrenatural.

Así pues, los tres sábados siguientes atravesó, como de costumbre, el pasillo entre las doce de la noche y las tres de la madrugada, tomando todas las precauciones posibles para no ser visto ni oído.

Se quitaba las botas, pisaba lo más suavemente que le era posible sobre las viejas maderas carcomidas, se envolvía en una gran capa de terciopelo negro y no dejaba de usar el engrasador «Sol-Naciente» para mantener sus cadenas engrasadas. Me veo precisado a reconocer que sólo, tras muchas vacilaciones, se decidió a adoptar este método como medio de protección. Pero, al fin, una noche, mientras cenaba la familia, se deslizó en el dormitorio de mistress Otis y se llevó el frasquito.

Al principio se sintió un poco humillado, pero después fue lo suficientemente razonable para comprender que aquel invento merecía grandes elogios y que cooperaba, en cierto modo, a la realización de sus proyectos.

A pesar de todo, no se vio totalmente a cubierto.

No dejaban nunca de tenderle cuerdas de lado a lado del pasillo para hacerle tropezar en la oscuridad, y una vez que se había disfrazado para el papel de *Isaac el negro*, o *el cazador del bosque de Hogsley*, cayó cuan largo era al poner el pie sobre un trozo de suelo enjabonado

que habían preparado los gemelos desde el umbral del salón de tapices hasta la parte alta de la escalera de roble.

Esta última afrenta le produjo tal furor que decidió hacer un esfuerzo para imponerse dignamente y consolidar su posición social, decidiendo visitar a la noche siguiente a los chicos insolentes de Eton, disfrazado para representar su célebre papel de *Ruperto el temerario, o el conde sin cabeza.*

No se había mostrado con aquel disfraz desde hacía setenta años, es decir, desde que había causado con él tal pavor en la bella lady Bárbara Modish que se vio obligada a retirar su palabra de casamiento al abuelo del actual lord Canterville y se fugó a Gretna Green con el arrogante Jack Castletown, jurando que por nada del mundo consentiría en emparentar con una familia que toleraba los paseos de un fantasma tan horrible, por la terraza, al atardecer.

El pobre Jack fue muerto al poco tiempo en duelo, por lord Canterville, en la pradera de Wandsworth y lady Bárbara murió de pena en Tumbridge Wells antes de que finalizara el año, así es que constituyó un éxito bajo todos los conceptos.

No obstante se trataba (me permito emplear un término de «argot» teatral para aplicarle a uno de los mayores misterios del mundo sobrenatural o en lenguaje más científico «del mundo superior a la Naturaleza») era, repito, una caracterización de las más difíciles y necesitó sus tres buenas horas largas para terminar los preparativos.

Por fin todo estuvo listo y él quedó contentísimo de su disfraz.

Las grandes botas de montar, que hacían juego con el traje, le quedaban, eso sí, un poco holgadas y no pudo encontrar más que una de las dos pistolas de arzón; pero, en general, quedó muy satisfecho del resultado y a la una y cuarto pasó a través de la pared y bajó al pasillo.

Cuando estuvo cerca de la habitación ocupada por los gemelos, y a la que denominaré dormitorio azul por el color de sus cortinas, se encontró con la puerta entreabierta.

Con el fin de hacer una entrada sensacional, la empujó con violencia, pero se le vino encima una jarra de agua que le empapó hasta los huesos, no dándole en el hombro por unos milímetros.

Al mismo tiempo oyó unas risas sofocadas que partían de la doble cama con dosel.

Su sistema nervioso sufrió tal conmoción que regresó a sus habitaciones a toda velocidad y al día siguiente tuvo que permanecer en la cama, con un fuerte ataque de reuma.

El único consuelo que le quedaba era el de no haber llevado la cabeza sobre los hombros, puesto que, de no haber sido así, las consecuencias hubieran sido peores.

Desde entonces renunció para siempre a espantar a aquella recia familia de americanos, y se limitó a vagar por el pasillo, con zapatillas de orillo, una gruesa bufanda alrededor del cuello, por temor a las corrientes de aire, y provisto de un pequeño arcabuz, para el caso en que fuese atacado por los gemelos.

Hacia el diecinueve de septiembre fue cuando recibió el golpe de gracia.

Había bajado por la escalera hasta el espacioso «hall», seguro de que en aquel lugar, por lo menos, estaba a cubierto de jugarretas, y se entretenía en hacer observaciones artísticas sobre las grandes fotografías del ministro de los Estados Unidos y de su mujer, hechas en casa de Sarow.

Iba vestido con toda decencia y sencillez, con un largo sudario salpicado de moho de cementerio. Se había atado la mandíbula con una tira de tela amarilla y llevaba una linternita y un azadón de sepulturero.

En una palabra, iba disfrazado de *Jonás el desenterrador, o el ladrón de cadáveres de Chertsey Barn*.

Era una de sus más notables creaciones y de la que guardaban, con mayor motivo los Canterville, un recuerdo especial, ya que fue el motivo de su riña con lord Rufford, vecino suyo.

Serían aproximadamente las dos y cuarto de la madrugada, y a su parecer, no se movía nadie en la casa. Pero cuando se dirigía tranquilamente hacia la biblioteca para ver lo que quedaba de la mancha de sangre, se abalanzaron sobre él, procedentes de un rincón oscuro, dos siluetas, agitando alocadamente sus brazos por encima de sus cabezas, mientras gritaban en su oído:

—¡Uú! ¡Uú! ¡Uú!

Presa de pánico, cosa muy natural en aquellas circunstancias, se precipitó a la escalera, pero allí se encontró frente a Washington Otis que le aguardaba blandiendo la regadera del jardín; de tal modo, que, cercado por sus enemigos, casi acorralado, tuvo que evaporarse en la gran estufa de hierro colado, que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y abrirse paso hasta sus habitaciones por entre los tubos y las chimeneas, llegando a su refugio en el tremendo estado en que lo pusieron la agitación, el hollín y la desesperación.

A partir de aquella noche no se le volvió a ver más en expedición nocturna.

Los gemelos se quedaron muchas noches acechando su aparición para sorprenderle, sembrando de cáscaras de nuez los pasillos todas las noches, con gran molestia para sus padres y para los criados. Pero fue inútil.

Su amor propio estaba profundamente herido, sin duda, y no quería mostrarse.

En vista de ello, míster Otis se puso a trabajar en su gran obra sobre la historia del partido demócrata, obra que había empezado tres años antes.

Mistress Otis organizó un «clam-bake» extraordinario del que se habló en toda la comarca.

Los niños se dedicaron a jugar a la barra, al «écarté», al poker y a otras diversiones nacionales de América.

Virginia dio paseos a caballo por las carreteras, en compañía del joven duque de Chesire, que se encontraba en Canterville pasando su última semana de vacaciones.

Todo el mundo se imaginaba que el fantasma había desaparecido, hasta el punto de que míster Otis escribió una carta a lord Canterville para comunicárselo, y recibió en contestación otra carta en la que le testimoniaba el placer que le producía la noticia y enviaba sus más sinceras felicitaciones a la digna esposa del ministro.

Pero los Otis se equivocaban.

El fantasma continuaba en la casa, y aunque se hallara muy delicado no se encontraba dispuesto a retirarse, sobre todo, después de saber que figuraba entre los invitados el joven duque de Chesire, cuyo tío, lord Francis Stilton, apostó una vez con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville.

A la mañana siguiente se encontraron a lord Stilton tendido en el suelo del salón de juego en un estado de parálisis tal, que a pesar de la edad avanzada que alcanzó, no pudo ya pronunciar nunca más palabra que ésta:

—¡Seis doble!

Esta historia era muy conocida en su tiempo, aunque, en atención a los sentimientos de dos familias nobles, se hiciera todo lo posible por ocultarla, y existe un relato detallado de todo lo referente a ella en el tomo tercero de las *Memorias de lord Tattle sobre el príncipe Regente y sus amigos.*

Desde entonces el fantasma tenía verdaderos deseos de poder probar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con los que, además, estaba emparentado por alianza matrimonial, ya que una prima hermana suya se había casado en segundas nupcias con el señor Bulkeley, del que descienden en línea directa, como todo el mundo sabe, los duques de Chesire.

Con este motivo, pues, hizo sus preparativos para mostrarse al pequeño enamorado de Virginia en su famoso papel de *Fraile vampiro, o el benedictino desangrado.*

Era un espectáculo tan horripilante que cuando la vieja lady Starbury se lo vio representar, es decir, la víspera del Año Nuevo de 1764, empezó a lanzar chillidos agudos, que tuvieron por resultado

un fuerte ataque de apoplejía y su fallecimiento al cabo de tres días, no sin que antes desheredara a los Canterville y legase todo su dinero a su farmacéutico de Londres.

Pero, en el último momento, el terror que le inspiraban los gemelos le retuvo en su habitación, y el joven duque pudo dormir tranquilo en el gran lecho con dosel coronado de plumas del dormitorio real, soñando con Virginia.

V

Virginia y su enamorado de cabello ensortijado dieron, unos días después, un paseo a caballo por los prados de Brockley, paseo durante el cual ella se desgarró su traje de amazona al saltar un seto, de tal manera que, al regresar a casa, entró por la escalera de detrás para que no la viesen.

Al pasar corriendo por delante de la puerta del salón de tapices, que estaba de par en par, le pareció que había alguien dentro.

Pensó que sería la doncella de su madre, que iba con frecuencia a trabajar a esa habitación.

Asomó la cabeza para encargarle que la cosiese el vestido.

Pero, ¡cuál no sería su asombro al encontrarse allí, en persona, al fantasma de Canterville!

Se había acomodado ante el ventanal y contemplaba el oro llameante de los árboles amarillentos y el revoloteo de las hojas enrojecidas que bailaban alocadamente a lo largo de la gran avenida.

Tenía la cabeza apoyada en una mano y su actitud revelaba el más profundo desaliento.

Realmente, presentaba un aspecto tan abrumado, tan abatido, que la pequeña Virginia, en lugar de ceder a su primer impulso, que fue echar a correr y encerrarse en su cuarto, se sintió movida por la compasión y tomó el partido de acercarse a consolarle.

Tenía la muchacha un paso tan ligero y él una melancolía tan profunda, que no advirtió su presencia hasta que le dirigió la palabra.

—Lo he sentido mucho por usted —dijo—, pero mis hermanos regresan mañana a Eton y entonces, si se porta usted bien, nadie le atormentará.

—Es inconcebible pedirme que me porte bien —le respondió, contemplando estupefacto a la jovencita que tenía la audacia de dirigirle la palabra—. Totalmente inconcebible. Es preciso que yo sacuda mis cadenas, que gruña por los agujeros de las cerraduras y que corretee por la noche. ¿Eso es lo que usted llama portarse mal? No tengo otra razón de ser.

—Eso no es una razón de ser. En sus tiempos fue usted muy malo, ¿sabe? Mistress Umney nos dijo el mismo día de nuestra llegada que usted mató a su esposa.

—Sí, lo reconozco —respondió con arrogancia el fantasma—. Pero se trataba de un asunto de familia y nadie tenía el derecho de inmiscuirse.

—Está muy mal matar a nadie —dijo Virginia, que a veces adoptaba un bonito aspecto de gravedad puritana, heredado quizá de algún antepasado venido de Nueva Inglaterra.

—¡Oh, no puedo sufrir la severidad de la moral abstracta! Mi mujer era feísima. No almidonaba nunca lo suficiente mis puños y no sabía nada de cocina. Mire usted, un día había yo cazado un soberbio ciervo en los bosques de Hogsley, un hermoso macho de dos años. ¡Pues no puede usted imaginarse cómo me lo sirvió! Pero, en fin, dejemos eso. Es asunto liquidado y no me parece nada bien que sus hermanos me dejasen morir de hambre aunque yo la hubiese matado.

—¡Que le dejaron morir de hambre! ¡Oh, señor fantasma!... Don Simón, quiero decir, ¿acaso tiene usted hambre? Hay un «sandwich» en mi costurero. ¿Le gustaría comerlo?

—No, gracias, ahora ya no como; pero de todas formas lo encuentro amabilísimo de su parte. ¡Es usted bastante más atenta que el resto de su horrible, arisca, ordinaria y ladrona familia!

—¡Basta! —exclamó Virginia, golpeando con el pie en el suelo—. El arisco, el horrible, el ordinario lo es usted. En cuanto a lo de ladrón, demasiado sabe usted que me ha robado mis colores de la caja de pinturas para restaurar esa ridícula mancha de sangre de la biblioteca. Empezó usted por utilizar todos mis rojos, incluso el bermellón, imposibilitándome para poder pintar las puestas de sol. Después cogió usted el verde esmeralda y el amarillo cromo. Y, finalmente, sólo me queda el añil y el blanco china. Así es que ahora no puedo pintar más que claros de luna, que da grima ver, y además, son incomodísimos de colorear. Y no le he acusado, aun estando molesta y a pesar de que todas esas cosas son absolutamente ridículas. ¿Se ha visto alguna vez sangre color verde esmeralda?...

—Vamos a ver —dijo el fantasma, con cierta suavidad—, ¿y qué podía yo hacer? Es dificilísimo, en los tiempos actuales, agenciarse sangre verdadera, y ya que su hermano empezó con su quitamanchas incomparable, no veo por qué no había de emplear yo los colores de usted para resistir. En cuanto al tono, es cuestión de gustos. Así, por ejemplo, los Canterville tienen sangre azul, la sangre más azul que existe en Inglaterra... Aunque ya sé que ustedes, los americanos, no prestan la menor atención a esas cosas.

—No sabe usted nada, y lo mejor que puede hacer es emigrar y así se formará una idea. Mi padre tendría verdadero gusto en proporcionarle un pasaje gratuito, y aunque haya que pagar derechos elevadísimos de Aduana de toda clase de cosas y más tratándose de espectros, no le pondrán dificultades en la Aduana, pues todos son demócratas. Y, una vez en Nueva York, puede usted contar con un gran éxito. Conozco infinidad de personas que darían cien mil dólares por tener antepasados y que sacrificarían mayor cantidad aún por tener un fantasma de «familia».

—Creo que no me divertiría mucho en América.

—Quizá se deba a que allí no tenemos ruinas ni curiosidades —dijo burlonamente Virginia.

—¡Qué curiosidades ni qué ruinas! —contestó el fantasma—. Tienen ustedes su Marina y sus modales. ¿No?

—Buenas noches; voy a pedir a papá que conceda a los gemelos una semana más de vacaciones.

—¡No se vaya, miss Virginia, se lo ruego! —exclamó el fantasma—. Estoy tan solo y soy tan desgraciado que no sé qué hacer. Quisiera ir a acostarme y no puedo.

—Pues es inconcebible: no tiene usted más que meterse en la cama y apagar la luz. Algunas veces es dificilísimo permanecer despierto, sobre todo en una iglesia, pero, en cambio, dormir es muy sencillo. Ya ve usted, los gemelos saben dormir admirablemente y no son de los más listos.

—Hace trescientos años que no duermo —dijo el anciano tristemente, haciendo que Virginia abriese mucho sus hermosos ojos azules llenos de asombro—. Hace ya trescientos años que no duermo, así es que me siento cansadísimo.

Virginia adoptó un grave continente y sus finos labios se movieron como pétalos de rosa.

Se acercó y, arrodillándose al lado del fantasma, contempló su rostro envejecido y arrugado.

—Pobrecito fantasma —profirió a media voz—. ¿Y no hay ningún sitio donde pueda usted ir a dormir?

—Allá lejos, pasado el pinar —respondió él con voz baja y soñadora—, hay un jardincillo; la hierba crece en él alta y espesa; allí pueden verse las grandes estrellas blancas de la cicuta, allí el ruiseñor canta toda la noche, y la luna de cristal helado deja caer su mirada y el tejo extiende sus brazos de gigante sobre los durmientes.

Los ojos de Virginia se empañaron de lágrimas y ocultó la cara entre sus manos.

—Se refiere usted al jardín de la Muerte —murmuró.

—Sí, de la muerte. ¡Qué hermosa debe de ser! ¡Descansar en la blanda tierra oscura, mientras las hierbas se balancean encima de nuestra cabeza, y escuchar el silencio! No tener ni ayer ni mañana. Olvidarse del tiempo y de la vida, morar en paz. Usted puede ayudarme; usted puede abrirme de par en par las puertas de la Muerte, porque el Amor la acompaña a usted siempre, y el Amor es más fuerte que la Muerte.

Virginia tembló. Un estremecimiento helado recorrió todo su ser y durante unos instantes hubo un gran silencio.

Le parecía vivir en sueño terrible.

Entonces, el fantasma habló nuevamente con una voz que resonaba como los suspiros del viento:

—¿Ha leído usted alguna vez la antigua profecía que hay sobre las vidrieras de la biblioteca?

—¡Oh, muchas veces! —exclamó la muchacha, mirándole—. La conozco muy bien. Está pintada con unas curiosas letras doradas y se lee con dificultad. No tiene más que estos seis versos:

Cuando una joven rubia logre hacer brotar
una oración de los labios del pecador,
cuando el almendro estéril dé fruto
y una niña deje correr su llanto,
entonces toda la casa recobrará la tranquilidad
y volverá la paz a Canterville.

—Pero no sé lo que quieren decir.

—Quieren decir que usted tiene que llorar conmigo mis pecados, porque yo no tengo lágrimas, y que tiene usted que rezar conmigo por mi alma, porque no tengo fe, y entonces, si ha sido usted siempre dulce, buena y cariñosa, el ángel de la Muerte se apoderará de mí. Verá usted seres terribles en las tinieblas y voces funestas escucharán sus oídos, pero no podrán hacerle ningún daño, porque contra la pureza de una niña no pueden nada las potencias infernales.

Virginia no contestó y el fantasma se retorció las manos preso de la desesperación, sin dejar de mirar la rubia cabeza inclinada.

De pronto se irguió la joven, muy pálida, con un fulgor extraño en los ojos.

—No tengo miedo —dijo con voz firme—, y rogaré al ángel que se apiade de usted.

Se levantó el fantasma de su asiento lanzando una débil exclamación de alegría, cogió la rubia cabeza entre sus manos con una gentileza que recordaba los tiempos pasados y la besó.

Sus dedos estaban fríos como el hielo y sus labios abrasaban como el fuego, pero Virginia no desmayó en su propósito. Después la hizo atravesar la estancia sombría.

Sobre el tapiz, de un verde apagado, estaban bordados unos pequeños cazadores. Soplaban en sus cuernos adornados de flecos y con sus lindas manos hacían señales para que retrocediese.

—Vuelve sobre tus pasos, Virginia. ¡Vete, vete! —gritaban.

Pero el fantasma le sujetaba en aquel momento la mano con más fuerza y ella cerró los ojos para no verlos.

Horribles animales con colas de lagarto y ojos saltones parpadearon maliciosamente en las esquinas de la chimenea, mientras le decían en voz baja:

—Ten cuidado, Virginia, ten cuidado. Quizá no volvamos a verte.

Pero el fantasma apresuró entonces el paso y Virginia no volvió a oír nada.

Cuando llegaron al extremo de la estancia, el viejo se detuvo murmurando unas palabras que ella no comprendió. Volvió Virginia a abrir los ojos, y vio disiparse el muro lentamente como una neblina, y abrirse ante ella una negra caverna.

—De prisa, de prisa —gritó el fantasma—, o será demasiado tarde.

Y en el mismo momento el muro se cerró de nuevo tras ellos y el salón de tapices quedó desierto.

VI

Cuando tocó la campana diez minutos más tarde para el té, Virginia no bajó.

Mistress Otis envió a uno de los criados a buscarla.

No tardó en volver diciendo que no había podido encontrar a miss Virginia en ningún sitio.

Mistress Otis no se inquietó, pues sabía que Virginia tenía la costumbre de salir todas las tardes al jardín a coger flores para la cena, pero dieron las seis y siguió sin aparecer.

A partir de entonces, su madre comenzó a experimentar inquitud y envió a sus hijos en su busca, mientras ella y su marido recorrían todas las habitaciones de la casa.

A las seis y media regresaron los gemelos diciendo que no habían encontrado ninguna huella de su hermana.

Entonces, se produjo una gran confusión en todos y ninguno sabía qué hacer, cuando míster Otis recordó de pronto que pocos días antes había dado permiso a una tribu de gitanos para que acampasen en el parque.

Por consiguiente, salió inmediatamente para Blackfell-Hollow, acompañado por su hijo mayor y dos criados de la granja.

El joven duque de Chesire, desquiciado por la inquietud, rogó con insistencia a míster Otis que le permitiese acompañarle, pero éste se negó, temiendo que hubiese algún jaleo. Pero al llegar al lugar donde habían acampado, vio que ya no había nadie.

Se habían apresurado a huir, sin lugar a dudas, pues el fuego ardía todavía y habían quedado algunos platos sobre la hierba.

Después de mandar a Washington que registrase los alrededores, junto con los dos hombres, se apresuró a regresar y envió telegramas a todos los inspectores de policía del condado, rogándoles buscasen a una joven raptada por unos vagabundos o unos gitanos.

Después mandó que le trajesen su caballo, y luego de insistir para que su mujer y sus hijos se sentasen a la mesa, partió con un lacayo por el camino de Ascot.

Apenas llevaba recorridas un par de millas, cuando oyó un galope a su espalda.

Se volvió y vio al joven duque que llegaba en su poney, con la cara sofocada y la cabeza descubierta.

—Lo lamento de veras —le dijo el joven con la voz entrecortada—, pero me sería imposible probar bocado mientras Virginia no aparezca. Se lo ruego, no se enfade conmigo. Si hubiera permitido que nos casásemos el año pasado, esto no habría sucedido nunca. No me rechazará usted, ¿verdad? ¡No puedo ni quiero irme!

El ministro no pudo menos de sonreír a aquel guapo mozo atolondrado, muy conmovido ante la abnegación que mostraba hacia Virginia.

Inclinándose sobre su caballo, le dio unos golpecitos cariñosos en el hombro y le dijo bondadosamente:

—Pues bien, Cecil, ya que insiste usted en venir, no me queda más remedio que admitirle en mi compañía; pero eso sí, tengo que comprarle un sombrero en Ascot.

—¡Al diablo los sombreros! ¡Lo que quiero es que aparezca Virginia! —exclamó el joven duque, sonriendo.

Y acto seguido, se pusieron a galopar hasta llegar a la estación.

Llegado allí, míster Otis preguntó al jefe si no había visto en el andén de salida a una joven cuyas señas correspondiesen a las de Virginia, pero no pudo averiguar nada.

A pesar de ello, el jefe de estación expidió telegramas a las estaciones del trayecto, ascendentes y descendentes, y le prometió ejercer una vigilancia minuciosa.

En seguida, después de haber comprado un sombrero para el joven duque, en una tienda de novedades que se disponía a cerrar, míster Otis cabalgó hasta Bexley, pueblo situado cuatro millas más allá, y que, según le dijeron, era muy frecuentado por los gitanos.

Hicieron levantarse al guarda forestal pero no obtuvieron de él ninguna información acerca de lo que les interesaba.

Por lo cual, después de atravesar la plaza, los dos jinetes, tomaron nuevamente el camino de regreso, llegando a Canterville hacia las once, rendidos y con el corazón oprimido por la inquietud.

Allí se reunieron con Washington y los gemelos, que les esperaban a la puerta con linternas, porque la avenida estaba muy oscura.

No se había descubierto la menor huella de Virginia. Los gitanos fueron alcanzados en el prado de Brockley, pero la joven no se encontraba con ellos.

Explicaron lo apresurado de su marcha, diciendo que habían equivocado el día en que había de celebrarse la feria de Chorton y que el temor de llegar tarde les había obligado a darse prisa.

Además, se mostraron desconsolados por la desaparición de Virginia, pues dijeron le estaban muy agradecidos a míster Otis por haberles permitido acampar en su parque. Cuatro de los componentes se quedaron rezagados para participar en la búsqueda.

Hicieron vaciar el estanque de las carpas. Registraron la finca en todos los sentidos, pero con el mismo resultado negativo.

Era ya una evidencia que Virginia estaba perdida, al menos por aquella noche, y con un gran abatimiento entraron en casa míster Otis

y los jóvenes, seguidos del lacayo, que llevaba de las bridas al caballo y al poney.

En el «hall» se encontraron con el grupo de los criados llenos de terror.

La pobre mistress Otis se hallaba tumbada en un diván de la biblioteca, casi enloquecida por el espanto y la ansiedad, y la vieja ama de llaves le humedecía la frente con agua de colonia.

Fue una comida tristísima.

Apenas se hablaba y hasta los propios gemelos presentaban un aspecto despavorido y consternado, pues querían mucho a su hermana.

Cuando terminaron, míster Otis, a pesar de los ruegos del joven duque, mandó a todo el mundo a la cama, ya que nada más podía hacerse durante la noche; al día siguiente pensaba telegrafiar a Scotland Yard para que pusieran inmediatamente varios detectives a su disposición.

Pero, justo en el preciso momento en que salían del comedor, sonaron las doce en el reloj de la torre.

Apenas se habían extinguido las vibraciones de la última campanada, cuando se oyó un crujido acompañado de un grito penetrante.

Un trueno formidable hizo estremecerse las paredes, una melodía que nada tenía de terrenal, flotó en el aire, un lienzo de la pared se desprendió bruscamente y en lo alto de la escalera, ya sobre el rellano, muy pálida, casi blanca, apareció Virginia, llevando en la mano una cajita.

Todos se precipitaron inmediatamente hacia ella.

Mistress Otis la estrechó fuertemente contra su pecho.

El joven duque casi la ahogó con la violencia de sus besos, y los gemelos ejecutaron una danza guerrera salvaje alrededor del grupo.

—¡Ay! ¡Hija mía! ¿Dónde te habías metido? —dijo míster Otis, bastante enfadado, creyendo que les había querido gastar una broma a todos ellos—. Cecil y yo hemos registrado toda la comarca en busca tuya, y tu madre ha estado a punto de morir de espanto. No vuelvas a gastar bromas de este estilo a nadie.

—¡Menos al fantasma, menos al fantasma! —gritaron los gemelos, continuando con sus cabriolas.

—Hija mía querida, gracias a Dios que te hemos encontrado; ya no nos volveremos a separar —murmuraba mistress Otis, besando a la muchacha, toda trémula, y acariciando sus cabellos dorados, que se desparramaban sobre los hombros.

—Papá —dijo suavemente Virginia—, estaba con el fantasma. Ha muerto ya. Es preciso que vayáis a verle. Fue muy malo, pero se ha arrepentido sinceramente de todo lo que ha hecho, y antes de morir me ha dado este cofrecillo con hermosas joyas.

Toda la familia se quedó contemplándola, muda y aterrada, pero ella hablaba con un aire solèmne y serio.

A continuación, dando media vuelta, les precedió a través del hueco de la pared y bajaron por un corredor secreto.

Washington les seguía llevando una vela encendida que cogió de la mesa. Por fin, llegaron a una gran puerta de roble erizada de recios clavos.

Virginia la tocó y entonces la puerta giró sobre sus goznes enormes y se encontraron en una habitación estrecha y baja con el techo abovedado y con una ventanita enrejada.

Junto a una gran argolla de hierro, empotrada en la pared, con la cual estaba encadenado, se veía un largo esqueleto, extendido cuan largo era sobre las baldosas.

Parecía estirar sus dedos descarnados, como intentando llegar a un plato y a un cántaro, de forma antigua, colocados de tal manera que no pudiese alcanzarlos.

El cántaro había estado lleno de agua, indudablemente, pues tenía su interior recubierto de moho verde.

En el plato no quedaba más que un montón de polvo.

Virginia se arrodilló junto al esqueleto y, uniendo sus manecitas, se puso a rezar en silencio, mientras la familia contemplaba con asombro la horrible tragedia, cuyo secreto acababa de ser revelado.

—¡Atiza! —exclamó de repente uno de los gemelos, que había ido a mirar por la ventanita, tratando de averiguar a qué lado del edificio estaba situada aquella habitación—. ¡Atiza! El antiguo almendro, que estaba seco, ha florecido. Se ven admirablemente las hojas a la luz de la luna.

—¡Dios le ha perdonado! —dijo gravemente Virginia, levantándose. Y un maravilloso resplandor parecía iluminar su rostro.

—¡Eres un ángel! —exclamó el joven duque, rodeándola el cuello con sus brazos y besándola.

VII

Cuatro días después de estos curiosos sucesos, hacia las once de la noche, salía un fúnebre cortejo del Castillo de Canterville.

La carroza iba tirada por ocho caballos negros, cada uno de los cuales llevaba adornada la cabeza con un gran penacho de plumas de avestruz, que se balanceaban.

El féretro de plomo iba cubierto con un rico paño de púrpura, sobre el cual estaban bordadas en oro las armas de los Canterville.

A cada lado de la carroza y de los coches marchaban los criados llevando antorchas encendidas.

Aquella comitiva tenía un aspecto grandioso e impresionante.

Lord Canterville presidía el duelo; había venido del País de Gales expresamente para asistir al entierro y ocupaba el primer coche con la pequeña Virginia.

Después iban el ministro de los Estados Unidos y su esposa, y detrás Washington y los dos muchachos.

En el último coche iba mistress Umney. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que, después de haber sido atemorizada por el fantasma por espacio de más de cincuenta años, tenía realmente derecho a verle desaparecer para siempre.

Cavaron una profunda fosa en un rincón del cementerio, precisamente bajo el tejo centenario, y dijo las últimas oraciones, del modo más patético, el reverendo Augusto Dampier.

Una vez terminada aquella ceremonia, los criados, siguiendo una antigua costumbre establecida en la familia, apagaron sus antorchas.

Luego, al bajar el féretro a la fosa, Virginia se adelantó, colocando encima de ella una gran cruz hecha con flores de almendro, blancas y rojas.

En aquel momento salió la luna por detrás de una nube e inundó el cementerio con sus silenciosas oleadas plateadas, y de un bosquecillo cercano se elevó el canto del ruiseñor.

Virginia recordaba la descripción que le había hecho el fantasma del jardín de la Muerte; sus ojos se llenaron de lágrimas y apenas pronunció palabra durante el camino de regreso.

A la mañana siguiente, antes de que lord Canterville se marchase a la ciudad, mistress Otis habló con él al respecto de las joyas entregadas por el fantasma a Virginia.

Eran soberbias, espléndidas.

Había, sobre todo, un collar de rubíes, de antigua montura veneciana, que era un maravilloso trabajo del siglo XVI, y el conjunto representaba tal cantidad que era una fortuna, y míster Otis tenía escrúpulos en permitir que su hija se quedase con ellas.

—Milord —dijo el ministro—, sé que en este país se aplica la antigua ley del mayorazgo, lo mismo a los objetos menudos que a las tierras, y es evidente, evidentísimo para mí, que estas joyas deben quedar en poder de usted como legado de familia. Le ruego, por lo tanto, que consienta en llevárselas a Londres, considerándolas simplemente como una parte de su herencia que le fuera restituida en circunstancias extraordinarias. En cuanto a mi hija, no es más que una chiquilla, y hasta hoy, me complace decirlo, siento poco interés por esas futilezas de lujo superfluo. He sabido igualmente por mistress Otis, cuya autoridad no es despreciable en cosas de arte, dicho sea de paso, pues ha tenido la suerte de pasar varios inviernos en Boston, de soltera, que esas piedras preciosas tienen un valor monetario considerable, y que si se pusieran en venta producirían una bonita suma. En estas circunstancias, lord Canterville, reconocerá usted, indudablemente, que no puedo permitir que queden en manos de ningún miembro de mi familia. Además de que todos esos adornos y fruslerías, por muy apropiados y necesarios que resulten a la dignidad de la aristocracia británica, estarían fuera de lugar entre personas educadas según los severos principios, según los inmortales principios, si puede decirse, de la sencillez republicana. Quizá me atrevería, a asegurar que Virginia tiene gran interés en que le deje usted el cofrecillo que encierra esas joyas, como recuerdo de las locuras y de los infortunios de su antepasado. Y como ese cofre está muy viejo y deterioradísimo, puede que encuentre usted razonable su petición y la acoja favorablemente. En cuanto a mí, confieso que me sorprende enormemente ver a uno de mis hijos demostrar interés por una cosa de la Edad Media, y la única explicación que le encuentro es que Virginia ha nacido en un barrio de Londres, al poco tiempo de regresar mistress Otis de una excursión a Atenas.

Lord Canterville escuchó imperturbable el discurso del digno ministro, atusándose de cuando en cuando el bigote gris, para ocultar una sonrisa que no podía reprimir.

Una vez que hubo terminado míster Otis, le estrechó cordialmente la mano y contestó:

—Mi querido amigo, su encantadora hijita ha prestado un servicio importantísimo a mi desgraciado antepasado. Mi familia y yo estamos agradecidísimos a su maravilloso valor y a la sangre fría que ha demostrado. Las joyas le pertenecen, sin duda alguna, y creo, a fe mía, que si tuviese yo la suficiente insensatez para quitárselas, el viejo tunante sería capaz de salir de la tumba al cabo de quince días para hacerme la vida imposible. En cuanto a que sean joyas de familia, no podrían serlo sino después de estar especificadas como tales en un testamento en forma legal, y la existencia de estas joyas ha permanecido siempre ignorada. Le aseguro que son tan mías como de su mayordomo. Cuando miss

Virginia sea mayor, sospecho que le encantará tener cosas tan lindas para ponerse. Además, míster Otis, olvida usted que adquirió el inmueble y el fantasma bajo inventario. De modo que todo lo que pertenece al fantasma le pertenece a usted. A pesar de las pruebas de actividad que ha dado sir Simón por los pasillos, no por eso deja de estar menos muerto, desde el punto de vista legal, y su compra le hace a usted dueño de lo que le pertenecía a él.

Míster Otis se quedó muy pensativo ante la negativa de lord Canterville y le rogó que reflexionara de nuevo en su decisión; pero el excelente par se mantuvo firme y acabó por convéncer al ministro para que aceptase el regalo del fantasma.

Cuando, en la primavera de 1890, la joven duquesa de Chesire fue presentada por primera vez en la recepción de la Reina, con motivo de su casamiento, sus joyas fueron motivo de general admiración. Virginia fue agraciada con el tortil o lambrequín de baronía, que se otorga como recompensa a todas las jóvenes americanas juiciosas, y se casó con su novio en cuanto éste tuvo edad para ello.

Eran ambos tan agradables y se amaban de tal modo que a todo el mundo le encantó aquel matrimonio, menos a la vieja marquesa de Dumbleton, que venía haciendo todo lo posible para atrapar al joven duque y casarlo con una de sus siete hijas...

Para lograrlo dio, por lo menos, tres grandes comidas costosísimas.

Cosa rara: míster Otis experimentaba una gran simpatía personal por el joven duque, pero teóricamente era enemigo del «particularismo» y según sus propias palabras «era de temer que, entre las influencias debilitantes de una aristocracia ávida de placer, fueran olvidados por Virginia los verdaderos principios de la sencillez republicana».

Pero nadie hizo caso de sus observaciones, y cuando avanzó por la nave lateral de la iglesia de San Jorge, en Hannover Square, llevando a su hija del brazo, no había hombre más orgulloso en toda Inglaterra.

Después de la luna de miel, el duque y la duquesa regresaron al Castillo de Canterville, y al día siguiente de su llegada, por la tarde, fueron a dar una vuelta por el cementerio solitario próximo al pinar.

Al principio les preocupó mucho lo relativo a la inscripción que debía grabarse sobre la lápida de sir Simón, pero decidieron que se pondrían simplemente las iniciales del viejo gentilhombre y los versos escritos en la ventana de la biblioteca.

La duquesa llevaba unas rosas magníficas que desparramó sobre la tumba; después de permanecer allí un rato pasearon por las ruinas del claustro de la antigua abadía.

La duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, recostado a sus pies y fumando un cigarrillo, contemplaba sus lindos ojos.

De pronto tiró el cigarrillo y, cogiéndole una mano, le dijo:

—Virginia, una mujer no debe tener secretos para su marido.

—Y no los tengo, querido Cecil.

—Sí los tienes —respondió sonriendo—. No me has contado nunca lo que sucedió mientras estuviste encerrada con el fantasma.

—Ni se lo he dicho nunca a nadie —replicó gravemente Virginia.

—Ya lo sé, pero podrías decírmelo a mí.

—Cecil, te ruego que no me lo preguntes. No puedo, en realidad, decírtelo. ¡Pobre sir Simón! Le debo mucho. Sí, no te rías, Cecil; le debo mucho, realmente. Me hizo ver lo que es la vida, lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que la vida y que la muerte.

El duque se levantó para besar amorosamente a su mujer.

—Puedes guardar tu secreto mientras posea yo tu corazón —dijo a media voz.

—Siempre fue tuyo.

—Y se lo dirás algún día a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.

EL CUMPLEAÑOS DE UNA INFANTA

Aquel día era el cumpleahos de la princesita y el sol brillaba esplendoroso en los jardines de palacio.

Aunque realmente era princesa e infanta de España, sólo tenía una fecha de nacimiento, al igual que los hijos de los pobres; por lo tanto era cosa de gran importancia para el país que la infanta tuviera un gran día en tales fechas. Y había amanecido un gran día de verdad. Los altos y rayados tulipanes se erguían sobre los tallos como en largo desfile, y miraban retadores a las rosas diciéndoles: «Somos tan espléndidos como vosotras.» Las mariposas nacaradas revoleteaban, cubiertas de polvillo de oro las alas, visitando a las flores una por una; las lagartijas salían por las grietas del muro y se calentaban al sol; las granadas se cuarteaban y se entreabrían con el calor, dejando al descubierto su corazón rojo. Hasta los pálidos lines amarillos, que colgaban en profusión de las carcomidas espalderas, y a lo largo de las arcadas oscuras, parecían haber tomado mayor viveza de color de la maravillosa luz solar, y las magnolias abrían sus grandes corolas, semejantes a globos de marfil, y perfumaban el aire con su suave aroma enervante.

La princesita paseaba por la terraza con sus compañeros y jugaba al escondite entre los jarrones de piedra y las viejas estatuas cubiertas de musgo. En los días corrientes sólo se le permitía jugar con niños de su propia alcurnia, por lo que se veía obligada a jugar sola; pero su cumpleaños era una excepción y el rey había ordenado que invitara a sus amigos preferidos para que jugaran con ella. Tenían, los esbeltos niños españoles, gracia majestuosa de movimientos: los muchachos, con sus sombreros de grandes plumas y sus capas cortas flotantes; las niñas, recogiéndose la cola de los largos trajes de brocado y protegiéndose los ojos del sol con enormes abanicos plateados y negros. Pero la infanta era la más graciosa de todas ellas, la que vestía con mayor gusto, dentro de la incómoda moda de aquel tiempo. Llevaba un traje de raso gris, la falda y las amplias mangas de bullones estaban bordadas con plata, el rígido corpiño adornado con hileras de perlas finas. Por debajo del traje, surgían al andar dos diminutos zapatitos con borlas color de rosa. Rosa y perla era su gran abanico de encaje y en el cabello, que formaba

una aureola de oro viejo, en torno a su carita pálida, llevaba una linda rosa blanca.

Desde una ventana del palacio los contemplaba el melancólico rey. Detrás de él se hallaba, en pie, su hermano don Pedro de Aragón, a quien odiaba; su confesor, el gran inquisidor de Granada, estaba sentado junto a él. El rey se encontraba más triste que de costumbre, porque al ver a la infanta saludar con infantil gravedad a los cortesanos reunidos, o riéndose tras el abanico de la ceñuda duquesa de Alburquerque, que la acompañaba siempre, pensaba en la joven reina, su madre, que poco tiempo antes —así se lo parecía al menos— había llegado del alegre país de Francia y se había marchitado entre el sombrío esplendor de la corte española, muriendo seis meses después del nacimiento de su hija, antes de haber visto florecer dos veces los almendros en el huerto, o de haber arrancado por segunda vez los frutos de la vieja higuera nudosa que había en el centro del patio, cubierto ahora de hierba. Tan grande había sido el amor que el rey tuviera a su esposa, que no permitió que la tumba los separara. La reina fue embalsamada por un médico moro, a quien por tal servicio le había sido perdonada la vida, condenado ya por el Santo Oficio en juicio por herejía y sospecha de prácticas de brujería, y el cuerpo yacía aún dentro del féretro, forrado de terciopelo, en la capilla de mármol negro del palacio, tal como lo habían depositado allí los monjes aquel ventoso día de marzo, hacía doce años ya. Una vez más, el rey, cubierto con una capa oscura y llevando en la mano una antorcha, entró allí y se arrodilló junto a ella, exclamando: «¡Mi reina! ¡Mi reina!»[1] Algunas veces, faltando a la etiqueta rigurosa que gobierna en España cada acto de la vida, y que pone límites hasta a la pena de un rey, asía las pálidas manos enjoyadas, en loco paroxismo de dolor y trataba de reanimar con sus besos la fría cara maquillada.

Hoy imaginaba verla de nuevo, como se le apareció por primera vez en el castillo de Fontainebleau, cuando apenas contaba él quince años de edad y ella aún menos. En aquella ocasión contrajeron esponsales, que bendijo el nuncio del Papa en presencia del rey de Francia y de toda la corte, y él regresó a El Escorial, llevando consigo un mechón de cabellos rubios y el recuerdo de los labios adolescentes que se inclinaban para besarle la mano cuando subió a su carruaje. Más adelante se efectuó el matrimonio en Burgos, y la gran entrada pública en Madrid, con la acostumbrada misa solemne en la iglesia de la Virgen de Atocha y un acto de fe más imponente que de costumbre.

Indudablemente, el rey amó a la reina con locura, lo cual no dejó de contribuir, según opinaban muchos, a la ruina de su país, a quien Inglaterra disputaba entonces sus posesiones del Nuevo Mundo.

[1] En español en el original.

Apenas la dejaba apartarse de su lado, pues había olvidado o parecía olvidar todos los graves asuntos de Estado, y con la terrible locura que la pasión pone en sus víctimas, no advirtió que las complicadas ceremonias con que trataba de distraerla, no hacían sino agravar la extraña enfermedad que padecía. Cuando murió la reina, el rey quedó como privado de razón durante algún tiempo. Hubiera abdicado formalmente y se hubiera retirado al gran monasterio trapense de Granada, con toda seguridad, del que era ya prior titular, si no hubiera temido dejar a la infantita entregada a la merced de su hermano, cuya crueldad era notoria y de quien muchos sospechaban que había causado la muerte de la reina con un par de guantes envenenados que le había regalado en su castillo de Aragón cuando ella le visitó. Aún después de acabar los tres años de luto que había decretado por edicto real para todos sus dominios, nunca permitió a sus ministros que le hablaran de nuevos enlaces matrimoniales, y cuando el emperador le ofreció la mano de su sobrina, la encantadora archiduquesa de Bohemia, rogó a los embajadores dijeran a su señor que él, rey de España, estaba desposado con la Tristeza, y que aunque ella fuese esposa estéril, la amaba más que a la Belleza, respuesta que costó a su corona las ricas provincias de los Países Bajos, que en seguida, a instancias del emperador, se rebelaron contra él bajo la dirección de fanáticos de la Reforma.

Su vida matrimonial entera, con sus ardientes alegrías y el terrible dolor de su súbito fin, parecía revivir ante él ahora, al ver a la infanta jugar en la terraza. Tenía la graciosa petulancia de la reina, la misma boca orgullosa de lindas curvas, la misma maravillosa sonrisa, «vrai sourire de France», al mirar de cuando en cuando hacia la ventana o al extender su manecita para que la besaran los majestuosos caballeros españoles. Pero la aguda risa de los niños dañaba los oídos del rey, y la viva, implacable luz del sol, se burlaba de su tristeza y un olor tenue de aromas extraños, aromas como los que emplean los embalsamadores, parecía difundirse —¿o era sólo imaginación?— en el aire claro de la mañana. Hundió la cara entre sus manos y cuando la infanta volvió a mirar hacia arriba se habían cerrado las cortinas y el rey se había retirado.

La niña hizo un gesto de contrariedad y se encogió de hombros. Podía haberse quedado el rey a verla jugar en su día de cumpleaños. ¿Qué podían importar los ridículos asuntos de Estado? ¿O se había ido, quizá, a encerrar en la capilla tenebrosa, donde siempre ardían velas y en donde nunca le permitían entrar a ella? ¡Qué tontería, cuando había un sol tan resplandeciente y todo el mundo estaba tan contento! Además, se iba a perder el simulacro de corrida de toros, para el cual sonaba ya el clarín, sin contar la comedia de títeres y las otras cosas maravillosas. Su tío y el gran inquisidor eran mucho más sensatos.

Habían salido a la terraza y la colmaban de agasajos. Sacudió, pues, la cabecita, y tomando la mano de don Pedro, bajó lentamente la escalerita dirigiéndose al amplio pabellón de seda purpúrea, que se levantaba en uno de los extremos del jardín. Los demás niños la siguieron, marchando en estricto orden de preferencia: los que tenían los nombres más largos, iban delante.

* * *

Una procesión de niños nobles, magníficamente vestidos de toreros, salió a recibirla, y el joven conde de Tierra Nueva, hermosísimo adolescente de unos catorce años de edad, destocándose con toda la gracia que dan el nacimiento hidalgo y la grandeza de España, la acompañó solemnemente hasta una silla pequeña, de oro y marfil, colocada sobre el estrado que dominaba el redondel. Los niños se agruparon en torno, agitando las niñas sus abanicos y cuchicheando entre sí, mientras don Pedro y el gran inquisidor, en la entrada, observaban y sonreían. Hasta la duquesa —llamada la camarera mayor—, mujer delgada, de facciones duras, con gorguera amarilla, no parecía de tan mal humor como de costumbre, y algo que quería ser una fría sonrisa vagaba por su cara arrugada y crispaba sus labios finos y exangües.

Se trataba de una corrida de toros maravillosa y muy superior —pensaba la infanta— a la corrida verdadera a que la habían llevado en Sevilla, cuando la visita del duque de Parma a su padre. Algunos de los muchachos caracoleaban sobre caballos de madera ricamente enjaezados, blandiendo largas picas con alegres gallardetes de cintas de vivos colores; otros iban a pie, agitando sus capas escarlatas ante el toro y saltando la barrera cuando les embestía. Y el toro parecía un animal vivo, aunque estaba hecho de mimbre y cubierto con una piel disecada; a veces, corría por el redondel sobre sus patas traseras, cosa que ningún otro toro sería capaz de hacer. Se defendió espléndidamente y los niños se excitaron tanto que se subieron sobre los bancos y, agitando sus pañuelos de encaje, gritaban: «¡Bravo, toro! ¡Bravo, toro!»[2], con la misma seriedad con que lo hacen las personas mayores. Por fin, después de una lidia muy prolongada, durante la cual algunos de los caballos de madera fueron despanzurrados y derribados sus jinetes, el joven conde de Tierra Nueva hizo caer al toro a sus pies, y habiendo obtenido permiso de la infanta para darle la puntilla, hundió su espada de madera en el cuello del animal con tanta violencia que le arrancó la cabeza y dejó al descubierto la cara sonriente del pequeño monsieur de Lorraine, hijo del embajador de Francia en Madrid.

[2] En español en el original.

Se despejó entonces el redondel entre grandes aplausos, y dos pajes moriscos, de librea negra y amarilla, con gran solemnidad, se llevaron arrastrando los caballos muertos, y después de breve descanso, durante el cual un acróbata francés bailó en la cuerda floja, se representó con títeres italianos, la tragedia semiclásica de «Sofonisba» en el pequeño escenario construido al efecto. Actuaban tan bien los títeres y eran tan naturales sus movimientos, que al final del drama los ojos de la infanta estaban empañados por las lágrimas. En realidad, algunos niños llegaron a llorar y fue preciso consolarlos con dulces y golosinas, y el gran inquisidor se afectó tanto, que no pudo menos de decir a don Pedro que le parecía inconveniente que muñecos hechos de madera y de cera iluminada y movidos mecánicamente con alambres, fueran tan desgraciados y víctimas de tan terribles adversidades.

Apareció después un prestidigitador africano, que trajo un gran cesto cubierto con un paño rojo y, colocándolo en el centro del redondel, sacó de su turbante una curiosa flauta de caña y sopló en ella. Poco después, el paño rojo empezó a moverse y a medida que la flauta iba emitiendo sonidos más agudos, dos serpientes, verdes y doradas, fueron sacando sus cabezas de forma extraña y se irguieron poco a poco, balanceándose a un lado y a otro con la música, como se balancea una planta en el agua. Los niños, sin embargo, se asustaron al ver las manchadas cabezas y las lenguas como flechas, y les agradó mucho más ver cómo el prestidigitador hacía nacer de la arena un diminuto naranjo, que produjo preciosos azahares blancos y racimos de verdaderos frutos, y cuando tomó en sus manos el abanico de la hija del marqués de las Torres y lo convirtió en un pájaro azul, que revoloteó alrededor del pabellón y cantó, su deleite no tuvo límites.

El solemne minué, interpretado por los niños bailarines de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, fue encantador. La infanta nunca había visto esa ceremonia, que se verificaba anualmente durante el mes de mayo ante el altar mayor de la Virgen y en honor suyo, y, en realidad, ningún miembro de la real familia de España, había penetrado en la catedral de Zaragoza, desde que un cura loco, que muchos suponían pagado por Isabel de Inglaterra, había tratado de hacer tragar una hostia envenenada al príncipe de Asturias. Por consiguiente, la infanta no conocía más que de oídas la «Danza de Nuestra Señora», según se la llamaba, y era ciertamente digna de verse. Los niños llevaban trajes de corte antiguo; sus sombreros de tres picos estaban ribeteados con plata y coronados por enormes penachos de plumas de avestruz, y la deslumbrante blancura de sus trajes, al moverse en el sol, se acentuaba por el contraste con sus caras morenas y sus largos cabellos negros. Todos quedaron maravillados por la grave dignidad con que se movían en las intrincadas figuras de la danza y por la gracia estudiada de sus lentos

ademanes y de sus majestuosos saludos, y cuando terminaron e hicieron reverencia con sus grandes sombreros a la infanta, ella respondió al homenaje con gran cortesía, e hizo promesa de enviar un gran cirio al santuario de la Virgen del Pilar, en pago del placer que le habían ocasionado.

Una compañía de hermosos egipcios, que era como se llamaba entonces a los gitanos, avanzó por el redondel, y se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas, en círculo, comenzando a tocar suavemente sus cítaras, moviendo el cuerpo al compás de la música y tarareando en leve murmullo una melodía de ensueño, todo en notas graves. Cuando vieron a don Pedro le gruñeron, y algunos dieron muestras de terror, porque apenas hacía dos semanas que había mandado ahorcar por hechiceros a dos de la tribu en la plaza del mercado de Sevilla; pero la linda infantita les encantó, mirándola cómo se echaba hacia atrás, y asomar sus ojos grandes y azules por encima del abanico, y se sentían seguros de que una personita tan encantadora no podía ser cruel para nadie. Tocaron pues, muy suavemente, hiriendo apenas las cuerdas de las cítaras con sus largas uñas puntiagudas e, inclinando las cabezas, como si se adormecieran. De pronto, con un grito tan agudo que todos los niños se asustaron y don Pedro se llevó la mano a la daga, se pusieron en pie y comenzaron a girar alocadamente por el redondel, tocando sus tamboriles y cantando una delirante canción de amor en un extraño lenguaje gutural. Luego, a una nueva señal, se echaron todos al suelo y se quedaron allí tranquilos; el opaco rasgueo de las cítaras era el único sonido que rompía el silencio. Después de repetir el número varias veces, desaparecieron durante un instante y regresaron trayendo un oso pardo y peludo, atado con cadenas y cargando sobre las espaldas unos pequeños monos de Berbería. El oso se ponía de manos con la mayor gravedad y los monos amaestrados hicieron toda clase de juegos divertidos con dos niños gitanos que parecían ser sus domadores, y luchaban con espadas diminutas y disparaban fusiles y ejecutaban ejercicios militares, imitando a los soldados de la guardia del rey. Los gitanos obtuvieron un gran éxito.

Pero lo que constituyó la mayor diversión de toda la fiesta matinal, fue, sin duda, el baile del Enanito. Cuando entró al redondel, tropezando y tambaleándose sobre sus piernas torcidas y sacudiendo la enorme y deforme cabeza a los lados, los niños lanzaron exclamaciones de contento y la infantita rió de tal modo que la camarera mayor tuvo que recordarle que, aunque había precedentes en España de que una hija de reyes hubiera llorado delante de sus iguales, no los había de que una princesa de sangre real se divirtiera tanto delante de personas de nacimiento inferior al suyo. El Enano, sin embargo, era irresistible, y aun en la corte de España, que siempre había sido famosa por su culta afi-

ción a lo horrendo, nunca se había visto un pequeño monstruo tan fantástico. Y era la primera aparición que hacía. Había sido apenas descubierto el día anterior, corriendo en salvaje libertad, por dos nobles que se encontraban cazando en un lugar remoto del gran bosque de alcornoques que rodeaba la ciudad, y le habían llevado al palacio como sorpresa para la infanta; su padre, campesino pobre, que vivía de hacer carbón de encina, se había alegrado de verse libre de hijo tan feo y tan inútil.

Puede que lo más cómico de él fuera su completa inconsciencia: no se apercibía de su aspecto grotesco. En realidad, parecía feliz y estaba lleno de viveza. Cuando los niños se reían de él, él reía tan alegre y libremente como cualquiera de ellos, y al acabar cada baile les hacía la más ridícula de las reverencias, sonriéndoles y saludándoles como si fuera uno de ellos, en vez de ser una cosa tan deforme, que la naturaleza, en un momento de buen humor, había modelado para entretenimiento de los demás.

Se sintió fascinado por la infanta. No le quitaba los ojos de encima y parecía bailar sólo para ella. Cuando al terminar la fiesta, recordando ella que había visto a las grandes damas de la corte arrojar ramilletes a Caffarelli, el famoso cantor italiano de la Capilla Sixtina, a quien el Papa había enviado a Madrid para ver si lograba curar con la dulzura de su voz la melancolía del rey, se quitó del cabello la linda rosa blanca y, en parte por burla y en parte para mortificar a la camarera, se la arrojó a través del redondel con la más dulce de las sonrisas; el Enano lo tomó en serio y, apretando la flor contra sus toscos labios, se puso la mano en el corazón y se arrojó ante la infanta, enseñando los dientes al abrir una boca de oreja a oreja y los ojos brillantes de placer.

La infanta se vio acometida por tal hilaridad, que continuó riéndose aún después de que el Enanito salió del redondel, y expresó a su tío el deseo de que se repitiese aquel baile inmediatamente. Pero la camarera, pretextando que el sol calentaba en exceso, decidió que sería lo mejor para su alteza regresar sin tardanza al palacio, donde se había preparado un magnífico festín, que incluía una tarta de cumpleaños, con sus iniciales dibujadas con azúcar y una preciosa bandera de plata ondeando en la cúspide. La infanta, pues, se puso en pie con gran dignidad, y habiendo dado la orden de que el Enanito bailase ante ella nuevamente después de la siesta, y dado las gracias al adolescente conde de Tierra Nueva por su cortesía, se dirigió a sus habitaciones, seguida por los niños en el mismo orden en que habían venido.

* * *

Cuando el Enanito se enteró de que tenía que bailar nuevamente ante la infanta y por mandato expreso suyo, se puso tan orgulloso que

corrió al jardín besando la rosa blanca en grotesco éxtasis de placer, y haciendo los más torpes y absurdos gestos de satisfacción.

Las flores se indignaron al ver que invadía su bella morada, y cuando le vieron hacer cabriolas por las avenidas del jardín, levantando los brazos por encima de la cabeza de un modo ridículo, no pudieron contenerse.

—Es demasiado feo para que se le permita jugar donde estamos nosotros —gritaron los tulipanes.

—Debería beber jugo de adormideras y dormirse durante mil años —dijeron los grandes lirios escarlata, y se encendieron de ira.

—¡Es un verdadero horror! —chilló el cactus—. Es torcido y rechoncho, y su cabeza no guarda proporción con las piernas. Me crispo sólo de verlo; si se atreve a pasar junto a mí, le pincho con mis espinas.

—¡Y lleva en la mano uno de mis mejores capullos! —exclamó el rosal de rosas blancas—. Yo mismo se lo di a la infanta esta mañana, como regalo de cumpleaños, y él se lo ha robado. Y le gritó a voz en cuello: «¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!»

Incluso los geranios, que de costumbre no se daban importancia, y de los que se sabía tenían muchos parientes pobres, se retorcieron de disgusto al verlo; y cuando las violetas suavemente declararon que no era culpa suya, se les respondió no sin justicia, que ese era su principal defecto y que no era razón para admirar a nadie el ser incurable; en verdad hubo violetas a quienes la fealdad del Enano pareció casi una provocación, y pensaron que hubiera procedido mejor mostrándose entristecido, o siquiera pensativo, en lugar de saltar alegremente y adoptar posturas grotescas y ridículas.

El viejo reloj de sol, que era un personaje muy notable y había indicado las horas del día nada menos que al emperador Carlos V, se quedó tan azorado ante el aspecto del Enanito, que estuvo a punto de olvidarse de mover su largo dedo de sombra durante dos minutos, y no pudo menos de decirle el pavo real blanco, color de leche, el cual tomaba el sol en la balaustrada, que el mundo sabía que los hijos de los reyes eran reyes y que los hijos de los carboneros eran carboneros, y que era absurdo pretender lo contrario; afirmación a la cual asintió de buen grado el pavo real y llegó, incluso, a gritar: «Ciertamente, ciertamente», con voz tan aguda y desagradable que los peces dorados que habitaban el tazón de la fresca fuente burbujeante, sacaron las cabezas del agua y preguntaron a los enormes tritones de piedra qué diablos ocurría en tierra.

No obstante, a los pájaros les agradaba el Enanito. Lo habían visto con frecuencia en el bosque bailando como un silfo con el remolino de las hojas secas, o agazapado en el hueco de algún viejo roble, compartiendo sus nueces con las ardillas. No les importaba nada que fuera feo.

En verdad, ni aun el ruiseñor, cuyo canto era tan dulce por las noches entre los árboles de naranjos que la luna se inclinaba para escucharle, se distinguía por su belleza; y, además, el Enano había sido amable con ellos, y durante aquel invierno, terriblemente frío, en que no había ningún fruto en los árboles, y el suelo estaba duro como la piedra, y los lobos habían llegado hasta las puertas de la ciudad en busca de alimento, nunca se había olvidado de ellos, sino que les había echado migajas de su libreta de pan moreno y compartía con ellos su pobre desayuno.

Por ello, los pájaros revoloteaban a su alrededor, rozándole las mejillas al pasar, y charlaban entre sí, y el Enanito estaba tan contento que no podía menos de mostrarles la linda rosa blanca y decirles que la infanta se la había dado porque le amaba.

Ellos no entendían una palabra de lo que él les decía; pero eso no importaba, porque ladeaban la cabeza y se ponían serios, lo cual vale tanto como entender y es mucho más fácil.

Los lagartos también tomaron simpatía al Enanito, y cuando se cansó de correr y se echó sobre la hierba a descansar, jugaban y corrían por encima de él y trataban de divertirle lo mejor que sabían. «No todo el mundo puede tener la belleza de los lagartos —decían—; eso sería pedir demasiado. Y, después de todo, no es tan feo el muchacho, sobre todo si uno cierra los ojos y no le mira.» Los lagartos tenían naturaleza de filósofo y durante horas enteras se quedaban tranquilos pensando, cuando no había otra cosa que hacer o cuando el tiempo estaba demasiado lluvioso para salir de paseo.

Las flores estaban demasiado disgustadas por la conducta de los pájaros y de los lagartos.

—Ya se ve —decían— que tanto correr y volar no puede menos de hacer vulgares a las gentes. Las personas bien educadas se quedan siempre en el mismo sitio, como nosotras. Nadie nos ha visto saltar por los paseos ni galopar alocadamente a través de las hierbas a la caza de libélulas. Cuando queremos cambiar de aires, llamamos al jardinero y él nos lleva a otro plantel. Eso es digno y es como deben de ser las cosas. Pero los pájaros y los lagartos ni siquiera tienen residencia fija. Son unos vagos, como los gitanos, y debe tratárseles exactamente del mismo modo que a ellos.

Hicieron, pues, muecas desdeñosas, adoptaron una actitud altiva y se pusieron contentas cuando, poco rato después, vieron al Enanito levantarse de la hierba y dirigirse al palacio a través de la terraza.

—Deberían encerrarlo para el resto de su vida —dijeron—. Mirad sus piernas retorcidas —y comenzaron a reírse.

Pero el Enanito ignoraba todo esto. Le gustaban mucho los pájaros y los lagartos y creía que las flores eran la cosa más maravillosa del mundo entero, excepto la infanta, porque ella le había dado la linda rosa

blanca y le amaba, así es que era cosa aparte. ¡Cómo le habría gustado volver a su bosque con ella! Ella le pondría a su derecha y le sonreiría y él nunca la abandonaría, sino que la haría su compañera de juegos y le enseñaría toda clase de habilidades ingeniosas. Porque, si bien él nunca había entrado a un palacio antes de ahora, sabía muchas cosas maravillosas. Sabía hacer jaulas de junco para que los saltamontes cantaran en ellas, y convertir las largas cañas de bambú en flautas que Pan gusta de escuchar. Conocía el canto de cada pájaro y sabía llamar a los estorninos de la copa de los árboles y a las garzas de la laguna. Conocía el rastro de cada animal y sabía rastrear a las liebres por la leve huella de sus patas y al oso por las hojas pisoteadas. Conocía todas las danzas del viento, la danza loca con traje rojo para el otoño, la danza ligera con sandalias azules sobre el trigo, en verano, la danza con coronas de nieve en invierno y la danza de las flores a través de los huertos en primavera. Sabía dónde construyen su nido las palomas torcaces, y una vez, cuando un cazador atrapó a una pareja que anidaba, crió a los pichones él mismo y les fabricó un palomar en un olmo desmochado. Eran muy mansos estos pichones y comían en su mano por la mañana. A ella le agradarían, y también le gustarían los conejos, que se deslizaban por entre los largos helechos, y los grajos con sus plumas aceradas y negros picos, y los puercoespines, que sabían convertirse en bolas de púas, y las grandes tortugas, prudentes, que andaban despacio moviendo la cabeza y mordisqueando hojas nuevas.

Sí; la infanta debería venirse al bosque y jugar con él. Él le daría su propio lecho y velaría fuera, junto a la ventana, hasta el amanecer, para que los ganados salvajes no le hiciesen daño, ni los flacos lobos se aproximaran demasiado a la cabaña. Y al amanecer tocaría en el postigo y la despertaría, y saldrían juntos y bailarían todo el día. No se echaba a nadie de menos en el bosque. A veces, pasaba un obispo sobre su mula blanca, leyendo en un libro con estampas. Otras veces, con sus gorros de terciopelo verde y sus justillos de piel de ciervo, pasaban los halconeros, con halcones encapuchados en la mano. En época de la vendimia, los lagareros, con manos y pies de púrpura, coronados de lustrosa yedra y cargando chorreantes pellejos de vino; y los carboneros, que se sentaban durante la noche en torno a sus hornos, mirando los leños secos que se carbonizaban lentamente y asando castañas en las cenizas y los bandidos salían de sus cuevas y se solazaban con ellos. Una vez, además, había visto una admirable procesión que hormigueaba en la polvorienta ruta de Toledo. Los monjes iban delante cantando suavemente y llevando estandartes de colores y cruces de oro, y luego, con armadura de plata, con arcabuces y picas, iban los soldados, y, en medio de ellos, tres hombres descalzos, con extrañas vestimentas amarillas cubiertas de maravillosas figuras pintadas y con cirios encendidos en las manos.

Ciertamente había mucho que ver en el bosque, y cuando la infanta se fatigara, encontraría mullidos lechos de musgo o él la llevaría en los brazos, porque era muy vigoroso, aunque sabía que no era alto. La haría un collar de rojos frutos de brionia, que serían tan hermosos como los frutos blancos que llevaba en su traje, y cuando se cansara de ellos, él le buscaría otros. Le traería bellotas y anémonas mojadas de rocío y diminutos gusanos de luz para que fueran como estrellas en el oro pálido de sus cabellos.

* * *

Pero, ¿dónde estaba la infanta? —le preguntó a la rosa blanca, que no le respondió—. Todo el palacio parecía adormecido e, incluso, donde no se habían cerrado las contraventanas, se habían bajado grandes cortinas para evitar el reflejo del sol. Vagó por todos lados buscando entrada y al fin encontró una puertecita abierta. Se escurrió por ella, y se encontró con una espléndida sala, mucho más espléndida, pensó con temor, que el bosque; todo estaba mucho más dorado y hasta el piso estaba hecho de grandes piedras de colores que formaban una especie de dibujo geométrico. Pero la infantita no estaba allí; sólo vio unas prodigiosas estatuas blancas que le contemplaban desde sus pedestales de jaspe, con ojos ciegos y labios que sonreían extrañamente.

En el extremo del salón había una cortina de terciopelo negro ricamente bordada, con soles y estrellas, divisas favoritas del rey en los colores que él prefería. ¿Tal vez ella se escondía allí? La buscaría, por lo menos.

Se acercó sigilosamente y entreabrió la cortina. No; lo que había detrás era otra sala, pero le parecía más hermosa aún que la anterior. Colgaba de las paredes tapicería verde de Arrás, tejida con aguja, con muchas figuras que representaban una cacería, obra de artistas flamencos, que emplearon más de siete años en ella. Había sido en otro tiempo la cámara de «Jean le Fou», aquel rey loco tan enamorado de la caza que a menudo, en su delirio, trataba de montar sobre enormes caballos desbocados y arrancar de la pintura al ciervo, sobre el cual saltaban los grandes perros, tocando el cuerno y apuñalando con su daga al pálido animal fugitivo. La habitación se utilizaba ahora como sala de Consejo y en la mesa del centro estaban las rojas carteras de los ministros, donde se veían estampados los tulipanes áureos de España y las armas y emblemas de la casa de Habsburgo.

El Enanito miró en torno suyo, con asombro, y no sin temor. Los extraños jinetes silenciosos, que galopaban con velocidad a través de los claros del bosque sin hacer ruido, le parecían terribles fantasmas de los cuales había oído hablar a los carboneros: los «Comprachos», que sólo cazan de noche y que si encuentran a un hombre le convierten en

ciervo y le persiguen. Pero pensó en la infantita y recobró el valor. Quería encontrarla sola y decirle que él también la amaba. Tal vez estaría en la sala contigua.

Corrió sobre las mullidas alfombras moriscas y abrió la puerta. ¡No! Tampoco se encontraba allí. El salón estaba vacío.

En el salón del trono, donde se recibía a los embajadores extranjeros cuando el rey —cosa poco frecuente entonces— consentía en darles audiencia personal; el salón en donde tiempos atrás se había recibido a los enviados de Inglaterra para concertar el matrimonio de la reina inglesa —uno de los soberanos católicos de la Europa de aquellos días— con el hijo mayor del emperador. Las colgaduras eran de cuero de Córdoba dorado, y del techo blanco y negro pendía una pesada araña áurea con brazos para trescientas bujías. Bajo un gran dosel de paño rojo tejido con oro, donde estaban bordados con aljófar los leones y las torres de Castilla, se hallaba el trono, cubierto con rico palio de terciopelo negro, tachonado de tulipanes de plata y primorosamente ribeteado de plata y perlas. En el segundo escalón del trono se encontraba el reclinatorio de la infanta, con su cojín de tela tejida de plata, y debajo, fuera ya del sitio que cubría el dosel, la silla del nuncio papal, único que tenía derecho a sentarse en presencia del rey en las ceremonias públicas; su capelo cardenalicio, con sus entretejidas borlas de escarlata, descansaba sobre un taburete purpúreo, al lado. En la pared, de frente al trono, se veía el retrato de Carlos V, de tamaño natural, en traje de caza, con un gran mastín al lado; el retrato de Felipe II recibiendo el homenaje de los Países Bajos ocupaba el centro de la otra pared. Entre las ventanas estaba colocado un bargueño negro de ébano con incrustaciones de marfil, en las que se veían grabadas figuras de la *Danza de la Muerte*, de Holbein, obra, según se decía, de la mano del famoso pintor.

Pero al Enanito nada le importaba tanta magnificencia. No hubiera dado su rosa a cambio de todas las perlas del dosel, ni un solo pétalo por el trono. Lo que quería era ver a la infanta antes de que volviera a bajar al pabellón y pedirle que se fuera con él al bosque cuando terminara el baile. Aquí, en el palacio, el aire estaba enrarecido, pero en el bosque corría con libertad el viento, y la luz del sol, con vagabunda mano de oro, apartaba las hojas trémulas. Había flores también en el bosque, no tan espléndidas, quizá, como las flores del jardín, pero más perfumadas; los jacintos, al comenzar la primavera, inundaban de púrpura ondulante las frescas cañadas y los herbosos altozanos; las prímulas amarillas anidaban en pelotones alrededor de las retorcidas raíces de los robles y crecían celidonias de color vivo y verónicas azules y lirios de oro y lila. Había amentos grises sobre los avellanos y digitales que desmayaban el peso de sus abigarradas corolas, inundadas por las abe-

jas. El castaño lucía sus espiras de estrellas blancas y el oxiacanto sus hermosas lunas blancas. Sí; la infanta vendría si él lograba encontrarla. Vendría con él al hermoso bosque y todo el día bailaría él para ella de puro deleite. Una sonrisa iluminó sus ojos al pensarlo y pasó a la habitación siguiente.

De todas las salas era ésta la más luminosa y la más bella. Las paredes estaban tendidas de damasco de Lucca con flores rosadas, salpicado de pájaros y moteado de florecillas de plata; los muebles eran de plata maciza, festoneada con guirnaldas floridas y Cupidos colgantes; enfrente de las dos amplias chimeneas había grandes biombos en los que aparecían bordados loros y pavos reales, y el piso, que era de ónix, verde mar, parecía extenderse indefinidamente y perderse en la distancia. No estaba solo ahora. En pie, bajo la sombra de la puerta, al extremo opuesto del salón, vio una figurilla que lo miraba. Le tembló el corazón, salió de sus labios un grito de júbilo y se acercó al centro de la sala, iluminado por el sol. Al hacerlo, la figurilla se movió también y pudo verla claramente.

¿Era la infanta?... Era un monstruo, el monstruo más grotesco que había visto en su vida. No tenía formas normales, las de todo el mundo, sino que tenía la espalda encorvada y era torcido de extremidades, y la cabeza enorme, vacilante, con crin negra. El Enanito frunció el ceño, y el monstruo lo frunció también. Se rió y la figurilla se rió con él y se llevó las manos al costado como él. Le hizo un saludo burlesco, y respondió con la misma cortesía. Se dirigió hacia ella y ella vino a su encuentro, copiando cada uno de sus pasos y deteniéndose cuando él lo hacía. Gritó, muy divertido, y corrió hacia adelante y extendió la mano, y la mano del monstruo tocó la suya, y estaba fría como el hielo. Tuvo miedo y retiró la mano, y el monstruo lo hizo también con la misma prisa. Trató de seguir adelante, pero una superficie lisa y dura le detuvo. La cara del monstruo estaba pegada a la suya y parecía aterrorizada. Separó el cabello que le caía sobre los ojos. La figurilla hizo el mismo gesto. La atacó y ella le devolvió golpe por golpe. Sintió odio hacia ella y le hizo muecas de desagrado. Se echó hacia atrás y el monstruo se retiró a su vez.

¿Qué significaba aquello? Se quedó pensativo durante un momento y miró alrededor de la sala. Era extraño: todo parecía duplicarse en aquel muro invisible de agua clara. Sí; cada uno de los cuadros se repetía en la otra sala impenetrable, y cada uno de los asientos. El Fauno dormido, que yacía en la alcoba junto a la puerta, tenía un hermano gemelo que dormilaba, y la Venus de plata, que relucía a la luz del sol, extendía sus brazos a otra Venus menos hermosa.

¿Sería el eco? Había llamado a la ninfa en el valle y le respondió palabra por palabra. ¿Sabía el eco engañar los ojos tal como engañaba el

oído? ¿Sabía crear un mundo ficticio semejante al mundo real? Las sombras de las cosas, ¿podían tener color, vida y movimiento? ¿Podía ser que...?

Sobresaltado se quitó del pecho la linda rosa blanca, miró de frente al espejo y la besó. ¡El monstruo tenía otra rosa igual a la suya pétalo por pétalo! La besaba con idénticos besos y la apretaba contra su corazón con gestos espantosos.

Cuando la verdad se impuso en su cerebro, dio un grito de loca desesperación y cayó sollozando al suelo. Era él, pues, el deforme y retorcido, el horrible y el grotesco. Él era el monstruo y de él se reían todos los niños, y la princesita, y él que creía que le amaba..., no había hecho más que reírse de su fealdad y burlarse de sus extremidades torcidas. ¿Por qué no lo habían dejado en el bosque, donde no había espejo que le dijera lo feo que era? ¿Por qué no le había matado su padre antes que venderlo para vergüenza suya? Lágrimas ardientes rodaban a raudales por sus mejillas. Despedazó la rosa blanca y el monstruo le imitó y esparció los pétalos por el aire. Se revolcó por el suelo, y cuando el Enanito lo miraba correspondía a su mirada con gesto de dolor. Se alejó del espejo para no verlo y se tapó los ojos con la mano. Se arrastró, como un animal herido, hacia la sombra y allí permaneció gimiendo.

En aquel momento la infanta entró con sus compañeras por la puerta que estaba abierta, y cuando vieron al feo Enano yaciendo en el suelo y golpeando el piso con el puño cerrado de manera extravagante y fantástica, prorrumpieron en grandes carcajadas y se pusieron a observarle.

—Su baile es muy divertido —dijo la infanta—, pero sus acciones lo son más aún. En verdad que casi es tan bueno como los títeres; pero, claro está, sus gestos no son tan naturales.

Y agitó su gran abanico y aplaudió.

Pero el Enanito no la miró y sus sollozos fueron cada vez más apagados; de pronto, lanzó un suspiro extraño y se llevó la mano al costado. Luego se dejó caer y quedó inmóvil.

—Estupendo —dijo la infanta, tras una pausa—; pero ahora quiero que bailes para mí.

—Sí —exclamaron todos los niños—; levántate y baila, porque eres tan inteligente como los monos de Berbería y haces reír mucho más.

Pero el Enanito no contestó.

Y la infanta dio en el suelo con el pie y llamó a su tío que paseaba por la terraza con el chambelán, leyendo despachos recién llegados de Méjico, donde acababa de establecerse el Santo Oficio.

—Mi enanito está desganado —le dijo—; reanímalo y dile que baile para mí.

Se sonrieron y entraron los tres al salón, y don Pedro se inclinó y tocó al Enano en la mejilla con su guante bordado.

—Tienes que bailar —le dijo—, «petit Monstre». Tienes que bailar. La infanta de España y de las Indias quiere divertirse.

Pero el Enanito no se movió.

—Hay que llamar a un azotador —dijo don Pedro, fastidiado, y se volvió a la terraza. Pero el chambelán adoptó una actitud grave y se arrodilló junto al Enanito, poniéndole una mano en el corazón. Después de breves instantes se encogió de hombros, se levantó y haciendo una reverencia a la infanta, le dijo:

—«Mi bella princesa», vuestro divertido enanito no volverá a bailar más. Es una pena, porque es tan feo que pudiera haber hecho reír al rey.

—Pero, ¿por qué no bailará más? —preguntó la infanta riendo.

—Porque se le ha roto el corazón —respondió el chambelán.

La infanta frunció el ceño y sus finos labios hicieron una mueca de desdén.

—En lo sucesivo, que los que vengan a jugar conmigo no tengan corazón —exclamó.

Y, corriendo, se marchó al jardín.

EL PESCADOR Y SU ALMA

El joven pescador desplegaba todas las noches las velas de su embarcación y se hacía a la mar echando las redes al agua.

Cuando el viento era de tierra, es decir, de poniente, no pescaba nada, porque era un viento fuerte y de alas negras, que levantaba altas olas a su encuentro. Pero cuando el viento soplaba hacia la playa, los peces salían del fondo y nadaban hacia las mallas de las redes, y él los recogía, los llevaba al mercado y los vendía.

El joven pescador se hacía a la mar todas las noches, y una de esas noches la red estaba tan pesada, que apenas podía izarla al bote. Y dijo para sí, riendo:

—Seguro que he cogido todos los peces que nadan en el mar, o he atrapado algún monstruo que será la maravilla de todos los que lo vean, o alguna cosa magnífica que la gran reina querrá conservar para sí.

Y con todas sus fuerzas tiró de las cuerdas, hasta que, como líneas de esmalte azul alrededor de un vaso de bronce, se le marcaron las venas en los brazos. Tiró de las cuerdas y se cerró más y más el cerco de corchos planos, hasta que la red salió, al fin, a flor de agua.

Pero no contenía ningún pez, ni monstruo marino, ni nada espantoso, sino una maravillosa sirenita profundamente dormida.

Su cabellera húmeda parecía vellocino de oro, y cada cabello separado como hilo de oro fino en vaso de cristal. Su cuerpo era como marfil blanco, y su cola, de plata y perlas. Plata y perlas eran su cola, y las verdes algas del mar se enroscaban en ella; como caracolas eran sus orejas y como coral marino sus labios. Las frías olas se rompían sobre sus senos fríos, y la sal relucía en sus párpados.

Era tan bonita, tan bonita, que cuando el joven pescador la vio, se llenó de asombro y extendió la mano y atrajo hacia sí la red, e inclinándose sobre la borda cogió a la sirena en sus brazos. Y cuando la tocó lanzó ella un grito como de gaviota asustada, se despertó y le miró llena de terror con sus ojos de color entre amatista y malva, y luchó por escapar. Pero él la tenía asida estrechamente y no la dejaba huir.

Cuando vio ella que no podía escapar, comenzó a llorar y le dijo:

—Te ruego que me dejes en libertad, porque soy la hija única de un rey y mi padre es anciano y está solo.

Pero el joven pescador le respondió:

—No te soltaré, si no es a cambio de que me prometas que cada vez que yo te llame acudirás y cantarás para mí, porque los peces se encantan con la voz de los hijos del mar, y así mis redes se llenarán de pesca.

—¿Es de veras que me soltarás si te lo prometo? —preguntó la sirena.

—Sí, es de veras, te soltaré —dijo el joven pescador.

La sirena hizo la promesa, y juró con el juramento de los hijos del mar. Él la soltó y ella se hundió en las aguas, temblando con un temor extraño.

El joven pescador se hacía a la mar todas las noches y llamaba a la sirena, y ella salía de las aguas y cantaba para él. Alrededor de ella nadaban y nadaban los delfines; las gaviotas salvajes giraban en círculos sobre su cabeza.

Y ella cantaba una canción maravillosa. Y en sus canciones hablaba de los hijos del mar que guían sus ganados de gruta en gruta y llevan sobre las espaldas a los pequeños; de los tritones, que tienen largas barbas verdes y pecho peludo y soplan en caracolas retorcidas cuando pasa el rey; del palacio del rey, que es todo de ámbar con techo de clara esmeralda y pavimento de perlas relucientes, y de los jardines del mar, donde los grandes abanicos afiligranados de coral ondean incesantemente, y los peces corren como saetas, semejantes a pájaros de plata, y las anémonas se aferran a las rocas, y las flores rojas brotan en las rayadas arenas amarillas.

Hablaba en sus canciones de las ballenas que bajan de los mares del Norte y traen agudos carámbanos colgando de las aletas; de las sirenas, que cuentan cosas tan prodigiosas, que los mercaderes tienen que taparse los oídos con cera para no oírlas, pues, si las escuacharan, se arrojarían al mar y se ahogarían; de las galeras hundidas con sus altos mástiles y los cadáveres helados de marinos aferrados todavía a las jarcias; de las lapas minúsculas, que son grandes viajeras, y se pegan a la quilla de los barcos y dan la vuelta al mundo; y de los pulpos, que viven en los huecos de las rocas sumergidas y extienden sus largos tentáculos negros y hacen venir la noche cuando quieren.

También cantaba al nautilo, que tiene embarcación propia tallada en ópalo y gobernada con velas de seda; a los alegres tritones, que tocan arpas y pueden encantar y hacer dormir al gran Kraken; a los pequeñuelos que echan mano de las escurridizas marsopas y cabalgan sonrientes sobre ellas; a las sirenas, que se acuestan sobre la blanca espuma y tienden los brazos a los marineros, y a las focas, con sus curvos colmillos, y a los caballos marinos, con sus crines flotantes.

Y mientras la escuchaban cantar, los atunes salían del fondo para verla, y el joven pescador echaba sus redes y los atrapaba, y a otros los cogía con arpón. Y cuando su bote estaba bien cargado, la sirena se sumergía en las aguas, sonriéndole.

Pero nunca se ponía al alcance de su mano. Con frecuencia, él la llamaba y le pedía que se aproximase, pero ella no accedía, y si alguna vez él trataba de cogerla de nuevo, ella se zambullía como lo haría una foca, no volviendo a verla durante aquel día. Y cada día que pasaba, el sonido de su voz le parecía más suave. Tan suave era la voz, que el joven pescador olvidaba sus redes y su habilidad, y no se ocupaba de su oficio. Con sus aletas rojizas y sus ojos como globos de oro, los atunes pasaban junto a los barcos en numerosos bancos, pero él no prestaba atención. Su arpón permanecía inactivo junto a él, y sus cestas de mimbre trenzado estaban vacías. Con la boca abierta y los ojos adormecidos por el asombro, permanecía día tras día ocioso en su barca, y escuchaba, escuchaba, hasta que las brumas de la mar se levantaban en torno suyo y la luna vagabunda teñía de luz plateada sus miembros morenos.

Y una noche la llamó y le dijo:

—Sirenita, sirenita, te amo. Dime si me quieres por esposo, porque te amo.

Pero la sirenita movió la cabeza:

—Tienes alma humana —respondió—. Si te deshicieras de tu alma, entonces podría amarte yo.

Y el joven pescador pensó:

«¿De qué me sirve mi alma? No la veo. No la toco. No la conozco. La arrojaré lejos de mí y viviré contento con mi sirenita.»

Y un grito de alegría brotó de sus labios, y poniéndose en pie sobre su pintada barca, tendió los brazos a la sirena.

—Arrojaré mi alma fuera de mí —exclamó—, y serás mi esposa; yo seré tu esposo y en las profundidades del mar viviremos juntos; todo aquello de que hablas en tus canciones me lo mostrarás, y todo lo que quieras haré; nuestras vidas siempre estarán unidas, siempre, siempre.

Y la sirenita rió complacida y escondió la cara entre las manos.

—Pero, ¿cómo podré librarme de mi alma? —preguntó el joven pescador—. Dime lo que tengo que hacer y lo haré.

—¡Ay, no lo sé! —dijo la sirenita—. Los hijos del mar no tenemos alma.

Y se sumergió en el fondo de las aguas, mirando pensativamente al pescador.

A la mañana siguiente, muy temprano, antes de que el sol se levantase siquiera unos centímetros sobre la colina, el joven pescador fue a la casa del sacerdote y llamó tres veces a la puerta.

El novicio miró por la mirilla, y cuando vio quién era, descorrió el cerrojo diciendo:

—Pasa.

Y el joven pescador pasó y se arrodilló entre los olorosos juncos que cubrían el suelo junto al sacerdote, que estaba leyendo el libro sagrado:

—Padre, estoy enamorado de una de las hijas del mar, y mi alma me impide cumplir mis deseos de unirme con ella. Decidme cómo puedo liberarme de mi alma, porque, realmente, no la necesito. ¿De qué me sirve mi alma? No la veo. No la toco. No la conozco.

Y el sacerdote se golpeó el pecho y replicó:

—¡Ay, ay! Estás loco o has comido hierba venenosa, porque el alma es la porción más noble del hombre, y Dios se la dio para que la usara noblemente. No hay nada más precioso que el alma humana, ni hay cosa terrenal que pueda compararse con ella. Vale más que todo el oro del mundo y es más preciosa que los rubíes de los reyes. Así, pues, hijo mío, no pienses más en eso, porque cometes pecado que no se te puede perdonar. Los hijos del mar son seres de perdición, y se pierden quienes tengan trato con ellos. Son como las bestias del campo, que no distinguen el bien del mal, y el Señor no ha padecido ni muerto para redimirlos.

Los ojos del joven pescador se llenaron de lágrimas cuando oyó las duras palabras del sacerdote; se levantó del suelo y le dijo:

—Padre, los faunos viven en el bosque y están contentos; sobre las rocas están los tritones con sus arpas de oro rojizo. Dejadme ser como ellos, os lo ruego, porque sus días deben de ser como los días de las flores. Y mi alma, ¿de qué me sirve mi alma, si es un estorbo entre mi amor y yo?

—El amor del cuerpo es vil —dijo el sacerdote frunciendo el ceño—, y viles y malas son las cosas paganas a quienes Dios permite vagar por el mundo. ¡Malditos los faunos de la pradera y malditos los cantores del mar! Los he oído en la noche, y han tratado de apartarme de las cuentas de mi rosario. Llaman a la ventana y se ríen. Me cuchichean al oído la historia de sus peligrosos placeres. Me cercan con sus tentaciones, y cuando quiero rezar me hacen muecas y burlas. Están perdidos, te lo digo yo, están perdidos. Para ellos no hay cielo ni infierno, y ni en el uno ni en el otro alabarán el nombre del Señor.

—¡Padre! —gritó el joven pescador—. No sabéis lo que decís. Una vez atrapé en mis redes una sirena hija de un rey. Es más bella que el lucero de la mañana y más blanca que la luna. Por su cuerpo daría yo mi alma y por su amor renunciaría yo al cielo. Decidme lo que os pregunto y dejadme en paz

—¡Fuera, fuera! —gritó el sacerdote—. Tu sirena está perdida, y te perderás tú con ella.

Y no le dio la bendición, sino que lo echó de su casa.

Y el joven pescador bajó a la plaza del mercado, y caminaba despacio, con la cabeza baja, como quien está triste.

Cuando los mercaderes le vieron llegar, comenzaron a cuchichear entre sí; uno de ellos se adelantó hacia él, le llamó por su nombre, y le dijo:

—¿Qué vendes?

—Te vendo mi alma —respondió—; te suplico que me la compres, porque estoy cansado de ella. ¿De qué me sirve mi alma? No la veo. No la toco. No la conozco. Y, sin embargo, es una carga que me pesa.

Pero los mercaderes se rieron de él y dijeron:

—¿De qué nos sirve el alma de un pobre pescador?

—No vale ni una moneda de plata. Véndenos tu cuerpo como esclavo; te vestiremos de púrpura, te pondremos un anillo en el dedo y te haremos favorito de la gran reina. Pero no hables del alma, porque no es nada para nosotros ni nos sirve para nada.

Y el joven pescador dijo para sí:

—¡Qué extraño! El sacerdote me dice que el alma vale por todo el oro del mundo, y los mercaderes dicen que no vale una moneda de plata.

Y salió del mercado; bajó a la orilla del mar y se puso a pensar qué partido tomaría para poder unirse a su hermosa sirena.

Abstraído en sus pensamientos, pasó la mañana.

Y a mediodía recordó que uno de sus compañeros, cuyo oficio era recoger hinojo marino, le había hablado de una joven bruja que vivía en una cueva al final de la bahía y era muy experta en brujería. Y decidió ir a verla, y salió corriendo. ¡Estaba ansioso de librarse de su alma! Una nube de polvo le seguía en su carrera a lo largo de la playa. La bruja notó picor en la palma de la mano; por ello supo que se aproximaba el joven pescador, y se echó a reír dejando caer sobre los hombros su roja cabellera. Y cayéndole la cabellera en torno a su pecho, se puso a la entrada de la cueva, y en la mano llevaba un ramillete de flores de cicuta silvestre.

—¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas? —gritaba, al verlo subir jadeante por la pendiente, llegar e inclinarse ante ella—. ¿Peces que acudan a tu red cuando el viento sopla en contra? Tengo un caramillo, y cuando

lo toco, los mújoles acuden a la bahía. Pero tiene su precio, buen mozo, tiene su precio. ¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas?¿Una tempestad que haga zozobrar a los navíos y arroje a la playa los cofres cargados de tesoros? Soy dueña de más tempestades que el viento, porque sirvo a quien es más poderoso que el viento, y con un cedazo y un cubo de agua, puedo hundir las grandes galeras en el fondo del mar. Pero pongo precio, buen mozo, pongo precio. ¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas ? Sé de una flor que crece sola en el valle; nadie sabe de ella más qué yo. Tiene hojas purpúreas y una estrella en el centro; su jugo es blanco como la leche. Si tocas con ella los duros labios de la reina, te seguirá a todas partes. Del lecho del rey se levantará y, a través del mundo entero, te seguirá. Tiene su precio, buen mozo, tiene su precio. ¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas? Puedo machacar un sapo en un mortero, hacer caldo con él y menear el caldo con la mano de un muerto. Riégalo sobre tu enemigo mientras duerme y se convertirá en negra víbora y su madre misma lo matará. Con una rueda puedo quitar del cielo la luna y en un cristal puedo mostrarte la muerte. ¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas? Dime lo que deseas, te lo daré y me pagarás su precio, buen mozo, me pagarás su precio.

—Mi deseo es cosa de poca monta —dijo el joven pescador—, pero el sacerdote se ha indignado conmigo y me ha echado de su presencia. Es cosa de poco; los mercaderes se han burlado de mí y me la han negado. Por eso acudo a ti, porque las gentes dicen que eres mala, y el precio que pidas te pagaré.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó la bruja, acercándose a él.

—Quiero deshacerme de mi alma —respondió el joven pescador.

La bruja palideció, se estremeció y escondió la cara en su manto azul.

—Buen mozo, buen mozo— murmuró—, es terrible cosa la que quieres.

Él sacudió sus negros bucles y se sonrió.

—Mi alma no es nada para mí —replicó—. No la veo. No la toco. No la conozco. Y me pesa como una losa.

—¿Qué me darás si lo consigo? —preguntó la bruja, mirándole con sus hermosos ojos.

—Cinco monedas de oro —dijo—, mis redes, la casa de cañas en la que vivo y la barca pintada en la que me hago a la mar. Dime sólo cómo puedo echar a mi alma de mí, y te daré todo lo que poseo.

Ella se sonrió burlonamente y le tocó la cara con el ramo de cicuta.

—Puedo convertir en oro las hojas de Otoño —contestó— y tejer los rayos de luna hasta convertirlos en plata, si quiero. Aquel a quien sirvo es más rico que todos los reyes de este mundo y posee todos sus dominios.

—¿Qué te daré, pues —exclamó él—, si tu precio no es en oro ni en plata?

La bruja le tocó con su fina mano blanca la cabellera:

—Tienes que bailar conmigo, buen mozo —murmuró sonriendo.

—¿Nada más? —exclamó el joven pescador, y se puso inmediatamente en pie.

—Nada más —respondió ella, y le sonrió nuevamente.

—Entonces, bailaremos juntos al caer la tarde; en algún lugar secreto —dijo él—, y cuando hayamos bailado, me dirás lo que deseo saber.

Ella movió la cabeza:

—Cuando esté la luna llena, cuando esté la luna llena —murmuró.

Miró la bruja en torno y aguzó el oído atentamente. Un pájaro azul se levantó del nido y voló en círculos sobre las dunas; tres pájaros de plumaje jaspeado se agitaron dentro de la áspera hierba gris y silbaron entre sí. No había más ruido que el de las olas removiendo los pulidos guijarros de la playa. Extendió la mano y atrajo hacia sí al pescador y le murmuró al oído:

—Esta noche debes venir a la cima de la montaña —murmuró—. Es sábado, y «él» estará allí.

El joven pescador se sobresaltó y la miró, y ella le enseñó los blancos dientes y se rió.

—¿Quién es ese de quien hablas? —preguntó.

—No importa —respondió ella—. Ve esta noche y colócate bajo las ramas del ojaranzo y espera mi llegada. Si corre hacia ti un perro negro, pégale con una vara de sauce, y se marchará. Si te habla una lechuza, no le contestes. Cuando haya salido la luna estaré yo contigo y bailaremos juntos sobre el césped.

—Pero, ¿me juras decirme cómo podré librarme de mi alma? —interrogó él.

Salió la bruja hasta donde daba la luz del sol, y el viento ondeaba en sus rojos cabellos.

—Lo juro por las pezuñas del Macho Cabrío —respondió.

—¡Eres la mejor de las brujas! —exclamó el joven pescador—. Bailaré contigo esta noche en la cima de la montaña. Preferiría que me hubieras pedido oro y plata. Pero tendrás el pago que pides, porque es bien poca cosa.

Quitándose la gorra ante ella, le hizo un saludo inclinando la cabeza, y volvió corriendo a la ciudad, inundado de júbilo.

La bruja le vio irse, y cuando desapareció de su vista entró en su cueva, y sacando un espejo de una caja de cedro tallado, lo colocó en un marco, quemó verbena sobre las brasas de carbón de encina, miró en el espejo a través de los círculos del humo. Después de un rato, apretó el puño y dijo con ira:

—Debería haber sido mío; soy tan hermosa como la sirena.

Por fin llegó la noche, y cuando se levantó la luna, el joven pescador subió a la cima de la montaña, situándose bajo las ramas del ojaranzo. A sus pies, yacía el mar, como una faja de metal bruñido, y las sombras de las barcas pesqueras se deslizaban por la bahía. Una gran lechuza, de ojos amarillos de azufre, le llamó por su nombre, pero él no contestó. Un perro negro corrió a su encuentro y le gruñó. Pero el joven pescador le pegó con una vara de sauce, y el perro escapó ladrando.

A la medianoche, las brujas empezaron a llegar por el aire como murciélagos.

—¡Eh! —chillaban al tocar el suelo—, aquí hay alguien a quien no conocemos.

Olfateaban en torno suyo y charlaban entre sí, haciéndose señas. La joven bruja fue la última en llegar, con su cabellera roja ondeando al viento. Llevaba un traje tejido en oro, bordado con ojos de pavo real, y en la cabeza un gorro de terciopelo verde.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —gritaron las brujas al verla; pero ella no contestó; riéndose corrió hacia el ojaranzo, y cogiendo de la mano al pescador lo llevó al lugar en que más brillaba la luna, y se pusieron a bailar.

Giraban y giraban en redondo. La joven bruja saltaba tan alto que él podía distinguir los tacones rojos de sus zapatos. Luego, entre los danzantes, se oyó el ruido del galope de un caballo, pero no se veía ningún caballo, y el joven pescador tuvo miedo.

—¡Más aprisa! —gritó la bruja, echándole los brazos al cuello y el aliento cálido en el rostro—. ¡Más aprisa, más aprisa! —La tierra parecía girar bajo sus pies, su cerebro se nublaba. Un gran terror se apoderaba de él, terror como de algún mal que estuviese en acecho, y al fin se dio cuenta de que bajo la sombra de una roca había una silueta que antes no estaba allí.

Era un hombre vestido de terciopelo negro, a la usanza española. La cara, extrañamente pálida, pero sus labios rojos como flor escarlata. Parecía cansado, y se recostaba en la roca, como distraído, jugando con el pomo de su espada. En la hierba, junto a él, yacía un sombrero con penacho y un par de guantes de montar adornados con encaje de oro y recamados de aljófar entretejido. De sus hombros colgaba una capa corta con forro de marta. Sus manos blancas y delicadas lucían sortijas. Los ojos estaban medio cubiertos por los párpados.

El joven pescador le observó, como fascinado por un conjuro. Al fin, su mirada coincidió con la del desconocido, y cuando bailaba, le parecía tenerla clavada en él. Oyó a la bruja reírse, la cogió por la cintura, y giró y giró con ella alocadamente.

De repente, se oyó el aullido de un perro en el bosque. Los danzarines suspendieron el baile y alejándose de dos en dos, se arrodillaron y besaron las manos de aquel hombre.

Al sentir el beso, una ligera sonrisa animaba sus labios orgullosos, como el ala de un ave roza el agua y la hace reír. Pero había desdén en aquella sonrisa. Su mirada se mantenía fija en el joven pescador.

—¡Ven! ¡Vamos a adorarlo! —murmuró la bruja, conduciéndolo hacia arriba. El deseo de hacer lo que le ordenaban se apoderó de él, y la siguió. Pero cuando estuvo cerca, sin saber por qué, se hizo la señal de la cruz sobre el pecho y pronunció el santo nombre.

Apenas lo hizo, las brujas se pusieron a chillar como halcones y huyeron. La cara pálida que le había estado mirando hizo un gesto de dolor. El hombre aquel se acercó a un bosquecillo y silbó. Una jaca, con arneses de seda, vino corriendo hacia él. Al saltar sobre la silla se volvió y miró con tristeza al joven pescador.

Y la bruja de los cabellos rojos trataba de huir también, pero el pescador la sujetó por las muñecas y la retuvo.

—¡Suéltame! —gritaba la bruja—. ¡Déjame! Has nombrado lo que no se debe nombrar y te has santiguado, cosa que no se puede ver.

—No —respondió él—, no te soltaré mientras no me digas el secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó la bruja, luchando con él cual un gato montés, mordiéndose los labios, llenos de espuma.

—Ya lo sabes —contestó él.

Los ojos de la bruja, verdes como la hierba, se nublaron de lágrimas.

—¡Pídeme lo que quieras, menos eso!

Lanzó el pescador una carcajada y sujetó a la bruja aún con mayor fuerza.

Y ella, al ver que no podía verse libre de él, murmuró al oído del pescador:

—Realmente, soy tan hermosa como las hijas del mar, tan bella como las que moran en las aguas azules

Y con zalamería acercaba su cara a la del joven.

Pero él la rechazó frunciendo el ceño, y le dijo:

—Si no cumples la promesa que me has hecho, te mataré como bruja engañosa.

La tez de ella se tornó grisácea como la flor del árbol de Judas y se estremeció.

—Sea —murmuró—. De tu alma se trata y no de la mía. Haz con ella lo que gustes.

Y sacó de su cinto un cuchillo pequeño con mango de piel de víbora verde y se lo dio.

—¿Para qué me servirá esto? —preguntó él, sorprendido.

La bruja permaneció callada durante breves instantes, reflejándose el terror en su rostro. Luego se pasó la mano por la frente para apartar los cabellos que caían sobre ella, y sonriendo de forma extraña, le dijo:

—Lo que los hombres denominan la sombra del cuerpo, no lo es; es el cuerpo del alma. Ponte en la orilla del mar, de espaldas a la luna, y corta de alrededor de tus pies, con el cuchillo, tu sombra, que es el cuerpo de tu alma, y ordena a tu alma que se aleje de ti, y lo hará.

El joven pescador tembló.

—¿Es eso cierto? —murmuró.

—Es cierto, y bien quisiera no habértelo dicho —contestó la bruja, abrazándose a sus rodillas llorando.

Él la apartó lejos de sí y la dejó tendida sobre la hierba espesa; dirigiéndose hacia la ladera de la montaña se puso el cuchillo en el cinto y comenzó a descender.

Y su alma, que dentro de él vivía, le habló:

—Mira, he vivido contigo todos los años que tienes y he sido tu servidora. No me alejes de tu lado ahora. ¿Qué mal te he hecho?

El joven pescador lanzó una carcajada.

—No me has hecho ningún mal, pero no te necesito —respondió—. Ancho es el mundo y también hay cielo, hay infierno, y la mansión crepuscular entre los dos. Vete a donde quieras, pero no me molestes, porque el amor de mi sirena me llama.

Y el alma le rogó, apenada, pero él no le hizo el menor caso y fue saltando de roca en roca, con pie seguro, como el de las cabras montesas. Al fin llegó a terreno llano en la orilla del mar.

Robusto, de extremidades que parecían de bronce, cual estatua esculpida por un griego, se erguía sobre la arena de la playa, de espaldas a la luna. De la espuma surgían brazos blancos que le llamaban. De las olas se erguían formas vagas que le rendían homenaje. Frente a él yacía su sombra, que era el cuerpo de su alma. Detrás de él pendía la luna en el aire color dorado.

Y el alma le dijo:

—Si tienes que arrojarme de ti, no me dejes ir sin corazón. El mundo es cruel; dame tu corazón, para que lo lleve conmigo.

Sonriendo, movió él la cabeza.

—¿Con qué amaré a mi sirena si te doy el corazón? —dijo.

—Sé piadoso —insistió el alma—; dame tu corazón, porque el mundo es muy cruel, y tengo miedo.

—Mi corazón pertenece a mi amor —respondió él—; no insistas más, pues, y vete.

—¿No tengo que amar yo también? —preguntó el alma.

—¡Vete, que no te necesito! —gritó el joven pescador, y sacando del cinto el cuchillo de mango de víbora verde, cortó su sombra alrededor de los pies. Y la sombra se levantó del suelo y se irguió frente a él, le miró, y era igual a él.

El joven pescador retrocedió ante aquella silueta y se puso el cuchillo al cinto. Una sensación de terror se apoderó de él.

—Vete —dijo— y que no vuelva a verte.

—Eso no; hemos de vernos aún otra vez —dijo el alma.

La voz del alma era queda y sus labios apenas se movían al hablar.

—¿Qué quieres decir con que nos encontraremos otra vez más? —dijo el joven pescador—. ¿No pretenderás seguirme hasta el fondo del mar?

—Una vez al año volveré a este lugar y te llamaré —dijo el alma—. Tal vez me necesites.

—¿Para qué he de necesitarte? —dijo el joven pescador—. Bueno, sea como tú quieras.

Y se lanzó al agua. Los tritones soplaron en sus cuernos y la sirenita ascendió para recibirlo. Le rodeó el cuello con sus brazos y le besó en la boca.

Y el alma se quedó en la playa solitaria contemplándolos. Cuando se hundieron en el mar, se fue llorando por entre las marismas.

* * *

Transcurrió un año. El alma, como había quedado, vino hasta la orilla del mar y llamó al joven pescador. Él salió de las aguas y preguntó:

—¿Por qué me llamas?

Y el alma respondió:

—Acércate para que hable contigo, pues he visto cosas maravillosas.

Se aproximó él. Se acostó en el agua, cerca de la orilla y apoyó la cabeza en la mano para escuchar.

El alma le dijo:

—«Cuando nos separamos me dirigí al Oriente y viajé. Del Oriente procede toda sabiduría. Durante seis días viajé, y a la mañana del séptimo llegué a una colina que está en el país de los tártaros. Me senté a la sombra de un arbusto para protegerme del sol. La tierra estaba reseca, quemaba por el calor. La gente iba y venía por la llanura como moscas que se agitan encima de un disco de cobre pulido.

»Cuando llegó la hora del mediodía, se levantó de la tierra una nube de polvo rojizo. Al verla, los tártaros pusieron tensos sus pintados arcos, saltaron sobre sus caballos y galoparon al encuentro de la nube.

Las mujeres huyeron gritando, se metieron en los carros y se ocultaron detrás de las cortinas de fieltro.

»Al anochecer regresaron los tártaros, pero faltaban cinco de ellos, y entre los que volvieron, no pocos estaban heridos. Engancharon los caballos a los carros y se alejaron apresuradamente. Tres chacales salieron de una caverna y los miraron con atención. Luego olfatearon el aire con sus hocicos y se fueron trotando en dirección contraria.

»Cuando salió la luna, vi arder na hoguera en el llano, y me dirigí hacia ella. Los mercaderes de una caravana estaban sentados en torno a ella, sobre alfombras. Sus camellos estaban atados detrás, y los negros que les servían de criados plantaban tiendas de cuero en la arena y formaban con chumberas un seto alto.

»Al aproximarme a ellos, se levantó el jefe de los mercaderes, desenvainó su espada y me preguntó qué quería.

»Le respondí que yo era príncipe en mi tierra natal, y que había huido de los tártaros, los cuales habían pretendido esclavizarme. El jefe sonrió y me mostró cinco cabezas clavadas en la punta de largas cañas de bambú.

»Luego me preguntó quién era el Profeta del Señor, y le dije que era Mahoma.

»Al oír el nombre del falso profeta inclinó la cabeza y cogiéndome de la mano me colocó junto a él. Un negro me trajo leche de yegua en una vasija de madera y un trozo de carnero asado.

»Al amanecer emprendimos el viaje. Yo cabalgaba sobre un camello de pelo rojizo, junto al jefe, y un guía iba delante de nosotros blandiendo su lanza. Los guerreros iban a uno y otro lado siguiendo las mulas cargadas de mercancías. Había cuarenta camellos en la caravana y las mulas eran el doble.

»Pasamos del país de los tártaros al país de los que maldicen la luna. Vimos los grifos que custodian su oro en las rocas blancas y los dragones escamosos que duermen en sus cuevas. Al atravesar las montañas contuvieron el aliento, para impedir que las nieves rodasen sobre nosotros. Cada uno se ató un velo de gasa delante de los ojos. Al atravesar los valles, los pigmeos nos dispararon dardos desde los huecos de los árboles, y en la noche oíamos a los salvajes tocar sus tambores. Cuando llegamos frente a la Torre de los Monos, pusimos frutas delante de ellos, dejándonos pasar sin hacernos daño. Cuando llegamos frente a la Torre de las Serpientes, les dimos leche tibia en tazas de bronce, dejándonos pasar también. Tres veces, durante nuestro viaje, llegamos a las orillas del Oxo. Lo cruzamos sobre balsas de madera con grandes vejigas de piel hinchada. Los hipopótamos se enfurecieron con nosotros y trataron de matarnos, pero se atemorizaron al ver a los camellos.

»Los reyes de cada ciudad por donde pasábamos nos cobraban impuestos, pero no nos permitían entrar en ellas. Nos arrojaban pan desde las murallas, tortas de maíz cocidas con miel y tortas de harina fina llenas de dátiles. Por cada cien cestos les dábamos una cuenta de ámbar.

»Cuando los habitantes de las aldeas nos veían venir envenenaban los pozos y huían a la cima de las colinas. Luchamos contra los magadas, que nacen viejos y se vuelven jóvenes con los años, y mueren cuando se han convertido en niños pequeños; con los lactros, que se dicen hijos de tigres y se pintan de amarillo y de negro, y con los aurantes, que ponen a sus muertos en las copas de los árboles y viven en cavernas oscuras, temiendo que el sol, que es su dios, los mate; con los crimnios, que veneran a un cocodrilo y le dan aros de vidrio verde y le alimentan con mantequilla y aves acabadas de matar; con los agazombas, que tienen cara de perro; con los sibanos, que tienen patas de caballo y corren más veloces que los propios caballos. Una tercera parte de los nuestros murió en las batallas, y otra tercera murió de hambre. Los restantes murmuraban en contra mía, diciendo que yo les había traído mala suerte. Saqué de debajo de una piedra una culebra venenosa de cuernos y dejé que me picara. Al ver que aquella picadura no me causaba el menor daño, se asustaron.

»Al cuarto mes llegamos a la ciudad de Illel. Era de noche cuando llegamos a la arboleda, que está fuera de las murallas. El aire estaba sofocante porque la luna viajaba junto a Escorpión. Cogimos las granadas maduras de los árboles y las partimos, bebiendo su dulce jugo. Después nos sentamos en nuestras alfombras y esperamos la aurora.

»A la aurora nos levantamos y llamamos a la puerta de la ciudad. La puerta era de bronce rojizo y tenía esculpidos dragones marinos y dragones alados. Los guardias nos miraron desde las almenas y nos preguntaron qué queríamos. El intérprete de la caravana respondió que veníamos de la isla de Siria con mucha mercancía. Tomaron rehenes, diciéndonos que abrirían la puerta al mediodía, que esperásemos hasta entonces.

»Cuando fue mediodía abrieron la puerta. Al entrar nosotros, la gente salía de sus casas y se agolpaba a vernos. Un pregonero daba la vuelta por la ciudad, gritando a través de una caracola. Nos detuvimos en la plaza del mercado y los negros desataron los fardos de telas pintadas y abrieron los tallados cofres de sicómoro. Cuando terminaron los negros su tarea, los mercaderes sacaron sus extrañas mercaderías, el lienzo encerado de Egipto, el lienzo pintado del país de los etíopes, las esponjas purpúreas de Tiro y las colgaduras azules de Sidón, los jarrones de frío ámbar, las finas vasijas de cristal y las curiosas vasijas de

barro cocido. Desde el tejado de una casa nos observaban unas mujeres. Una de ellas llevaba una careta de cuero dorado.

»El primer día, los sacerdotes vinieron y negociaron con nosotros, al segundo día vinieron los nobles, y al tercer día vinieron los artesanos y los esclavos. Así acostumbran a hacer con los mercaderes mientras permanecen en la ciudad.

»Nos quedamos allí durante una revolución de la luna. Cuando la luna iba en menguante, me sentí hastiado y me lancé a vagar por las calles de la ciudad, llegando al jardín del dios de ellos. Los sacerdotes, con vestimentas amarillas, se movían silenciosamente a través de los verdes árboles. Sobre pavimento de mármol negro se levantaba la casa, de color entre rojo y rosado, en que tenía su morada el dios. Sus puertas eran de laca, con toros y pavos reales de oro repujado y bruñido. El tejado era de tejas de porcelana verde mar, y el saliente alero estaba festoneado de campanitas. Cuando volaban junto a él las palomas blancas, rozaban con las alas las campanitas y las hacían tintinear.

»Enfrente del templo había un estanque de agua clara con baldosas de ónix veteado. Me senté al borde y con mis dedos pálidos toqué las anchas hojas de las plantas. Uno de los sacerdotes vino hacia mí y se detuvo detrás. Llevaba sandalias en los pies, una de suave piel de serpiente y la otra de plumaje de pájaros. Sobre la cabeza llevaba una mitra de fieltro negro decorado con medias lunas de plata. Siete amarillos diferentes estaban tejidos en su vestimenta, y su rizada cabellera estaba teñida con antimonio.

»Después de un momento me habló y me preguntó qué deseaba.

»Le dije que mi deseo era ver al dios.

»—El dios está cazando —dijo el sacerdote, mirándome de un modo extraño, con sus pequeños ojos oblicuos.

»—Dime en qué bosque y cazaré con él —le respondí.

»Alisó los suaves pliegues de su túnica con sus largas uñas puntiagudas.

»—El dios está durmiendo —murmuró.

»—Dime en qué lecho y velaré junto a él —respondí.

»—¡El dios está en el banquete! —exclamó.

»—Si el vino es dulce, beberé con él, y si es amargo, también beberé con él —fue mi respuesta.

»Inclinó la cabeza con asombro, y cogiéndome de la mano me hizo levantar y me llevó al templo.

»Y en la primera cámara vi un ídolo, sentado en trono de jaspe orlado de grandes perlas de fino oriente. Estaba esculpido en ébano, y la estatura de un hombre. En su frente había un rubí. Aceite espeso goteaba desde su cabello hasta los muslos. Sus pies estaban rojos de la san-

gre de un cabrito, inmolado poco antes, y su talle ceñido por un cinturón de cobre adornado con siete berilos.

»Y dije al sacerdote:

»—¿Es este el dios?

»Y me contestó:

»—Este es el dios.

»—¡Muéstrame al dios —le grité—, o te mato!

»Y le toqué la mano y la mano se secó.

»Y el sacerdote me rogó, diciendo:

»—Cure, mi señor, a su siervo y le mostraré al dios.

»Soplé con mi aliento sobre su mano y se puso sano de nuevo. Él tembló, vi un ídolo, en pie sobre un loto de jade, y me condujo a la segunda cámara. Ornado de grandes esmeraldas, estaba el dios esculpido en marfil. Su estatura era doble que la de un hombre. En la frente llevaba un crisólito, y el pecho estaba untado de mirra y cinamomo. En una mano sostenía un cetro de jaspe curvo y en la otra un cristal redondo. Tenía contorno de bronce, y alrededor de su gruesa garganta se veía un collar de selenitas.

»Y dije al sacerdote:

»—¿Este es el dios?

»Y me contestó:

»—Este es el dios.

»—¡Muéstrame al dios o te mato! —le grité.

»Y le toqué los ojos y quedó ciego.

»El sacerdote me rogó, diciendo:

»—Cure, mi señor, a su siervo y le mostraré al dios.

»Soplé, pues, con mi aliento sobre sus ojos y recobraron el don de la vista. El sacerdote tembló de nuevo y me llevó a la tercera cámara, y, ¡oh, asombro!, en ella no se veía ningún dios, ni imagen de ninguna especie, sino únicamente un espejo redondo de metal colocado sobre un altar de piedra.

»Y dije al sacerdote:

»—¿Dónde está el dios?

»Él me respondió:

»—No hay más dios que el espejo que ves, porque es el espejo de la sabiduría. Refleja todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, excepto el rostro del que en él se mira. No refleja la cara, para que sea sabio el que en él mira. Muchos otros espejos hay, pero son espejos de opinión. Sólo éste es el espejo de la sabiduría. Los que poseen este espejo lo saben todo, y no hay nada que se les esconda. Los que no lo poseen no poseen la sabiduría. Por eso es dios y lo veneramos.

»Y miré en el espejo y era tal como el sacerdote me lo había dicho.

»Y yo hice una cosa particular —cualquiera—, y tengo oculto en un valle que se halla apenas a un día de distancia de aquí el espejo de la Sabiduría. Permíteme que vuelva a reunirme contigo y a servirte. Serás más sabio que todos los sabios; poseerás la sabiduría. Permíteme volver a ti y nadie será tan sabio como tú.»

Pero el joven pescador lanzó una carcajada.

—El amor es mejor que la sabiduría —dijo—, y la sirenita me ama.

—No, no hay nada mejor que la sabiduría —dijo el alma.

—El amor es mejor —replicó el joven pescador, sumergiéndose en las profundidades del agua, y el alma se fue llorando entre las marismas.

* * *

Transcurrió el segundo año, y el alma volvió a la orilla del mar. Llamó al joven pescador, volviéndo éste a surgir de las aguas y preguntó:

—¿Qué me quieres?

Y el alma respondió:

—Acércate más para que pueda hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

El joven pescador se acercó y se acostó en el agua, cerca de la orilla, apoyando la cabeza en una mano, y escuchó.

El alma le dijo:

«—Cuando me fui de aquí el año pasado, volví rumbo al Sur y viajé. Del Sur viene toda cosa preciosa. Seis días viajé por los caminos reales que conducen a la ciudad de Asther, por los rojizos y polvorientos caminos reales donde desfilan los peregrinos, viajé. A la mañana del séptimo día levanté los ojos y, ¡oh, asombro!, la ciudad yacía a mis pies, porque está en un valle.

»La ciudad tiene nueve puertas, y frente a cada una de ellas hay un caballo de bronce que relincha cuando los beduinos bajan de las montañas. Las murallas están revestidas de cobre, y las torres de los centinelas protegidas de tejados de bronce. En cada torre hay un arquero con un arco en la mano. Al salir el sol dispara una flecha contra un "tan-tan", y al ponerse el sol toca un cuerno.

»Cuando intenté penetrar, los guardias me detuvieron y me preguntaron quién era yo. Les contesté que era un derviche que iba hacia La Meca, donde había un velo verde sobre el cual manos de ángeles habían bordado el Corán en letras de plata. Se llenaron de asombro y me dejaron pasar.

»Dentro, aquello era como un inmenso bazar. Verdaderamente, deberías haberme acompañado. A través de las estrechas calles, los alegres farolillos de papel se agitaban como grandes mariposas. Cuando

sopla el viento sobre los tejados se levantan y caen como burbujas de colores. Delante de sus puestos están sentados los mercaderes en alfombras de seda. Llevan largas barbas negras, y los turbantes cubiertos de zequíes de oro. Con los fríos dedos mueven largas sartas de ámbar y huesos de melocotón labrados. Unos venden nardos y curiosos perfumes de las islas del Océano Índico, espeso aceite de rosas rojas, mirra, florecillas de clavo. Cuando se para a hablar con ellos, echan granos de incienso en un brasero de carbón de encina y perfuman el aire. Vi a un sirio que tenía en las manos una vara delgada como un junco. Hilos grises de humo subían de ella y su olor, al quemarse, era semejante al olor de los almendros rosados en primavera. Otros venden brazaletes de plata realzados con turquesas de azul intenso, ajorcas de hilo de bronce con orla de aljófar, uñas de tigre engastadas en oro, uñas de gato dorado que llaman leopardo, engastadas también en oro, pendientes de esmeraldas agujereadas y anillos de jade. De las casas de té salían acordes de guitarra y en ellas los fumadores de opio, con sus blancas caras sonrientes, miraban a los que pasaban.

»Verdaderamente, deberías haberme acompañado. Los vendedores de vino se abren paso entre la multitud con grandes pellejos negros a la espalda. Algunos de ellos venden vino de Shiraz, dulce como la miel. Lo sirven en tacitas y riegan sobre él pétalos de rosa. En el mercado están los fruteros, que venden toda especie de frutas: higos maduros, de pulpa rojiza; melones, que huelen a almizcle y son amarillos como topacios; cidras, pomarrosas, racimos de uvas blancas, naranjas redondas de oro rojizo, y limones ovalados, de oro verdoso. Una vez vi pasar a un elefante. Tenía la trompa pintada con bermellón y cúrcuma, y en las orejas, una red tejida con hilo de seda carmesí. Se detuvo frente a uno de los puestos y comenzó a comer naranjas. El dueño no hacía más que reírse. No puedes figurarte lo raras que son esas gentes. Cuando están contentos, van en busca de los vendedores de pájaros y les compran un pájaro enjaulado, dándole después libertad para sentirse más felices. Cuando están tristes, se azotan con ramas de espino para que su tristeza no disminuya.

»Una noche encontré a unos negros que llevaban un pesado palanquín a través del bazar. Era de bambú dorado, y las varas de laca bermeja tachonadas de pavos reales de bronce. En las ventanillas colgaban visillos tenues de muselina bordada con alas de escarabajos y aljófar diminuto. Cuando pasó ante mí, una circasiana de rostro pálido miró al exterior y me sonrió. La seguí y los negros apretaron el paso, gruñendo. Pero eso no me importó. Se apoderó de mí una vivísima curiosidad.

»Al fin se detuvieron ante una casa blanca cuadrada. No había en ella ventanas: sólo una puertecita como la entrada de una tumba. Dejaron en el suelo el palanquín y golpearon tres veces con un aldabón

de cobre. Un armenio, con caftán de cuero verde, miró por la mirilla, y cuando los vio les abrió. Tendió una alfombra en el suelo y la mujer salió del palanquín. Al entrar se volvió y me sonrió nuevamente. Nunca había yo visto una cara tan pálida.

»Cuando salió la luna volví a aquel lugar y busqué la casa, pero ya no se encontraba allí. Al ver eso, comprendí quién era la mujer y por qué me había sonreído.

»Verdaderamente, deberías haberme acompañado. En la fiesta de la Luna Nueva, el joven emperador salió de su palacio yendo a la mezquita a rezar. Sus cabellos y sus barbas estaban teñidos con pétalos de rosa, y sus mejillas empolvadas con polvo de oro. Las palmas de sus manos y las plantas de sus pies, estaban amarillas, teñidas con azafrán.

»Al amanecer salió de su palacio con vestimenta de plata, y al anochecer volvió con vestimenta de oro. Las gentes se echaban al suelo y ocultaban la cara a su paso, pero yo no lo hice. Me detuve junto al puesto de un vendedor de dátiles y esperé. Cuando el emperador me vio enarcó sus pintadas cejas y se detuvo. Me quedé inmóvil y no le hice la reverencia. La gente se maravillaba de mi audacia y me aconsejaba que huyera de la ciudad. No les hice caso, sino que me fui a sentar con los vendedores de ídolos extranjeros, que son odiados a causa de su comercio. Cuando les dije lo que había hecho, cada uno de ellos me dio un ídolo y me rogó que me fuera de allí.

»Por la noche, cuando yacía yo sobre cojines en una casa de té que está en la calle de las Granadas, los guardias del emperador entraron y me llevaron a palacio. Al trasponer el umbral de cada puerta, la cerraban y le ponían una cadena. En el interior del edificio había un gran patio con una arquería alrededor. Los muros eran de alabastro blanco, en el que aparecían incrustados aquí y allá azulejos verdes y azules. Los pilares eran de mármol, color de melocotón. Nunca había visto yo nada semejante.

»Al cruzar el patio, dos mujeres cubiertas con velo miraron desde un balcón y me maldijeron. Los guardias apresuraron el paso y el cuenco de las lanzas sonaba sobre el lustroso pavimento. Abrieron una puerta de marfil labrado, y me encontré en un bien regado jardín con siete terrazas. Estaba plantado con tulipanes, grandes margaritas y áloes plateados. Como un fino canuto de cristal, se veía una fuente en la oscuridad. Los cipreses semejaban antorchas que se habían consumido. En uno de ellos cantaba un ruiseñor.

»En el fondo del jardín había un pequeño pabellón. Al aproximarnos a él, dos eunucos salieron a nuestro encuentro. Sus gruesas figuras se balanceaban al andar y nos dirigían miradas curiosas con sus ojos de párpados amarillentos. Uno de ellos llamó al capitán aparte y le habló

en voz baja. El otro masticaba pastillas aromáticas, que sacaba de una caja ovalada de esmalte lila, con gran afectación.

»Luego de unos momentos, el capitán de la guardia despidió a los soldados. Volvieron a palacio; los eunucos marchaban lentamente tras ellos, y al pasar arrancaban moras dulces de los árboles. En una ocasión, el más viejo de los dos eunucos volvió la cabeza y me dirigió una sonrisa perversa

»El capitán de la guardia me indicó que me dirigiera a la entrada del pabellón. Me adelanté sin vacilar, descorrí la pesada cortina y entré.

»El joven emperador se hallaba echado en un lecho de pieles de león, y tenía un gerifalte posado en la mano. Detrás de él estaba un nubio con turbante, desnudo hasta la cintura y con pesados aros en las agujereadas orejas. Sobre una mesa, junto al lecho, había una gran cimitarra de acero.

»Cuando me vio el emperador frunció el ceño y me dijo:

»—¿Cómo te llamas? ¿Sabes que soy el emperador de esta ciudad?

»Pero yo no le contesté.

»Señaló la cimitarra con el dedo, y el nubio la cogió. Se abalanzó sobre mí y descargó un violento golpe. La hoja me atravesó sin hacerme daño. El nubio cayó de bruces en el suelo. Al levantarse le castañeteaban los dientes de terror y se ocultó detrás del lecho.

»El emperador se puso en pie de un salto, echó mano de una lanza que había en un asillero y me la arrojó. La atrapé al vuelo y partí en dos el astil. Me disparó una flecha, pero yo levanté la mano y la detuve en el aire. Entonces sacó de su cinturón la daga, y con ella mató al esclavo nubio, para que no contara su deshonor. El nubio se retorció como una serpiente pisoteada, y de sus labios brotó espuma roja.

»Apenas muerto el nubio, se volvió hacia mí el emperador, y después de secarse con un pañuelo de seda purpúrea las gotas de sudor que le corrían por la frente, me dijo:

»—¿Eres, acaso, algún profeta y no debo hacerte daño, o el hijo de algún profeta y no puedo herirte? Te ruego que abandones la ciudad esta misma noche, porque mientras estés en ella no soy su señor.

»Y yo le contesté:

»—Me iré si me das la mitad de tus tesoros. Dame la mitad de tus tesoros y me marcharé.

»Me cogió de la mano y me condujo al jardín. Cuando me vio el capitán de la guardia se quedó maravillado. Cuando los eunucos me vieron, les temblaron las rodillas y cayeron al suelo, aterrados.

»Hay una cámara en palacio que tiene ocho muros de pórfido rojo y techo con artesonado de bronce, del cual penden arañas. El emperador tocó uno de los muros y se abrió. Atravesamos un corredor iluminado por multitud de antorchas. A cada lado, en nichos, había grandes

tinajas de vino llenas de monedas de plata hasta arriba. Cuando llegamos al centro del corredor el emperador dijo la palabra que nunca debe pronunciarse, y una puerta de granito giró sobre sus goznes secretos. Él se cubrió la cara con las manos para no deslumbrarse.

»No es posible imaginar la magnificencia de aquel lugar. Había enormes caparazones de tortuga llenos de perlas y grandes selenitas huecas en donde se amontonaban los rubíes. El oro estaba almacenado en cofres de piel de elefante y el polvo de oro, en botellas de cuero. Había ópalos y zafiros, aquéllos en tazas de cristal, éstos en tazas de jade. Había esmeraldas redondas dispuestas en hileras sobre delgados platos de marfil, y en un rincón había sacos de seda llenos de turquesas los unos, de berilos los otros. Los cuernos de marfil estaban atestados de amatista purpúrea, y los cuernos de bronce atestados de calcedonias y sardios. De los pilares, que eran de cedro, colgaban sartas de belóculos amarillos. Sobre escudos ovalados y planos había carbunclos, unos color de vino, otros color de hierba. Y no te cuento sino una décima parte de lo que allí había.

»Y cuando el emperador se apartó las manos de la cara, me dijo:

»—Esta es mi sala de tesoros, la mitad de lo que aquí hay es tuyo, como te prometí. Te daré camellos y camelleros, harán lo que les pidas, te llevarán tu parte a cualquier parte del mundo adonde desees llevártela. Se hará esta noche, porque no quiero que el sol, que es mi padre, vea que hay en mi ciudad un hombre a quien no consigo matar.

»Pero yo le respondí:

»—Tuyo es el oro que hay aquí, tuya también la plata, tuyas las piedras preciosas y las cosas de valor. Yo no las necesito. No me llevaré nada tuyo, exceptuando ese pequeño anillo que llevas en el dedo.

»Y el emperador frunció el ceño.

»—No es más que un anillo de plomo —dijo—, y no tiene ningún valor. Llévate la mitad de mis tesoros y vete de mi ciudad.

»—No —le contesté—; no me llevaré más que ese anillo de plomo, porque sé lo que lleva escrito y para qué.

»El emperador tembló, y me rogó, diciendo:

»—Llévate todo el tesoro y vete de mi ciudad. La mitad, que es mía, será tuya también.

»Entonces hice una cosa particular, pero no importa saber qué fue, porque en una caverna que está apenas a un día de camino de aquí he escondido el anillo de la riqueza. Está apenas a un día de camino de aquí, y espera tu llegada. El que posea el anillo será más rico que todos los reyes de la tierra. Ven, pues, cógelo y las riquezas del mundo serán tuyas.»

Pero el joven pescador lanzó una carcajada.

—El amor es mejor que la riqueza —dijo—; la sirenita me ama.

—No, no hay nada mejor que la riqueza —dijo el alma.

—El amor es mejor —respondió el joven pescador, sumergiéndose en las aguas. El alma se fue llorando por entre las marismas.

* * *

Y cuando llegó el tercer año, el alma volvió a la orilla del mar y llamó al joven pescador. Él volvió a salir de las aguas y preguntó:

—¿Por qué me llamas?

Y el alma le respondió:

—Acércate más para que pueda hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

El joven pescador se acercó, se acostó en el agua cerca de la orilla, apoyó la cabeza en la mano y escuchó.

Y el alma le dijo:

—En una ciudad que conozco hay una posada cerca de un río. Allí estuve con marineros que bebían vinos de dos colores diferentes y comían pan de cebada y pececillos salados servidos en hojas de laurel con vinagre. Cuando estábamos allí sentados divirtiéndonos, entró un anciano con una alfombra de piel y un laúd que tenía dos cuernos de ámbar. Cuando dejó extendida en el suelo la alfombra tocó con una pluma de ave las cuerdas de alambre de su laúd, una muchacha con la cara cubierta por un velo entró corriendo y se puso a bailar ante nosotros. Su rostro se cubría con velo de gasa, pero sus pies estaban desnudos. Desnudos estaban sus pies y se movían sobre la alfombra como si fueran palomas blancas. Nunca he visto cosa tan maravillosa. La ciudad en la que baila está a un día de camino de aquí.

Cuando el pescador oyó las palabras de su alma, recordó que la sirenita no tenía pies, y no podía bailar. Un gran deseo se apoderó de él, y se dijo:

—No es más que un día de camino y puedo regresar a reunirme con mi amor.

Y lanzó una carcajada y se puso en pie dentro del agua, dirigiéndose a la orilla.

Y cuando llegó a arena seca, lanzó otra carcajada y tendió los brazos al alma. El alma dio un grito de alegría y corrió hacia él, penetró en él, el joven pescador vio formarse ante sí, en la arena de la playa, aquella sombra del cuerpo, que es el cuerpo del alma.

Y su alma le dijo:

—No tardaremos; vámonos de aquí, porque los dioses del mar son celosos y tienen a sus órdenes monstruos que hacen lo que ellos les pidan.

Se alejaron de allí más que aprisa. Viajaron toda la noche bajo la luz de la luna, y todo el día siguiente bajo el calor del sol; al anochecer llegaron a una ciudad.

El joven pescador le dijo a su alma:

—¿Es esta la ciudad donde baila aquélla de quien me hablaste?

Y su alma le respondió:

—No es esta la ciudad, sino otra, pero entremos en ésta.

Entraron y atravesaron las calles. Al pasar por la calle de los Joyeros, el joven pescador vio una preciosa copa de plata que se exhibía para la venta. Su alma le dijo:

—Coge esa copa y escóndela.

El joven pescador cogió la copa y la escondió entre los pliegues de su túnica y salieron apresuradamente de la ciudad.

Y cuando llevaban caminada una legua, el joven pescador frunció el ceño y arrojó la copa lejos de sí, diciéndole al alma:

—¿Por qué me dijiste que cogiera la copa y la escondiera, si con ello cometí una mala acción?

Pero su alma le contestó:

—Tranquilízate, tranquilízate.

Y al anochecer del día siguiente llegaron a una ciudad. El joven pescador dijo a su alma:

—¿Es esta la ciudad donde baila aquélla de quien me hablaste?

Y su alma le contestó:

—No es esta la ciudad, sino otra. Pero entremos en ésta.

Entraron y atravesaron las calles. Al pasar por la calle de los Vendedores de Sandalias, el joven pescador vio a un niño en pie junto a un cántaro de agua.

Y su alma le dijo:

—Pégale a ese niño.

El joven pescador le pegó hasta que se echó a llorar, saliendo en seguida de la ciudad apresuradamente.

Y cuando llevaban una legua caminada, el joven pescador se encolerizó y dijo a su alma:

—¿Por qué me dijiste que pegara a aquel niño, si con ello cometía una mala acción?

Pero el alma le contestó:

—Tranquilízate, tranquilízate.

Y al anochecer del tercer día llegaron a una ciudad y el joven pescador preguntó a su alma:

—¿Es esta la ciudad donde baila aquélla de quien me hablaste?

Y su alma le contestó:

—Tal vez sea ésta; entremos.

Entraron y atravesaron las calles; pero en ninguna parte pudo el joven pescador hallar el río ni la posada cerca de él. La gente de la ciudad le miraba con curiosidad. Él sintió miedo y le dijo a su alma:

—Vámonos, porque la bailarina de los pies blancos no está aquí.

Pero su alma le contestó:

—No, quedémonos porque la noche está oscura y habrá ladrones por el camino.

Entonces el joven pescador se sentó a descansar en la plaza del mercado; poco después pasó un mercader encapuchado con manto de tela de Tartaria y linterna de cuero agujereado, suspendida de una caña nudosa. El mercader le dijo:

—¿Por qué te sientas en la plaza del mercado, si las tiendas se cerraron ya y están atados los fardos de mercancías?

Y el joven pescador le respondió:

—No hallo posada en la ciudad, ni tengo pariente que me dé asilo.

—¿No somos todos hermanos? —dijo el mercader—. ¿No somos todos criaturas de Dios? Ven conmigo que tengo habitación para invitados.

Y el joven pescador se levantó y siguió al mercader a su casa. Después de atravesar un jardín de granados y de entrar en la morada, el mercader le trajo agua de rosas en taza de cobre para que se lavara las manos, melones maduros para que aplacara su sed, le puso delante un plato de arroz y un trozo de cabrito asado.

Y cuando terminó, el mercader le llevó a su habitación, que era para invitados, despidiéndose de él, deseándole un buen sueño. Y el joven pescador le dio las gracias y le besó el anillo que llevaba en la mano, acostándose sobre las alfombras de pelo de cabra. Después de cubrirse con una piel de lana de carnero, se quedó dormido.

Y tres horas antes de que amaneciera, cuando aún era de noche, su alma le despertó y le dijo:

—Levántate y ve al aposento del mercader, al aposento en que duerme y mátale, quítale su oro, porque lo necesitamos.

Y el joven pescador se levantó y se deslizó sin hacer ruido hacia el aposento del mercader. A sus pies se veía un alfanje curvo, y en la bandeja, junto a él, había nueve bolsas de oro. El joven pescador extendió la mano y tocó el alfanje; al tocarlo se despertó el mercader, y saltando de la cama se apoderó del alfanje, gritando:

—¿Devuelves mal por bien y pagas con derramamiento de sangre la bondad que tuve para contigo?

Y el alma le dijo al joven pescador:

—¡Mátale!

Y él golpeó al mercader hasta dejarlo desmayado, y entonces, apoderándose de las nueve bolsas de oro, huyó a través del jardín de granados y corrió de cara al lucero de la mañana.

Y cuando llevaban caminada una legua fuera de la ciudad, el joven pescador se golpeó el pecho y le dijo a su alma:

—¿Por qué me ordenaste matar al mercader y robarle su oro? En verdad, eres mala.

Pero su alma le dijo:

—Tranquilízate, tranquilízate.

—No —dijo el joven pescador—, no me tranquilizaré, porque odio todo lo que me has ordenado hacer. A ti también te odio, y te ordeno que me digas por qué has procedido así conmigo.

—Cuando me abandonaste y me lanzaste al mundo no me diste corazón; así es que aprendí a hacer todas esas cosas y a que me gustaran.

—¿Qué dices? —murmuró el joven pescador.

—Lo sabes —contestó el alma—, lo sabes perfectamente. ¿Has olvidado que no me diste corazón? Seguro que no. No me molestes ni te desazones; tranquilízate, porque no habrá dolor que no arrojes lejos de ti ni placer que no acojas.

Y cuando el joven pescador oyó estas palabras, se puso a temblar y dijo a su alma:

—No; eres mala, me has hecho olvidar a mi amor, me has tentado y has guiado mis pies por caminos de pecado.

Y su alma le respondió:

—No; has olvidado que cuando me lanzaste al mundo no me diste corazón. Vámonos, vámonos a otra ciudad y divirtámonos, porque tenemos nueve bolsas de oro.

Pero el joven pescador arrojó al suelo las bolsas de oro y las pisoteó.

—¡No! —gritó—. No quiero tener nada que ver contigo, ni he de viajar contigo más, sino que te arrojaré de mí como antes, te arrojaré lejos de mí ahora mismo, porque no me has traído nada bueno.

Y se puso de espaldas a la luna y con el cuchillo de piel de víbora verde trató de cortar de alrededor de sus pies aquella sombra del cuerpo que es el cuerpo del alma.

Pero su alma no se separó de él ni prestó atención a su mandato, sino que le dijo:

—El hechizo que te dijo la bruja no te sirve ya, no puedo abandonarte ni tú puedes arrojarme de ti. Sólo una vez en su vida el hombre puede separarse de su alma, y el que la recibe de nuevo tiene que conservarla para siempre; ese es su castigo y su premio.

Y el joven pescador palideció, crispó los puños y gritó:

—¡Aquella bruja era una mala bruja, puesto que no me advirtió eso!

—No —replicó el alma—; la bruja fue fiel a aquel a quien venera y a quien servirá siempre.

Y cuando el joven pescador supo que no podía liberarse de su alma, que era alma perversa y viviría siempre con él, se arrojó al suelo llorando amargamente.

Al llegar el nuevo día, el joven pescador se levantó y dijo a su alma:

—Ataré mis manos para no obedecerte, y cerraré mis labios para no decir las palabras que me dictes, volveré al lugar donde mora aquélla a quien amo. Volveré al mar, y a la bahía donde canta ella, la llamaré, le contaré el daño que me has hecho.

Y su alma le tentó, diciéndole:

—¿Qué vale ese amor tuyo para que quieras volver a él? El mundo posee mujeres mucho más hermosas. Están las bailarinas de Samaria, que bailan del modo que lo hacen todos los pájaros y todos los animales. Sus pies están teñidos con alheña, y llevan campanillas de cobre en las manos. Se ríen al bailar, y su risa es clara como la risa de las aguas. Ven conmigo y te las mostraré. ¿Qué escrúpulos son esos a propósito del pecado? Lo que es agradable al paladar, ¿no se ha hecho para que lo comamos? ¿Hay, acaso, veneno en lo que es dulce de beber? No te tortures y ven conmigo a otra ciudad. Hay una ciudad pequeña cerca de aquí, y en ella hay un jardín de tulipanes. En aquel hermoso jardín moran los pavos reales, unos son blancos y otros tienen el pecho azul. Sus colas, cuando se abren al sol, son como discos de marfil y discos de oro. La que les da de comer baila para divertirlos; a veces baila sobre las manos y otras veces baila sobre los pies. Sus ojos llevan pintura de antimonio y las aletas de la nariz tienen forma de alas de golondrina. De una de ellas cuelga una flor que es una perla cincelada. Ríe mientras baila, y las ajorcas de plata de sus tobillos tintinean como campanas de plata. No te tortures más, y ven conmigo a la ciudad.

Pero el joven pescador no contestó a su alma; cerró sus labios con el sello del silencio y ató sus manos con cuerda fuerte y se puso en marcha hacia el lugar de donde había venido, hacia la bahía donde solía cantar su amor. Y durante el camino, su alma le tentó sin cesar, pero él no le respondía ni hacía ninguna de las cosas que le sugería: tanto era el poder del amor que en él vivía.

Y cuando llegó a la orilla del mar, desató la cuerda de sus manos y quitó de sus labios el sello del silencio, llamando a la sirenita. Pero ella no acudió a su llamada, aunque él la llamó todo el día, suplicándola.

Y su alma se burlaba de él y decía:

—En verdad, bien puede decirse que tu amor te proporciona muy poco placer. Eres como aquel que en tiempo de sequía quiere guardar

agua en recipientes rotos. Regalas lo que tienes y nada recibes a cambio. Mejor sería que te vinieras conmigo, porque sé dónde está el Valle del Placer y las cosas que allí se hacen.

Pero el joven pescador no contestaba al alma. En la quebrada de la roca se fabricó una choza de cañas, y allí vivió durante un año. Cada mañana llamaba a la sirenita, cada mediodía la llamaba, cada noche pronunciaba su nombre. Pero nunca salió ella del mar para reunirse con él, ni pudo hallarla en ninguna parte, aunque la buscó en las cavernas y en el agua verde, en los remansos de la corriente y en los pozos que están en el fondo de las regiones profundas.

Y su alma le tentaba sin cesar y le susurraba cosas terribles. Pero no pudo con él: tan grande era el poder de su amor.

Y cuando pasó el año, el alma pensó para sí:

«He tentado a mi dueño con el mal, y su amor es más fuerte que yo. Le tentaré ahora con el bien, y quizá venga conmigo.»

Habló, pues, al joven pescador:

—Te he contado las alegrías del mundo y has hecho oídos sordos. Deja que te hable ahora de los dolores del mundo, que tal vez quieras escucharme. Porque, en verdad, el dolor es el dueño del mundo, y no hay quien se escape de sus redes. Hay quienes carecen de vestimenta y quienes carecen de pan. Hay viudas vestidas de harapos. Los leprosos andan entre los pantanos y se maltratan entre sí. Los mendigos van y vienen por los caminos reales y sus alforjas están vacías. Por las calles de las ciudades reina el hambre y la peste se sienta a sus puertas. Ven, vamos a remediar esas cosas y a hacer que desaparezcan. ¿Por qué permaneces aquí llamando a tu amor, si no acude a tu llamada? ¿Y qué vale el amor, para que le concedas tanta importancia?

Pero el joven pescador no le contestó: tan grande era el poder de su amor. Cada mañana llamaba a la sirenita, cada mediodía, cada noche pronunciaba su nombre. Pero nunca salió ella del mar para reunírsele, ni pudo él hallarla en ninguna parte, aunque la buscó en las corrientes del mar, en los valles que yacen bajo las olas, en el mar que la noche torna purpúreo, en el mar que la aurora torna gris.

Y al terminar el segundo año, el alma habló al joven pescador, en la noche, cuando estaba sentado en su choza de cañas:

—¡Mira! Te he tentado con el bien y con el mal, y tu amor es más fuerte que yo. No te tentaré más, y te ruego que me dejes entrar en tu corazón, para que seamos uno tú y yo, como en otros tiempos.

—Entra —dijo el joven pescador—, porque bien creo que en los días en que anduviste sola por el mundo habrás sufrido mucho.

—¡Ay! —dijo el alma—, no hallo por dónde entrar: tan lleno está tu corazón de amor.

—Y, sin embargo, yo querría ayudarte —dijo el joven pescador.

Y cuando dijo estas palabras, surgió del mar un clamor de duelo, como el grito que oyen los hombres cuando muere uno de los hijos del mar. Y el joven pescador dio un salto y abandonó su choza de cañas y corrió a la playa. Y las negras olas corrían apresuradamente hacia la playa, trayendo consigo una carga más blanca que la plata. Blanca era como la espuma, y flotaba sobre las olas como una flor. Y la marejada la arrancó de las olas, y la espuma la arrancó de la marejada, y la playa la recibió y el joven pescador vio tendido a sus pies el cuerpo de la sirenita. Muerta yacía a sus pies.

Llorando como el que está anonadado por el dolor, se arrojó al suelo junto a ella, besó el rojo frío de la boca y jugueteó con el ámbar mojado de la cabellera. Se arrojó a la arena, sollozando con temblor y, con los brazos morenos la apretaba contra su pecho. Fríos estaban los labios pero él los besaba. Salobre era la miel de la cabellera, pero él la saboreaba con amarga alegría. Besaba los párpados cerrados, y la sal que había en ellos era menos amarga que sus lágrimas.

Se confesó con el cadáver. En las conchas de sus orejas vertió el agrio vino de su historia. Puso las manecitas frías en torno a su propio cuello, y con los dedos tocó las delicadas fibras de la garganta. Amarga, amarga era su alegría y lleno de extraño contento su dolor.

El oscuro mar avanzaba hacia él y la blanca espuma gemía como los leprosos. Con garras blancas de espuma, el mar tiraba zarpazos a la playa. Desde el palacio del rey del mar llegaba de nuevo el clamor de duelo, y en la lejanía marina los grandes tritones soplaban en cuernos roncos.

—Huye —decía el alma—, porque el mar avanza, y si permaneces aquí te matará. Huye, que tengo miedo, ya que tu corazón está cerrado para mí por la grandeza de tu amor. Huye a lugar seguro. ¡No querrás mandarme sin corazón al otro mundo!

Pero el joven pescador no escuchaba a su alma, y seguía llamando a la sirenita:

—El amor es mejor que la sabiduría, y más precioso que la riqueza, más hermoso que los pies de las hijas de los hombres. El fuego no puede consumirlo y apagarlo las aguas. Te llamé a la aurora, y no acudiste a mi llamada. La luna oyó tu nombre, pero no prestaste oídos a mi voz. Porque con maldad te abandoné, y para mi mal me alejé de aquí. Pero mi amor persistió en mí, y fue siempre fuerte, y nada pudo con él, aunque he visto el mal y he visto el bien. Ahora que has muerto, moriré contigo.

Y el alma le rogaba que se alejara de allí, pero él no quiso: tan grande era su amor. Y el mar avanzó y quiso cubrirlo con sus olas, y cuando él conoció que su fin estaba próximo, besó con pasión los labios fríos de la sirenita, rompiéndose el corazón que dentro de él vivía.

Y como con la plenitud de su amor se rompió su corazón, el alma halló entrada en él, penetró y se unificó con él como antes. Y el mar cubrió al joven pescador con sus olas.

* * *

Cuando llegó la mañana, el sacerdote salió a bendecir el mar, porque había estado movido. Y con él fueron los monjes, y los músicos, y los portadores de cirios, y los turiferarios y una gran multitud.

Y cuando el sacerdote llegó a la playa, vio al joven pescador que flotaba muerto sobre las aguas abrazado al cuerpo de la sirenita. Y retrocedió frunciendo el ceño, hizo la señal de la cruz y alzando la voz, dijo:

—No voy a bendecir el mar ni nada de lo que haya en él. Malditos sean los hijos del mar y malditos los que traten con ellos. Y en cuanto a aquél que por el amor olvidó a Dios y por eso yace aquí con su amante, muerto por castigo de Dios, tomad su cuerpo y el cuerpo de su amante y enterradlos en el rincón del Campo de los Bataneros, y no pongáis ningún nombre sobre la tumba, ni señal de ninguna especie, para que nadie reconozca el lugar donde yacen. Porque estuvieron malditos en vida y serán malditos también en la muerte.

Y las gentes hicieron lo que el sacerdote les mandó, y en el rincón del Campo de los Bataneros, donde no crecen hierbas dulces, cavaron un hoyo profundo echando en él los cadáveres.

Y transcurridos tres años, un día de fiesta, el sacerdote fue a la capilla para mostrar al pueblo las llagas del Señor y hablarles de la ira de Dios.

Y cuando se hubo revestido con sus ornamentos entró y se inclinó ante el altar, vio que el altar estaba cubierto por extrañas flores que nunca había visto antes. Eran extrañas de ver, y de curiosa hermosura, y su hermosura inquietaba al sacerdote y el olor era muy suave para su olfato. Y se sintió contento y no sabía por qué estaba contento.

Y después de abrir el tabernáculo, y de incensar la custodia que en él se guardaba, y de mostrar la blanca hostia a los fieles, y de esconderla otra vez tras el velo de los velos, comenzó a hablar a las gentes, deseoso de hablarles de la ira de Dios. Pero la hermosura de las blancas flores le inquietaba. Y el olor era muy suave para su olfato. Y otras palabras vinieron a sus labios y no habló de la ira de Dios, sino del Dios cuyo nombre es Amor. Y no sabía por qué hablaba así.

Y cuando terminó sus palabras, las gentes lloraban. Y el sacerdote volvió a la sacristía, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y los diáconos acudieron y comenzaron a quitarle los ornamentos, y le quitaron el alba, el cíngulo, el manípulo y la estola. Y permanecía inmóvil, como si estuviera soñando.

Y cuando le desvistieron de los ornamentos miró a los diáconos y les preguntó:

—¿Qué flores son esas que hay en el altar y de dónde vienen?

Y le respondieron:

—No sabemos qué clase de flores son, pero vienen del rincón del Campo de los Bataneros.

Y el sacerdote se estremeció, y volvió a su casa y se entregó a la oración.

Y a la mañana siguiente, cuando todavía brillaba la aurora, salió con los monjes, y los músicos, y los portadores de cirios, y los turiferarios y una gran multitud llegó hasta la orilla del mar, y bendijo el mar y todas las cosas que viven en él. Bendijo también a los faunos, y a todos los pequeños seres que bailan en la pradera, y a los seres de brillantes ojos que curiosean por entre las hojas. Bendijo todas las cosas del mundo de Dios, y las gentes estaban llenas de asombro y de júbilo. Pero nunca más volvieron a crecer flores de ninguna especie en el rincón del Campo de los Bataneros: el campo permaneció seco como antes. Ni volvieron los hijos del mar a la bahía, como en otro tiempo, porque no fueron a otra parte del mar.

EL PRÍNCIPE FELIZ

En la parte alta de la ciudad, sobre una columna, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz.

Se hallaba toda recubierta de madreselva de oro fino. Tenía, a manera de ojos, dos centelleantes zafiros y un gran rubí rojo refulgía en la empuñadura de su espada.

Por todo ello, era muy admirada.

—Es tan hermoso como una veleta —observó uno de los miembros del Concejo que deseaba demostrar que era conocedor del arte y granjearse así una reputación en ese sentido—. Ahora bien, no es tan útil —añadió, temiendo que le tomaran por hombre poco práctico.

Y en realidad no lo era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —preguntaba una madre cariñosa a su hijito, que pedía la luna—. El Príncipe Feliz no hubiera pensado nunca en pedir nada a gritos.

—Me siento dichoso al ver que hay alguien en el mundo que es completamente feliz —murmuraba un hombre fracasado, contemplando la estatua maravillosa.

—Realmente, parece un ángel —decían los niños hospicianos al salir de la catedral vestidos con sus magníficas capas rojas y sus bonitas chaquetas blancas.

—¿En qué lo conocéis —replicaba el profesor de matemáticas— si no habéis visto nunca ninguno?

—¡Oh! Lo hemos visto en sueños —respondieron los niños.

Y el profesor de matemáticas fruncía el ceño, adoptando un continente severo, ya que no podía aprobar que unos niños se permitiesen soñar.

Una noche voló una golondrina sin descanso hacia la ciudad.

Hacía seis semanas que sus compañeras habían partido para Egipto; pero ella se había quedado atrás.

Se había enamorado del más hermoso de los juncos. Lo había encontrado al comienzo de la primavera, cuando volaba siguiendo el curso del río, en persecución de una mariposa amarilla, y se sintió atraída por su talle esbelto, de manera tal que se quedó para hablarle.

—¿Quieres que te ame? —dijo la golondrina, que no se andaba nunca con rodeos.

Y el junco correspondió con un profundo saludo.

Entonces, la golondrina revoloteó a su alrededor, rozando el agua con sus alas y trazando estelas plateadas.

Era su manera de cortejar. Y así transcurrió todo el verano.

—Es su amorío ridículo —gorjeaban las otras golondrinas—. Ese junco es un pobretón y tiene, además, demasiada familia.

Y, en efecto, el río estaba todo cubierto de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo.

Una vez que se hubieron marchado sus amigas, se sintió muy sola y empezó a cansarse de su amante.

—No sabe hablar —pensaba ella—. Y, además, temo que sea inconstante, pues coquetea sin parar con la brisa.

Y así era, cuantas veces soplaba la brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas reverencias.

—Veo que es muy casero —murmuraba la golondrina—. A mí me gustan los viajes. Por consiguiente, al que me ame, debe agradarle viajar conmigo.

—¿Quieres seguirme? —preguntó por último la golondrina al junco.

Pero el junco movió la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

—¡Te has burlado de mí! —le gritó la golondrina—. Me marcho a las Pirámides. ¡Adiós!

Y la golondrina se fue.

Voló todo el día, y al anochecer llegó a la ciudad.

—¿Dónde hallaré un cobijo? —se dijo—. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

Entonces divisó la estatua sobre la columnita.

—Voy a resguardarme ahí —gritó—. El sitio es bonito. Hay mucho aire fresco.

Se posó precisamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una habitación dorada —se dijo, después de mirar en derredor.

Y se dispuso a dormir.

Pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, una pesada gota de agua le cayó encima.

—¡Qué raro! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, ¡y, sin embargo, está lloviendo! El clima del norte de Europa es realmente extraño. Al junco le gustaba la lluvia; pero en él era puro egoísmo.

Entonces volvió a caer otra gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —pensó la golondrina—. Voy a buscar un buen remate de chimenea.

Y se dispuso a emprender el vuelo. Pero antes de que desplegase las alas, cayó una tercera gota.

La golondrina miró hacia arriba y vio... ¡Ay, lo que vio!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban inundados de lágrimas, que corrían por sus mejillas de oro.

Su semblante era tan bello a la luz de la luna, que la golondrina se sobrecogió por la piedad.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces, ¿por qué lloráis de esa manera? —preguntó la golondrina—. Casi me habéis empapado.

—Cuando estaba vivo y tenía un corazón de hombre —replicó la estatua—, no sabía lo que eran las lágrimas, porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, en el cual no está permitida la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una muralla altísima, pero nunca me preocupó lo que había detrás de ella, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y en verdad que lo era, si es que el placer es la felicidad. Así viví, y así morí; y ahora que estoy muerto me han elevado tanto que puedo ver todas las fealdades y todas las miserias de la ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me queda más remedio que llorar.

«¡Cómo! ¿No será de oro de ley?», pensó la golondrina para sí, pues estaba demasiado bien educada para hacer ninguna observación en voz alta sobre las personas.

—Allá abajo —prosiguió la estatua, con su voz susurrante y musical—, allá abajo, en una callejuela, hay una vivienda muy pobre. Una de sus ventanas está abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa.

Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Está bordando pasionarias en un vestido de raso que debe lucir, en el próximo baile de corte, la más bella de las damas de honor de la reina. En un lecho, en un rincón de la habitación, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y está pidiendo naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora. Golondrina, golondrinita, ¿no querrías llevarle el rubí de la empuñadura de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal y no puedo moverme.

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mis amigas están revoloteando de acá para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir al sepulcro del Gran Rey. El propio rey

está allí en su sarcófago de madera, envuelto en un lienzo amarillo y embalsamado con sustancias aromáticas. Tiene una cadena de jade verde alrededor del cuello y sus manos son como unas hojas secas.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, ¿no querrás quedarte conmigo una noche y ser mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre!

—No creo que me gusten los niños —contestó la golondrina—. El invierno pasado, cuando vivía yo a orillas del río, dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, no paraban un momento de tirarme piedras. Claro está que no me alcanzaban. Nosotras, las golondrinas, volamos demasiado bien para que eso pueda ocurrirnos, y además, yo pertenezco a una familia célebre por su agilidad; no obstante, era un falta de respeto.

Pero la mirada del Príncipe Feliz era tan triste que la golondrinita se apenó mucho.

—Mucho frío hace aquí —le dijo—; pero me quedaré una noche con vos y seré vuestra mensajera.

—Gracias, golondrinita —respondió el príncipe.

Entonces, la golondrinita arrancó el gran rubí de la espada del príncipe, y llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco.

Pasó sobre el palacio real y oyó música de baile.

Una bonita muchacha apareció en el balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas —le dijo— y qué poderosa es la fuerza del amor!

—Me gustaría tener el vestido terminado para el baile oficial —contestó ella—. He ordenado que me borden en él unas pasionarias, ¡pero son tan perezosas las modistas!

Cruzó sobre el río y vio los fanales colgados en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el ghetto y vio a los judíos viejos comerciando entre sí y pesando monedas en balanzas de cobre.

Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo al interior. El niño se agitaba febrilmente en su camita y su madre se había quedado dormida vencida por el cansancio.

La golondrina pasó a la habitación y puso el gran rubí encima de la mesa, al lado del dedal de la costurera. Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué fresco más agradable noto! —murmuró el niño—. Debe ser que estoy mejor.

Y se sumergió en un dulce sueño.

Entonces, la golondrinita se dirigió a gran velocidad hacia el Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho.

—Qué raro —observó ella—, pero ahora casi noto calor y, sin embargo, hace mucho frío.

Y la golondrina se puso a reflexionar y se durmió. Siempre que reflexionaba se quedaba dormida.

Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

—¡Qué fenómeno tan notable! —exclamó el profesor de ornitología que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió sobre aquel curioso tema una larga carta a un periódico local.

Todo el mundo la comentó. ¡Estaba plagada de palabras que nadie podía comprender...!

—Esta noche salgo para Egipto —se decía la golondrina.

Y sólo de pensarlo se ponía muy contenta.

Visitó todos los monumentos públicos y descansó un buen rato en la punta del campanario de la iglesia.

Por todas partes a donde iba, se encontraba con los gorriones que, piando, se decían unos a otros:

—¡Qué extranjera más distinguida!

Y esto la colmaba de gozo. Al salir la luna volvió a toda velocidad hacia el Príncipe Feliz.

—¿Tenéis algún encargo para Egipto? —le gritó—. Voy a ponerme en camino.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, ¿no querrás quedarte otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos y el dios Memnón se alza sobre un gran trono de granito. Acecha a las estrellas durante la noche y cuando brilla Venus, lanza un grito de alegría y luego se calla. A mediodía, los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son verde mar y sus rugidos más atronadores que los rugidos de la catarata.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una buhardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles y en un vaso a su lado hay un ramillete de violetas marchitas. Su pelo es negro y rizado, y sus labios rojos como granos de granada. Tiene unos grandes ojos soñadores. Se está esforzando en terminar una obra para el director del teatro, pero siente frío, demasiado frío para continuar escribiendo. No hay ningún calor en el aposento y el hambre le ha rendido.

—Me quedaré otra noche con vos —dijo la golondrina, que tenía muy buen corazón—. ¿He de llevarle otro rubí?

—¡Ay! No tengo más rubíes —dijo el príncipe—. Mis ojos es lo único que me queda. Son unos zafiros extraordinarios traídos de la

India hace un millar de años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimentos y combustible, y concluirá su obra.

—Amado príncipe —dijo la golondrina—, no puedo hacer eso.

Y se echó a llorar.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el príncipe—, haz lo que te pido.

Entonces, la golondrina arrancó el ojo del príncipe y voló hacia la buhardilla del estudiante. Era fácil penetrar porque había un agujero en el techo. La golondrina entró por él como una flecha y se encontró en la habitación.

El joven tenía la cabeza hundida entre sus manos. No oyó el aleteo del pájaro y cuando levantó la cabeza, vio el hermoso zafiro colocado sobre las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado —exclamó—. Esto proviene de algún rico admirador. Ahora ya puedo terminar la obra.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente, la golondrina voló hacia el puerto.

Descansó en el mástil de un gran barco y contempló a los marineros, que sacaban enormes cajones de la cala tirando de unos cabos.

—¡Va!, ¡iza! —gritaban a cada cajón que llegaba a la cubierta.

—¡Me marcho a Egipto! —les gritaba la golondrina.

Pero nadie le hizo caso, y, al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—He venido para deciros adiós —le dijo.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —exclamó el príncipe—. ¿No querrás quedarte conmigo una noche más?

—Es invierno —replicó la golondrina— y pronto llegará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Los cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente a los árboles, a orillas del río. Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas sonrosadas y blancas las siguen con la mirada y se arrullan. Amado Príncipe, tengo que dejaros pero nunca os olvidaré y la próxima primavera os traeré de allá dos piedras preciosas muy hermosas con qué sustituir las que disteis. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro será tan azul como el océano.

—Allá abajo, en la plazoleta —contestó el príncipe—, tiene un puesto de cerillas una niña. Se le han caído las cerillas al arroyo, estropeándose casi todas. Su padre le dará una paliza si no lleva algún dinero a casa, y está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo a su padre para que no le pegue.

—Pasaré otra noche con vos —dijo la golondrina—, pero no puedo arrancaros el ojo, porque entonces os quedaríais ciego totalmente.

—¡Golondrina, golondrina, golondrinita! —dijo el príncipe—. Haz lo que te pido.

Entonces, la golondrina volvió nuevamente hacia el príncipe y emprendió el vuelo llevando el zafiro.

Se posó sobre el hombro de la pequeña vendedora de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

—¡Qué bonito trozo de cristal! —exclamó la niña.

Y corrió a su casa, muy alegre.

Entonces, volvió la golondrina hacia el príncipe.

—Ahora estáis ciego. Por eso me quedaré con vos para siempre.

—No, golondrinita —dijo el príncipe—. Tienes que irte a Egipto.

—Me quedaré con vos para siempre —dijo la golondrina.

Y se puso a dormir a los pies del príncipe. Al día siguiente se colocó sobre el hombro del príncipe y le refirió lo que había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se colocan en grandes hileras a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la esfinge, que es tan vieja como el mismo mundo, vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes, que caminan lentamente junto a sus camellos, pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar entre sus dedos; del rey de las montañas de la Luna, que es negro como el ébano y que adora a un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde, que duerme en una palmera y a la cual están encargados de alimentar con pastelillos de miel veinte sacerdotes, y de los pigmeos, que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplastadas y están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida golondrinita —dijo el príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso aún es lo que soportan los hombres y las mujeres. No existe mayor misterio que la miseria humana. Vuela por mi ciudad, golondrinita, y dime lo que ves.

Entonces, la golondrina voló sobre la gran ciudad y vio a los ricos agasajados en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vio las pálidas caras de los niños hambrientos, mirando con apatía las calles negras.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niñitos abrazados uno a otro para darse un poco de calor.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡No se puede estar tumbado aquí! —les gritó un guardia. Y se alejaron bajo la lluvia.

Entonces, la golondrina reanudó su vuelo y fue a contar al príncipe lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino —dijo el príncipe—; despréndelo capa por capa y dáselo a mis pobres. Los hombres tienen siempre la creencia de que el oro puede hacerlos felices.

Capa por capa lo distribuyó entre los pobres. Las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por las calles.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban.

Entonces, llegó la nieve y, después de la nieve, el hielo.

Las calles parecían empedradas de plata por lo que brillaban y relucían.

Largos carámbanos, parecidos a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo iba cubierto con pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre golondrina tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al príncipe: le amaba demasiado para hacerlo.

Picoteaba las migajas a la puerta del panadero cuando éste no la veía, y trataba de calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar hasta el hombro del príncipe.

—¡Adiós, amado príncipe! —murmuró—. Permitid que os bese la mano.

—Me alegra mucho que te vayas, por fin, hacia Egipto, golondrinita —dijo el príncipe—. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme en los labios porque te amo.

—No es a Egipto a donde voy a ir —dijo la golondrina—. Voy a ir a la morada de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?

Y besando al príncipe en los labios, cayó muerta a sus pies.

En el mismo momento, sonó un crujido extraño en el interior de la estatua, como si algo se hubiera roto.

El hecho es que la coraza de plomo se había partido en dos. Verdaderamente, hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazoleta con dos concejales de la ciudad.

Al pasar junto al pedestal de la estatua, levantó los ojos hacia el príncipe.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué andrajoso está el Príncipe Feliz!

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso! —dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la misma opinión que el alcalde.

Y levantaron ellos también la cabeza para mirar.

—El rubí de su espada se ha caído, ya no tiene ojos, ni está dorado —dijo el alcalde—. En resumidas cuentas, que parece un pordiosero.

—¡Parece un pordiosero! —repitieron a coro los concejales.

—Y tiene a sus pies un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Realmente, habrá que promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que mueran aquí.

Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota de aquella idea.

Entonces, fue derribada la estatua del Príncipe Feliz.

—¡Al haber perdido la belleza, de nada sirve ya! —dijo el profesor de estética de la Universidad.

Entonces, fundieron la estatua en un horno, y el alcalde reunió al Concejo en sesión, para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podríamos —propuso— hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

—O la mía —opinó cada uno de los concejales.

Y acabaron peleándose.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el oficial primero de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como desecho.

Los fundidores lo arrojaron al montón de chatarra en el que yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más valiosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso, este pajarillo cantará eternamente y, en mi ciudad de oro, el Príncipe Feliz cantará mis alabanzas.

EL RUISEÑOR Y LA ROSA

El joven estudiante se lamentaba:

—Ha dicho que bailaría conmigo si le llevaba rosas rojas, pero no encuentro en todo mi jardín una sola rosa roja.

Desde su nido en lo alto de la encina, le oyó el ruiseñor. Miró entre las hojas, asombrado.

—¡No hay una sola rosa roja en mi jardín! —se lamentaba el estudiante,

Y sus hermosos ojos estaban arrasados por las lágrimas.

—¡Ay, de qué insignificancia puede depender la felicidad! He leído todo cuanto han escrito los sabios; poseo todos los secretos de la filosofía y tengo que ver mi vida destrozada por la falta de una rosa roja.

—Por fin, este es, sin duda, el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Le he cantado todas las noches, aun sin conocerle; todas las noches repito su historia a las estrellas, y ahora le veo. Su cabellera es oscura como la flor del jacinto y sus labios rojos como la rosa que desea; pero la pasión ha tornado su rostro pálido como el marfil y la pena le ha marcado en la frente con su sello.

—El príncipe da un baile mañana por la noche —murmuraba el joven estudiante— y mi adorada asistirá a la fiesta. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el alba. Si le llevo una rosa roja, la tendré en mis brazos. Reclinará su cabeza en mi hombro y su mano estrechará la mía. Pero no hay rosas rojas en mi jardín. Por lo tanto, tendré que estar solo y no me prestará la menor atención. No se fijará en mí y mi corazón se desgarrará.

—Es, sin duda, el verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Sufre todo lo que yo canto: todo lo que es alegría para mí, para él es pena. Realmente, el amor es una cosa maravillosa: es más precioso que las esmeraldas y más caro que los finos ópalos. Perlas y granates no pueden pagarle porque no se halla expuesto en el mercado. No puede uno comprarlo al vendedor, ni pesarlo en una balanza para adquirirlo a peso de oro.

—Los músicos estarán en su estrado —decía el joven estudiante—. Tocarán sus instrumentos de cuerda y mi adorada bailará a los acordes

del arpa y del violín. Bailará tan aladamente que sus pies no tocarán el suelo, y los cortesanos con sus vistosos atavíos, la rodearán solícitos; pero conmigo no bailará porque no tengo rosas rojas para ofrecerle.

Y, dejándose caer sobre el césped, hundía su rostro en sus manos, sollozando.

—¿Por qué lloras? —preguntaba un lagarto, correteando cerca de él, con su cola levantada.

—Sí, ¿por qué? —preguntaba una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

—Eso, eso, ¿por qué? —murmuraba una margarita a su vecina, con una suave vocecilla.

—Está llorando por una rosa roja.

—¿Por una rosa roja? ¡Qué ridiculez!

Y el lagarto, que era algo cínico, se echó a reír con todas sus ganas.

Pero el ruiseñor, que comprendía el secreto de la pena del estudiante, permaneció silencioso en la encina, reflexionando sobre el misterio del amor.

Súbitamente, desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo.

Pasó sobre el bosque como una sombra, y como una sombra cruzó el jardín.

En el centro del parterre se levantaba un hermoso rosal y, al verlo, voló hacia él y se posó sobre una ramita.

—Dame una rosa roja —le dijo— y te cantaré mis más dulces canciones.

Pero el rosal sacudió la cabeza.

—Mis rosas son blancas —contestó—, blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve en la montaña. Pero ve en busca de mi hermano, que crece alrededor del viejo reloj de sol, y quizá él pueda darte lo que deseas.

Entonces, el ruiseñor voló al rosal que crecía en torno del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja —le dijo— y te cantaré mis más dulces canciones.

Pero el rosal sacudió la cabeza.

—Mis rosas son amarillas —respondió—, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan sobre un tronco de árbol, más amarillas que el narciso que florece en los prados, antes de que llegue el segador con su hoz. Pero ve en busca de mi hermano, el que crece debajo de la ventana del estudiante, y quizá él pueda darte lo que deseas.

Entonces, el ruiseñor voló al rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja —le dijo— y te cantaré mis más dulces canciones.

Pero el arbusto sacudió la cabeza.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de las palomas, más rojas que los grandes abanicos de coral que el océano mece en sus abismos; pero el invierno ha helado mis venas, las heladas han marchitado mis capullos, el huracán ha partido mis ramas, y no tendré ya rosas en todo este año.

—No necesito más que una sola rosa roja —gritó el ruiseñor—, una sola rosa roja. ¿No existe algún medio para que la consiga?

—Hay un medio —respondió el rosal— pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —contestó el ruiseñor—. No soy asustadizo.

—Si necesitas una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que hacerla con notas de música, al claro de luna, y teñirla con la sangre de tu propio corazón. Cantarás para mí con el pecho apoyado en mis espinas. Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón: la sangre de tu vida correrá por mis venas y se convertirá en sangre mía.

—La muerte es un buen precio por una rosa roja —replicó el ruiseñor— y todo el mundo ama la vida. Es grato posarse en el bosque verdeante y mirar al sol en su carro de oro y a la luna en su carro perlado. Agradable es el olor de los nobles espinos. Agradables son las campanillas que se ocultan en el valle y los brezos que cubren la colina. Sin embargo, el amor es mejor que la vida. ¿Y qué es el corazón de un pájaro comparado con el de un hombre?

Entonces, desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el jardín como una sombra y como una sombra atravesó el bosque.

El joven estudiante permanecía echado sobre el césped, allí donde el ruiseñor le había dejado, y las lágrimas no se habían secado aún en sus hermosos ojos.

—Sed feliz —le gritó el ruiseñor—, sed feliz; tendréis vuestra rosa roja. La crearé con notas de mi propia música al claro de luna y la teñiré con la sangre de mi propio corazón. Lo único que os pido a cambio es que seáis un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque ésta lo sea. Sus alas son color de fuego y su cuerpo color de llama; sus labios son dulces como la miel y su aliento es como el incienso.

El estudiante levantó la mirada del césped y prestó atención; pero no alcanzó a comprender lo que le decía el ruiseñor, pues, únicamente entendía las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina lo comprendió y se puso triste, porque amaba mucho al ruiseñor que había construido su nido en sus ramas.

—Cántame la última canción —murmuró—. ¡Me quedaré tan triste cuando te vayas!

Entonces, el ruiseñor cantó para la encina; y su voz era como el agua cristalina de una fuente argentina.

Al terminar su canción, el estudiante se levantó, sacando al mismo tiempo su cuadernito y su lápiz del bolsillo.

—El ruiseñor —se decía, paseándose por la alameda—, el ruiseñor posee una belleza innegable, pero ¿siente? Me temo que no. Después de todo, es como muchos artistas, todo estilo, pero sin sinceridad. No se sacrifica por los demás. No piensa más que en la música y en el arte; como todo el mundo sabe, es egoísta. Ciertamente, no puede negarse la belleza de las notas de su voz. ¡Qué pena que todo eso no tenga sentido, que no persiga algún fin práctico!

Y volviendo a su habitación se acostó sobre su jergón pensando en su adorada.

Al cabo de poco rato se durmió.

Y cuando la luna brillaba en el cielo, el ruiseñor voló al rosal y colocó su pecho contra las espinas.

Y toda la noche estuvo cantando y las espinas penetraron, cada vez más hondo, en su pecho.

Al principio, cantó el nacimiento del amor en el corazón de un joven y de una muchacha; y sobre la rama más alta del rosal, floreció una rosa maravillosa, pétalo a pétalo, canción tras canción.

Al principio, era pálida como la luna que flota sobre el río, pálida como los pies de la mañana y argentada como las alas de la aurora.

La rosa que florecía sobre la rama más alta del rosal, parecía la sombra de una rosa en un espejo plateado, la sombra de la rosa en el lago.

Pero el rosal le gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, pequeño ruiseñor —le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces, el ruiseñor se apretó más contra las espinas y su canto fluyó más sonoro, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen.

Y un delicado rubor hizo su aparición en los pétalos de la rosa, de la misma manera que enrojece la cara de un enamorado que besa los labios de su amada.

Pero las espinas no habían llegado aún al corazón del ruiseñor; por eso el corazón de la rosa seguía blanco, porque sólo la sangre de un ruiseñor puede colorear el corazón de una rosa.

Y el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más aún contra las espinas.

—Apriétate más, pequeño ruiseñor —le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces, el ruiseñor se apretó aún más contra las espinas, y las espinas rozaron su corazón y él sintió, en su interior, un cruel tormento de dolor.

Cuando más acerbo era su dolor, más impetuoso salía su canto, porque cantaba el amor sublimizado por la muerte, el amor que no acaba en la tumba.

Y la rosa maravillosa enrojeció como las rosas de Bengala. Purpúreo era el color de los pétalos y purpúreo como un rubí era el corazón.

Pero la voz del ruiseñor desfalleció. Sus breves alas empezaron a batir y una nube se extendió sobre sus ojos.

Su canto fue debilitándose cada vez más. Sintió que algo se ahogaba en su garganta.

Entonces, su canto tuvo un último fulgor. La blanca luna le oyó y, olvidándose de la aurora, se detuvo en el cielo.

La rosa roja le oyó; tembló toda ella de arrobamiento y abrió sus pétalos al aire frío de la mañana.

El eco le condujo hacia su caverna de las colinas, despertando de sus sueños a los rebaños dormidos.

El canto flotó entre los cañaverales del río, que llevaron su mensaje al mar.

—Mira, mira —gritó el rosal—, ya está terminada la rosa.

Pero el ruiseñor no respondió; yacía muerto sobre las altas hierbas, con el corazón traspasado por las espinas.

A mediodía, el estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera.

—¡Qué suerte inesperada! —exclamó—. ¡He aquí una rosa roja! No he visto una rosa semejante en toda mi vida. Es tan bella que estoy seguro de que debe de tener, en latín, un nombre enrevesado.

E, inclinándose, la cogió.

En seguida, se puso el sombrero y corrió a casa del profesor con su rosa en la mano.

La hija del profesor estaba sentada en la puerta. Devanaba seda azul en un carrete, con un perrito que estaba echado a sus pies.

—Dijisteis que bailaríais conmigo si os traía una rosa roja —le dijo el estudiante—. He aquí la rosa más roja del mundo. Esta noche la prenderéis cerca de vuestro corazón y, cuando bailemos juntos, ella os dirá lo mucho que os amo.

Pero la joven frunció el ceño.

—Me temo que esta rosa no armonice bien con el vestido que voy a ponerme —respondió—. Además, el sobrino del chambelán me ha enviado varias joyas auténticas y ya se sabe que las joyas cuestan más que las flores.

—¡Oh!, ¡a fe mía que sois una ingrata! —dijo el estudiante, encolerizado.

Y arrojó la rosa a la calle.

Un pesado carro la aplastó.

—¡Ingrato! —dijo la joven—. Tengo que deciros que os comportáis como un grosero y, después de todo, ¿qué sois? Un simple estudiante. ¡Bah! No creo que podáis nunca tener hebillas de plata en los zapatos como las que lleva el sobrino del chambelán.

Y, después de decir esto, se levantó de la silla, metiéndose en casa.

—¡Qué tontería es el amor! —se decía el estudiante a su regreso—. No es ni la mitad de útil que la Lógica, porque no puede probar nada; habla siempre de cosas que no sucederán y hace creer a la gente cosas que no son ciertas. En realidad, no es nada práctico y, como en nuestra época todo estriba en ser práctico, me vuelvo a la Filosofía y al estudio de la Metafísica.

Y, tomada esta decisión, el estudiante, una vez estuvo en su habitación, abrió un gran libro polvoriento y se puso a leer.

EL AMIGO LEAL

Un día, la vieja rata de agua se asomó por un agujero. Sus ojos eran muy redondos y vivarachos y sus bigotes muy tupidos y grises. Su cola parecía un largo látigo negro.

Había unos patitos nadando en el estanque, semejantes a una bandada de canarios amarillos, y su madre, enteramente blanca con patas rojas, se esforzaba en enseñarles a hundir la cabeza bajo el agua.

—No podréis frecuentar nunca la buena sociedad si no aprendéis a meter la cabeza —les decía.

Y se ponía de nuevo a enseñarles el modo de hacerlo. Pero los patitos no prestaban la menor atención a sus lecciones. Eran aún tan pequeños, que ignoraban las ventajas que puede reportar la vida de sociedad.

—¡Qué criaturas más desobedientes! —exclamó la rata de agua—. ¡Les estaría bien empleado el ahogarse!

—¡No lo permita Dios! —replicó la pata—. Todo tiene su iniciación y nunca es excesiva la paciencia de los padres.

—¡Ay! Desconozco totalmente los sentimientos paternos —dijo la rata de agua—. No soy padre de familia. Jamás me he casado ni he pensado en hacerlo siquiera. Qué duda cabe que el amor es una buena cosa a su manera; pero creo que la amistad vale más. Le aseguro que no conozco nada más noble o más raro que una leal amistad.

—Y, dígame, se lo ruego, ¿qué idea tiene usted formada sobre los deberes de un amigo leal? —preguntó un pardillo verde que había escuchado la conversación, posado sobre una rama de un sauce retorcido.

—Sí, eso es precisamente lo que yo quisiera saber —dijo la pata, y nadando hacia el extremo del estanque, hundió su cabeza en el agua para dar buen ejemplo a sus hijos.

—¡Qué pregunta tan necia! —gritó la rata de agua—. ¡Como es lógico, entiendo por amigo leal al que me demuestra fidelidad y lealtad!

—¿Y qué dará usted a cambio? —dijo la avecilla, columpiándose sobre una ramita plateada y moviendo sus alas.

—No comprendo su pregunta —respondió la rata de agua.

—Permítanme que les cuente una historia sobre este asunto —dijo el pardillo.

—¿Se refiere a mí esa historia? —pregunto la rata de agua—. Si es así, la escucharé con agrado, porque a mí me entusiasman los cuentos.

—Puede aplicarse a usted —respondió el pardillo.

Y, abriendo las alas, se posó en la orilla del estanque y contó la historia del amigo leal.

—Había una vez —empezó a decir el pardillo— un honrado muchacho llamado Hans.

—¿Se trataba verdaderamente de un hombre distinguido? —preguntó la rata de agua.

—No —respondió el pardillo—. No creo que fuese nada distinguido, excepto por su buen corazón y por su redonda cara morena y afable.

Vivía en una pobre casita de campo y todos los días trabajaba en su jardín.

En toda la comarca no había jardín tan hermoso como el suyo. Crecían en él claveles, alelíes, capselas, saxifragas, así como rosas de Damasco y rosas amarillas, azafranadas, lilas y oro, y alelíes rojos y blancos.

Y, según los meses y por orden, florecían agavanzos y cardaminas, mejoranas y albahacas silvestres, velloritas e iris de Alemania, asfodelos y claveros.

Una flor sustituía a otra. Por lo cual, siempre había cosas bonitas a la vista y olores agradables que respirar.

El pequeño Hans tenía muchos amigos, pero el más allegado a él era el gran Hugo, el molinero. En realidad, era tan allegado el rico molinero al pequeño Hans, que no visitaba nunca su jardín sin llevarse un gran ramo de flores de los macizos o un buen puñado de lechugas suculentas; o sin llenarse los bolsillos de ciruelas y de cerezas, según la época.

—Los amigos verdaderos lo comparten todo entre sí —tenía por costumbre decir el molinero.

El pequeño Hans asentía con la cabeza, sonriente, sintiéndose orgulloso de tener un amigo que pensaba tan noblemente.

Algunas veces, sin embargo, al vecindario le llamaba la atención el hecho de que el rico molinero no diese nada a cambio al pequeño Hans, aunque tuviese cien sacos de harina almacenados en su molino, seis vacas lecheras y un gran número de ganado lanar; pero Hans no se preocupaba por semejante cosa.

Nada le entusiasmaba tanto como escuchar las hermosas cosas que el molinero decía sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

Así, pues, el pequeño Hans cultivaba su jardín. En primavera, en verano y en otoño, se sentía muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía ni frutos ni flores para llevar al mercado, pasaba mucho frío

y mucha hambre, y se acostaba frecuentemente sin haber comido más que unas peras secas y algunas nueces rancias.

Además, en invierno, se encontraba muy solo, porque el molinero no iba a verle nunca durante aquella estación.

—No está bien que vaya a ver al pequeño Hans mientras duren las nieves —decía muchas veces el molinero a su mujer—. Cuando las personas pasan apuros, es preferible dejarlas solas y no importunarlas con visitas. Esa es, al menos, la opinión que yo tengo sobre la amistad, y estoy seguro de que es acertada. Por eso esperaré a la primavera y entonces iré a verle; podrá ofrecerme un gran cesto de velloritas y eso le alegrará.

—Eres verdaderamente solícito para con los demás —le respondía su mujer, sentada en un cómodo sillón junto a un buen fuego de leña—. Es un verdadero placer oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el cura no diría sobre ella cosas tan bellas como tú, aunque viva en una casa de tres pisos y lleve un anillo de oro en el dedo meñique.

—¿Por qué no invitamos al pequeño Hans a venir aquí? —preguntaba el hijo del molinero—. Si el pobre Hans pasa apuros, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

—¡Qué tonto eres! —exclamó el molinero—. No sé, en verdad, para qué sirve enviarte a la escuela. Parece que no aprendes nada. Si el pequeño Hans viniese aquí, ¡qué caramba!, y viese nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestro gran tonel de vino tinto, sentiría envidia. Y la envidia es una cosa terrible que estropea a las mejores personas. Verdaderamente, no podría yo sufrir que el carácter de Hans se estropease. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él y tendré buen cuidado de no exponerle a ninguna tentación.

Además, si Hans viniera aquí, podría pedirme que le diese un poco de harina fiada, lo cual no puedo hacer. La harina es una cosa y la amistad otra, y no hay que confundirlas. Son dos palabras que se escriben de manera diferente y significan cosas muy distintas, como todo el mundo sabe.

—¡Me maravilla lo bien que hablas! —dijo la mujer—, sirviéndose un gran vaso de cerveza caliente—. Me encuentro adormecida, tal como lo estoy en la iglesia.

—Hay muchos que obran bien —replicó el molinero—, pero pocos saben hablar bien, lo que demuestra que hablar es, de lejos, la cosa más difícil así como la más hermosa de las dos.

Y lanzó una mirada severa a su hijo, que estaba al otro lado de la mesa, el cual sintió tal vergüenza de sí mismo, que bajó la cabeza, se puso rojo y empezó a llorar encima de la taza de té.

¡Era aún tan joven que bien se le puede perdonar!

—¿Es ese el final de la historia? —preguntó la rata de agua.

—Nada de eso —contestó el pardillo—. Ese es sólo el comienzo.

—Entonces, está usted muy retrasado con relación a su época —repuso la rata de agua—. En la actualidad, todo buen narrador empieza por el final, continúa por el comienzo y termina por la mitad. Es el nuevo método. Así lo he oído de labios de un crítico que se paseaba alrededor del estanque con un joven. Trataba el asunto magistralmente y estoy segura de que tenía razón, porque llevaba unas gafas azules y era calvo; y, cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: «¡Psé!» Pero prosiga usted su historia, se lo ruego. Me agrada mucho el molinero. Yo también albergo toda clase de nobles sentimientos: por eso existe una gran simpatía entre él y yo.

—¡Bueno! —dijo el pardillo, hincando sobre sus dos patitas—. En cuanto pasó el invierno, no bien empezaron las velloritas a abrir sus estrellas amarillas pálidas, el molinero dijo a su mujer que iba a ir a visitar al pequeño Hans.

—¡Oh, qué buen corazón tienes! —le dijo su mujer—. Siempre piensas en los demás. No te olvides de llevar el cesto grande para que traigas las flores.

Entonces, el molinero ató unas a otras las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la cesta al brazo.

—Buenos días, pequeño Hans —dijo el molinero.

—Buenos días —contestó Hans, apoyándose en el azadón y sonriendo abiertamente.

—¿Cómo has pasado el invierno? —preguntó el molinero.

—¡Bien, bien! —repuso Hans—. Muchas gracias por tu interés. He pasado mis malos ratos, pero ahora ha vuelto la primavera y me siento casi feliz... Además, mis flores van muy bien.

—Hemos hablado de ti muchísimo durante este invierno, Hans —prosiguió el molinero—, preguntándonos qué sería de ti.

—¡Qué amable eres! —dijo Hans—. Temía que te hubieras olvidado de mí.

—Hans, me sorprende oírte decir una cosa así —dijo el molinero—. La amistad no olvida nunca. Esto es lo que tiene de admirable, aunque me temo que no alcances a entender la poesía de la amistad... Y, entre paréntesis, ¡qué bellas están las velloritas!

—Sí, realmente están muy hermosas —dijo Hans—, es una gran suerte para mí tener tantas. Voy a llevarlas al mercado, y se las venderé a la hija del burgomaestre y con ese dinero compraré otra vez mi carretilla.

—¿Que comprarás otra vez tu carretilla? ¿Quiere eso decir que la has vendido? Eso es una tontería.

—Con toda seguridad, pero el hecho es —replicó Hans— que me vi obligado a hacerlo. Como sabes, el invierno es una estación muy

mala para mí, y no tenía dinero para comprar pan. Así es que, primero, vendí los botones de plata de mi traje de los domingos; luego, vendí mi cadena de plata y, finalmente, mi flauta. Por último, no me quedaba más que la carretilla y la vendí también. Pero ahora voy a recuperarlo todo.

—Hans —dijo el molinero—, te daré mi carretilla. No está en muy buen uso. Uno de los lados se ha roto y están algo torcidos los radios de la rueda, pero, a pesar de ello, te la daré. Sé que es muy generoso por mi parte y a muchos les parecerá una locura que me desprenda de ella, pero yo no soy como los demás. Creo que la generosidad es la esencia de la amistad, y, además, me he comprado una carretilla nueva. Sí, puedes estar tranquilo..., te daré mi carretilla.

—Gracias, eres muy generoso —dijo el pequeño Hans. Y su afable cara redonda resplandeció de placer—. Puedo arreglarla fácilmente porque tengo una tabla en mi casa.

—¡Una tabla! —exclamó el molinero—. ¡Muy bien! Eso es precisamente lo que necesito para la techumbre de mi granero. Hay una gran brecha y se mojará todo el trigo si no la tapo. ¡Qué oportuno has estado! En realidad, hay que comprender que una buena acción engendra siempre otra. Te he dado mi carretilla y ahora tú vas a darme tu tabla. Claro es que la carretilla vale mucho más que la tabla pero la amistad sincera no repara nunca en esas cosas. Dame en seguida la tabla y hoy mismo me pondré a la obra para arreglar mi granero.

—¡Al momento! —replicó el pequeño Hans.

Fue corriendo a su vivienda y sacó la tabla.

—No es una tabla muy grande —dijo el molinero, examinándola— y me temo que una vez hecho el arreglo de la techumbre del granero, no quede madera bastante para el arreglo de la carretilla, pero claro es que no tengo la culpa de eso... Y ahora, en vista de que te he dado mi carretilla, estoy seguro de que accederás a darme a cambio unas flores... Aquí tienes el cesto; procura llenarlo casi todo.

—¿Casi todo? —preguntó el pequeño Hans, bastante afligido porque el cesto era de grandes dimensiones y comprendía que si lo llenaba, no le quedarían flores para llevar al mercado, y estaba deseando rescatar los botones de plata.

—A fe mía —respondió el molinero—, una vez que te doy la carretilla, no he creído que fuese mucho pedirte unas cuantas flores. Quizá me equivoque, pero me había figurado que la amistad, la verdadera amistad, estaba exenta de toda clase de egoísmo.

—Mi querido amigo, mi mejor amigo —protestó el pequeño Hans— todas las flores de mi jardín están a tu disposición, pues me importa mucho más tu estimación que mis botones de plata.

Corrió a coger las lindas velloritas y a llenar el cesto del molinero.

—¡Adiós, pequeño Hans! —dijo el molinero, subiendo nuevamente la colina con su tabla al hombro y su gran cesto al brazo.

—¡Adiós! —dijo el pequeño Hans.

Se puso a cavar alegremente: ¡estaba tan contento por una carretilla!

A la mañana siguiente, cuando estaba sujetando unas madreselvas sobre su puerta, oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Entonces, saltó de su escalera y corriendo al final del jardín, miró por encima del muro.

Era el molinero con un gran saco de harina a su espalda.

—Pequeño Hans —dijo el molinero—, ¿querrías llevarme este saco de harina al mercado?

—¡Cuánto lo siento! —dijo Hans—; pero estoy hoy ocupadísimo. Tengo que sujetar todas las enredaderas, regar todas las flores y regar todo el césped.

—¡Vaya, hombre! —replicó el molinero—; creí que en consideración a que te he dado mi carretilla, no te negarías a complacerme.

—¡Pero si no me niego! —protestó el pequeño Hans—. Por nada del mundo dejaría yo de actuar como amigo tratándose de ti.

Fue a por su gorra y se marchó con el gran saco al hombro.

Era un día muy caluroso y la carretera estaba muy polvorienta. Antes de que Hans llegara al mojón que marcaba la sexta milla, se encontraba tan fatigado que tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo, no tardó mucho en proseguir animosamente su camino, llegando, por fin, al mercado.

Después de esperar un rato vendió el saco de harina a buen precio y regresó a casa de un tirón, porque temía encontrarse algún salteador en el camino, si se retrasaba mucho.

—¡Qué día más duro! —se dijo Hans al meterse en la cama—. Pero me alegra mucho no haberme negado, porque el molinero es mi mejor amigo, y, además, me va a dar su carretilla.

A la mañana siguiente, muy temprano, el molinero llegó a por el dinero de su saco de harina, pero el pequeño Hans estaba tan rendido, que no se había levantado aún de la cama.

—¡Palabra! —exclamó el molinero—. Eres muy perezoso. Cuando pienso que acabo de darte mi carretilla, creo que podrías trabajar con más ahínco. La pereza es un gran vicio y no quisiera yo que ninguno de mis amigos fuera perezoso o apático. No pienses que te hablo sin miramientos. Por supuesto que si no fueras mi amigo, no te hablaría así. Pero, ¿de qué serviría la amistad si uno no pudiera decir las cosas claramente tal como las piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables y esforzarse en ser agradable y en halagar; pero un amigo sincero dice cosas molestas y no teme causar pesar. Por el contrario, si es un amigo verdadero, lo prefiere, porque sabe que así hace el bien.

—Lo siento mucho —exclamó el pequeño Hans, restregándose los ojos y quitándose el gorro de dormir—. Estaba rendido, tanto, que creía que me había acostado hacía poco y que escuchaba cantar a los pájaros. ¿Sabes que yo trabajo mucho mejor cuando he escuchado el canto de los pájaros?

—¡Bien, mejor que mejor! —replicó el molinero, dándole una palmada en el hombro—; porque necesito que arregles la techumbre de mi granero.

El pequeño Hans necesitaba urgentemente ir a cuidar su pequeño jardín, pues hacía ya dos días que no había regado las flores, pero no se atrevió a negarse a lo que el molinero le pedía, ya que era un buen amigo suyo.

—¿Te parecería poco amistoso si te dijera que tengo mucho trabajo? —preguntó con humildad y timidez.

—No imaginé nunca, a fe mía —contestó el molinero—, que fuese mucho pedirte, teniendo en cuenta que acabo de regalarte mi carretilla, pero es evidente que lo haré yo mismo si te niegas.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —exclamó el pequeño Hans, saltando fuera de su cama.

Se vistió y acudió al granero.

Trabajó allí durante todo el día, hasta el anochecer, y, al ponerse el sol, vino el molinero a ver lo que le había cundido.

—¿Has cubierto el boquete del techo, pequeño Hans? —gritó el molinero, con tono alegre.

—Está casi acabado —respondió Hans, bajando de la escalera.

—¡Bueno! —comentó el molinero—. El trabajo más delicioso es aquel que se hace para otro.

—¡Resulta delicioso oírte hablar! —respondió el pequeño Hans, que descansaba secándose el sudor de la frente—. Es una delicia, pero me temo que nunca llegaré a tener ideas tan hermosas como las tuyas.

—¡Oh, ya las tendrás! —dijo el molinero—; pero tendrás que preocuparte más por ello. Por ahora no posees más que la práctica de la amistad. Algún día llegarás a poseer también la teoría.

—¿Crees eso de veras? —preguntó el pequeño Hans.

—Qué duda cabe —contestó el molinero—. Pero ahora que has arreglado el techo, deberías regresar a tu casa a descansar, pues mañana necesito que lleves mis carneros a la montaña.

El pobre Hans no se atrevió a decir nada. Al día siguiente, al amanecer, el molinero le llevó los carneros hasta las cercanías de su casita y Hans se marchó con ellos a la montaña. Entre la ida y la vuelta se le fue el día, y cuando regresó estaba tan cansado, que se durmió en la silla y no se despertó hasta media mañana.

—¡Qué tiempo tan delicioso para mi jardín! —se dijo, y pensaba ponerse a trabajar; pero por un motivo u otro, no tuvo tiempo para ir a echar un vistazo a sus flores; llegaba su amigo el molinero y siempre tenía algún recado lejos a donde enviarle, o le pedía que fuese a ayudarle en el molino. Algunas veces, el pequeño Hans se preocupaba hondamente al pensar que sus flores creerían que las había olvidado; pero se consolaba diciéndose que el molinero era su mejor amigo.

—Además —acostumbraba a pensar—, va a darme su carretilla, lo que denota gran desprendimiento.

El pequeño Hans trabajaba para el molinero, y éste continuaba diciendo cosas bellísimas sobre la amistad, cosas que Hans copiaba en su libro verde y que releía por la noche, pues era culto.

Pues bien, una noche ocurrió que, estando el pequeño Hans sentado junto al fuego, sonó un aldabonazo en la puerta.

La noche era muy oscura. El viento soplaba y rugía en torno de la casa de un modo terriblemente alarmante, tanto que Hans pensó, al principio, si sería un huracán el que sacudía su puerta.

Pero sonó un segundo golpe y luego un tercero más fuerte que los otros.

—Será, seguramente, algún pobre viajero —se dijo el pequeño Hans, corriendo a la puerta.

El molinero estaba en el umbral con una linterna en la mano y un enorme garrote en la otra.

—Querido Hans —dijo el molinero—, me aqueja un gran pesar. Mi chico se ha caído de una escalera y está herido. Voy en busca del médico. Pero vive lejos de aquí y la noche es tan mala, que he pensado si podrías ir tú en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretilla. Por eso estaría muy bien que hicieses algo por mí a cambio.

—Desde luego —exclamó el pequeño Hans—; me alegra mucho que hayas pensado en venir. Iré en seguida. Pero deberías dejarme la linterna, porque la noche está muy oscura, y temo caerme en alguna zanja.

—Lo siento muchísimo —respondió el molinero—, pero es mi linterna nueva y sería una gran pérdida si algo le ocurriese.

—¡Está bien, no hablemos más de ello! Me pasaré sin ella —dijo el pequeño Hans.

Se puso su gran capa de pieles, su gorro rojo que era de mucho abrigo, se enrolló la bufanda alrededor del cuello y salió.

¡Era terrible la tormenta que se estaba desencadenando!

La noche estaba tan oscura, que el pequeño Hans apenas veía, y el viento tan fuerte, que le dificultaba el andar.

No obstante, como él era tan animoso, después de andar durante tres horas casi, llegó a casa del médico y llamó a su puerta.

—¿Quién es? —gritó el doctor, asomando la cabeza por la ventana de su habitación.

—¡Soy el pequeño Hans, doctor!

—¿Y qué deseas, pequeño Hans?

—El hijo del molinero se ha caído de una escalera y está herido, y es necesario que vaya usted en seguida.

—¡Muy bien! —replicó el doctor.

Enjaezó en el acto su caballo, se calzó sus grandes botas y, cogiendo su linterna, bajó la escalera. Se dirigió a casa del molinero, llevando al pequeño Hans a pie, detrás de él.

Pero la tormenta arreció. Llovía a torrentes y el pequeño Hans no podía ver por dónde iba ni seguir al caballo.

Finalmente, perdió el camino, estuvo vagando por el páramo, que era un paraje peligroso lleno de hoyos profundos, se cayó en uno de ellos el pobre Hans, y se ahogó.

A la mañana siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo flotando en una gran charca y le llevaron a su casita.

Todo el mundo asistió al entierro del pequeño Hans, porque era muy querido. Y el molinero figuraba en cabeza, en el duelo.

—Yo era su mejor amigo —decía el molinero—; justo es que ocupe el lugar de honor.

Así es que fue en cabeza en el cortejo, con una larga capa negra; de cuando en cuando se enjugaba los ojos con un pañuelo de hierbas.

—El pequeño Hans representa, ciertamente, una gran pérdida para todos nosotros —dijo el hojalatero, una vez terminados los funerales y cuando el acompañamiento estuvo cómodamente sentado en la posada, bebiendo vino dulce y comiendo buenos pasteles.

—Es una gran pérdida, sobre todo para mí —contestó el molinero—. A fe mía que fui lo bastante generoso para comprometerme a darle mi carretilla, y ahora no sé qué hacer con ella. Está en mal estado y me estorba en casa, pero si la vendiera no me darían casi nada. Os aseguro que de aquí en adelante no daré nada a nadie. Se pagan siempre las consecuencias de haber sido generoso.

—Y eso es verdad —replicó la rata de agua, después de una larga pausa.

—¡Bueno! Pues eso es todo —dijo el pardillo.

—¿Y qué hizo el molinero? —preguntó la rata de agua.

—¡Oh! No lo sé con seguridad —contestó el pardillo—, y, en realidad, me da lo mismo.

—Es evidente que su carácter de usted no es nada simpático —dijo la rata de agua.

—Me temo que no ha comprendido usted la moraleja de la historia —replicó el pardillo.

—¿La qué? —gritó la rata de agua.

—La moraleja.

—¿Quiere eso decir que la historia tiene una moraleja?

—¡Claro que sí! —afirmó el pardillo.

—¡Pues vaya! —exclamó la rata, en tono iracundo—. Podía usted haberlo dicho antes de empezar. De ser así, es casi seguro que no le habría escuchado. Le hubiese dicho indudablemente: «¡Psé!», como el crítico. Pero aún estoy a tiempo de hacerlo.

Lanzó su «¡Psé!» a voz en grito y, dando un coletazo, se volvió a su agujero.

—¿Qué opina usted de la rata de agua ? —preguntó la pata, que llegó chapoteando unos momentos después—. Tiene muchas buenas cualidades, pero yo, por mi parte, tengo sentimientos de madre y no puedo ver a un solterón empedernido sin que se me salten las lágrimas.

—Temo haberla molestado —respondió el pardillo—. El hecho es que le he contado una historia que tiene su moraleja.

—¡Ah, pues eso es siempre muy peligroso! —dijo la pata.

—Y yo comparto su opinión, enteramente.

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

PERSONAJES

JOHN WORTHING, juez de paz
LADY BRACKNELL
ALGERNON MONCRIEFF
GWENDOLEN FAIRFAX
DOCTOR CANÓNIGO CHASUBLE
CECILY CARDEW
MERRIMAN, mayordomo
SEÑORITA PRISM, institutriz
LANE, criado

ESCENAS

ACTO I: Piso de Algernon Moncrieff en la calle Half Moon.
ACTO II: Jardín de Manor House, Woolton.
ACTO III: Salón de Manor House, Woolton.

ACTO PRIMERO

Escena: Salón en el piso de la calle Half Moon. La habitación está lujosa y artísticamente amueblada. Se oye un piano en la habitación contigua. Lane está preparando el té de la tarde en la mesa y, cuando cesa la música, entra Algernon.

ALGERNON.—¿Has oído lo que estaba tocando?

LANE.—No pensé que fuera correcto escuchar, señor.

ALGERNON.—Pues lo siento por ti. No toco con precisión. Todo el mundo toca con precisión, pero yo toco con una expresión maravillosa. En lo que se refiere al piano, los sentimientos son mi fuerte. La ciencia la reservo para la Vida.

LANE.—Sí, señor.

ALGERNON.—Y hablando de la ciencia de la Vida, ¿tienes preparados los sandwiches de pepino para lady Bracknell?

LANE.—Sí, señor. (*Se los acerca en una bandeja.*)

ALGERNON (*Los inspecciona, coge un par y se sienta en el sofá*). ¡Oh...! por cierto, Lane, he visto en tu libro que en la noche del jueves, cuando lord Shoreman y el señor Worthing estuvieron cenando conmigo, anotaste ocho botellas de champaña consumidas.

LANE.—Sí señor, ocho botellas y una pinta.

ALGERNON.—¿Por qué siempre en casa de un soltero los sirvientes se beben el champaña? Lo pregunto simplemente para saberlo.

LANE.—Lo atribuyo a la superior calidad del vino, señor. He observado que con frecuencia en las casas de los matrimonios el champaña casi nunca es de marcas de primera calidad.

ALGERNON.—¡Dios mío! ¿Es el matrimonio tan desmoralizador?

Lane.—Creo que es un estado muy agradable, señor. Personalmente he tenido muy poca experiencia hasta el momento. Sólo he estado casado una vez. Fue un malentendido entre una joven y yo.

Algernon (*Lánguidamente*).—No creo que me interese mucho tu vida familiar, Lane.

Lane.—No, señor, no es un tema muy interesante. Yo tampoco pienso en ello nunca.

Algernon.—Muy natural. Estoy seguro de ello. Es suficiente. Gracias, Lane.

Lane *sale.*

Algernon.—Las ideas de Lane sobre el matrimonio son de alguna forma poco estrictas. Realmente, si las clases bajas no dan un buen ejemplo, ¿para qué sirven? Parece que, como clase, no tienen absolutamente ningún sentido de responsabilidad moral.

Entra Lane.

Lane.—El señor Ernesto Worthing.

Entra Jack. *Sale* Lane.

Algernon.—¿Cómo estás, mi querido Ernesto? ¿Qué te trae a la ciudad?

Jack.—¡Oh, placer, placer! ¿Qué más podría llevar a uno a cualquier lugar? ¡Veo que comiendo como siempre, Algy!

Algernon (*Fríamente*).—Creo que es costumbre en la buena sociedad tomar un pequeño refrigerio a media tarde. ¿Dónde has estado desde el jueves?

Jack (*Sentándose en el sofá*).—En el campo.

Algernon.—¿Qué es lo que haces allí?

Jack (*Quitándose los guantes*).—Cuando uno está en la ciudad, se divierte. Cuando uno está en el campo, distrae a otra gente. Es extremadamente aburrido.

Algernon.—¿Y quién es la gente a la que diviertes?

Jack (*Displicente*).—¡Oh, a los vecinos!

Algernon.—¿Son agradables tus vecinos de Shropshire?

Jack.—¡Absolutamente horrorosos! Nunca les dirijo la palabra a ninguno.

Algernon.—¡Debes divertirles inmensamente! (*Se levanta y toma un sandwich.*) Por cierto, Shropshire es tu condado, ¿no es así?

Jack.—¿Eh? ¿Shropshire? Sí, ¡por supuesto hombre! Y ¿todas esas tazas? ¿Y por qué sandwiches de pepino? ¿Por qué tal insensata extravagancia en alguien tan joven? ¿Quién viene a tomar el té?

Algernon.—¡Oh! Solamente tía Augusta y Gwendolen.

Jack.—¡Qué maravilla!

Algernon.—Sí, todo eso está muy bien, pero me temo que la tía Augusta no va a aprobar que tú estés aquí.

Jack.—¿Puedo preguntar por qué?

Algernon.—Mi querido amigo, la forma en que coqueteas con Gwendolen es totalmente vergonzosa. Es casi tan mala como la forma en que Gwendolen coquetea contigo.

Jack.—Yo amo a Gwendolen. He venido expresamente a la ciudad a proponerla matrimonio.

Algernon.—Pensé que habías venido por placer... Yo a eso lo llamo negocios.

Jack.—¡Eres tan completamente realista!

Algernon.—Realmente no veo nada de romántico en las proposiciones de matrimonio. Estar enamorado es muy romántico. Pero no hay nada romántico en una proposición definitiva. Porque uno puede ser aceptado. Normalmente lo es, creo yo. Y entonces, se acabó el entusiasmo. La verdadera esencia del amor es incierta. Si alguna vez me caso, intentaré olvidarme del amor.

Jack.—No tengo ninguna duda al respecto, querido Algy. El divorcio fue especialmente inventado para gente cuyas memorias están hechas de esta forma tan curiosa.

Algernon.—¡Oh! No hay por qué especular sobre el tema. Los divorcios se realizan en el Cielo. (*Jack extiende la mano para coger un sandwich. Algernon se lo impide.*) Por favor, no toques los sandwiches de pepino. Los he mandado preparar especialmente para tía Augusta. (*Algernon coge uno y se lo come.*)

Jack.—Pero si no paras de comértelos tú.

Algernon.—Sí, pero es distinto. Ella es mi tía. *(Coge un plato.)* Toma pan con mantequilla. El pan con mantequilla es para Gwendolen. A Gwendolen le encanta el pan con mantequilla.

Jack (*Acercándose a la mesa y sirviéndose*).—También está muy bueno el pan con mantequilla.

Algernon.—Bueno, mi querido amigo, no necesitas comer como si te lo fueras a acabar todo. Tu comportamiento es como si ya estuvieras casado con ella. Aún no lo estás y no creo que nunca lo estés.

Jack.—¿Por qué dices eso?

Algernon.—Bueno, en primer lugar, las chicas jamás se casan con el hombre con el que coquetean. No piensan que sea algo correcto.

Jack.—¡Tonterías!

Algernon.—No lo son. Es una gran verdad. La prueba está en el extraordinario número de solteros que puedes ver por todas partes. En segundo lugar, no te doy mi consentimiento.

Jack.—¡Tu consentimiento!

Algernon.—Mi querido amigo, Gwendolen es mi prima. Y antes de que permita que te cases con ella, tienes que aclarar toda la cuestión de Cecily. (*Toca el timbre.*)

Jack.—¡Cecily! ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Qué significa Cecily? No conozco a nadie que se llame Cecily.

Entra Lane.

Algernon.—Tráeme la pitillera que el señor Worthing olvidó en la sala de fumar la última vez que vino a cenar.

Lane.—Sí, señor.

Lane *sale.*

Jack.—¿Quieres decir que has tenido mi pitillera todo este tiempo? Desearía que me lo hubieras dicho. He escrito cartas frenéticas a Scotland Yard sobre el tema. He estado a punto de ofrecer una gran recompensa.

Algernon.—Bueno, yo desearía que ofrecieras una. Pronúnciate.

Jack.—Ya no hay necesidad de ofrecerla ahora que ha aparecido.

Entra Lane *con la pitillera en una bandeja.*
Algernon *la toma.* Lane *sale.*

Algernon.—Debo decir que creo que es bastante mezquino por tu parte, Ernesto. (*Abre la pitillera y la examina.*) De todas formas, ya no importa ahora que veo la inscripción que hay dentro; me doy perfecta cuenta de que no te pertenece.

Jack.—Por supuesto que es mía. (*Acercándosele.*) Me la has visto un montón de veces, y además no tienes derecho a leer lo que hay escrito dentro. Es algo muy poco caballeroso leer una pitillera privada.

Algernon.—Es absurdo seguir una regla a rajatabla sobre lo que se debe o no se debe leer. Más de la mitad de la cultura moderna depende de lo que uno no debería leer.

Jack.—Ya lo sé, pero no me propongo discutir sobre la cultura moderna. No es el tipo de materia que uno pueda discutir en privado. Sólo quiero que me devuelvas mi pitillera.

Algernon.—Sí, pero esta pitillera no es tuya. Esta pitillera es un regalo de alguien llamado Cecily y tú has dicho que no conoces a nadie con ese nombre.

Jack.—Bueno, si deseas saberlo, resulta que Cecily es mi tía.

Algernon.—¡Tu tía!

Jack.—Sí, una maravillosa vieja dama. Vive en Tunbridge Wells. Devuélvemela, Algy.

Algernon (*Recostándose en el sofá*).—Pero, ¿por qué se llama a sí misma pequeña Cecily si es tu tía y vive en Tunbridge Wells? (*Leyendo.*)

Jack (*En dirección al sofá y poniéndose de rodillas en él*).—Mi querido amigo, ¿qué hay de extraño en eso? Algunas tías son altas, algunas no lo son. Ésa es una cuestión por la cual una tía está autorizada a decidir por sí misma. ¡Parece ser que piensas que todas las tías deberían ser exactamente como la tuya! ¡Es absurdo! Por el amor de Dios, devuélveme mi pitillera. (*Persigue a Algernon alrededor de la habitación.*)

Algernon.—Sí, pero ¿por qué tu tía te llama su tío? «De la pequeña Cecily, con el mayor amor para su tío Jack.» No te discuto, debo admitir que una tía sea una tía pequeña, pero por qué una tía, sin importar el tamaño que tenga, deba llamar a su propio sobrino su tío, no lo entiendo. Además, tu nombre no es Jack, es Ernesto.

Jack.—No me llamo Ernesto, me llamo Jack.

Algernon.—Siempre me has dicho que eres Ernesto. Te he presentado a todo el mundo como Ernesto. Respondes al nombre de Ernesto. Tu aspecto es el de llamarte Ernesto. Eres el hombre que más aspecto tiene de Ernesto que jamás haya visto en mi vida. Es totalmente absurdo que me digas que tu nombre no es Ernesto. Está escrito en tus tarjetas. Aquí tengo una. (*La saca de una caja.*) «Sr. Ernesto Worthing, B. 4, The Albany». Guardaré esto como prueba de que te llamas Ernesto si alguna vez intentas negarlo ante mí, Gwendolen o cualquiera. (*Se guarda la tarjeta en el bolsillo.*)

Jack.—Bueno, mi nombre es Ernesto en la ciudad y Jack en el campo, y la pitillera me la regalaron en el campo.

Algernon.—Sí, pero eso no explica el hecho de que tu tía Cecily, que vive en Tunbridge Wells, te llame querido tío. Venga, viejo zorro, es mucho mejor que lo sueltes ya.

Jack.—Mi querido Algy, hablas exactamente igual que si fueras un dentista. Es muy vulgar hablar como los dentistas cuando uno no lo es. Produce una falsa impresión.

Algernon.—Bueno, eso es precisamente lo que hacen siempre los dentistas. Ahora, ¡continúa! Cuéntamelo todo. Debo decir que siempre he sospechado que eras un bunburista confirmado y secreto; y ahora estoy muy seguro de ello.

Jack.—¡Bunburista! ¿Qué quieres decir con bunburista?

Algernon.—Te revelaré el significado de esta incomparable expresión tan pronto como seas tan amable de informarme por qué eres Ernesto en la ciudad y Jack en el campo.

Jack.—De acuerdo, devuélveme mi pitillera primero.

Algernon.—Aquí la tienes. (*Le entrega la pitillera.*) Ahora comienza tu explicación y reza para que sea inverosímil.

Jack.—Mi querido amigo, no hay nada de inverosímil en mi explicación. De hecho, es perfectamente normal. El viejo señor Cardew, quien me adoptó cuando era niño, me nombró en su testamento tutor de su nieta, señorita Cecily Cardew. Cecily, que me llama su tío por motivos de respeto que tú probablemente no puedes apreciar, vive en mi casa de campo, a cargo de su admirable institutriz, señorita Prism.

Algernon.—¿Dónde está esa casa de campo, por cierto?

Jack.—Eso es algo que no te importa, querido niño. No vas a ser invitado... Sí te puedo decir cándidamente que el lugar no está en Shropshire.

Algernon.—¡Lo sospechaba, querido amigo! He bunburineado todo Shropshire en dos ocasiones diferentes. Ahora, continúa. ¿Por qué eres Ernesto en la ciudad y Jack en el campo?

Jack.—Mi querido Algy, no sé si podrás ser capaz de comprender mis verdaderos motivos. No eres lo suficientemente serio. Cuando a uno se le coloca en el puesto de tutor, uno tiene que adoptar un tono moral muy alto en todas las materias. Es su deber. Y como un tono altamente moral puede difícilmente decirse que conduzca a la salud o a la felicidad de uno, para poder venir a la ciudad siempre he pretendido tener un hermano menor, de nombre Ernesto, que vive en Albany y se mete en los líos más terribles. Ésta, mi querido Algy, es la pura y simple verdad.

Algernon.—La verdad casi nunca es pura y nunca es simple. La vida moderna sería muy aburrida si fuera ambas cosas, y la literatura moderna sería un completo imposible.

Jack.—Eso no sería algo malo para nada.

Algernon.—La crítica literaria no es tu fuerte, mi querido amigo. No lo intentes. Deberías dejárselo a la gente que no ha ido a la Universidad. Lo hacen muy bien en los periódicos. Lo que tú eres realmente es un bunburista. Eres uno de los bunburistas más redomados que conozco.

Jack.—¿Qué es lo que quieres decir?

Algernon.—Te has inventado un útil hermano menor llamado Ernesto para poder venir a la ciudad tan a menudo como quieras. Yo he inventado un inestimable inválido permanente llamado Bunbury, para poder ir al campo siempre que quiera. Bunbury es totalmente inestimable. Si no fuera por la extraordinaria mala salud de Bunbury, por ejemplo, no podría cenar contigo en Willis's esta noche, ya que me comprometí con tía Augusta hace más de una semana.

Jack.—No te he pedido que cenes conmigo en ningún lugar esta noche.

Algernon.—Lo sé. Eres muy descuidado enviando invitaciones. Es muy estúpido de tu parte. Nada confunde más a la gente que el hecho de no recibir invitaciones.

Jack.—Cenarás mucho mejor con tu tía Augusta.

Algernon.—No tengo la menor intención de hacer algo así. Para empezar, cené allí el lunes, y una vez por semana es más que suficiente para cenar con los propios parientes. En segundo lugar, siempre que ceno allí soy tratado como un miembro de la familia y sentado junto a una mujer, o dos. En tercer lugar, sé perfectamente bien junto a quién me sentarán esta noche. Me sentaré junto a Mary Farquhar, que siempre coquetea con su propio esposo en la mesa. Eso no es muy agradable. E incluso es poco decente... Y este tipo de comportamiento está aumentando enormemente. La cantidad de mujeres en Londres que coquetean con sus propios esposos es escandalosa. Es tan feo... Es simplemente lavar los trapos sucios de cada quien en público. Además, ahora que eres un bunburista confirmado, quiero hablarte del bunburismo. Quiero explicarte las reglas.

Jack.—No soy para nada un bunburista. Si Gwendolen me acepta, voy a matar a mi hermano. De hecho, creo que lo mataré de todos modos. Cecily se ha interesado demasiado en él. Es un pelmazo. Así que me voy a deshacer de Ernesto. Y te prevengo que hagas lo mismo con el señor..., con tu amigo inválido que tiene ese nombre tan absurdo.

Algernon.—Nada me va a obligar a deshacerme de Bunbury y, si alguna vez te casas, lo que me parece en exceso problemático, estarás encantado de conocerle. Un hombre que se casa sin conocerle, se aburre enormemente.

Jack.—Eso es una tontería. Si me caso con una muchacha tan encantadora como Gwendolen, y si ella es la única muchacha que jamás haya visto con quien me casaría, no quiero conocer a Bunbury.

Algernon.—Entonces tu esposa sí querrá. No pareces darte cuenta que en la vida de casado tres es compañía y dos es nadie.

Jack (*Sentimental*).—Eso, mi querido amigo, es la teoría que el corrupto Drama Francés ha estado proponiendo durante los últimos cincuenta años.

Algernon.—Sí, y la misma que el feliz Hogar Inglés ha corroborado en la mitad de tiempo.

Jack.—Por el amor de Dios, no intentes ser cínico. Es bastante fácil serlo.

Algernon.—Mi querido amigo, no es fácil ser algo hoy en día. Existe una competencia feroz. (*Se oye el timbre de la puerta.*) ¡Ah! Ésa debe ser tía Augusta. Sólo los familiares o los acreedores tocan el timbre de una manera tan wagneriana. Ahora, si consigo quitártela del camino durante diez minutos para que puedas tener la oportunidad de declararte a Gwendolen, ¿cenaré esta noche contigo en Willis's?

Jack.—Supongo, si quieres.

Algernon.—Sí, pero debes ser serio con esto. Odio a la gente que no es seria con las comidas. Es tan frívolo de su parte...

Lane *entra.*

Lane.—Lady Bracknell y la señorita Fairfax.

Algernon *acude a su encuentro.*
Lady Bracknell *y* Gwendolen *entran.*

Lady Bracknell.—Buenas tardes, querido Algernon. Espero que te estés comportando muy bien.

Algernon.—Me siento muy bien, tía Augusta.

Lady Bracknell.—Eso no es exactamente lo mismo. De hecho, las dos cosas casi nunca van juntas. (*Ve a Jack y le saluda con frialdad glacial.*)

Algernon (*A Gwendolen*).—¡Querida, estás preciosa!

Gwendolen —¡Siempre lo estoy! ¿O no, señor Worthing?

Jack.—Simplemente perfecta, señorita Fairfax.

Gwendolen.—¡Oh, espero que no! Si no, ya no podría mejorar, y tengo la intención de mejorar en muchos aspectos. (*Gwendolen y Jack se sientan en un rincón.*)

Lady Bracknell.—Lo siento si hemos llegado un poco tarde, Algy, pero tenía la obligación de visitar a la querida Lady Harbury. No había ido a verla desde la muerte de su pobre esposo. Nunca había visto a una mujer tan cambiada; parece veinte años más joven. Y, ahora, tomaré una taza de té y uno de esos sandwiches de pepino que me habías prometido.

Algernon.—Por supuesto, tía Augusta. (*Va hacia la mesa de té.*)

Lady Bracknell.—¿No quieres sentarte aquí, Gwendolen?

Gwendolen.—Gracias mamá. Estoy muy cómoda donde estoy.

Algernon (*Cogiendo el plato vacío con horror*).—¡Por el amor de Dios! ¡Lane! ¿Por qué no hay sandwiches de pepino? Lo ordené especialmente.

Lane (*Seriamente*).—No había pepinos esta mañana en el mercado, señor. Fui dos veces.

Algernon.—¡No había pepinos!

Lane.—No, señor. Ni siquiera al contado.

Algernon.—Es suficiente, Lane. Gracias.

Lane.—Gracias, señor. (*Sale.*)

Algernon.—Estoy muy apenado, tía Augusta, porque no había pepinos, ni siquiera pagando al contado.

Lady Bracknell.—Realmente no importa, Algy. He tomado algunos colines con lady Harbury, la cual parece estar viviendo ahora sólo para el placer.

Algernon.—He oído que sus cabellos se han vuelto canos de la pena.

Lady Bracknell.—Sí que ha cambiado el color de su pelo. Debido a qué, por supuesto, no te lo puedo decir. (*Algernon le acerca el té.*) Gracias. Tengo algo delicioso para ti esta noche, Algy. Te voy a poner junto a Mary Farquhar. Es una mujer tan agradable, y tan atenta con su esposo. Es delicioso observarlos, verlos...

Algernon.—Me temo, tía Augusta, que tendré que negarme el placer de cenar contigo esta noche.

Lady Bracknell (*Frunciendo el ceño*).—Espero que no, Algy. Me descolocarías la mesa. Tu tío tendría que cenar arriba. Afortunadamente, está acostumbrado a hacerlo.

Algernon.—Es una pesadez y, debo decirte, bastante desagradable para mí, pero ocurre que acabo de recibir un telegrama que dice que mi pobre amigo Bunbury está muy enfermo de nuevo. (*Intercambia miradas con Jack.*) Creen que debería estar junto a él.

Lady Bracknell.—Es muy extraño. Este señor Bunbury parece sufrir de una curiosísima mala salud.

Algernon.—Sí, el pobre está hecho un espanto.

Lady Bracknell.—Debo decirte, Algy, que creo que ya es hora de que el señor Bunbury se decida si va a continuar viviendo o morirse. Estas dudas sobre el tema son absurdas. Tampoco apruebo de ningún modo esta simpatía moderna por los inválidos. Lo considero morboso. Las enfermedades de cualquier tipo es algo que no se deberían animar a padecer a nadie. La salud es la primera obligación de la vida. Siempre le digo esto a tu pobre tío, pero no parece hacerme mucho caso... tanto como cualquier mejora en su dolencia continua. Estaría muy agradecida si le pidieras el señor Bunbury de mi parte, si es tan amable de no tener una recaída el sábado, ya que confío en ti para prepararme la música. Es mi última recepción, y quiero algo que anime a la conversación, particularmente al final de la temporada, cuando cada uno prácticamente ha dicho todo lo que tenía que decir, lo cual, en la mayoría de los casos, no era probablemente mucho.

Algernon.—Se lo diré a Bunbury, tía Augusta, si sigue consciente, y creo que puedo prometerte que estará bien el sábado. Claro que la música va a ser algo difícil. Verás, si uno toca buena música, nadie le escucha, y si toca mala música, nadie habla. Pero tocaré todo el programa que he preparado, si eres tan amable de acompañarme a la habitación contigua un momento.

Lady Bracknell.—Gracias, Algy. Es muy atento por tu parte. (*Se levanta y sigue a Algernon.*) Estoy segura de que el programa será delicioso, cuando hagamos unas pequeñas purgas. Si hay algo que no puedo tolerar son las canciones francesas. Al parecer, la gente siempre piensa que son poco apropiadas y, o parecen escandalizarse, lo cual es bastante vulgar, o se ríen, lo que es peor. Pero el alemán suena como una lengua bastante respetable; yo, por supuesto, así lo creo. Gwendolen, acompáñame.

Gwendolen.—Ahora mismo, mamá.

Lady Bracknell *y* Algernon *van a la sala de música.*
Gwendolen *se queda atrás.*

Jack.—Un día maravilloso, señorita Fairfax.

Gwendolen.—Le ruego que no me hable del tiempo, señor Worthing. Siempre que la gente habla del tiempo, sé con certeza que quieren decir algo más. Y eso me pone nerviosa.

Jack.—Sí que quiero decirle algo más.

Gwendolen.—Lo suponía. De hecho, nunca me equivoco.

Jack.—Me gustaría aprovecharme de la ausencia temporal de lady Bracknell.

Gwendolen.—Le rogaría que lo hiciera. Mamá tiene el don de reaparecer repentinamente en una habitación en la que frecuentemente tienen algo que decirme.

Jack (*Nervioso*).—Señorita Fairfax, desde que la conocí, la he admirado más que a ninguna otra muchacha... Desde que... la conozco.

Gwendolen.—Sí, me he dado perfecta cuenta. Y siempre he deseado que en público, en todos los aspectos, lo hubiera demostrado más. Usted me ha fascinado enormemente. Incluso antes de conocerle no me era indiferente. (*Jack la mira sorprendido.*) Vivimos, como imagino que sabrá, señor Worthing, en una época de ideales. Este hecho es mencionado constantemente en las revistas mensuales más caras, me han comentado que incluso ha llegado hasta los púlpitos de provincias, y mi ideal siempre ha sido amar a algún hombre que se llame Ernesto. Hay algo en este nombre que me inspira confianza. Desde el mismo momento en que Algy me mencionó que tenía un amigo que se llamaba Ernesto, supe que estaba destinada a amarle.

Jack.—¿Me ama realmente, Gwendolen?

Gwendolen.—¡Apasionadamente!

Jack.—¡Querida! No sabe cuán feliz me ha hecho.

Gwendolen.—¡Mi Ernesto!

Jack.—Pero, ¿no querrás decir que no podrías amarme si mi nombre no fuera Ernesto?

Gwendolen.—Pero tu nombre es Ernesto.

Jack.—Sí, lo sé. Pero supón que fuera cualquier otro ¿Quieres decir que entonces no podrías amarme?

Gwendolen (*Frívolamente*).—¡Ah! Eso es claramente una especulación metafísica y, al igual que la mayoría de las especulaciones metafísicas, tiene poco que ver con los acontecimientos de la vida real, tal como los conocemos.

Jack.—Personalmente querida, hablando cándidamente, no le doy excesiva importancia al nombre de Ernesto... No creo que me siente bien.

Gwendolen.—Te sienta perfectamente. Es un nombre divino. Es musical. Produce vibraciones.

Jack.—Sinceramente, Gwendolen, debo decir que creo que hay otros nombres mucho más bonitos. Jack, por ejemplo, es un nombre precioso.

Gwendolen.—¿Jack?... No, no es muy musical, si es que lo es algo. No impresiona. Ni produce ninguna vibración... He conocido a varios Jack y todos ellos, sin excepción, son más feos de lo habitual. ¡Además!, Jack es claramente un diminutivo de John. Y compadezco a toda mujer que esté casada con un hombre llamado John. Probablemente nunca pueda tener la encantadora satisfacción de un único momento de soledad. El único nombre seguro es Ernesto.

Jack.—Gwendolen, debo ser bautizado de inmediato, quiero decir, debemos casarnos de inmediato. No hay tiempo que perder.

Gwendolen.—¿Matrimonio, señor Worthing?

Jack (*Atónito*).—Sí... obviamente. Sabe que la amo, y me ha permitido creer, señorita Fairfax, que no le soy del todo indiferente.

Gwendolen.—¡Le adoro! Pero no se me ha declarado aún. Nada se ha dicho sobre matrimonio. El tema no ha sido tocado siquiera.

Jack.—Bueno... ¿Puedo declararme ahora?

Gwendolen.—Creo que es una oportunidad admirable. Y para evitarle cualquier posible disgusto, creo que sería justo decirle francamente y de antemano que estoy completamente decidida a aceptarle.

Jack.—¡Gwendolen!

Gwendolen.—Sí, señor Worthing, ¿qué es lo que desea decirme?

Jack.—Sabe lo que tengo que decirle.

Gwendolen.—Sí, pero no lo dice.

Jack.—Gwendolen, ¿quiere casarse conmigo? (*Arrodillándose.*)

Gwendolen.—Claro que sí, querido. ¡Has tardado mucho en decirlo! Me temo que tienes muy poca experiencia en cómo declararte.

Jack.—Mi único amor, nunca he amado a nadie más en el mundo que a ti.

Gwendolen.—Sí, pero los hombres se declaran a menudo, para practicar. Sé que mi hermano Gerald lo hace. Todas mis amigas me lo han contado. ¡Qué ojos tan maravillosamente azules tienes, Ernesto! Son muy, muy azules. Espero que siempre me mires así, como ahora, especialmente cuando haya otras personas presentes.

Entra Lady Bracknell.

Lady Bracknell.—¡Levántese, señor, de esa postura semi-yacente! Es de lo más indecorosa.

Gwendolen.—¡Mamá! (*Él intenta levantarse; ella se lo impide.*) Debo rogarte que te retires. Éste no es lugar para ti. Además, el señor Worthing no ha terminado aún.

Lady Bracknell.—¿Terminado el qué, si puedo preguntarlo?

Gwendolen.—Estoy comprometida con el señor Worthing, mamá. (*Ambos se levantan.*)

Lady Bracknell.—Discúlpame, tú no estás comprometida con nadie. Cuando te comprometas con alguien, yo, o tu padre, si su salud se lo permite, te lo informaremos. Un compromiso debería ser una sorpresa para una muchacha, agradable o desagradable, según sea el caso. Es un asunto que difícilmente debería permitírsele arreglarlo por sí misma... Y ahora, señor Worthing, tengo algunas preguntas que hacerle. Mientras se las hago, tú, Gwendolen, me esperarás en el carruaje.

Gwendolen (*Reprochándola*).—¡Mamá!

Lady Bracknell.—¡En el carruaje, Gwendolen! (*Gwendolen se acerca a la puerta. Ella y Jack se lanzan besos a espaldas de lady Bracknell. Lady Bracknell mira vagamente a su alrededor como si no se diese cuenta de lo que está pasando. Finalmente, se gira.*) ¡Gwendolen, al carruaje!

Gwendolen.—Sí, mamá. (*Sale, volviéndose para mirar a Jack.*)

Lady Bracknell (*Sentándose*).—Puede usted sentarse, señor Worthing. (*Busca en su bolso una libreta y un lápiz.*)

Jack.—Gracias, lady Bracknell, prefiero quedarme de pie.

Lady Bracknell (*Con el lápiz y la libreta en la mano*).—Me siento en la obligación de decirle que usted no está en mi lista de jóvenes candidatos, aunque tengo la misma lista que tiene la duquesa de Bolton. De hecho, trabajamos juntas. No obstante, estoy dispuesta a anotar su nombre, si sus respuestas son lo que una madre afectiva espera. ¿Fuma usted?

Jack.—Bueno, sí, debo admitir que fumo.

Lady Bracknell.—Me alegra oírlo. Un hombre debe tener algún tipo de ocupación. Hay demasiados hombres desocupados en Londres. ¿Cuántos años tiene?

Jack.—Veintinueve.

Lady Bracknell.—Una muy buena edad para casarse. He sido siempre de la opinión de que si un hombre desea casarse debería saberlo todo o nada. ¿Qué es lo que sabe usted?

Jack (*Después de un momento de indecisión*).—No sé nada, lady Bracknell.

Lady Bracknell.—Me complace oírlo. No apruebo nada que intente modificar la ignorancia natural. La ignorancia es una delicada fruta exótica; si la tocas, la marchitas. Toda la teoría de la educación moderna es totalmente errónea. Afortunadamente en Inglaterra, en cualquier escala, no produce ningún tipo de efecto. Si lo hiciera, sería un peligro probado para las clases altas, y probablemente conduciría a actos violentos en Grosvenor Square. ¿Cuáles son sus ingresos?

Jack.—Entre siete y ocho mil libras esterlinas al año.

Lady Bracknell (*Realiza una anotación en su libreta*).—¿En terrenos o en inversiones?

Jack.—En inversiones, mayoritariamente.

Lady Bracknell.—Me satisface oírlo. Entre los deberes que se le exigen a uno durante su vida y los que se le exigen tras su muerte, las tierras han dejado de ser un beneficio o placer. Le dan posición a uno, y lo previenen de aumentarlas. Eso es todo lo que se puede decir sobre las tierras.

Jack.—Tengo una casa de campo con algunos terrenos, por supuesto dentro de la misma propiedad, unos mil quinientos acres, creo; pero no dependo de eso para mis ingresos reales. De hecho, tanto como pueda pensarlo, los cazadores furtivos son las únicas personas que sacan algo de las tierras.

Lady Bracknell.—¡Una casa en el campo! ¿Cuántas habitaciones tiene? Bueno, ése es un punto que podemos aclarar más tarde. Tiene una casa en la ciudad, ¿verdad? Una muchacha de naturaleza simple, que conserva su belleza natural como Gwendolen, difícilmente podría residir en el campo.

Jack.—Bueno poseo una casa en Belgrave Square, pero está alquilada durante este año a lady Bloxham. Por supuesto puedo recuperarla cuando quiera, con seis meses de aviso.

Lady Bracknell.—¿Lady Bloxham? No la conozco.

Jack.—¡Oh! Ella sale muy poco. Es una dama de una edad bastante avanzada.

Lady Bracknell.—¡Ah! Hoy en día eso no es una garantía de respetabilidad. ¿Qué número de Belgrave Square?

Jack.—149.

Lady Bracknell (*Moviendo la cabeza*).—En el lado que no está de moda. Sabía que algo tenía que haber. No obstante, eso lo podemos cambiar.

Jack.—¿El lado o la moda?

Lady Bracknell (*Duramente*).—Ambos, si es necesario, me imagino. Y en política, ¿de qué lado está?

Jack.—Me temo que realmente de ninguno. Soy un unionista liberal.

Lady Bracknell.—Oh, como si fuera Tory. Cenan con nosotros o vienen de visita. Ahora, vayamos a cuestiones menores. ¿Viven sus padres?

Jack.—He perdido a ambos.

Lady Bracknell.—Perder a un padre, señor Worthing, puede considerarse una desgracia; perder a ambos es como un descuido. ¿Quién era su padre? Evidentemente sería un hombre de cierta posición. ¿Nació en lo que los periódicos radicales llaman el «reino de los negocios» o creció en los niveles sociales de la aristocracia?

Jack.—Me temo que no lo sé exactamente. Lo cierto es que, lady Bracknell, aunque he dicho que perdí a mis dos padres, lo más cercano a la realidad sería decir que, aparentemente, fueron ellos lo que me perdieron a mí... No sé mi procedencia con exactitud. Yo fui... bueno, encontrado.

Lady Bracknell.—¡Encontrado!

Jack.—El difunto señor Thomas Cardew, un viejo caballero muy caritativo y de buena disposición, me encontró y me dio el nombre de Worthing, porque dio la casualidad que tenía un billete de primera clase para Worthing en su bolsillo en ese momento. Worthing es una localidad de Sussex, en la costa.

Lady Bracknell.—¿Dónde le encontró ese hombre tan caritativo que tenía un billete para la costa?

Jack (*Gravemente*).—En una bolsa de mano.

Lady Bracknell.—¿En una bolsa de mano?

Jack (*Muy serio*).—Sí, lady Bracknell. Estaba en una bolsa de mano —algo grande, de piel negra, con asas—, es decir, una bolsa corriente.

Lady Bracknell.—¿En qué lugar se encontró con esta bolsa el señor James, o Thomas Cardew?

Jack.—En la consigna de la estación de trenes de Victoria. Se la entregaron por error, en lugar de la suya.

Lady Bracknell.—¿En la consigna de la estación de trenes de Victoria?

Jack.—Sí, en la línea a Brighton.

Lady Bracknell.—La línea es lo de menos, señor Worthing; debo confesar que me siento de alguna manera desconcertada por lo que acaba de contarme. Nacer o, en su defecto, criarse en una bolsa de mano, tenga o no asas, me parece una despreciable exhibición para la decencia ordinaria de una vida familiar que subsiste de los peores excesos que produjo la Revolución Francesa. Y me imagino que sabrá a lo que ha conducido ese desafortunado movimiento. Y en lo que se refiere al particular lugar en el que la bolsa fue encontrada, la consigna de una estación de trenes, que puede servir para ocultar una indiscreción social —con total seguridad que ha sido utilizada con esos propósitos antes que ahora—, pero difícilmente puede ser considerada como una base segura para un reconocimiento en la buena sociedad.

Jack.—¿Podría entonces preguntarla cuál es su consejo? No es necesario que diga que haría cualquier cosa para asegurar la felicidad de Gwendolen.

Lady Bracknell.—Mi consejo sería, señor Worthing, que intente adquirir parientes tan pronto como le sea posible y que realice un esfuerzo definitivo para procurarse a cualquier precio un padre, de cualquier sexo, antes de que termine la temporada.

Jack.—Bueno, no veo cómo podré manejarme para conseguirlo. Puedo presentar la bolsa en cualquier momento. La tengo en casa, en mi armario. Creo que eso sería lo suficientemente satisfactorio para usted, lady Bracknell.

Lady Bracknell.—¡Para mí, señor! ¿Qué tengo yo que ver con todo esto? Usted no puede imaginarse que lord Bracknell y yo ni siquiera hayamos soñado con permitir a nuestra única hija —una muchacha educada con el mayor esmero— que se case en consigna y formar una alianza con un paquete. ¡Buenos días, señor Worthing! (*Lady Bracknell se arremolina con una indignación mayestática.*)

Jack.—¡Buenos días! (*Algernon, desde la sala contigua, empieza a tocar la marcha nupcial; Jack está totalmente furioso y va hacia la puerta.*) ¡Por el amor de Dios, no toques esa melodía tan espantosa, Algy! ¡Qué idiota eres!

Para la música y Algernon *entra animadamente.*

Algernon.—¿No te fue muy bien, mi viejo amigo? ¿No querrás decir que Gwendolen te ha rechazado? Sé que lo ha hecho. Siempre rechaza a la gente. Me parece que es lo más perverso de su persona.

Jack.—¡Oh! Es tan correcta como un salvamanteles. Por su parte, estamos comprometidos. Su madre es completamente inaguantable. Jamás conocí a una Gorgona como a ella... No sé cómo será una Gorgona en realidad, pero estoy muy seguro que lady Bracknell es una de ellas. En cualquier caso, es un monstruo, sin ser un mito, lo que es muy injusto... Te ruego que me disculpes, Algy, supongo que no debería hablar de tu tía de esta forma, delante de ti.

Algernon.—Mi querido joven, me encanta oír hablar mal de mis parientes. Es lo único que me hace soportarlos después de todo. Los parientes, lo único que constituyen es un paquete de gente que no tiene ni la más remota idea de cómo vivir, ni el más pequeño instinto de cuándo morirse.

Jack.—¡Eso es una tontería!

Algernon.—¡No lo es!

Jack.—Bueno, no voy a discutir sobre el tema. Te encanta discutir sobre todas las cosas.

Algernon.—Eso es exactamente para lo que las cosas fueron creadas.

Jack.—Te doy mi palabra, que si pensase eso, me pegaría un tiro... (*Hace una pausa.*) No creerás que exista una posibilidad de que Gwendolen se vuelva como su madre dentro de ciento cincuenta años, ¿verdad, Algy?

Algernon.—Todas las mujeres se vuelven como sus madres. Ésa es su tragedia. Ningún hombre lo hace. Ésta es la suya.

Jack.—Te creerás muy ingenioso.

Algernon.—Está totalmente comprobado. Y tan cierta como cualquier observación debería ser en la vida civilizada.

Jack.—Estoy más que harto de la inteligencia. Todo el mundo es inteligente hoy en día. No puedes ir a ningún sitio sin encontrarte con gente inteligente. Esto ha llegado a convertirse en una plaga pública. Le ruego a Dios que nos queden unos pocos tontos.

Algernon.—Los hay.

Jack.—Me encantaría conocerlos. ¿De qué hablan?

Algernon.—¿Los tontos? ¡Oh! De la gente inteligente, por supuesto.

Jack.—Qué tontos.

Algernon.—Por cierto. ¿Le contaste a Gwendolen la verdad sobre que eres Ernesto en la ciudad y Jack en el campo?

Jack (*En actitud condescendiente*).—Mi querido amigo, la verdad no es el tipo de cosas que uno dice a una muchacha bonita, dulce y refinada. ¡Qué ideas tan raras tienes de comportarte con una mujer!

Algernon.—La única forma de comportarse con una mujer es hacerla el amor, si es bella, y hacérselo a otra persona si es fea.

Jack.—¡Oh! Eso es una tontería.

Algernon.—Y, ¿qué va a pasar con tu hermano? ¿Qué va a pasar con el despilfarrador de Ernesto?

Jack.—Oh, antes de que termine la semana me desharé de él. Diré que ha muerto en París, de apoplejía. Hay un montón de gente que muere de apoplejía repentina, ¿verdad?

Algernon.—Sí, pero es hereditaria, mi querido amigo. Es el tipo de cosas que van en la familia. Di mejor que de un grave resfriado.

Jack.—¿Estás seguro de que un grave resfriado no es hereditario ni nada por el estilo?

Algernon.—¡Por supuesto que no!

Jack.—Muy bien. Entonces, mi pobre hermano Ernesto murió en París repentinamente debido a un grave resfriado. Con esto me deshago de él.

Algernon.—Pero creía que habías dicho que... la señorita Cardew estaba algo interesada en tu pobre hermano Ernesto. ¿No sentirá su pérdida demasiado?

Jack.—Oh, estará bien. Cecily no es una tonta muchacha romántica, me alegra decirte. Tiene buen apetito, da largos paseos y no hace caso alguno a sus clases.

Algernon.—Me gustaría ver a Cecily.

Jack.—Me cuidaré muy bien de que no lo hagas. Es excesivamente bella, y sólo tiene dieciocho años.

Algernon.—¿Aún no le has contado a Gwendolen que tienes una pupila excesivamente bella bajo tu tutela de tan sólo dieciocho años?

Jack.—Uno no suelta de sopetón estas cosas a la gente. Cecily y Gwendolen serán con total seguridad buenas amigas. Te apuesto lo que quieras que a la media hora de haberse conocido estarán llamándose la una a la otra hermana.

Algernon.—Las mujeres sólo hacen eso cuando se han llamado un montón de cosas primero. Ahora, mi querido muchacho, si queremos conseguir una buena mesa en Willis's, tenemos que ir a cambiarnos. ¿Sabes que son casi las siete?

Jack (*Irritado*).—¡Oh! Siempre son casi las siete.

Algernon.—Bueno, yo tengo hambre.

Jack.—Tú tienes hambre desde que te conozco...

Algernon.—¿Qué haremos después de cenar? ¿Ir al teatro?

Jack.—¡Oh, no! Aborrezco escuchar.

Algernon.—Bueno, ¿y si vamos al Club?

Jack.—¡Oh, no! Odio hablar.

Algernon.—Bueno, podemos pasear por el Empire a las diez.

Jack.—¡Oh, no! No puedo soportar mirar ciertas cosas. ¡Es tan tonto!

Algernon.—Bueno, ¿qué podemos hacer entonces?

JACK.—¡Nada!

ALGERNON.—Es un trabajo horroroso no hacer nada. No obstante, no me importa el trabajo duro cuando no tiene un objeto definitivo de ningún tipo.

Entra LANE.

LANE.—¡La señorita Fairfax!

Entra GWENDOLEN, *sale* LANE.

ALGERNON.—¡Gwendolen, a fe mía!

GWENDOLEN.—Algy, te ruego que te retires. Tengo algo muy privado que decirle al señor Worthing.

ALGERNON.—Verdaderamente, Gwendolen, no creo que pueda permitir esto.

GWENDOLEN.—Algy, siempre adoptas una actitud extremadamente inmoral con la vida. No eres lo suficientemente mayor para impedírmelo. (*Algernon se retira hacia la chimenea.*)

JACK.—¡Querida mía!

GWENDOLEN.—Ernesto, nunca nos vamos a casar. Por la expresión que he visto en la cara de mamá, me temo que nunca lo haremos. Pocos padres en la actualidad hacen caso a lo que les dicen sus hijos. El antiguo respeto que se tenía a los hijos se está desvaneciendo muy deprisa. La poca influencia que haya podido tener sobre mamá la perdí a los tres años. Pero aunque ella nos impida ser marido y mujer, y me case con otra persona; aunque me case varias veces, nada de lo que ella pueda hacer podrá cambiar la eterna devoción que te profeso.

JACK.—¡Querida Gwendolen!

GWENDOLEN.—La historia de tu romántico origen, tal como me la ha contado mamá, omitiendo los desagradables comentarios, ha tocado, naturalmente, las más profundas fibras de mi ser. Tu nombre tiene una irresistible fascinación. La simpleza de tu carácter te hace exquisitamente incomprensible para mí. Tu dirección en la ciudad de Albany, la tengo. ¿Cuál es tu dirección en el campo?

JACK.—La Casa Manor, Woolton, en Hertfordshire.

ALGERNON, *que ha estado escuchando atentamente, se sonríe y anota la dirección en el puño de su camisa. Después, coge la guía de trenes.*

Gwendolen.—Supongo que habrá un buen servicio postal. Puede que sea necesario hacer algo desesperado. Eso, claro está, necesita pensarse seriamente. Me comunicaré a diario contigo.

Jack.—¡Mi único amor!

Gwendolen.—¿Hasta cuándo estarás en la ciudad?

Jack.—Hasta el lunes.

Gwendolen.—¡Bien! Algy, ya puedes volverte.

Algernon.—Gracias, ya lo había hecho.

Gwendolen.—También puedes llamar.

Jack.—¿Me dejas que te acompañe hasta tu carruaje?

Gwendolen.—Por supuesto.

JACK (*A Lane, que entra*).—Yo acompañaré a la señorita Fairfax.

Lane.—Sí, señor. (*Jack y Gwendolen salen.*)

Lane *le presenta a* Algernon *varias cartas en una bandeja. Se supone que son facturas, ya que* Algernon, *después de ver los sobres, las rompe en pedazos.*

Algernon.—Una copa de jerez, Lane.

Lane.—Sí, señor.

Algernon.—Mañana salgo de bunburismo.

Lane.—Sí, señor.

Algernon.—Probablemente no regrese hasta el lunes. Puedes prepararme mis trajes, la chaqueta del esmoquin y todos los trajes de Bunbury.

Lane.—Sí, señor (*Le ofrece el jerez.*)

Algernon.—Espero que mañana haga un buen día.

Lane.—Nunca lo hace, señor.

Algernon.—Lane, eres un perfecto pesimista.

Lane.—Lo hago lo mejor posible, para satisfacerle, señor.

Entra Jack. Lane *sale.*

Jack.—¡Qué muchacha tan sensible e inteligente! Es la única muchacha que me haya interesado jamás. (*Algernon se ríe descaradamente.*) ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Algernon.—Oh, sólo es que estoy un poco preocupado por Bunbury, eso es todo.

Jack.—Si no tienes cuidado tu amigo Bunbury terminará metiéndote en un serio lío un día de éstos.

Algernon.—Me encantan los líos. Son la única cosa que nunca es seria.

Jack.—Oh, eso es una tontería, Algy. No dices nada más que tonterías.

Jack le *mira indignado y abandona el salón.*
Algernon *enciende un cigarro, lee el puño de su camisa y sonríe.*

ACTO SEGUNDO

Escena: Jardín en la casa Manor. Una escalera de piedra gris conduce a la casa. El jardín de estilo antiguo, pasado de moda, está lleno de rosas. Época del año: julio. Sillas de mimbre y una mesa repleta de libros están bajo un gran tejo. Descubrimos a la señora PRISM *sentada a la mesa.* CECILY *está detrás, regando las flores.*

SEÑORITA PRISM (*Llamando*).—¡Cecily, Cecily! ¿Estás segura de que una ocupación tan inútil como la de regar las plantas no es más una obligación de Moulton que tuya? Especialmente en este momento en que te aguardan los placeres intelectuales. Tu gramática alemana está sobre la mesa. Te ruego que la abras por la página quince. Repetiremos la lección de ayer.

CECILY (*Acercándose muy despacio*).—Pero es que no me gusta el alemán. No es una lengua conveniente en absoluto. Sé perfectamente bien que parezco una simple después de mi lección de alemán.

SEÑORITA PRISM.—Niña, ya sabes lo ansioso que está tu tutor por que puedas mejorar en todos los aspectos. Hizo particular hincapié en tu alemán, antes de marcharse ayer a la ciudad. De hecho, siempre hace especial hincapié en tu alemán cuando va a la ciudad.

CECILY.—¡El querido tío Jack es tan serio, que a veces pienso que no puede estar muy bien!

SEÑORITA PRISM (*Levantándose*).—Tu tutor disfruta de una perfecta salud, y su juicioso comportamiento es muy loable en alguien tan joven como lo es él. No conozco a nadie que tenga un mayor sentido del deber y de la responsabilidad.

CECILY.—Me imagino que es por eso por lo que parece tan aburrido cuando estamos los tres juntos.

SEÑORITA PRISM.—¡Cecily! Me sorprendes. El señor Worthing tiene demasiadas preocupaciones en su vida. La holgazanería, la diversión y la trivialidad no tienen cabida en su conversación. Debes recordar su constante ansiedad por su desafortunado hermano menor.

Cecily.—Me gustaría que el tío Jack permitiera a ese desafortunado joven, su hermano, venir aquí alguna vez. Puede que ejerciéramos una buena influencia sobre él. Señorita Prism, estoy convencida de que usted la haría. Usted sabe alemán, y geología, y cosas por el estilo que influyen enormemente en un hombre. (*Cecily empieza a escribir en su diario.*)

Señorita Prism (*Moviendo la cabeza*).—No creo que ni yo misma pueda producir algún efecto en un carácter que, de acuerdo con lo admitido por su propio hermano, es irremediablemente débil y vacilante. E incluso no estoy segura de desear que se recupere. No estoy a favor de esta manía moderna de transformar gente mala en gente buena al instante. Lo que un hombre siembra, es lo que recoge. Debes guardar tu diario Cecily. No veo ninguna razón por la que debas escribir un diario.

Cecily.—Escribo un diario para anotar los maravillosos secretos de mi vida. Si no los escribiese, los olvidaría casi con total seguridad.

Señorita Prism.—La memoria, mi querida Cecily, es el diario que todos llevamos con nosotros.

Cecily.—Sí, pero habitualmente recoge las cosas que nunca han pasado y que posiblemente nunca pasarán. Estoy convencida de que la memoria es la responsable de casi toda la novela en tres volúmenes que Mudie nos ha enviado.

Señorita Prism.—No hables tan a la ligera de las novelas de tres volúmenes, Cecily. Yo misma escribí una hace años.

Cecily.—¿De verdad, señorita Prism? ¡Qué inteligente es usted! ¿No acabaría felizmente? No me gustan las novelas que acaban felices. Me deprimen en exceso.

Señorita Prism.—Los buenos terminaron felizmente y los malos infelizmente. Esto es el significado de la ficción.

Cecily.—Lo supongo. Pero parece muy injusto. ¿Y llegó a publicar su novela?

Señorita Prism.—¡Ay, no! Abandoné el manuscrito. (*Cecily se estremece.*) Quiero decir que lo perdí. Pero esto, para tu trabajo, no son más que especulaciones de ningún provecho.

Cecily (*Sonriendo*).—Veo al doctor Chasuble entrando por el jardín.

Señorita Prism (*Levantándose y acercándosele*).—¡Doctor Chasuble! ¡Qué grata sorpresa!

Entra el canónigo Chasuble.

Chasuble.—¿Cómo estamos esta mañana? Señorita Prism, confío en que estará usted bien.

Cecily.—La señorita Prism se ha estado quejando de un ligero dolor de cabeza. Creo que la vendría bien dar un pequeño paseo con usted, doctor Chasuble, por el parque.

Señorita Prism.—Cecily, no he mencionado en ningún momento que tenga dolor de cabeza.

Cecily.—No, querida señorita Prism, lo sé, pero he sentido instintivamente que usted tiene dolor de cabeza. De hecho, estaba pensando en ello, y no en mi lección de alemán, cuando el doctor entró.

Chasuble.—Espero, Cecily, que no seas distraída.

Cecily.—Me temo que sí lo soy.

Chasuble.—Es muy extraño. Si yo fuera lo suficientemente afortunado de ser el pupilo de la señorita Prism, me quedaría colgado de sus labios. (*La señorita Prism se sonroja.*) Hablaba metafóricamente. La metáfora la he tomado de las abejas. ¡Ejem! ¿El señor Worthing aún no ha regresado de la ciudad, como supongo?

Señorita Prism.—No le esperamos hasta el lunes por la tarde.

Chasuble.—¡Ah, sí! Le gusta pasar el domingo en Londres. Él no es de los que su única meta es la diversión, como todo parece indicar con ese joven hermano suyo. Pero no debo molestar a Egeria y a su pupila más.

Señorita Prism.—¿Egeria? Mi nombre es Laetitia, doctor.

Chasuble (*Haciendo una reverencia*).—Una mera alusión clásica tomada de los autores paganos. ¿Las veré, pues, a ambas en Evensong?

Señorita Prism.—Creo, querido doctor, que daré un paseo con usted. Siento dolor de cabeza después de todo, y un paseo podrá hacerme bien.

Chasuble.—Con mucho placer, señorita Prism; podemos ir hasta las escuelas y regresar.

Señorita Prism.—Eso sería encantador. Cecily, léete tu política económica en mi ausencia. Puedes omitir el capítulo de la caída de la rupia. Es, de algún modo, demasiado sensacional. Incluso estos problemas monetarios tienen su lado melodramático.

Sale por el jardín con el doctor Chasuble.

Cecily (*Coge los libros y los tira contra la mesa otra vez*).—¡Qué horrible es la política económica! ¡Y también la geografía! ¡Horrible, horrible el alemán!

Entra Merriman *con una tarjeta en una bandeja.*

Merriman.—El señor Ernesto Worthing acaba de llegar en coche desde la estación. Ha traído con él su equipaje.

Cecily (*Coge la tarjeta y la lee*).—«Sr. Ernesto Worthing, B.4, The Albany». ¡El hermano de tío Jack! ¿Le has dicho que el señor Worthing está en la ciudad?

Merriman.—Sí, señorita. Parece muy desilusionado. Le he mencionado que la señorita Prism y usted estaban en el jardín. Me ha dicho que estaba ansioso por hablar con usted en privado un momento.

Cecily.—Dile al señor Worthing que venga. Imagino que le habrás dicho al ama de llaves que le prepare una habitación.

Merriman.—Sí, señorita.

Merriman *sale.*

Cecily.—No he conocido a nadie realmente perverso aún. Estoy algo asustada. Tengo tanto miedo de que su aspecto sea como el de cualquier otra persona... (*Entra Algernon, muy alegre y elegante.*) ¡Lo parece!

Algernon (*Quitándose el sombrero*).—Tú eres mi pequeña prima Cecily, ¿verdad?

Cecily.—Está usted terriblemente confundido. No soy pequeña. De hecho, creo que soy más alta de lo normal para mi edad. (*Algernon se siente bastante desconcertado.*) Pero sí, soy su prima Cecily. Usted, por lo que veo en la tarjeta, es el hermano del tío Jack, mi primo Ernesto, mi malvado primo Ernesto.

Algernon.—¡Oh! No soy nada malo, prima Cecily. No debes pensar que soy malvado.

Cecily.—Si usted no es malo, entonces decididamente nos ha estado engañando de una manera inexcusable. Espero que no esté llevando una doble vida, pretendiendo ser malvado y ser realmente bueno durante todo este tiempo. Eso sería hipócrita.

Algernon (*Mirándola sorprendido*).—¡Oh! Por supuesto que he sido bastante irresponsable.

Cecily.—Me alegra oírlo.

Algernon.—De hecho, ya que lo menciona, he sido muy malo, a mi modo.

Cecily.—No creo que debiera sentirse orgulloso de ello, aunque estoy segura que ha debido ser muy agradable para usted.

Algernon.—Es mucho más agradable estar aquí contigo.

Cecily.—No entiendo por qué está usted aquí. El tío Jack no estará de regreso hasta el lunes por la tarde.

Algernon.—Es una gran decepción para mí. Tengo la obligación de tomar el primer tren para Londres el lunes por la mañana. ¡Tengo una cita de negocios que estoy ansioso por... perderme!

Cecily.—¿No podría perdérsela en cualquier otro lugar que no sea Londres?

Algernon.—No. La cita es en Londres.

Cecily.—Bueno, sé, por supuesto, lo importante que es no acudir a las citas de negocios, si uno quiere retener algún sentido de la belleza en la vida, pero sigo pensando que lo mejor es que espere hasta que regrese el tío Jack. Sé que quiere hablar con usted sobre su emigración.

Algernon.—¿Sobre mi qué?

Cecily.—Su emigración. Él ha ido a comprar su vestuario.

Algernon.—No dejaría que Jack me comprara mi ropa. No tiene nada de gusto para las corbatas.

Cecily.—No creo que necesite ninguna corbata. El tío Jack lo va a enviar a Australia.

Algernon.—¡A Australia! Me voy a morir.

Cecily.—Bueno, él dijo en la cena del miércoles que usted tendría que elegir entre este mundo, el otro o Australia.

Algernon.—¡Oh, bueno! Los informes que tengo de Australia y del otro mundo no son muy alentadores. Este mundo es lo suficientemente bueno para mí, prima Cecily.

Cecily.—Sí, pero ¿es usted lo suficientemente bueno para él?

Algernon.—Me temo que no. Es por ello por lo que quiero que tú me reformes. Puedo ser tu misión, si a ti no te importa, prima Cecily.

Cecily.—Pues me temo que esta tarde no tengo tiempo.

Algernon.—Bueno, no te importa si empiezo a reformarme yo sólo esta tarde, ¿verdad?

Cecily.—Es bastante quijotesco de su parte, pero creo que puede intentarlo.

Algernon.—Lo haré. Incluso ya me siento mejor.

Cecily.—Pues su aspecto es algo peor.

Algernon.—Eso es porque tengo hambre.

Cecily.—¡Qué descuido por mi parte! Debería haber recordado que cuando uno está a punto de comenzar una nueva vida, uno necesita comer abundantemente y de forma regular. Sígame, por favor.

Algernon.—Gracias. Primero, ¿podría darme una flor para el ojal? Nunca tengo apetito si no tengo una flor en el ojal.

Cecily.—¿Una caléndula? (*Coge las tijeras.*)

Algernon.—No, prefiero una rosada.

Cecily.—¿Por qué? (*Corta una flor.*)

Algernon.—Porque tú eres como una rosa, rosada, prima Cecily.

Cecily.—No creo que sea correcto el modo en que me habla. La señorita Prism nunca me dice ese tipo de cosas.

Algernon.—Entonces la señorita Prism es una vieja dama corta de vista. (*Cecily le pone la flor en el ojal.*) Eres la muchacha más bonita que haya visto jamás.

Cecily.—La señorita Prism dice que todas las personas bellas son una trampa.

Algernon.—Son la trampa en la que todo hombre sensible le gustaría verse atrapado.

Cecily.—Oh, no creo que debiera preocuparme por cazar a un hombre sensible, no sabría de qué hablarle.

Entran en la casa. La señorita Prism *y el doctor* Chasuble *regresan.*

Señorita Prism.—Está usted demasiado solo, querido doctor Chasuble. Debería casarse. Puedo comprender a los misántropos pero a un mujerántropo ¡jamás!

Chasuble (*Como un estudiante tembloroso*).—No creo que me merezca un nuevo vocablo. Tanto el precepto como la práctica en la Iglesia primitiva estaban en contra del matrimonio.

Señorita Prism (*Sentenciosamente*).—Ésa es obviamente la razón por la que la Iglesia primitiva no haya durado hasta el presente. Y usted no parece darse cuenta, querido doctor, que persistir en quedarse soltero le hace convertirse a sí mismo en una permanente tentación pública. Los hombres deberían ser más cuidadosos, este celibato debilita la pérdida del envase.

Chasuble.—¿Pero no es igualmente atractivo un hombre cuando está casado?

Señorita Prism.—Ningún hombre casado es atractivo, excepto para su esposa.

Chasuble.—Y a menudo ni siquiera para ella.

Señorita Prism.—Eso depende de la comprensión intelectual de la mujer. Siempre puede depender de la madurez. La madurez es algo en lo que se puede confiar. Las mujeres jóvenes están verdes. (*El doctor Chasuble comienza.*) Hablo en forma hortícola. Mi metáfora está sacada de las frutas. Pero, ¿dónde está Cecily?

Chasuble.—Quizá nos haya seguido a las escuelas.

Entra Jack *lentamente por la parte posterior del jardín. Vestido totalmente de luto, con una banda de crepé en el sombrero y guantes negros.*

Señorita Prism.—¡Señor Worthing!

Chasuble.—¡Señor Worthing!

Señorita Prism.—Ésta es una gran sorpresa. No le esperábamos hasta el lunes por la tarde.

Jack (*Estrecha la mano de la señorita Prism trágicamente*).—He regresado más pronto de lo que esperaba. Doctor Chasuble, espero que se encuentre bien.

Chasuble.—Querido señor Worthing, confío en que este arrebato de desgracia no provenga de alguna terrible calamidad.

Jack.—Mi hermano.

Señorita Prism.—¿Más vergonzosas deudas y extravagancias?

Chasuble.—¿Sigue llevando su vida de placeres?

Jack (*Negando con la cabeza*).—¡Está muerto!

Chasuble.—¿Su hermano Ernesto muerto?

Jack.—Bastante muerto.

Señorita Prism.—¡Qué lección para él! Confío en que sepa aprovecharla.

Chasuble.—Señor Worthing, le ofrezco mis más sinceras condolencias. Al menos tiene el consuelo de haber sido el más generoso y compasivo de los hermanos.

Jack.—¡Pobre Ernesto! Tenía muchas faltas, pero es un golpe muy triste.

Chasuble.—Sí, muy triste. ¿Estuvo junto a él al final?

Jack.—No, ha muerto fuera; en París. Recibí un telegrama del director del Grand Hotel.

Chasuble.—¿Mencionaba la causa de la muerte?

Jack.—Un grave resfriado, al parecer.

Señorita Prism.—Lo que un hombre siembra, es lo que cosecha.

Chasuble (*Alzando la mano*).—¡Caridad, querida señorita Prism, caridad! Ninguno de nosotros es perfecto. Yo soy particularmente sensible a las corrientes de aire. ¿Tendrá lugar aquí el entierro?

Jack.—No, por lo visto expresó el deseo de ser enterrado en París.

Chasuble.—¡En París! (*Agitando la cabeza.*) Me temo que eso apunta a un estado mental poco serio en su último momento. Deseará sin duda alguna que haga una ligera alusión a esta trágica aflicción suya el próximo domingo. (*Jack le estrecha la mano convulsivamente.*) Mi sermón sobre el significado del maná en el desierto puede ser adaptado a casi cualquier ocasión, feliz o, como en este caso, dolorosa. (*Todos suspiran.*) Lo he utilizado en fiestas de recolección, bautizos, confirmaciones, en días de celebración y en días de humillación. La última vez que lo di fue en la catedral, en un sermón de caridad a beneficio de la Sociedad para la Prevención de Descontentos con las Clases Superiores. El obispo, que estaba presente, se conmovió con algunas de las conclusiones que expuse.

Jack.—¡Ah! Eso me recuerda, ya que ha mencionado el bautismo, doctor Chasuble, imagino que sabrá bautizar correctamente, ¿no? (El doctor Chasuble parece asombrado.) Es decir que, por supuesto, usted realiza bautizos constantemente ¿verdad?

Señorita Prism.—Ésa es, siento decirle, una de las obligaciones más constantes del rector en esta parroquia. He hablado con frecuencia del tema con las clases más pobres. Pero no parecen saber cuál es el beneficio.

Chasuble.—Pero, ¿hay algún niño en particular en el que esté interesado, señor Worthing? Su hermano, según creo, estaba soltero ¿o no?

Jack.—Oh, sí.

Señorita Prism (*Agriamente*).—La gente que vive normalmente para el placer lo está.

Jack.—Pero no es para ningún niño, querido doctor; a mí me encantan los niños. La realidad es que me gustaría ser bautizado yo mismo, esta tarde, si no tiene nada mejor que hacer.

Chasuble.—Pero ¿está seguro que usted no está bautizado en la actualidad?

Jack.—No recuerdo nada sobre el asunto.

Chasuble.—¿Tiene graves dudas al respecto?

Jack.—Tengo mis dudas. Lo que no sé es si todo esto le molesta en modo alguno, o cree que soy algo mayor.

Chasuble.—Para nada. El rociado y, naturalmente, la inmersión de adultos es una práctica totalmente canónica.

Jack.—¡Inmersión!

Chasuble.—No debe tener ninguna aprensión. El rociarle es absolutamente necesario e incluso yo pienso que recomendable. El tiempo que tenemos es tan cambiante... ¿A qué hora desea que se realice la ceremonia?

Jack.—Oh, puedo acercarme dando un paseo, alrededor de las cinco, si le viene bien.

Chasuble.—¡Perfecto, perfecto! De hecho, tengo dos ceremonias similares que realizar a esa hora. Un caso de gemelos, ocurrido recientemente en una de las remotas casitas de campo de su propia finca. El pobre cartero, Jenkins, un hombre muy trabajador.

Jack.—Oh, no me parece muy divertido ser bautizado con otros bebés. Sería infantil. ¿Qué tal a la cinco y media?

Chasuble.—¡Admirable, admirable! (*Saca el reloj.*) Y ahora, querido señor Worthing, dejaré de ser un intruso en una casa de dolor. Lo que sí le rogaría es que no se dejara arrastrar en exceso por la pena. Lo que a veces nos parece amargas pruebas, son a menudo bendiciones disfrazadas.

Señorita Prism.—Para mí esto parece una maravillosa bendición.

Sale Cecily *de la casa.*

Cecily.—¡Tío Jack! Oh, me alegra verte de regreso. ¡Qué traje tan horrible llevas puesto! Ve a cambiarte.

Señorita Prism.—¡Cecily!

Chasuble.—¡Mi niña! ¡Mi niña! (*Cecily se acerca a Jack; la besa la frente de un modo melancólico.*)

Cecily.—¿Qué ocurre, tío Jack? ¡Debes mostrarte feliz! Parece como si tuvieras dolor de muelas, y yo tengo una gran sorpresa para ti. ¿Quién crees que está en el comedor? ¡Tu hermano!

Jack.—¿Quién?

Cecily.—Tu hermano Ernesto. Llegó hace una media hora.

Jack.—¡Qué tontería! Yo no tengo ningún hermano.

Cecily.—Oh, no digas eso. No importa lo mal que él se haya comportado contigo en el pasado; sigue siendo tu hermano. No puedes ser tan duro de corazón como para desconocerlo. Le diré que salga. Y tú le darás la mano, ¿verdad tío Jack? (*Entra corriendo en la casa.*)

Chasuble.—Eso es una alegre noticia.

Señorita Prism.—Después de que todos nos habíamos resignado con su pérdida, este repentino regreso suyo me parece particularmente doloroso.

Jack.—¿Que mi hermano está en el comedor? No sé lo que todo esto significa. Creo que es totalmente absurdo.

Entran Cecily *y* Algernon *de la mano.*
Se acercan lentamente a Jack.

Jack.—¡Dios mío! (*Hace una seña para retirar a Algernon.*)

Algernon.—John, hermano, he venido desde la ciudad para decirte que siento mucho todos los problemas que te he dado, y que mi intención es llevar una vida mejor en el futuro. (*Jack mira furiosamente a Algernon, y no le estrecha la mano.*)

Cecily.—Tío Jack, ¿vas a negarle la mano a tu propio hermano?

Jack.—Nada me induce a dársela. Creo que su presencia aquí es vergonzosa. Él sabe perfectamente bien por qué.

Cecily.—Tío Jack, por favor, sé agradable. Todos tenemos algo bueno. Ernesto me acaba de contar sobre su pobre amigo inválido, el señor Bunbury, al que va a visitar muy a menudo. Y seguro que debe haber mucho de bueno en alguien que es tan amable con un inválido y abandona los placeres de Londres para ir a sentarse junto a un lecho de dolor.

Jack.—¡Oh! Te ha estado hablando de Bunbury, ¿verdad?

Cecily.—Sí, me ha contado todo sobre el pobre señor Bunbury y su pésimo estado de salud.

Jack.—¡Bunbury! Bueno, no voy a dejar que te hable de Bunbury ni de cualquier otra cosa. Esto es suficiente como para ponerle a uno totalmente frenético.

Algernon.—Por supuesto, admito que toda la culpa es mía. Pero debo decir que creo que la frialdad con la que me trata mi hermano John es particularmente dolorosa para mí. Esperaba una bienvenida más entusiasta, considerando que es la primera vez que vengo aquí.

Cecily.—Tío Jack, si no estrechas la mano con Ernesto, no te perdonaré jamás.

Jack.—¿No me perdonarás nunca?

Cecily.—¡Nunca, nunca, nunca!

Jack.—Bueno, ésta es la última vez que lo hago. (*Choca la mano con Algernon furiosamente.*)

Chasuble.—¿Es agradable, verdad, el ver una reconciliación perfecta? Creo que deberíamos dejar solos a los dos hermanos.

Señorita Prism.—Cecily, ven con nosotros.

Cecily.—Ciertamente, señorita Prism, mi tarea de reconciliación está terminada.

Chasuble.—Has realizado una bella acción hoy, querida niña.

Señorita Prism.—No debemos precipitarnos en nuestros juicios.

Cecily.—Me siento muy feliz. (*Salen todos a excepción de Jack y Algernon.*)

Jack.—Eres un canalla, Algy, debes salir de este lugar tan pronto como sea posible, no permito ningún bunburismo aquí.

Entra Merriman.

Merriman.—He colocado las cosas del señor Ernesto en la habitación contigua a la suya, señor. Supongo que he actuado correctamente.

Jack.—¿Qué?

Merriman.—El equipaje del señor Ernesto, señor. Lo he deshecho y lo he puesto en la habitación junto a la suya.

Jack.—¿Su equipaje?

Merriman.—Sí, señor. Tres baúles, una funda de traje, dos cajas de sombreros y una cesta grande de merienda.

Algernon.—Me temo que por esta vez no pueda quedarme más de una semana.

Jack.—Merriman, ordena que venga la calesa, el señor Ernesto ha sido llamado repentinamente para regresar a la ciudad.

Merriman.—Sí señor. (*Regresa a la casa.*)

Algernon.—¡Qué mentiroso eres, Jack, no me han llamado para que regrese a la ciudad en ningún momento!

Jack.—Sí que te han llamado.

Algernon.—No he oído a nadie llamarme.

Jack.—Tu deber de caballero te llama.

Algernon.—Mi deber de caballero nunca ha interferido con mis placeres en el menor grado.

Jack.—No puedo entender eso que dices.

Algernon.—Bueno, Cecily es un encanto.

Jack.—No te permito que hables así de la señorita Cardew, no me gusta.

Algernon.—Bueno, a mí no me gustan tus ropas. Te veo absolutamente ridículo. ¿Por qué no subes y te cambias? Es una perfecta chiquillada estar de luto total por un hombre que en realidad se va a quedar una semana entera como invitado en tu casa. Yo a esto lo denomino grotesco.

Jack.—Tú no te vas a quedar conmigo durante toda una semana como invitado ni nada que se le parezca. Tienes que irte... en el tren de las cuatro y cinco.

Algernon.—Rotundamente no me marcho mientras que estés de luto. Sería muy poco amistoso. Si yo estuviera de luto, tú te quedarías conmigo, supongo. Si no lo hicieras, me parecería muy descortés de tu parte.

Jack.—Bueno, ¿te marcharás si me cambio de ropa?

Algernon.—Sí, si no tardas mucho. Nunca he visto a nadie que tarde tanto en vestirse y con un resultado tan pobre.

Jack.—Bueno, de cualquier modo eso es mejor que ir siempre vestido extravagantemente, como tú.

Algernon.—Si en ocasiones voy un poco extravagante es debido a ser siempre inmensamente extraeducado.

Jack.—Tu vanidad es ridícula, tu conducta es una atrocidad y tu presencia en mi jardín profundamente absurda. De todas formas, tienes que tomar el tren de las cuatro y cinco, y espero que tengas un buen viaje de regreso a la ciudad. Este bunburismo, como tu lo llamas, no ha sido nada exitoso para ti. (*Entra en la casa.*)

Algernon.—Yo sí creo que he tenido un gran éxito. Me he enamorado de Cecily. Y eso es todo. (*Entra Cecily por la parte trasera del jardín. Coge la regadera y empieza a regar las flores.*) Pero debo verla antes de marcharme y realizar las gestiones para otro día de bunburismo. Ah, ahí está ella.

Cecily.—Oh, sólo he vuelto a regar la flores. Creía que estaba con el tío Jack.

Algernon.—Ha ido a encargar la calesa para mí.

Cecily.—¿Va a llevarle a dar un paseo?

Algernon.—No, va a enviarme lejos.

Cecily.—Entonces, ¿tenemos que separarnos?

Algernon.—Mucho me temo que sí. Es una separación muy dolorosa.

Cecily.—Siempre es doloroso separarse de la gente que uno ha conocido por un breve espacio de tiempo. La ausencia de viejos amigos la puede uno soportar con mayor razón. Pero incluso una separación momentánea de alguien que te acaban de presentar es casi insoportable.

Algernon.—Gracias.

Entra Merriman.

Merriman.—La calesa está en la puerta, señor.

Algernon *mira suplicantemente a* Cecily.

Cecily.—¿Puede esperar, Merriman..., unos... cinco minutos?

Merriman.—Sí, señorita.

Merriman *sale.*

Algernon.—Espero, Cecily, que no te ofendas si te digo abiertamente que me pareces en todos los aspectos la personificación de la perfección absoluta.

Cecily.—Creo que su franqueza le da mucha credibilidad, Ernesto. Si me lo permite, voy a anotar sus observaciones en mi diario. (*Va hacia la mesa y empieza a escribir en el diario.*)

Algernon.—¿Realmente llevas un diario? Daría cualquier cosa si pudiera leerlo. ¿Puedo?

Cecily.—¡Oh, no! (*Lo cubre con la mano.*) Verá, son simplemente las anotaciones de una muchacha joven de sus pensamientos e impresiones y, por consiguiente, creado para ser publicado. Cuando aparezca editado, espero que encargue una copia. Pero le ruego, Ernesto, que continúe. Disfruto escribiendo al dictado. He llegado hasta «perfección absoluta». Puede seguir, estoy preparada.

Algernon.—¡Ejem, ejem!

Cecily.—Oh, no tosa, Ernesto. Cuando uno está dictando, debería hablar, no toser. (*Escribe mientras Algernon habla.*)

Algernon (*Hablando rápidamente*).—Cecily, desde que vi por vez primera tu incomparable belleza, me he atrevido a amarte salvajemente, apasionadamente, devotamente, desesperadamente.

Cecily.—No creo que deba decirme que me ama salvajemente, apasionadamente, devotamente, desesperadamente. Desesperadamente no parece tener mucho sentido, ¿verdad?

Algernon.—¡Cecily!

Entra Merriman.

Merriman.—La calesa está esperando, señor.

Algernon.—Dígale que vuelva la semana que viene a la misma hora.

Merriman (*Mirando a Cecily, que no se inmuta*).—Sí, señor.

Merriman *se retira.*

Cecily.—El tío Jack se molestaría si supiese que te vas a quedar hasta la semana que viene, a la misma hora.

Algernon.—Oh, no me importa Jack. No me importa nadie en el mundo más que tú. Te amo, Cecily. Te casarás conmigo, ¿verdad?

Cecily.—¡Qué muchacho tan tonto! Por supuesto. Si estamos comprometidos desde hace tres meses.

Algernon.—¿Desde hace tres meses?

Cecily.—Sí, serán exactamente tres meses el jueves.

Algernon.—Pero, ¿cómo nos hemos comprometido?

Cecily.—Bueno, desde que el querido tío Jack nos confesó por vez primera que tenía un hermano menor que era muy cruel y malvado, tú, obviamente, has sido el principal tema de conversación entre la señorita Prism y yo. Y, por supuesto, un hombre del que se habla mucho resulta siempre muy atractivo. Una siente que debe haber algo en él, después de todo. Me atrevería a decir que ha sido muy tonto por mi parte, pero me enamoré de ti, Ernesto.

Algernon.—Querida mía. ¿Y en qué momento nos comprometimos?

Cecily.—Oh, el pasado catorce de febrero. Llevado a cabo con tu ignorancia total de mi existencia, tomé la determinación de finalizar el asunto de una u otra manera y, tras una larga lucha conmigo misma, te acepté bajo este querido viejo árbol. Al día siguiente compré este pequeño anillo con tu nombre y este brazalete con el nudo de amantes fieles que te prometí llevar siempre.

Algernon.—¿Yo te di esto? Es muy bonito, ¿verdad?

Cecily.—Sí, tienes un maravilloso buen gusto, Ernesto. Es la excusa que siempre te he dado para que lleves una vida tan mala. Y ésta es la caja en la que guardo todas tus cartas. (*Se arrodilla junto a la mesa, abre la caja y saca un paquete de cartas atadas con un lazo azul.*)

Algernon.—¡Mis cartas! Pero, mi dulce Cecily, yo nunca te he escrito cartas.

Cecily.—No necesitas recordármelo, Ernesto. Recuerdo demasiado bien que me he visto forzada a escribirlas yo misma por ti. He escrito siempre tres veces por semana, y a veces más frecuentemente.

Algernon.—Oh, por favor, deja que las lea, Cecily.

Cecily.—Oh, no podría, te harían demasiado presumido. (*Guarda la caja.*) Las tres que me escribiste después de que yo rompiera nuestro compromiso son tan bellas, tan mal escritas, que incluso ahora no puedo leerlas sin llorar un poco.

Algernon.—Pero, ¿fue alguna vez roto nuestro compromiso?

Cecily.—Por supuesto que lo fue. El veintidós del pasado marzo. Puedes ver la anotación si lo deseas. (*Le enseña el diario.*) «Hoy he roto mi compromiso con Ernesto, creo que es lo mejor. El tiempo sigue siendo encantador.»

Algernon.—Pero, ¿por qué lo rompiste? ¿Qué es lo que hice? No he hecho nada. Cecily, estoy muy dolido por oír que rompiste conmigo, particularmente cuando el tiempo estaba tan maravilloso.

Cecily.—Difícilmente sería un compromiso serio si no se hubiera roto al menos una vez. Pero te perdoné antes de que terminase la semana.

Algernon (*Yendo hacia ella y arrodillándose*).—Eres un ángel, Cecily.

Cecily.—Mi querido muchacho romántico. (*Él la besa, ella pasa sus dedos por el pelo de él.*) Supongo que el rizo de tu pelo es natural, ¿verdad?

Algernon.—Sí, cariño, con una pequeña ayuda de otros.

Cecily.—¡Estoy tan contenta!

Algernon.—Nunca volverás a romper nuestro compromiso, ¿verdad?

Cecily.—No creo que lo pueda hacer ahora que te he conocido. Además, por supuesto, está la cuestión de tu nombre.

Algernon.—Sí, claro. (*Nerviosamente.*)

Cecily.—No debes reírte de mí, cariño, pero siempre ha sido un sueño mío desde niña el amar a alguien cuyo nombre fuera Ernesto. (*Algernon se levanta. Cecily también.*) Hay algo en ese nombre que parece inspirar absoluta confianza. Compadezco a cualquier pobre mujer casada con un hombre cuyo nombre no sea Ernesto.

Algernon.—Pero, mi querida niña, ¿quieres decir que no podrías amarme si tuviera cualquier otro nombre?

Cecily.—Pero, ¿qué nombre?

Algernon.—Oh, cualquiera: Algernon, por ejemplo...

Cecily.—Pero no me gusta el nombre de Algernon.

Algernon.—Bueno, mi amor, mi dulce y pequeña niña, realmente no puedo ver qué objeción puedes tener al nombre de Algernon. No es un mal nombre. De hecho, es algo aristocrático. La mitad de los hombres que pertenecen al Juzgado de Corrupción se llaman Algernon. Pero en serio, Cecily... (*acercándose a ella*)... si mi nombre fuera Algy, ¿no podrías amarme?

Cecily (*Levantándose*).—Puede que te respetara, Ernesto; puede que admirara tu carácter; pero me temo que no podría darte mi completa atención.

Algernon.—¡Ejem! Cecily. (*Cogiendo su sombrero.*) El párroco de aquí, supongo, estará muy experimentado en la práctica de todos los ritos y ceremonias de la Iglesia...

Cecily.—¡Oh, sí! El doctor Chasuble es un hombre muy culto. No ha escrito un solo libro en su vida, así que te puedes imaginar cuánto sabe.

Algernon.—Debo verle de inmediato para un bautizo muy importante; quiero decir, para un asunto muy importante.

Cecily.—¡Oh!

Algernon.—No tardaré más de media hora.

Cecily.—Considerando que llevamos prometidos desde el catorce de febrero y que te acabo de conocer hoy, creo que es bastante duro el que me abandones por un período de tiempo tan largo como media hora. ¿No podrías regresar en veinte minutos?

Algernon.—Regresaré de inmediato. (*La besa y sale corriendo.*)

Cecily.—¡Qué muchacho tan impetuoso! Me gusta mucho su pelo. Debo anotar su declaración en mi diario.

Entra Merriman.

Merriman.—Una tal señorita Fairfax ha llegado preguntando por el señor Worthing para un asunto muy importante, según asegura la señorita Fairfax.

Cecily.—¿No está el señor Worthing en su biblioteca?

Merriman.—El señor Worthing salió en dirección a la rectoría hace algún tiempo.

Cecily.—Te ruego que le digas a la señorita que pase aquí; el señor Worthing regresará en seguida. Y puedes traer el té.

Merriman.—Sí, señorita. (*Sale.*)

Cecily.—¡Señorita Fairfax! Supongo que será una de las buenas ancianas que están asociadas con el tío Jack en alguno de sus trabajos filantrópicos en Londres. No me gustan mucho las mujeres que se interesan por los trabajos filantrópicos. Creo que es muy atrevido por su parte.

Entra Merriman.

Merriman.—La señorita Fairfax.

Entra Gwendolen, *sale* Merriman.

Cecily (*Avanzando hacia ella*).—Le ruego que me permita presentarme. Mi nombre es Cecily Cardew.

Gwendolen.—¿Cecily Cardew? (*Acercándose y estrechándole la mano.*) ¡Qué nombre tan dulce! Algo me dice que vamos a ser grandes amigas. Me gusta usted más de lo que pueda decir. Mis primeras impresiones sobre la gente nunca se equivocan.

Cecily.—Es muy amable de su parte el que yo le guste tras habernos conocido la una a la otra en un relativo corto espacio de tiempo. Le ruego que tome asiento.

Gwendolen (*Aún en pie*).—¿Puedo llamarte Cecily?

Cecily.—¡Encantada!

Gwendolen.—Y tú me llamarás siempre Gwendolen, ¿verdad?

Cecily.—Si así lo deseas...

Gwendolen.—Bueno, entonces todo está arreglado, ¿no crees?

Cecily.—Así lo espero. (*Una pausa. Ambas se sientan.*)

Gwendolen.—Quizá ésta sea una excelente oportunidad para mencionar quién soy. Mi padre es lord Bracknell. Supongo que nunca ha oído hablar de papá.

Cecily.—No lo creo.

Gwendolen.—Fuera del círculo de la familia, papá, me alegra decirlo, es completamente desconocido. Y creo que es así como debe ser. El hogar me parece el ambiente apropiado para un hombre. Y, ciertamente, cuando un hombre empieza a ser negligente con sus obligaciones domésticas, se vuelve dolorosamente afeminado, ¿verdad? Y a mí no me gusta eso. Hace a los hombres muy atractivos, Cecily. Mamá, cuyo punto de vista sobre la educación es rematadamente estricto, me ha criado extremadamente corta de vista, es parte de su sistema ¿No te importa si me pongo mis gafas para verte?

Cecily.—¡Oh! En absoluto, me gusta mucho ser vista.

Gwendolen (*Después de examinar a Cecily cuidadosamente a través de unos impertinentes*).—Supongo que estás aquí de visita.

Cecily.—¡Oh, no! Vivo aquí.

Gwendolen (*Severamente*).—¿Es cierto? ¿Tu madre, sin duda alguna, u otra pariente tuya de avanzada edad vivirá aquí también?

Cecily.—¡Oh, no! No tengo madre, ni, de hecho, ningún otro pariente.

Gwendolen.—¿En serio?

Cecily.—Mi querido tutor, con la ayuda de la señorita Prism, tienen la ardua tarea de estar a mi cuidado.

Gwendolen.—¿Tu tutor?

Cecily.—Sí, soy la pupila del señor Worthing.

Gwendolen.—¡Oh! Es muy extraño que él nunca me haya mencionado que tuviese una pupila. ¡Qué reservado por su parte! Se vuelve cada vez más interesante. No obstante, no estoy segura de que la noticia me inspire sentimientos deliciosamente contradictorios. (*Levantándose y acercándose a Cecily.*) Me eres muy agradable, Cecily. ¡Me has gustado desde que te conocí! Pero tengo el deber de constatar

que ahora que sé que eres la pupila del señor Worthing no puedo evitar expresar que desearía que tú fueras, bueno, sólo un poco mayor de lo que aparentas ser y no tan atractiva. De hecho, si puedo hablar cándidamente...

Cecily.—¡Te lo ruego! Creo que cuando alguien tiene algo desagradable que decir, uno debe ser muy cándido.

Gwendolen.—Bueno, para hablar con perfecto candor, Cecily, desearía que tuvieras cuarenta y dos años cumplidos, y que fueras más fea de lo habitual para tu edad. Ernesto tiene una naturaleza fuertemente honrada. Él es el espíritu de la verdad y el honor. La deslealtad sería en él tan imposible como la decepción. Pero incluso los hombres con la mayor moral posible son extremadamente susceptibles a la influencia de la belleza física de los otros. La historia moderna, más que la historia antigua, nos dota de muchos de los más dolorosos ejemplos a lo que me refiero. Si no fuera así, obviamente, la historia sería ilegible.

Cecily.—Te ruego que me perdones, Gwendolen, ¿has dicho Ernesto?

Gwendolen.—Sí.

Cecily.—Oh, pero el señor Ernesto Worthing no es mi tutor. Lo es su hermano, su hermano mayor.

Gwendolen (*Sentándose de nuevo*).—Ernesto nunca me mencionó que tuviera un hermano.

Cecily.—Siento decirte que no han estado en muy buenos términos desde hace tiempo.

Gwendolen.—¡Ah! Eso lo explica. Y ahora que lo pienso, nunca he oído a ningún hombre hablar de su hermano. El tema parece ser de poco gusto para la mayoría de los hombres. Cecily, me has quitado un peso de encima. Estaba empezando a sentirme inquieta. Sería terrible si una nube de duda se hubiera interpuesto en nuestra amistad, ¿no es cierto? Pero claro que, ¿estás muy, muy segura de que no es el señor Ernesto Worthing tu tutor?

Cecily.—Muy segura. (*Una pausa.*) De hecho, voy a ser suya.

Gwendolen (*Inquisitivamente*).—¿Cómo has dicho?

Cecily (Muy tímida y confidencialmente).—Mi querida Gwendolen, no hay razón alguna por la que deba mantenerlo en secreto contigo. Nuestro pequeño periódico local seguramente publicará la noticia la semana que viene. El señor Ernesto Worthing y yo estamos comprometidos, nos vamos a casar.

Gwendolen (*Muy educadamente, levantándose*).—Mi querida Cecily, creo que debe haber un ligero error. El señor Ernesto Worthing está comprometido conmigo. El anuncio aparecerá en el Morning Post el sábado, como muy tarde.

Cecily (*Muy educadamente, levantándose*).—Creo que debes estar bajo algún error. Ernesto se me declaró hace diez minutos. (*La enseña el diario.*)

Gwendolen (*Examina el diario con sus impertinentes cuidadosamente*).—Es ciertamente muy curioso, ya que él me pidió que fuera su esposa ayer por la tarde, a las cinco y media. Si quieres verificar el incidente, te ruego que lo hagas. (*Saca su propio diario.*) Nunca viajo sin mi diario. Uno debería tener siempre algo sensacional para leer en el tren. Siento, querida Cecily, si es una decepción para ti, pero yo tengo prioridad.

Cecily.—Me duele mucho más de lo que te pueda decir, querida Gwendolen, si te ha causado cualquier angustia mental o física, pero me siento obligada a puntualizar que, desde que Ernesto se te declaró, ha cambiado claramente de opinión.

Gwendolen (*Meditativamente*).—Si el pobre muchacho se ha visto atrapado con cualquier loca promesa, debo considerar mi deber rescatarlo de inmediato, y con mano firme.

Cecily (*Pensativa y tristemente*).—Cualquier enredo en el que se haya visto metido mi querido Ernesto, nunca se lo reprocharé una vez que estemos casados.

Gwendolen.—¿Se refiere a mí, señorita Cardew, como a un enredo? Es usted una presuntuosa. En ocasiones como ésta, se convierte más que en un deber moral el decir lo que uno piensa. Se convierte en un placer.

Cecily.—¿Sugiere usted, señorita Fairfax, que yo he atrapado a Ernesto para que se comprometa conmigo? ¿Cómo se atreve? No es momento para llevar puesta la superficial máscara de la educación. Yo, cuando veo una espada, la llamo espada.

Gwendolen (*Satíricamente*).—Me alegro decir que yo nunca he visto una espada. Es obvio que nuestras esferas sociales son enormemente diferentes.

Entra Merriman *seguido del lacayo. Lleva una bandeja, un mantel y un salvamanteles. La presencia del servicio ejerce una influencia de contención, bajo la cual ambas muchachas se irritan.*

Merriman.—¿Puedo servir el té aquí, como habitualmente, señorita?

Cecily (*Rígidamente y con voz calmada*).—Sí, como siempre. (*Merriman empieza a despejar la mesa y pone el mantel. Una larga pausa. Cecily y Gwendolen se miran furiosamente la una a la otra.*)

Gwendolen.—¿Hay muchos paseos interesantes que dar por los alrededores, señorita Cardew?

Cecily.—¡Oh, sí! Muchos. Desde la cumbre de una de las colinas más cercanas uno puede ver cinco condados.

Gwendolen.—¡Cinco condados! No creo que me guste; odio las masas.

Cecily (*Dulcemente*).—Supongo que es por eso por lo que vive en la ciudad... (*Gwendolen se muerde el labio, y se golpea el pie nerviosamente con su parasol.*)

Gwendolen (*Mirando a su alrededor*).—Un jardín muy bien cuidado, señorita Cardew.

Cecily.—Me alegra que le guste, señorita Fairfax.

Gwendolen.—No tenía ni idea de que hubiera flores en el campo.

Cecily.—Oh, las flores son tan comunes aquí, señorita Fairfax, como lo es la gente en la ciudad.

Gwendolen.—Personalmente, no puedo imaginarme cómo puede la gente vivir en el campo, si alguien que es alguien lo pueda hacer. El campo siempre me ha aburrido mortalmente.

Cecily.—¡Ah! Eso es a lo que se refieren los periódicos cuando aluden a la depresión agraria, ¿no? Creo que la aristocracia está sufriendo mucho por este motivo en estos momentos. Es algo casi epidémico entre ellos, me han contado. ¿Puedo ofrecerle té, señorita Fairfax?

Gwendolen (*Con forzada educación*).—Gracias. (*Aparte*). ¡Qué muchacha tan detestable! ¡Pero me apetece un té!

Cecily (*Dulcemente*).—¿Azúcar?

Gwendolen (*Superficialmente*).—No, gracias. El azúcar ya no está de moda. (Cecily la mira enfadada, coge las pinzas y la echa cuatro terrones de azúcar en la taza.)

Cecily (*Severamente*).—¿Tarta o pan con mantequilla?

Gwendolen (*De forma aburrida*).—Pan con mantequilla, por favor. Las tartas ya casi no se ven en las casas de las buenas familias.

Cecily (*Corta un gran trozo de tarta y la pone en la bandeja*). Acércaselo a la señorita Fairfax.

Merriman lo hace y sale con el lacayo. Gwendolen *bebe un sorbo y hace una mueca. Deja el té de inmediato y alarga la mano para coger el pan con mantequilla, dándose cuenta que es tarta. Se levanta indignada.*

Gwendolen.—Me ha llenado el té de terrones de azúcar y, aunque le he pedido claramente pan con mantequilla, me ha servido tarta. Yo soy conocida por la gentileza de mi disposición y por la extraordinaria dulzura de mi carácter, pero le aviso, señorita Cardew, que ha ido usted demasiado lejos.

Cecily (*Levantándose*).—Para salvar a mi pobre, inocente y confiado muchacho de las maquinaciones de cualquier otra muchacha, no existen límites que no traspasaría.

Gwendolen.—Desde el momento en que la vi, desconfíe de usted. Noté que era usted falsa e indecente. Nunca me confundo en estas cuestiones. Mis primeras impresiones son invariablemente certeras.

Cecily.—Me parece, señorita Fairfax, que estoy abusando de su precioso tiempo. Sin duda alguna tendrá visitas similares que realizar en la vecindad.

Entra Jack.

Gwendolen (*Viéndole*).—¡Ernesto! ¡Mi Ernesto!

Jack.—¡Gwendolen! ¡Cariño! (*Se acerca para besarla.*)

Gwendolen (*Retirándose*).—¡Un momento! ¿Puedo preguntarte si estás comprometido en matrimonio con esta joven dama? (*Apunta a Cecily.*)

Jack (*Riéndose*).—¡Con mi querida pequeña Cecily! ¡Por supuesto que no! ¿Quién ha podido meterte semejante idea en tu preciosa cabecita?

Gwendolen.—Gracias, puedes besarme. (*Le ofrece su mejilla.*)

Cecily (*Muy dulcemente*).—Sabía que tenía que haber algún malentendido, señorita Fairfax. El caballero cuyos brazos la están estrechando su cintura ahora mismo es mi tutor, el señor John Worthing.

Gwendolen.—¿Cómo ha dicho?

Cecily.—Que es el tío Jack.

Gwendolen (*Retrocediendo*).—¡John! ¡Oh!

Entra Algernon.

Cecily.—Aquí está Ernesto.

Algernon (*Se dirige directamente a Cecily, sin ver a nadie más*). ¡Mi único amor! (*Se acerca para besarla.*)

Cecily (*Retirándose*).—¡Un momento, Ernesto! ¿Puedo preguntarte si estás comprometido en matrimonio con esta joven dama?

Algernon (*Mirando a su alrededor*).—¿Con qué joven dama? ¡Dios mío! ¡Gwendolen!

Cecily.—¡Sí, por Dios! Gwendolen, quiero decir, con Gwendolen.

Algernon (*Riéndose*).—¡Por supuesto que no! ¿Quién te ha podido meter esa idea en tu linda cabecita?

Cecily.—Gracias. (*Ofreciéndole su mejilla para que se la bese.*) Puedes besarme. (*Algernon la besa.*)

Gwendolen.—Supuse que tenía que haber un ligero error, señorita Cardew. El hombre que la está abrazando es mi primo, el señor Algernon Moncrieff.

Cecily (*Separándose de Algernon*).—¡Algernon Moncrieff! ¡Oh! (*Las dos muchachas se acercan y se abrazan por la cintura, como protegiéndose.*) ¿Te llamas Algernon?

Algernon.—No puedo negarlo.

Cecily.—¡Oh!

Gwendolen.—¿Es realmente John tu nombre?

Jack (*Muy orgullosamente*).—Podría negarlo si quisiera. Podría negar cualquier cosa que quisiera. Pero mi nombre ciertamente es John. Ha sido John durante años.

Cecily (*A Gwendolen*).—Nos habéis dado a ambas una gran decepción.

Gwendolen.—¡Mi pobre y herida Cecily!

Cecily.—¡Mi pobre y desventurada Gwendolen!

Gwendolen (*Lenta y seriamente*).—¿Me llamarás hermana, verdad? (Se abrazan. Jack y Algernon caminan de un lado a otro, murmurando.)

Cecily (*Alegremente*).—Sólo hay una cuestión que me gustaría que se me permitiese preguntar a mi tutor.

Gwendolen.—¡Una idea admirable! Señor Worthing, hay una cuestión que me gustaría que se le pudiera preguntar ¿Dónde se encuentra su hermano Ernesto en la actualidad? Ambas hemos dado palabra de casamiento a su hermano; así que nos interesa saber dónde se encuentra actualmente su hermano Ernesto.

Jack (*De forma lenta y vacilando*).—Gwendolen, Cecily. Es muy doloroso para mí verme forzado a decir la verdad. Ésta es la primera vez en mi vida en la que he sido expuesto a esta situación tan dolorosa, soy bastante inexperto en hacer algo de este estilo. De todos modos, os diré francamente que no tengo ningún hermano llamado Ernesto. Nunca he tenido ningún hermano. No lo he tenido en mi vida y no tengo la más mínima intención de tener uno en el futuro.

Cecily (*Sorprendida*).—¿Ningún hermano?

Jack (*Alegremente*).—¡Ninguno!

Gwendolen (*Severamente*).—¿Nunca has tenido ningún hermano, de ningún tipo?

Jack (*Complacidamente*).—Nunca, de ningún tipo.

Gwendolen.—Me temo que está bastante claro, Cecily, que no estamos comprometidas con nadie en matrimonio.

Cecily.—No es una situación muy agradable para una muchacha encontrarse de repente así. ¿No es cierto?

Gwendolen.—Permítannos entrar en la casa. Difícilmente se aventurarán a seguirnos ahí.

Cecily.—Ningún hombre es tan cobarde, ¿verdad?

Se retiran a la casa de forma altanera.

Jack.—Este terrible estado de cosas es lo que tú llamarías bunburismo, ¿no es así?

Algernon.—Sí, y es un bunburineo perfectamente maravilloso. El más maravilloso que jamás haya tenido en mi vida.

Jack.—Bueno, no tienes derecho de todos modos a hacer bunburismo aquí.

Algernon.—Eso es absurdo. Uno tiene el derecho a bunburinear en cualquier lugar que quiera. Incluso los bunburistas más serios saben esto.

Jack.—¡Serios bunburistas! ¡Dios mío!

Algernon.—Bueno, uno debe ser serio con algo, si uno quiere tener algo de diversión en su vida. Ocurre que soy serio con el bunburismo. Con qué puedes ser tú serio en esta vida, no tengo ni la más remota idea. Al menos, eso me imagino. Tienes una naturaleza tan absolutamente ridícula...

Jack.—Bueno, la única pequeña satisfacción que tengo con este miserable asunto es que tu amigo Bunbury está bastante explotado. No creo que puedas correr al campo tan a menudo como solías hacer, querido Algy. Eso está muy bien.

Algernon.—Tu hermano está un poco desmejorado, ¿no es cierto, querido Jack? No podrás irte a la ciudad tan frecuentemente como la mala costumbre que tenías. No está tampoco nada mal.

Jack.—Y por lo que se refiere a tu conducta con la señorita Cardew, debo decir que engañar a una dulce, simple e inocente muchacha es inexcusable. Sin mencionar el hecho de que ella es mi pupila.

Algernon.—No veo ningún tipo de excusa para tu engaño a una brillante, inteligente y experimentada joven dama como la señorita Fairfax, por no mencionar el hecho de que ella es mi prima.

Jack.—Quería comprometerme con ella, eso es todo. La amo.

Algernon.—Bueno, yo simplemente quería comprometerme con Cecily, la adoro.

Jack.—No tienes ninguna posibilidad de casarte con la señorita Cardew.

Algernon.—No creo que haya ninguna probabilidad, Jack, de que tú y la señorita Fairfax os unáis.

Jack.—Bueno, ése no es asunto tuyo.

Algernon.—Si fuera asunto mío, no hablaría de ello. (*Empieza a comer panecillos tostados.*) Es muy vulgar hablar de los asuntos de uno. Sólo la gente como los corredores de bolsa lo hacen, y sólo en las cenas de invitados.

Jack.—¿Cómo puedes sentarte ahí, comiendo panecillos, cuando

estamos en este aprieto tan terrible? No me lo puedo ni imaginar. Pareces no tener corazón.

Algernon.—Bueno, no puedo comer panecillos atragantándome. Probablemente me mancharía de mantequilla los puños. Uno siempre debe comer panecillos sosegadamente. Es la única manera de comerlos.

Jack.—Lo que digo es que es totalmente desalmado comer panecillos de cualquier manera, bajo estas circunstancias.

Algernon.—Cuando tengo problemas, comer es lo único que me consuela. De hecho, cuando tengo verdaderos problemas, como cualquiera que me conozca íntimamente podrá decirte, rechazo todo aquello que no sea ni comida ni bebida. Ahora mismo como panecillos porque soy muy infeliz. Además, adoro los panecillos. (*Levantándose.*)

Jack (*Levantándose*).—Bueno, no hay motivo alguno por el que debas comértelos todos de forma tan glotona. (*Le quita los panecillos a Algernon.*)

Algernon (*Ofreciéndole tarta*).—Desearía que te comieses la tarta en su lugar. A mí no me gusta la tarta.

Jack.—¡Por el amor de Dios! Supongo que un hombre puede comer sus propios panecillos en su jardín.

Algernon.—Pero acabas de decir que es totalmente desalmado comer panecillos.

Jack.—He dicho que lo era de tu parte, en estas circunstancias. Eso es algo muy distinto.

Algernon.—Puede serlo. Pero los panecillos son los mismos. (*Le quita el plato de los panecillos a Jack.*)

Jack.—Desearía que te marcharas.

Algernon.—No puedes pedirme que me marche sin cenar. Es absurdo. Nunca me marcho sin cenar. Nadie lo hace nunca, excepto los vegetarianos y gente por el estilo. Además, acabo de hablar con el doctor Chasuble para que me bautice a las seis menos cuarto, con el nombre de Ernesto.

Jack.—Mi querido amigo, cuanto antes abandones esa tonta idea, mejor. Yo he concertado esta mañana con el doctor Chasuble el que me bautice a las cinco y media, y, naturalmente, con el nombre de Ernesto. No nos podemos bautizar los dos con el nombre de Ernesto. Es ridículo. Además, tengo perfecto derecho a bautizarme si quiero. No hay ninguna prueba de que nadie me haya bautizado con anterioridad.

Debo pensar que es extremadamente probable que nunca lo haya sido, y así lo piensa también el doctor Chasuble. Es enteramente distinto en tu caso. Tú ya estás bautizado.

Algernon.—Sí, pero hace años que no me bautizo.

Jack.—Sí, pero ya estás bautizado. Eso es lo que cuenta.

Algernon.—Puede ser, pero sé que mi constitución puede soportarlo. Si no estás muy seguro de haber sido bautizado con anterioridad, debo decir que creo que hacerlo ahora es muy peligroso para ti. Puede que te siente mal. No puedes haber olvidado que alguien muy cercano a ti casi muere esta semana en París debido a un grave resfriado.

Jack.—Sí, pero tú me dijiste que un grave resfriado no es hereditario.

Algernon.—No solía serlo, lo sé; pero me atrevería a decir que ahora sí lo es. La ciencia siempre está haciendo maravillosos progresos.

Jack*Cogiendo el plato de los panecillos*).—Oh, eso es una tontería, siempre dices tonterías.

Algernon.—¡Jack, te estás comiendo los panecillos otra vez! Quisiera que no lo hicieras. Sólo quedan dos. (*Los coge.*) Te he dicho que me encantan los panecillos.

Jack.—Pero es que odio la tarta.

Algernon.—Entonces, ¿por qué permites que se sirva tarta a tus invitados? ¡Qué ideas tienes sobre la hospitalidad!

Jack.—¡Algernon! Ya te he dicho que te vayas. No quiero que estés aquí más tiempo. ¿Cuándo acabarás de irte?

Algernon.—¡Aún no he terminado mi té! Y todavía queda un panecillo. (*Jack gruñe y se hunde en la silla. Algernon continúa comiendo.*)

ACTO TERCERO

Escena: Salón de la casa Manor. GWENDOLEN *y* CECILY *están en la ventana, mirando hacia el jardín.*

GWENDOLEN.—El hecho de que no nos hayan seguido al instante hacia la casa, como cualquiera hubiera hecho, me parece que demuestra que aún les queda sentido del ridículo.

CECILY.—Han estado comiendo panecillos. Eso parece como arrepentimiento.

GWENDOLEN (*Después de una pausa*).—No parecen darse cuenta de que estamos aquí. ¿No podrías toser?

CECILY.—Pero es que no tengo ganas de toser.

GWENDOLEN.—¡Nos están mirando! ¡Qué descaro!

CECILY.—Se están acercando. Es muy atrevido de su parte.

GWENDOLEN.—Mantengámonos en un silencio dignificante.

CECILY.—Ciertamente. Es lo único que podemos hacer ahora.

Entra JACK *seguido de* ALGERNON. *Van silbando una canción popular terrible, de una ópera inglesa.*

GWENDOLEN.—Este digno silencio parece producir un efecto desagradable.

CECILY.—Sí, muy desagradable.

GWENDOLEN.—Pero no vamos a ser las primeras en hablar.

CECILY.—Claro que no.

GWENDOLEN.—Señor Worthing, tengo algo muy concreto que preguntarle. Mucho depende de su respuesta.

Cecily.—Gwendolen, tu sentido común es inestimable. Señor Moncrieff, le ruego que me conteste a la siguiente pregunta: ¿Por qué pretendió ser el hermano de mi tutor?

Algernon.—Para poder tener la oportunidad de conocerte.

Cecily (*A Gwendolen*).—Me parece una respuesta satisfactoria, ¿no crees?

Gwendolen.—Sí, querida, si puedes creerle.

Cecily.—No le creo. Pero eso no afecta a la maravillosa belleza de su respuesta.

Gwendolen.—Cierto. En los asuntos de grave importancia, el estilo, y no la sinceridad, es vital. Señor Worthing, ¿qué explicación puede ofrecerme haciéndome creer que tenía un hermano? ¿Fue para poder tener la oportunidad de ir a verme a la ciudad tan a menudo como le fuera posible?

Jack.—¿Puede siquiera dudarlo, señorita Fairfax?

Gwendolen.—Tengo grandes dudas al respecto. Pero pretendo destruirlas. No es momento para el escepticismo típico alemán. (*Yendo hacia Cecily.*) Sus explicaciones parecen bastante satisfactorias, especialmente la del señor Worthing. Me parece que lleva impresa el sello de la verdad.

Cecily.—Yo estoy más que contenta con lo que ha dicho el señor Moncrieff. Sólo con su voz inspira absoluta credibilidad.

Gwendolen.—Entonces, ¿piensas que debemos perdonarlos?

Cecily.—Sí. Quiero decir, no.

Gwendolen.—¡Cierto! Lo había olvidado. Hay principios que están en juego a los que uno no se puede rendir. ¿Cuál de nosotras debería decírselo? No es una tarea agradable.

Cecily.—¿No podemos decírselo las dos a la vez?

Gwendolen.—¡Una idea excelente! Siempre hablo a la vez que otras personas. ¿Quieres que marque el paso?

Cecily.—Muy bien. (*Gwendolen marca el paso levantando un dedo.*)

Gwendolen y Cecily (*Hablando a la vez*).—Vuestros nombres de pila siguen siendo una barrera insuperable. ¡Eso es todo!

Jack y Algernon (*Hablando a la vez*).—¡Nuestros nombres de pila! ¿Eso es todo? Pero si nos vamos a bautizar esta tarde...

Gwendolen (*A Jack*).—¿Estás dispuesto a hacer eso tan espantoso por mí?

Jack.—Lo estoy.

Cecily (*A Algernon*).—¿Estás preparado a enfrentarte a esa horrorosa experiencia para satisfacerme?

Algernon.—¡Lo estoy!

Gwendolen.—¡Qué absurdo hablar de la igualdad de sexos! Cuando se refiere a temas de autosacrificio, los hombres están totalmente por encima de nosotras.

Jack.—Lo estamos. (*Choca la mano con Algernon.*)

Cecily.—Tienen momentos de coraje físico de los que nosotras las mujeres no sabemos nada.

Gwendolen (*A Jack*).—¡Cariño!

Algernon (*A Cecily*).—¡Cariño! (Caen las unas en brazos de los otros.)

Entra Merriman. *Cuando entra, tose fuertemente, al ver la situación.*

Merriman.—¡Ejem, ejem! Lady Bracknell.

Jack.—¡Dios mío!

Entra Lady Bracknell. *Las parejas se separan, alarmadas.* Merriman *sale.*

Lady Bracknell.—¡Gwendolen! ¿Qué significa esto?

Gwendolen.—Simplemente que estoy comprometida en matrimonio con el señor Worthing, mamá.

Lady Bracknell.—Ven aquí. Siéntate. De inmediato. La indecisión, de cualquier tipo, es signo de decadencia mental en los jóvenes y de debilidad física en los mayores. (*Se gira hacia Jack.*) Informada de la repentina huida de mi hija por su fiel criada, cuya confianza he comprado con una pequeña moneda, la he seguido hasta aquí de inmediato, en un tren de mercancías. Su infeliz padre está, me alegra decirle, bajo la creencia de que está atendiendo una clase más larga de lo habitual en la universidad en un proyecto extenso sobre la influencia del ingreso permanente de la intención. No me propongo desengañarle. De hecho, nunca le he desengañado de nada. Lo considero erróneo. Pero, por supuesto, entenderá claramente que toda comunicación entre usted y mi

hija debe cesar inmediatamente desde ahora mismo. En este punto, como en todos los puntos, me mantendré firme.

Jack.—Estoy comprometido en matrimonio con Gwendolen, lady Bracknell.

Lady Bracknell.—Usted no lo está ni nada que se le parezca, señor. Y eso me recuerda ¡Algernon!... ¡Algernon!

Algernon.—Sí, tía Augusta.

Lady Bracknell.—¿Puedo preguntar si es en esta casa donde reside tu amigo inválido, el señor Bunbury?

Algernon (*Tartamudeando*).—¡Oh, no! Bunbury no vive aquí. Bunbury está ahora mismo en otro lugar. De hecho, Bunbury está muerto.

Lady Bracknell.—¡Muerto! ¿Cuándo ha muerto el señor Bunbury? Su muerte ha debido ser extremadamente repentina.

Algernon (*Muy a la ligera*).—¡Oh, he matado a Bunbury esta tarde! Quiero decir, el pobre Bunbury murió esta tarde.

Lady Bracknell.—¿De qué ha muerto?

Algernon.—¿Bunbury? Oh, estaba reventado.

Lady Bracknell.—¿Reventado? ¿Ha sido víctima de una atrocidad revolucionaria? No estaba enterada de que al señor Bunbury le interesara el derecho social. Si así era, le está bien empleado su castigo, por morboso.

Algernon.—Mi querida tía Augusta, ¡quiero decir que fue hallado! Los doctores hallaron que Bunbury no podía vivir, eso es lo que quiero decir; así que Bunbury murió.

Lady Bracknell.—Parece que tienes gran confianza en la opinión de tus doctores. Estoy contenta, no obstante, de que te hayas decidido al fin a actuar de manera definitiva, y de que hayas actuado bajo control médico. Y ahora que finalmente nos hemos deshecho del señor Bunbury, ¿puedo preguntar, señor Worthing, quién es esa joven cuya mano sostiene mi sobrino Algernon, en lo que a mí me parece de una forma innecesaria?

Jack.—Esa dama es la señorita Cardew, mi pupila. (*Lady Bracknell saluda fríamente a Cecily.*)

Algernon.—Estoy comprometido en matrimonio con Cecily, tía Augusta.

Lady Bracknell.—¿Qué es lo que has dicho?

Cecily.—El señor Moncrieff y yo estamos comprometidos en matrimonio, lady Bracknell.

Lady Bracknell (*Estremeciéndose, yendo hacia el sofá y sentándose*).—No sé si es que hay algo peculiarmente excitante en esta particular parte de Hertfordshire, pero el número de circunstancias que ocurren me parece considerablemente superior a la media que las estadísticas han arrojado para guiarnos. Creo que una investigación preliminar por mi parte no estará fuera de lugar. Señor Worthing, ¿está la señorita Cardew conectada en modo alguno con algunas de las grandes estaciones ferroviarias de Londres? Sólo deseo información. Hasta ayer no tenía ni idea de que hubiera familias o personas cuyo origen sea una terminal.

Jack *se halla totalmente furioso, pero se contiene.*

Jack (*Con voz clara y fría*).—La señorita Cardew es la nieta del difunto señor Thomas Cardew, con residencia en el ciento cuarenta y nueve de Belgrave Square, Londres; así como en Gervase Park, Dorking, Surrey, y The Sporran, Fifeshire, Escocia.

Lady Bracknell.—Eso no suena insatisfactorio. Tres direcciones siempre inspiran confianza, incluso en los vendedores. ¿Pero qué otra prueba tiene de su autenticidad?

Jack.—He guardado cuidadosamente las pruebas del empadronamiento de la época. Las tiene a su disposición para inspeccionarlas, lady Bracknell.

Lady Bracknell (*Sombríamente*).—He oído de grandes errores en esa publicación.

Jack.—Los abogados de la señorita Cardew son Markby, Markby y Markby.

Lady Bracknell.—¿Markby, Markby y Markby? Una firma con una alta posición en su profesión. No obstante, me han comentado que uno de los señores Markby ha sido visto ocasionalmente en fiestas. Hasta aquí estoy satisfecha.

Jack (*Muy irritado*).—¡Qué extremadamente cortés por su parte, lady Bracknell! También tengo en mi posesión, le gustará oírlo, los certificados de nacimiento, bautismo, de la tos ferina, registro, vacunación, confirmación y el sarampión de la señorita Cardew, esto último en las variantes inglesa y alemana.

Lady Bracknell.—¡Ah! Una vida repleta de incidentes, ya veo; aunque quizá de algún modo demasiado excitante para una muchacha. Yo misma no estoy a favor de experiencias prematuras. (Se levanta, mirando su reloj.) ¡Gwendolen! Se acerca la hora de irnos. No tenemos un momento que perder. Como cuestión de forma, señor Worthing, debo preguntar si la señorita Cardew dispone de alguna fortuna.

Jack.—¡Oh! Alrededor de unas ciento treinta mil libras esterlinas en los fondos. Eso es todo. Adiós, lady Bracknell.

Lady Bracknell (*Sentándose de nuevo*).—Un momento, señor Worthing. ¡Ciento treinta mil libras esterlinas! ¡Y en fondos! Señorita Cardew, me parece una joven dama muy atractiva, ahora que la miro bien. Pocas muchachas en la actualidad tienen cualidades sólidas, cualidades que duran y que mejoran con el tiempo. Vivimos, siento decirlo, en una época de superficialidades. (*A Cecily.*) Acércate, querida. (*Cecily se acerca.*) ¡Qué muchacha más bonita! Tu traje es tristemente simple y tu pelo parece casi como si la Naturaleza te hubiera dotado con él. Pero esto tiene un fácil arreglo. Una muchacha francesa profundamente experimentada produce un maravilloso resultado en un corto espacio de tiempo. Recuerdo que le recomendé una a la joven lady Lancing, y después de tres meses ni su propio esposo la reconocía.

Jack.—Y después de seis meses nadie.

Lady Bracknell (*Mira furiosamente a Jack durante un minuto. Luego se vuelve a Cecily con una sonrisa fingida*).—Gírate suavemente, dulce niña. (*Cecily se gira completamente.*) No, la vista lateral es lo que quiero. (*Cecily se pone de perfil.*) Sí, como esperaba. Hay posibilidades sociales en tu perfil. Los dos puntos débiles en nuestra época son su deseo de principios y su deseo de perfiles. La barbilla un poco más alta, querida. El estilo depende mucho de la manera en cómo se lleve la barbilla. La moda actual es llevarla muy alta. ¡Algernon!

Algernon.—¡Sí tía Augusta!

Lady Bracknell.—Hay posibilidades de distinción social en el perfil de la señorita Cardew.

Algernon.—Cecily es la más dulce, la más querida y bella muchacha en el mundo entero. No me importan un comino las posibilidades sociales.

Lady Bracknell.—Nunca hables irrespetuosamente de la sociedad, Algernon. Sólo la gente que no puede entrar en ella lo hace. (*A Cecily.*) Querida niña, me imagino que sabes que Algernon depende únicamente de sus deudas para vivir. Pero no apruebo matrimonios mercenarios. Cuando me casé con lord Bracknell yo no tenía ninguna fortuna. Pero no dejé en ningún momento que eso se interpusiera en mi camino. Bueno, supongo que debo dar mi consentimiento.

Algernon.—Gracias, tía Augusta.

Lady Bracknell.—¡Cecily, puedes besarme!

Cecily (*La besa*).—Gracias, lady Bracknell.

Lady Bracknell.—También tú puedes llamarme tía Augusta de ahora en adelante.

Cecily.—Gracias, tía Augusta.

Lady Bracknell.—El matrimonio, por lo que yo creo, debe realizarse pronto.

Algernon.—Gracias, tía Augusta.

Cecily.—Gracias, tía Augusta.

Lady Bracknell.—Hablando con franqueza, no estoy a favor de los noviazgos largos. Le dan oportunidad a la gente a conocer el carácter del otro antes del matrimonio, lo cual creo que no es recomendable.

Jack.—Le pido perdón por interrumpirla, lady Bracknell, pero este compromiso está fuera de discusión. Yo soy el tutor de la señorita Cardew, y ella no puede casarse sin mi consentimiento hasta que alcance la mayoría de edad. Y ese consentimiento me niego a darlo.

Lady Bracknell.—¿Bajo qué motivos, si puedo preguntarlo? Algernon es un extremadamente, incluso podría decir ostentosamente, buen partido. Él no tiene nada, pero lo parece todo. ¿Qué más puede desear?

Jack.—Me duele mucho hablarle francamente, lady Bracknell, sobre su sobrino, pero lo cierto es que no apruebo en absoluto su carácter moral. Me temo que él no es honrado. (Algernon y Cecily le miran con indignación atónita.)

Lady Bracknell.—¡No es honrado! ¡Mi sobrino Algernon! ¡Imposible! ¡Él, que es un alumno de Oxford!

Jack.—Me temo que no cabe duda posible sobre este asunto. Este mediodía, durante mi ausencia temporal en Londres para un asunto romántico importante, se ganó la entrada a mi casa por medio de la falsa pretensión de ser mi hermano. Bajo un nombre asumido se bebió, me acaba de informar mi mayordomo, una botella de pinta entera de mi Perrier-Jouet Brut del 89, vino que estaba guardando especialmente para mí. Continuando con su desgraciada decepción, tuvo éxito en el curso de la tarde en alejar de mí el afecto de mi única pupila. Subsecuentemente, se ha quedado a tomar el té y ha devorado todos los panecillos. Y lo que convierte su conducta en desalmada es que él era totalmente consciente desde el principio de que no tengo ningún hermano, de que nunca lo he tenido y de que no tengo la intención de tener ningún hermano, de ninguna clase. Se lo dije muy claramente yo mismo ayer por la tarde.

Lady Bracknell.—¡Ejem! señor Worthing, después de considerarlo cuidadosamente, he decidido pasar por alto la conducta de mi sobrino hacia usted.

Jack.—Es muy generoso por su parte, lady Bracknell. Pero mi decisión es inalterable. Deniego mi consentimiento.

Lady Bracknell (*A Cecily*).—Ven aquí, mi querida niña. (*Cecily se acerca*). ¿Cuántos años tienes, querida?

Cecily.—Bueno, realmente tengo dieciocho años, pero siempre digo veinte cuando voy a las fiestas.

Lady Bracknell.—Tienes todo el derecho a hacer una ligera alteración. Obviamente, ninguna mujer debe nunca ser exacta con su edad. Parece tan calculador... (*De forma meditativa.*) Dieciocho años, pero veinte en las fiestas. Bueno, no pasará mucho tiempo antes de que seas mayor de edad y quedes libre de las restricciones del tutelaje. Así que no pienso que el consentimiento de tu tutor sea, después de todo, una cuestión de importancia.

Jack.—Le ruego que me disculpe, lady Bracknell, por interrumpir de nuevo, pero me parece justo decirla que, de acuerdo con los términos del último deseo de su abuelo, la señorita Cardew no será legalmente mayor de edad hasta que cumpla los treinta y cinco años.

Lady Bracknell.—Eso no me parece una grave objeción. Tener treinta y cinco años es tener una edad muy atractiva. La sociedad londinense está repleta de mujeres de las más altas cunas que se han quedado, por decisión propia y libremente, en los treinta y cinco. Lady Dumbleton, por ejemplo, que yo sepa, tiene treinta y cinco años desde que llegó a los cuarenta, lo cual ocurrió hace muchos años. Así que no

veo el motivo por el que nuestra querida Cecily no sea aún más atractiva cuando alcance la edad que ha mencionado que en el presente. Habrá acumulado muchas más propiedades.

Cecily.—Algy, ¿podrás esperarme hasta los treinta y cinco?

Algernon.—Por supuesto que podré, Cecily. Sabes que podría hacerlo.

Cecily.—Sí, lo sentí instintivamente, pero yo no podría esperar todo ese tiempo. Odio esperar incluso cinco minutos a cualquiera. Siempre me pone de bastante mal humor. Yo no soy puntual, pero me gusta la puntualidad en los demás y esperar, incluso aún para casarme, está fuera de toda consideración.

Algernon.—Entonces, ¿qué podemos hacer, Cecily?

Cecily.—No lo sé, señor Moncrieff.

Lady Bracknell.—Mi querido señor Worthing, como ha constatado la señorita Cecily que no puede esperar hasta los treinta y cinco, una observación que, me veo obligada a decir, me parece que demuestra una naturaleza algo impaciente, le rogaría que reconsiderase su decisión.

Jack.—Pero, mi querida lady Bracknell, la solución del problema está por entero en sus manos. En el momento en que consienta mi matrimonio con Gwendolen, me alegraré mucho en consentir que su sobrino forme una alianza con mi pupila.

Lady Bracknell (*Levantándose y acercándosele*).—Usted debe saber que lo que me propone está totalmente fuera de toda consideración.

Jack.—Entonces, todo lo que nos queda esperar a todos nosotros es un apasionado celibato.

Lady Bracknell.—Ése no es el destino que me propongo para Gwendolen. Algernon, por supuesto, puede elegir por sí mismo. (*Saca su reloj.*) Vamos, querida. (*Gwendolen se levanta.*) Ya hemos perdido cinco trenes, si no hemos perdido seis. Perder uno más puede exponernos a comentarios en el andén.

Entra el doctor Chasuble.

Chasuble.—Todo está listo para los bautizos.

Lady Bracknell.—¡Los bautizos, señor! ¿No es algo prematuro?

Chasuble (*Pareciendo muy confundido y apuntando a Algernon y a Jack*).—Estos dos caballeros han expresado su deseo de ser bautizados de inmediato.

Lady Bracknell.—¿A su edad? ¡La sola idea es grotesca e irreligiosa! Algernon, te prohíbo que te bautices. No quiero oír tales excesos. Lord Bracknell estará altamente descontento si se entera del modo en que gastas tu tiempo y tu dinero.

Chasuble.—¿Eso quiere decir que no hay bautizos esta tarde?

Jack.—No creo, tal como están las cosas ahora, que sea una práctica valiosa para ninguno de nosotros, doctor Chasuble.

Chasuble.—Me desconsuela oír tales sentimientos de usted, señor Worthing; son del gusto de los puntos de vista de los anabaptistas, puntos de vista que yo he refutado completamente en cuatro de mis sermones inéditos. De todas formas, como su presente estado de ánimo parece ser peculiarmente secular, me vuelvo de inmediato a la iglesia. Además, acabo de ser informado por el sacristán que, durante la última hora y media, la señorita Prism me está esperando en la sacristía.

Lady Bracknell (*Estremeciéndose*).—¡Señorita Prism! ¿Le he oído mencionar a la señorita Prism?

Chasuble.—Sí, lady Bracknell. Voy de camino para reunirme con ella.

Lady Bracknell.—Le ruego que me permita detenerle un momento. Este asunto puede ser de vital importancia para lord Bracknell y para mí. ¿Es esta señorita Prism una mujer de aspecto repelente, conectada remotamente con la educación?

Chasuble (*Algo indignado*).—Ella es una de las damas más cultivadas que conozco, y el vivo retrato de la respetabilidad.

Lady Bracknell.—Es, sin duda alguna, la misma persona. ¿Puedo preguntar qué posición es la que ocupa en su casa?

Chasuble.—Soy célibe, señora.

Jack (*Entremetiéndose*).—La señorita Prism, lady Bracknell, ha sido durante los tres últimos años la estimada institutriz de la señorita Cardew, además de una valiosa compañera.

Lady Bracknell.—Por lo que estoy oyendo, debo verla lo antes posible. Manden a buscarla.

Chasuble (*Mirando hacia fuera*).—Aquí llega. Se está acercando.

Entra la Señorita Prism *atropelladamente.*

Señorita Prism.—Me habían dicho que me estaba esperando usted en la sacristía, señor canónigo. He estado esperándole allí durante una hora y tres cuartos. (*Ve a lady Bracknell, fijándose en ella con una mirada cruel. La señorita Prism se vuelve pálida y se aterra. Mira ansiosamente a su alrededor, como si quisiera huir.*)

Lady Bracknell (*Con voz severa y judicial*).—¡Prism! (*La señorita Prism inclina su cabeza avergonzada.*) ¡Ven aquí, Prism! (*La señorita Prism se le acerca humildemente.*) ¡Prism! ¿Dónde está ese bebé? (*Consternación general. El canónigo retrocede con horror. Algernon y Jack pretenden proteger a Gwendolen y Cecily para que no se enteren de los detalles de un escándalo público.*) Hace veintiocho años, Prism, abandonaste la casa de lord Bracknell, el número ciento cuatro de la calle Upper Grosvenor, a cargo de un cochecito que contenía un bebé varón. Nunca regresaste. Una semana más tarde, tras arduas investigaciones por parte de la policía, el cochecito fue descubierto a media noche, solo, en una esquina de Bayswater. Contenía el manuscrito de una novela en tres volúmenes de un sentimentalismo más repugnante de lo usual. (*La señorita Prism se sobresalta con involuntaria indignación.*) Pero el bebé no estaba allí. (*Todo el mundo mira a la señorita Prism.*) ¡Prism! ¿Dónde está ese bebé? (*Hace una pausa.*)

Señorita Prism.—Lady Bracknell, admito con vergüenza que no lo sé. Desearía saberlo. Los verdaderos hechos del caso son los siguientes: En la mañana del día que usted ha mencionado, un día grabado para siempre en mi memoria, preparé al bebé como de costumbre para salir en su cochecito. También llevaba conmigo una vieja y amplia bolsa de mano en la que tenía la intención de meter el manuscrito de una obra de ficción que había escrito en las pocas horas de ocio que tenía. En un momento de abstracción mental, por el que nunca podré perdonarme a mí misma, puse el manuscrito en el carrito y al bebé en la bolsa.

Jack (*Que ha estado escuchando atentamente*).—¿Pero dónde depositó usted la bolsa?

Señorita Prism.—No me lo pregunte, señor Worthing.

Jack.—Señorita Prism, es una cuestión no poco importante para mí. Insisto en saber dónde depositó la bolsa que contenía a aquel infante.

Señorita Prism.—La dejé en la consigna de una de las estaciones de tren más grandes de Londres.

Jack.—¿En cuál?

Señorita Prism (*Muy abatida*).—Victoria. En la línea de Brighton. (*Se hunde en una silla.*)

Jack.—Debo retirarme a mi habitación un momento. Gwendolen, espérame aquí.

Gwendolen.—Si no tardas mucho, te esperaré aquí toda mi vida.

Sale Jack *muy excitado.*

Chasuble.—¿Qué cree que pueda significar esto, lady Bracknell?

Lady Bracknell.—No me atrevo a sospecharlo, doctor Chasuble. No necesito decirle que en las familias de alta posición, las extrañas coincidencias no deben ocurrir. Pero casi nunca se respeta esta regla.

Se oye ruido sobre sus cabezas, como si alguien estuviera lanzando baúles. Todos miran hacia arriba.

Cecily.—El tío Jack parece agitado en extremo.

Chasuble.—Su tutor tiene una naturaleza muy emocional.

Lady Bracknell.—Este ruido es totalmente desagradable. Suena como si estuviera manteniendo una discusión. No me gustan las discusiones de ningún tipo. Son siempre vulgares y, a veces, convincentes.

Chasuble (*Mirando hacia arriba*).—Ha parado. (*Se redobla el ruido.*)

Lady Bracknell.—Me gustaría que llegase a alguna conclusión.

Gwendolen.—Este suspense es terrible. Espero que no dure.

Entra Jack *con una bolsa de piel negra en sus manos.*

Jack (*Corriendo hacia la señorita Prism*).—¿Es ésta la bolsa, señorita Prism? Examínela cuidadosamente antes de hablar. La felicidad en la vida de más de una persona depende de su respuesta.

Señorita Prism (*Despacio*).—Parece la mía. Sí, aquí está el rasguño que se hizo cuando subía a un ómnibus en la calle Grover, en días de mayor juventud y felicidad. Y aquí está la mancha causada por una bebida caliente en el forro. Eso ocurrió en Leamington. Y aquí, en la cerradura, están mis iniciales. Se me había olvidado que en un arranque de extravagancia las hice colocar en ese lugar. La bolsa es, sin lugar a duda, mía. Estoy encantada de que se me devuelva de una manera tan inesperada. Ha sido un gran inconveniente el estar sin ella durante todos estos años.

Jack (*Con voz patética*).—Señorita Prism, hoy se le ha devuelto algo más que la bolsa. Yo era el bebé que estaba en ella.

Señorita Prism (*Sorprendida*).—¿Usted?

Jack (Abrazándola).—¡Sí... madre!

Señorita Prism (*Retrocediendo asombrada y enojada*).—¡Señor Worthing, soy soltera!

Jack.—¡Soltera! No niego que eso sea un golpe considerable. Pero, después de todo, ¿quién tiene derecho a lanzar piedras a alguien que ha sufrido? ¿No puede el arrepentimiento borrar cualquier acto de locura? ¿Por qué debe haber una ley para los hombres y otra para las mujeres? Madre, te perdono. (*Intenta abrazarla de nuevo.*)

Señorita Prism (*Aún indignada*).—Señor Worthing, hay un error. (*Señalando a lady Bracknell*).—Ahí está la dama que puede decirle quién es usted realmente.

Jack (*Tras una pausa*).—Lady Bracknell, odio ser inquisitivo pero, ¿podría ser usted tan amable de informarme quién soy?

Lady Bracknell.—Me temo que las noticias que tengo que darte no te van a gustar del todo. Tú eres hijo de mi pobre hermana, la señora Moncrieff, y, por consiguiente, el hermano mayor de Algernon.

Jack.—¡El hermano mayor de Algy! Así que después de todo, tengo un hermano. ¡Sabía que tenía un hermano! ¡Siempre supe que tenía un hermano! Cecily, ¿cómo has podido dudar alguna vez que tenía un hermano? (*Coge a Algernon.*) Doctor Chasuble, mi desafortunado hermano. Cecily, mi desafortunado hermano. Gwendolen, mi desafortunado hermano. Algy, canalla, tendrás que tratarme con mayor respeto en el futuro. No te has comportado conmigo como un hermano en toda tu vida.

Algernon.—Bueno, no hasta hoy, viejo amigo, debo admitirlo. Lo he hecho lo mejor que he podido, aunque no tengo experiencia. (*Chocan las manos.*)

Gwendolen (*A Jack*).—¡Mi único amor! ¿Pero qué único? ¿Cuál es tu nombre de pila ahora que eres otra persona?

Jack.—¡Dios mío...! Había olvidado ese punto. Tu decisión en el tema de mi nombre es irrevocable, ¿supongo?

Gwendolen.—Nunca cambio, excepto en mis afectos.

Cecily.—¡Qué naturaleza tan noble tienes, Gwendolen!

Jack.—Entonces esta cuestión debe ser aclarada ahora mismo. Tía Augusta, un momento. Cuando la señorita Prism me dejó en la bolsa, ¿ya había sido bautizado?

Lady Bracknell.—Todos los lujos que el dinero podía comprar, incluido el bautizo. Tus cariñosos y amantes padres te habían colmado de todo.

Jack.—¡Entonces fui bautizado! Eso está aclarado. Ahora, ¿qué nombre me pusieron? Estoy preparado para oír lo peor.

Lady Bracknell.—Siendo el hijo mayor, naturalmente se te bautizó con el nombre de tu padre.

Jack (*Irritadamente*).—Sí, ¿pero cuál era el nombre de pila de mi padre?

Lady Bracknell (*Meditativamente*).—Ahora mismo no puedo acordarme del nombre de pila del general. Pero no tengo duda alguna que tenía uno. Él era excéntrico, lo admito. Pero sólo en sus últimos años. Y eso fue el resultado de años soportando el clima de la India, y el matrimonio, y las indigestiones, y otras cosas por el estilo.

Jack.—¡Algy! ¿No puedes recordar cuál era el nombre de pila de nuestro padre?

Algernon.—Mi querido hermano, nunca nos hablamos. Murió antes de que yo tuviera un año.

Jack.—Su nombre aparecerá en la lista del ejército de la época, ¿no, tía Augusta?

Lady Bracknell.—El general fue un hombre esencialmente pacífico, excepto en su vida doméstica. Pero no me cabe la menor duda de que su nombre estará en cualquier guía militar.

Jack.—Tengo aquí las listas del ejército de los últimos cuarenta años. Estos deliciosos registros deberían haber sido mi constante estudio. (*Va hacia la librería con ímpetu y saca unos libros.*) M. generales... Mallam, Maxbohm, Magley, qué nombres tan espantosos tienen... Markby, Migsby, Mobbs, ¡Moncrieff! 1840, teniente, capitán, teniente-coronel, coronel, 1869, general, nombre de pila Ernesto John. (*Cierra lentamente el libro y habla muy despacio.*) Siempre te he dicho, Gwendolen, que mi nombre era Ernesto.

Lady Bracknell.—Sí, ahora me acuerdo que el general se llamaba Ernesto. Sabía que tenía un motivo en particular para que no me gustase ese nombre.

Gwendolen.—¡Ernesto! ¡Mi único Ernesto! ¡Desde el principio sentí que tú no podías tener otro nombre!

Jack.—Gwendolen, es terrible para un hombre darse cuenta de repente que ha estado toda su vida diciendo nada más que la verdad. ¿Puedes perdonarme?

Gwendolen.—Puedo, ya que siento que vas a cambiar.

Jack.—¡Mi único amor!

Chasuble (*A la señorita Prism*).—¡Leticia! (*La abraza.*)

Señorita Prism (*Entusiasmada*).—¡Frederick! ¡Por fin!

Algernon.—¡Cecily! (*La abraza.*) ¡Por fin!

Jack.—¡Gwendolen! (*La abraza.*) ¡Por fin!

Lady Bracknell.—Mi querido sobrino, pareces estar manifestando signos de trivialidad.

Jack.—Al contrario, tía Augusta. Ahora me he dado cuenta por primera vez en mi vida de la vital importancia de llamarse Earnesto.

TELÓN

EL ABANICO DE LADY WINDERMERE

PERSONAJES

LORD WINDERMERE
LORD DARLINGTON
LORD AUGUSTUS LORTON
Señor DUMBY
Señor CECIL GRAHAM
Señor HOPPER
SeñorA COWPER-COWPER
PARKER, mayordomo
LADY WINDERMERE
ROSALIE, doncella
LA DUQUESA DE BERWICK
LADY AGATHA CARLISLE
LADY PLYMDALE
LADY STUTFIELD
LADY JEDBURGH
Señor A ERLYNNE

ESCENAS

ACTO I: Sala de la casa de lord Windermere.
ACTO II: Salón de la casa de lord Windermere.
ACTO III: Habitaciones de lord Darlington.
ACTO IV: La misma que en el primer acto.

Escena: La acción de la obra tiene lugar durante veinticuatro horas, comenzando un martes por la tarde a las cinco y finalizado al día siguiente a la una y media de la noche.

Tiempo: presente. Lugar: Londres

ACTO PRIMERO

Escena: Sala de la casa de lord Windermere en Carlton House Terrace. Hay puertas a la derecha y en el centro. Un escritorio con libros y papeles a la derecha. Un sofá con una pequeña mesa de té a la izquierda. Una ventana que se abre a la terraza a la izquierda. Una mesa a la derecha. Lady Windermere está en la mesa arreglando unas rosas en un jarrón azul.

Entra PARKER.

PARKER.—¿Está mi lady en casa esta tarde?

LADY WINDERMERE.—Sí. ¿Quién la llama?

PARKER.—Lord Darlington, mi lady.

LADY WINDERMERE (*Duda un momento*).—Hágale subir, y estoy en casa para cualquiera que llame.

PARKER.—Sí, mi lady. (*Sale por la puerta central.*)

LADY WINDERMERE.—Es mejor que le vea antes de esta noche. Me alegro de que haya venido.

PARKER.—Lord Darlington.

Entra LORD DARLINGTON *por la puerta central. Se va* PARKER.

LORD DARLINGTON.—¿Cómo está, lady Windermere?

LADY WINDERMERE.—¿Cómo está usted, lord Darlington? No, no puedo estrecharle la mano. Las tengo húmedas con estas rosas. ¿No son preciosas? Llegaron de Selby esta mañana.

LORD DARLINGTON.—Son perfectas. (*Ve un abanico sobre la mesa.*) ¡Qué abanico tan precioso! ¿Puedo verlo?

LADY WINDERMERE.—Mírelo. Bonito, ¿verdad? Tiene mi nombre escrito y todo. Acabo de verlo. Es el regalo de cumpleaños de mi marido. ¿Sabía usted que hoy es mi cumpleaños?

Lord Darlington.—¿No me diga? ¿De veras?

Lady Windermere.—Sí, hoy cumplo mi mayoría de edad. Un día importante en mi vida, ¿verdad? Por eso doy una fiesta esta noche. Siéntese. (Sigue arreglando las flores.)

Lord Darlington (*Sentándose*).—Ojalá hubiera sabido que hoy es su cumpleaños, lady Windermere. Habría cubierto toda la calle, frente a su casa, de flores para que pudiese andar sobre ellas. Están hechas para usted. (*Una pequeña pausa.*)

Lady Windermere.—Lord Darlington, me disgustó ayer en la Oficina de Asuntos Exteriores. Me temo que me va a hacerlo de nuevo.

Lord Darlington.—¿Yo, lady Windermere?

Entra Parker *y un criado por la puerta central con una bandeja y el servicio del té.*

Lady Windermere.—Colóquelo ahí, Parker. Eso es. (Se seca las manos con su pañuelo de bolsillo, va hacia la mesa de té a la izquierda y se sienta.) ¿No viene usted, lord Darlington?

Sale Parker *por la puerta central.*

Lord Darlington (*Coge una silla y se acerca*).—Soy un miserable, lady Windermere. Debe contarme lo que hice. (*Se sienta junto a la mesa.*)

Lady Windermere.—Bien, estuvo diciéndome rebuscados cumplidos durante toda la noche.

Lord Darlington (*Sonriendo*).—Ah, hoy en día la gente estamos tan faltos de todo, que la única cosa agradable para ofrecer son los cumplidos. Es lo único que podemos dar.

Lady Windermere (*Moviendo la cabeza*).—No, estoy hablando muy en serio. No se ría. Estoy muy seria. No me gustan los cumplidos y no veo por qué un hombre puede pensar que está halagando enormemente a una mujer cuando le dice un montón de cosas que no cree.

Lord Darlington.—Ah, pero yo sí las creía. (*Coge el té que ella le ofrece.*)

Lady Windermere (*Seria*).—Espero que no. Me molestaría tener que enfadarme con usted, lord Darlington. Usted me agrada mucho, lo sabe. Pero no me gustaría pensar que es usted como los demás y a veces creo que pretende ser peor.

Lord Darlington.—Todos tenemos nuestras pequeñas vanidades, lady Windermere.

Lady Windermere.—¿Por qué hace ésta tan especialmente suya? (*Sigue sentada a la mesa.*)

Lord Darlington (*También sentado*).—Hoy en día hay tanta gente presuntuosa que se mueve por la sociedad mostrándose buena, que creo casi un pecado de modestia pretender ser malo. Además, eso está por decir. Si pretendes ser bueno el mundo te toma muy en serio. Si pretendes ser malo, no. Así es la asombrosa estupidez del optimismo.

Lady Windermere.—¿No quiere entonces que el mundo le tome en serio, lord Darlington?

Lord Darlington.—No, el mundo no. ¿Quiénes son las personas a las que el mundo toma en serio? Personas aburridas, desde los obispos hasta los pelmazos. Me gustaría que me tomara muy en serio, lady Windermere, usted más que nadie en este mundo.

Lady Windermere.—¿Por qué, por qué yo?

Lord Darlington (*Después de una ligera vacilación*).—Porque creo que podríamos ser grandes amigos. Seamos buenos amigos. Usted puede necesitar un amigo algún día.

Lady Windermere.—¿Por qué dice eso?

Lord Darlington.—¡Oh! Todos necesitamos amigos alguna vez.

Lady Windermere.—Creo que ya somos buenos amigos, lord Darlington. Podemos seguir siéndolo hasta que usted no...

Lord Darlington.—¿No qué?

Lady Windermere.—No lo estropee diciéndome tontas extravagancias. Usted piensa que soy una puritana, ¿verdad? Pues bien, soy algo puritana. Así fui educada. Me alegro de ello. Mi madre murió cuando yo apenas era una niña. Siempre he vivido con lady Julia, la hermana mayor de mi padre, ¿sabe? Era severa conmigo, pero me enseñó lo que el mundo está olvidando, la diferencia que hay entre lo que está bien y lo que está mal. No admitía compromisos. Yo tampoco.

Lord Darlington.—¡Mi querida lady Windermere!

Lady Windermere (*Recostándose en el sofá*).—Me mira como si fuera de otra época. ¡Sí, lo soy! Sentiría estar al mismo nivel que una época como ésta.

Lord Darlington.—¿Cree usted que ésta es una mala época?

Lady Windermere.—Sí. Hoy día la gente se toma la vida como una especulación. No es una especulación. Es un sacramento. Su ideal es el amor. Su purificación es sacrificio.

Lord Darlington (*Sonriendo*).—¡Oh, cualquier cosa es mejor que ser sacrificado!

Lady Windermere (*Adelantándose*).—No diga eso.

Lord Darlington.—Lo digo. Lo siento... Lo sé.

Entra Parker *por la puerta central.*

Parker.—Los hombres quieren saber si deben poner las alfombras en la terraza para esta noche, mi lady.

Lady Windermere.—¿Cree que lloverá, lord Darlington?

Lord Darlington.—No quiero oír que lloverá el día de su cumpleaños.

Lady Windermere.—Dígales que lo hagan.

Sale Parker.

Lord Darlington (*Aún sentado*).—¿No piensa entonces, —por supuesto sólo estoy poniendo un ejemplo imaginario— que en el caso de una joven pareja casada, digamos unos dos años casados, si el marido de pronto entabla una íntima amistad con una mujer de..., bueno, más que dudable reputación... está siempre llamándola, comiendo con ella y probablemente pagando sus facturas, no cree usted que la esposa debería consolarse?

Lady Windermere (*Frunciendo el ceño*).—¿Consolarse?

Lord Darlington.—Sí, creo que debería. Creo que tiene derecho a hacerlo.

Lady Windermere.—Como el marido es vil, ¿debería serlo también la mujer?

Lord Darlington.—Vileza es una palabra terrible, lady Windermere.

Lady Windermere.—Es una cosa terrible, lord Darlington.

Lord Darlington.—¿Sabe? Me temo que la gente buena hace un gran daño en este mundo. Ciertamente el mayor daño que hace es dar tanta importancia a las cosas malas. Es absurdo dividir a la gente en buenos y malos. La gente es siempre amable o tediosa. Yo me he puesto del lado de los amables y usted, lady Windermere, no puede dejar de serlo también.

Lady Windermere.—Bien, lord Darlington. (*Levantándose y cruzando hacia la derecha por delante de él.*) No se levante. Solamente voy a terminar de arreglar mis flores. (*Va hacia la mesa.*)

Lord Darlington (*Levantándose y moviendo la silla*).—Debo decirle, lady Windermere, que creo que es usted muy dura con la vida moderna. Por supuesto hay muchas cosas contra ella, lo admito. La mayoría de las mujeres, por ejemplo, hoy en día, son mercenarias.

Lady Windermere.—No hable de esas personas.

Lord Darlington.—Bueno, entonces, dejando a un lado a la gente mercenaria, quien por supuesto es horrible, ¿cree seriamente que las mujeres que han cometido lo que el mundo llama una falta deberían ser perdonadas?

Lady Windermere (*En pie junto a la mesa*).—Creo que nunca se las debería perdonar.

Lord Darlington.—¿Y los hombres? ¿Cree que debería haber las mismas leyes tanto para los hombres como para las mujeres?

Lady Windermere.—¡Por supuesto!

Lord Darlington.—Creo que la vida es demasiado complicada para regirse por esas duras y rígidas leyes.

Lady Windermere.—Si tuviéramos «esas duras y rígidas leyes», encontraríamos la vida mucho más simple.

Lord Darlington.—¿No admite excepciones?

Lady Windermere.—¡Ninguna!

Lord Darlington.—Ah, ¡es una puritana fascinante, lady Windermere!

Lady Windermere.—El adjetivo no era necesario, lord Darlington.

Lord Darlington.—No lo he podido evitar. Puedo resistirme a todo menos a la tentación.

Lady Windermere.—Usted tiene la afectación moderna de la debilidad.

Lord Darlington (*Mirándola*).—Sólo es una afectación, lady Windermere.

Entra Parker.

Lady Windermere.—La duquesa de Berwick y lady Agatha Carlisle.

Entran la Duquesa de Berwick *y* lady Agatha Carlisle. *Sale* Parker.

Duquesa de Berwick (*Acercándose y estrechando la mano*). Querida Margaret, qué contenta estoy de verte. Recuerdas a Agatha, ¿verdad? (*Cruzando la habitación.*) ¿Cómo está, lord Darlinton? No le dejaré conocer a mi hija, es usted demasiado malvado.

Lord Darlington.—No diga eso, duquesa. Como hombre malo soy un completo desastre. Hay un montón de gente que dice que nunca he hecho nada malo en toda mi vida. Por supuesto, sólo lo dicen a mis espaldas.

Duquesa de Berwick.—¿No es horrible? Agatha, este es lord Darlington. No te creas ni una palabra de lo que te diga. (*Lord Darlington cruza la habitación.*) No, no quiero té, gracias querida. (*Cruza la habitación y se sienta en el sofá.*) Acabamos de tomar el té en casa de lady Markby´s. Qué té más malo. Era imbebible. Claro que no me sorprende. Su propio yerno se lo proporciona. Agatha espera ansiosa el baile de esta noche, querida Margaret.

Lady Windermere (*Sentándose a la izquierda*).—No crea que vaya a ser un baile de etiqueta, duquesa. Sólo es una fiesta para celebrar mi cumpleaños. Una fiesta pequeña y breve.

Lord Darlington (*De pie*).—Muy pequeño, breve y selecto, duquesa.

Duquesa de Berwick.—Por supuesto que será selecto. Siendo en su casa, ya lo sabemos. Es realmente una de las pocas casas de Londres donde puedo llevar a Agatha y donde me siento completamente segura de Berwick. No sé en qué se está convirtiendo la sociedad. La gente más horrible está en todas partes. Ciertamente, vienen a mis fiestas —los hombres se enfadan si no se les invita—. Realmente, alguien debería hacer algo contra ello.

Lady Windermere.—Yo lo haré, duquesa. No habrá nadie en mi casa sobre el que pese algún escándalo.

Lord Darlington.—Oh, no diga eso, lady Windermere. ¡Nunca sería invitado! (*Se sienta.*)

Duquesa de Berwick.—Oh, con los hombres no importa. Con las mujeres es diferente. Nosotras somos buenas. Algunas de nosotras, al menos. Pero estamos siendo acorraladas. Nuestros maridos se olvidarían de nuestra existencia si no les importunáramos de cuando en cuando, sólo para recordarles que tenemos el perfecto derecho legal para hacerlo.

Lord Darlington.—Es curioso, duquesa, lo del juego del matrimonio; un juego, por cierto, que se está pasando de moda. Las esposas se llevan todos los honores e invariablemente pierden la baza sobrante.

Duquesa de Berwick.—¿La baza sobrante?. ¿Se refiere al marido, lord Darlington?

Lord Darlington.—Sería un nombre demasiado moderno para el marido moderno.

Duquesa de Berwick.—Querido lord Darlington, ¡qué completo depravado es usted!

Lady Windermere.—Lord Darlington es trivial.

Lord Darlington.—Oh, no diga eso, lady Windermere.

Lady Windermere.—¿Por qué habla de forma tan frívola, entonces?

Lord Darlington.—Porque creo que la vida es una cosa demasiado importante como para hablar en serio sobre ella. (*Va hacia el centro.*)

Duquesa de Berwick.—¿Qué quiere decir? Haga una concesión a mi pobre entendimiento, lord Darlington, y explíqueme lo que realmente quiere decir.

Lord Darlington (*Detrás de la mesa*).—Creo que será mejor que no, duquesa. Hoy en día ser inteligible es dejarse atrapar. ¡Adiós! (*Estrecha la mano de la duquesa.*) Y ahora, lady Windermere, adiós. Puedo venir está noche, ¿verdad? Permítame venir.

Lady Windermere (*En pie junto a lord Darlington*).—Sí, por supuesto. Pero no debe decir estupideces y cosas poco sinceras a mis invitados.

Lord Darlington (*Sonriendo*).—¡Ah! Está empezando a reformarme. Es algo peligroso reformar a alguien, lady Windermere. (*Se inclina y sale por el centro*)

Duquesa de Berwick (*Que se ha levantado y va hacia el centro*). ¡Qué criatura tan encantadora y mala! Me gusta mucho. ¡Me alegro de que se haya ido! ¡Qué buen aspecto tiene! ¿Dónde le hacen la ropa? Y ahora debo decirle lo mucho que lo siento por usted, querida Margaret. (*Cruza hacia el sofá y se sienta junto a lady Windermere.*) ¡Agatha, querida!

Lady Agatha.—Sí, mamá. (*Se levanta.*)

Duquesa de Berwick.—¿Quieres ir a mirar el álbum de fotografías de allí?

Lady Agatha.—Sí mamá. (*Va hacia la mesa de la izquierda.*)

Duquesa de Berwick.—¡Querida niña! Es muy aficionada a las fotografías de Suiza. Qué gusto tan puro. Pero realmente, lo siento mucho por usted, Margaret.

Lady Windermere (*Sonriendo*).—¿Por qué, duquesa?

Duquesa de Berwick.—Oh, por lo de esa horrible mujer. También viste muy bien, cosa que lo convierte en algo peor, porque es un ejemplo horroroso. Augustus, ya conoces a mi escandaloso hermano, una desgracia para todos nosotros; pues bien, Augustus está chiflado por ella. Es un escándalo, ya que ella es totalmente inadmisible en sociedad. Muchas mujeres tienen un pasado, pero me han dicho que ella tiene al menos una docena a cuál más interesante.

Lady Windermere.—¿A quién se refiere, duquesa?

Duquesa de Berwick.—A la señora Erlynne.

Lady Windermere.—¿La señora Erlynne? Nunca he oído hablar de ella, duquesa. ¿Y qué tiene ella que ver conmigo?

Duquesa de Berwick.—Mi pobre niña... ¡Agatha, querida!

Lady Agatha.—Sí mamá.

Duquesa de Berwick.—¿Quieres salir a la terraza y ver la puesta de sol?

Lady Agatha.—Sí, mamá. (*Sale por el ventanal de la izquierda.*)

Duquesa de Berwick.—¡Qué niña tan dulce! ¡Le encantan las puestas de sol! Muestra unos sentimientos tan refinados, ¿verdad? Al fin y al cabo, no hay nada como la naturaleza, ¿no le parece?

Lady Windermere.—Pero, ¿qué es eso, duquesa? ¿Por qué me habla de esa persona?

Duquesa de Berwick.—¿Pero no lo sabe? Le aseguro que todos estamos muy disgustados. Anoche en casa de lady Jansen todos hablábamos de qué extraordinario era el hecho de que, de todos los hombres de Londres, Windermere fuera el que se comportara así.

Lady Windermere.—Mi marido... ¿qué tiene él que ver con una mujer así?

Duquesa de Berwick.—Ah, ¿no lo sabe, querida? Esa es la cuestión. Va a visitarla continuamente y permanece allí varias horas, y mientras él está allí ella no está para nadie. No es que la llamen muchas mujeres, querida, pero tiene muchos amigos de poca reputación —entre ellos mi propio hermano, como te conté— y eso es lo que hace tan horrible la situación de lord Windermere. Nosotros le veíamos como un marido modelo, pero me temo que no hay duda sobre ello. Mis queridas sobrinas —ya sabes, las hijas de Saville, ¿verdad?—, unas criaturas tan encantadoramente domésticas —feas, horriblemente feas, pero tan buenas—, siempre están en la ventana haciendo trabajos caprichosos y feas vestimentas para los pobres, lo cual considero muy útil en esta horrible época socialista, y esta terrible mujer tiene una casa en la calle Curzon, justo enfrente de ellas. ¡Una calle tan respetable! ¡No sé adónde vamos a llegar! Y me han contado que lord Windermere acude allí tres, cuatro y cinco veces por semana; ellas le ven. No pueden evitarlo, y aunque nunca comentan escándalos, por supuesto ellas se lo han contado a todo el mundo. Y lo peor de todo es que me han dicho que esta mujer posee una gran cantidad de dinero de alguien, porque parece ser que llegó a Londres hace seis meses sin un penique y ahora tiene esa encantadora casa en Mayfair, monta en sus caballos cada tarde por el parque y todo... desde que ha conocido al pobre y querido Windermere.

Lady Windermere.—¡Oh, no puedo creerlo!

Duquesa de Berwick.—Pero es totalmente cierto, querida. Todo Londres lo sabe. Por eso es por lo que sentí que era mejor venir, hablarte y aconsejarte que te lleves a Windermere en seguida a Homburg o Aiz, donde tenga algo que le divierta, y donde puedas vigilarle durante todo el día. Te aseguro, querida, que en muchas ocasiones, recién casada, tuve que fingir estar enferma y que necesitaba beber las aguas minerales más desagradables, simplemente para llevarme a Berwick fuera de la ciudad. Él era extremadamente susceptible. Sin embargo, he de decir que nunca dio grandes sumas de dinero a nadie. ¡Tiene unos principios muy elevados para eso!

Lady Windermere (*Interrupiéndola*).—¡Duquesa, duquesa, es imposible! *(Se levanta y cruza el escenario hacia el centro.)* Sólo llevamos casados dos años. Nuestro hijo no tiene más de seis meses. (*Se sienta en una silla junto a la mesa de la izquierda.*)

Duquesa de Berwick.—¡Ah, mi querido pequeño bebé! ¿Cómo está el pequeñín? ¿Es un niño o una niña? Espero que sea niña. ¡Ah, no, recuerdo que es un chico! Lo siento mucho. Los niños son tan malos... Mi chico es excesivamente inmoral. No creerías a qué horas regresa a casa. Y dejó Oxford hace tan sólo unos pocos meses. No sé realmente lo que les enseñan allí.

Lady Windermere.—¿Todos los hombres son malos?

Duquesa de Berwick.—Oh, todos ellos, querida, todos ellos sin excepción y nunca mejoran. Se hacen mayores, pero nunca buenos.

Lady Windermere.—Windermere y yo nos casamos por amor.

Duquesa de Berwick.—Sí, así empezamos nosotros. Sólo las brutales e incensantes amenazas de suicidio me hicieron aceptarle, y antes de que hubiera pasado un año, ya corría detrás de todas las faldas, de todos colores, formas o materiales. De hecho, antes de que terminara nuestra luna de miel, le atrapé guiñándole un ojo a la criada, una chica muy bonita y respetable. La despedí en seguida sin darle explicaciones. No, recuerdo que se la pasé a mi hermana; el pobre querido Sir George es tan corto de vista que pensé que no importaría. Pero sí que importó, fue un asunto muy desafortunado. *(Se levanta.)* Y ahora, mi querida niña, debo irme porque cenamos fuera. Y no se tome esta pequeña aberración de lord Windermere en serio. Simplemente lléveselo fuera un tiempo y volverá a usted perfectamente.

Lady Windermere.—¿Volver a mí?

Duquesa de Berwick.—Sí, querida. Esas mujeres malvadas apartan a nuestros maridos de nosotras; pero siempre regresan, un poco maltrechos, por supuesto. Y no haga escenas, ¡los hombres las odian!

Lady Windermere.—Ha sido usted muy amable, duquesa, al venir y contarme todo esto. Pero no me puedo creer que mi marido me mienta.

Duquesa de Berwick.—¡Estimada niña! Así fui yo también. Ahora ya sé que los hombres son monstruos. (*Lady Windermere hace sonar la campana.*) Lo único que hay que hacer es alimentar bien a esos desgraciados. Un buen cocinero hace maravillas y sé que usted lo tiene. Mi querida Margaret, ¿no irá usted a llorar?

Lady Windermere.—No tema, duquesa. Nunca lloro.

Duquesa de Berwick.—Eso está bien, querida. El llanto es el refugio de las mujeres feas y la ruina de las bonitas. ¡Agatha, querida!

Lady Agatha (*Entrando por la izquierda*).—Sí, mamá. (*Permanece detrás de la mesa.*)

Duquesa de Berwick.—Ven y despídete de lady Windermere, y dale las gracias por dejarte disfrutar de una vista tan bonita. (*Acercándose de nuevo.*) Y por cierto, debo agradecerle que haya mandado una invitación al señor Hooper, ese chico australiano rico del que la gente habla tanto. Su padre hizo una gran fortuna vendiendo una clase de comida en latas circulares, muy buena, creo. Imagino que es ese tipo de comida que los sirvientes nunca quieren comer. Pero el hijo es bastante interesante. Creo que está atraído por la inteligente charla de mi querida Agatha. Por supuesto, nos sentiríamos muy apenados de perderla, pero creo que una madre que no se separa de su hija una temporada no la quiere de verdad. Vendremos esta noche; querida. (*Parker abre la puerta.*) Y recuerde mi consejo, lleve a su pobre marido fuera de la ciudad de inmediato, es lo único que se puede hacer. Adiós otra vez; vamos, Agatha.

Se van la duquesa *y* lady Agatha *por el centro.*

Lady Windermere.—¡Qué horrible! Ahora comprendo lo que lord Darlington quería decir con lo de que me imaginara una pareja que llevaba dos años casada. ¡Oh! No puede ser cierto. Ella hablaba de enormes sumas de dinero pagadas a esa mujer. Sé dónde guarda Arthur su talonario de cheques, en uno de los cajones de ese escritorio. Allí puedo encontrarlo. Lo descubriré. (*Abre un cajón.*) No, es un terrible error. (*Se levanta y va hacia el centro.*) ¡Un escándalo tonto! ¡Él me

quiere! ¡Él me quiere! Pero, ¿por qué no debería mirar? ¡Soy su mujer y tengo derecho a mirar! (*Regresa al escritorio, saca el talonario y lo examina página a página, sonríe y suelta un suspiro de alivio.*) ¡Lo sabía! No hay una palabra de cierto en esa estúpida historia. (*Pone el talonario en el cajón. Mientras lo hace, saca otro talonario.*) Un segundo libro privado, ¡cerrado! (*Intenta abrirlo, pero no puede. Ve el abrecartas sobre el escritorio y con él corta la cubierta del talonario. Comienza con la primera página.*) «Mistress Erlynne, seiscientas libras; mistress Erlynne, setecientas libras; mistress Erlynne, cuatrocientas libras.» ¡Oh! ¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Qué horrible! (*Arroja el talonario al suelo.*)

Entra LORD WINDERMERE *por el centro.*

LORD WINDERMERE.—Y bien, querida, ¿te han mandado ya a casa el abanico? (*Va hacia la derecha y ve el abanico.*) Margaret, has roto mi talonario de cheques. ¡No tienes derecho a hacer tal cosa!

LADY WINDERMERE.—Crees que está mal que te haya descubierto, ¿verdad?

LORD WINDERMERE.—Creo que está mal que una mujer espíe a su marido.

LADY WINDERMERE.—No te espiaba. Nunca supe de la existencia de esa mujer hasta hace media hora. Alguien que se apiadó de mí fue muy amable al contarme lo que todo Londres sabe ya: ¡tus visitas diarias a la calle Curzon, tu loca pasión, las monstruosas cantidades de dinero que malgastas con esta infame mujer! (*Cruza hacia la izquierda.*)

LORD WINDERMERE.—¡Margaret! ¡No hables así de la señora Erlynne, no sabes lo injusto que es!

Lady WINDERMERE (*Volviéndose hacia él*).—Te pones muy celoso por el honor de la señora Erlynne. Ojalá te hubieras puesto así de celoso por mí.

LORD WINDERMERE.—Tu honor es intocable, Margaret. No pienses eso ni por un momento. (*Pone el talonario de vuelta al cajón.*)

LADY WINDERMERE.—Creo que gastas tu dinero de forma extraña, eso es todo. Oh, no imagines que me preocupo por el dinero. Por lo que a mí concierne, puedes derrochar todo el que tenemos. Pero lo que sí me importa es que tú, que me has amado, que me enseñaste a amarte, pasaras del amor que se da al que se compra. ¡Oh, es horrible! (*Se sienta en el sofá.*) ¡Soy yo la que me siento degradada! Tú no sientes nada. Yo me siento manchada, tremendamente manchada. No te puedes

imaginar qué horribles me parecen ahora los últimos seis meses; cada beso que me has dado está corrompido en mi memoria.

Lady Windermere (*Yendo hacia ella*).—No digas eso, Margaret. Nunca he amado a nadie en el mundo más que a ti.

Lady Windermere (*Se levanta*).—¿Quién es esa mujer entonces? ¿Por qué has comprado una casa para ella?

Lord Windermere.—Yo no he comprado una casa para ella.

Lady Windermere.—La diste el dinero para hacerlo, que es lo mismo.

Lord Windermere.—Margaret, por todo lo que sé de la señora Erlynne...

Lady Windermere.—¿Existe un señor Erlynne, o es un mito?

Lord Windermere.—Su marido murió hace muchos años. Ella está sola en el mundo.

Lady Windermere.—¿No tiene parientes? (*Una pausa.*)

Lord Windermere.—Ninguno.

Lady Windermere.—Qué curioso, ¿verdad? (*Se va hacia la izquierda.*)

Lord Windermere (*Hacia la izquierda y hacia el centro*).—Margaret, te estaba diciendo —y espero que me escuches— que por lo que sé de la señora Erlynne ha dirigido bien su vida. Si hace años...

Lady Windermere.—¡Oh! (*Cruzando de derecha a izquierda.*) ¡No quiero detalles de su vida!

Lord Windermere (*Hacia el centro*).—No voy a darte detalles sobre su vida. Sólo te diré esto, que la señora Erlynne fue una vez honrada, amada, respetada. Nació en una buena casa, tenía una posición, lo perdió todo; lo malgastó, si quieres. Eso hace todo más amargo. Las desgracias, si vienen de fuera, se pueden soportar. Pero sufrir por los errores de uno mismo, ¡ah!, eso es la espina de la vida. Ocurrió hace veinte años. No era más que una niña entonces. Fue esposa por menos tiempo del que tú llevas ahora.

Lady Windermere.—No estoy interesada en ella y no deberías mencionar juntos el nombre de esa mujer y el mío. Es de mal gusto. *(Se sienta a la derecha del escritorio.)*

Lord Windermere.—Margaret, podrías salvar a esta mujer. Ella quiere volver a entrar en sociedad, y quiere que tú la ayudes. *(Yendo hacia ella.)*

Lady Windermere.—¡Yo!

Lord Windermere.—Sí, tú.

Lady Windermere.—¡Qué impertinencia de su parte! (*Una pausa.*)

Lord Windermere.—Margaret, vine a pedirte un gran favor y aún te lo voy a pedir, aunque hayas descubierto lo que pretendía que nunca supieras, que he dado a la señora Erlynne una gran suma de dinero. Quiero que la envíes una invitación para la fiesta de esta noche. (Permaneciendo a su izquierda.)

Lady Windermere.—¡Tú estás loco! (*Se levanta.*)

Lord Windermere.—Te lo ruego. La gente puede hablar de ella, murmurar sobre ella, por supuesto, pero no saben nada definitivo en contra de ella. Ha estado en varias casas, no en casas a las que tú irías, lo admito, pero sí en aquellas casas donde van las mujeres que hoy se consideran de la alta sociedad. Eso no la alegra. Quiere que tú la recibas alguna vez.

Lady Windermere.—Como un triunfo suyo, supongo.

Lord Windermere.—No; sino porque sabe que tú eres una buena mujer, y si ella viene aquí alguna vez tendrá la oportunidad de llevar una vida más feliz y más segura de la que tiene ahora. Ella no hará demasiados esfuerzos para conocerte. ¿No ayudarías a una mujer que está intentando recuperarse?

Lady Windermere.—¡No! Si una mujer se arrepiente de veras, nunca desearía regresar a la sociedad que ha hecho o ha visto su ruina.

Lord Windermere.—Te lo suplico.

Lady Windermere (*Cruzando hacia la puerta de la derecha*).—Me voy a vestir para la cena y no menciones el tema de nuevo esta tarde. Arthur (*yendo hacia él*), te supones que porque no tengo padre o madre estoy sola en el mundo, y que puedes tratarme a tu antojo. Estás equivocado, tengo amigos, muchos amigos.

Lord Windermere.—Margaret, estás hablando tontamente, imprudentemente. No quiero discutir contigo, pero insisto en que la pidas a la señora Erlynne que venga esta noche.

Lady Windermere.—No haré nada parecido. (*Cruza de izquierda al centro.*)

Lord Windermere.—¿Te niegas?

Lady Windermere.—Completamente.

Lord Windermere.—¡Ah, Margaret! Hazlo por mí, es su última oportunidad.

Lady Windermere.—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Lord Windermere.—¡Qué duras son las mujeres buenas!

Lady Windermere.—¡Qué débiles son los hombres malos!

Lord Windermere.—Margaret, ningún hombre puede ser lo suficientemente bueno para la mujer con la que se casa, eso es bastante cierto, pero no te imaginarás que yo alguna vez... ¡Oh, eso que piensas es monstruoso!

Lady Windermere.—¿Por qué tendrías que ser distinto de otros hombres? Me han dicho que apenas hay un marido en Londres que no malgaste su vida con alguna vergonzosa pasión.

Lord Windermere.—Yo no soy uno de ellos.

Lady Windermere.—No estoy segura de ello.

Lord Windermere.—Estás segura en tu corazón. Pero no crees abismos y más abismos entre nosotros. Dios sabe que los últimos minutos ya nos han separado demasiado. Siéntate y escribe la invitación.

Lady Windermere.—Nada en el mundo me inducirá a ello.

Lord Windermere (*Cruzando hacia el escritorio*).—¡Entonces lo haré yo! (*Toca el timbre, se sienta y escribe la invitación.*)

Lady Windermere.—¿Vas a invitar a esa mujer? (*Yendo hacia él.*)

Lord Windermere.—Sí.

Entra Parker.

Lord Windermere.—¡Parker!

Parker.—Sí, mi lord. *(Se acerca.)*

Lord Windermere.—Haga mandar esta nota a la señora Erlynne al número ochenta y cuatro de la calle Curzon. (*Le da la nota a Parker.*) ¡No hay respuesta!

Sale Parker *por el centro.*

Lady Windermere.—Arthur, si esa mujer viene aquí, la insultaré.

Lord Windermere.—Margaret, no digas eso.

Lady Windermere.—De veras lo digo.

Lord Windermere.—Niña, si haces algo así, no habrá ninguna mujer en Londres que no te compadezca.

Lady Windermere.—No hay ninguna mujer buena en Londres que no me alabe. Hemos estado muy descuidadas. Debemos dar ejemplo. Propongo que empecemos esta noche. (*Cogiendo el abanico.*) Sí, tú me has regalado hoy este abanico; era tu regalo de cumpleaños. Si esa mujer cruza el umbral de mi puerta, la cruzaré la cara con él.

Lord Windermere.—Margaret, no podrás hacer una cosa así.

Lady Windermere.—¡No me conoces! (*Se va hacia la derecha.*)

Entra Parker.

Lady Windermere.—¡Parker!

Parker.—Sí, mi lady.

Lady Windermere.—Cenaré en mi habitación. No; de hecho, no quiero cenar. Compruebe que todo está listo para las diez y media. Y Parker, asegúrese de que pronuncia los nombres de los invitados de forma muy clara esta noche. Algunas veces habla tan rápido que no oigo bien alguno. Estoy particularmente interesada en escuchar los nombres muy claramente, para no equivocarme. ¿Comprende, Parker?

Parker.—Sí, mi lady.

Lady Windermere.—¡Que así sea!

Sale Parker.

Lady Windermere (*Hablando a lord Windermere*).—Arthur, si esa mujer viene aquí, te lo advierto...

Lord Windermere.—¡Margaret, nos arruinarás!

Lady Windermere.—¿Nos? Desde este momento mi vida está separada de la tuya. Pero si deseas evitar un escándalo público, escribe en seguida a esa mujer y dila que ¡la prohíbo que venga aquí!

Lord Windermere.—No lo haré. No puedo, ¡ella debe venir!

Lady Windermere.—Entonces haré exactamente lo que acabo de decir. (*Va hacia la derecha.*) No me dejas otra opción. (*Sale por la derecha.*)

Lord Windermere (*Llamándola y yendo tras ella*).—¡Margaret! ¡Margaret! (*Una pausa.*) ¡Dios! ¿Qué voy a hacer? No me atrevo a decirle quién es esa mujer en realidad. La vergüenza la mataría. (*Se desploma en una silla y esconde la cara entre sus manos.*)

ACTO SEGUNDO

Escena: Salón de la casa de lord Windermere. La puerta de la derecha está abierta y da al salón de baile, donde una banda está tocando. Por la puerta de la izquierda están entrando los invitados. Otra puerta abierta al fondo da a la terraza iluminada. Palmeras, flores y luces brillantes. La habitación está abarrotada de invitados. Lady Windermere los está recibiendo.

DUQUESA DE BERWICK (*Entrando por el centro*).—Qué extraño que lord Windermere no esté aquí. Señor Hopper también llega tarde. ¿Le has reservado esos cinco bailes, Agatha?

LADY AGATHA.—Sí, mamá.

DUQUESA DE BERWICK (*Sentándose en un sofá*).—Déjame ver tu tarjeta. Estoy tan contenta de que lady Windermere haya restituido las tarjetas. Son la única salvaguarda de una madre. ¡Querida niña inocente! (*Tacha dos nombres.*) ¡Ninguna niña bonita debería bailar con chicos tan jóvenes! ¡Es nefasto! Los dos últimos bailes los pasarás en la terraza con el señor Hopper.

Entran el señor DUMBY *y* LADY PLYMDALE *de la sala de baile.*

LADY AGATHA.—Sí, mamá.

DUQUESA DE BERWICK (*Abanicándose*).—El aire es tan agradable aquí.

PARKER.—Señora Cowper-Cowper. Lady Stutfield. Sir James Royston. Señor Guy Berkeley.

Van entrando según les anuncian.

DUMBY.—Buenas noches, lady Stutfield. Supongo que éste será el último baile de la temporada.

LADY STUTFIELD.—Eso imagino, señor Dumby. Ha sido una temporada encantadora, ¿verdad?

Dumby.—¡Deliciosa! Buenas noches, duquesa. Supongo que éste será el último baile de la temporada.

Duquesa de Berwick.—Eso creo, señor Dumby. Ha sido una temporada muy aburrida, ¿verdad?

Dumby.—¡Horriblemente aburrida! ¡Horriblemente aburrida!

Señora Cowper-Cowper.—Buenas noches, señor Dumby. Supongo que éste será el último baile de la temporada.

Dumby.—Oh, no lo creo. Probablemente habrá dos más. *(Vuelve con lady Plymdale.)*

Parker.—Señor Rufford. Lady Jedburgh y señorita Graham. Señor Hopper.

Entran estas personas mientras las anuncian.

Hopper.—¿Cómo está, lady Windermere? ¿Cómo está usted, duquesa? (*Se inclina ante lady Agatha.*)

Duquesa de Berwick.—Querido Hopper, qué galante de su parte venir tan pronto. Sabemos lo ocupado que está usted en Londres.

Hopper.—¡Qué gran lugar, Londres! La gente no es tan esclusivista en Londres como lo es en Sydney.

Duquesa de Berwick.—¡Ah! Sabemos lo que vale, señor Hopper. Nos encantaría que hubiera más como usted. Haría la vida mucho más fácil. Ya sabe, señor Hopper, que la entrañable Agatha y yo estamos muy interesadas en Australia. Debe ser tan bonita con todos esos pequeños canguros saltando por todas partes. Agatha la ha encontrado en el mapa. ¡Qué forma tan curiosa tiene! Parece una caja de embalaje. De todas formas es un país muy joven, ¿verdad?

Hopper.—¿No se formó al mismo tiempo que los otros, duquesa?

Duquesa de Berwick.—¡Qué listo es usted, señor Hopper! Tiene una inteligencia de lo más personal. Ahora, no debemos entretenerle.

Hopper.—Pero me gustaría bailar con lady Agatha, duquesa.

Duquesa de Berwick.—Bien, espero que tenga algún baile libre. ¿Tienes algún baile libre, Agatha?

Lady Agatha.—Sí, mamá.

Duquesa de Berwick.—¿El siguiente?

Lady Agatha.—Sí, mamá.

Hopper.—¿Me concede el placer? (*Lady Agatha se inclina.*)

Duquesa de Berwick.—Cuide de mi pequeña charlatana, señor Hopper.

Lady Agatha *y señor* Hopper *van hacia el salón de baile. Entra* lord Windermere *por la izquierda.*

Lord Windermere.—Margaret, me gustaría hablar contigo.

Lady Windermere.—Un momento. (*La música cesa.*)

Parker.—Lord Augustus Lorton.

Entra lord Augustus.

Lord Augustus.—Buenas noches, lady Windermere.

Duquesa de Berwick.—Sir James, ¿me acompaña al salón de baile? Augustus ha cenado con nosotros esta noche. Realmente he tenido suficiente del querido Augustus por el momento.

Sir James Royston *le da su brazo a la duquesa y la escolta hasta el salón.*

Parker.—Señor y señora Arthur Bowden. Lord y lady Paisley. Lord Darlington.

Entran según les anuncian.

Lord Augustus (*Acercándose a lord Windermere*).—Quiero hablar con usted en privado, querido muchacho. Tengo una preocupación. Sé que no lo parece. Ninguno de nosotros aparenta lo que realmente somos. Eso también es bueno. Lo que quiero saber es esto. ¿Quién es ella? ¿De dónde es? ¿Por qué no tiene ningún maldito pariente? ¡Malditos y tontos parientes! Pero que le hacen a uno tan respetable.

Lord Windermere.—Está hablando de la señora Erlynne, supongo. La conocí simplemente hace seis meses. Hasta entonces, nunca supe de su existencia.

Lord Augustus.—¿Ha tenido trato con ella desde que la conoce?

Lord Windermere (*Fríamente*).—Sí, la he visto a menudo.

Lord Augustus.—A las mujeres no les gusta. Esta noche he cenado con Arabella. ¡Por Júpiter!, debería haber oído lo que dijo sobre la señora Erlynne. La puso como un trapo... (*Aparte.*) Berwick y yo le dijimos que no importaba demasiado, ya que la dama en cuestión debía tener una figura extremadamente esbelta. Debería haber visto la expresión de Arabella... Pero mire, querido muchacho. No sé qué hacer respecto a la señora Erlynne. Es como si estuviese casado con ella; me trata con tan maldita indiferencia. ¡Es demasiado inteligente además! Lo explica todo. Lo explica todo sobre ti. Tiene un montón de explicaciones para ti, y todas ellas diferentes.

Lord Windermere.—No son necesarias las explicaciones sobre mi amistad con la señora Erlynne.

Lord Augustus.—¡Ejem! Bueno, mire aquí, querido viejo compañero. ¿Cree que alguna vez ella entrará en este maldito asunto llamado sociedad? ¿Se la presentaría a su esposa? No mienta, ¿lo haría?

Lord Windermere.—La señora Erlynne va a venir esta noche.

Lord Augustus.—¿Su mujer le ha enviado una invitación?

Lord Windermere.—La señora Erlynne ha recibido una invitación.

Lord Augustus.—Entonces ella está conforme, querido. Pero, ¿por qué no me ha contado esto antes? ¡Me habría ahorrado un montón de preocupaciones y malditos malentendidos!

Lady Agatha *y señor* Hopper *cruzan y salen a la terraza.*

Parker.—¡Señor Cecil Graham!

Entra Cecil Graham.

Cecil Graham (*Se inclina ante lady Windermere, entra y estrecha la mano de lord Windermere*).—Buenas noches, Arthur. ¿Por qué no me pregunta cómo estoy? Me gusta la gente que me pregunta cómo estoy. Denota un gran interés sobre mi salud. Esta noche no estoy bien en absoluto. He estado cenando con la familia. Me pregunto por qué resulta tan aburrido cenar con la familia. Mi padre habló de la moralidad después de la cena. Le dije que ya era lo suficientemente mayor como para conocer mejores cosas. Pero mi experiencia me dice que tan pronto como la gente se hace mayor para saber cosas mejores, no sabe de nada en absoluto. ¡Hola Tuppy! He oído que se va a casar de nuevo; pensaba que ya estaba cansado de ese juego.

Lord Augustus.—Es usted excesivamente frívolo, mi querido amigo, ¡excesivamente frívolo!

Cecil Graham.—Por cierto, Tuppy, ¿cómo es? ¿Ha estado dos veces casado y una divorciado, o dos divorciado y una casado? Yo digo que ha estado dos veces divorciado y una casado. Parece mucho más probable.

Lord Augustus.—Mi memoria es muy mala. Realmente no lo recuerdo bien. (*Se aleja hacia la derecha.*)

Lady Plymdale.—Lord Windermere, tengo algo que preguntarle en privado.

Lord Windermere.—Me temo, si usted me disculpa, que debo reunirme con mi esposa.

Lady Plymdale.—Oh, no debe soñar con tal cosa. Hoy en día es muy peligroso para un marido prestar atención a su esposa en público. Siempre hace pensar a la gente que no la trata bien cuando están solos. El mundo es tan suspicaz con lo que parece un matrimonio feliz... Pero ya hablaremos en la cena. (*Se va hacia la puerta del salón de baile.*)

Lord Windermere.—¡Margaret! Tengo que hablar contigo.

Lady Windermere.—¿Podría sostenerme el abanico, lord Darlington? Gracias. (*Se le acerca.*)

Lord Windermere (*Yendo hacia ella*).—Margaret, ¿lo que dijiste antes de la cena era, por supuesto, imposible?

Lady Windermere.—Esa mujer no va a venir esta noche.

Lord Windermere.—La señora Erlynne va a venir y si la molestas o la ofendes de alguna manera, provocarás la pena y la vergüenza en nosotros dos. ¡Recuérdalo! Ah, Margaret, ¡confía sólo en mí! ¡Una esposa debería confiar en su esposo!

Lady Windermere.—Londres está lleno de mujeres que confían en sus maridos. Siempre se las puede reconocer. Tienen un aspecto realmente infeliz. Yo no voy a ser una de ellas. (*Se aleja.*) Lord Darlington, ¿podría devolverme el abanico, por favor? Gracias... Una cosa útil, el abanico, ¿verdad?... Quiero un amigo esta noche, lord Darlington; no sabía que necesitaría uno tan pronto.

Lord Darlington.—¡Lady Windermere! Sabía que la hora llegaría algún día, pero ¿por qué esta noche?

Lord Windermere.—Se lo contaré. Debo contárselo. Sería terrible si se provocara alguna escena. Margaret...

Parker.—Señora Erlynne.

Lord Windermere *se estremece. Entra la* señora Erlynne, *muy bien vestida y digna.* Lady Windermere *aprieta su abanico, después lo deja caer al suelo. Se inclina fríamente saludando a la* señora Erlynne, *quien también se inclina amablemente y entra en la habitación.*

Lord Darlington.—Se le ha caído el abanico, lady Windermere. *(Lo recoge y se lo entrega.)*

Señora Erlynne (*En el centro*).—¿Cómo está usted de nuevo, lord Windermere? ¡Qué encantadora parece su dulce esposa! ¡Todo un cuadro!

Lord Windermere (*En voz baja*).—¡Ha sido muy osada al venir!

Señora Erlynne (*Sonriendo*).—Es lo mejor que he hecho en mi vida. Y, a propósito, debe prestarme mucha atención esta noche, las mujeres me dan miedo. Debe presentarme a algunas de ellas. Con los hombres me desenvuelvo mejor. ¿Cómo está, lord Augustus? Me tiene muy olvidada últimamente. No le veo desde ayer. Me temo que me está usted siendo infiel. Todo el mundo me lo dice.

Lord Augustus.—Ahora realmente, señora Erlynne, permítame que le explique.

Señora Erlynne.—No, querido lord Augustus, usted no puede explicar nada. Es su principal encanto.

Lord Augustus.—¡Ah! Si encuentra encantos para mí, señora Erlynne...

Hablan juntos. Lord Windermere *se mueve por el salón sin parar, mirando a la* señora Erlynne.

Lord Darlington (*A lady Windermere*).—¡Qué pálida está usted!

Lady Windermere.—¡Los cobardes siempre están pálidos!

Lord Darlington.—Parece mareada. Salgamos a la terraza.

Lady Windermere.—Sí. (*A Parker.*) Parker, tráigame la capa fuera.

Señora Erlynne (*Cruzando hacia ella*).—Lady Windermere, qué bien iluminada está su terraza. Me recuerda la del príncipe Doria en Roma.

Lady Windermere *se inclina fríamente y sale con* lord Darlington.

Señora Erlynne.—¡Oh! ¿Cómo está, señor Graham? ¿No es ésa su tía, lady Jedburgh? Me gustaría conocerla.

Cecil Graham (*Tras un momento de duda y zozobra*).—¡Oh!, desde luego, si lo desea. Tía Caroline, permítame que le presente a la señora Erlynne.

Señora Erlynne.—Me alegro de conocerla, lady Jedburgh. (*Se sienta a su lado en el sofá.*) Su sobrino y yo somos grandes amigos. Estoy muy interesada en su carrera política. Creo que está seguro de conseguir un magnífico éxito. Piensa como un tory y habla como un radical, y eso es muy importante hoy en día. También es un brillante orador. Pero las dos sabemos de quién lo ha heredado. Ayer mismo, lord Allandale me estaba diciendo, en el parque, que el señor Graham habla casi tan bien como su tía.

Lady Jedburgh.—Muy amable por su parte al decirme cosas tan agradables. (*La señora Erlynne sonríe y continúa la conversación.*)

Dumby (*A Cecil Graham*).—¿Le presentaste la señora Erlynne a lady Jedburgh?

Cecil Graham.—Tuve que hacerlo, querido amigo. No pude evitarlo. Esa mujer consigue que uno haga todo lo que ella quiere. Cómo, no lo sé.

Dumby.—Espero, por Dios, que no me hable. (*Va junto a lady Plymdale.*)

Señora Erlynne (*A lady Jedburgh*).—¿El jueves? Con mucho gusto. (*Se levanta y habla a lord Windermere, riendo.*) ¡Qué aburrido es tener que ser sociable con todas estas viejas viudas! Pero ellas siempre insisten.

Lady Plymdale (*Al señor Dumby*).—¿Quién es esa mujer tan bien vestida que habla con Windermere?

Dumby.—¡No tengo la más remota idea! Parece una édition de luxe de una de esas novelas francesas, editadas especialmente para el mercado inglés.

Señora Erlynne.—¿Así que el pobre Dumby está con lady Plymdale? He oído que está muy celosa. Él no parece ansioso de hablar conmigo esta noche. Supongo que la teme. Esas mujeres de color pajizo tienen un horrible temperamento. ¿Sabe? Creo que bailaré con usted primero, Windermere. (*Lord Windermere se muerde el labio y frunce el ceño.*) ¡Haré que lord Augustus se ponga celoso! ¡Lord Augustus! (*Lord Augustus se acerca.*) Lord Windermere insiste en que baile primero con él y, como estamos en su casa, no se lo puedo negar. Usted sabe que yo preferiría bailar con usted.

Lord Augustus (*Con una pequeña reverencia*).—Desearía poder creerlo, señora Erlynne.

Señora Erlynne.—Lo sabe usted muy bien. Estaría bailando toda la vida con usted y me sentiría encantada.

Lord Augustus (*Poniendo la mano encima de su pechera blanca*).—Oh, gracias, gracias. ¡Es usted la más adorable de las mujeres!

Señora Erlynne.—¡Qué discurso más bonito! ¡Tan simple y tan sincero! Precisamente el tipo de discursos que me gustan. Bien, podría traer mi ramo de flores. (*Va hacia el salón de baile, del brazo de lord Windermere.*) Ah, señor Dumby, ¿cómo está uted? Siento haber estado fuera las últimas tres veces que ha venido a visitarme. Venga a comer el viernes.

Dumby (*Con total indiferencia*).—¡Encantado!

Lady Plymdale *mira indignada al* señor Dumby. Lord Augustus *sigue a la* señora Erlynne *y* lord Windermere *mientras va hacia el salón de baile sosteniendo el ramo de flores.*

Lady Plymdale (*Al señor Dumby*).—¡Es un completo mentiroso! Nunca puedo creer una palabra de lo que dice. ¿Por qué me dijo que no la conocía? ¿Qué quiere decir con que fue a verla tres veces? No va a ir a comer allí, por supuesto, lo entiende.

Dumby.—Mi querida Laura, ni por un momento he imaginado ir.

Lady Plymdale.—Todavía no me ha dicho su nombre. ¿Quién es?

Dumby (*Tose ligeramente y se alisa el pelo*).—Es una tal señora Erlynne.

Lady Plymdale.—¡Esa mujer!

Dumby.—Sí, así es como la llama todo el mundo.

Lady Plymdale.—¡Qué interesante! ¡Pero que muy interesante! Realmente he de prestarle atención. (*Va hasta la puerta del salón de baile y mira hacia el interior.*) He oído las cosas más horribles sobre ella. Dicen que está arruinando al pobre lord Windermere. Y lady Windermere, que quiere ser correcta, la invita. ¡Qué extremadamente divertido! Cómo es posible que una mujer realmente buena llegue a hacer una cosa tan realmente estúpida. ¡Irá a la cena del viernes!

Dumby.—¿Por qué?

Lady Plymdale.—Porque quiero que se lleve a mi marido con usted. Ha sido tan atento últimamente, que ha empezado a ser un perfecto incordio. Ahora, esta mujer es justo lo que él necesita. Estará pendiente de ella hasta que ésta le deje y así no me molestará. Se lo aseguro, las mujeres de ese tipo son muy útiles. Forman la base de los matrimonios.

Dumby.—¡Qué señoriosa es usted!

Lady Plymdale (*Mirándole*).—¡Me gustaría que usted también lo fuera.

Dumby.—Lo soy... para mí. Soy la única persona en el mundo a la que podría conocer profundamente, pero no encuentro ningún camino por el momento.

Se van al salón de baile y lady Windermere *y* lord Darlington *entran de la terraza.*

Lady Windermere.—Sí. Sí. Que haya venido aquí es monstruoso, intolerable. Ahora sé lo que quería decir hoy a la hora del té. ¿Por qué no me lo dijo entonces? ¡Debería haberlo hecho!

Lord Darlington.—¡No podía! Un hombre no puede contar esas cosas de otro hombre. Pero si hubiese sabido que la iba a obligar a invitarla esta noche, creo que se lo hubiese dicho. Ese insulto, por lo menos, se lo habría evitado.

Lady Windermere.—Yo no la invité. Él insistió en que viniera, contra mi voluntad, contra mi orden. ¡Oh, la casa está manchada para mí! Siento como si todas las mujeres se riesen de mí al verla bailar con mi marido. ¿Qué he hecho para merecer esto? Le di toda mi vida. Él la tomó, la usó a su gusto, la destrozó. Estoy degradada a mis propios ojos, he perdido el coraje, soy una cobarde. (*Se sienta en el sofá.*)

Lord Darlington.—La conozco bien, sé que no puede vivir con un hombre que la trate de esa forma. ¿Qué tipo de vida tendría con él? Sentiría que la está engañando a cada momento del día. Sentiría que la mirada de sus ojos, su voz, sus caricias, su pasión eran falsas. Acudiría a usted cuando estuviera harto de las otras; entonces debería consolarle. Sería para él la máscara de su vida real, el manto para ocultar su secreto.

Lady Windermere.—Tiene razón... tiene toda la razón. Pero, ¿hacia dónde debo ir? Usted dijo que sería mi amigo, lord Darlington. Dígame, ¿qué debo hacer? Sea mi amigo ahora.

Lord Darlington.—Entre hombres y mujeres no hay amistad posible. Hay pasión, enemistad, adoración, amor, pero no amistad. La amo.

Lady Windermere.—¡No, no! (*Se levanta.*)

Lord Darlington.—¡Sí, la amo! Usted es más para mí que cualquier otra cosa de este mundo. ¿Qué le da su marido? Nada. Todo lo que hay en él se lo da a esa malvada mujer que ha introducido en su sociedad, en su casa, para avergonzarla delante de todo el mundo. Le ofrezco mi vida...

Lady Windermere.—¡Lord Darlington!

Lord Darlington.—Mi vida, toda mi vida. Tómela y haga con ella lo que quiera... La amo, la amo más que a cualquier otra cosa en este mundo. ¡La amo desde el momento en que la conocí, la amo ciegamente, con adoración, con locura! Usted no lo supo entonces, pero lo sabe ahora. Deje su casa esta noche. No le diré que no importa el mundo, o lo que el mundo diga, o lo que diga la sociedad. Importan en gran medida. Importan mucho. Pero hay momentos en los que uno ha de elegir entre vivir su propia vida, completamente, enteramente, o arrastrar una falsa existencia degradada que el mundo ordena en su hipocresía. Usted tiene ese momento ahora. ¡Elija! Oh, mi amor, elija.

Lady Windermere (*Yéndose lentamente de su lado y mirándole con los ojos fijos*).—No tengo el coraje de hacerlo.

Lord Darlington (*Siguiéndola*).—Sí; tiene el coraje. Puede haber seis meses de dolor, incluso de vergüenza, pero cuando un poco más tarde usted no lleve ya su nombre, cuando lleve el mío, todo irá bien. Margaret, mi amor, la que será algún día mi esposa, ¡sí, mi esposa! ¡Lo sabe! ¿Qué es ahora? Esa mujer ocupa el lugar que le corresponde por derecho a usted. ¡Oh! Váyase, váyase de esta casa, con la cabeza alta, con una sonrisa en sus labios, con valor en la mirada. Todo Londres sa-

bría por qué lo hizo; y ¿quién la censuraría? Nadie. Y si lo hacen, ¿qué importa? ¿Está mal? ¿Qué es lo que está mal? Está mal para un hombre abandonar a su mujer por una mujer vil. Está mal para una mujer quedarse con un hombre que tanto la ha deshonrado. Usted me dijo una vez que no perdonaría. No va a hacer nada ahora. ¡Sea valiente! ¡Sea usted misma!

Lady Windermere.—Tengo miedo de ser yo misma. Déjeme pensar. Déjeme esperar. Mi marido volverá conmigo. (*Se sienta en el sofá.*)

Lord Darlington.—¿Y usted le dejaría que volviese? No es como yo pensaba. Es igual que las otras mujeres. Soportaría cualquier cosa antes de verse censurada por el mundo, cuya alabanza despreciaría. En una semana estará usted paseando por el parque con esa mujer. Será su constante invitada, su más querida amiga. Aguantaría cualquier cosa antes que romper drásticamente ese monstruoso lazo. Tiene razón. No tiene coraje, ninguno.

Lady Windermere.—¡Ah!, deme tiempo para pensar. No puedo contestarle ahora. (*Pasa su mano nerviosa por la frente.*)

Lord Darlington.—Debe ser ahora o nunca.

Lady Windermere (*Levantándose del sofá*).—¡Entonces, nunca! (*Una pausa.*)

Lord Darlington.—¡Me rompe el corazón!

Lady Windermere.—El mío ya está roto. (*Una pausa.*)

Lord Darlington.—Mañana dejo Inglaterra. Ésta es la última vez que podré verla. Nunca más me verá. Por unos momentos nuestras vidas se han encontrado, nuestras almas se han tocado. Nunca deben encontrarse ni tocarse otra vez. Adiós, Margaret. (*Se va.*)

Lady Windermere.—¡Qué sola estoy en la vida! ¡Qué terriblemente sola!

Se detiene la música. Entra la duquesa de Berwick *y* lord Paisley *riendo y hablando. Otros invitados entran desde el salón de baile.*

Duquesa de Berwick.—¡Querida Margaret! He tenido una deliciosa charla con la señora Erlynne. Siento mucho lo que le dije sobre ella esta tarde. Por supuesto, debe ser buena si usted la invita. Una mujer muy atractiva y con unos puntos de vista muy sensibles sobre la vida. Me dijo que desaprueba que la gente se case más de una vez, por

tanto me siento totalmente segura respecto al pobre Augustus. No puedo imaginar por qué la gente habla mal de ella. Son esas horribles sobrinas mías, las chicas de Saville, que siempre están hablando de escándalos. Sin embargo, creo que debería ir a Homburg, querida, debería ir. Es un lugar muy atractivo. Pero, ¿dónde está Agatha? Oh, allí está. (*Lady Agatha y el señor Hopper entran de la terraza.*) Señor Hopper, estoy muy, pero que muy enfadada con usted. Se ha llevado a Agatha a la terraza, y es tan delicada...

Hopper.—Lo siento muchísimo, duquesa. Salimos un momento y nos pusimos a hablar.

Duquesa de Berwick.—¡Ah! Sobre Australia, imagino.

Hopper.—¡Sí!

Duquesa de Berwick.—¡Agatha, querida! (*Le hace señales de que se le acerque.*)

Lady Agatha.—Sí, mamá.

Duquesa de Berwick (*Aparte*).—¿Ha dicho el señor Hopper algo definitivo?

Lady Agatha.—Sí, mamá.

Duquesa de Berwick.—Y, ¿qué respuesta le diste, querida?

Lady Agatha.—Sí, mamá.

Duquesa de Berwick (*Afectuosamente*).—¡Mi querida niña! Siempre dices lo correcto. ¡Señor Hopper! ¡James! Agatha me lo ha contado todo. Qué inteligentes han sido ambos guardando el secreto.

Hopper.—Entonces, ¿no le importa que me lleve a Agatha a Australia, duquesa?

Duquesa de Berwick (*Indignada*).—¿A Australia? Oh, no mencione ese horrible y vulgar lugar.

Hopper.—Pero ella me ha dicho que le gustaría venir conmigo.

Duquesa de Berwick (*Con severidad*).—¿Dijiste eso, Agatha?

Lady Agatha.—Sí, mamá.

Duquesa de Berwick.—Agatha, no paras de decir tonterías. Creo que Grosvenor Square sería un lugar más saludable para vivir. Hay mucha gente vulgar viviendo en Grosvenor Square, pero en cualquier caso no hay horribles canguros dando saltos. Pero hablaremos de ello mañana. James, puede usted acompañar a Agatha hasta abajo. Mañana, por

supuesto, vendrá usted a comer, James. A la una y media en lugar de a las dos. El duque querrá decirle cuatro cosas, estoy segura.

Hopper.—Me gustaría tener una charla con el duque, duquesa. Aún no me ha dicho ni una sola palabra.

Duquesa de Berwick.—Ya verá cómo mañana tendrá un montón de cosas que decirle. *(Salen lady Agatha y el señor Hopper.)* Y ahora, buenas noches, Margaret. Me temo que es la vieja, la vieja historia del amor, querida. Amor, bueno, no amor a primera vista, sino amor a final de temporada, lo cual es mucho más satisfactorio.

Lady Windermere.—Buenas noches, duquesa.

La duquesa de Berwick *sale del brazo de* lord Paisley.

Lady Plymdale.—Mi querida Margaret, ¡qué mujer más atractiva ha estado bailando con su marido! Si yo fuera usted, estaría celosa. ¿Es una buena amiga suya?

Lady Windermere.—¡No!

Lady Plymdale.—¿De veras? Buenas noches, querida. (*Mira al señor Dumby y se van.*)

Dumby.—¡Qué modales tan horribles tiene el joven Hopper!

Cecil Graham.—¡Ah! Hopper es un caballero de la naturaleza, el peor tipo de caballero que conozco.

Dumby.—Una mujer muy sensible, lady Windermere. Muchas esposas se hubiesen opuesto a que viniese la señora Erlynne. Pero lady Windermere tiene esa cualidad tan poco común llamada sentido común.

Cecil Graham.—Y lord Winderemere sabe que no hay nada que parezca tan inocente como una indiscreción.

Dumby.—Sí, el querido lord Windermere se está volviendo muy moderno. Nunca pensé que lo haría. (*Se inclina hacia lady Windermere y se va.*)

Lady Jedburgh.—Buenas noches, lady Windermere. ¡Qué mujer tan fascinante la señora Erlynne! Va a venir a cenar a casa el jueves. ¿Quiere venir usted también? Espero al obispo y a la querida lady Merton.

Lady Windermere.—Me temo que estaré ocupada, lady Jedburgh.

Lady Jedburgh.—Lo siento. Vamos, querida.

Se van Lady Jedburgh y Señorita Graham.
Entran la Señora Erlynne *y* lord Windermere.

Señora Erlynne.—¡Ha sido un baile encantador! Cómo me recuerda los viejos tiempos. *(Se sienta en el sofá.)* Y veo que hay tantos locos en la alta sociedad como los que solía haber antes. ¡Estoy encantada de ver que nada ha cambiado! Excepto Margaret. Se ha vuelto muy atractiva. La última vez que la vi, hace veinte años, estaba espantosa con un vestido de franela. Realmente espantosa, se lo aseguro. ¡La querida duquesa! Y ¡esa dulce lady Agatha! ¡Justo el tipo de chica que me gusta! Bien, de hecho, lord Windermere, voy a ser la cuñada de la duquesa.

Lord Windermere (*Sentándose a su izquierda*).—¿Usted...?

Se va el señor Cecil Graham con el resto de los invitados.
Lady Windermere *observa con una mirada de desprecio y dolor a la* Señora Erlynne *y a su marido. Se dan cuenta de su presencia.*

Señora Erlynne.—¡Oh, sí! ¡Vendrá mañana a las doce! Quería declararse esta noche. De hecho, así ha sido. Ha aplazado su proposición. Pobre Augustus, usted sabe cuánto se repite. ¡Qué hábito tan malo! Pero le dije que no le daría una respuesta hasta mañana. Por supuesto, le voy a aceptar. Y me atrevo a decir que seré, para él, una admirable esposa, como deben ser las esposas. Hay muchas cosas buenas en lord Augustus. Afortunadamente, todas están en la superficie. Justo donde deben estar las buenas cualidades. Por supuesto usted debe ayudarme en este asunto.

Lord Windermere.—Supongo que no tendré que animar a lord Augustus.

Señora Erlynne.—¡Oh, no! Ya lo hago yo. Pero podría darme usted una buena dote, lord Windermere. ¿Lo haría usted?

Lord Windermere (*Frunciendo el ceño*).—¿Es por lo que usted quería hablar conmigo esta noche?

Señora Erlynne.—Sí.

Lord Windermere (*Con un gesto de impaciencia*).—No quiero hablar aquí de ese asunto.

Señora Erlynne (*Riendo*).—Entonces hablaremos de ello en la terraza. Incluso los negocios pueden tener un entorno pintoresco. ¿No lo cree así, lord Windermere? Con un entorno apropiado, una mujer puede hacer cualquier cosa.

Lord Windermere.—¿No daría lo mismo que lo hablásemos mañana?

Señora Erlynne.—No; verá, mañana voy a aceptarle. Y creo que sería bueno que pudiese decirle que tengo... bueno, ¿qué le podría decir? Dos mil libras al año que me ha dejado un primo tercero, o un segundo marido, o cualquier pariente lejano de ese tipo. Sería un atractivo adicional, ¿no cree? Ahora tiene usted una maravillosa oportunidad para hacerme un cumplido, lord Windermere. Pero no es usted muy inteligente para los cumplidos. Me temo que Margaret no le ha animado a tan excelente hábito. Es un gran error por su parte. Cuando los hombres no dicen cosas encantadores, acaban creyendo que no las hay. Pero, en serio, ¿qué me dice de las dos mil libras? ¿Dos mil quinientas? En la vida moderna, el margen lo es todo. Lord Windermere, ¿no cree usted que el mundo es un lugar inmensamente divertido? Yo sí.

Sale a la terraza con Lord Windermere. *Se oye la música del salón de baile.*

Lady Windermere.—Es imposible permanecer más tiempo en esta casa. Esta noche, un hombre que me ama, me ha ofrecido toda su vida. La he rechazado. Fue una locura por mi parte. Ahora, yo le ofreceré la mía. Le daré la mía. ¡Iré a él! (*Se pone la capa y va hacia la puerta; entonces da media vuelta. Se sienta a la mesa y escribe una carta, la pone en un sobre y la deja sobre la mesa.*) Arthur nunca me ha entendido. Cuando lea esto, me entenderá. Ahora podrá hacer lo que quiera con su vida. Yo he hecho con la mía lo que he creído mejor, estoy segura de que es lo correcto. Él es quien ha roto el lazo del matrimonio, no yo. Yo sólo he roto su cautiverio. (*Se va.*)

Parker *entra por la izquierda y cruza hacia el salón de baile. Entra la* Señora Erlynne.

Señora Erlynne.—¿Está lady Windermere en el salón de baile?

Parker.—Mi lady acaba de salir.

Señora Erlynne.—¿Salir? ¿No está en la terraza?

Parker.—No. Mi lady ha salido de la casa.

Señora Erlynne (*Se estremece y mira al criado con una expresión inquieta*).—¿Fuera de casa?

Parker.—Sí, me dijo que dejaba una carta para mi lord encima de la mesa.

Señora Erlynne.—¿Una carta para lord Windermere?

Parker.—Sí, mi lady.

Señora Erlynne.—Gracias.

Sale Parker. *La música del salón de baile se detiene.*

Señora Erlynne.—¡Se ha ido de casa! ¡Una carta dirigida a su marido! (*Va hacia el escritorio y mira la carta. La coge y la deja de nuevo, estremeciéndose de horror.*) ¡No, no! ¡Es imposible! ¡No puede repetir la vida una tragedia como ésta! ¡Oh! ¿Por qué me aborda ese horrible pensamiento? ¿Por qué recuerdo ahora el único momento de mi vida que más deseo olvidar? ¿Repite la vida sus tragedias? (*Abre la carta y la lee, luego se deja caer sobre una silla con gesto de angustia.*) ¡Oh, qué terrible! ¡Las mismas palabras que yo le escribí a su padre hace veinte años! ¡Y qué amargamente he sido castigada por ello! ¡No, mi castigo, mi real castigo empieza esta noche, ahora! (*Todavía sentada.*)

Entra lord Windermere.

Lord Windermere.—¿Le ha dado usted las buenas noches a mi esposa?

Señora Erlynne (*Apretando la mano*).—Sí.

Lord Windermere.—¿Dónde está?

Señora Erlynne.—Está muy cansada. Se ha ido a la cama. Dijo que le dolía la cabeza.

Lord Windermere.—Debo ir a verla. ¿Me disculpa?

Señora Erlynne (*Se levanta rápidamente*).—¡Oh, no! No es nada serio. Sólo está muy cansada, eso es todo. Por cierto, todavía hay gente en el comedor. Me ha dicho que quería que usted la disculpase ante ellos. Ha dicho que no quería que la molestaran. (*Se le cae la carta.*) ¡Me pidió que se lo dijera!

Lord Windermere (*Recoge la carta*).—Se le ha caído algo.

Señora Erlynne.—¡Oh sí!, gracias, es mía. (*Alarga la mano para cogerla.*)

Lord Windermere (*Todavía mirando la carta*).—Pero es la letra de mi esposa, ¿verdad?

Señora Erlynne (*Toma la carta rápidamente*).—Sí, es una dirección. ¿Podría hacer que llamen mi coche, por favor?

Lord Windermere.—Por supuesto. (*Va hacia la izquierda y se va.*)

Señora Erlynne.—¡Gracias! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? Siento una angustia que se está despertando dentro de mí, algo que nunca había sentido antes. ¿Qué significará? Una hija no debe ser como la madre, sería terrible. ¿Cómo la puedo salvar? ¿Cómo puedo proteger a mi niña? Un momento puede arruinar toda una vida. ¿Quién puede saberlo mejor que yo? Lord Windermere debe irse de la casa; es absolutamente necesario. (*Va hacia la izquierda.*) ¿Pero cómo puedo hacerlo? He de poder hacer algo. ¡Ah!

Lord Augustus *entra con un ramo de flores.*

Lord Augustus.—Mi querida señora, ¡me tiene en suspenso! ¿No puedo obtener una respuesta a mi pregunta?

Señora Erlynne.—Lord Augustus, escúcheme. Debe llevarse a lord Windermere al club y hacer que se quede allí tanto tiempo como pueda. ¿Me entiende?

Lord Augustus.—¡Pero si usted me dijo que deseaba que me acostara pronto!

Señora Erlynne (*Nerviosa*).—Haga lo que le digo. Haga lo que le digo.

Lord Augustus.—¿Y mi recompensa?

Señora Erlynne.—¿Su recompensa? ¿Su recompensa? ¡Oh! Pregúntemelo mañana. Pero esta noche no pierda a lord Windermere de vista ni un momento. Si no lo hace así, nunca le perdonaré. Nunca le volveré a hablar. No tendré nada que ver con usted. Recuerde, debe mantener a lord Windermere en el club, y no le deje volver esta noche. (*Sale por la izquierda.*)

Lord Augustus.—Bien, realmente ya podría ser su marido, ciertamente, ya podría. (*La sigue con gesto de asombro.*)

ACTO TERCERO

Escena: Salón en casa de lord Darlington. *Un gran sofá frente a la chimenea. En la parte de atrás, una cortina corrida sobre una ventana. Puertas a la derecha y a la izquierda. Mesa a la derecha con material para escribir. Mesa en el centro con vasos y bebidas. Mesa a la izquierda con tabaco y una caja de cigarrillos. Las luces están encendidas.*

LADY WINDERMERE (*Al lado de la chimenea*).—¿Por qué no viene? Esta espera es horrible. Debería estar aquí. ¿Por qué no está aquí para despertar con sus palabras de pasión el fuego de mi corazón? Tengo frío, el frío de un ser sin amor. En este momento, Arthur ya habrá leído mi carta. Si sintiese algo por mí, vendría detrás de mí y me haría regresar a la fuerza. Pero no le importo nada. Está atrapado por esa mujer, fascinado, dominado por ella. Si una mujer quiere cazar a un hombre, sólo tiene que apelar a lo que hay de malo en él. Nosotras hacemos dioses de los hombres, y ellos nos abandonan. Otras los convierten en fieras, y ellos las siguen fielmente. ¡Qué vida tan odiosa!... ¡Oh!... ha sido una locura por mi parte venir aquí, una terrible locura. Y me pregunto qué es peor: ¿estar a merced de un hombre que te ama o ser la esposa de aquel que te deshonra en tu propia casa? ¿Qué mujer lo sabe? ¿Quién en el mundo? ¿Pero este hombre al que le voy a dar mi vida, me querrá siempre? ¿Qué le doy yo? Labios que han perdido la alegría, ojos ciegos por las lágrimas, unas manos frías y un corazón de hielo. No le doy nada. He de volver... No. No puedo; mi carta ya estará en su poder... ¡Arthur! ¡Nunca me perdonará! ¡Esa carta es fatal! ¡No! Lord Darlington se irá de Inglaterra mañana. Me iré con él... No puedo elegir. *(Se sienta unos instantes. Después se estremece, se levanta y se pone la capa.)* ¡No, no! Volveré, dejaré a Arthur que haga conmigo lo que quiera. No puedo esperar aquí. Ha sido de locos venir. He de volver en seguida. Y en cuanto a lord Darlington... ¡Oh! ¡Está aquí! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué le puedo decir? ¿Me dejará marchar? He oído que los hombres son brutales, horribles... ¡Oh! *(Esconde la cara entre las manos.)*

Entra SEÑORA ERLYNNE *por la izquierda.*

Señora Erlynne.—¡Lady Windermere! (*Lady Windermere se estremece y levanta la cabeza. Entonces, retrocede con desprecio.*) Gracias a Dios que he llegado a tiempo. Debe regresar a casa de su marido inmediatamente.

Lady Windermere.—¿Debo?

Señora Erlynne (*Autoritariamente*).—Sí, ¡debe! No debe perder un segundo. Lord Darlington puede volver en cualquier momento.

Lady Windermere.—¡No se me acerque!

Señora Erlynne.—¡Oh! Está usted muy cerca del desastre, está al borde de un horrible precipicio. Debe abandonar este lugar de una vez, mi coche la está esperando en la esquina de la calle. Debe regresar conmigo y volver a casa. (*Lady Windermere se quita la capa y la lanza sobre el sofá.*) ¿Pero qué está usted haciendo?

Lady Windermere.—Señora Erlynne, si usted no hubiese venido, yo hubiese regresado. Pero ahora que la veo a usted, siento que nada en todo el mundo me induciría a vivir bajo el mismo techo que lord Windermere. Usted me horroriza. Tiene algo que despierta lo más feroz y salvaje que hay en mí. Y sé por qué está aquí. Mi marido la mandó para convencerme de que regresara y les sirva como pantalla en las relaciones, sean las que sean, que hay entre ustedes.

Señora Erlynne.—¡Oh! No pensará que... No puede.

Lady Windermere.—Vuelva al lado de mi marido, señora Erlynne. Le pertenece a usted y no a mí. Supongo que él tiene miedo a un escándalo. Los hombres son muy cobardes. No tienen en cuenta ninguna ley del mundo y temen la voz del mundo. Pero se lo había preparado bien. Tendrá un escándalo. Tendrá el peor escándalo que haya habido en Londres desde hace años. Verá su nombre en todos los viles periódicos y el mío en los horribles pasquines.

Señora Erlynne.—No... no...

Lady Windermere.—¡Sí! Lo tendrá. Si hubiese venido él, lo admito, hubiera vuelto a esa vida de degradación que han preparado para mí. Iba a regresar. Pero que se haya quedado en casa y le haya mandado a usted de mensajera, ¡oh, eso es infame... infame!

Señora Erlynne.—Lady Windermere, se equivoca conmigo y se equivoca terriblemente con su marido. Él no sabe que usted está aquí, cree que usted está a salvo en su casa, que duerme en su habitación. ¡No ha leído la loca carta que usted le escribió!

Lady Windermere.—¿No la ha leído?

Señora Erlynne.—No, no sabe nada sobre ella.

Lady Windermere.—¡Qué simple me cree usted! (*Acercándose a ella.*) ¡Me está mintiendo!

Señora Erlynne (*Conteniédose*).—No. Le estoy diciendo la verdad.

Lady Windermere.—Si mi esposo no ha leído la carta, ¿por qué está usted aquí? ¿Quién le dijo que me había ido de la casa en la que usted entró sin ningún tipo de vergüenza? ¿Quién le dijo adónde había ido? Se lo dijo mi esposo y la mandó para que me convenciera de volver. (*Cruza hacia la izquierda.*)

Señora Erlynne.—Su marido nunca ha visto esta carta. Yo la vi, la abrí y... la leí.

Lady Windermere (*Volviéndose hacia ella*).—¿Abrió usted una carta mía para mi marido? ¡Cómo se ha atrevido!

Señora Erlynne.—¡Atreverme! ¡Oh! Para salvarla de la ruina a la que se está acercando, no hay nada en el mundo que no me atreviese a hacer, nada en todo el mundo. Aquí está la carta. Su marido nunca la ha leído. Y nunca la leerá. (*Se acerca a la chimenea.*) Nunca debería haber sido escrita. (*La rompe y la arroja dentro del fuego.*)

Lady Windermere (*Con infinito desprecio en la voz y en la mirada*).—¿Cómo puedo saber que ésa era mi carta? Parece creer que puede engañarme con la treta más vulgar.

Señora Erlynne.—¡Oh! ¡Por qué no se cree nada de lo que le digo? ¿Qué cree que me ha hecho llegar hasta aquí, sino el deseo de salvarla del desastre, de las consecuencias de un horrible error? La carta que se ha quemado era la suya. ¡Se lo juro!

Lady Windermere (*Despacio*).—Tuvo usted mucho cuidado en quemarla antes de que yo la examinara. No puedo creerla. Usted, que ha llevado toda una vida llena de mentiras, ¿cómo puede hablar de verdad sobre algo? (*Se sienta.*)

Señora Erlynne (*Precipitadamente*).—Piense lo que quiera sobre mí, diga lo que quiera contra mí, pero vuelva, vuelva junto al marido a quien ama.

Lady Windermere (*Con resentimiento*).—¡No le amo!

Señora Erlynne.—Sí le ama, y usted sabe que él también la ama.

Lady Windermere.—Él no entiende lo que es amor. Lo entiende tan poco como usted, pero ya veo lo que quiere. Sería un gran éxito para usted hacer que yo volviera. ¡Dios mío! ¡Qué vida tendría yo entonces! Viviendo a merced de una mujer que nunca ha tenido piedad ni compasión, de una mujer cuyo roce es infame, cuya amistad es una degradación, una mujer vil, que viene a interponerse entre un marido y una esposa.

Señora Erlynne (*Con un gesto de desesperación*).—Lady Windermere, lady Windermere, no diga esas cosas tan terribles. No sabe lo horribles que son, qué terribles e injustas. Escuche, ¡debe escuchar! Regrese con su marido y le prometo que nunca volveré a comunicarme con él bajo ningún pretexto. Nunca le veré, nunca tendré que ver con su vida o con la de usted. El dinero que me dio no me lo dio por amor, sino por odio; no por adoración, sino por desprecio. La influencia que tengo sobre él...

Lady Windermere (*Levantándose*).—¡Ah! ¡Usted admite que tiene una influencia!

Señora Erlynne.—Sí, y le contaré qué es. Es el amor que siente por usted, lady Windermere.

Lady Windermere.—¿Espera que me lo crea?

Señora Erlynne.—¡Debe creerme! Es verdad. Es su amor por usted el que le ha hecho someterse a... ¡Oh! Llámelo como quiera: tiranía, amenazas, elija el que quiera. Pero es por el amor que le tiene a usted. El deseo de protegerla, su vergüenza, sí, su vergüenza y desgracia.

Lady Windermere.—¿Qué quiere decir? ¡Es usted muy insolente! ¿Qué debo hacer con usted?

Señora Erlynne (*Con tono humilde*).—Nada. Lo sé... pero le he dicho lo mucho que su marido la ama... que nunca encontrará un amor igual en toda su vida... Ese tipo de amor no lo volverá a encontrar... y si lo pierde, llegará el día en que usted quiera amor y nadie se lo dará, pedirá amor y se lo negarán. ¡Oh! Arthur la quiere.

Lady Windermere.—¿Arthur? ¿Y usted me dice que no hay nada entre ustedes?

Señora Erlynne.—Lady Windermere, ante el cielo su marido es inocente de todo lo que usted cree. Y yo... yo le digo que si se me hubiese ocurrido que usted podía suponerse algo así, hubiese preferido morir antes que cruzarme en su vida. ¡Oh! ¡Morir! ¡Sí, morir!

Lady Windermere.—Habla como si tuviese corazón. Las mujeres como usted no tienen corazón. Usted no tiene: lo compra y lo vende. (*Se sienta.*)

Señora Erlynne (*Se estremece, con un gesto de dolor. Después se contiene y se va hacia donde está sentada lady Windermere. Mientras habla le tiende las manos, pero no se atreve a tocarla*).—Puede usted pensar lo que quiera sobre mí. No merezco ni un momento de aflicción. ¡Pero no vaya a estropear su bonita y joven vida por mi culpa! Usted no sabe lo que puede ocurrirle si no se va inmediatamente de esta casa. No sabe lo que es caer en un abismo, ser despreciada, ser objeto de burla, ser abandonada..., ¡ser expulsada de todas partes! Encontrar todas las puertas cerradas, arrastrarse por horribles caminos, tener miedo en todo momento de que le arranquen la máscara que oculta su rostro y siempre oyendo la risa, la horrible risa del mundo, que es algo más trágico que todas las lágrimas que el mundo pueda derramar. No sabe lo que es eso. Se paga una vez por el pecado, y después se vuelve a pagar, y toda la vida se está pagando por él. Usted no debe saber lo que es eso. En cuanto a mí, si sufrir es una expiación, en este momento he expiado todas mis faltas, sean las que sean. Porque esta noche usted ha dado un corazón a alguien que no tenía, y a la vez lo ha roto. Pero vamos a dejarlo. Mi vida quizá haya sido mala, pero no me gustaría que la suya lo fuera. Usted..., que es solamente una niña, estaría perdida. No posee la fuerza de una mujer para volverse atrás. No tiene ni el valor ni el coraje que hacen falta. ¡No podría soportar el deshonor! ¡No! Vuelva, lady Windermere, con el esposo al que ama. Usted tiene un hijo, lady Windermere. Vuelva al lado de ese hijo, que hasta ahora siempre, en el dolor y en la alegría, puede llamarla. (*Lady Windermere se levanta.*) Dios le dio ese hijo. Le pedirá que le dé una buena vida, que lo cuide. ¿Qué le contestará a Dios si arruina su vida? Vuelva a casa, lady Windermere, ¡su marido la quiere! No ha dejado ni un momento de amarla. Pero aunque tuviera mil amores, usted debería permanecer con su hijo. Aunque fuera cruel con usted, debería permanecer junto al niño. Incluso, si la maltratase o la abandonase, usted debería permanecer con su hijo.

Lady Windermere *rompe a llorar y esconde el rostro entre las manos. La* señora Erlynne *va hacia ella.*

Señora Erlynne.—¡Lady Windermere!

Lady Windermere (*Tendiéndole las manos instintivamente, como hacía una niña*).—Lléveme usted a casa... lléveme usted a casa...

Señora Erlynne (*Está a punto de abrazarla. Se retiene. Hay un gesto de alegría indescriptible en su rostro*).—¡Vamos! ¿Dónde está su capa? (*Cogiéndola del sofá.*) Aquí. Póngasela. ¡Vámonos inmediatamente!

Lady Windermere.—¡Espere! ¿No oye voces?

Señora Erlynne.—¡No, no! ¡No es nadie!

Lady Windermere.—¡Sí! ¡Escuche! ¡Oh! ¡Es la voz de mi marido! ¡Está entrando! ¡Sálveme! ¡Oh, esto es una conjura! Usted le ha dicho que venga.

Se oyen voces fuera.

Señora Erlynne.—¡Silencio! Yo estoy aquí para salvarla, si puedo. ¡Pero me temo que es demasiado tarde! ¡Allí! (*Señala hacia la cortina que cubre la ventana.*) A la primera oportunidad que tenga, váyase, si tiene alguna.

Lady Windermere.—Pero, ¿y usted?

Señora Erlynne.—¡Oh! No se preocupe por mí. Les haré frente.

Lady Windermere *se esconde detrás de la cortina.*

Lord Augustus (*Fuera*).—¡Tonterías, querido Windermere, usted no debe abandonarme!

Señora Erlynne.—¡Lord Augustus! Entonces soy yo la que está perdida. (*Duda por un momento, después mira a su alrededor y se va por la puerta de la derecha.*)

Entran lord Darlington, *señor* Dumby, lord Windermere, lord Augustus Lorton *y señor* Cecil Graham.

Dumby.—¡Qué tontería que nos hayan echado del club a esta hora! ¡Son solamente las dos! (*Se sienta en una silla.*) Acaba de empezar la mejor parte de la noche. (*Bosteza y cierra los ojos.*)

Lord Windermere.—Es usted muy amable, lord Darlington, dejando que Augustus le imponga nuestra compañía, pero me temo que no puedo quedarme demasiado tiempo.

Lord Darlington.—¡De veras lo siento! Tome un cigarro, ¿quiere?

Lord Windermere.—Gracias. (*Se sienta.*)

Lord Augustus (*A lord Windermere*).—Mi querido joven, ni sueñe en irse. Tengo un gran asunto que hablar con usted, de muchísima importancia. (*Se sienta con él a la izquierda de la mesa.*)

Cecil Graham.—¡Oh! Todos sabemos de qué se trata. Tuppy no puede hablar de otra cosa que no sea la señora Erlynne.

Lord Windermere.—Bueno, eso no es asunto suyo, Cecil.

Cecil Graham.—¡No! Seguramente es por eso que me interesa. Mis propios asuntos siempre me aburren a muerte. Yo prefiero los de los demás.

Lord Darlington.—Tomen algo de beber, amigos. Cecil, ¿un whisky con soda?

Cecil Graham.—Gracias. (*Va hacia la mesa con lord Darlington.*) La señora Erlynne estaba muy atractiva esta noche, ¿no cree?

Lord Darlington.—Yo no soy uno de sus admiradores.

Cecil Graham.—Yo tampoco solía serlo, pero ahora sí lo soy. Me hizo que le presentara a la pobre y querida tía Caroline. Creo que va a ir a comer con ella.

Lord Darlington (*Sorprendido*).—¿Eh?

Cecil Graham.—Es cierto.

Lord Darlington.—Perdónenme amigos. Mañana me voy. Y debo escribir algunas cartas. (*Va al escritorio y se sienta.*)

Dumby.—Una mujer muy inteligente, la señora Erlynne.

Cecil Graham.—¡Hola Dumby! Pensé que se había dormido.

Dumby.—Lo estoy, normalmente lo estoy.

Lord Augustus.—Una mujer muy inteligente. Sabe perfectamente lo idiota que soy, lo sabe tan bien como yo mismo.

Cecil Graham *va hacia ellos, riendo.*

Lord Augustus.—¡Ah! Ya se puede reír, muchacho, pero es una gran cosa encontrar una mujer que nos entienda bien.

Dumby.—Es algo terriblemente peligroso. Siempre terminan por casarse con uno.

Cecil Graham.—Pero yo creía, Tuppy, que ¡no la iba a volver a ver nunca más! ¡Sí! Eso me dijo ayer por la noche en el club. Me dijo que había oído... (*Susurrándole.*)

Lord Augustus.—Oh, ella ya me lo explicó.

Cecil Graham.—¿Y el asunto de Wiesbaden?

Lord Augustus.—También me lo explicó.

Dumby.—¿Y lo de su renta, Tuppy? ¿Le explicó eso también?

Lord Augustus (*Serio*).—Eso me lo explicará mañana.

Cecil Graham *va hacia la mesa del centro.*

Dumby.—Las mujeres de hoy en día son terriblemente mercantilistas. Nuestras abuelas hacían lo que querían sin importarles nada; pero, ¡rayos!, sus nietas hacen lo mismo, aunque primero calculan cuánto pueden ganar con ello.

Lord Augustus.—Usted quiere hacer de ella una mala mujer, y no lo es.

Cecil Graham.—¡Oh! Las mujeres malas nos molestan. Las buenas nos aburren. Es la única diferencia entre ellas.

Lord Augustus (*Echando humo de su cigarro*).—La señora Erlynne tiene todo un futuro ante ella.

Dumby.—La señora Erlynne tiene un pasado ante ella.

Lord Augustus.—Prefiero a las mujeres con un pasado. Es endiabladamente divertido hablar con ellas.

Cecil Graham.—Bien, entonces tendrá usted un montón de temas de conversación, Tuppy. (*Se levanta y se le acerca.*)

Lord Augustus.—Se está volviendo molesto, muchacho, se está volviendo demasiado molesto.

Cecil Graham (*Pone sus manos sobre sus espaldas*).—Ahora, Tuppy, ha perdido su figura y su carácter. No pierda su paciencia, sólo tiene una.

Lord Augustus.—Mi querido amigo, si yo no fuera el hombre más paciente de Londres...

Cecil Graham.—Le trataríamos con más respeto, ¿verdad, Tuppy? (*Se pone a pasear.*)

Dumby.—La juventud de hoy en día es monstruosa. No tienen ningún respeto por el cabello teñido. (*Lord Augustus mira a su alrededor enfadado.*)

Cecil Graham.—La señora Erlynne tiene un enorme respeto por el querido Tuppy.

Dumby.—Entonces la señora Erlynne constituye un admirable ejemplo para el resto de su mismo sexo. Es totalmente brutal la forma en que muchas mujeres hoy en día tratan a los hombres que no son sus maridos.

Lord Windermere.—Dumby, es usted ridículo y, Cecil, deje ya de darle a la lengua. Dejen a la señora Erlynne tranquila. Realmente no la conocen y siempre están contando escándalos sobre ella.

Cecil Graham (*Yendo hacia él*).—Mi querido Arthur, yo nunca cuento escándalos, chismorreo.

Lord Windermere.—¿Cuál es la diferencia entre escandalizar y chismorrear?

Cecil Graham.—¡Oh, chismorrear es encantador! La historia no es más que un chismorreo. Pero los escándalos son chismorreos que se han convertido en tediosos por la moralidad. Ahora, nunca moralizo. Un hombre que moraliza es generalmente un hipócrita, y una mujer que moraliza es indefectiblemente fea. No hay nada en todo el mundo tan indecente como una mujer con una conciencia puritana. Y me alegra poder decir que muchas mujeres lo saben.

Lord Augustus.—Justo lo que yo pienso muchacho, lo que yo pienso.

Cecil Graham.—Siento oír eso, Tuppy; cuando la gente está de acuerdo conmigo tengo la impresión de estar equivocado.

Lord Augustus.—Chico, cuando yo tenía su edad...

Cecil Graham.—Pero si nunca la tuvo, Tuppy, y nunca la tendrá. (*Se va hacia el centro.*) Darlington, déjenos unos naipes. Arthur, usted juega, ¿verdad?

Lord Windermere.—No, gracias Cecil.

Dumby (*Con un suspiro*).—¡Por Dios, cómo arruina el matrimonio a un hombre! Es tan desmoralizador como los cigarrilos y mucho más caro.

Cecil Graham.—Usted, Tuppy, por supuesto que juega, ¿verdad?

Lord Augustus (*Sirviéndose brandy con soda en la mesa*).—No puedo, muchacho. Le prometí a la señora Erlynne que no jugaría ni bebería de nuevo.

Cecil Graham.—Ahora, mi querido Tuppy, no se irá a perder por los senderos de la virtud. Reformado, podría ser realmente aburrido. Eso es lo peor de las mujeres. Siempre quieren que los hombres sean perfectos. Y si somos buenos, cuando nos conocen, no nos quieren. A ellas les gusta encontrarnos irresistiblemente malos, y transformarnos en buenos.

Lord Darlington (*Levantándose de la mesa, donde había estado escribiendo cartas*).—¡Siempre nos encuentran malos!

Dumby.—No creo que seamos malos. Creo que todos somos buenos, excepto Tuppy.

Lord Darlington.—No, todos estamos en el pozo, pero algunos miramos las estrellas. (*Se sienta en la mesa.*)

Dumby.—¿Todos estamos en el pozo, pero algunos miramos las estrellas? Creo que está muy romántico esta noche, Darlington.

Cecil Graham.—Muy romántico. Debe estar enamorado. ¿Quién es ella?

Lord Darlington.—La mujer que amo no es libre, o cree que no lo es. *(Mira instintivamente a lord Windermere mientras habla.)*

Cecil Graham.—¡Entonces, es una mujer casada! Bien, no hay nada en el mundo como el amor de una mujer casada. Eso es algo que el hombre soltero sabe muy bien.

Lord Darlington.—¡Oh! Ella no me ama. Es una buena mujer. Es la única mujer buena que he conocido a lo largo de mi vida.

Cecil Graham.—¿La única mujer buena que ha conocido en su vida?

Lord Darlington.—¡Sí!

Cecil Graham (*Encendiendo un cigarrillo*).—Bien, ¡es usted un joven afortunado! Porque yo he conocido cientos de buenas mujeres. Sólo he conocido a mujeres buenas. El mundo está repleto de ellas. Se las reconoce por su educación de clase media.

Lord Darlington.—Esta mujer tiene pureza e inocencia. Tiene todo lo que los hombres hemos perdido.

Cecil Graham.—Mi querido amigo, ¿qué diablos podríamos hacer los hombres con pureza e inocencia? Un ojal bordado cuidadosamente es mucho más efectivo.

Dumby.—Entonces, ¿ella no le ama realmente?

Lord Darlington.—No, no me ama.

Dumby.—Le felicito, querido amigo. En este mundo hay solamente dos tragedias. Una es no conseguir lo que uno quiere, y la otra conseguirlo. La segunda es mucho peor: es la tragedia real. Pero estoy interesado en oír que ella no le ama. ¿Cuánto tiempo podría querer a una mujer que no le amase a usted, Cecil?

Cecil Graham.—¿Una mujer que no me amase? ¡Oh, toda la vida!

Dumby.—Yo también podría. ¡Pero es tan difícil encontrar alguna!

Lord Darlington.—¿Cómo puede ser tan engreído, Dumby?

Dumby.—No lo digo por ser engreído. Lo digo por lástima. He sido adorado locamente, ardientemente. Lo siento. Resultó un inmenso aburrimiento. Me gustaría disponer de un poco de tiempo, de cuando en cuando, para mí.

Lord Augustus (*Mirando alrededor*).—Tiempo para educarse a usted mismo, supongo.

Dumby.—No, tiempo para olvidar todo lo que he aprendido. Eso es mucho más importante, querido Tuppy. (*Lord Augustus se remueve en el sillón.*)

Lord Darlington.—¡Qué cínico es, querido amigo!

Cecil Graham.—¿Qué es un cínico? (*Sentándose en el respaldo del sofá.*)

Lord Darlington.—Un hombre que conoce el precio de todo e ignora el valor de nada.

Cecil Graham.—Y un sentimental, querido Darlington, es un hombre que ve un valor absurdo en todo y no conoce el precio de mercado ni de la cosa más simple.

Lord Darlington.—Siempre me divierte, querido Cecil. Habla como si fuera un hombre con experiencia.

Cecil Graham.—Lo soy. (*Se va hacia la chimenea.*)

Lord Darlington.—¡Es demasiado joven!

Cecil Graham.—Ése es un gran error. La experiencia es una cuestión de instinto de la vida. Yo lo tengo. Tuppy no lo tiene. Experiencia es el nombre que Tuppy da a sus errores. Eso es todo. (*Lord Augustus mira alrededor con indignación.*)

Dumby.—Experiencia es el nombre que todo el mundo da a sus errores.

Cecil Graham (*En pie con la espalda apoyada en la chimenea*). No se debería cometer ninguno. (*Ve el abanico de lady Windermere en el sofá.*)

Dumby.—La vida sería muy aburrida sin ellos.

Cecil Graham.—Por supuesto ¿es usted totalmente fiel a esa mujer a quien ama, Darlington, a esa buena mujer?

Lord Darlington.—Cecil, si uno realmente ama a una mujer, el resto de mujeres del mundo pierden todo su sentido. El amor le cambia a uno. Yo soy otro.

Cecil Graham.—¡Querido, qué interesante! Tuppy, quiero hablar con usted. (*Lord Augustus no se da cuenta.*)

Dumby.—Es inútil hablarle a Tuppy. Es como si hablara con una pared de ladrillos.

Cecil Graham.—Pero me gusta hablar con las paredes... ¡es lo único en el mundo que no me contradice! ¡Tuppy!

Lord Augustus.—Bien, ¿qué es? ¿Qué ocurre? (*Levantándose y acercándose a Cecil Graham.*)

Cecil Graham.—Acérquese. Quiero hablar en privado. (*Aparte.*) Darlington ha estado moralizando y hablando sobre la pureza del amor y todo ese tipo de cosas y, mientras lo hacía, ha tenido una mujer en sus habitaciones.

Lord Augustus.—¡No! ¿De veras? ¡No me diga!

Cecil Graham (*En voz baja*).—Sí, aquí está su abanico. (*Señala al abanico.*)

Lord Augustus (*Riéndose entre dientes*).—¡Por Júpiter! ¡Por Júpiter!

Lord Windermere (*En la puerta*).—Realmente debo irme ya, lord Darlington. Siento que se vaya de Inglaterra tan pronto. ¡Le ruego que nos avise cuando vuelva! ¡Mi mujer y yo estaremos encantados de verle!

Lord Darlington (*Se levanta para acompañar a lord Windermere*).—Me temo que estaré fuera durante algunos años. ¡Buenas noches!

Cecil Graham.—¡Arthur!

Lord Windermere.—¿Qué?

Cecil Graham.—Quiero hablar con usted un momento. ¡Venga!

Lord Windermere (*Poniéndose el abrigo*).—No puedo. Me voy.

Cecil Graham.—Es sobre algo muy particular. Le interesará enormemente.

Lord Windermere (*Sonriendo*).—Será alguna de sus tonterías, Cecil.

Cecil Graham.—¡No, no lo es! ¡De veras que no lo es!

Lord Augustus (*Acercándose*).—Mi querido amigo, todavía no debe irse. Tengo mucho que hablar con usted. Y Cecil tiene algo que mostrarle.

Lord Windermere (*Acercándose a él*).—Bien, ¿qué ocurre?

Cecil Graham.—Darlington tiene una mujer aquí, en sus habitaciones. Aquí está su abanico. Divertido, ¿verdad? (*Una pausa.*)

Lord Windermere.—¡Santo cielo! (*Observa el abanico. Dumby se levanta.*)

Cecil Graham.—¿Qué ocurre?

Lord Windermere.—¡Lord Darlington!

Lord Darlington (*Volviéndose*).—¡Sí!

Lord Windermere.—¿Qué hace el abanico de mi mujer aquí, en sus habitaciones? Déjeme, Cecil, no me toque.

Lord Darlington.—¿El abanico de su mujer?

Lord Windermere.—Sí, está aquí.

Lord Darlington (*Yendo hacia él*).—¡No lo sé!

Lord Windermere.—Lo debe saber. Le pido una explicación. No me toque, idiota. (*A Cecil Graham.*)

Lord Darlington (*Aparte*).—¡Ella está aquí!

Lord Windermere.—¡Hable! ¿Por qué está el abanico de mi mujer aquí? ¡Contésteme! ¡Por Dios! Registraré todas sus habitaciones y, si mi mujer está aquí, yo... (*Anda.*)

Lord Darlington.—No puede registrar mis habitaciones. No tiene derecho a hacerlo. ¡Se lo prohíbo!

Lord Windermere.—¡Canalla! ¡No me iré de aquí hasta que haya registrado el último rincón! ¿Qué se mueve tras esa cortina! (*Se abalanza sobre la cortina.*)

Señora Erlynne (*Entra por la derecha*).—¡Lord Windermere!

Lord Windermere.—¡Señora Erlynne!

Todos se estremecen y se vuelven. Lady Windermere *se desliza por detrás de la cortina y sale por la puerta de la izquierda.*

Señora Erlynne.—Creo que tomé el abanico de su esposa por error, cuando me fui de su casa esta noche. Lo siento. (*Le coge el abanico. Lord Windermere la mira con desprecio. Lord Darlington tiene una expresión de asombro y de ira. Lord Augustus vuelve la cabeza. El resto de hombres sonríen.*)

ACTO CUARTO

Escena: La misma que en el primer acto.

LADY WINDERMERE (*Tumbada en el sofá*).—¿Cómo se lo puedo decir? No puedo hacerlo. Me mataría. Me pregunto qué pasaría después de que me fuera de aquella horrible habitación. Quizá ella les contara la verdadera razón por la que estaba allí, y el significado real de mi... fatal abanico. ¡Oh! Si él lo sabe, ¿cómo podré mirarle de nuevo a la cara? Nunca me perdonará. (*Toca la campana.*) Qué seguros creemos estar lejos de las tentaciones, pecados y locuras. Y entonces, de repente... ¡Oh! La vida es terrible. Nos gobierna, y nosotros en absoluto la gobernamos a ella.

Entra ROSALIE.

ROSALIE.—¿Me llamó mi lady?

LADY WINDERMERE.—Sí. ¿Sabe a qué hora ha llegado lord Windermere esta noche?

ROSALIE.—Mi lord no llegó hasta las cinco.

LADY WINDERMERE.—¿Hasta las cinco? Llamó esta mañana a mi puerta, ¿verdad?

ROSALIE.—Sí... a las nueve y media. Le dije que mi lady aún no se había despertado.

LADY WINDERMERE.—¿Dijo alguna cosa?

ROSALIE.—Algo sobre el abanico de la señora. No pude oír muy bien lo que decía. ¿Ha perdido el abanico, mi lady? Yo no lo he encontrado y Parker dice que no se lo olvidó en ninguna de las habitaciones. Ha buscado en todas y también en la terraza.

LADY WINDERMERE.—No importa. Dígale a Parker que no se preocupe. Eso es.

Se va Rosalie.

Lady Windermere (*Mientras se levanta*).—Estoy segura de que ella se lo ha dicho. No me la puedo imaginar teniendo un bello gesto, espontáneamente, temerariamente, noblemente... y, después de todo, sabiendo que le ha costado muchísimo. ¿Por qué debería dudar entre su ruina y la mía?... ¡Qué extraño! La hubiera desacreditado públicamente en mi propia casa. Ella acepta desacreditarse públicamente en la casa de otro para salvarme a mí... Hay una amarga ironía en las cosas, una amarga ironía en la forma de hablar de las mujeres buenas y malas... ¡Oh, qué lección! Y ¡qué pena que en la vida sólo aprendamos las lecciones cuando ya no tienen ninguna utilidad para nosotros! Si ella no habla, debo hacerlo yo. ¡Oh, qué vergüenza, qué vergüenza! Decirlo es revivirlo todo de nuevo. Las acciones son la primera tragedia de la vida, las palabras son la segunda. Las palabras quizá sean las peores. Las palabras son despiadadas... ¡Oh! (*Se estremece cuando entra lord Windermere.*)

Lord Windermere (*Le da un beso*).—Margaret, ¡qué pálida estás!

Lady Windermere.—Dormí muy mal.

Lord Windermere (*Sentándose en el sofá con ella*).—Lo siento muchísimo. Regresé muy tarde y no quise despertarte. Estás llorando querida.

Lady Windermere.—Sí, estoy llorando, tengo algo que contarte, Arthur.

Lord Windermere.—Mi querida niña, no estás bien. Estás fatigada. Vámonos al campo. Estarías muy bien en Selby. La temporada casi se termina. No tenemos por qué quedarnos. ¡Pobre amor mío! Podríamos irnos hoy, si tú quieres. (*Se levanta.*) Podríamos coger el tren de las tres y cuarenta. Mandaré un cable a Fannen. (*Cruza el salón y se sienta en la mesa a escribir un telegrama.*)

Lady Windermere.—Sí; vayámonos hoy. No, no puedo irme hoy, Arthur. Hay alguien a quien debo ver antes de dejar la ciudad, alguien que ha sido muy amable conmigo.

Lord Windermere (*Levantándose y apoyándose en el sofá*). ¿Amable contigo?

Lady Windermere.—Mucho más que eso. (*Se levanta y va hacia él.*) Te lo contaré, Arthur, pero ámame, ámame como solías hacerlo.

Lord Windermere.—¿Solía hacerlo? No estarás pensando en esa perversa mujer que vino aquí anoche... *(Acercándose y sentándose a la derecha de ella.)* No imaginarás todavía... No, no puedes.

Lady Windermere.—No. Ahora sé que estaba equivocada y era una locura.

Lord Windermere.—Fuiste muy buena por tu parte al recibirla anoche... pero no debes volver a verla.

Lady Windermere.—¿Por qué dices eso? (*Una pausa.*)

Lord Windermere (*Cogiéndole la mano*).—Margaret, pensé que la señora Erlynne no era tan mala como parecía. Pensé que quería ser buena, volver al lugar que había perdido en un momento de locura, llevar de nuevo una vida decente. Creí todo lo que ella me dijo... pero estaba equivocado. Ella es mala... tan mala como pueda llegar a serlo una mujer.

Lady Windermere.—Arthur, Arthur, no hables tan cruelmente de una mujer. No creo que la gente pueda dividirse en buenos y malos como se separan por razas o por religiones. Las llamadas mujeres buenas pueden poseer momentos terribles, locura, celos, pecado. Las mujeres malas, como se les llama, pueden tener en ellas dolor, arrepentimiento, compasión, sacrificio. Y no creo que la señora Erlynne sea una mala mujer... Sé que no lo es.

Lord Windermere.—Mi querida chiquilla, esa mujer es imposible. No importa lo que ella quiera hacernos, no debemos volver a verla nunca más. Ella es inadmisible en cualquier parte.

Lady Windermere.—Pero quiero verla. Quiero que venga aquí.

Lord Windermere.—¡Nunca!

Lady Windermere.—Ella vino una vez como tu invitada. Ahora debe volver como la mía.

Lord Windermere.—Ella nunca debería haber venido.

Lady Windermere (*Levantándose*).—Arthur, es demasiado tarde para decir eso ahora. (*Se separa de él.*)

Lord Windermere (*Levantándose*).—Margaret, si tú supieras adónde fue anoche la señora Erlynne, después de que dejara esta casa, no te sentarías en la misma habitación en que estuviese ella. Es totalmente vergonzoso todo este asunto.

Lady Windermere.—Arthur, no puedo soportarlo más. Debo contártelo. Anoche...

Entra Parker *con una bandeja en la que lleva el abanico de* Lady Windermere *y una tarjeta.*

Parker.—La señora Erlynne ha venido para devolveros vuestro abanico, mi lady. Se lo llevó por equivocación anoche. La señora Erlynne le ha escrito un mensaje en la tarjeta.

Lady Windermere.—Oh, dígale a la señora Erlynne que sea tan amable de pasar. (*Lee la tarjeta.*) Dígale que me alegraré de recibirla.

Se va Parker.

Lady Windermere.—¡Quiere verme, Arthur!

Lord Windermere (*Coge la tarjeta y la mira*).—Margaret, te ruego que no lo hagas. Déjame que primero la reciba yo. Es una mujer peligrosa. Es la mujer más peligrosa que conozco. No te das cuenta de lo que haces.

Lady Windermere.—Debo verla.

Lord Windermere.—Mi niña, te puede hacer mucho daño. No lo hagas. Es absolutamente necesario que la vea yo antes que tú.

Lady Windermere.—¿Por qué ha de ser necesario?

Entra Parker.

Parker.—Señora Erlynne.

Entra la señora Erlynne *y sale* Parker.

Señora Erlynne.—¿Cómo está lady Windermere? (*A lord Windermere.*) ¿Cómo está usted? Sabe, lady Windermere, siento muchísimo lo de su abanico. No entiendo cómo pude cometer un error tan tonto. Fue estúpido por mi parte. Y como pasaba por aquí, pensé que tendría la oportunidad de devolvérselo personalmente con mis disculpas por el descuido y decirle adiós.

Lady Windermere.—¿Adiós? (*Se va hacia el sofá con la señora Erlynne y se sienta a su lado.*) ¿Se va entonces, señora Erlynne?

Señora Erlynne.—Sí, me voy a vivir al extranjero de nuevo. El clima inglés no me sienta demasiado bien. Mi... corazón se siente afectado aquí, y eso no me gusta. Prefiero vivir en el sur. En Londres abunda demasiado la niebla y... la gente seria, lord Windermere. No sé si la niebla produce gente seria o si la gente seria produce la niebla, pero todo, en conjunto, me pone nerviosa y, por tanto, me voy esta noche.

Lady Windermere.—¿Esta noche? Pero yo tenía tantas ganas de verla.

Señora Erlynne.—¡Qué amable de su parte! Pero me temo que debo irme.

Lady Windermere.—¿Volveremos a vernos alguna vez, señora Erlynne?

Señora Erlynne.—Me temo que no. Nuestras vidas están muy alejadas. Pero hay una pequeña cosa que me gustaría que hiciera por mí. Quiero una fotografía suya, lady Windermere... ¿Me daría una? No sabe usted lo feliz que me haría.

Lady Windermere.—¡Oh! con mucho gusto. Hay una sobre la mesa. Se la mostraré. (*Va hacia la mesa.*)

Lord Windermere (*Va hacia la señora Erlynne y le habla en voz baja*).—Es monstruosa su intromisión aquí después de su conducta de la pasada noche.

Señora Erlynne (*Con una divertida sonrisa*).—Mi querido Windermere, ¡los modales antes que la moral!

Lady Windermere (*Volviendo*).—Me temo que es demasiado buena... No soy tan guapa como en la fotografía. (*Mostrándosela.*)

Señora Erlynne.—Es usted mucho más guapa. Pero, ¿no tiene usted alguna con su hijo?

Lady Windermere.—Sí. ¿Prefiere una de ésas?

Señora Erlynne.—Sí.

Lady Windermere.—Iré a buscarle una, si me perdona un momento. Tengo una arriba.

Señora Erlynne.—Siento, lady Windermere, ocasionarle tanto problema.

Lady Windermere (*Yéndose hacia la puerta de la derecha*).—No es ningún problema, señora Erlynne.

Señora Erlynne.—Muchas gracias.

Se va lady Windermere.

Señora Erlynne.—Parece estar de mal humor esta mañana, Windermere. ¿Por qué estarlo? Margaret y yo mantenemos una magnífica relación.

Lord Windermere.—No puedo soportar verla con ella. Además, usted no me dijo la verdad, señora Erlynne.

Señora Erlynne.—Querrá decir que no le he contado a ella la verdad.

Lord Windermere (*En pie en el centro*).—A veces desearía que lo hubiese hecho. Me hubiese ahorrado la miseria, la ansiedad y angustia de estos últimos seis meses. Pero, con tal de que mi mujer no supiera... que la madre a quien ella creía muerta, la madre a quien ella ha llorado como muerta, está viva... una mujer divorciada, viviendo bajo un nombre falso, una mala mujer víctima de la vida, como yo sé que es...; más que eso, estaba dispuesto a darle a usted dinero para pagar sus cuentas y extravagancias, y exponerme a cosas como lo que ocurrió ayer, la primera discusión que he tenido con mi esposa. Usted no entiende lo que eso significa para mí. ¿Cómo podría? Sólo le diré que las únicas palabras amargas que han salido de sus dulces labios fueron por su culpa y odio verla de nuevo aquí. Usted mancha la inocencia que hay en ella. (*Va hacia la izquierda.*) Antes yo pensaba que con todas sus faltas usted era franca y honesta. Pero no lo es.

Señora Erlynne.—¿Por qué dice eso?

Lord Windermere.—Me hizo que le consiguiera una invitación para la fiesta de mi esposa.

Señora Erlynne.—Sí, para la fiesta de mi hija.

Lord Windermere.—Usted vino y, cuando aún no había pasado ni una hora desde que se fue de esta casa, ya se encontraba en la habitación de un hombre... Está deshonrada ante todos. (*Se va hacia el centro.*)

Señora Erlynne.—Sí.

Lord Windermere (*Volviéndose hacia ella*).—Tengo derecho a considerarla lo que es... una mujer mala y viciosa. Tengo derecho a decirle a usted que no vuelva nunca a esta casa, nunca intente acercarse a mi mujer...

Señora Erlynne (*Fríamente*).—A mi hija, quiere decir.

Lord Windermere.—No tiene derecho a llamarla su hija. Usted la dejó, la abandonó cuando era una niña, la abandonó por su amante, quien más tarde la abandonó a usted.

Señora Erlynne (*Levantándose*).—¿Dice usted eso, pensando que fue en beneficio de él, lord Windermere..., o en el mío?

Lord Windermere.—Ahora que la conozco, en el de él.

Señora Erlynne.—Tenga cuidado... Es mejor que piense antes de hablar.

Lord Windermere.—No voy a medir mis palabras por usted. La conozco perfectamente.

Señora Erlynne (*Mirándole fijamente*).—Me pregunto si es posible.

Lord Windermere.—La conozco. Durante veinte años de su vida ha vivido sin su niña, sin un solo pensamiento hacia ella. Un día lee en el periódico que se ha casado con un hombre rico. Vio que podía tener suerte. Sabía que para evitarle la ignominia de saber que su madre era una mujer como usted, yo haría lo que fuera. Así empezó su chantaje.

Señora Erlynne (*Encogiéndose de hombros*).—No utilice palabras tan horribles, Windermere. Son vulgares. Vi mi oportunidad, eso es verdad, y la aproveché.

Lord Windermere.—Sí, la tomó... y la perdió anoche al ser descubierta.

Señora Erlynne (*Con una extraña sonrisa*).—Tiene razón, la perdí anoche.

Lord Windermere.—Y en cuanto al error de tomar de aquí el abanico de mi esposa y dejarlo en las habitaciones de Darlington, es imperdonable. No podré soportar verlo otra vez. No dejaré a mi mujer que lo vuelva a usar. Está manchado para mí. Debería habérselo quedado y no devolverlo.

Señora Erlynne.—Creo que me lo quedaré. Es muy bonito. (*Lo coge.*) Le preguntaré a Margaret si me lo da.

Lord Windermere.—Espero que mi esposa se lo dé.

Señora Erlynne.—Oh, estoy segura de que ella no pondrá ninguna objeción.

Lord Windermere.—Desearía que al mismo tiempo le diera una miniatura que ella besa todas las noches antes de rezar. Es la miniatura de una chica joven de apariencia inocente con un bonito cabello negro.

Señora Erlynne.—¡Ah, sí, lo recuerdo! ¡Qué lejano parece ya! (*Va hacia el sofá y se sienta.*) La realizaron antes de mi boda. Por aquel entonces estaba de moda el cabello oscuro y una expresión inocente, Windermere. (*Una pausa.*)

Lord Windermere.—¿Qué ha pretendido al venir aquí esta mañana? ¿Qué es lo que quiere? *(Cruzando desde el centro hacia la izquierda y sentándose.)*

Señora Erlynne (*Con voz irónica*).—Decirle adiós a mi querida hija, por supuesto.

Lord Windermere *se muerde el labio con rabia. La* señora Erlynne *le mira y su voz y su actitud se tornan serias. En su acento, tal como va hablando, hay una nota de profunda tragedia. Por un momento se revela a sí misma.*

Señora Erlynne.—¡Oh!, no se imagine que voy a tener una escena patética con ella, que me abrazaré a su cuello y le diré quién soy y toda esa clase de cosas. No tengo intención de jugar el papel de madre. Sólo he tenido una vez en mi vida el sentimiento de madre. Fue anoche. Fue terrible; me hizo sufrir, me hizo sufrir muchísimo. Durante veinte años, como usted ha dicho, he vivido sin mi hija... Aún quiero vivir sin ella. (*Escondiendo sus sentimientos con una sonrisa trivial.*) Además, mi querido Windermere, ¿cómo quiere que pueda hacer de madre con una hija tan mayor? Margaret tiene veintiún años y yo nunca he admitido que tenga más de veintinueve, o treinta como máximo. Veintinueve cuando la luz es favorecedora, treinta cuando no lo es. ¿Ve usted cuántas dificultades comportaría? No, en lo que a mi concierne, su esposa seguirá manteniendo el recuerdo de su madre muerta, inmaculada. ¿Por qué debería interferir en sus ilusiones? Ya es demasiado duro mantener las mías. Anoche perdí una ilusión. Pensaba que no tenía corazón y me di cuenta que sí, y no me sienta bien, Windermere. Es algo que no va con los vestidos modernos. Le hace parecer a una más vieja. (*Toma un espejo de mano de encima de la mesa y se mira.*) Y estropea nuestra carrera en los momentos críticos.

Lord Windermere.—Me horroriza... Me produce un terrible horror.

Señora Erlynne (*Levantándose*).—Supongo, Windermere, que le gustaría que me retirase a un convento, o que me hiciera enfermera de un hospital, o algo parecido, como hace la gente en las tontas novelas modernas. Es estúpido que piense eso, Arthur; en la vida real no hacemos tales cosas... no mientras tenemos una bella apariencia. No... lo que consuela hoy en día no es el arrepentimiento, sino el placer. El arrepentimiento está pasado de moda. Y además, si una mujer realmente se arrepiente, debe ir a un mal modisto, para que alguien se lo crea. Y nada en el mundo me induciría a hacer algo parecido. No; voy a salir totalmente de sus vidas. Mi intromisión en ellas ha sido un error. Me di cuenta anoche.

Lord Windermere.—Un error fatal.

Señora Erlynne (*Sonriendo*).—Casi fatal.

Lord Windermere.—Siento no haberle contado nunca a mi esposa nada sobre este asunto.

Señora Erlynne.—Me arrepiento de mis malas acciones. Usted deplora las buenas... Ésa es la diferencia entre ambos.

Lord Windermere.—No me fío de usted. Se lo contaré a mi esposa. Es mejor para ella que lo sepa, y también para mí. Le causará un infinito dolor... La humillará terriblemente, pero es justo que lo sepa.

Señora Erlynne.—¿Se propone decírselo?

Lord Windermere.—Voy a decírselo.

Señora Erlynne (*Yendo hacia él*).—Si lo hace, hará mi nombre tan infame que corromperá cada momento de su vida. La arruinará y la hará desgraciada. Si usted osa decírselo, no habrá degradación en la que yo no esté implicada, ni acto vergonzoso que yo no cometa. No debe decírselo... Se lo prohíbo.

Lord Windermere.—¿Por qué?

Señora Erlynne (*Depués de una pausa*).—Si le digo que me preocupo por ella, que quizá incluso la amo... usted se burlará de mí, ¿verdad?

Lord Windermere.—Podría pensar que no es verdad. Un amor de madre significa devoción, desinterés, sacrificio. ¿Qué puede usted saber de todas esas cosas?

Señora Erlynne.—Tiene razón. ¿Qué podría yo saber sobre todas esas cosas? No hablemos de ello nunca más... ni de decirle a mi hija quién soy yo; no se lo consiento. Es mi secreto, no el suyo. Si pensara hacerlo, y creo que lo haré, se lo diría antes de dejar esta casa... Si no, nunca se lo diré.

Lord Windermere (*Enfadado*).—Entonces permítame que le pida que se vaya de una vez. Le disculparé ante Margaret.

Entra lady Windermere *por la derecha. Va hacia la* señora Erlynne *con la fotografía en sus manos.* Lord Windermere *va hacia detrás del sofá y mira ansiosamente a la* señora Erlynne.

Lady Windermere.—Siento muchísimo, señora Erlynne, haberla hecho esperar. No encontraba la fotografía por ninguna parte. Al fin la encontré en el ropero de mi esposo... Me la había robado.

Señora Erlynne (*Toma la fotografía y la mira*).—No me sorprende, es encantadora. (*Va hacia el sofá con lady Windermere y se sienta a su lado. Mira otra vez la fotografía.*) Así que éste es su pequeño. ¿Cómo se llama?

Lady Windermere.—Gerard, como mi querido padre.

Señora Erlynne (*Dejando la fotografía*).—¿No me diga?

Lady Windermere.—Sí. Y si hubiese sido una niña, la hubiésemos llamado como mi madre. Mi madre se llamaba como yo, Margaret.

Señora Erlynne.—Yo también me llamo Margaret.

Lady Windermere.—¿De veras?

Señora Erlynne.—Sí. (*Pausa.*) Siente una gran devoción por la memoria de su madre, lady Windermere, su marido me lo ha dicho.

Lady Windermere.—Todos tenemos ideales en la vida. Por lo menos deberíamos tenerlos. El mío es mi madre.

Señora Erlynne.—Los ideales son peligrosos. Son preferibles las realidades. Nos hieren, pero son mejores.

Lady Windermere (*Moviendo la cabeza*).—Si perdiera mis ideales, lo perdería todo.

Señora Erlynne.—¿Todo?

Lady Windermere.—Sí. (*Una pausa.*)

Señora Erlynne.—¿Su padre le hablaba a menudo de su madre?

Lady Windermere.—No, le dolía muchísimo. Me contó cómo mi madre murió unos meses después de que yo naciera. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras me lo contaba. Entonces me pidió que nunca volviese a mencionarla. Le hacía sufrir cada vez que lo oía. Mi padre... mi padre realmente murió con el corazón roto. Su vida fue la más triste que he conocido.

Señora Erlynne (*Levantándose*).—Me temo que ahora debo irme, lady Windermere.

Lady Windermere (*Levantándose*).—¡Oh, no, no se vaya!

Señora Erlynne.—Creo que sería lo mejor. Mi coche ya ha debido regresar. Lo mandé a casa de lady Jedburgh con una nota.

Lady Windermere.—Arthur, ¿te importaría comprobar si ha vuelto el coche de la señora Erlynne?

Señora Erlynne.—Se lo ruego, no se preocupe, lord Windermere.

Lady Windermere.—Sí, Arthur, ve, por favor.

Lord Windermere *vacila por un momento y mira a la* señora Erlynne. *Ella permanece impasible. Él abandona la habitación.*

Lady Windermere (*A la señora Erlynne*).—¡Oh! ¿Qué debo decirle? Usted me salvó anoche. (*Va hacia ella.*)

Señora Erlynne.—¡Déjelo... no hablemos de ello!

Lady Windermere.—Debo hacerlo. No puedo dejar que usted piense que voy a aceptar ese sacrificio. No estoy dispuesta. Es demasiado importante. Voy a contárselo todo a mi marido. Es mi deber.

Señora Erlynne.—No es su deber... Al menos tiene usted deberes con otros además de con él. ¿No decía usted que me debía algo?

Lady Windermere.—Se lo debo todo.

Señora Erlynne.—Entonces pague su deuda con el silencio. Es la única forma en la que se puede pagar. No estropee la única cosa buena que he hecho en mi vida, contando todo el asunto. Prométame que lo ocurrido anoche será un secreto entre las dos. Usted no debe estropear la vida de su marido. ¿Por qué estropear su amor? No debe hacerlo. El amor se mata fácilmente. ¡Oh! no sabe usted lo fácil que es estropearlo. Deme su palabra, lady Windermere, de que nunca se lo dirá. Insisto.

Lady Windermere (*Inclinando la cabeza*).—Es su voluntad, no la mía.

Señora Erlynne.—Sí, es lo que quiero. Y nunca olvide a su niño... me gusta recordarla como una madre. Me gusta pensar que lo es.

Lady Windermere (*Mirándola*).—Lo seré. Sólo una vez en mi vida he olvidado a mi propia madre... fue anoche. ¡Oh, si la hubiese recordado no hubiese hecho esa locura tan perniciosa!

Señora Erlynne (*Con un ligero estremecimiento*).—¡Déjelo! ¡La noche pasada está ya muy lejos!

Entra lord Windermere.

Lord Windermere.—Su coche todavía no ha vuelto, señora Erlynne.

Señora Erlynne.—No importa. Tomaré uno de alquiler. No hay nada en el mundo tan respetable como un buen coche de alquiler. Y ahora, querida lady Windermere, me temo que es el momento de despedirnos. (*Se va hacia el centro.*) ¡Oh, ahora recuerdo! Pensará que es absurdo, pero le he tomado un gran afecto a este abanico que me llevé tan tontamente conmigo de su fiesta la pasada noche. Me pregunto si me lo regalaría. Lord Windermere dice que sí, que puede hacerlo. Ya sé que es su regalo.

Lady Windermere.—¡Oh!, por supuesto, si usted lo desea. Pero tiene mi nombre inscrito. Tiene grabado «Margaret».

Señora Erlynne.—Pero las dos tenemos el mismo nombre.

Lady Windermere.—Oh, lo había olvidado. Por supuesto, quédese con él. ¡Qué graciosa coincidencia que nuestros nombres sean iguales!

Señora Erlynne.—¡Una maravillosa coincidencia! Gracias... siempre me recordará a usted. (*Se estrechan las manos.*)

Entra Parker.

Parker.—Lord Augustus Lorton. El coche de la señora Erlynne ha llegado.

Entra lord Augustus.

Lord Augustus.—Buenos días, muchacho. Buenos días, lady Windermere. (*Ve a la señora Erlynne.*) ¡señora Erlynne!

Señora Erlynne.—¿Cómo está usted, lord Augustus? ¿Se encuentra bien esta mañana?

Lord Augustus (*Frío*).—Muy bien, gracias, señora Erlynne.

Señora Erlynne.—No parece que esté del todo bien, lord Augustus. Se acuesta demasiado tarde... y eso no es bueno para usted. Realmente debería cuidarse más. Adiós, lord Windermere. (*Va hacia la puerta y saluda a lord Augustus. De pronto sonríe y se vuelve hacia él.*) ¡Lord Augustus! ¿Me acompaña usted hasta el coche? Podría llevarme el abanico.

Lord Windermere.—Permítame.

Señora Erlynne.—No; quiero que lo lleve lord Augustus. Tengo un mensaje especial para la duquesa. ¿Quiere llevarme el abanico, lord Augustus?

Lord Augustus.—Si realmente lo desea, señora Erlynne...

Señora Erlynne (*Riendo*).—Por supuesto que lo deseo. Lo lleva tan graciosamente... Usted lo lleva todo graciosamente, querido lord Augustus. (*Cuando ella llega a la puerta, se vuelve un momento hacia lady Windermere. Sus miradas se cruzan. Entonces se da media vuelta y se va por el centro seguida de lord Augustus.*)

Lady Windermere.—Nunca vuelvas a hablar mal de esa mujer, Arthur. ¿Lo harás?

Lord Windermere (*En tono grave*).—Es mejor de lo que podría pensarse.

Lady Windermere.—Ella es mejor que yo.

Lord Windermere (*Sonriendo mientras le acaricia el cabello*). Querida, ella y tú pertenecéis a mundos diferentes. No ha entrado nunca ningún demonio en tu mundo.

Lady Windermere.—No digas eso, Arthur. Hay un mismo mundo para todos nosotros, buenos y malos, culpables e inocentes; vamos por él, unos al lado de los otros. Cerrar los ojos a esa mitad de la vida en la que uno puede vivir, es como creer que se puede pasear con más seguridad por un terreno de abismos y precipicios.

Lord Windermere (*Va hacia el sofá*).—Querida, ¿por qué dices eso?

Lady Windermere (*Sentada en el sofá*).—Porque yo, que he cerrado mis ojos a la vida, he estado en el precipicio. Y quien nos ha separado...

Lord Windermere.—Nunca hemos estado separados.

Lady Windermere.—No debemos estarlo nunca más. Oh, Arthur, no me dejes de amar y creeré siempre en ti. Creeré en ti ciegamente. Vayámonos a Selby. En el Rose Garden de Selby las rosas son blancas y rojas.

Entra lord Augustus *por el centro.*

Lord Augustus.—Mi querido amigo, ella me ha explicado todo este asunto.

Lady Windermere *le mira horriblemente asustada.* Lord Windermere *se estremece.* Lord Augustus *toma a* Windermere *por el brazo y le lleva a primer término. Le habla de forma rápida y en voz baja.* Lady Windermere *les mira con terror.*

Lord Augustus.—Todos nos hemos equivocado en su contra. Por mi culpa, exclusivamente, fue a las habitaciones de Darlington. Llamó primero al Club, el hecho es que quería quitarme la incertidumbre, y como le dijeron que me había ido... me siguió... Naturalmente se asustó cuando nos oyó a todos que entrábamos... y se escondió en otra habitación... Se lo aseguro, esto es lo más satisfactorio para mí. La tratamos brutalmente. Ella es la mujer que necesito. La que más me conviene en el mundo. Sólo me pide una condición: que vivamos siempre fuera de Inglaterra. Es algo estupendo. Lejos de los clubs, del clima, de los cocineros y de todos. ¡Estoy harto de todo!

Lady Windermere (*Asustada*).—¿La señora Erlynne le ha...?

Lord Augustus (*Avanzando hacia ella con una ligera reverencia*).—Sí, lady Windermere... La señora Erlynne ha tenido el honor de aceptar mi mano.

Lord Windermere.—Bien, se casa con una mujer muy inteligente.

Lady Windermere (*Cogiendo la mano de su marido*).—¡Se casa usted con una mujer muy buena!

TELÓN

ÍNDICE

Página

Introducción 5
El retrato de Dorian Gray 15
De Profundis 205
El fantasma de Canterville y otros cuentos 309
La importancia de llamarse Ernesto 415
El abanico de Lady Windermere 485

OBRAS ELECTAS

Títulos de esta serie

FRIEDRICH NIETZSCHE
* Así habló Zaratustra
* Más allá del bién y del mal
* El anticristo
* El ocaso de los ídolos

MARQUÉS DE SADE
* Cuentos, historietas y fábulas
* Los infortunios de la virtud
* Filosofía en el tocador
* La marquesa de Gange

WILLIAM SHAKESPEARE
* Romeo y Julieta
* Macbeth
* Hamlet
* Otelo
* La fierecilla domada
* El sueño de una noche de verano
* El mercader de Venecia

EDGAR ALLAN POE
* Narraciones extraordinarias
* Las aventuras de Arthur Gordon Pym
* Relatos cómicos

CHARLES BOUDELAIRE
* Los paraisos artificiales
* Pequeños poemas en prosa
* Las flores del mal

HOMERO
* La Ilíada
* La Odisea

JULIO VERNE
* La vuelta al mundo en 80 días
* De la Tierra a la Luna
* Miguel Strogoff

BENITO PÉREZ GALDÓS
* Miau
* Misericordia
* Doña Perfecta

WALTER SCOTT
* Ivanhoe
*El pirata

FIODOR DOSTOIEVSKI
* Crimen y castigo
* Los hermanos Karamazov

OSCAR WILDE
* El retrato de Dorian Gray
* De Profundis
* El fantasma de Canterville y otros cuentos
* La importancia de llamarse Ernesto
* El abanico de Lady Windermere

CHARLES DICKENS
* Almacén de antigüedades
* Canción de navidad y otros cuentos
* Historia de dos ciudades

MIGUEL DE CERVANTES
* Novelas ejemplares
* Entremeses
* La Galatea

HONORÈ DE BALZAC
* Eugenia Grandet
* La piel de Zapa
* El lirio en el valle

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
* Rimas
* Leyendas
* Desde mi celda
* Cartas literarias a una mujer

FRANCISCO DE QUEVEDO
* El buscón
* Obras jocosas
* Los sueños
* El Chitón de las Tarabillas
* Poesía

FRANZ KAFKA
* Meditaciones
* La metamorfosis
* El proceso
* América

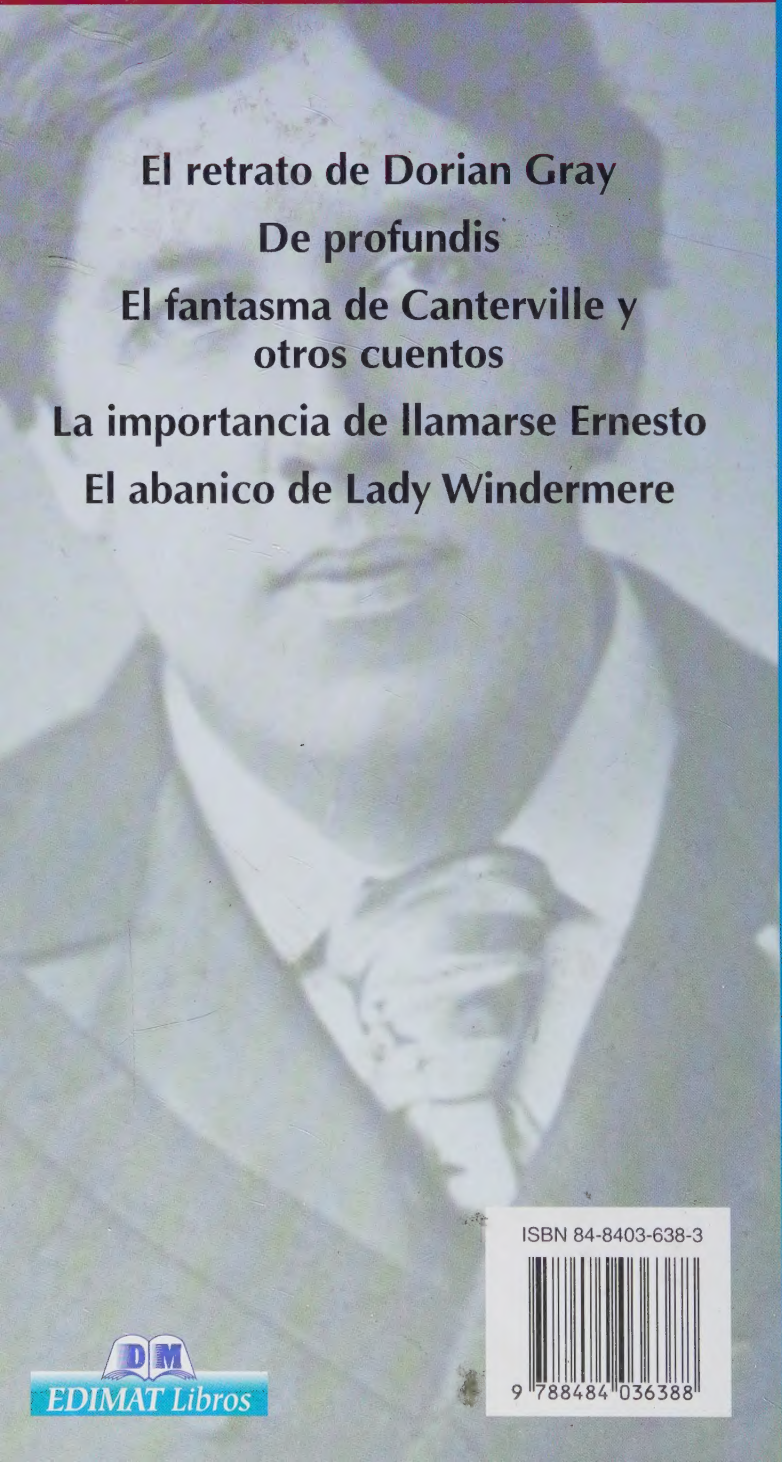
LEON TOLSTOI
* Ana Karenina
* Sonata a Kreutzer
* Los cosacos

PLATÓN
* La república
* Diálogos

JEAN JACQUES ROUSSEAU (en preparación)

JACK LONDON (en preparación)

OBRA SELECTAS



El retrato de Dorian Gray

De profundis

El fantasma de Canterville y otros cuentos

La importancia de llamarse Ernesto

El abanico de Lady Windermere

ISBN 84-8403-638-3

EDIMAT Libros